

DG 20
A

t.145362
c.1189790

BIBLIOTECA SELECTA.

LA CORTE Y EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL
POR

D. F. L. PARREÑO



C. Mugica dib. y lit.

Lit. de J. Bonan Madrid



LA CORTE
Y
EL CASTILLO,

NOVELA HISTÓRICA

POR DON FLORENCIO LUIS PARREÑO,

CABALLERO DE LA ÍNCLITA Y MILITAR ÓRDEN DE SAN JUAN
DE JERUSALEN, OFICIAL DE HACIENDA, REDACTOR QUE HA
SIDO DE VARIOS PERIÓDICOS, EX-DIRECTOR DE EL BLASON,
AUTOR DE DIFERENTES OBRAS LITERARIAS, ETC., ETC.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

Imprenta á cargo de J. Barrera y Piedramillera, calle de Isabel la Católica, 19.

1860.



LA CORTE

EL CASTILLO.

NOVELA HISTÓRICA

POR DON FLORENCO LUIS PARRERO.

CABALLERO DE LA ÍNCITA Y MILITAR ORIZEN DE SAN JEAN
DE JERUSALEN, OFICIAL DE HACIENDA, REDACTOR QUE HA
SIDO DE VARIOS PERIÓDICOS, EX-DIRECTOR DE EL BLASON,
AUTOR DE DIFERENTES OBRAS LITERARIAS, ETC., ETC.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

Imprenta a cargo de J. Barrios y Pichardimilanes, calle de Isabel la Católica, 10.

1880.



R. 115078

A S. M. LA REINA.

Señora:

*Siguiendo V. M. la senda trazada
por Isabel primera, tiende su bondadosa
mano á las ciencias, la literatura y las*

artes, y el sábio, el literato y el artista hallan
en su Escelsa Soberana el apoyo, la protec-
cion y estímulo que los conduce alegres al tér-
mino de una carrera no exenta de dificultades
y sinsabores. Yo, aunque sin merecimientos
suficientes, he recibido esa benéfica proteccion,
y he bendecido el augusto nombre de V. M.;
y si alguna cosa atormenta mi existencia, es el
no poder ofrecer hoy á mi Reina y Señora
una obra digna de la insigne Princesa que
para bien de sus pueblos ocupa el trono de San
Fernando.

Señora
B. L. R. P. de V. M.

Florencio Luis Parreño.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Conde de Santomera empieza á conocer á su hijo.—Los dos personajes.—
Rasgo heróico

LA derrota de los Comuneros en la acción de Villalar, y la venida del emperador Carlos I, libraron á España de una guerra civil y desastrosa; guerra en que la flor de la juventud hubiera perecido á manos de sus propios hermanos á no llegar tan pronto su deseada conclusión. Con un Emperador jóven, poderoso y entendido; con un ejército sediento de glorias, y con la reciente conquista de América, se preparaba la nación española á empresas muy grandes, en el momento en que dá principio nuestra novela.

Corría el año 1522; el calendario marcaba el 19 de Enero; á un dia nebuloso y frio habia reemplazado la noche oscura y tempestuosa, y un huracan furioso azotaba incansablemente los viejos muros de un antiguo palacio, situado en los arrabales de la ciudad de Murcia. La parte exterior de este edificio no presentaba nada que llamase la atención, á no ser su mucha antigüedad, ennegrecida fachada, ruinosas almenas y rotos maderes. Su pa-

sado demostraba grandeza en sus anteriores dueños, y el presente pobreza ó abandono en el último poseedor. La parte interior correspondia en un todo al exterior; grandes salones desmantelados; estensas habitaciones sin amueblar; sala de armas; torreonos, y en fin, todo anunciaba su anterior opulencia, quedando solo la sombra de lo que fue. Era el esqueleto de un altanero gigante de la edad media, aniquilado por el tiempo, el abandono y la desnudez. Era, por último, el palacio de los muy ricos y poderosos condes de Santomera, cuyas grandezas y fortunas habian sido disipadas, quedándole solo el postrer vástago de esta ilustre familia, el dulce recuerdo de lo que fueron sus mayores y una espantosa miseria. Gravemente enfermo; sin dinero para atender á sus dolencias; y con sobrado orgullo para pedirlo á sus parientes ó amigos, se hallaba el Conde la noche del 19 de Enero. Prostrado en cama, rodeado de toda su familia y servidumbre, que se componian de un viejo escudero, el cual tenia en mas el cariño de su amo que sus comodidades y bienestar, y de un hermoso jóven que apenas contaba quince años, hijo único y heredero del Conde, nada veia éste que pudiese halagar su angustiosa situacion.

El padre dormia, el hijo sentado á la cabecera del lecho, contemplaba las venerables canas del autor de sus dias, y el viejo escudero recostado sobre la pared, miraba al jóven, que á cada instante se limpiaba los ojos, de donde salian abundantes lágrimas. Le estaba prohibido llorar delante del Conde y esperaba á que este se durmiese, para bañar con llanto las penas que afligian á su anciano padre. Huérfano de madre y educado por dos viejos, solo habia aprendido á querer á sus maestros, á llorar y sufrir. Encerrado siempre entre aquellos espesos muros, sin presente y sin esperanza en el porvenir, el desgraciado mozo sufria su amarga suerte con la resignacion de un mártir: amaba con delirio á su padre, queria entrañablemente al escudero, y su tierno corazon sentia mas las penas de los que le rodeaban que las suyas propias.

Los ecos de una campana algo distante resonaron en las som-

brias habitaciones del palacio, y aquel ruido acompasado y lúgubre despertó al Conde, que abrió los ojos, miró en torno suyo y fijándose en el escudero preguntó:

—¿Qué hora ha dado, Pablo?

—Las diez, señor.

—He dormido algo, añadió el Conde, y parece que me siento mejor. Y tú, Alberto: ¿por qué no te has acostado?

—No pensad en mí, padre mio: no tengo sueño.

—¿No tienes sueño y te restregabas los ojos hace un momento?

Efectivamente, al despertar el Conde, Alberto tenía los ojos bañados en lágrimas, y disimuló su llanto aparentando hallarse soñoliento.

Sorprendido por el padre, preguntado por él y viéndose precisado á contestar, miró fijamente al Conde, y le dijo:

—Tuve sueño, es verdad, pero ya veis que estoy desvelado.

—¡Oh! sí, no has dormido... no has tenido sueño... lo comprendo... ¡pero has llorado!... ¡Llorar tú... el último yástago de los condes de Santomera! ¡Tú, el descendiente de mil héroes, llorar porque te falta una perdiz en la mesa, un caballo en la cuadra y un poco de oro en el bolsillo! ¡Oh, esto es horrible, Alberto!

Un profundo silencio siguió á esta reprension del enfermo, el cual, fatigado por la debilidad, cayó sobre el almohadon sin fuerzas para continuar.

Acostumbrado el jóven á no contradecir á su padre, bajó la cabeza y quedó en actitud de meditar; el viejo escudero miraba, escuchaba y callaba; esta costumbre la tenia hacia algunos años.

—¡Dios mio, continuó el Conde despues de haber cobrado un poco de aliento; en mí acaba mi raza; ni la grandeza, ni la fortuna, ni aun la sangre de los Silvas permitís que quede en el último de ellos, en el único que podria perpetuar nuestro nombre!.. ¡Cúmplase vuestra voluntad!

Y volvió á caer en el lecho; fatigado y pesaroso.

Esta vez el jóven Alberto no permaneció con la cabeza inclinada, y en actitud humilde y respetuosa; antes por el contrario,

y como saliendo de un continuado estupor, alzó la frente, sacudió su hermosa y larga cabellera, y miró á su padre que seguia falto de aliento. Sus ojos enteramente enjutos, demostraban claramente que se hallaba resuelto á entablar un debate, que mucho tiempo hacia estaba rehusando, y que al fin iba á tener lugar con harto sentimiento suyo. Su blanca y despejada frente estaba plegada de arrugas; su semblante contraido; y su mirada incierta y vaga ora se estendia sobre el pavimento de aquella habitacion, ora se fijaba en el Conde con la ansiedad del que espera y con la impaciencia del que desea.

—Teneis razon, padre mio, dijo sin poder contenerse más; no heredaré la grandeza ni la fortuna de los condes de Santomera; pero obtendré sus títulos; me haré digno de sus gloriosos hechos vertiendo en los campos de batalla la sangre de los Silvas; esa ilustre sangre que corre por mis venas; y acaso, acaso legaré á mis sucesores algo mas de lo que hoy tienen los últimos Silvas.

Absorto le escuchó el anciano, sin poder darse cuenta de si era verdad que hablaba Alberto, y de si aquellas frases, pronunciadas con una fuerza de voluntad irresistible, eran las palabras de un niño de quince años, que jamás le habia contradicho.

La dura reconvencion que encerraban, el acento fuerte y marcado con que fueron pronunciadas y el aspecto sombrío que tenia el jóven, hicieron al Conde, primero dudar, en seguida vacilar, y por último y despues de adoptar una idea, incorporándose cuanto pudo sobre el lecho, fijó una mirada escudriñadora en el rostro de su hijo, y le contestó:

—Es verdad, Alberto; tu sangre es la de los Silvas; pero ¿qué te queda á tí, pobre hijo mio, fuera de unos cuantos pergaminos, para poder elevarte, para ser algo, para vivir, en fin, y darte á conocer? Nada, una horrible miseria, que no podrás desterrar, y un nombre desconocido de muchos y olvidado de todos.

—Mejor, replicó el adolescente; si mi nombre lo han olvidado, yo lo haré conocer de nuevo, de nuevo lo honraré y volverá á brillar como el dia en que lució conocido de todos.

Esta vez la frente de Alberto era la de un héroe; el padre comprendió lo que valian las palabras de aquel niño, y desde este momento empezó á conocer á su hijo. Hasta ahora habia interpretado mal la humildad y resignacion de Alberto que, tierno y cariñoso, sufría siempre en silencio toda clase de reconvenciones sin contradecir jamás al autor de sus dias, por temor de disgustarle y agravar sus penas.

El semblante del Conde rebosó de alegría, y hubo un momento en que parecia que se retiraba la enfermedad de aquel rostro cadavérico. Pronto la reaccion sucedió á aquel instante de vida, y volvió á caer sobre el lecho murmurando estas palabras:

—¡Le habia juzgado mal!

Un profundo silencio siguió á esta exclamacion, silencio interrumpido únicamente por el silbido del huracan y por los bramidos lejanos de la tempestad, que se retiraba lentamente de la ciudad de Murcia.

El Conde continuaba fatigado; el hijo contemplaba á su padre y el escudero seguia pegado á la pared mirando siempre á Alberto, cuando de pronto vinieron á sorprenderlos varios golpes dados en la puerta del palacio: el jóven se levantó, el escudero dió dos pasos y el Conde trató aunque inútilmente de incorporarse.

—¡Han llamado, señor! dijo Pablo.

—¿Quién querrá entrar aqui? añadió Alberto.

—Algun mendigo, replicó el Conde, que teme á la tormenta y pedirá hospitalidad para guarecerse de la lluvia. Abrele, Pablo.

—Pero, señor, ¿dónde ha de descansar ese infeliz, si, como es de suponer, viene implorando vuestra proteccion?

Otros dos golpes volvieron á oirse, y esta vez eran tan fuertes, que mas probaban la impaciencia del que espera, que la humildad del que mendiga.

—Pablo, obedece á mi padre, dijo Alberto. Si es un pobre alójale en mi habitacion. Marcha.

Nada habia que replicar á la órden imperiosa del jóven; un signo de despedida acompañó á sus palabras, y el escudero bajó la cabeza, salió de la alcoba, atravesó varios salones y oscuras

galerías del palacio, y estando cerca de la puerta preguntó:

—¿Quién va?

—¡Abrid! voto á cuatro mil legiones de demonios; contestó desde afuera una voz bronca que Pablo creyó reconocer.

—¿Quién sois y qué quereis?

—Soy un hombre y quiero entrar, viejo endiablado; abrid pronto.

—Pero...

—¡Abrid os digo, voto á Lucifer!

Esta vez la voz que contestó á Pablo no era bronca, era una especie de trueno, cuyo eco repitieron las anchas bóvedas del palacio.

—Pardiez, veamos quién es este perdona vidas, dijo el escudero; y sin mas sacó un puñal que llevaba al cinto y abrió.

Dos peregrinos se presentaron á su vista, entraron y sin cumplimientos de ninguna especie se dirigieron á la escalera y subieron no dándole tiempo para nada.

—Esperad que os alumbre; está todo á oscuras y vais á tropezar, añadió Pablo, asombrado de la impaciencia de sus nuevos huéspedes.

—Daos prisa, perro viejo, daos prisa y subid con esa linterna; ya podíais haber comprendido que no me gusta esperar.

—¿Pero, señor, no he de cerrar la puerta? decia el anciano cada vez mas sorprendido y empezando á subir.

—Y para qué, replicó el mas alto de los desconocidos que era el único que hablaba. ¿Temes acaso que te roben esos viejos sillares? No es fácil que haya un desgraciado que quiera cargar con ellos.

Nuestros dos peregrinos llegaron en esto á uno de los salones, y allí se detuvieron un segundo, que fue el tiempo que tardó Pablo en incorporarse con ellos.

—¿Y bien, señor peregrino, podré ahora saber quién sois y qué quereis? Habeis pronunciado mi nombre y...

—Y debeis conocerme; ¿no es eso lo que ibais á decir? Pues bien, os conozco: soy un amigo de vuestro amo; llevadme al momento donde esté. Despachad.

—Despacio, señor mio, mas despacio: el que me conozcais no prueba nada; os he preguntado quién sois; ¿no lo habeis entendido?

—Avisad á vuestro amo que hay en su palacio un peregrino que desea hablarle; es cuanto puedo deciros; marchad.

—Si no dais vuestro nombre y decís qué queréis, estaremos aquí toda la vida; con que...

—Terco como siempre, señor escudero; pero no importa, yo me anunciaré. Y se dirigió sin mas á las habitaciones interiores.

Mas ligero que un corzo se adelantó Pablo, y puesto delante de la puerta, fijó la punta de su puñal en el pecho del desconocido, diciéndole:

—Os he prevenido que no pasareis sin que antes yo...

No pudo continuar; un golpe del recién venido dado en la mano del escudero hizo saltar el puñal á diez pasos de distancia.

Detras de la puerta que queria interceptar Pablo, habia una estrecha galería, y en medio de ella se distinguia á la rojiza luz de la linterna, una figura inmóvil con los brazos cruzados, mirando cuanto pasaba en la pieza inmediata. Esta figura era la de Alberto, que mudo y hasta conteniendo la respiración, observaba la fisonomía de los peregrinos, sin perder un movimiento del agresor de Pablo. Tan pronto como vió desarmado al escudero de su padre y separado que fue del sitio que ocupaba, por el brusco golpe de aquel gigante, avanzó con paso tranquilo hasta hallarse frente á frente del incógnito, que miraba el efecto que habia producido en Pablo tan repentino desarme. Aunque Alberto estaba armado de un puñalito veneciano, que acostumbraba á llevar siempre pendiente de un estrecho cinturon de terciopelo morado, continuaba con los brazos cruzados sin que su rostro ni movimiento alguno demostrasen en él la mas leve alteracion. Llegó, como hemos dicho, frente al desconocido, en el momento que este se preparaba á continuar avanzando.

—¿A dónde vais, caballero? preguntó Alberto, obligándole á

detenerse. Estas palabras fueron pronunciadas con una tranquilidad admirable.

Quedó suspenso el peregrino contemplando aquella hermosa figura, cuyos chispeantes ojos querían profundizar su corazón, y cuya tranquilidad daba á su rostro una espresion de majestad que le dejó por un momento mudo. Lo miró de piés á cabeza, sobrecogido al ver tanta belleza en un hombre, tanta sangre fria en un niño, y una mirada tan penetrante y atrevida en un rostro casi femenino. Todavía dió dos pasos atrás para reconocerle mejor, y despues de este nuevo exámen le contestó:

—Quería ver á mi amigo el conde de Santomera.

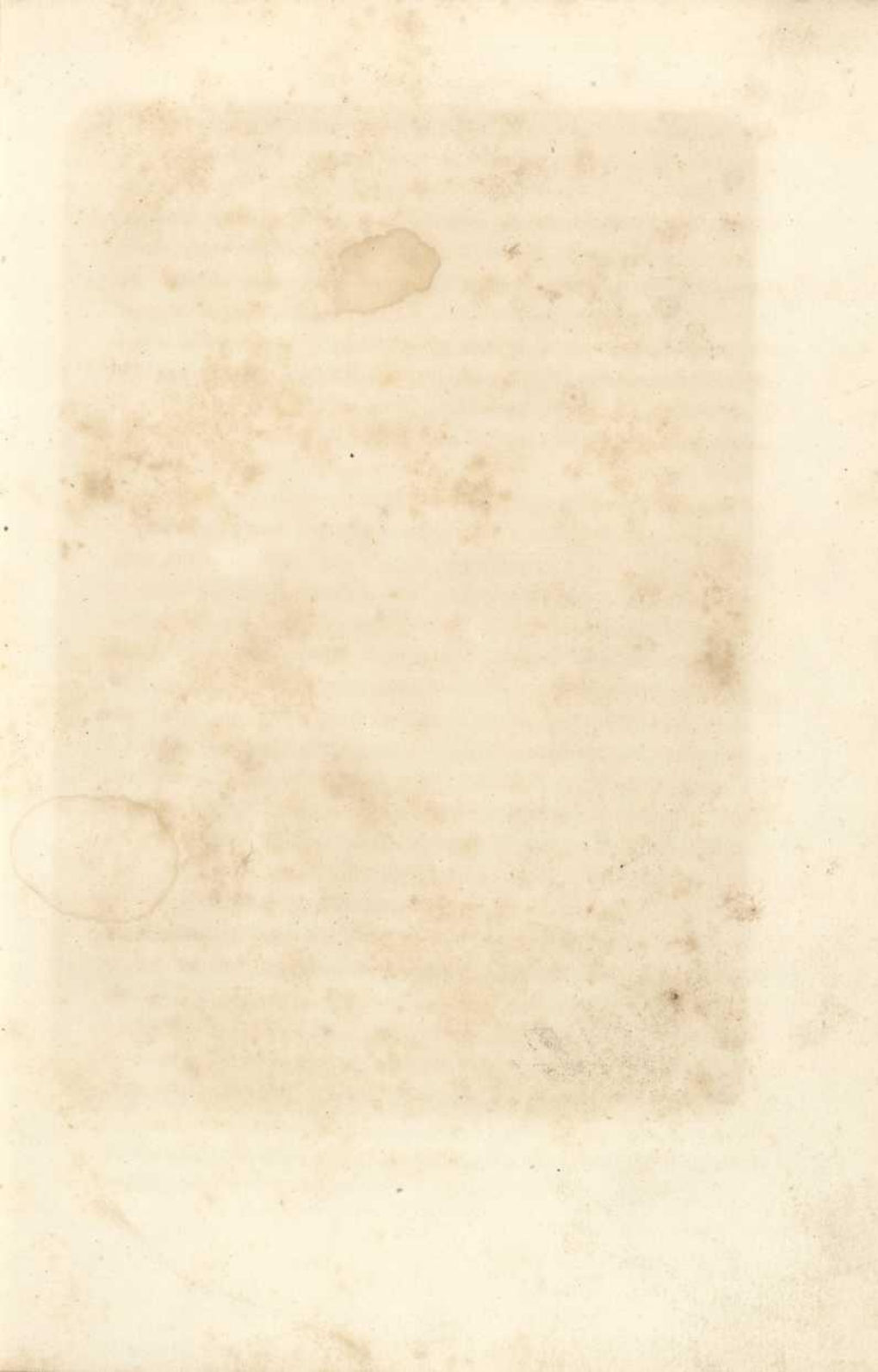
—Mi padre se halla gravemente enfermo y no debe recibir nadie; sin embargo, puesto que os hallais en casa de un amigo, segun decís, dad vuestro nombre á mi criado, y sabremos si podeis verle: no intentadlo de otro modo, porque os puede costar caro.

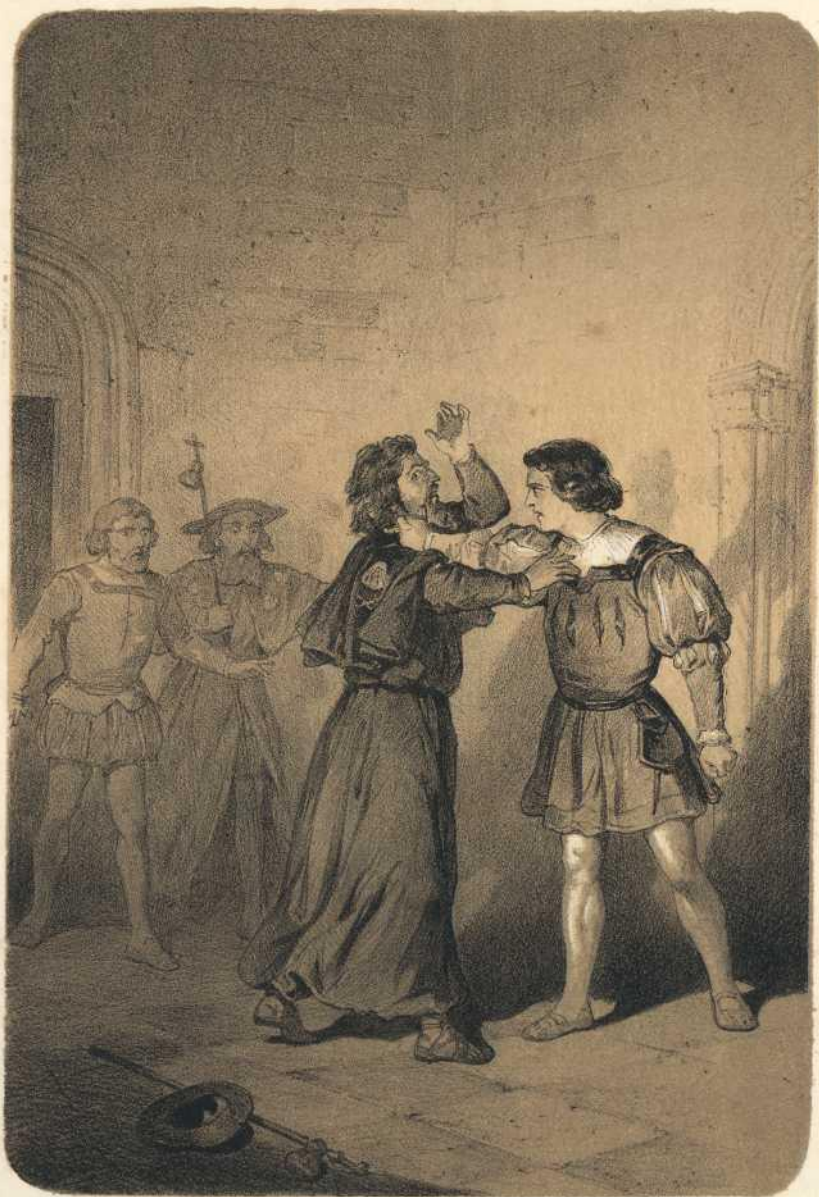
—Si sois efectivamente hijo del Conde, id vos mismo y decidle que se halla aquí su único amigo. Id pronto, jóven, no apureis mi paciéncia.

—No entrareis en la habitacion de mi padre sin que yo sepa antes quién sois. Notad que está enfermo, y lo que habeis hecho con ese pobre viejo.

—Os repito que no apureis mi paciéncia obligándome á que haga lo mismo con vos; si rehusó daros mi nombre, comprended que habrá un motivo poderoso que me lo prohíbe.

Esta amenaza contrajo por el momento el rostro del niño, agolpó la sangre á su cabeza y hasta sintió un impulso de ira, que casi le obligó á lanzarse sobre el peregrino. No obstantante lo cual, reflexionó, quedó parado y una sonrisa llena de desden asomó á sus lábios, cárdenos todavía del ardor que agitaba su sangre. Imposible parecia que aquella cabeza tan hermosa se ostentase sobre un cuerpo adolescente y femenino con la majestad digna del héroe y el valor del guerrero. Así es que con admirable calma le contestó:





C. Mugica dib. y lit.

Lit. de J. Doner, Madrid

! Bandido yo ! exclamó, y arrojándose sobre Alberto, este clavó su puñal en la garganta de su contrario.

— Si veñís á pedir hospitalidad, decidlo y se os dará habitacion; si quereís ver al Conde, dad vuestro nombre; si amenazais, tened en cuenta que los Silvas se rien de amenazas y contestan con obras, señor caballero... ó señor bandido...

Impulsado por la ira el desconocido y en brazos del despecho exclamó:

— ¡Bandido yo! y fué á arrojarle sobre Alberto, el cual no hizo mas movimiento que dar un paso á la izquierda, tirar del puñal y clavarlo en la garganta de su contrario. Dos gotas de sangre asomaron á los extremos de la negra barba del peregrino; este se echó á atrás y quedó mirando al jóven, que sin moverse de su sitio volvió á guardar el puñal y le dijo:

— Os he herido y lo siento; es la primera sangre que he hecho correr en mi vida; pero vos lo habeis querido; os lo advertí y he cumplido mi palabra.

Esta escena duró mucho menos tiempo del que hemos tardado nosotros en describirla: así es, que cuando Pablo y el otro peregrino quisieron acudir estaba ya terminada.

— Jóven, replicó el desconocido, habeis insultado y herido á un capitan que adquirió renombre en los combates, y que, aun cuando hoy se halla proscrito, está su honor tan limpio como la luz del día.

— No os he insultado, caballero; perdonad, pero tanta obstinacion en callar vuestro nombre sin dar razon alguna, daba derecho á todo, y sin embargo solo os dije que bien podiais ser caballero ó bien bandido; esas fueron mis palabras: era todo lo menos que os podia decir. En cuanto á la herida que vos mismo os habeis causado, no estraño haya recaido en un hombre avezado á los combates; los Silvas no saben herir mas que á los valientes.

— Está bien, digno heredero de los Silvas, soy un capitan de los tercios de Castilla, derrotado en la accion de Villalar como la mayor parte de los comuneros, y proscrito como todos los que desgraciadamente hemos sobrevivido á Padilla; deseo ver á vuestro padre, y no me es posible deciros mas. Esta corta esplicacion y la tranquilidad del peregrino debieron bastarle, pues solo contestó:

—Pablo, la linterna; seguidme, capitán. Cogió Alberto la luz y continuaron los tres restantes hasta llegar á la antecámara, en cuyo sitio les rogó esperasen, mientras se enteraba del estado del Conde y tomaba su vénia para introducir al desconocido.

Algunos minutos despues hizo seña Alberto para que entrase el capitán, y mandando retirar á Pablo y al otro peregrino á una habitacion inmediata, cerró la puerta de la alcoba donde su padre hablaba con el recién venido; y quedándose él á la parta de afuera y en un sitio donde no podia oír la conversacion, se sentó y esperó. En este momento sonaron las once. La tempestad habia concluido, el huracan no silbaba y la noche aunque húmeda ostentaba tranquila su negro crespon.

Negra era tambien la suerte del futuro conde de Santomera: aquel pobre niño descendiente por línea recta de una poderosa y elevada familia, veia morir á su padre sin los recursos de un médico, botica y alimento necesario. Su talento, superior á cuanto pudiéramos decir de él, le presentaba tal como era la angustiosa y terrible situacion en que se hallaba: por eso Alberto sufría tanto, lloraba, y su corazon despezado no palpitaba jamás impulsado por una agradable ilusion. ¡Ay del hombre que en la posicion de Alberto carece de lo que á este le faltaba!

—Quien está acostumbrado á luchar día y noche con el dolor y la desgracia, se conmueve más que lo sería cualquier otro al sueño.

El desconocido era un valiente capitán que, como él dijo antes, había sobresalido en los combates cuyo palmarés era ya tan grande y glorioso, y cuyo oficio era guarecer, tanto el campamento, y aun cuando no le era á él, sino á sus subordinados, y á su época, acostumbrado á arrojar por todo y á que nada le importase, se hallaba, sin embargo, seducido ante las palabras de Alberto.

CAPITULO II.

—Después de contemplarlo algún tiempo, con voz conmovida y variada le dijo:

Se da á conocer el peregrino.—Generosidad de Navarro.

Eran las cuatro de la madrugada. Pablo y el peregrino dormían arrellanados en dos viejos sillones, el Conde y el desconocido hablaban aun, y Alberto sentado en el mismo sitio que le dejamos hace cinco horas, velaba. Varias veces había el sueño tratado de dominar aquella materia demasiado jóven y harto débil, y la hubiera vencido, á no oponerse su espíritu tan fuerte como una roca. Por fin se abrió la puerta de la alcoba y apareció el capitán, que la volvió á cerrar, y se dirigió á Silva, que al verle se puso en pié.

—Cree que dormíais, Alberto, le dijo:

—Os habeis equivocado, capitán: velaba.

—He tardado tanto en salir y sois tan jóven, que á esta hora y á vuestra edad juzgué os hubiera vencido el sueño.

Una sonrisa triste asomó al rostro de Silva, que á la vez contestó:

—Quien está acostumbrado á luchar dia y noche con el dolor y la desgracia, ya comprendereis que le será muy fácil vencer al sueño.

El desconocido era un valiente capitan que, como él dijo antes, habia sobresalido en los combates; cuyo patrimonio era su valor nunca desmentido, y cuyo oficio era guerrear. Jamás temió el peligro, y aun cuando no llegó á héroe, fue sin disputa el primer valiente de su época. Acostumbrado á atropellar por todo y á que nada le impusiese, se hallaba, sin embargo, subyugado ante las palabras y la mirada de un niño: es verdad que nuestro guerrero era el brazo, y el jóven Alberto la cabeza.

Despues de contemplarle algun tiempo, con voz conmovida y cariñosa le dijo:

—He concluido de hablar con vuestro padre y ahora me resta hacerlo con vos. El Conde, aun cuando se halla gravemente enfermo, está en este momento tranquilo: podeis pues estarlo tambien.

—Gracias, caballero, por la última parte de vuestra noticia; estoy tranquilo y completamente á vuestras órdenes. Ah, decidme, ¿os duele la herida que os hizo mi puñal?

—¡Quién piensa en eso! Un pinchazo de alfiler que pudo ser mucho en ese sitio, pero que no fue nada.

—Me alegro, y repito que me pesa haberos causado daño alguno. Supongo que no le habreis dicho nada á mi padre.

—Todo lo contrario, amigo mio, se lo he contado y me ha oido con placer; ha sido un hecho que os honra.

—¡Que os ha oido con placer y que eso me honra! Cada vez os comprendo menos.

—Pues bien, oid lo que me contestó despues de escuchar mi relato, y acaso entonces lo comprendereis. —¡Bravo! exclamó: para heriros, capitan, es necesario ser un héroe; un hombre es muy difícil que os toque y un niño imposible; lo cual prueba, que mi hijo es algo mas que un hombre. Es verdad, le repliqué, y si ese mozo conserva siempre la sangre fria y el valor que ha demostrado esta noche, será efectivamente héroe.

La frente de Alberto se tiñó de un subido carmin, perdió su

habitual serenidad, y entregado completamente al rubor producido por las palabras que acababa de oír, quedó suspenso sin hallar nada que contestar.

El Capitan notó la turbacion del pobre jóven, y se apresuró á sacarle de tan angustioso estado.

—Si, mi querido Alberto, añadió: deseo que no volvamos á hablar de ese arañazo, tanto mas cuanto que podemos emplear el tiempo que estamos perdiendo en tratar otras cosas de mayor interés.

—Hablad, Capitan, hablad, ya os escucho; dijo Alberto recordando otra vez su serenidad.

—Oid pues, y mostraos tan valiente al escuchar lo que os voy á decir como lo fuisteis hace poco al recibirme en una de esas antiguas habitaciones. Vuestro padre está gravemente enfermo.

—Lo sé, Capitan.

—Puede que se alivie, y pronto le veais restablecido, ó bien la suprema voluntad de Dios disponga de él llamándole al sitio de los justos. Y el peregrino miró á Alberto, que bajó la cabeza, dejando deslizar por sus mejillas dos gruesas lágrimas. Despues replicó.

—Eso último es lo mas probable!.. Continudad, señor.

—Para ayuda, en el primer caso, os entrego esa bolsa que contiene doscientos escudos, esperando me los devolvais en dias mas felices.

—No acepto ese préstamo, Capitan; me es imposible recibir dinero, porque no tengo con que pagarlo, y no debo mendigar todavia. Y rechazó el oro que le alargaba.

—Oid, jóven, añadió el peregrino: he hecho la misma oferta á vuestro padre; creí que estaba en mi derecho, pues le soy deudor de la vida; pero se ha negado tambien obstinadamente á recibirlo, cuando sé que carece de todo, y una de las causas que le llevan al sepulcro, es la espantosa miseria en que se halla. Ahora bien, no estraño que él sin porvenir y siéndole yo deudor de otra cosa mas sagrada, me lo haya rechazado; pero vos, á quien nada debo, que sois jóven, valiente, y llevais un nombre ilustre;

que podreis llegar á ser rico y acaso poderoso, ¿dejareis morir á vuestro padre sin médico, sin alimento y sin recursos de ninguna especie? Alberto, pensadlo bien, y no olvideis que este desaire sería hasta criminal.

—Teneis razon, caballero; pero si el Conde sabe que yo he recibido ese dinero, moriria de dolor.

—Os equivocais; cuando me convencí que mi noble amigo no tomaria de ningun modo mi bolsa, le hice presente que os lo iba á prestar, y ¿sabeis lo que me contestó? Si mi hijo acepta esa suma, será porque podrá devolvérosela algun dia; á mí me es imposible.

—Gracias, caballero; no sabeis el bien que acabais de hacerme; dadme el dinero, y disponed de mi vida ahora y siempre. Y asomó al rostro de Alberto una espresion tal de alegria, que el desconocido no pudo menos de decirle:

—Asi me gustais, jóven, tan buen hijo como cumplido caballero; y le alargó la bolsa, que Alberto dejó sobre una mesa que se hallaba á su lado.

Ahora, continuó el Capitan, tratemos del segundo caso: en este, nada teneis que replicar; es cosa convenida entre vuestro padre y yo. Si el Conde muriese, lo que Dios no quiera, me avisais, y seguiré haciendo sus veces hasta que os haya dejado en buen camino. Sois muy jóven aun, no conoceis el mundo, y á mi lado, voto al demonio, no os faltarán buenos maestros. Con que... ¿aceptais?

—Si mi padre muere, seré vuestro hijo adoptivo.

—Está bien; ahora es necesario que sepais quién soy y de qué medios os habeis de valer para buscarme. Me llamo Navarro; era como os dije, capitan de los tercios de Castilla; seguí á Padilla, y en la funesta accion de Villalar, donde fuimos derrotados, acribillado de heridas y con unos cuantos valientes que me seguian, huí á esta provincia, pues tenia la certeza de hallar un sitio retirado y seguro para mi gente. En el camino, la misma noche del dia de nuestra derrota, tuvimos la suerte de encontrar un convoy que iba para el ejército enemigo; lo acompañaba fuerte destaca-

mento superior á nosotros en número considerable; la fortuna hizo que los viéramos cuando ya estaban encima y no se podia retroceder. En dos segundos arengo á mi gente, doy la voz de ¡*Quién va!* y contestado por los contrarios, nos echamos sobre ellos con el valor de la desesperacion. ¡Soberbio cuadro presentábamos! Eramos solo cuarenta hombres, y los enemigos pasaban de doscientos; pero tal fue el estupor y asombro que les infundió nuestro heróico esfuerzo, que á poco de comenzar el combate huyeron todos despavoridos, dejándonos un botin de mas de ciento cincuenta mil escudos en oro, veintiseis heridos y unos cuantos arañazos que sacaron tres ó cuatro de los nuestros. No teniamos tiempo que perder; los contrarios podian rehacerse, buscar mas gente y mil eventualidades que era necesario evitar. Cargamos, pues, con todos aquellos despojos, pusimos á los heridos en el sitio donde llevaban el dinero, y por senderos ocultos y escabrosas veredas anduvimos en cinco dias ochenta leguas, que distábamos de esta provincia. Llegamos de noche, sin ruido y con todas las precauciones posibles; nos alojamos en sitio desconocido de casi todos los habitantes de este pais, y alli hemos esperado la ocasion, que felizmente se ha presentado ahora, de negociar un indulto que, aun cuando algo caro, lo aguardamos con la mayor ansiedad. De todo esto resulta, que si vuestro padre muriese antes de ser nosotros indultados y no temeis seguir nuestra suerte, me hallareis en el castillo de Monteagudo, situado á una legua de esta ciudad; llegaos á él, subid por el sendero que llaman de las Tres Cruces y al extremo vereis una cabaña; entrad en ella, su guardian os preguntará qué quereis; dad vuestro nombre y os conducirá á los subterráneos del castillo, donde me encontrareis; no intentad buscarme de otro modo, porque seria inútil. La entrada de esas bóvedas es un secreto que solo penetrándole se puede conocer. Si por acaso nos indultasen antes, esperadme aquí.

Ahora dadme esa mano y hasta nueva vista. No olvidaos del médico y de sus recetas; y cuidaos mucho, valiente jóven. ¡Quién sabe lo que llegareis á ser!

Alberto despidió á los huéspedes, enternecido con el relato de su noble protector y con todo el cariño de un corazón agradecido. Las puertas se abrieron y los peregrinos salieron, no sin estrechar antes el capitán Navarro, á su protegido, y no sin que este bañase con lágrimas las manos de aquel valiente militar.

Volvieron á cerrarse las puertas del palacio. Alberto abrazó á su padre y en seguida se retiró á descansar; pronto el sueño ahogó los efectos de las diferentes sensaciones que el pobre niño había experimentado aquella noche. En ella probó por la primera vez de su vida de lo que era capaz, lo que valía y de lo que llegaría á ser; en ella sintió también por vez primera alegría, y derramó la sangre de un ser humano; de un hombre que había de ser en lo sucesivo su más noble y poderosa égida.

Alberto durmió, pero á las dos horas ya estaba vestido; su criado iba en busca del mejor médico de la ciudad, y las despensas del palacio se hallaban provistas de alimentos necesarios para el sustento de la vida. Desde aquel día de todo le sobró á su anciano padre, menos salud.

CAPITULO III.

El castillo de Monteagudo.— Los Comuneros.— Les anuncia Navarro la llegada de un nuevo jefe.

SALIERON los dos peregrinos del palacio cuando el día empezaba á nacer en Oriente. La atmósfera estaba completamente despejada, el huracan cesaba en sus impetuosos embates, y á la noche oscura y tempestuosa, habia reemplazado una madrugada fresca, clara y serena.

Con todas las apariencias de dos pecadores arrepentidos, caminaban el capitan Navarro y su compañero. Paso lento, la cabeza inclinada sobre el pecho y recatados los rostros por largas y espesas barbas, hacian imposible conocer en aquellos peregrinos á dos valientes guerreros, llenos de honrosas cicatrices y cubiertos interiormente de tupidas cotas de malla. Dos capotes que desde los hombros se arrastraban hasta el suelo, abiertos por delante, salpicados de conchas y sujetos con cordeles, escondian ademas hermosas espadas y preciosas dagas fabricadas en Toledo. Nues-

tros valientes comuneros se conoce que, caso de ser descubiertos, no pensaban dejarse matar sin probar antes el temple de sus aceros. Calados hasta las cejas sus sombreros de hule y ajustados los piés con toscas sandalias, cruzaron por último la poblacion, marchándose por la puerta de Orihuela, situada á Levante de la ciudad de Murcia. Poco despues de dejar atrás la referida puerta, y cuando tomaban el camino de la izquierda, que conduce al castillo de Monteagudo, divisaron tres arrieros que iban en direccion contraria; al llegar frente á los peregrinos se echaron el sombrero adelante con el mayor disimulo, lo que visto por el Capitan se dirigió á ellos en actitud de pedir una limosna y en tono muy bajo, y despues de un pequeño reconocimiento, les preguntó:

—¿A dónde vais?

—Por provisiones, señor, contestó uno de ellos, echando á la vez mano al cinto y buscando una moneda.

—Está bien, replicó el Capitan; no olvidéis la pólvora; comprad toda la que os vendan sin infundir sospechas y sed lo prudentes posible. Al acabar esta frase el Capitan alargó la mano y el arriero le echó una moneda. Los peregrinos continuaron su camino y los arrieros tambien. Nadie, sin embargo, hubiera podido comprender en la escena anterior, otra cosa que una limosna implorada por el uno y concedida por el otro. Tal fue el disimulo de ambos, el cuidado con que hablaron y la propiedad en representar su respectivos papeles. Pronto los dos comuneros dejaron el camino que conduce al castillo, y aunque en la misma direccion, inclinándose un poco á la derecha, se perdieron entre aquella vega que unos llaman Paraiso, otros Edén, y nosotros que la conocemos tanto como el que mas, el primer jardin del mundo.

Aunque andaban algo mas ligeros, no dejaron su actitud al abandonar el camino é internarse en la vega: poblada toda esta de chozas, barracas y casas, se hallaban á cada paso espuestos á las curiosas miradas de los infinitos trabajadores que pululan en ella. Siempre inclinadas las frentes, siempre humildes, siempre, en fin, peregrinos, llegaron el Capitan y su mudo com-

pañero á la falda de Monteagudo, sin infundir en aquellos honrados habitantes la menor sospecha. Febo empezaba á estender sus luminosos rayos por el ancho horizonte; los viajeros comenzaron á subir al castillo dirigiéndose hácia el Norte, y á los diez minutos de trepar por entre escabrosas breñas, pararon á la puerta de una cabaña, situada á la espalda y formada con gruesas peñas unidas al mismo. Tenia una sola puerta de madera; llamó el Capitan, le contestaron, dió su nombre y aquella giró en los goznes, dejando ver el interior de una bóveda oscura y sombría, alumbrada por un farolito fijo en la pared. El Capitan y su compañero entraron y la puerta volvió á cerrarse.

Antes de pasar adelante, es necesario que nuestros lectores conozcan interior y esteriormente á Monteagudo.

Este gigante de piedra, llamado castillo, es una mole inmensa, de anchura disforme y de elevacion casi fabulosa. La descripcion de dicha fortaleza huye de la novela y se eleva sobre la exageracion. La fundacion de este colosal edificio se ignora; puede ser fenicia, cartaginense ó romana; es muy antiguo y he ahí la razon porque se desconocen sus autores. Mas que castillo es un monte en forma piramidal; la base tendrá un grueso de dos mil varas; la cúspide un ancho de tres y su inmensa altura pasará de las dos mil. Estuvo habitado por romanos, despues por godos, posteriormente por árabes, y en su última conquista por los españoles fue abandonado á la impericia del tiempo. En la época en que pasa nuestra novela se ven todavia en el exterior murallas romanas, anchos muros y gruesos paredones árabes, todos formando encrucijadas y fuertes casi inespugnables. No se le conoce puerta alguna, y hasta se ignora por donde pudo tener sus entradas y salidas. En la falda de él, y en la parte que da al Mediodia, existió una ciudad romana que llevaba el nombre del castillo; en el tiempo á que nos referimos solo hay diez ó doce casas ruinosas, y en la actualidad un pueblecito de doscientos vecinos próximamente. Está rodeado de la hermosa vega mencionada, y desde su cúspide presenta un panorama embelesador.

Pasemos ahora al interior, desconocido de casi todos y habitado en este momento por un puñado de valientes.

La cabaña donde entraron el capitán Navarro y su compañero estaba formada de una masa tan fuerte como la roca, y la puerta se hallaba interiormente llena de barras de hierro puestas por los comuneros, únicos seres que entraban y salían por ella. Después que penetraron los dos peregrinos y esta se cerró, se dirigió el Capitán al habitante de aquella oscura morada, y le preguntó.

—Pedro, ¿ha ocurrido alguna novedad en el tiempo que he faltado del castillo?

El interpelado estaba en pie delante de los peregrinos, con el sombrero en la mano: el traje era el de un villano de las cercanías de Murcia, y su actitud en este instante la de un soldado.

—Nada, mi Capitán; contestó.

—Trae luz y despeja la entrada interior.

Obedeció este; encendió la linterna que tenía escondida en un pequeño agujero tapado con piedras, y los tres, después de atravesar la cabaña, entraron en una galería estrecha y tortuosa: á la mitad de ella se detuvo Pedro, que iba delante, dejó la luz en el suelo, sacó dos gruesas barras de hierro que se hallaban escondidas también en otro hueco de aquella galería, dió una al peregrino que acompañaba al Capitán, ambos la fijaron en el suelo, y haciendo esfuerzos casi prodigiosos levantaron el grueso peñasco, permitiendo ver la trampa por donde podía entrar un ejército formado á dos en fondo. Unía también la piedra con el hueco que dejaba después de cerrado, que era imposible figurarse existiese allí tal secreto.

Cojió el compañero de Navarro la linterna y comenzó á bajar por aquella rampa; á este siguió el Capitán, después de encargar la mayor prudencia al de la cabaña: volvió á caer la piedra, escondió las barras el villano, se sentó al lado de la mesa donde había un gran jarro de vino, y empezó á silbar canciones guerreras propias de la época.

A la conclusion de la rampa entraron los dos peregrinos en una anchísima galeria, húmeda y donde faltaba el suficiente aire para respirar bien. Al final de la misma llegaron á una escalera de piedra, bajaron mas de ochenta peldaños, entraron en otra galeria donde ya la respiracion era mas fácil, y á poco en una bóveda grande, alumbrada por lámparas y donde habia alrededor de varias mesas, sentados en sillas ordinarias, hasta el número de quince comuneros, bebiendo unos, jugando otros y la mayor parte hablando. Todos eran jefes de los tercios de Castilla, agueridos y valientes; no habia allí rostro sin cicatriz, ni espalda herida. Al ver al capitan se levantaron.

—Pardiez, dijo uno, despues de corresponder al saludo de Navarro, ya íbamos perdiendo la paciencia, y si tardais mas, de seguro vemos hoy las siete veces coronada ciudad de Murcia.

—Gracias, D. Alvaro, contestó el capitan; he tardado mucho, pero en cambio os traigo una buena noticia.

—¿Nos han indultado? preguntaron varios á la vez.

—Todavia no, añadió el jefe; quieren mas de lo que habíamos ofrecido; á ese maldito cardenal Adriano, que Dios confunda, todo le parece poco segun el contenido de las cartas que he recibido hoy de mis agentes en la corte; he doblado la suma y ahora creo que se ablandará.

—Pues ¿qué noticia es esa que decís? preguntó otro de los jefes.

—Es simplemente la de anunciaros, que antes de poco tendreis un compañero mas.

Una carcajada general resonó en las bóvedas del castillo.

—Gran refuerzo, Capitan, dijo otra voz atronadora, ¿y sabreis decirnos para que nos hace falta ese nuevo compañero?

—Os lo diré, señores, os lo diré; ante todas cosas, ya sabeis que mientras nosotros pretendemos un indulto, el Gobierno del Emperador, sus agentes y ejército nos está buscando á nosotros, pobres proscritos y sentenciados á muerte, con el inocente deseo de entregar nuestras cabezas al verdugo.

—¿Y por qué no vamos al encuentro de esas águilas del jóven

Cárlos, añadió el de la voz de trueno, en vez de esperar aquí una muerte casi cierta si nos descubren? Yo me he batido siempre á campo raso, y os aseguro que me gustaria morir en el mismo sitio donde he acuchillado á mis contrarios.

—Lo creo, valiente Mendoza; pero no se trata de perecer á manos de nuestros hermanos: antes es necesario un indulto, y convertidos en águilas, y unidos al ejército del Emperador, portarnos como buenos, ó si llegamos á ser descubiertos, defendernos de nuestros contrarios y luchar cuarenta hombres contra un ejército de cuarenta mil. En el primer caso, y antes de ser atacados, debemos solicitar el indulto por varias razones: cuando nos hicimos comuneros estábamos en nuestro derecho y nadie podía llamarnos traidores; pero concluidas las comunidades de Castilla solo quedamos nosotros, un denodado y aguerrido ejército, compuesto de hermanos, y un Emperador jóven, valiente y emprendedor, á quien los españoles tienen obligacion de obedecer y al que ya todos acatan menos nosotros. No podemos hacer armas contra él sin que deje de mancharnos un negro baldon.

En el segundo caso, y defendiéndonos solamente, está disculpada nuestra accion, por aquello de que, ningun hombre de corazon debe dejarse matar impunemente. Para este caso nos servirá la adquisicion que he hecho hoy; somos cuarenta guerreros que, fortificados en este castillo, es difícil nos puedan dar caza; pero eso no basta, es necesario mas: es preciso que aun despues de descubiertos y sitiados tengamos una capitulacion honrosa, capitulacion en que despues de matar doscientos enemigos podamos conseguir por la fuerza de las armas lo que no hayamos podido intriguando y ofreciendo. Para lograrlo, basta, señores, con este castillo, nuestros cuarenta brazos y un héroe en cuya frente brille el génio de la gloria. El castillo lo tenemos, los cuarenta brazos tambien, y el héroe vendrá.

Todos los comuneros quedaron suspensos mirando á su Capitán. Las últimas palabras de este fueron pronunciadas con tal fé y tanta conviccion, que el auditorio en masa participó de las seguridades de su jefe, y solo pensaban en este momento en aquel

héroe desconocido, á quien ya admiraban sin haberle visto; bas-
tábales que Navarro le elogiase para acatarlo ellos. Sabian por
esperiencia que su jefe tenia tan buen brazo para matar, como
buen ojo para juzgar de los hombres; asi es, que apenas acabó el
capitan Navarro su discurso, se alzó una voz general pidiendo
el nombre del héroe desconocido.

—Me resta, señores, añadió, preguntaros si estais contentos
de mis planes y si continúo mereciendo vuestra confianza. Aquí
no estamos en el ejército; aquí no hay ordenanzas; aquí no
hay leyes ni castigos: yo puedo equivocarme como todos los
hombres, y á nadie quiero obligar á que siga mis inspiracio-
nes, si estas le parecen fatales. El peligro que nos amenaza es
comun, unidos podremos conjurar la tempestad; pero cada uno
está en su derecho comprendiendo las cosas de otro modo y guián-
dose por sus propias ideas.

Acabadas de pronunciar estas palabras los comuneros qui-
sieron contestar todos á la vez, de lo cual resultó tal confusion
que no se comprendia nada. Dominando el intrépido Mendoza,
con su ronco acento, colosal estatura é imprevistos ademanes á
aquella gente, alzó la voz cuanto pudo y dijo á sus compa-
ñeros.

—Silencio, señores; yo contestaré, y juro por mi patron San-
tiago, que quedareis satisfechos.

—Que hable, que hable Mendoza, exclamaron varias voces.

—Gracias, mis bravos camaradas, no lo haré tan bien como
vosotros, pero en cambio diré yo solo cuanto quereis espresar en-
tre todos. Concluido esto se retorció el bigote, apoyó la mano
izquierda en una mesa, tosió, y dirigiéndose á Navarro le dijo:

—Hace diez años que os conozco, Capitan; sois valiente
como un español; fuerte como la roca; honrado como caballero,
y entendido como el mejor militar. Amais á vuestros soldados
como á hijos; si mañana hay peligro nos llevaréis á la victoria ó
sereis el primero en perecer: capitan Navarro, los cuarenta hom-
bres que estamos refugiados en este castillo, no queremos mas jefe
que á vos; vuestras órdenes valen para nosotros mas que todas

las leyes del mundo; vuestra voz es nuestra ordenanza; sois nuestro padre, nuestro guia, nuestro general; no deseamos, en fin, mas que obedeceros, y solo nos resta suplicaros dos cosas: mientras no haya combate obrad con toda la independencia de un jefe absoluto; si hay lucha sed prudente: no os hallo mas defecto que el de demasiado valiente é intrépido; no olvidad que si llegais á ser herido, nuestra suerte empeoraria notablemente.

Un aplauso general siguió á esta perorata de Mendoza, en la que habia hecho un verdadero retrato de su Capitan, y á la vez interpretado perfectamente el deseo general.

—Soberbio discurso, decia D. Alvaro; y lo mas grande es, que encargue prudencia, él, que jamás la ha conocido en los combates!

Navarro dió las gracias á los jefes de su pequeño ejército, y en seguida les preguntó:

—¿No queriais saber quién era el héroe de que os he hablado?

—Sí, sí, contestaron todos.

—Pues bien, es un jóven de quince años, hijo y heredero del conde de Santomera; su anciano padre se encuentra al borde del sepulcro, y huérfano y pobre, antes de poco estará á nuestro lado, dándonos lecciones de valor y serenidad.

Todos hicieron un movimiento de sorpresa al oír la edad de Alberto; por lo cual, D. Alvaro se atrevió á decir.

—Perdonad, mi Capitan; pero segun mi opinion, un niño de quince años apenas podrá servirnos de discípulo.

—Esa misma seria la mia, replicó Navarro, si no conociese á Alberto de Silva, y si solamente os hablara de un hombre ó de un valiente niño; pero se trata, señores, de un héroe, y los héroes lo son ya á los quince años.

Dejemos al capitan Navarro referir á su tropa la accion de Alberto, su sangre fria, el valor, la serenidad, etc., etc., y pasemos á conocer el resto interior del castillo, y las disposiciones militares adoptadas para en caso de tener que recurrir á la defensa.

La bóveda en que se hallan en este momento los jefes co-

muneros, debió servir á los romanos y árabes de antesala á un espacioso salon que hay inmediato; nuestros guerreros la convirtieron en comedor de los jefes. El salon que seguia era grande, elevado de techo, y se hallaba siempre alumbrado por una lucerna de veinte luces: ignoramos el uso que harian los antiguos de él; en la actualidad servia de sala de armas á la tropa de Navarro. Cada soldado tenia un trecho suficiente, donde colgaba su cota y demas pertrechos militares, separado del de sus compañeros; al frente, y con una pequeña division, estaban las armas de los oficiales, sus arneses, cotas, etc., etc. En esta habitacion reinaba la mayor armonia, existiendo una curiosidad admirable. El ejército mejor disciplinado de aquella época, no podia presentar sala de armas tan limpia y bien ordenada; allí se observaba mas policia que en el ejército del Emperador. A la derecha de la misma sala habia otro salon ocupado por la tropa para dormir. Cada individuo tenia un pedazo de terreno, gran porcion de paja, un trozo de lienzo, que hacia las veces de sábana, y con su ropa formaba la almohada. Tambien aquí imperaba el mejor órden y el mayor aseo; al lado tenian otra habitacion que servia de comedor, y detras de esta otra destinada para cocina; en la última, á un extremo, estaban los hornillos de la tropa y al otro los de los jefes; cuatro soldados, que se relevaban todos los dias, hacian indistintamente de rancheros para la tropa, y de asistentes para los jefes. Solo el Capitan gozaba de un criado esclusivamente para su servicio.

A la izquierda de la sala de armas, en otra pieza grande, tenian quince colchones de paja tambien, con otras tantas sábanas y mantas, en las cuales dormian los jefes. Detras de esta, en una habitacion pequeña, descansaba el capitan Navarro. Frente al salon de armas existia la puerta que comunicaba á una escalera oscura y tortuosa por la cual se bajaba á una bóveda aun mas sombría, en la que se hallaban varios cajones con pólvora. Seria interminable enumerar las demas habitaciones del castillo; quedaban aun grandes salas de armas que sirvieron á los ejércitos romanos, godos y árabes; dilatadas galerias, alcobas, cuadras,

prisiones, salas, multitud de salones, y en fin el terreno suficiente para habitar de veinte á treinta mil hombres.

En los subterráneos de esta fortaleza, se conservaba una obra de admirable mérito; era un pozo de doscientos piés de luz, cuyas aguas procedentes de un manantial desconocido, afluan allí en tanta abundancia, que siempre se hallaban en el depósito los mismos doscientos piés de agua que habia de profundidad, pues la galería ó acueducto que los llevaba, tenia un descenso igual ó mayor.

La parte alta del castillo formaba una bóveda triangular que, empezando el piso por el diámetro de cien varas, terminaba en un hueco por el que apenas podia penetrar un hombre. Esta era la única entrada conocida por los habitantes de aquel pais. Nadie sin embargo habia intentado bajar, porque su gran hondura y la circunstancia de ser una época de preocupación, arraigaron la creencia de que no tenia fin aquella bóveda tenebrosa; así es, que solo se la conocia con el nombre de la Sima infernal. Menos supersticiosos los comuneros, no solamente reconocieron este sitio y midieron su altura, sino es que, consiguiente á esto, les estaba prestando un uso importante. Habian hecho una escala de gruesos cordeles, de ochenta piés, que era el descenso de la bóveda, y fijas estas cuerdas á una gran peña situada á la puerta de la sima, colgaba adentro y les servia para subir á la cúspide del castillo, donde de dia y de noche tenian puesto un soldado de vigia. Este centinela, dominando desde allí un rádio estensísimo, podia, sin temor de ser visto, reconocer á todos los que se acercasen á la fortaleza; se acompañaba de una gran bocina, con la cual tenia orden de avisar si acaso amenazaba algun peligro. Tambien subian allí los comuneros que querian gozar del aire libre y de unas vistas encantadoras. Escondidos entre la maleza y los peñascos de que se halla cubierta toda la superficie alta de la torre, podian solazarse sin el menor peligro de ser reconocidos. Todo estaba previsto ademas para evitar una sorpresa, y ya han visto nuestros lectores que mayor disciplina y policía militar no era posible en ningun ejército del mundo.

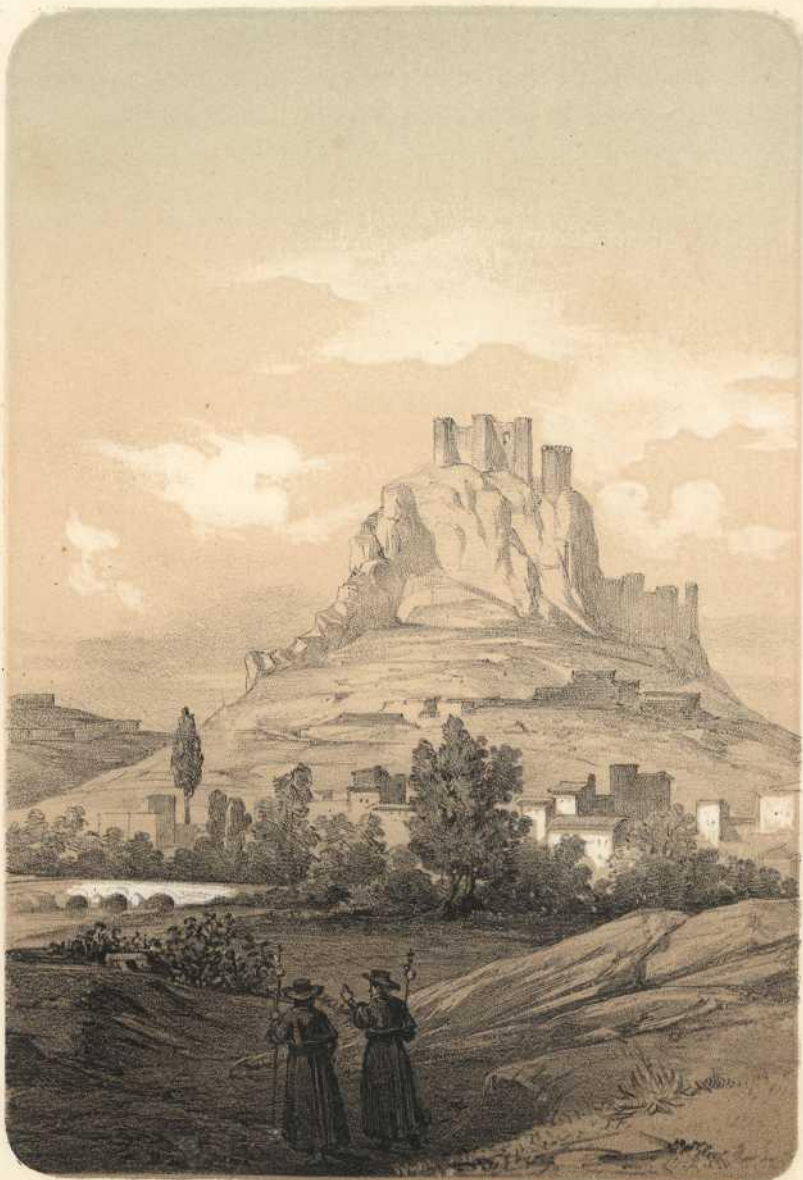
Unos diez meses próximamente llevaban los comuneros habitando Monteagudo, y no habian desperdiciado este tiempo; en él y con la mayor precaucion hicieron acopio de provisiones para el dia, teniendo ademas depositado en sus almacenes lo suficiente á sostenerlos durante un largo sitio. Ya sabemos la rigurosas precauciones que tomaban para entrar y salir en la ciudad: los encargados de comprar víveres iban disfrazados de arrieros; los que proporcionaban municiones, armas y trajes, se cubrian con uno, propio de los comerciantes ambulantes de aquella época; y cuando, por último, salia el Capitan, ya conocemos su disfraz exterior de peregrino y armamento militar interior. Siempre iba acompañado de un antiguo criado militar, valiente como el leon y fuerte como un castillo; amaba ademas á su amo, y hubiera muerto mil veces por él, si posible fuera.

Lo mas admirable entre los comuneros era el cariño que tenian los soldados á los jefes y sobre todo al Capitan. Navarro y los demas oficiales estaban proscritos y sentenciados á muerte, y no les quedaba otro recurso que entregar sus cabezas al verdugo, comprar un indulto para librarlas ó encerrarse allí y vivir entre mil precauciones, zozobras y privaciones, hasta que el tiempo aclarase cuál era la suerte que les reservaba; pero los soldados no se hallaban en el mismo caso: para ellos hubo indulto, lo supieron y lo despreciaron por seguir la suerte de sus jefes; ahora carecian de aquel, pero disfrazados de paisanos en cualquiera provincia que no fuese la suya, podian vivir ignorados y desconocidos ó engancharse de nuevo con nombre supuesto. En los registros de los agentes del Gobierno no estaban sus señas, nombres, ni ellos eran otra cosa que soldados ó pecheros, y los proscritos eran solo los caballeros y los jefes. Pero acostumbrados á ver al Capitan, á oír su voz, á obedecer sus mandatos y á seguir á sus jefes, siempre en pos de la gloria, por nada en el mundo los hubieran abandonado. Para ellos la vida era bien poca cosa; la habian despreciado mil veces y juzgaban que ahora, aun cuando tuviesen que morir, seria como los valientes, con la daga en una mano, el hacha en la otra, y eso les bastaba. La mejor

cualidad del guerrero español, despues de valor, es el cariño y respeto que tiene hácia sus jefes, lo cual hace que nuestros soldados, sin tener detras los puñales que amenazan á los hijos del Norte cuando vuelven la espalda, y con solo oír la voz de sus oficiales, sigan siempre adelante y pueda aplicárseles sin lisonja el renombre de bravos y leales. Desde los tiempos mas remotos ha sido escepcional la insubordinacion en las tropas españolas; pues aun cuando alguna vez haya ocurrido, se puede asegurar que no tenia la culpa el soldado, sino la poca moralidad de los jefes, dando lugar con el mal ejemplo, á que la tropa le perdiese el cariño y respeto.

Zozobras, privaciones, falta de libertad, todo lo olvidaban los comuneros encerrados en Monteagudo, y á sus penalidades anteponian el buen humor y constante alegría. Allí, sin faltar á la disciplina militar, se jugaba, bebía, reía, y á la par del gran peligro en que se hallaban, veían correr sus pobres vidas lo mas agradablemente posible. Otras de las cualidades buenas y felices que tiene el soldado español, es la de que ni los trabajos ni las fatigas concluyen nunca con su buen humor. Los campamentos españoles en los días que preceden á las batallas y los que siguen despues, son saludados siempre con brindis, juegos y carcajadas. Jamás se destierra de los caminos, campos y tiendas de campaña el entusiasmo y alegría de las tropas españolas. Cuando no cantan, echan votos ó rien, pero nunca tiemblan, jamás palidecen.

He ahí por qué desde Navarro hasta el soldado mas pechero, todos cantaban, jugaban y encerrados en aquellas oscuras cavernas vivían contentos.



C. Mugica dib^o y in^o

Lit de J. Boon, Madrid

CASTILLO DE MONTEAGUDO



CAPITULO IV.

Accidente imprevisto.—Preparativos para un gran acontecimiento.—Salida del castillo.

DIEZ dias habian trascurrido desde aquel en que Navarro visitó al conde de Santomera, y tanto en el palacio de éste como en el castillo de Montegudo, se notaba una agitacion estraña á los acontecimientos anteriores. El Conde, postrado en su lecho y asistido últimamente por un buen facultativo, se hallaba acompañado de su hijo, tres criados, entre los cuales estaba Pablo, y de un sacerdote que le prestaba los últimos auxilios espirituales: esto era todo lo mas que se podia hacer por él, pues se hallaba agonizando. En el castillo no se moria nadie, pero habia en los jefes consternacion y ansiedad. No estaba allí el capitan Navarro, y todos permanecian en pié y como dispuestos á caer sobre un enemigo que pronto debia hallarse cerca de ellos.

Los soldados se encontraban en la sala de armas, unos contemplando los arcabuces, otros sus formidables espadas, lanzas,

hachas y demas objetos mortíferos, y todos provistos de cotas de malla, corazas y cascos. Los oficiales se hallaban en el comedor en la misma actitud guerrera que la tropa; dispuestos unos y otros á entrar en combate.

Hé aquí la causa que motivaba este aparato guerrero: dos dias antes habia marchado á la ciudad un comunero á comprar varias cosas; fue disfrazado de arriero y con las precauciones de costumbre. Todo individuo que salia de la fortaleza para un asunto determinado, se le marcaba el tiempo que debia tardar, teniendo por cierto que les amenazaba algun peligro, si á la hora fijada no parecia el que se hallaba fuera. El arriero salió á las cuatro de la mañana; debió volver á las siete de la misma, y no habia parecido todavia. El Capitan esperó inutilmente hasta las tres de la tarde sin resolver nada; á esta hora creyó que era llegado el momento de obrar y mandó á su criado á la ciudad, disfrazado tambien de arriero, marcándole el tiempo preciso para que descubriese, si era posible, el paradero del que no parecia. Salió este, y antes de sonar la hora marcada se presentó en el castillo y relató lo siguiente: serian como las cinco y media de la mañana, cuando trabados en acalorada cuestion un arriero y un vendedor de naranjas, arrojó el último una de las mercancías á la cara del primero, el cual se echó sobre su agresor como un tigre sobre su presa, y lo deshizo á puñaladas. El cadáver fue conducido á la capilla de las Animas, y el matador, siendo cogido por varios soldados, se defendió heroicamente, hirió á tres, cediendo al mayor número y á las infinitas espadas y lanzas que fijaron en su pecho. Se referia este hecho en la ciudad como un prodigio de valor en el infeliz arriero que concluyó, por ser atado y encerrado en un calabozo. A esto se redujo todo lo que pudo averiguar el criado de Navarro. Era, pues, indudable que este arriero fue el mismo que salió del castillo, y siendo así, el peligro era inminente. Reunidos los jefes en derredor del Capitan, despues de concluir su relato el enviado, tomó la palabra Navarro, y les dijo:

—Señores: ese hombre que ha muerto á un vendedor y herido á tres soldados, es el valiente Perez, que libre ayer, se encuentra

hoy por nuestra causa encerrado en un calabozo y espera con resignacion la sentencia de muerte. Es grave la accion que ha cometido; pero cuando á un soldado español se le pega en el rostro, es cobarde el que calla y no mata; es miserable el que sufre esa ofensa y no hiere. Yo, señores, hubiera hecho lo mismo:

—¡Y yo! y yo! dijeron en coro todos los presentes.

—Pues bien, continuó Navarro, es necesario librar á Perez; dos razones poderosas hay para ello: la primera, que se ha espuesto por nosotros; él era libre y generosamente ha querido seguir nuestra causa: la segunda, que bajo el traje de arriero está el militar, pueden conocerlo, y aun cuando él nunca nos venderá, acaso le engañen y nos comprometa. No olvidad que Perez es tan infeliz como valiente; el mismo deseo de salvarnos podrá precipitarlo.

Todos aprobaron la idea de librar á Perez, confiando los medios al acierto y buena direccion del Capitan. Este no se descuidó un instante; despues de luchar con un pensamiento algunos minutos, se sonrió y levantó la cabeza con la arrogancia de un general que se dispone á vencer.

—Señores, les dije, ha llegado el momento de obrar; fuera de nosotros la inaccion. Y con imperio y esforzando mas la voz, añadió:

—Teniente Quirós, disponed lo necesario para que, desde cuatro horas en adelante, tenga armada la fuerza que hay en el castillo: todos se hallarán preparados como para entrar en combate: voy á salir y quedais vos en mi lugar; pero haced que se me espere de la manera que os he encargado, tarde el tiempo que quiera; cuidad que la tropa siga alimentada. Y vosotros, mis nobles compañeros, esperadme tranquilos.

Sin dar mas esplicaciones, ni confiar á nadie su plan, entró en su habitacion, se hizo servir la comida, se armó bien, y poniéndose el traje de peregrino, salió acompañado de su fiel criado, de la misma manera que le vimos entrar hace diez días.

Veinte y cuatro horas habian trascurrido: la tropa y sus jefes esperaban como los hemos visto, y cual lo habia mandado Na-

varró, pero este no parecia. La impaciencia seguia pintada en aquellos cicatrizados rostros; los ternos se sucedian con una abundancia prodigiosa, y era todo tan guerrero en aquella lóbrega habitacion, que hasta el aire que se respiraba hubiera impuestó á una alma tímida. El mas impaciente, y cuya voz se oía con mas frecuencia, era el atleta Mendoza, que maldecia por quince, juraba por veinte y votaba por mil.

—¡Voto á Barrabás! decia continuamente; si yo tuviera cien lanzas y doscientos infantes, no dejaba en esa maldita ciudad, hueso humano, ni piedra levantada: ¿teniente, no hacemos nada?

—Señor Mendoza, ¿quereis desobedecer al Capitan? le contestó aquel.

—Dios me libre pensar tal cosa; pero juro por la sangre de mi padre, que si á Navarro le ha sucedido algo, el gobernador de Murcia ha de probar el acero de mi espada.

—¿Y qué os ha hecho ese valiente jóven para que le querais tan mal?

Al oír la voz que pronunció estas palabras, la cual salió de la galeria de enfrente, todos volvieron la cabeza esclamando á la vez.

—¡El Capitan!

Era él en efecto, que llegaba cuando Mendoza concluyó de hablar. Despues de saludar á sus oficiales, se dirigió á la sala de armas, lanzó una mirada de satisfaccion sobre los rostros, armamento y aspecto de sus soldados, les saludó tambien y volvió á entrar en la habitacion de los jefes. Miró á los oficiales como habia hecho con los soldados, y completamente satisfecho de su reconocimiento, se dirigió al teniente con una sonrisa agradable.

—Esto es cumplir fielmente con lo que se manda, teniente; nunca hubiera esperado menos de vos. En cuanto al señor de Mendoza, le doy las gracias por sus buenas intenciones, y le devuelvo su consejo; sed tan valiente como hasta aquí y tan prudente como me aconsejásteis.

—Haré lo posible, Capitan, contestó Mendoza. Supongo, añadió retorciéndose el bigote, que esta noche iremos á Murcia ¿no es verdad?

—Iremos á Murcia: solo hallo difícil la vuelta, querido Mendoza; y no es en vuestro esfuerzo en lo que menos confío.

Otra vez volvió aquel á retorcerse el bigote, pero ahora lo hizo con un orgullo que le honraba.

—Cuanto ha dicho el criado, añadió Navarro, es cierto, señores; Perez se halla en un calabozo por haber muerto á uno y herido á tres. Dos veces le han interrogado y siempre ha contestado lo mismo; dice ser un arriero, natural de Orihuela y que ha muerto y herido en propia defensa; la ciudad está alarmada pues ha corrido la voz de que Perez es individuo de una sociedad secreta; creen pertenece al ejército y... qué se yo cuantos desatinos mas refieren; el Gobernador y las autoridades sospechan ya, y públicamente dicen que no es arriero; su valor en la calle y entereza en el calabozo les asusta: resultando de todo esto, que la noble conducta del prisionero en sus declaraciones y nuestro propio interés, reclaman que esta noche misma dejemos á Perez en libertad, y lo dejaremos; hay mas, tengo tomadas mis medidas y acaso no se derrame sangre de inocentes.

—Muy bien, Capitan, contestó el teniente; mandad como gustéis; todos esperamos vuestras órdenes.

—Me basta, señores, con diez de vosotros, no es asunto este para soldados, es solo para hombres; si os pregunto quiénes quereis seguirme, vais á pedirlo todos, y vamos á confundirnos y á perder tiempo; por consiguiente, como jefe vuestro, mando, que la suerte decida, esceptuando á dos: al teniente que debe quedarse aquí para reemplazarme, y á Mendoza, que ya indirectamente le he dado palabra de llevarlo; de trece que restais necesito nueve, haber quiénes son.

Y sin mas, se escribieron los nombres, se echaron en un sombrero y Navarro sacó nueve, que leyó, y quedaron esperando el mandato de su jefe. A don Alvaro le tocó quedarse, y su valor se resistia.

—Capitan, dijo sin poderse dominar, comprendo la escepcion del teniente, pero la de Mendoza...

—Teneis razon, don Alvaro, se apresuró á decir Navarro; Men-

doza es tan valiente como el primero y entre vosotros no hay segundo; pero este gigante sirve lo mismo para matar que para arrancar una reja, y vosotros no. Esta noche, quién sabe si tendremos que romper hierros, y si será necesaria la fuerza de un leon en un hombre. ¿Comprendéis ahora la escepcion que hago de Mendoza?

—Perdonadme, Capitan... yo...

—No os disculpéis, D. Alvaro; la interpelacion que me habeis hecho os honra. Vamos, señores, son las siete de la noche y á las nueve debemos estar en Murcia. Los elegidos se ceñirán una cota de malla, y encima se pondrán un traje de arriero; buena manta al hombro, segun costumbre del pais, el sombrero echado á la cara y bien escondida la mejor daga que cada uno tenga. Todos os cortareis las barbas y los bigotes; imitad bien el papel que vais á representar. Marchad.

Y obedecieron sin replicar nada.

Despues que salieron se dirigió Navarro á los cinco jefes restantes.

—A vosotros, continuó, solo os toca proteger nuestra retirada. Dos con diez arcabuceros os situareis, en cuanto salgamos, en la meseta que linda con la sima; el teniente con otro jefe y diez hombres, en la cabaña; y los demas arcabuceros y gente de guerra mandados por D. Alvaro, se colocarán en el ángulo de la derecha, á la falda del castillo, detras de los árboles. Así permanecereis todos hasta que llegue Perez con los arrieros; en cuanto á mí, si no vengo con ellos no esperadme: llegados que hayan, Mendoza os dirá lo que os resta que hacer. Nada de hablar ni de asomar luz. Teniente y señores jefes, haced que se guarde la mayor circunspeccion, dando vosotros el ejemplo. Si no volviésemos ninguno esta noche, será porque hayamos perecido y en este caso, antes que salga el sol os retirareis al castillo; permaneced en él un mes sin que nadie salga, supuesto que tenéis alimentos, y despues bien disfrazados os vais á la costa y con el oro que quede os embarcáis para el extranjero. No intentad salvarnos si caemos en poder de las tropas del Emperador; si

nosotros no podemos librar á uno , menos podreis vosotros á doce, y seria una temeridad pretenderlo ; temeridad que solo produciria un nuevo derramamiento de sangre inocente y estéril.

Concluidas estas palabras se retiró el Capitan á su cuarto, se rapó la barba y el bigote , se vistió en la forma que les habia encargado á Mendoza y demas , y llamó á su criado.

—Oye , le dijo , ponte encima de tu traje de peregrino el mio ; lleva mi sombrero oculto como puedas ; en seguida te vas á Murcia , entras en casa del conde de Santomera , llamas á Alberto y le entregas este papel ; desde ese momento obedeces sus instrucciones. Toma , guarda esa bolsa que contiene cien monedas de oro ; si no me vuelves á ver mas haz el uso que quieras de este dinero ; sino sucede asi , mañana me lo entregarás ; pues pertenece al fondo de todos nosotros. Y Navarro alargó la mano á su criado , que la cogió y llenó de besos y lágrimas.

—Señor , replicó enternecido , he seguido siempre á vuestro lado , porque creí me permitiriais morir junto á vos.

—Gracias , mi fiel amigo ; acaso no corra mi vida tanto peligro ; de todos modos , si algo te interesa mi existencia , obedece cuanto te mande Alberto , que allí es donde podrás salvarme ; estando á mi lado , si yo muero esta noche , solo conseguirias perecer tú tambien , sin servirme de nada. Con que adios , y que el cielo te proteja como hasta aquí ; y volvió á alargarle la mano , que el criado besó y humedeció otra vez con sus lágrimas. Salió este ; Navarro se llenó los bolsillos de oro , se embozó en una manta , se caló el sombrero , y se dirigió al comedor donde ya le esperaban los diez arrieros con traje igual al suyo , alegres y risueños , y los cinco jefes restantes cabizbajos y pensativos.

—Mis bravos camaradas , dijo á los diez ; solo se trata de una sorpresa , donde hace tanta falta la prudencia como la osadia. Mendoza , salid con cuatro mas , tomad el sendero de la derecha y entrad en Murcia por la puerta Nueva ; dirigíos en seguida á la plaza de San Francisco , entrad en la posada del Malecon , y esperad allí , si es que aun no hemos llegado nosotros. Id con Dios. Los cinco se despidieron de sus compañeros y salieron.

Diez minutos despues, Navarro y los restantes dejaron el castillo, y tomaron el camino de la izquierda que conduce á la ciudad; segun el rumbo que llevaban debian entrar por la puerta de Orihuela.

El criado de Navarro siguió delante de todos por el camino real; llegó á Murcia, entró en casa del conde de Santomera, preguntó por Alberto y le hizo entrar el pliego que su amo le habia dado. El jóven estaba á la cabecera del lecho, escribiendo una carta que su agonizante padre le dictaba; concluida que fue se le acercó Pablo y le entregó el papel de Navaro. Este documento contenia las siguientes palabras:

«Mi querido Alberto: una empresa bastante arriesgada me tiene esta noche en Murcia; si muero en ella os ruego admitais á vuestro servicio al portador; es valiente, fiel y se sacrifica por sus amos. Mas como pudiera suceder lo contrario, permitid á mi criado me espere á la entrada de vuestro palacio cuidando de que la puerta esté entornada; advertirle que solo me aguarde hasta las dos de la noche. Creo que vuestro padre estará peor; si fuese así, dejad que él solo se ocupe de mi vuelta, y seguid vos al lado de mi anciano amigo. Adios, hijo mio, hasta luego ó hasta la eternidad.—Navarro.»

Salió Alberto de la habitacion de su padre; bajó con el criado del Capitan; lo dejó en el sitio que este queria; le dió las órdenes marcadas por su amo; mandó que le llevasen de cenar y se volvió donde estaba el Conde, que yacia exánime y casi sin sentido. El esfuerzo que hizo para dictar la carta que escribió su hijo, habia agotado sus fuerzas. Ya no habia médico ni sacerdote; el uno no tenia ciencia para curar el último período de aquella enfermedad, y el otro despues de haberle prodigado los auxilios espirituales que pudo, se retiró porque el Conde ya no oia: únicamente conservaba un poco de voz, que casi habia gastado al dictar la carta. Solo le quedaban algunos cortos instantes de razon, y dos horas de vida.

CAPITULO V.

Historia de Navarro.

YA es tiempo de que conozcamos los recursos con que contaba en Murcia el capitán Navarro, para que podamos juzgar como se merece la grave y difícil empresa que se proponía llevar á cabo esta noche.

Navarro era hijo de un valiente militar, que murió al servicio de una gran reina; esto es, de Isabel I, llamada la Católica. Al morir solo le dejó una brillante espada, bañada mil veces en sangre infiel, un nombre ilustre, unas cuantas monedas de oro, un viejo caseron en Castilla, rodeado de una huerta, algunas tierras de labranza, cuya posesion se hallaba vinculada por su segundo abuelo, y su sangre, que valia mas que todo. Niño aun, y huérfano de padre y madre, fué prohijado por un tío suyo eclesiástico, el cual quiso hacer de su sobrino un nuevo ministro del altar. Le obligó á estudiar latinidad, filosofía, y cuando ya se hallaba en

el primer curso de teología lo sacó del colegio y lo llevó á Murcia, donde él habia sido nombrado canónigo. Hasta aquí el jóven Navarro solo era un estudiante, algo travieso y desaplicado; pero llenaba no obstante estos vacíos, con una brillante imaginacion, que le envidiaban sus mismos maestros. Era admirado de condiscípulos y profesores por sus magníficas improvisaciones, y temido de los mismos por sus formidables y pesados puños.

Llegaron á Murcia tio y sobrino; el primero tomó posesion de su destino, y el segundo pidió dos meses de descanso para prepararse á *teologar*, segun decia, y para reconocer y admirar los poéticos alrededores de la *Ciudad-jardin*. Fuéle concedido este plazo y nuestro jóven estudiante despues de ceñirse una espada y llenar su bolsa de oro, se dedicó á reconocer la hermosa vega de Murcia y en seguida los edificios y notabilidades de aquella ciudad morisca. Concluyó sus reconocimientos, entabló relaciones de amistad con algunos hidalgos, y por último, á las dos semanas de pasear y correr, ya conocia todo lo bueno y lo malo de la ciudad. Cansado de admirar bellezas naturales y artísticas, su fogosa imaginacion estendió el vuelo hácia el campo femenino; amó, quiso, olvidó, le engañaron y engañó; se hizo jugador, pendenciero y revoltoso. Su tio ignoraba completamente la conducta del sobrino; la primer noticia que tuvo el canónigo, respecto á los nuevos acontecimientos de su jóven pupilo, fué que habia herido á tres en desafio y dado de bofetones al padre de una de sus queridas. Hacia mes y medio que se hallaban en Murcia, y Navarro solo tenia diez y seis años; ni desperdició tiempo ni edad. Avergonzado el pobre tio, le amonestó, le encerró despues en su casa, concluyendo por meterlo en el colegio de teología, encargando á los maestros usasen con él todo el rigor necesario. La dureza que emplearon, y la poca aficion que tenia á los libros, lo exasperaron de tal modo que, como no podia por menos de ocurrir, fueron causa de que diese rienda suelta á su exaltada imaginacion y obra-se segun esta le dictó. Empezó por asistir á cátedra el primer dia, por hacerse el enfermo el segundo, y permaneciendo en cama hasta el octavo, por escaparse del colegio la noche de este. Salió á las

nueve de ella, descolgándose por una ventana y marchándose á casa de su tío, á cuya hora juzgaba no le encontraría. Fingió que iba á recoger unos libros: los criados del canónigo le creyeron, le entregaron las llaves que pidió, entró en una habitacion, descerrajó una mesa, sacó todo el oro que se hallaba allí y escapó. Se fué á vivir en casa de la querida, á cuyo padre habia dado de bofetones; esta lo denunció al tribunal, fueron á prenderle dos alguaciles, derribó á uno, hirió al otro y huyó. Cansado de correr y dar vueltas por la vega, y cuando ya asomaba el dia, se sentó á descansar en la falda del castillo de Monteagudo. Largo tiempo estuvo discurriendo sobre su triste situacion, sin hallar una flor en el camino de su porvenir; volvió otra vez á meditar, y persuadido de que el mejor partido que podia tomar era el de esconderse, antes que el sol alumbrase, determinó hacerlo, y ya solo le quedaba por resolver la cuestion de sitio, cuando miró al castillo, se sonrió y dijo:—Aquí. Pasó dos horas buscando inútilmente una entrada; suponía que aquella mole estaba hueca, pero la puerta no parecia; fatigado de tanto andar, bajar y subir, entró en una cueva; allí pasó el resto del dia; por la noche se hizo de algunos víveres y se retiró otra vez á aquella; comió y se quedó dormido: cuando despertó eran las diez de la mañana. Aquel dia lo pasó entretenido en comer y reconocer su lóbrega habitacion. No podia él convencerse de que aquel monte-castillo fuese macizo, estando la superficie cubierta de huesos mezclados con restos de ánforas, lacrimatorios y otros objetos de uso doméstico y de una antigüedad incalculable.—Este es un castillo, decia, habitado por romanos, godos y últimamente por los árabes. Pero ¿y las puertas? ¡las puertas!... y daba vueltas y revueltas por la cueva sin hallar otra cosa que musgo y piedras.

Abreviaremos: esta cueva era la cabaña que hoy sirve de entrada á los comuneros; Navarro despues de habitar en ella ocho dias sin luz, fué poco á poco proveyéndose de todo, y á la quinta ó sesta vez que entró en la galeria, reconoció la piedra que cubria la entrada, se hizo de una palanca, y á un esfuerzo desesperado alzó el peñasco, bajó la rampa y reconoció escrupulosamente

todo el castillo, que despues habitó dos meses. No temia nuestro jóven á los duendes, ni aquellas oscuras y solitarias habitaciones le asustaban; pero le aburría tanta soledad, y sus huesos se resentian de tener por lecho la dura superficie de un muro.

A los cuarenta dias su paciencia estaba agotada, y una noche en vez de dirigirse al pueblo inmediato á comprar víveres, se cubrió con una manta y un sombrero ordinario, se dirigió á la ciudad, llegó en casa de su tio, entró, derribó á dos criados que le quisieron interceptar el paso, y sin cumplimento de ninguna especie se sentó al lado del canónigo, que á la sazón se hallaba en el comedor cenando con varios amigos. La osadía de Navarro era esta noche hija de la desesperacion. Al sentarse á la mesa se hallaba muy dispuesto á dar al traste con el cariño de su tio y con todas las consideraciones humanas. El buen canónigo al reconocer á su sobrino tuvo intenciones de pegarle, de gritar y hasta de echarlo; pero le contuvo una mirada aterradora del huído, con la cual le esplicó de todo lo que era capaz en aquel momento.

Viendo Navarro el espanto y admiracion que habia causado á los presentes su repentina llegada, tomó la palabra con ánimo de tranquilizarlos, y les dijo:

—Señores, no hay que asustarse por nada, ni mi llegada merece tampoco una sorpresa tan grande como la que se nota en vuestros semblantes. Hui de Murcia por una bagatela, y he vuelto porque el asunto no merecia que permaneciese mas tiempo lejos del cariñoso lado de mi querido tio. Es verdad que pienso dejarlo muy pronto, pero será para ir á ocupar un puesto honroso en el ejército, y la obligacion es antes que la devocion, como dice un antiguo refran... Con que cenemos y no temais ya á un mala cabeza que piensa enmendarse y ser digno de un tio tan bueno y que tiene un vino escelente. Y cojió un vaso, lo llenó y se lo bebió. El canónigo, que era hombre de talento, comprendió esta noche toda la osadía y el valor de su sobrino, como tambien su crítica posicion, y así es que solo contestó:

—Señores, tiene razon; cenemos, y mañana habrá tiempo de

ocuparnos de lo demas. Solo os ruego no digais una palabra de su llegada.

La cena concluyó, marcharon los convidados y el tio y el sobrino se encerraron, se dieron esplicaciones, se empeñaron palabras, retirándose por último á descansar. A la mañana siguiente, antes de ser de dia, se despidió Navarro del canónigo, montó en un buen caballo, y salió por la puerta de Castilla en direccion á Madrid. Llevaba en el cinto mil escudos y una carta de recomendacion, la que pronto trocó por un nombramiento de alferes de los tercios de Castilla.

Nada diremos sobre su vida militar; tiempo tendremos de conocerle, que aun no es viejo ni se ha gastado su heróico valor. Hecho comunero, y proscrito despues, tenia en su tio un cariñoso padre que le adoraba y que velaba por él, obediéndole ciegamente en todo lo que le pedia. La influencia del Capitan sobre el canónigo era hija de un cariño paternal y de una estremada docilidad producida por el dominio que ejerce el valor sobre la debilidad. Asi es que el buen tio estaba siendo un ciego instrumento de Navarro. Lo mismo para sus intrigas en la corte, que en Murcia, le servia en un todo, no solo con recursos materiales, sino tambien con los que le prestaba moralmente su teocrática posicion. Desde que el Capitan se hallaba en el castillo de Monteagudo, el canónigo no dormia tranquilo, ni comia con sosiego; la noche de la sorpresa, inquieto y receloso, paseaba por los largos salones de su casa, pareciéndole cada ruido que oia un síntoma alarmante, que le ponía en la mayor agitacion.

Este era el estado de los asuntos de Navarro en el momento que daba principio á una sorpresa tan difícil como peligrosa.

CAPITULO VI.

Sorpresa heróica.—Libertad de Perez.— Muerte del conde de Santomera.—El Gobernador de Murcia y el Abate Guzman.

PUESTO que ya conocemos la historia del Capitan, y los pocos recursos con que contaba, veamos de la manera que se proponia llevar á cabo su temerario plan.

Eran las once y media de la noche; la plaza de San Francisco, tranquila y silenciosa, guardaba cien puestos de vendedores, cuyos dueños dormian encima de las sarrias, corbos y espuertas, donde tenian sus mercancías cubiertas con algunas esteras que formaban míseros albergues parecidos á tiendas de campaña. Cerradas las puertas y ventanas, ni una sola luz se veia, ni ser humano transitaba por la plaza. En esta habia tres edificios notables por su mucha estension y por ser los únicos que servian de morada á personas que no se dedicaban al comercio. Estos eran la cárcel, la posada del Malecon, que le seguia, y el convento de San Francisco que se hallaba al frente. El resto de la plaza se com-

ponia de casuchas habitadas por vendedores de frutas, hortalizas, carnes, pescados, etc., etc., y una parte del rio Segura que lindaba con el convento.

Se abrió por último un postigo de la posada del Malecon, y fueron saliendo sucesivamente hasta once arrieros, todos embozados en mantas y calados los sombreros. Eran Navarro y su gente. Volvió á cerrarse el postigo que les dió salida, y uno de ellos se adelantó al medio de la plaza, reconoció los alrededores, y convencido de que nadie les observaba, se dirigió á sus compañeros, y muy quedo les dijo:

—Demos principio, Mendoza y vos alférez me seguís; vosotros id detras sin que se sienta el ruido de vuestras pisadas; en llegando á la puerta de la cárcel os situais á un costado, en disposicion de que no puedan veros si abren el ventanillo; ya allí, esperais mi voz para obrar. Y marcharon, Navarro delante con Mendoza y el alférez, y detras los restantes sin hacer ruido alguno, conteniendo hasta la respiración. La noche fria y oscura les favorecia extraordinariamente, pues no se distinguian los bultos á tres pasos de distancia.

Llegó Navarro á la puerta de la cárcel; dió tiempo á que los restantes comuneros se situasen á los costados, y cuando ya cada cual ocupaba su sitio, llamó. Una voz le contestó en el acto:

—¡Quién vá!

—Soy yo, dijo Navarro, imitando perfectamente el acento de un paleto: el arriero que trae un encargo á maese Juan el alcaide; abrid, no tengais cuidado. Y se abrió el ventanillo de la puerta, asomando los largos bigotes de un soldado.

—¿Sois un arriero, á ver? y miró á Navarro que con la mayor sangre fria le contestó:

—Si, un arriero soy; le traigo al señor alcaide un regalo de su madre, y esta carta que me encargó le entregase en el momento que llegara. Con que, abrid pronto ó tomad esto, que hace mucho frio.

—No, no, contestó el centinela, entra y dáselo tú; y abrió la puerta que dió paso á Navarro, á Mendoza y al alférez.

—Dejad entrar á estos dos compañeros, dijo el Capitan, mientras yo subo; ¿eh?

—Bueno, que pasen y se sienten al lado del fuego. Entraron; el centinela quiso cerrar la puerta, pero antes de cojer la llave estaba su cuello sujeto por la mano de Mendoza; y un puñal fijo en su pecho. No pudo hablar ni moverse: en dos segundos lo desnudaron entre el Capitan y el alferez; se vistió este último con el traje del soldado, y cogiendo sus armas, ocupó el lugar del centinela. Bien sujeto este, tapada la boca y tendido en el suelo, le cubrieron con una manta; diciéndole al oido:

—Si tratas de moverte, hablas ó das señales de vida, morirás; si obedeces nada te sucederá.

Hecha esta operacion, salió Navarro, hizo entrar á sus compañeros, cerró la puerta de la cárcel, y se dirigieron todos al cuerpo de guardia, donde vestidos y tranquilos dormian sobre un tablado siete soldados, dos cabos y un sargento. Eran diez y los comuneros once; cada uno de estos se apoderó de su contrario, sujetándolo por la garganta con una mano, y fijándole con la otra un puñal en el pecho. Sorprendidos y aterrados se dejaron atar por Navarro, que en pocos segundos despachó su comision. Desde que se presentó el Capitan á la puerta de la cárcel hasta este instante solo habian trascurrido doce minutos. No era posible mas prontitud, mas acierto, ni cabia mas valor. Cada comunero, al lanzarse sobre un soldado, era un leon con la melena enrespada, las garras de hierro, y la fuerza de un atleta. Brillaban sus ojos á la rojiza luz de la lámpara, de tal modo, que eran suficiente sus miradas para vencer y bastaba lo contraido de sus rostros para aterrar.

Concluida la operacion que acabamos de describir y sin perder tiempo, siete comuneros quedaron con los puñales en la mano custodiando á los diez atados; el alferez en el puesto del centinela, cuidando á la vez del soldado que tenia á sus pies sujeto, y Mendoza, Navarro y otro, subieron al departamento del alcaide que se hallaba tranquilamente sentado al brasero, oyendo los chistes de un mozo de la cárcel, sin sospechar lo que pasaba debajo de su

habitacion. La puerta de la alcaidía estaba entornada; los tres comuneros llegaron, sin hacer el menor ruido; miró Navarro por la cerradura, se enteró de lo que necesitaba, hizo seña á sus compañeros, sorprendieron al alcaide y al mozo, ataron al primero y le cogieron las llaves de todos los calabozos. En cuanto al segundo, bastó solo la presencia de aquellos para que cayese de rodillas.

Hasta este momento, ni una sola palabra habia sido pronunciada por los comuneros ni por sus victimas, á escepcion de las pocas dirigidas al centinela; por fin rompió el silencio Navarro diciendo:

—¡Hemos triunfado! Alfez, quedaos guardando al alcaide; Mendoza, cojed por la garganta á ese mancebo, y que nos lleve al calabozo del arriero que fué preso ayer; si trata de hablar ó hace el menor movimiento, ahogadlo. Y salieron los tres de la alcaidía sin mas ruido que el producido por la fuerte respiracion del mozo, contenida por mucho tiempo. Mendoza, sujetando al prisionero, iba delante, llevando una linterna en la otra mano, y á estos seguia Navarro, provisto de todas las llaves de la cárcel. Así atravesaron varios pasillos, bajaron una escalera estrecha y tortuosa, entraron en un corredor húmedo, y al concluir este, se paró el mozo y les dijo:—Aquí. Soltó Mendoza á su medio ahogado prisionero, le dieron las llaves, le mandaron que abriese, hecho lo cual entraron los tres. Este era efectivamente el calabozo donde se hallaba Perez. Sobre un poco de paja se encontraba durmiendo, sin que bastase el ruido hecho por las cerraduras, ni el de las pisadas de tres hombres, para ahuyentar aquel tranquilo sueño.

—Quita los grillos y cadena á ese infeliz, dijo Navarro al mozo; este obedeció y al dar principio á la operacion despertó Perez, abrió los ojos, miró en torno, y viendo á su Capitan, exclamó:

—Señor, ¿para qué os habeis espuesto por mí? la muerte me hubiera sido mas grata, que veros en este sitio; y se limpió dos lágrimas que llevó á sus ojos el agradecimiento. Al acabar esta

frase, concluyó la operacion, quedando el encarcelado libre de aquellos pesados hierros.

—Gracias, valiente Perez, añadió Navarro; pero no es esta ocasion de hacer reflexiones. Salgamos: tú, pobre llavero, quédate y cuidado con gritar hasta pasada una hora, porque si te llegamos á oír probarás la punta de un puñal.

—Pero, señor, contestó el carcelero, ¿y si no me sacan nunca?

—Saldrás pronto, yo te lo prometo.

—Y entonces, ¿qué digo á lo que me pregunten?

—Todo lo que has visto, y lo demas que te convenga añadir. El cielo te guarde.

—Id con Dios, señores, y estad seguros que callaré durante una hora.

—Salieron los tres comuneros, cerraron la puerta del calabozo, y se dirigieron á la alcaidía, donde les esperaba el alferéz sentado, y el alcaide tendido en el suelo y en la misma disposicion que lo dejaron.

—¿Qué ha ocurrido? preguntó Navarro al entrar.

—Nada, respondió el alferéz.

—¿Habeis oido algun ruido abajo?

—Ninguno.

—Así lo esperaba; é interrogando al alcaide continuó: maese Juan, ¿respirais bien? El atado movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Podreis pasar una hora mas, sin violentaros mucho? El aludido hizo otra señal igual á la anterior.

—Está bien, añadió el Capitan; vámonos: buenas noches, alcaide; estad tranquilo que pronto os desatarán; y salieron los cuatro cerrando la puerta y arrojando las llaves al pié de ella.

Quando ya bajaban, se detuvo Navarro, dió algunas órdenes á Mendoza, y siguieron. Todo lo hallaron en el mismo estado que lo dejaron al subir; los atados permanecian silenciosos fálándoles valor hasta para moverse, y los comuneros perfectamen-

te armados esperaban la mas leve señal para echarse sobre el que intentase la menor resistencia. Llegó el jefe, reconoció los prisioneros, calculó lo que podrian tardar en desatarse, y satisfecho, mandó al que hacia de centinela se quitase el traje de soldado. Despues salieron dejando cerrada la puerta de la cárcel. Ya en la calle, los doce se dirigieron á la orilla del rio, en cuyo punto, despidiéndose de Navarro, recibieron las instrucciones que debian adoptar en su retirada. Los once restantes siguieron la falda del Segura hasta ocultarse en la vega; allí, se dividieron en cuatro pelotones, y por diferentes sitios y senderos extraviados marcharon en direccion al castillo, donde aportaron con felicidad y en el menos tiempo que les fue posible.

Navarro, despues que dejó á sus compañeros fuera de la ciudad, volvió, y deslizándose por las calles mas oscuras y solitarias, se encaminó sin ser reconocido por nadie, al palacio del conde de Santomera. Su criado le esperaba en la disposicion que ya sabemos; así es, que no halló impedimento alguno para penetrar en casa del Conde. Llegado que hubo entró, cerró y se dirigió á su sirviente.

—¿Ha ocurrido algo? le preguntó.

—Creo, mi Capitan, que el Conde ha muerto.

—¡Me lo temia! ¿Y Alberto?

—Ha bajado dos veces y me ha preguntado por vos con mucho interés; despues solo he oido sollozos y nada mas.

—Está bien; deja mi traje de peregrino sobre esa silla; marcha á casa de mi tio; dile que estoy bueno, salvo, y Perez en libertad; ve y vuelve sin perder un momento. Si notas agitacion en la ciudad, no te detengas á averiguar lo que es; si te quisieran detener, huye; si te cojen, defiéndete antes que entregarte; vuela; la puerta estará entornada. Y salió dejándola como su amo le habia dicho que la hallaria.

Despues, cogió Navarro su traje, se lo fue poniendo, y cuando concluyó esta operacion se acercó á la escalera, fijó el oido, y escuchó efectivamente los lastimeros ayes del escudero, que sin duda lloraba la pérdida de su amo.

— ¡Cómo ha de ser! ¡Dios ha querido que pierda un buen amigo! cúmplase su soberana voluntad. Y se dirigió á la puerta de la calle, se sentó y esperó la vuelta de su criado.

Nuestro valiente Capitan se sintió mas conmovido al escuchar los lamentos de Pablo, que cuando estaba en la cárcel jugando su existencia con mas probabilidades de morir que de triunfar. Ni le asombraba haber sorprendido una guardia, un alcaide y un carcelero sin grandes obstáculos, ni le hubiera asustado tampoco ser vencido, atado, preso y despues ahorcado. Con la misma serenidad y sangre fria penetraba en las prisiones, que habria entrado en la capilla y subido al patíbulo. En este momento solo decia para sí:

— ¡Pardiez, como estarán dentro de poco las autoridades de Murcia!... Se les escapó la presa, y ya dificilmente la van á cojer. Jamás he practicado una operacion tan arriesgada con menos resistencia que la presente. Si yo tuviese un rey á quien obedecer, un general á quien seguir y una compañía auxiliada con mis cuarenta bravos de Monteagudo, ¡de qué no seria capaz en este mundo! ¡qué empresa por árdua que fuese, la hallaria superior á mis fuerzas! Pero esto de estar proscrito, llamarle á uno traidor, tener que ocultar sus hechos entre las sombras de la noche y hasta verse obligado á esconderse del sol, es horrible! Las Comunidades de Castilla defendian una idea laudable; Padilla era todo un valiente y entendido general, pero nos vencieron y hénos aquí incapacitados para todo!... ¡Ba! Con un indulto y una guerra todo terminará favorablemente. La guerra la tenemos ya en Italia, y el indulto vendrá de Madrid.

Apenas acababa de saborear esta dulce idea, cuando la campana mayor de la Catedral principió á tocar á rebato. Dió un salto, entreabrió la puerta y aplicó el oido.

— Tocan, añadió; aquellos malditos se han soltado antes de lo que yo esperaba, y han dado parte de lo ocurrido... Afortunadamente no se oye gente por las calles, ni créo posible que todavia arresten á nadie. Pardiez, si Pedro estuviese aquí poco me importaria el ruido de esa campana; ¡pero si lo cogen!... Aun hay

tiempo... él corre bien... pero estos sayales no permiten andar muy deprisa, y además meten un ruido!... Voto al infierno! si lo detienen!.. Ca!.. como que se dejará cojer sin mas ni mas! Perez hirió á tres ó cuatro; pero este mataría á diez... En aquel momento las campanas de varias torres repitieron los sonidos de la de la Catedral. ¡Buena se está preparando! Tocad, tocad aprisa, que los unos en el castillo, y yo aquí ya es fácil que nos deis caza... ¡Ese criado!... En el mismo instante se abrió la puerta, y de un salto se puso en medio del zaguan el buen asistente de Navarro. Este cerró y en seguida le preguntó:

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada, señor, sino es que la ciudad se va alarmando y es muy posible que ya esten deteniendo á todo el que ande por las calles, no siendo militar ó autoridad.

—Y bien, ¿qué te ha dicho mi tío?

—Vuestro tío me estaba esperando; escuchó la noticia con un júbilo indecible, y oyendo tocar á rebato me mandó volver antes que el peligro acreciera, encargándome os recomendase de su parte useis la mayor prudencia.

—Está bien, coge esa luz y sígueme... Y ambos se dirigieron á la parte principal del palacio, atravesaron varias habitaciones y llegaron por último á una pieza donde estaba el cadáver del Conde y dos hombres á sus pies anegados en lágrimas. Eran Alberto, conde ya de Santomera, y el fiel escudero Pablo. El criado de Navarro se quedó en la pieza inmediata y su amo entró, miró aquellos restos inanimados, y asomaron dos lágrimas á sus ojos que le surcaron rápidamente las tostadas mejillas. Al ruido que hicieron las pisadas levantó la cabeza Alberto, se dirigió al Capitan, lo abrazó y dijo:

—¡Loado sea Dios!... me quita un padre, pero me dá un buen amigo, un fiel compañero. ¿Me he equivocado?

—No, mi querido hijo. Juro por mi madre, que nos oye desde el cielo, velar por vos mientras viva, y si preciso fuera, sacrificaros mi existencia.

—Y yo no ser ingrato á vuestros favores.

—Y yo, dijo Pablo tartamudeando, os bendigo, capitán Navarro; aunque os desconocí la primera noche, ya os he reconocido; y así como ni el Conde ni yo hemos olvidado nunca vuestro valor y afecto, recordad siempre, que es hijo de un hombre que os salvó la vida.

—¡Pablo!... exclamó Alberto lleno de indignación.

—Tiene razón, añadió Navarro; las acciones de vuestro generoso padre deben recordarse; es cierto que le debo la vida, y en que Pablo repita eso no hay delito alguno; antes por el contrario, me alegro que se acuerde y me lo avise.

—Si vuestra protección es solo el pago de una deuda que teniais con el Conde, renunció á ella. Quiero únicamente vuestra generosa amistad, ó nada.

—Soy vuestro amigo, vuestro padre, vuestro protector, la única persona que os ama, á escepcion de ese anciano; entre los dos nunca habrá deudas, solo deberes y cariño. ¿Estais satisfecho?

Alberto volvió á abrazar al Capitán sin poder contestar una sola palabra; las lágrimas ahogaban su voz. El cuadro que presentaba esta habitacion no podia ser mas patético. Un cadáver, un anciano llorando, un valiente enternecido y un héroe sufriendo el dolor mas cruel y á la vez la satisfaccion mas lisonjera.

Todas las campanas seguian tocando á vuelo; los tranquilos habitantes de Murcia fuera de sus camas, se asomaban á las ventanas y balcones, y la tropa que habia en la capital recorria las calles prendiendo al desgraciado que, impulsado por la curiosidad, se atrevia á salir de su casa. Este era el estado de la ciudad cuando Alberto notó el ruido de campanas y voces.

—¿Qué ocurrirá? se atrevió á preguntar á Navarro.

—Poca cosa, contestó este; un preso que se ha escapado de la cárcel, y... nada mas.

—¿Cómo lo sabeis?

—Fácilmente; he sido el primero que le vió salir; pero os advierto que no se lo digais á nadie.

—Comprendo, dijo Alberto... Perdonad: el agudo dolor que

sufro ha sido causa que me olvide de vos y de vuestros asuntos. ¿No habeis tenido accidente desagradable?

—Ninguno, querido Alberto. Todo se ha reducido á una sorpresa, un susto y una huida.

—¿Os amenaza algun peligro todavia?

—Si me cogiesen y reconocieran, el de ahorcarme. Ya veis que no es mucho. Pero no hablemos por ahora de esto; es necesario ocuparnos de otro asunto que interesa mas. Vos no estareis para nada, y puesto que yo estoy para todo, obraré. Pablo, ¿qué sirvientes hay en el palacio?

—Dos, contestó el escudero.

—¿Saben que han llegado peregrinos?

—Solo tienen noticia de uno.

—Es conveniente decirles que entré muy poco despues que mi criado, y es necesario que no salgan á la calle ni hablen con nadie mientras permanezca aquí. En cuanto sea de dia, procurad que se depositen los restos del Conde en el panteon, y que digan misas por su alma en todas las iglesias de la ciudad. Alberto quedará esta noche y mañana encerrado conmigo en su habitacion; alojad á Pedro en la vuestra, y á las horas regulares que nos sirvan la comida. Y dirigiéndose al jóven añadió: no debéis continuar mas tiempo en esta alcoba; seguidme.

Todo se hizo como lo dispuso Navarro.

Ahora es preciso volvamos atrás y sabremos qué ocurrió en la cárcel despues de la salida de los comuneros.

Los individuos que componian el cuerpo de guardia estuvieron algunos minutos, luego que quedaron libres, sin acertar á moverse, y hay que convenir en que ya no era miedo lo que tenían, sino asombro. El primero que dió señales de vida fué el centinela que se acercó arrastrando á la lumbré, prendió fuego á sus ligaduras, y se soltó. Vistióse todo lo mas deprisa que pudo, entró en el cuarto de la tropa, y uno por uno soltó á sus pobres compañeros. Libres ya, dió aviso el sargento de lo que habian hecho con la guardia, puesto que él ignoraba lo que sucedió en la cárcel. El parte iba bastante exagerado. En vez de once, de-

cia que entraron cien, y que todos ellos se presentaron armados de punta en blanco, con otra porcion de falsedades por el estilo. Sin embargo, era mas verosimil lo que decia en su escrito, que lo que habia ocurrido. Es verdad que los once comuneros valian por cien soldados, y el golpe que dieron tenia á mas el sello, no solo del valor, sino tambien de la prevision.

Como era natural, la primera medida que adoptaron las autoridades de Murcia, fué la de tocar á rebato, poner la tropa sobre las armas, y mandar prender á todo mortal que hallasen en las calles de la ciudad. Entretanto el gobernador rodeado de cuarenta soldados, pasó á la cárcel, oyó de boca de los sorprendidos lo que habia pasado; subió á la alcaidía, soltó á maese Juan, que todavia permanecia atado, y se reconocieron escrupulosamente los calabozos y demas encierros de aquel edificio. Todos los presos estaban en sus sitios, á escepcion de Perez, que habia sido reemplazado por el carcelero. Tomaron á este declaracion, dijo lo que sabia, y su relato acabó de alarmar al gobernador. Es indudable, decia este, que en Murcia se conspira, y que hay en esa conjuracion gente de mucho valor y discrecion. Pero, ¿contra quién conspiran? añadió, ¿quiénes son los asociados y qué pretenderán? El arriero era un militar afiliado; aquí ha estado un capitán, declara el carcelero; traia cien hombres de armas, dicen los de la guardia: luego se conspira, siendo muchos los con-fabulados y muy valientes. Está bien, ya tengo el hilo; y por Cristo, que pronto tendré algo mas. Ellos han hecho uso de la fuerza, porque no les quedaba otro remedio, valiéndose hasta ahora solo de la intriga, la que seguirán empleando en adelante: perfectamente, á su astucia, la mia; y bajó la escalera, montó á caballo y se dirigió á su casa.

Cinco minutos despues se hallaba sentado en su bufete, y al cuarto de hora la tropa se habia retirado á los cuarteles, las campanas cesaron de tocar, y la ciudad volvia á su antigua calma. Estas fueron las primeras medidas del jóven jefe, despues que supo lo ocurrido. Cuando ya todo se tranquilizó, escribió una carta al gobernador de Cartagena mandándole á pedir cuatrocien-

tos hombres, sin decirle con qué motivo, ni para qué; y se la dió á un oficial de su confianza, diciéndole:

—Entregad este escrito á quien va dirigido; os darán cuatrocientos soldados; ponéos al frente de esa fuerza; conducirla aquí sigilosamente; os alojais en el cuartel de San Benito y venís á darme parte. Entrareis en Murcia mañana á las once de la noche. Vuestra cabeza me responde; partid.

Esto no es mas que una precaucion, dijo para sí; ahora vamos á buscar los conspiradores.

El gobernador de Murcia era un militar tan valiente como entendido, y mas osado que entendido y valiente. En una palabra, podia entrar en lucha con el capitán Navarro y sus demas compañeros.

Despedido que hubo al oficial, llamó á un page y le preguntó si habia llegado el abate Bermudez. Contestado por aquel afirmativamente, mandó que entrase y nadie mas pasara hasta nueva orden. Tres minutos despues se presentó en el umbral de la puerta D. Francisco Bermudez de Castro. Este hombre singular, era bajo de estatura, contrahecho, moreno, pero en cuya frente se veia retratado el saber y la hipocresia.

Entrad, le dijo el gobernador; cerrad bien y sentaos. Así lo hizo el abate, y despues de clavar aquel una mirada de reconocimiento en su huesped, continuó:

Contestadme categóricamente á todo lo que os pregunte; nada de rodeos ni preámbulos. ¿Lo entendeis?

—Preguntad, señor Conde, replicó el jorobado, siempre con su cabeza baja y las manos guardadas.

—Sé que sois ambicioso, hábil, y que bajo esa capa de humildad, que os sienta muy bien, ocultais un alma tan ardiente como intrépida. Calló el Conde-gobernador, sin que por eso Bermudez de Castro se moviera ni alzase la frente. El Conde continuó:

—Queréis hacer méritos para ganar recompensa?

—Sí, dijo secamente D. Francisco.

—¿Os atreveréis á emprender un trabajo digno de vuestra as-

tucia, aun cuando no podais descansar un momento hasta haber dado fin á la empresa?

Levantó Castro la cabeza, miró al Conde como el águila á otra compañera que remonta su vuelo á las estrellas, y le contestó:

—¿Qué recompensa me aguarda?

—Si desempeñais como yo espero vuestra comision, mil ducados, y una carta para el cardenal Adriano.

—Y esa carta ¿dirá?...

—Que sois hombre de mucho provecho, que os confie empresas delicadas, y os haga pronto lo que deseais. No olvidad que el gran Cisneros era hace treinta años menos que vos.

Los ojos del corcobado brillaron otra vez, y fijándolos en el gobernador replicó: Acepto, y si lo que pretendéis no es imposible, lo conseguiré.

—Lejos de serlo, puede que os parezca fácil, sin embargo de que para mí es cosa muy grave.

—Hablad, Conde, anhelo complacéos, me agrada vencer dificultades. ¿Qué quereis de mí?

—Deseo me descubrais una conspiracion, señalándome el sitio de los conjurados y dándome á falta de los cuerpos sus nombres. Porque habeis de saber que se conspira.

—Lo imaginaba, señor gobernador, y aun me atreveria á decir... pero no, solo quiero hablar con datos.

—Seguid, padre, seguid; puede que unidas mis noticias á las que vos teneis, logremos cojer el hilo, cuyo primer cabo tenemos ya. ¿Qué es lo que sabeis.?

—No sé nada, señor, sospecho solamente.

—Y qué sospechais?

—Recelo que hay en Murcia varios enemigos del Emperador, y que estos son, en caso de que haya conjuracion, los únicos que pueden haberla formado.

—Teneis razon; se conspira y son militares los traidores: lo difícil es saber quiénes son y por qué obran así.

—¿Estais seguro que son soldados? dijo vivamente el abate.

—Sí, y ademas existen pruebas.

—Pues entonces ya está aquí el hilo, y dentro de poco tendremos la trama.

—Lo decis con tal convicción! añadió el Conde fijando una mirada investigadora sobre el jorobado.

—No me queda duda, replicó Bermudez despues de meditar largo rato. Esos que conspiran son comuneros, y el jefe de ellos no puede ser otro que el capitán Navarro; ¡oh, estoy seguro!

El jóven gobernador miró á Castro asombrado de las últimas palabras pronunciadas por este. Como habia dicho muy bien, tenían los conspiradores un capitán y se llamaba Navarro. Esto lo sabia solo el gobernador y el mozo de la alcaidía, y el haberlo adivinado el abate no era para el Conde, hombre de talento, una brujería como hubieran creído la mayor parte de los habitantes de Murcia, harto preocupados en aquella época; sino la consecuencia de una fina penetración ayudada de sagacidad y talento nada comunes.

—Sois todo un hombre, padre, dijo el Gobernador, y ya creo teneis andado la mitad del camino que os ha de conducir á poseer la carta y un bolsillo, algo mas repleto de lo que os he ofrecido. Hay entre los conspiradores un capitán, y este se llama Navarro, como acabais de decir: ¿conoceis á ese comunero y os será posible seguir su huella?

—Sí señor, y acaso lo halle pronto con toda su gente; sin embargo de creer la empresa muy difícil.

—¿Muy difícil? preguntó sorprendido el Conde.

—Lo es señor; el capitán Navarro, valiente y sagaz como ninguno, reúne en sí el poder material y el moral; es una culebra convertida en león, del que toma la fuerza y el valor, conservando siempre la astucia de su ser.

—Si fuera propenso á asustarme lo estaria en este momento, padre: el retrato que acabais de hacer de ese hombre es horrible, puesto que me presentais por enemigo un león, una serpiente y un genio; esto es cruel, señor abate: ¿y qué pensais que hagamos contra ese hombre-fiera?

—A su astucia, contestó el otro con gravedad, oponerle la

nuestra; á su talento el nuestro; á su valor el de nuestros soldados, y á sus delitos, si los tiene, el castigo.

—¡Bravo! exclamó el Conde: tenemos tambien vuestra hipocresía, querido Castro, que vale mas que todo. Abrigais un corazon de hierro, y esa capa de humildad con que cubris vuestro temple, nos va á ser en esta ocasion mas útil que todos los ejércitos del Emperador. Temia que fuérais cobarde, pero ha disipado mi recelo el firme acento con que habeis pronunciado las últimas frases. Decidme, pues, ¿qué os hace falta para dar principio á la empresa?

—Bien poca cosa; que me deis vuestro permiso para retirarme, y que interin yo velo, vos descanséis, cuidando únicamente de tener unos cuantos arcabuceros mas, cerca de vuestra ilustre persona, por si acaso fuesen necesarios.

—Los soldados, estarán en breve andando para Murcia; ya los han ido á buscar: descansaré, como me habeis indicado, pero antes, si algo os hace falta pedidlo y se os entregará.

—Nada, señor; vuestro permiso....

—¿No necesitais oro ni gente?...

—No, repitió el abate, y alargó la mano al Conde, que se la besó.

—Dios os haga un santo, señor gobernador, añadió levantándose.

—Y á vos un diablo, padre.

—Gracias, señor Conde. Y dando fin con esto á la entrevista, el primero fue en busca de su lecho y el segundo entró en su casa, se encerró en el despacho y meditó.

CAPITULO VII.

Precauciones.—Alberto se amaestra en esgrima.—Hipocresía del jorobado.—Su astucia.—Su plan.

HABIAN transcurrido tres días. Navarro visitó el castillo y dió órdenes para impedir el que se repitiera otro acontecimiento como el anterior, para lo cual estableció un nuevo método de hacer provisiones. Ya no iban dos soldados á comprar, salia uno acompañado de un oficial, y el elegido para este acto era el mas prudente de todos. La puerta de la cabaña estaba siempre cerrada, y solo subia á la cúspide de la fortaleza un centinela, que permanecía siempre oculto y vigilando. Es decir, que la conducta de los comuneros fuera de aquellas bóvedas no podia ser mas precavida ni menos peligrosa. El entendido jefe, despues de arreglar y mejorar el estado de sus subordinados, volvió á Murcia, y en este momento se ocupaba de la suerte de Alberto y del pretendido indulto. Para distraer al nuevo conde de Santomera, y hacerle olvidar el amargo dolor que le producía la falta de su padre,

le obligaba á que cogiese una espada y tirase con él: el Capitán era consumado profesor de esgrima, y el jóven Alberto tenía á las armas una afición estremada. De esta suerte pasaban ambos el tiempo; el Conde olvidando sus penas y haciéndose á la vez un gran tirador, y Navarro esperando noticias de la Corte.

El gobernador de Murcia, observando fielmente lo que le habia encargado el abate Bermudez, no hacia nada. La fuerza que esperaba habia llegado, tan sigilosamente como ordenó, y ya solo era cuestion de saber si el jorobado cumplia su difícil encargo; el buen padre debia hallarse á la sazón muy entretenido, pues ni aun se cuidó de mandarle un simple recado. Mucha confianza tenia en él, pero bastante era tambien su impaciencia en estos momentos.

La ciudad, tranquila ya por el accidente que tres dias antes la habia alarmado tanto, se entregaba ahora á las faenas diarias de un pueblo agrícola y trabajador. Apenas conservaba un confuso recuerdo de la referida alarma, á escepcion de unos cuantos fanáticos, que todavía aseguraban haber visto grandes ejércitos de duendes introducirse en la cárcel é intentar librar á los presos. La evasión de Perez se habia ocultado á todo el mundo, y los cuerdos suponian que las medidas tomadas por el gobernador eran causadas por una equivocación al leer un parte recibido de la Corte. Solo los comuneros y unos pocos mas, sabian la verdad de lo ocurrido.

El buen canónigo, contento por el feliz resultado de la empresa de su sobrino, conversaba alegremente en su reducida tertulia, aumentada con la humilde persona de un abate: este era el señor de Castro, amigo del canónigo y el que hacia tres dias no se separaba de su lado mas que para ciertos asuntos indispensables. El tío de Navarro apreciaba sus bellas cualidades, en las que hallaba, segun él, amistad, talento y modestia; pero en realidad, el hipócrita solo era una pantera introducida en aquella casa en busca de la presa que intentaba sacrificar, en aras de su ambición. Pero dejemos hablar á la historia, que ella nos dirá lo que pensaba y lo que efectivamente hizo.

Era la cuarta noche posterior á la evasion del preso, y aunque no estaba muy avanzada, el canónigo despidió con toda la amabilidad que le fué posible á sus tertulios, dando por excusa, que necesitaba recogerse para emprender un trabajo importante que le pedian de Madrid. Uno tras otro se fueron retirando todos, á escepcion de Bermudez, que al parecer se habia quedado dormido. El canónigo trató de despertarlo, pero le dió lástima y dijo para sí: habrá pasado toda la noche en vela; ¡qué sueño tan tranquilo! que duerma, pues; lo encerraré, y mañana podrá volver á su casa. El tío de Navarro reunia á su buen corazon una notable admiracion al talento, y los destellos de la elevada inteligencia del hipócrita le habian ofuscado. Salió el canónigo cerrando con llave la única salida de la habitacion donde se hallaba el abate, llamó á sus dos criados, les mandó acostar, y despues que los vió desnudos bajó, abrió una puerta escusada, la dejó entornada, y cerca de ella esperó.

En cuanto el contrahecho oyó cerrar la puerta del gabinete, abrió los ojos, miró en torno, y dijo: esto marcha: en seguida se levantó, se dirigió á la puerta y aplicó el oido; la casa era grande, y no bastaba toda su atencion para enterarse de lo que hablaban en las demas habitaciones distantes de la suya. Visto que nada oia, sacó un manojito de llaves y comenzó una por una á meterlas en la cerradura, hasta que halló la que en dos segundos le dejó libre la salida. Abierta la puerta, volvió á escuchar, pero nada se sentia. Entonces la cerró y se fué deslizandose por un largo y oscuro corredor, hasta llegar al sitio donde el canónigo se hallaba, dando prisa á sus sirvientes para que se acostasen pronto. Cuando bajó el tío de Navarro, iba el abate detrás, á veinte pasos de distancia, arrastrándose y hasta conteniendo la respiracion: vió la operacion de abrir y entornar la puerta, y tan luego como el otro se dispuso á esperar él hizo lo mismo, buscando antes un hueco donde ocultarse y que á la vez le favoreciese la retirada. Quince minutos esperaron: al cabo de este tiempo entró Navarro vestido de peregrino, se incorporó á su tío y ambos su-

bieron. Los hábitos del Capitan tocaron el rostro de Castro; el cual no se movió; aquellos marcharon sin verlo, y este los siguió á una prudente distancia.

Tio y sobrino entraron en una pequeña habitacion, cerraron por dentro, se arrellanaron en dos anchos sillones, y dieron principio á una conversacion bastante animada.

El astuto jorobado llegó arrastrándose como la serpiente hasta el umbral; se tendió sobre el frio pavimento; aplicó el oido en la parte inferior de la puerta, y así permaneció por espacio de una hora sin perder nada de cuanto el canónigo y Navarro hablaron. En seguida se levantó: «ya sé bastante» dijo, y se dirigió á la pieza donde fué encerrado, y allí permaneció interin concluyeron su conversacion los otros, y marchó el Capitan. Observada esta salida por él, se volvió á encerrar, y cuando estuvo seguro de que el sobrino se hallaba muy lejos y el tio muy cerca, comenzó á dar fuertes y repetidos golpes que duraron hasta que el canónigo abrió. Quejóse el abate amargamente de haberse dormido; dió sus excusas al dueño de la casa, y se ausentó sin que bastasen todas las súplicas de éste para obligarle á pasar allí la noche. No puedo, contestaba; me es imposible, ¡qué diria mi familia! Por último salió dejando á su huesped convencido de un sueño que no habia tenido y de una religiosa exactitud que solo practicaba en apariencia. El canónigo se acostó tranquilo, y él se dirigió á casa del gobernador. Iba pensativo y como meditando un plan difícil y arriesgado. Eran las doce; la noche estaba oscura, lo cual evitó que viese un peregrino que marchaba en distinta direccion. Si este hubiese reconocido al abate y adivinado lo que iba pensando, una puñalada en el corazon le habria probado de qué manera castigaba Navarro á sus enemigos. Pero como no lo vió, ni era nigromántico, pasó por su lado, llegó al palacio del conde de Santome-ra y se acostó tranquilamente, mientras que el perverso espia se hizo introducir en casa del gobernador. En cuanto este oyó que un paje pronunciaba el nombre del abate, dió un salto, y con voz ronca contestó:

—Que pase al instante. Entró pues, saludó, y quedó parado.

—Gracias al diablo; creí que no veniais nunca, dijo con viveza el jefe.

—Crefais mal, señor Conde, contestó el otro; no he venido antes porque no hacia falta, ni podia.

—Está bien, sentaos y hablemos; me teniais muriendo de impaciencia.

—No me estraña, sois impaciente como todos los militares.

—Y vos calmoso y pícaro como todos los...

—Muchas gracias, señor.

—Dejaos de cumplimientos y vamos á lo que interesa. ¿Qué habeis hecho, y cómo estamos de conspiradores?

Antes de contestar á esta pregunta, se arrellanó en el sillón; meditó un momento; fruyó el entrecejo, y replicó:

—Señor Conde, he llenado mi encargo con exactitud, y las noticias que os traigo, adquiridas en solo cuatro dias, os van á maravillar. Verdad es, añadió, que al evacuar mi comision, me he espuesto mucho; acaso mas de lo que exigia la prudencia.

—Hasta ahí el preámbulo, ¿no es verdad, castísimo padre? Continúad, pues, que si mis sospechas son fundadas, estoy seguro que voy á saber grandes cosas. Os ruego que seais todo lo lacónico posible, pues cada vez crece mas mi ansiedad.

—Seré breve, oidme. Ignoro el número que hay de conspiradores, pero infiero que deben ser muchos. Su jefe, como yo sospechaba, es el capitán Navarro, hombre osado y valiente; sus compañeros se parecerán á él; el tal Capitán no puede asociarse de ninguna manera con gente que no se le asemeje. Todos ellos son comuneros, estan proscritos, y tratan de negociar su indulto...

—¡Sois admirable! dijo el gobernador, interrumpiéndole. Veamos antes de proseguir, los partes que recibí del Gobierno sobre los que escaparon salvos de la accion de Villalar, y si esos nos suministran algunos datos.

Sacó el Conde un legajo, fue examinando los papeles que

contenia , hasta que halló un oficio , el cual debió ser suficiente á su deseo , pues añadió :

—He aquí lo que nos falta. En este documento me hablan de Navarro y sus compañeros. El Gobierno supone que marcharon á la frontera con objeto de embarcarse. Dice tambien, que en el camino sorprendieron un convoy y arrebataron gran cantidad de oro destinado al ejército. Relata ademas, que la mayor parte son oficiales, y deben pasar de cien hombres. Ahora bien; conocemos aproximadamente el número de los enemigos; sabemos que están cerca de nosotros, y acaso ignoran que los buscamos, lo que quiere decir , que se dejarán prender con facilidad.

—Conocemos mas todavia , replicó Bermudez con gravedad; conocemos el sitio donde están encerrados; conocemos los trajes de que se valen para salir y entrar; podemos sorprender al jefe y prenderlo; pero lo difícil, lo casi imposible, será cojerlos á todos.

—Y sabiendo todo eso, ¿en qué se funda tal imposibilidad? Explicaos.

—Los conspiradores están encerrados en el castillo de Montea-gudo; tienen pertrechos de guerra, comestibles, agua, y un valor natural que, unido al que presta la necesidad y hasta la desesperacion, son cien héroes capaces de concluir con un ejército.

—D. Francisco, ¿me estais contando un cuento, ú os habeis vuelto loco? ¿Qué castillo es ese que decís? Yo solo conozco uno y aun cuando pudiera haber sido habitado en la antigüedad, hoy no tiene entrada alguna. Esta es ademas la opinion de todos los que lo han visitado.

—Tambien era la mia ayer, señor Conde, pero esta noche he sabido que los comuneros dieron con la entrada de la mole que nadie cree maciza; y no os quede duda alguna, se hallan dentro, fortificados, provistos de cuanto pudiera hacerles falta para sostener un largo sitio, y muy dispuestos á no dejarse sorprender.

—Si eso es cierto, el asunto es mas grave de lo que yo creia.

—Es ciertísimo, gobernador; y no podía menos teniendo por director y jefe al capitán Navarro.

—Pardiez, dijo el Conde, dando un puñetazo sobre la mesa; todos han de caer en nuestro poder, por mas que esten asociados al mismo Lucifer.

—Andaos con cuidado, señor; pensad en sorpresas, en espías, en todo, menos en combatir á esa gente con las armas; es negocio para la astucia, no para el valor.

—Padre, estais en vuestro derecho para abrigar el miedo que os dé la gana; pero no intentéis amedrentar nunca á ningun individuo de mi raza.

—Conozco vuestro valor, vuestro poder, el valor y el poder de los enemigos; por eso os he dado ese consejo. Si yo tuviera miedo no seria vuestro aliado en esta empresa, ni hubiera estado mas de una hora aspirando el aliento de Navarro y espuesto á que su puñal me atravesase el corazon.

—Teneis razon, y confieso que he sido injusto con vos; pero ciertas cosas repugnan á un militar. Yo quisiera, mejor que sorprenderlos batirme y vencerlos.

—Eso es tan bueno como imposible.

—¿Creeis que me humillarían?

—No; lo que creo es que si los llamais al campo no irán, y si los vais á buscar á su fuerte madriguera os despedazarán.

—¿Por qué suponeis que no irán al campo?

—Porque comprenderán que, aun cuando os venciesen, saldrían mal, pues son muy pocos para el ejército que vos tendriais la bondad de presentarles al siguiente dia de la derrota.

—¿Y qué hacer entonces?

—Dadme la direccion de este asunto, y acaso logremos que caigan en nuestro poder sin derramar sangre. En último extremo, os queda siempre el medio de obrar, recurriendo á la fuerza.

—¿Estais seguro del éxito?

—No; pero mi plan es el único que conviene llevar á cabo: y es ademas el que ofrece mejores resultados.

—¿Qué necesitais para la empresa?

—Poca cosa; oro, gente á mi disposicion y paciencia de parte de vos.

—¿Qué dinero quereis?

—Quinientas doblas por si es preciso ganar á algunos.

—¿Qué gente?

—Doscientos hombres.

Cogió la pluma el gobernador, trazó en un papel cuatro ó cinco líneas, abrió un cajon, contó las quinientas doblas, y le entregó ambas cosas, diciéndole:

—Ahí teneis lo que me habeis pedido. Respecto á mi paciencia, la tendré; procurad vos no hacérmela perder.

—En cuanto al oro está corriente, señor Conde; pero este papel no me sirve: necesito doscientos hombres, no doscientos soldados. Me explicaré: esa gente ordenareis se disfrace y ponga á mi disposicion; el traje convendria que fuese de simples labradores, sin embargo de que seria oportuno tuviesen sus armas escondidas cerca de Monteagudo. Lo demas me corresponde á mí.

—Se hará así. ¿Deseais alguna otra cosa?

—Que tengais preparadas todas las fuerzas con que contais en esta provincia y... nada mas.

—Todo estará dispuesto; cumplid con fidelidad y exactitud, pues me seria doloroso quitar la vida á un hombre tan útil como vos.

—Muchas gracias, señor gobernador; estoy seguro que no tendreis queja de mí.

—Así lo espero; id con Dios y no os descuideis un momento.

—El cielo os guarde, señor Conde.

CAPITULO VIII.

Presentacion de Alberto.—Asalto.—Sorpresa.—Disposiciones militares.—El héroe espía.—Prision del Abate.

Es preciso, querido lector, que nos traslademos al palacio del conde de Santomera y veamos lo que pasa allí.

Despues que Navarro concluyó de hablar con su tio, se retiró, como ya hemos dicho, á casa de Alberto. Nada ocurría de notable en aquel viejo edificio, si se esceptúa el haber sido despedidos los sirvientes tomados para asistir últimamente al moribundo Conde. Esta medida no era dictada por la economia, sino por la prudencia, pues el proscrito Navarro se hallaba casi siempre en el palacio, y no creía conveniente ser espiado por personas que pudieran venderle. El buen escudero, ayudado por el criado del Capitan, eran la servidumbre de todo un Conde y un jefe militar.

Seis dias iban trascurridos desde la muerte del padre de Alberto, y éste y el Capitan habian ocupado la mayor parte del tiem-

po en amaestrarse en el ejercicio de las armas. El jóven, cuando empezó á tirar con Navarro, tenia ya recibidas muchas lecciones de su padre, y algunas del viejo criado, pero como era natural, siendo su nuevo maestro una notabilidad en esos ejercicios, se halló muy débil y hasta aturdido cuando por primera vez midió su acero con tan formidable antagonista. El primer dia y el segundo aprendió; el tercero tiraba ya; el cuarto tuvo Navarro necesidad de hacer muchos esfuerzos para desarmar á su discípulo, y el último le fué de todo punto imposible darle una estocada. Veinte lecciones dadas en seis dias habian bastado al nuevo Conde para hacerse un gran tirador. Si bueno era su postrer maestro, el discípulo iba siendo una especialidad. El Capitan comprendió al principio que Alberto podria llegar á ser un héroe; esta noche veia realizado su presentimiento, por lo cual lo estrechaba entre sus brazos con paternal cariño. Erale devuelto éste, como es de presumir, por el agradecido y generoso jóven, con delirante afecto.

En estos momentos en que el Capitan llegó al palacio y se sentaba frente á su querido amigo, le decia el último.

—¿Con que me vais á presentar á vuestros valientes compañeros?

—Sí, mi adorado Alberto; cuando querais emprenderemos la marcha. Mañana si os place pasaremos el dia entre aquellos aguerridos militares, y por la noche regresaremos á vuestra casa.

—Tenia vivos deseos de conocer una gente tan dispuesta á batirse y á perecer con la espada en la mano. Pardiez, yo no he nacido para seguir habitando estos viejos muros, sin presente y sin porvenir. Quiero estar entre gente de armas, entre soldados que me lleven al sitio donde pueda ganar gloria, adquirir fama y ser útil á mi nacion. Vamos, Capitan, levantaos.

—Voto al Demonio, dijo Navarro lleno de gozo; parecéis ya un general mandando á sus subordinados. Por San Telmo, que me sobraba razon cuando declaré á aquellos ignorantes que nos hacia falta un héroe y que ese erais vos. Buen dia vais á pasar mañana; oscuras bóvedas, negras galerias, rostros tostados y llenos de cicatrices; pero todo aquello tiene tal aspecto guerrero, que al

mismo Lucifer amedrentaria si tuviese la desgracia de presentarse allí.

—¿Creis que vuestro castillo y soldados me causarian temor? preguntó Alberto con candidez.

—No, hijo mio, no; pienso por el contrario que os agradaará todo aquello, pues vais á visitar vuestra casa y á estar rodeado de amigos y compañeros.

—Que me place; pero notad que la noche avanza y tenemos que entrar antes que nazca el dia.

—Es verdad; poneos el traje de mi criado y en marcha. Salió Alberto, se ciñó una cota que tenia dispuesta, se colgó una espada, se echó encima el traje de peregrino, calóse el sombrero, y unido á Navarro partieron de allí, dejando al viejo escudero y al criado del Capitan.

Eran las dos de la madrugada. Navarro y Alberto salieron del palacio, como ya hemos dicho, cruzaron los barrios bajos de la ciudad, llegaron á la orilla del Segura y continuaron su camino hasta internarse en la vega. Ya en esta, tomaron un estrecho sendero, el cual bien pronto los llevó al camino real que conduce á Monteagudo. A las tres y media pisaron la falda del Monte-castillo. Ni un ser viviente encontraron en su corta peregrinacion. Subieron pues á la fortaleza, y á los cinco minutos quedaron parados delante de la cabaña, cuya puerta se hallaba cerrada. Dieron un golpe, despues otro, y al repetir el tercero lo acompañaron de un estornudo. En el mismo instante se abrió; pero en vez de presentarse un hombre vestido de arriero como anteriormente, asomó un guerrero completamente armado, y tras él dos arcabuceros con las mechas encendidas.

—¿Quién va? preguntó con voz ronca el intrépido Mendoza.

—Entrad, Alberto, fue la única contestacion del Capitan, y ambos pasaron despues de ser reconocidos.

La puerta se cerró: Navarro saludó al gigante, y los tres se dirigieron á la galeria, alzaron la piedra y bajaron.

Los comuneros restantes habian recibido aviso el dia anterior, y todos estaban levantados esperando la presentacion del

nuevo compañero: la pieza que les servia de comedor, se hallaba perfectamente alumbrada y era en la única del castillo que habia animacion y bullicio, pues solos los oficiales esperaban á Alberto. Por fin se presentó Mendoza y anunció á los recién venidos. Todos los oficiales se pusieron en pié, fijando sus miradas en el huérfano.

—Señores, dijo Navarro: me cabe la honra de presentaros al señor conde de Santomera, jóven tan valiente como discreto. Desde hoy será vuestro amigo, y compañero; vais á enseñarle el arte de la guerra: os advierto que el nuevo discípulo puede ya batirse conmigo. Es digno de alternar con vosotros, bravos soldados; lo he adoptado por hijo, y os ruego estrecheis su mano con el afecto que merece mi protegido.

Los comuneros rodearon á Alberto, lo abrazaron y colmaron de halagos. Sentáronse luego; hablaron de guerras, desafíos, amores, calaveradas y de cuantas atrocidades hace el hombre con sus semejantes y hasta consigo mismo.

El jóven Conde se presentó allí con un poco de timidez; propia de la edad y de su falta de mundo. La conversion escitó su entusiasmo, y á los pocos instantes de estar sentado, ya hablaba con los oficiales con la misma franqueza y sangre fria que con Navarro.

Asi pasaron dos horas; al terminar dió órden el Capitan para que se levantase la tropa. Verificado este acto todos los soldados, vestidos con traje de guerra, se situaron en la sala de armas, pues debian recibir una escrupulosa revista. Navarro y Alberto á la cabeza, y detras los oficiales, reconocieron á aquellos, visitaron las demas piezas habitables del castillo, y últimamente se volvieron al comedor, donde les esperaba un bien condimentado almuerzo, cuyo grato olor encrespaba los largos bigotes de los comuneros. Sentáronse á la mesa y comieron: llegados los postres y el vino rancio del campo de Cartagena, hubo brindis, ternos, alegria y broma. Alberto rebosaba de júbilo. La actitud guerrera del castillo; las chispeantes miradas de sus compañeros; el hallarse sentado por primera vez en un banquete, libre de la dureza paternal, y tantas otras cosas que seria prolijo relatar, y que for-

maban hacia mucho tiempo su sueño dorado, le embriagaron, poniéndole en estado admirable. Ya no era el jóven tímido que al entrar balbuceaba espresando la idea; era el valiente Conde, en cuya frente se retrataba el heroismo; era el soldado sin campañas, pero con tanto denuedo como el mas aguerrido de cuantos allí estaban. Entre los muchos brindis que á cada momento se repetian, hubo uno tan notable de parte de Alberto, que merece relatarse con las mismas palabras que fué pronunciado. Cogió un vaso lleno de vino, se levantó, y alzándole dijo:

— «Señores, brindo por vuestra libertad; por vuestra incorporacion al ejército del Emperador, y por vuestra buena suerte futura; y juro por el alma de mi padre, que en estos momentos me oye desde el cielo, seguir vuestra suerte, mientras no os halleis indultados, pereciendo antes que abandonaros.» Estas últimas frases fueron acogidas por los comuneros con un aplauso general; le dieron las gracias y lo aceptaron por compañero. Era todo lo mas que podía hacer el agradecido mancebo: acababa de perder su libre albedrio y hasta habia sacrificado su porvenir uniéndolo al de unos pobres proscritos.

Navarro, fiel observador, no perdió un solo movimiento de su protegido, desde que este se hallaba en el castillo. Satisfecho de la conducta de Alberto y concluido que fué el almuerzo, invitó á todos sus oficiales á un asalto, que naturalmente fué aceptado, y hasta aplaudida la idea, dejándole la direccion al que lo habia propuesto. El sitio elegido fué la gran sala de armas y se dispuso que asistiesen los soldados que no se hallaban ocupados en el servicio ordinario del castillo, y que para la eleccion de los combatientes decidiera la suerte; el Capitan no debia tomar parte en la lucha, y sí solo dirigir la contienda.

A los diez minutos todo estaba corriente y dió principio el combate. La tropa rodeaba el salon de mera espectadora, y el Capitan presidia desde un extremo. Soberbio cuadro era este para Alberto; tocábale ser uno de los primeros adalides; siendo su antagonista el valiente D. Alvaro. La adiestrada mano de este último, trató varias veces de burlarse del niño, pero siempre

inútilmente. Al principio dejó Alberto que le guiase su entusiasmo, y esto dió origen á un arrojo que estuvo á punto de comprometerlo. Cambió en seguida, y haciendo uso de toda su serenidad y sangre fria, dejó al enemigo libre de tanta estocada como le habia lanzado y se cuidó solo de la defensa y de que el menor descuido en D. Alvaro le proporcionase un golpe seguro. Cerca de diez minutos estaban ya luchando sin haberse tocado, cuando hé aquí que el intrépido comunero vé que su contrario se descubre, se arroja sobre él, le tira la estocada, y sin comprender el ardid, halla la espada de Alberto fija en su costado izquierdo. Quedó pues fuera del combate, y el jóven Conde vencedor. Este se descubrió á propósito, burló la credulidad del enemigo, y lo rindió. Un aplauso general resonó en la sala; los soldados miraban al mancebo con entusiasmo indecible, los oficiales con júbilo y hasta el mismo D. Alvaro lo abrazó y proclamó en alta voz que habia sido vencido por un niño.

—No, dijo Navarro; por un héroe.

—¡Tiene razon! contestaron todos; Alberto es un héroe. Siga añadieron, y el Capitan dió la señal para que continuase.

Tocábales al teniente y á Mendoza; el primero representaba el valor y la habilidad, el segundo el arrojo y la fuerza. Este combate debia ser tan interesante como el anterior. Dió principio, y una nube de cuchilladas cayó sobre el pobre teniente, que casi le marearon: de toda su habilidad tuvo que hacer uso y hasta de todas sus fuerzas, siendo así que el atleta Mendoza le abrumaba con las suyas. Pararon un segundo, volvieron á empezar de nuevo, y cuando iba tomando mas interés la lucha, vino á detenerla el ronco sonido de una bocina, cuyos ecos repitieron las bóvedas del castillo.

—Alto, dijo Navarro; alférez, id al instante y preguntad al centinela qué novedad ocurre. Salió este, y quedaron esperando su vuelta, para saber la noticia que traia. Muy grave debia ser, pues apenas subió el oficial se volvió á oir el mismo sonido, lo que les indicaba que habia peligro y que este no era pequeño.

—¡A las armas! exclamó Navarro, y todos aquí sin demora.

A los cinco minutos volvió el alférez, se dirigió á su jefe, y le dijo: Capitan, el centinela del pozo infernal pide que se le releve para poder enteraros de lo que pasa.

—Relevaldo vos; contestó Navarro, y que baje al instante: marchad.

Así se hizo, y al poco tiempo apareció el centinela, saludó y esperó á que le interrogasen.

—¿Qué sucede? preguntó el Capitan con impaciencia.

—Señor, contestó el soldado, creo que hemos sido descubiertos.

—Mejor, añadió Mendoza mirando su espada.

—Silencio, señor oficial, dijo con imperio el jefe. ¿En qué te fundas para suponer eso? Dí al momento lo que hayas visto, sin omitir circunstancia alguna.

—Me fundo, en que han llegado á la falda de este castillo mas de doscientos hombres con traje de labradores, y he reconocido en ellos á varios soldados que fueron compañeros míos.

—¿Los has observado bien?

—No me queda duda, señor. Además he distinguido varias espadas que intentaban guardar cautelosamente.

—¿Cuánto tiempo hace que vinieron?

—Media hora.

—¿Por qué no avisaste al punto?

—Porque no podía perderlos de vista, y me era imposible llamar á la vez.

—Continuad.

—Llegaron á la falda del monte-castillo, se detuvieron, formaron varios grupos, hablaron al oído, y poco á poco se introdujeron en las casas de ese pequeño pueblo. Solo uno quedó fuera, se tendió en el suelo, y aparentando dormir mira al castillo de los Templarios, que como sabeis está medio arruinado y solo dista de aquí un tiro de arcabuz. Dirigi entonces la vista al sitio donde me parecia que él se fijaba, y vi efectivamente á un hombre, que desde la elevacion de esas ruinas, nos espia con un an-

tejo. Me oculté en el momento, pero estoy seguro tambien de que me ha visto. Es todo lo que puedo deciros.

—Está bien; cumpliste con tu obligacion y hoy mismo recibirás el premio á que te has hecho acreedor. Mendoza, id con cuatro arcabuceros y situaos en la cabaña. Si llaman no contestar; si tiran la puerta haced fuego y retiraos á la rampa; ya en ella, matad al que intente llegar hasta vos. Con seis hombres os bastan para dar fin de un ejército que quisiese penetrar por allí. Situaos bien, y sed prudente. Teniente, poned el castillo en actitud de defensa; ya lo sabeis, la mitad de la fuerza la destinais á favorecer á Mendoza, y la otra mitad al salon del pozo infernal, por si alguno pretendiese descender por allí. ¿Falta alguien?

—Vuestro criado.

—Ese no vendrá por ahora; marchad. D. Alvaro, enseñad á Alberto la parte que no conoce del castillo; instruidle en todo lo que sea necesario, y que ocupe despues su puesto á vuestro lado. Centinela venid.

Y salió Navarro, entró en su habitacion, cojió unos anteojos, se dirigió al pozo infernal, y seguido del soldado subieron á la cúpula de Monteagudo. Allí estaba el alférez, que al llegar el Capitan recibió órden de bajar.

Escondido entre las malezas jefe y súbdito, continuaron observando largo rato sin hablar una sola palabra, hasta que por último exclamó aquel.

—¡Ah maldito jorobado, tú eres el que nos has vendido; pero ya te conozco y puedes encomendarte á Dios.

Tiró Navarro los anteojos, se sentó y se puso á meditar. Largo rato permaneció en esta actitud; su imaginacion se perdía en conjeturas, sin poder resolver el problema, hasta que fastidiado dejó á los acontecimientos el cuidado de aclarar el enigma.

Volvió otra vez á mirar: el contrahecho proseguia entre las ruinas del castillo Templario observando á Monteagudo; el soldado enemigo tendido en el suelo, y los otros muy cerca esperando órdenes.

—Sigue aquí, dijo el Capitan al centinela, y cada diez minutos entera al que suba de todo lo que hayas visto. No pierdas un movimiento del jiboso; vigilado bien, y cuida de que nadie te vea. Cuando suba alguno, que se tienda como tú estás ahora, para que no sea descubierto.

Dejó el Capitan los anteojos al soldado y bajó. La tropa y oficiales estaban todos en sus puestos. Ni el mas leve temor se notaba en aquellos guerreros semblantes; únicamente retrataban esa gravedad del valiente cuando le amenazaba algun peligro y se dispone á conjurarlo. Solo Navarro tenia el rostro sumamente encendido, era torva su mirada, y su frente cubierta de arrugas marcaban el enojo. Su pelo parecia la encrespada melena de un leon; cárdenos sus labios y humedecidos por el coraje que filtraba de su corazon, parecia mas que un hombre, un gigante de la edad media ensoberbecido y dispuesto á devorar cuanto se le pudiese delante. Al verlo D. Alvaro y los demas oficiales que se hallaban en el salon de la sima infernal, esclamaron en coro:

—¿Qué ocurre, Capitan?

—¡Que nos han vendido! dijo dando una patada en el suelo que hizo estremecer aquel pavimento; y añadió.

—No es el miedo de perder la vida lo que me tiene fuera de mí; no es el temor de una derrota, es la sangre de españoles que vá á correr; es, que valientes castellanos van á espirar bajo las puntas de nuestros aceros! Es, en fin, que no nos conoce el gobernador de Murcia; nos provocará, y van á caer sobre sus soldados cuarenta leones que convertirán esta comarca en un mar de sangre.

—Si nos provoca, dijo D. Alvaro lleno de ira, él será el responsable de la sangre que vamos á derramar; de las víctimas que inmolaremos; porque si nos llama, ni rehusaremos el combate, ni buscaremos en la huida la salvacion, que debemos confiar á nuestras espadas, ¿no es verdad, capitan Navarro?

—Sí, D. Alvaro, sí; nos van á provocar, aceptaremos, ¡y Dios sabe lo que va á ser de nosotros y de ellos!

—¡Guerra pues y sangre, replicó D. Alvaro; muerte y ester-

minio antes que humillacion! Señores, mientras aliente uno solo sangre y mas sangre primero que huir.

—¡Morir ó vencer! gritaron los oficiales y soldados poseidos del coraje de Navarro y de D. Alvaro.

—Alberto habia escuchado sin desplegar sus labios todo esto; pero al oir la última exclamacion le pareció que debia hablar y dijo:

—«Señores, he jurado seguir vuestra suerte, y los Silvas jamás faltan á su palabra: mi espada, mi valor y mi vida son de vosotros y de vuestra causa: no temo la muerte; antes por el contrario, hay momentos en que me abrumba la existencia. Deseo batirme; deseo saber lo que es un combate; deseo, en fin, que se me llame valiente; que se me diga como á vosotros; es un adalid: pero, señores, me entristece como á Navarro derramar sangre de españoles; me duele tender de una estocada á un castellano que le obligan á ser enemigo nuestro. No es esto temer la lucha, no: si mañana, si ahora mismo fuese necesario entrar en ella, no seria el último que desnudase la espada; pero creo que antes de que se acerque ese fatal momento, debemos estudiar el campo contrario y ver si se puede evitar el combate. Este es mi deseo; nuestro Capitan ordenará lo que crea mas conveniente. Como soldado, he emitido mi opinion, ahora me resta únicamente obedecer.

Las sentidas frases de Alberto produjeron un efecto maravilloso en aquellos gigantes. Con las frentes inclinadas y actitud casi humilde, esperaron á que su jefe meditase sobre lo que habia dicho el jóven conde de Santomera, sin atreverse ninguno á desplegar sus labios. Navarro, que se dejó arrastrar de una ira mal comprimida, de ese enojo que produce siempre la traicion en el pecho del valiente, estaba casi avergonzado de que un niño le hubiese enseñado el camino de la prudencia, tan necesario para salir bien de la critica posicion en que se encontraban nuestros sitiados comuneros. Todós continuaban guardando el mayor silencio, cuando el Capitan volvió á tomar la palabra, y con una calma, hija natural de la reflexion, les dijo:

—«Señores, nos hemos dejado llevar por un momento de la ira, y no es esta la que conviene á los hombres que se hallan en nuestra terrible posicion. El conde de Santomera ha dicho la verdad: «Debemos estudiar el campo enemigo y si se puede evitar el combate, evitarlo. Debe dolernos efectivamente derramar la sangre de nuestros hermanos.» Y yo añado, que para un buen español, será horrible morir como traidor al pié de un castillo, testigo hace diez y seis siglos de las heroicidades de tantos romanos, cartagineses, godos, árabes y castellanos. Alberto, señores, nos ha dado una leccion; tomémosla pues, y no demos otra vez lugar á que un mancebo nos indique el sendero que dicta la fria razon.

—Capitan, contestó D. Alvaro, vos sois el jefe de este castillo; á vos solo toca disponer; obrad pues como creais mas conveniente.

—Está bien, replicó Navarro, meditaré y os juro no volver á perder ese aplomo necesario en el que tiene á su lado hombres como vosotros. Ya se vé, ese maldito jorobado me encendió la sangre y... Pero en fin, quién sabe si aun podremos vengarnos del traidor, sin derramar otra sangre que la suya. Señor de Silva, añadió, ya que poseeis la prudencia en tan alto grado como el valor, decidnos qué es lo primero que debemos hacer.

—Capitan, emitida mi opinion, solo me resta obedecer. Os he dicho que soy soldado... un soldado que posee esta magnífica espada... la de los Silvas, que jamás empañará el único descendiente que queda de ellos, aunque sea niño y aun cuando tenga que batirse ahora mismo. Y brilló una alegre sonrisa en los ardientes labios del jóven Alberto.

—Señor Conde, replicó Navarro, os pregunto qué debemos hacer en la dura posicion en que nos hallamos; hablad, os lo ruego, os lo mando.

—Está bien; voy á obedeceros, y era escusado me roga-seis, puesto que mi jefe está en su derecho cuando manda. Mi opinion, señor gobernador de este castillo, es la siguiente: pasar el resto del dia observando á los enemigos; entrada la noche, marchar vos á Murcia, enteraos de cuanto podais ave-

riguar, por medio de vuestro tio, y seguidamente mandar un correo, ganando horas, al cardenal-ministro, ofreciendo y dando cuanto pida por el anhelado indulto. Si nouviéseis bastante dinero, añadid mi palacio, y si aun no bastase quedad en deuda; lo que importa es el indulto; luego veremos con que se paga lo que falte. Interin vos evacuais este asunto, yo, pobre huérfano, desconocido de todo el mundo, me disfrazaré y beberé con esos soldados que hay al pié del castillo; difícilmente me ha de conocer nadie, y yo ya los conozco á ellos, y hasta es muy posible os traiga cuanto necesitamos saber. Despues nos reuniremos aquí y determinaremos lo mas conveniente. Esta es la opinion del soldado, ahora os toca á vos, señor Capitan, ordenar lo mejor.

Todos quedaron mirando á Navarro, que despues de estrechar la mano de su jóven amigo, exclamó: ¡Bravo, querido Alberto! manejaís la espada como un valiente y pensais como un sábio. No me admira, pues para ser héroe se necesita ya á vuestra edad discurrir así.

Ea, señores, añadió; cada diez minutos que me lleven el parte de lo que se haya observado; vos Conde, seguidme. Y ambos se marcharon á la habitacion del jefe.

Nada de particular ocurrió en todo el dia: el abate continuó mirando siempre, y el soldado tendido esperando al parecer una seña de aquel. En el castillo, sin perjuicio de permanecer en actitud de defensa, se comió, y al anochecer fueron los jefes llamados á la sala de armas, donde á poco se presentaron Navarro y Alberto perfectamente disfrazados, el primero de arriero y el segundo de labriego, igual como los soldados del gobernador de Murcia, y completamente desfigurada la blanca y hermosa piel de su rostro y manos.

—Teniente, dijo el Capitan; el Conde y yo nos marcharemos antes de un cuarto de hora; os quedais de jefe absoluto, interin yo vuelvo ó Alberto, cuya opinion en adelante y mientras dure vuestro mando, tendreis muy en cuenta. Haced que en la esplanada de la sima queden toda la noche seis soldados y un alferez; el santo y seña serán: Santiago y Santomera; matarán ó harán pri-

sioneros á los que tratasen de reconocerlos ; si fuesen atacados por fuerza y no pudiesen combatir, que se retiren cortando la escala; si piden socorro, dádselo en el acto , pero encargando siempre la mayor prudencia. Lo demas ya lo sabeis. Señores, nos vamos confiados en vuestro valor, en vuestra serenidad. Os amenaza un peligro inminente, y si os dejamos en estos instantes, es impelidos por la necesidad y el bien de nuestra causa.

Varios oficiales quisieron hablar para ofrecerse á acompañar á Alberto y á Navarro , pero este no los dejó , obligándoles á callar y obedecer.

Cinco minutos despues, subieron el Capitan y el jóven Conde á la cúpula del castillo , y desde allí , arrastrando é hiriéndose las manos, bajaron al pié de Monteagudo , por sitios tan agrestes y difíciles , que estuvieron mas de dos veces espuestos á perecer. Eligió Navarro esta bajada, para evitar el ser reconocidos, saliendo por la cabaña , que estaba situada cerca del pueblecito, á un costado del castillo Templario, y ellos descendieron por la parte que dá al Norte, muy conocida del Capitan , y la que era necesario estudiar mucho , por los rodeos, y vueltas que habia que dar para librarse de los mil precipicios que amenazaban á cada paso. Ya abajo, quiso Navarro obligar á su compañero á que abandonase empresa tan arriesgada, y se retirase á su palacio, esperando allí los resultados de la fatal contienda que él veia inevitable.

—Sí, Alberto , le decia con cariño paternal; seria lástima que murieseis como un traidor, cuando apenas empezais á vivir , y cuando tantas glorias tiene Dios reservadas á vuestro talento y valor ; retiraos de aqui y yo estaré tranquilo.

—Gracias , Capitan , contestaba Alberto ; me ofrecéis que olvide mi juramento , y me lo proponéis vos , tan noble y tan valiente!

—Yo os levanto una palabra dada entre los vapores del vino...

—Es inútil ; la he empeñado estando tan sereno como ahora y jamás faltaré á ella ; ademas, que me servirá de ensayo esa lucha y podré pagaros lo que os debo. No gastemos el tiempo en esto, señor hidalgo ; nuestros compañeros esperan en nosotros , y es

necesario ser dignos de su confianza. Con que... hasta luego...

Viendo Navarro la tenaz resistencia del Conde, lo abrazó, le dió algunas instrucciones, y ambos se despidieron, marchando en distinta direccion. El Capitan se fue á Murcia, y Alberto, despues de haber perdido de vista á su amigo, se sentó en la falda de Monteagudo, apoyó la frente en sus pequeñas manos y meditó. Era la primera vez que el mancebo se hallaba solo en el camino de la vida, y todo cuanto le rodeaba fue tan negro como la oscura noche que presidia aquel instante. Oscuridad, enemigos, dificultades, peligros y desgracias, todo era poco ante su potente valor y elavado talento. Mas que un jóven de quince á diez y seis años, imitaba á un hombre avezado á los peligros y acostumbrado á destruir dificultades. Mas que ser humano, parecia un génio, en cuyas manos oprimia el bien ó el mal que esparcia entre amigos ó enemigos. Su familia no le dejó bienes de fortuna ni grandezas; pero Dios le habia dotado de una inteligencia superior á todas las riquezas humanas.

Pensó largo rato nuestro valiente jóven, y se dirigió en seguida al caserío inmediato. Antes de llegar á las pocas viviendas que formaban el pequeño pueblo, se detuvo, observó, se embozó bien en la manta, y uno por uno fué reconociendo los edificios que tenia delante. Todos estaban cerrados, y solo se veia el resplandor del fuego de las chimeneas y el de las luces que ardan dentro. Concluido su exámen, se encaminó al sitio donde el soldado estaba tendido, y con notable asombró lo halló en la misma postura que tuvo por el dia, siendo lo mas estraño, que la oscuridad de la noche hacia imposible distinguir el castillo Templario, y mucho menos al jorobado, caso de estar allí. Se fué pues arastrando hasta un árbol inmediato y ocultándose cuanto pudo, esperó. Un cuarto de hora permanecié allí sin hacer el menor movimiento, cuando notó la llegada de dos compañeros del tendido, que se acercaron á este, le dieron el santo y seña y le ordenaron seguirlos á una casa inmediata del vecino pueblo. Al verlos marchar Alberto, dijo para sí: ya sé mas de lo que esperaba; ahora puedo meterme entre vosotros, y lo haré, voto al

demonio, como dicen mis amigos. Y sin mas reflexiones siguió á los tres y entró tras ellos en la misma casa. Era esta una taberna, única que existia en Monteagudo; solo tenia el piso bajo, que se componia de un saloncito exterior y varias piezas interiores, convertidas en este momento en cuartel. En el salon habia varias mesas, mostrador y una vieja lámpara, que ardia en medio, arrojando una luz opaca y tan triste como la de las tumbas. Notó Alberto, que á un lado, y recostados en el suelo, estaban mas de cincuenta hombres, que supuso con razon eran soldados; y en otro extremo, seis ó siete mas, sentados alrededor de dos mesas, que creyó serian oficiales, sin embargo de que el traje de los primeros era del todo igual al de los segundos. El conde de Santomera, despues de reconocer bien el campo enemigo, se tendió entre aquellos, cerca de los jefes, para poder oír á estos todo lo que hablasen. Pronto tuvo necesidad de fijar su atencion, pues tomando uno de los oficiales la palabra y dirigiéndose al que acababa de entrar, le preguntó:

Y bien, señor Cisneros; ¿qué dice nuestro general, el reverendísimo, cuyo nombre ignoro?

—Poca cosa, contestó el interpelado; nuestro nuevo jefe, desea sigamos esperando órdenes, como todo el dia de hoy, y que estemos dispuestos á una sorpresa.

—¡Diantre! ¿á quién iremos á sorprender?

—¡Quién sabe! acaso sea esto consecuencia del atentado de la cárcel.

—Yo lo creo así.

—Y yo. Y yo. Y yo, repitieron en coro.

—Lo estraño, señores, es, que nuestro valiente y entendido general haya delegado sus poderes en un abate...

¡Quién sabe lo que el conde-gobernador estará haciendo por otro lado?

—Es verdad; pero hay que convenir en que..... No pudo concluir la frase: dos golpes dados á la puerta, con bastante precaucion, y una voz que á la vez repitió la contraseña, hizo ponerse en pié á todos los que estaban sentados alrededor de la mesa, Uno

de ellos abrió, y dejó pasar á un embozado, que entró, cerró y se descubrió: era el gobernador de Murcia. Los oficiales al reconocerle le saludaron con respeto.

—Qué órdenes habeis recibido? preguntó el Conde.

—La misma de esta mañana, contestó uno de ellos; esperar y estar dispuestos para una sorpresa.

—¿Y lo estais?

—Sí, señor.

—¿Dónde se halla el resto de la fuerza?

—En las tres casas inmediatas. Cada cincuenta hombres tienen dos oficiales, y aquí estamos los demas con igual número.

—¿Y el señor abate?

—Todo el día ha permanecido en el castillo Templario; despues que llegó la noche pasé á recibir instrucciones, me dió las que habeis oido, y me mandó retirar. Ignoro la direccion que habrá tomado, ó si seguirá entre esas ruinas.

—¿Qué habeis hecho de los dueños de estas casas?

—Están encerrados en habitaciones interiores y vigilados por centinelas que les entran de comer y no les permiten salir.

—Muy bien: cumplid como hasta aquí y ¡ay del que falte á la consigna! Hasta mañana; y salió el gobernador, y los oficiales se volvieron á sentar.

Hé aquí un grave apuro para el jóven Alberto: sabia cuanto deseaba, debia huir al momento de allí, ¿pero cómo hacerlo? La puerta estaba cerrada, él confundido entre cincuenta soldados y pasando por tal; para salir tenia necesidad de pedir permiso á los jefes, y si estos notaban su poca edad y le reconocian como espia, se hallaba perdido.

—¿Qué haré? se decia: yo debo escapar de aquí, y por la puerta es imposible; y luego esos malditos piensan dormir sobre las sillas ¡voto al demonio! como dice Navarro y sus compañeros. Pues señor, yo he de salir; si por allí no puedo será por otra parte... y si me descubren?... Voto al demonio!... Probemos. Alberto se revistió de todo su valor y sangre fria, y muy embozado en la manta se puso en pié.

—¿A dónde vas? le preguntó al momento un jefe.

—Al corral, señor, contestó sin inmutarse, procurando hacer su voz tan bronca como la de un hombre.

—¿A qué?

—Voy, señor, á... como me duele el vientre... Fueron estas últimas palabras pronunciadas con tal verdad y acento tan propio de un soldado, que el interpelante no pudo por menos de replicar.

—Ves y haz lo que quieras.

Respiró Alberto con libertad, y salió dirigiéndose al corral que, como él había previsto, estaba solo, y cuyas tapias muy bajas le fué fácil saltar. En seguida buscó al gobernador, pero inútilmente; solo oyó el ruido producido por las pisadas de dos caballos, que se alejaban en dirección de la capital.

—Bueno, dijo para sí; puesto que el general se marcha para Murcia, busquemos al jiboso; y se fué al castillo de Monteagudo sin hacer el menor ruido.

La noche favorecía sus designios; el jóven Conde subió por aquella inmensa mole, arrastrándose y fijando la vista en todos los sitios donde creía se movía alguna cosa. Nada sin embargo hallaba que se pareciese á un ser humano, y fastidiado ya de infructuosas investigaciones, se dirigió hácia la cabaña, con objeto de descansar en la esplanada que había inmediata, y meditar sobre lo que le restaba que hacer. Llegó efectivamente y se sentó. A la media hora de estar allí, le pareció oír un roce suave cerca de él; se tendió en el suelo y escuchó: nada volvió á oír, mas creyó distinguir un bulto fijo á la puerta de la cabaña.

—Sí, exclamó crispado de alegría, ¡voto al demonio! es el abate en cuerpo y alma; Dios me lo trae para castigo de sus crímenes. ¡Ah buen jorobado, creo que no eres cobarde! Veamos si puedes con este niño.

Esto dijo, tiró la manta y el sombrero y se arrojó sobre el bulto, abrazó á Bemudez, pues era él, diciéndole: Miserable, ya eres nuestro! Un esfuerzo desesperado del contrahecho lo separó del jóven, y ambos á la vez, sacando sus puñales se que-

daron frente á frente mirándose como dos fieras que intentan despedazarse. Estaban tan cerca, que Bermudez, á pesar de la oscuridad, pudo reconocer en el rostro de su contrario la poca edad del enemigo que tenia delante. Entonces varió el aspecto de aquella serpiente con formas humanas; se sonrió y dió un paso á la izquierda, para engañar á su adversario y echarse sobre él cogiéndole por el otro costado. Alberto comprendió la intencion, giró al lado opuesto y al levantar el puñal Bermudez, clavó el suyo en el pecho de aquel, con tal ímpetu, que ambos cayeron al suelo. Tiró el Conde el acero y cogiendo con sus manos la derecha de Castro, comenzó otra pelea terrible, en la cual, á pesar de la herida, se defendía el jiboso con un valor heróico. En este instante, y motivado por el ruido de la lucha y las palabras de los combatientes, se abrió la puerta de la cabaña y aparecieron las bocas de dos arcabuces y el extremo del largo mandoble de Mendoza que, armado de punta en blanco, gritó.

—¡Quién va!

—A mí, Mendoza, que se me escapa esta culebra. Quiso á la vez gritar el abate, mas un golpe de Alberto en la boca apagó su voz. Ya allí el atleta, los separó, haciendo un esfuerzo supremo, y cogiendo por el cuello al herido, lo arrojó dentro de la cabaña, á diez pasos de la puerta: varios mosquetes se fijaron en su pecho; se cerró aquella, desarmaron á Bermudez, se lo hechó al hombro un soldado y despues de abrazar el comunero al niño Alberto, bajaron acompañados del prisionero á la sala donde estaban reunidos los jefes. Mandó que lo sentasen en una silla y despidió al soldado. Los oficiales quedaron sorprendidos al ver el lastimoso estado en que llegaron vencido y vencedor: el primero, cubierto de sangre y rotas sus vestiduras, parecia una víctima escapada del infierno, segun lo horrible de su manchado rostro; el otro, desgredado, cubierta su piel de arañazos, ensangrentadas las manos y hecho pedazos el traje, con la frente altiva y despejada y su mirada de héroe, parecia el angel vencedor que acaba de luchar con el demonio.

Todos le rodearon esclamando:

—¿Estais herido, amigo mio?

—No, contestó el Conde, aunque si cansado.

—¿Qué os ha sucedido? preguntaron.

—Os lo diré, señores. Salí de caza, como ya sabeis, y cuando me retiraba al castillo, tuve la suerte de hallar ese cuervo, que segun dice el Capitan, es el que nos ha delatado, vendiendo al gobernador de Murcia un secreto ganado con el espionaje mas indigno. Dueño yo de mi presa, que á la verdad se ha defendido bien, os la entrego; pero empezad por curarle la herida que he tenido la inadvertencia de hacerle, y guardadlo despues hasta que nuestro jefe disponga lo mas conveniente. Se lo llevaron, y cuando el preso estuvo fuera, se dirigió el Conde al teniente, y le dijo:

—Si os parece bien, podeis dar la órden para que la tropa se retire á descansar, dejando únicamente algunos centinelas de precaucion. Obrad pues con la seguridad de que los sitiadores no se moverán ni recibirán por ahora otros mandatos, que los de nuestro prisionero, y ese ya comprendereis que está á buen recaudo.

Salió el teniente, ordenó lo que creyó mas prudente, y volvió al comedor, donde alegremente conversaban los oficiales con el jóven Conde; este se habia lavado la máscara de tierra que se puso en cara y manos para ocultar la blancura de su cutis; se arregló la desgredada melena y cambió su disfraz por un bonito traje de guerra, que le sentaba perfectamente. Parecia entre todos aquellos guerreros de largos bigotes, feroz aspecto y rostros ennegrecidos, una linda muchacha disfrazada de militar. Sus ojos eran únicamente los que no tenian nada femenino. El azul de ellos, teñido de un resplandor brillante, daba á su penetrante mirada un poder mezclado de belleza, que atraia ó imponia segun la dureza ó dulzura con que la fijaba. Los comuneros le contemplaban esta noche como á un ser sobrenatural, pues no podian convencerse de que un jóven barbilampiño pudiera ser capaz de hacer lo que Alberto de Silva.

—Contadnos, le decia Mendoza, cómo os habeis compuesto para prender á ese traidor.

—Con tanta dificultad y esposicion como hallé en medio de sus soldados.

—¿Con qué habeis estado con ellos?

—Sí; y tuve á bien traerme solo el santo y seña y á su jefe principal.

Al concluir esta frase, apareció en la puertá el capitan Navarro, se quedó parado, y con voz de trueno preguntó:—Teniente, ¿cómo está la guarda del castillo entregada á dos centinelas?

—Mi Capitan, contestó el interrogado; teniendo en cuenta la opinion del señor Conde, lo he dispuesto así.

—Alberto, ¿desconocéis el peligro que nos rodea?

—No, pero he deseado que descansa la tropa, porque esta noche no tenemos nada que temer.

—Estais seguro?

—Como de vuestro cariño.

—Siendo así, perdonad...

—No hay de qué: pero olvidemos eso, y si gustais veamos qué nuevas traeis de Murcia.

—Malas, señores, muy malas; ha sido reforzada la guarnicion de la ciudad por un número considerable de soldados; me consta que el gobernador sabe que nos hallamos aquí, y temo que no vamos á poder rehusar el combate.

—¿Y el indulto? preguntó Alberto con la mayor indiferencia.

—Ya ha salido mi criado para la córte con un pliego, en el que se ofrece todo lo que quieran por él; creo que vendrá; lo que me inquieta es que llegue tarde.

—¿Andará mucho vuestro mensagero?

—Lleva un caballo ligero como el viento, monta mejor que los postillones del Emperador y correrá mas que ellos.

—Perfectamente; esperemos tranquilos, y que Dios disponga lo que tenga á bien. Si os parece cenaremos; es ya media noche, y mi estómago dice que le falta algo.

—La cena, gritó Navarro. ¿Y vos, que habeis hecho?

—Capitan, lo suficiente para distraerós dos horas; pero dian-

tre, comamos y hablemos á la vez. Tiempo hacia que mi apetito no estaba tan desarrollado. ¡ Bueno está ese jamon! la comida es cosa escelenté cuando se tiene la necesidad de ella que yo tengo ahora. Ya se vé, me hicisteis bajar por un paraje tan malo que... en fin , me convertisteis en gato. El buen Mendoza me mira y se rie; ¿ qué, cõnoceis el sitio?

— ¡ Vaya si lo conozco! pero , ¿ no nos contais eso?

— Es verdad : pues señor , sabed , que he preso al abate de esta mañana.

— ¡ Al jorobado!... dijo Navarro dando un salto.

— Al mismo. Pero ¿ qué os pasa ? os habeis puesto encarnado.

— Acabad, voto al demonio; ¿ qué habeis hecho de ese hombre?

— Nada, Capitan... pero sentaos y continuemos , que tiempo habrá para todo. Lo hallé á la puerta de la cabaña espiando á nuestra gente; lo sorprendí; luchamos cuerpo á cuerpo, con armas y sin ellas, y auxiliado por Mendoza se lo entregué al teniente; le ordené que le curase una herida que pudo ser mortal , si una costilla no hubiera detenido la fuerza de mi puñal ; y... nada mas.

— Lo estoy oyendo y quiero dudarle. Alberto, me lleno de orgullo cada vez que recuerdo haber sido el primero en llamaros héroe.

— Gracias , galante Navarro.

— ¿ Y qué mas habeis hecho?

— Me metí entre los enemigos; les cogí el santo y seña ; averigüé la gente que son ; oí al gobernador mandar obedecer á nuestro prisionero ; me escapé como pude y... ¿ Sabeis que la salida fué mas difícil que la entrada?

— Que , ¿ os conocieron?

— No tal; pero ya se vé; como yo no soy soldado, ignoraba que hasta para ciertas necesidades hay que pedir permiso entre vosotros ; iba al corral, cuando un oficial me detuvo, y despues de las preguntas de ordenanza, me dejó pasar. No sin haber estado espuesto á ser reconocido y á que me ahorcasen ; salté la tapia, cogí á ese desgraciado, y aquí me teneis.

— ¿ Qué número de hombres nos tienen sitiados ?

—Doscientos soldados y doce jefes; están repartidos en cuatro casas que conozco muy bien.

—Ea, señores, dijo Navarro, puesto que la cena ha terminado interroguemos al preso.

Cinco minutos despues se hallaba el abate rodeado de los oficiales comuneros y frente á Navarro. El rostro del prisionero, encendido por el ardor de la fiebre, demostraba serenidad, y sus ojos algo místios, fingian una humildad que casi se confundia con la natural. Estaba suelto y tenia ligado el pecho, en cuyo sitio recibió la herida, y en la que le habian aplicado un bálsamo, que mitigaba el dolor y curaba.

—¿Cómo os llamais? le preguntó Navarro.

—Francisco Bermudez de Castro, articuló.

—Sentaos, D. Francisco, y contestad con sinceridad á todo lo que os pregunte

Sentóse y esperó.

—Vamos á ser con vos todo lo crueles ó lo generosos que querais. Sois criminal, pero si arrepentido de vuestras faltas confesais los errores y declarais cuanto es necesario, volvereis á vuestra casa sin que nadie os moleste.

Decidnos: ¿Quién enteró al gobernador de Murcia del sitio en qué nos hallábamós?

—Lo ignoro.

—Qué haciais ayer en las ruinas del castillo Templario?

—Nada.

—¿Qué idea os llevó á la puerta de una cabaña, situada en el castillo de Monteagudo?

—No lo sé.

—Mientes, dijo Navarro, exasperado por la ira; mientes, y te va á costar la vida tu inicua conducta.

—¡Que muera! gritaron todos los comuneros participando del enojo de su Capitan.

—Matadme pues, asesinos, replicó el jiboso, levantándose y alzando los brazos; asesinos sí, porque vosotros no podeis constituirnos en tribunal.

—Y tú ¿con qué derecho te metes en nuestros asuntos, nos espías, nos vendes y nos sitias? ¿Era tu obligacion matar á tus hermanos, ó guiarlos por el camino del bien? Si faltando á los deberes mas sagrados, intentabas perdernos, ¿cómo llamas asesinos á los que deseas convertir en víctimas de tu maldad? Por última vez te advierto, que si no contestas á lo que te se pregunte, pagarás con la vida tu infame conducta.

—Quitádmela, porque nada conseguireis de mí.

—Está bien: ¿que merece este hombre? añadió Navarro dirigiéndose á sus compañeros.

—La muerte, dijo D. Alvaro.

—Sí sí, gritaron todos, incluso Alberto.

—Hola, soldados; atad á este hombre y encerradlo en el calabozo de la tropa. Al primer tiro que oigas disparar en el castillo, pasadle el corazón de una estocada. Salid.

Todo se hizo como Navarro acababa de ordenar; fuera ya el reo, volvió á tomar la palabra el Capitan. Señores, continuó: me duele la sangre que hago derramar; pero la de ese mónstruo me embriaga de placer. Envidio la entereza y valor de los hombres, pero las de ese me repugnan, porque en el hipócrita se convierten esas bellas cualidades en terribles armas de traicion. Y puesto que ya no nos queda nada que hacer, retirémonos á descansar. Teniente, que se releven los centinelas y que se me despierte al asomar el dia. Alberto, vuestra cama está en mi habitacion, seguidme.

Despues de cumplida esta órden los oficiales y el resto de los soldados se retiraron.

Nada ocurrió de particular en toda la noche que merezca relatarse: sitiados y sitiadores durmieron tranquilamente, á escepcion de Navarro y Alberto que permanecieron hablando. El jóven conde de Santomera creyó que se podria sacar mas partido de la prision de Bermudez; pero viendo su obstinacion en callar, prefiriendo la muerte antes que aceptar cualquiera exigencia de los comuneros, comprendió la necesidad de obrar en otro sentido; pensó largo rato, y en seguida propuso un nuevo plan para en-

tretener al enemigo y esperar el indulto sin derramar sangre. Navarro aceptó sin vacilar la proposición de su fiel amigo, y antes que fuese de día salió de Monteagudo Alberto con el mismo disfraz que había entrado, y se dirigió sin inconveniente alguno á su palacio. Ya en este se vistió con el traje mas decente que tenia, almorzó y en seguida se fué á casa del gobernador de Murcia.

CAPITULO IX.

Resolucion de Alberto.—Entrevista de los dos Condes.—Juramento de Silva.—Preliminares de un combate.—Primera y segunda batalla; heroicidades de un niño; victoria completa.

Dos horas hacia que el jóven Conde esperaba en la antesala del gobernador de Murcia, sin que este se dignara contestar al atento recado que le habia hecho pasar; esto le probaba, por lo menos, lo poco conocido y lo muy desdeñado de su nombre. Alberto no era impaciente, como no lo es ningun hombre que tiene la suficiente fuerza de voluntad para dominarse; pero se hallaba en estos momentos agitado, porque aquella calma del Conde de la Alameda fue el primer insulto que recibió en su vida.

Cuando se abrió la puerta del salon y un page le mandó entrar, estaba convulso; hizo sin embargo, un esfuerzo para contener su mal estado, y lo consiguió. Entró pues aparentando tranquilidad de ánimo, saludó con gravedad y quedó parado.

El gobernador por su parte devolvió el saludo, lanzó una mirada de reconocimiento sobre el recién venido, y le preguntó.

—¿Me queríais hablar?

—Sí, contestó Alberto; hace mas de dos horas que tengo ese deseo. Gracias por vuestra escesiva bondad.

—Dispensadme, se apresuró á decir el jefe militar, si os he hecho esperar tanto tiempo; era demasiado temprano cuando os anunciasteis, y ya sabeis que la hora de recibir visitas está aun muy distante.

Estas palabras fueron otro dardo mas, clavado en el corazon del pobre jóven. Volvió á reprimir la ira, replicando con tono mesurado.

—Es verdad que no es hora de recibir, pero no entiendo cómo hayais podido suponer, que una simple visita me ha traído á vuestro palacio.

—¿Y qué otra cosa puede ser?

—Un asunto altamente grave. Para que me comprendais mejor, sabed que he venido á tratar con el jefe militar, no con el Conde.

—Caballero, estoy á vuestra disposicion.

—Gracias, señor; os ruego pues me escuchéis, y perdonad si os molesto mas de lo que quisiera. Cerca de Mureia, y en el castillo de Monteagudo, hay encerrados varios individuos que pertenecen al ejército del Emperador.

—¿Cómo sabeis eso? se apresuró á decir el gobernador, fijando una mirada penetrante en el rostro de Alberto.

—Un poco de paciencia, que ya tendreis tiempo sobrado para interrogarme. Nuestro jóven devolvió otra mirada á su interlocutor, tan llena de majestad, que le obligó á bajar la vista. En seguida continuó:

—Los oficiales y soldados que se hallan en Monteagudo, son tan adictos al Emperador como vos mismo. Los tiene allí un pasado desliz, que ya todos hemos olvidado, incluso el primer jefe de nuestra nacion. Ahora bien, vos habeis descubierto el paradero de esos desgraciados proseritos; los tenéis sitiados y prevéo un resultado funesto para ellos y para los vuestros; y eso es justamente lo que yo, de acuerdo con vos, quisiera evitar. Los comn-

neros son pocos, comparados con los que podrán combatirlos; pero todos son valientes, están perfectamente parapetados, y esto último les dá una ventaja que nadie puede apreciar sin conocerla; les dá acaso una superioridad sobre el mayor número, que os sería fatal si intentais conseguir por la fuerza de las armas la prision de los habitantes de ese inespugnable castillo. En tal estado, y hallándose esperando la órden del Emperador, para volver á ocupar sus puestos en el ejército, solemnemente os ruego, retraseis ocho dias el principio de las hostilidades, con el objeto de evitar un derramamiento inútil de sangre española. Como la mejor garantía de que es verdad cuanto acabo de deciros, os empeño mi palabra de honor.

Confuso y casi aturdido miraba el jefe militar al descendiente de los Silvas, sin comprender cómo pudiera haberse enterado de cosas que hasta él mismo ignoraba, y sin acertar á darse cuenta si aquel niño tendría quince años ó si era un viejo entendido y experimentado. Dudó, vaciló y por último, despues de meditar largo rato, le dijo:

Lo que acabais de espresar es tan grave, que si no fuéis noble y tan jóven, contestaría mandándoos prender. Sois el último conde de Santomera; acaba de espirar vuestro padre; habeis permanecido siempre encerrado en un viejo castillo sin roce de ninguna especie, y eso me hace rechazar toda sospecha. Por lo tanto, deseo saber por qué causa os habeis enterado de cuanto acabais de manifestar.

—El jefe de los proscritos ha estado á verme; me ha encargado de esta comision; he visto que no mentia; me ha parecido justa su demanda y he venido á veros. Lo demas ya lo sabeis.

—¡Es decir, que habeis estado dentro del castillo!

—Sí, señor.

—¿Qué gente tienen?

—No los he contado, ni puedo hablar nada que comprometa á los que se han fiado de mí.

—¿Y por qué?

—Porque un noble jamás falta á su palabra, y porque tengo simpatías con los sitiados.

—Pues bien, que se entreguen hoy mismo y la autoridad hará en favor de ellos, todo lo que sea compatible con la justicia.

Están proscritos, y si se entregan tendreis que quitarles la vida.

—Ya buscaremos un medio....

—No hallareis ninguno; la ley está terminante y vos cumpliríais con vuestra obligacion.

—¿Entonces, qué quereis que haga?

—Ya os lo he dicho; detener las hostilidades ocho dias mientras llega un indulto; eso evitará que se derrame mucha sangre.

—El deber me ordena, que prenda á los proscritos, la ley está terminante, segun decis, ¿cómo pues me pedís eso?

—Os lo ruego porque la ley no prohibe conceder un plazo.

—¿Y quién me responde de que no se escaparán en esos ocho dias?

—Mi cabeza.

—Vuestra cabeza es solo una y yo necesito las de todos los sitiados.

—Las de todos os van á costar mucho.

—Eso allá lo veremos.

—Por última vez, señor gobernador, os ruego en obsequio de vuestros soldados y de los proscritos, no comenceis las hostilidades hasta pasado ese término.

—Señor conde, deseo que os retireis, porque de lo contrario os mandaré encerrar en un calabozo.

—Es la primera vez que á un Silva se le ha hecho esperar dos horas; es la primera que á un conde de Santomera se le amenaza con un encierro... ¡Que el cielo os guarde, señor Conde-gobernador! Y marchó Alberto sin esperar contestacion. A su salida derribó á un paje que intentaba abrir la puerta, y atropelló á una mujer que entraba. Ciego de ira, tuvo algunos momentos en que no veia, entregado completamente al

mas acerbo despecho. En aquellos terribles instantes era mas digno de los comuneros que del héroe. Llegó, pues, á su palacio, se arrodilló delante del retrato de su padre, y juró solemnemente matar al hombre que habia insultado á un individuo de su raza. Hecho esto, se quedó tan tranquilo como si nada le ocurriera. En seguida escribió la siguiente carta:

Sr. conde de la Alameda.

«Me habeis insultado y os desafio á muerte; esta tarde os espero en la falda del castillo de Monteagudo que mira al Norte. Os llama un caballero ofendido; si no vais, sereis tan cobarde como villano, y no por eso dejará de caer sobre vos, á la vez que el oprobio y baldon, la espada de—Alberto de Silva, conde de Santomera.»

Llamó al escudero, y se la entregó diciéndole:

—Llevas este papel al gobernador de Murcia, y sin esperar contestacion te vuelves. A quien venga despues y pregunte por mí, le dices que estoy en el castillo de Monteagudo combatiendo en defensa de los comuneros, que existen allí. Ahora, buen Pablo, dame un abrazo y ruega á Dios por la suerte de tu amo.

—Señor, si os matan voy á espirar de sentimiento; dejadme siquiera el placer de morir á vuestro lado. Soy viejo, ya lo veis, pero acostumbrada mi mano á herir, todavia no tiembla, ni há perdido la ligereza que en otros tiempos elogiaba vuestro padre.

—No es posible, Pablo; es necesario que te quedes aquí; la lucha que voy á emprender no es para un pobre anciano como tú.

—Por última vez, señor...

—Basta; obedece y calla... dáme un abrazo.

Amo y criado se estrecharon, marchando en seguida Alberto en direccion del Monte-Castillo.

Enjutos ya los ojos del Conde, de las lágrimas que habia derramado al despedirse de Pablo, olvidó este último accidente para entregarse completamente á la ira que le inspiraban la conducta

y palabras del Gobernador. Erguida la frente, espumeantes sus labios y llena de fuego la mirada, ocultaba su rostro la femenil belleza con que Dios le habia dotado, presentando la fiereza de un guerrero ébrio de sangre y venganza. Iba armado de espada y puñal, y su traje era el mismo con que se presentó al jefe militar; esto es, calzon de seda, cinturon de terciopelo, gabán guarnecido con pieles blancas y gorra adornada con pluma encarnada.

Sin cuidarse de nada y con paso ligero atravesó la vega de Murcia, y en menos de media hora se halló en el castillo de Montegudo. Iba á subir, cuando un centinela de los soldados disfrazados, intentó detenerlo preguntándole.

—¿A dónde vais, caballero?

—Qué os importa, contestó sin mirarlo; decid al conde de la Alameda, que á la hora convenida le esperaré en el sitio que sabe. Y sin mas respuesta siguió subiendo, llegó á la puerta de la baña y llamó, dando la contraseña; abrieron y en dos saltos descendió al comedor, donde le esperaban el Capitan y los demás oficiales que no estaban de servicio.

—Navarro, señores, dijo al entrar, despidiendo llamas sus ojos; me ha insultado ese miserable gobernador; necesito matarlo, y si no acude á la cita que le he dado, reclamo vuestro auxilio para confundirlo en su mismo palacio. ¿Podré contar con vosotros?

—Sí, sí, morirá; contestaron en coro aquellos valientes, echando maquinalmente mano á las empuñaduras de las espadas.

—Silencio, exclamó el Capitan; llega aqui, Alberto; dí, ¿cómo te atreves á hacernos esa pregunta? mataremos al gobernador y á todos los suyos, si con la sangre del primero no te bastase. Pero antes, cuéntanos lo que te ha sucedido, para obrar con conocimiento de causa. Sentaos, señores, sentaos y habla, hijo mio.

Asi lo hicieron, y mas tranquilo el jóven conde de Santomera, relató en breves palabras lo que le habia ocurrido en el palacio de la primer autoridad militar de Murcia. Navarro lo oyó con el interes de un padre, y despues de meditar algunos instantes le dijo:

—Creo que vendrá al castillo, pero estoy seguro que le acom-

pañará toda la tropa que tiene á sus órdenes, con la cual nos provocará á un combate sangriento. Conozco muy bien al jefe murciano, y sé que al jugar su cabeza, querrá hacerlo contra todas las nuestras: puesto que así lo permite Dios, combatamos hasta derramar nuestra última gota de sangre. La lucha será sangrienta, pero tú, querido hijo, vengarás una ofensa que por nuestra causa has recibido.

—Mi Capitan, replicó D. Alvaro, vamos á concluir por donde debiéramos haber empezado. Para hombres como nosotros no es propia esta madriguera, ni conviene á los que se batan como los soldados que mandais. Y ya que el cielo os llama al buen camino, disponed no esperemos aquí al gobernador, sino á las puertas de su misma casa, y si es preciso dentro de su palacio. El insulto hecho á Alberto, lo hemos recibido todos; venguémosle pronto y como se merece.

—¿Tiene alguno que decir algo mas?

—Sí, mi Capitan, dijo Mendoza; yo deseo añadir, que estoy conforme con D. Alvaro en batir al gobernador; pero de ninguna manera en que vayamos á buscarle; es necesario no olvidar, que uno de nuestros compañeros, el Sr. de Silva, lo ha desafiado y dado hora y sitio, y si antes de cumplirse el plazo, nos vamos, podria suponer que el valiente Alberto tenia miedo de pelear con él cuerpo á cuerpo. Esperemos, pues; si viene solo, el Conde le matará; si acompañado, lo herirá el que tenga la suerte de llegar mas pronto.

—Señores; se apresuró á decir Alberto, tened entendido que la persona del gobernador me corresponde esclusivamente: mientras yo viva y pueda empuñar un acero, solo á mí me toca matarlo. Lo demas debe ordenarlo nuestro Capitan; dejadlo que arregle el plan como mejor le parezca.

—¡Bien! exclamaron todos.

—Así será, añadió Navarro, y puesto que ya faltan pocas horas para comenzar la lucha, demos principio á los preliminares. Teniente, dejad un centinela en la sima Infernal y otro en la puerta de la cabaña; el resto de la fuerza que está de servicio, que baje al

momento; disponed á la vez que la comida de los oficiales y la tropa esté para dentro de una hora; los soldados tendrán hoy la misma racion de vino que los jefes: marchad. Ahora, señor Conde, continuó dirigiéndose á Alberto, desearia tuvieseis la bondad de concluir conmigo el asalto que las circunstancias interrumpieron. Estamos en vísperas de dar una batalla, y siempre es bueno recibir una leccion momentos antes de tener que darla. ¿Acceptais?

—Muchas gracias, Capitan; vuestro discípulo, es imposible que pueda enseñaros nada, por mucho que haya aprendido. Sois vos el que quiere que yo haga un ensayo, que por mas provechoso que me fuera, tengo que rehusarlo en los momentos actuales. Quiero matar al gobernador de Murcia de mi propia cuenta y con mi sola habilidad; deseo probaros, en una palabra, sobre el campo de batalla, si he aprovechado ó no las lecciones que me habeis dado anteriormente.

—Sea como gustéis, pero os advierto que el Conde no acepta vuestro desafio; vendrá sí, á que su tropa se bata con nosotros, lo cual hará por hoy muy difícil el que le mateis.

Con estas últimas frases concluyeron las digresiones, y todos comenzaron á prepararse, excepto el jóven Conde, que se retiró á meditar.

—Pardiez, se decia, Navarro tiene razon: ese maldito gobernador se rodeará de su gente, y en medio de ella, cómo matarlo, siendo nosotros tan pocos y ellos tantos!... Volvió á pensar, y al cabo de media hora se reunió nuevamente con sus compañeros. Su frente estaba ya despejada, el semblante risueño y la mirada natural; al verlo el Capitan, notando aquella metamórfosis, le preguntó:

—¿Qué nuevo descubrimiento habeis hecho, querido Alberto, que tanto os alegra?

—El de matar al Conde-gobernador, aun cuando se halle rodeado de todos sus soldados.

—¿Y se puede saber, qué medio es ese?

—Es algo temerario, pero estoy firmemente persuadido de su

feliz realizacion; será digno de vos; permitidme os lo participe despues de haber visto sus resultados.

—Como gusteis; comprendo de lo que sois capaz y desisto hasta de aconsejaros; con un poco de práctica, os aseguro que me avergonzaria el que me llamase jefe un hombre de vuestro talento y valor.

—Gracias, mi querido Capitan; si gustais no hablemos mas de eso y sentémonos á la mesa; notad que no he almorzado, y la humedad de estas lóbregas habitaciones me mueven el apetito.

—Comamos pues.

—Sí, digeron todos, y se sentaron á la mesa.

Dentro de pocas horas iban á entrar nuestros guerreros en accion, y sin embargo comieron y bebieron como en los dias anteriores. Habia mas, y era que todos estaban como si tal acontecimiento no fuera á tener lugar. Ni ternos, ni una sola palabra se oyó en contra del gobernador; esperaban el momento de obrar, y guardaban para entonces el coraje, las maldiciones y los hechos.

Concluyó el almuerzo y tomó la palabra el Capitan para exhortar á sus oficiales á que fuesen todo lo comedidos posible, teniendo en cuenta la superioridad del enemigo.—Es necesario, decia, no entregarse al principio á la embriaguez del combate; eso lo haremos cuando se haya roto un flanco de los contrarios. Podremos arrollarlos, pero es necesario arrostrar muchas dificultades, y esas se vencerán si todos os concretais á oír mi voz y seguir mis mandatos; lo que no dudo hareis en obsequio á vuestras vidas y porvenir.

—Solo veo un mal, se atrevió á decir Alberto, y es la falta que tenemos de caballos.

—Indudablemente que no seria posible combatir á los muchos infantes que nos presentarán la batalla, apoyados por un buen refuerzo de caballeria, siendo nosotros tan pocos y hallándonos desmontados; pero no dudo que antes de entrar de lleno en la accion tendremos briosos corceles.

—¿Y cómo os vais á componer?

—Quitándoselos al enemigo.

—¡Bravo! esclamaron todos.

—Perdonad, mi Capitan, replicó el Conde, si he andado algo torpe; ya sabeis que soy profano en asuntos de guerra, y aunque yo habia previsto la manera de tener caballo, no comprendia la posibilidad de adquirirlo los demas.

—¿Y por qué?

—Porque á vosotros os cargará la infanteria y caballeria, y á mí solo uno ó dos hombres.

—Veo, señor Conde, que tratais de divorciaros del mando de vuestro jefe.

—Así es la verdad; desde mañana en adelante os seguiré como simple soldado; esta tarde no puede ser; necesito batirme por mi propia cuenta, y sin mas direccion que la mia, para lo cual os tengo que pedir un favor.

—Concedido.

—Gracias; solo deseo que deis la órden al valiente Mendoza para que me acompañe y obedezca; si él no rehusa.

—Por mi parte está dada, y si no pudiera complaceros yo ocuparé su puesto.

—Querido Alberto, dijo Mendoza, componiéndose el bigote, iremos donde gustéis, ¡Voto al demonio! añadió, como nos vamos á divertir. Creo adivinar vuestro pensamiento, y me entusiasma la idea del *zafarrancho* que se prepara.

Al concluir esta frase se oyó el toque de la bocina que daba aviso. Corrió un oficial á la Sima, y pocos minutos despues volvió al comedor diciendo:

—Mi Capitan, acaban de llegar unos doscientos caballos, los cuales han sitiado el castillo, divididos en masas de diez hombres con un jefe á la cabeza.

—¿Y los infantes que estaban disfrazados de arrieros? se apresuró á preguntar Navarro.

—En este momento marchan en direccion de Murcia.

—¡Bravo, señores, ya tenemos caballos! Todos á la sala de armas! Alberto, y vos Mendoza, estais libres para hacer cuanto gustéis; valor, hijo mio, y sobre todo sed prudente; si no ma-

tais hoy al gobernador ya lo hareis otro dia. Mendoza, velad por él que es aun demasiado jóven. Y con voz parecida á un trueno desgarrador, añadió:

—¡A las armas! á vencer!

—¡A morir ó vencer! gritaron los oficiales y soldados participando de la embriaguez de su jefe.

A los cinco minutos estaban armados y dispuestos á entrar en combate; solo faltaban Alberto y el Capitan que ignoraban donde se habian metido. Poco despues entraron ambos en la sala; bajaban de observar, el uno si estaba el gobernador con los sitiadores y el otro la fuerza que tenia el enemigo.

A los quince minutos de hallarse el castillo sitiado, salian los comuneros. Ataron al prisionero, pusieron una gran peña sobre la boca de la Sima, cerraron la puerta de la cabaña y comenzaron á bajar. Iban provistos de espada, hacha y un mosquete cada uno.

Fuera ya de la fortaleza, dió Navarro las órdenes que tuvo por conveniente, y acto continuo y con intrepidez prodigiosa, cayeron sobre el primer peloton, descargaron ocho arcabuces y se posesionaron de igual número de caballos, hiriendo y matando á los ginetes. Al ruido del combate, acudieron los veinte mas próximos, y espada en mano, se echaron sobre los comuneros, los cuales, descargaron á quema-ropa veinte mosquetes mas, y acuchillando á los ginetes que quedaron montados, se hicieron de los caballos, con los que juntaron mas de una mitad de los necesarios. En el poco tiempo que duró esta luchá, tuvo lugar el enemigo de reunirse y venir contra aquel puñado de valientes. Cuando llegaron, tenia Navarro veinte y seis á caballo, situados en la falda del castillo, y detras catorce á pie; doce conservando aun los mosquetes cargados. Llegó el enemigo, como hemos dicho, en número de ciento setenta, y se arrojó sobre la caballería de los comuneros; estos se abrieron y dándoles frente los moqueteros, les hicieron una descarga, de la cual no se perdió una bala. Deshecha la primera fila é introducido el desórden cargó Navarro con sus veinte y seis caballos y cada hombre convertido en un casti-

llo, descargaba hachazos á derecha é izquierda con fuerza y coraje dignos de un valor á toda prueba. Pronto los catorce desmontados tuvieron caballos y pudieron seguir á sus compañeros en aquella terrible lucha. La superioridad numérica iba no obstante haciendo interminable el combate, cuando saliéndose de las filas Alberto y en pós de él Mendoza y tres soldados mas, dieron la vuelta á la derecha, cogieron al enemigo por un flanco y penetrando en el centro, esparcieron el desórden mas espantoso; de una estocada mató el Conde al jefe de la caballería; de seis hachazos tiró otros tantos oficiales á tierra el atleta Mendoza; y avanzando los cinco, retrocediendo, girando á derecha é izquierda y matando é hiriendo en todas partes fueron á encontrarse con Navarro y los suyos, de lo cual se deducia que los soldados del gobernador se habian puesto en completa huida. Los comuneros quisieron seguirlos hasta la misma puerta de la ciudad, pero Alberto, poniéndose delante de ellos, les gritó:

—Alto! Dejadlos que huyan y que puedan volver con el corbarde gobernador que los ha mandado.

—Alto! repitió Navarro, dejadlos que corran y cuenten lo que han hecho cuarenta españoles! Y todos obedeciendo á su valiente jefe, contuvieron el brío de los corceles y la ira que les impulsaba. ¡ Lástima de sangre vertida, sin fruto y sin otra causa que el nécio orgullo de un gobernador insensato! Así y todo podia darse por bien empleada, si el jefe murciano hubiera aprovechado la terrible leccion que acababan de darle.

Triunfó Navarro no solo por el valor, la habilidad y arrojo de los suyos, sino tambien por la rapidéz con que cayeron sobre un enemigo que no los esperaba de aquel modo.

Cinco heridos tenian los comuneros, y mas de ochenta enemigos quedaron tendidos en el campo. No llegó á media hora lo que habia durado el combate.

Sin perder un momento, reconoció Navarro las lesiones de sus subordinados, y hallándolas bastante leves, los mandó entrar en una vivienda del caserío de Monteagudo, y encargó al teniente que los curase en el acto. Cogió en seguida á los trabajadores que

halló en la vega inmediata y les obligó á llevar los heridos contrarios á Murcia, y luego hizo retirar los cadáveres y despojos. Acto continuo, formó su tropa y les dió las gracias por el valor con que se habian portado. Despues se dirigió á Alberto y lo presentó diciendo:

—Señores, hé aquí al valeroso jóven, que con solo cuatro hombres ha destrozado y puesto en dispersion al enemigo, mientras nosotros conseguimos únicamente romper la primera fila, asustarlos y batirlos.

Jefes y soldados aclamaron y victorearon á Alberto. El valiente niño, tartamudeó estas palabras.

—Gracias, señores, pero yo no he hecho casi nada, han sido los soldados que mandaba y el intrépido Mendoza, que de cada tajo mataba dos.

—Perdonad, se apresuró á decir éste; pero yo no fuí el que dispuso con una oportunidad y bravura admirable, romper un costado del enemigo, ni el que, dejando en pos de sí una docena de muertos y heridos, penetró en el centro de la fuerza contraria, mató á su jefe, é infundiendo valor en nosotros y terror en aquellos, llegó el primero á donde estaba el Capitan, para ayudarle á dispersar á los que aun resistian. Si en una pequeña sorpresa os portais asi, si en un encuentro que solo ha durado momentos, habeis desplegado tal arrojo, decision é inteligencia, declaro que Alberto de Silva, es guerrero digno de ocupar uno de los puestos mas elevados del ejército. Esta es la verdad, Capitan; su valor y bizarría esceden á todo; lo he visto y no hallo palabras con qué espresar mi admiracion.

Un silencio profundo sucedió al discurso de Mendoza; los comuneros miraban al Conde, contemplando sus ojos húmedos todavia de las lágrimas que le arrancaba el placer; aun estaba montado sobre el caballo, que habia arrebatado al enemigo, y con los vestidos manchados de sangre. Su cabeza inclinada sobre el pecho, encogido su cuerpo y en una posicion violenta, vino á sacarle de tan angustioso estado la voz de Navarro que gritó:

—Soldados: dejaos de mirar por mas tiempo la triste figura de

ese niño. Todos os habeis portado con el valor, decision y disciplina que yo esperaba. Asustado el enemigo al ver la muerte en las bocas de vuestros mosquetes y en las puntas de vuestras espadas, huyó cobardemente, dejándoos sus caballos, armas y botín. Me causa pena la sangre derramada, mas queriéndolo ellos asi, no hay mas remedio que buscar la victoria ó la muerte; arranquemos la primera á esos imbéciles que no saben pelear como vosotros; hagámosles huir otra vez, y que Dios disponga despues lo que tenga por conveniente. Lo que hemos hecho hasta ahora, no es nada comparado con lo que nos queda; antes de poco vendrá el gobernador de Murcia con todos los suyos, y es necesario derrotarlos, sea su número cual fuese. ¿Tendréis el valor suficiente para empresa tan temeraria?

—¡Sí! sí! contestaron.

—¿Obedeceréis mi voz y la de vuestros jefes?

—¡Sí sí!

—¡Soldados: no haya mas que victoria ó muerte!

—¡Victoria ó muerte! esclamaron en coro.

Pocos momentos despues, entraron en las casas de los alrededores, á dar un pienso á los caballos.

Navarro visitó á los heridos, los cuales estaban ya curados y muy luego en disposicion de entrar en combate. Dió las órdenes oportunas para que abreviasen lo posible la comida de ellos, mandó un centinela á observar desde el castillo el rádio de una legua, y se fué en busca de Alberto, al que halló limpiando con un pañuelo mojado, la sangre que tenia su armadura.

—Concludid y seguidme, le dijo:

—Os sigo, Capitan, y ambos se encaminaron á lo interior de la casa donde estaban. Cerró Navarro las puertas, y despues de sentados le preguntó:

—Querido Conde, ¿qué os parecen los combates? Ya os habeis hallado en uno, que, aun cuando corto, ha sido tan sangriento como el que mas.

—Es terrible matar á sus semejantes, dijo Alberto con tristeza; pero ya frente al enemigo, con la espada desnuda y apre-

miado por la necesidad de herir, solo siento un impulso ardiente de pelear y vencer. Mientras el contrario me mira cara á cara, no tengo compasion ni miedo; arde mi sangre y el mundo parece ante mis piés un conjunto de fieras á quienes ansío confundir. Cuando le veo de espaldas, que huye sin aliento, me dá lástima y tiemblo por su suerte entregada al capricho del vencedor.

—Bien, Alberto, muy bien; ese es el héroe; y decid, habeis obrado por cálculo ó por inspiracion?

—Por las dos cosas; primero concebí la idea, la estudié, y despues la puse en ejecucion.

—¿Estais sereno en el combate?

—¡Oh! sí, veo todos los movimientos del enemigo, los de mis soldados, el peligro que me cerca, el que amenaza á mi gente; ni un solo momento os he perdido durante la accion, ni á ninguno de los nuestros; estoy persuadido de haber muerto á tres de los que hirieron á los míos.

—Sois admirable; un hombre como vos al frente de un ejército aguerrido, conquistaria el universo; ¡seria terrible que os matasen esta tarde! Pero no, Dios os ha mandado á este mundo para algo mas que para entrar en dos combates. Y decidme, ¿qué tenéis pensado hacer cuando llegue el gobernador?

—Nada.

—¡Qué decis!

—Absolutamente nada; si viene lo mataré, respondo de ello, pero aun no sé cómo; eso dependerá del sitio donde se coloque y de la posicion que ocupen sus soldados.

—Está bien; preparémonos al combate, que de seguro no se hará esperar mucho.

Concluido este diálogo, salieron ambos, reunieron á los suyos y se sentaron á la mesa. Navarro queria ganar tiempo para evitar que lo cogiesen desprevenido.

Soldados y oficiales comieron y bebieron, se pronunciaron discursos guerreros, votos, ternos, y dieron fin al banquete brindando por Alberto y por la muerte del gobernador. En seguida montaron á caballo y siguieron á su Capitan y al Conde que marcha-

ban delante. Iban en el mismo número que salieron del castillo, pues los heridos estaban bastante bien y querian volver á pelear; cada uno llevaba un mosquete, las armas blancas necesarias, y un deseo ardiente de aniquilar á sus enemigos.

Dos horas trascurrieron desde que la tropa del gobernador de Murcia entró en la capital llena de confusion y espanto, y nada habia determinado el primer jefe militar para batir y esterminar á un puñado de rebeldes, los cuales, si hemos de decir la verdad, le tenian fuera de sí. No podia esplicarse cómo en media hora le derrotaron una columna de doscientos soldados, mandada por oficiales aguerridos. En tan triste situacion, reunió un consejo, y en él se acordó, despues de sérios debates, salir de la ciudad inmediatamente, con todas las fuerzas disponibles, y batir al enemigo donde quiera que fuese hallado.

Ni un solo momento olvidaba el gobernador la pálida figura de Alberto, con sus chispeantes ojos y altanero desprecio. La carta que recibió, en la cual le retaba á un duelo á muerte, habia encendido su sangre, y el coraje rebosaba en él. Supo ademas que su jóven enemigo fue uno de los que contribuyeron con mas ardor y energia á la dispersion y derrota de los suyos, y este hecho concluyó de trastornarle la cabeza, ahogando su frio cálculo. La suerte, como se vé claramente, estaba decidida en favor del conde de Santomera; quitándo á su contrario el talento y sangre fria, quedaba solo un valiente, tan temerario como imprudente, y un hombre asi, yendo á las manos de Alberto, tenia precisamente que sucumbir.

La tropa y oficiales, si hemos de ser ingénuos, no participaban del ardor de su jefe. El misterioso recinto en que habitaban los conspiradores, su número, que algunos hacian subir á suma fabulosa, y el relato de los dispersos, que despues de encomiar el arrojó de los comuneros, aseguraban ir con ellos un demonio en forma de niño, acrecentaba un pavor fanático, que no era el mas á propósito para alcanzar victorias. Todo, sin embargo, cedió ante la voz del gobernador, que primero en el consejo y luego en las filas invocó el nombre del emperador, en una corta y belicosa aren-

ga, y dió á su gente, por algunos instantes, el valor necesario para marchar en busca del enemigo.

Salieron en fin por la puerta de Oriñuela y tomaron el camino de Monteagudo.

Hé aquí el órden y la fuerza que llevaban:

Una compañía de guardias imperiales de á caballo iba de vanguardia á trescientos pasos del resto de la tropa. Después seguian el gobernador y su estado mayor; detras unos doscientos arcabuceros; y por último, formaban la retaguardia de aquella pequeña division, cuatrocientos lanceros.

Un silencio profundo reinaba en las filas: el jefe lo mismo que sus soldados, pensaban en la figura de Alberto; el primero la veia como un sarcasmo que necesitaba pulverizar, y los otros como un demonio que les helaba la sangre y oprimia las muñecas. Tal era la influencia que aquel niño de quince años, ejercia ya sobre sus contrarios.

En este estado continuaron caminando, hasta que vieron al enemigo, que al parecer les esperaba formado en batalla á cuatrocientas varas de distancia.

Digamos cuatro palabras sobre el sitio donde se hallan en este momento unos y otros. No hay mas terreno llano que el camino, el cual apenas tendrá seis varas de ancho: á derecha é izquierda obstruye el paso, casi por completo, un bosque de moreras, que hacen de todo punto imposible dar una carga de caballeria. Comprendió esto el gobernador y mandó retirar la compañía de guardias, y que ocupasen sus puestos avanzados los arcabuceros.

Los comuneros que se veian, estaban situados á la entrada de un recodo que tenia el camino. El gobernador juzgo que seria una avanzada y continuó; llegó por fin á cien pasos de ellos, y desde allí pudo convencerse que no se habia equivocado; pues solo eran diez ginetes, los cuales permanecian impasibles; seguidamente ordenó que los arcabuceros hiciesen una descarga. Aquellos oyeron sin moverse, las voces de, preparen, fuego; salieron doscientas balas, que se estrellaron sobre las corazas, cascos, arneses y árboles, y entonces los comuneros cargaron sobre

la infantería. Acto continuo recibió la caballería de Murcia una descarga por la espalda y otra por el flanco derecho, é instantáneamente una lluvia de cuchilladas, que los puso en el mayor desorden. Habían caído en una terrible emboscada. Escondido Navarro detrás de las barracas, entre aquella espesa arboleda, pasó el enemigo sin verlo; los diez hombres puestos en el recodo ayudaron á distraerlo, y á que solo se fijase en el peloton que tenían de frente, sin reparar que la mayor fuerza contraria se hallaba detrás y al costado derecho.

El humo y el polvo levantado por los caballos, no permitía conocer la poca gente, de que disponían los de Monteagudo, y esto hacia que los soldados de Murcia solo pensasen en defenderse, ora con las armas, ora con la fuga. Ciego de ira el gobernador, corría de un sitio á otro, animando, rehaciendo y batiéndose. Este bizarro ejemplo, contuvo á los imperiales, y puesto á la cabeza de ellos buscó al enemigo, que en honor á la verdad se estaba despachando á su gusto. Entonces fué cuando dió principio lo reñido de la acción. La compañía de imperiales halló á Navarro con veinte comuneros y se echó sobre ellos con mas desesperacion que valor. Unos y otros se batían, con encarnizamiento terrible, cuando de pronto aparecen Alberto y Mendoza, rompen las filas contrarias y penetran por ellas hasta hallarse frente á frente del gobernador.

—¡Miserable, le gritó el jóven, ya estás en mi poder! y le tiró una estocada al corazon, que él paró con una rapidez y habilidad prodigiosas.

Este encuentro hizo cesar el combate por un momento, para admirar la riña de aquellos dos valerosos adalides. Siguió la lucha con el mismo ardimiento, pero llevando siempre la peor parte el jefe murciano, y demostrando cada vez mas destreza y heroismo su contrario. Tres heridas tenía ya el gobernador sin haber podido tocar á Alberto; su sangre corría, y la debilidad iba apareciendo, cuando comprendió el capitán de los guardias que todo se perdía si el gobernador faltaba: entonces tiró una estocada al Conde, que pudo ser mortal, si Navarro, que estaba al lado de su protegido, no la hubiera detenido con su espada, mientras que



C. Muñoz dib. y lit.

Lit de J. Donon, Madrid

¡ Miserable, le gritó, ya estas en mi poder !



Mendoza le descargó un hachazo, que lo dejó cadáver. Este incidente volvió como era natural á enredar el combate. Los guardias viendo muerto á su capitán, se echaron sobre los comuneros y éstos sobre aquellos, y la sangre siguió corriendo á torrentes.

Cada vez mas débil el gobernador y sin poder resistir á la serenidad y destreza de su contrario, recibió una estocada en el pecho que le hubiera hecho caer del caballo á no cogerle Alberto y sacarlo de allí. Llegó con él á un sitio arenoso, lo tendió en el suelo y volvió al combate. Solo y en medio del enemigo desafiaba el peligro, socorriendo á los suyos y matando, hiriendo y destruyendo á cuantos le cortaban el paso. Así reunió diez ó doce comuneros, cargó con ellos á los imperiales, que eran los únicos que aun resistían, les cortó la retirada, y en pocos minutos sucumbieron la mayor parte, unos muertos y otros implorando la vida.

De este modo concluyó el combate, siendo vencidos y completamente derrotados, por un puñado de valientes, setecientos hombres. Asombraba el número de muertos y heridos que estaban besando la tierra. De la compañía de imperiales apenas se salvaron una docena, es verdad que los demás, víctimas de la idea fanática que sacaron de Murcia, habían huido á las primeras descargas del enemigo.

Mientras Navarro reunía á los suyos y se enteraba de las bajas que tenían sus filas, los del gobernador corrían en diferentes direcciones, buscando un asilo seguro donde esconderse, pues los de Monteagudo no quisieron hacer prisioneros. Jefes y soldados vagaron mucho tiempo por los pueblos inmediatos, sembrando el terror, el cual llegó á estenderse hasta las capitales mas próximas.

El capitán comunero halló á su gente cubierta de sangre y de algunas heridas, pero solo faltaba un oficial dos soldados y el inclito Alberto. Todos habían visto á este matar y destrozar hasta el último momento; despues nadie supo dar razón de él. Se le buscó por el campo, encontraron los tres cadáveres, pero el conde de Santomera no parecía ni vivo ni muerto; el mismo Mendoza que lo había acompañado á casi todas partes, estaba confuso y desalentado, sin poder comprender aquella desaparición.—Señores,

decía á sus compañeros , valiente Alberto como ninguno y ébrio de sangre , seguirá á los dispersos hasta matar el número que se propuso.

—No lo creais, le replicaba Navarro; el conde de Santomera es incapaz de herir á los que huyen; antes por el contrario, en cuanto su enemigo le vuelve la espalda, teme por él y hasta seria capaz de protegerlo.

—¿Pues dónde está?

—Habrá seguido la huella del gobernador hasta dar con él, dijo otro jefe.

—Lo que es á ese, añadió el Capitan, le pasó el pecho de una estocada.

—Pero yo no le ví caer del caballo.

—Ni yo... Ni yo... gritaron varios.

—Busquémosle entre los cadáveres.

Se hizo pero inútilmente; ni Alberto ni su enemigo parecían.

—¡Voto al demonio! exclamó Navarro; si he perdido á Alberto moriré de dolor. Por él hemos vencido; por él hemos derrotado á seiscientos ó setecientos hombres; á él se lo debemos todo; busquémosle por todas partes, y el primero que lo halle y lo traiga, que me pida el corazon y me lo arrancaré para dárselo. A caballo señores: Mendoza, id con diez en direccion del Norte; D. Alvaro con un número igual hácia el Mediodia; vos, teniente, corred hácia... Alto! mirad al castillo de Mouteagudo! ¿No veis al través de aquella polvareda un hombre que viene reventando un caballo?

—¡Sí! sí! gritaron todos.

—¡Esperad!... aquella es la figura de Alberto!...

—¡Alberto! sí! es Alberto!

—¡Dios sea loado! y se limpió los ojos, de donde salieron abundantes lágrimas.

Era en efecto el conde de Santomera, Venia su caballo á galope tendido, y lo mismo él que su alazan llegaron cubiertos de un lodo encarnado, mezcla de la mucha sangre y polvo que sobre ambos habia caido.

Su bello rostro, siempre hermoso y pálido, se asemejaba mas

al de un ángel que al de un hombre. Hasta entre los comuneros, gente harto despreocupada, iba cundiendo la idea de que era un ser sobrenatural. No habia mas diferencia del fanatismo de estos al de los soldados del gobernador, que los unos lo tomaban por diablo y los otros por santo.

Apenas se apeó Alberto, jefes y subalternos se le acercaron, disputándose quién le estrechaba primero. Navarro contempló esta ovacion á algunos pasos de distancia, con los ojos todavia húmedos y con el corazon henchido de alegría.

Concluido este acto, viendo el jóven lejos al Capitan, corrió hácia él y le dijo:

—Cuando todos me abrazan, aunque ignoro la causa, ¿cómo mi querido padre no hace lo mismo?

Navarro lo estrechó, pero no desplegó sus labios. Asombrado el Conde y desconociendo la causa de aquella alegría y del silencio y lágrimas de su jefe, le volvió á preguntar.

—Capitan, ¿qué es esto? ¿Todos me halagan y vos llorais y permanecéis callado?

—Oid, le dijo Mendoza: os íbamos á proclamar héroe de esta jornada, no parecíais y os creímos perdido. En tan horrible duda, nos disponíamos á correr hasta hallaros muerto ó vivo, cuando apareceis sano y salvo, gracias al Todopoderoso. Ebrios de alegría os hemos estrechado nosotros, pero el Capitan... ya lo veis...

—Gracias, señores, exclamó Alberto enternecido; vuestro valor y bizarría son dignos del mayor elogio; vuestra tierna solicitud para con este pobre huérfano y desgraciado es admirable...

—Os equivocais, ¿no valgo yo nada ni el talento y valor que Dios os ha dado, para apellidaros así?

—Teneis razon, padre mio, y ambos se volvieron á abrazar.

—Basta ya de plegarias, añadió Navarro desprendiéndose de su hijo adoptivo. Señor Conde, ¿qué habeis hecho del gobernador de Murcia?

—Cuando lo hube vencido, y antes que cayera á mis piés, lo

cogí y lo saqué fuera del combate. Después que este terminó, volví á buscarlo, lo llevé á una casa de Monteagudo, curé la grave herida que le tenía exánime, y lo dejé al cuidado de dos honrados labradores.

—Con que vuestra desaparicion?...

—Cuando ya no habia peligro para vosotros, corrí á favorecer á mi vencido enemigo.

—Fué bien hecho; é imitemos su ejemplo; que vayan cuatro soldados y hagan venir á todos los paisanos que encuentren.

Así se hizo, y al poco tiempo los heridos de una y otra parte fueron trasladados al caserío de Monteagudo, y á los cadáveres se les dió sepultura.

El resto del día lo pasaron en los alrededores del castillo. Por la noche, y cuando ya los dueños de aquellas viviendas dormían, fueron conducidos los pacientes á la fortaleza; quedaron los caballos depositados en una casa inmediata, los comuneros se trasladaron á sus antiguos subterráneos y todo volvió á quedar en el mismo ser y estado que anteriormente. Solo el terror invadía los pueblos comarcanos y hasta las grandes ciudades.

Nadie sabia esplicarse lo que pasaba; se comentaba mucho, se mentía, y la consternacion continuaba estendiéndose. En Murcia permanecían cerradas las puertas, y solo salían un corto número de hombres y mujeres que se tenían los unos por valientes y los otros por sencillos.

El gobernador de Valencia puso sobre las armas los tercios que estaban á sus órdenes; mandó emisarios á Murcia, y concluyó por remitir al emperador un parte exageradísimo, donde no era fácil averiguar la verdad de lo que habia ocurrido. Esto alarmó al gobierno, como era natural, se reunieron los ricos-homes de la córte y deliberaron. Hubo algunos de estos que supieron la existencia de otras nuevas comunidades, y hasta propusieron mandar un ejército de veinte mil hombres.

Solo el cardenal ministro conocia los hechos, pues Navarro le dió noticia de todo, amenazándole con que caería sobre él la res-

ponsabilidad de la sangre que en adelante se derramase, si no los amnistiaba. El Capitan tuvo buen cuidado de aprovecharse de aquella colosal victoria, y le decia entre otras cosas,

«He vencido setecientos hombres; si no nos indultais en el término de ocho días, me declaro en rebelión, cobro impuestos, hago enganches, y antes de un mes reuno la fuerza suficiente á esterminar todas las partidas que mandeis, por muchas que estas sean. Advertid, que entre los valientes que me siguen, hay un héroe capaz él solo de destruir vuestros planes y soldados. «Sed pues nuestro amigo; decid al emperador que deseamos servirle y perecer por él, y no os olvideis recomendar al conde de Santomera, jóven apuesto, que se halla con nosotros, y es el caudillo mas bizarro que tiene España.»—Soy etc., etc.

Esta carta, precedida de una portentosa victoria, hizo su efecto; pero volvamos al castillo de Montegudo y veamos lo que allí pasa.

Hemos dicho que los comuneros dejaron sus caballos en una casa inmediata, y que entrada la noche condujeron los heridos de una y otra parte á la fortaleza. Despues oraron por las almas de sus compañeros muertos, alojaron á los enfermos contrarios lo mas cómodamente posible y acto continuo distribuyeron gran cantidad de oro entre sus soldados. Los oficiales cobraron una paga extraordinaria. Se dispuso abundante cena; se bebió mucho y se brindó. Alberto fué tan obsequiado por sus amigos, que el pobre jóven se cansaba de recibir agasajos. Felizmente, el bravo capitan Navarro lo admiraba, sin abrigar celos; veia en el Conde su obra, pues por él sabia manejar una espada y por él se habia batido dos veces. El mancebo se lo decia asi á sus compañeros; pero estos no hacian caso, y continuaban.

—Pardiez, esclamaba Mendoza, parecia el Conde un niño de pecho en medio de los guardias imperiales; aquí señores se cumplió el refran: «La hormiga pudo á los leones.» Por cada estocada que le tiraban, y que él detenia con una ligereza extraordinaria, daba diez, yendo casi todas rectas al corazon.

—Lo mas notable, añadia Navarro, fué su riña con el gober-

nador; le acometió y despues siguió largo tiempo á la defensiva buscando descuidos en su enemigo para herirle ligeramente, hasta que rendido y debilitado se echó sobre él y le pasó el pecho sin trabajo alguno.

—Gracias á vos y á Mendoza, que si no soy víctima de una villanía.

—Yo no hice mas que parar el golpe del Capitan de guardias.

—Y yo, solo partirle el cráneo.

—Soberbio hachazo, no he visto nada mas terrible!

—¿Y qué habia de hacer, irá de Dios, con aquel traidor? Si cojo á toda la compañía debajo, lo mismo la confundo. ¿Visteis vosotros nunca mayor infamia en un español?

—¡Anda que bien caro le costó!

—Aun era poco.

—Pues, señores, decia, que era muy superior Alberto en aquel combate á muerte. La destreza, sangre fria y valor del Conde, solo se podian comparar con la rabia del gobernador y con su aturdimiento; y hay que hacerle la justicia de declarar que no es cobarde.

—Nada de eso; sino es por él la compañía de guardias huye lo mismo que los otros; solo su bizarro ejemplo los contuvo.

—Es verdad, pero al lado de Alberto es un pigmeo.

—Es que al lado del Conde lo somos todos.

—¡Es verdad!

—¡Es verdad!

—¡Viva Alberto!

—¡Viva!

—¡A su salud, señores!

—¡A su valor, á su talento, á su porvenir!

Así pasaron los comuneros tres horas. Se acostaron despues y durmieron.

A la mañana siguiente, en cuanto despertaron, curaron á los heridos y les preguntaron quién queria irse á Murcia. Solo el jefe murciano y un oficial aceptaron, los demas contestaron que preferian el cuidado de los comuneros á trasladarse á un hospital.

Salieron, pues, el gobernador y su compañero, en dos camillas escoltadas por veinte hombres á caballo, cuya fuerza iba mandada por Mendoza y Alberto, que quiso acompañar á su enemigo hasta dejarlo en el palacio. Entró la comitiva en Murcia, dejó á los heridos, y en seguida se proveyeron de cuantos víveres necesitaban, saliendo de la capital sin ser conocidos ni molestados por nadie, pues todos creyeron que aquellos soldados eran de los dispersos que á cada instante llegaban.

Antes de abandonar el Conde al gobernador, llamó al médico de este, hizo que le reconociera la herida y que emitiese su opinion. El galeno la examinó y contestó que era de mucho peligro, pero que acaso podría salvarlo. Entonces se despidió de ellos, y salió con su escolta en direccion del castillo, á donde llegaron á la media hora.

En cuanto supieron los murcianos que habian estado allí varios comuneros, cundió la alarma de nuevo, se volvieron á cerrar las puertas, y se mandaron partes á los jefes militares de Cartagena, Alicante y Valencia. Cuentan las crónicas, que fue tal el terror que se apoderó de aquel reino y tanto lo que se exajeraba, que de un pánico igual no se tenia ejemplo en la historia. Por fin, el general de los tercios de Valencia, juntó las fuerzas de que disponia y partió en busca del enemigo. Llegó, pues, á la ciudad á los seis dias de haber tenido lugar la anterior batalla. A poco de estar allí, se le incorporaron varias compañías existentes en Cartagena y Alicante, y con la reunion de los dispersos de Murcia consiguió ordenar una division de cinco mil quinientos infantes y novecientos caballos. Enterado por el gobernador de cuanto habia pasado, y no sabiendo positivamente la gente que tenia el enemigo, mas prudente y previsor que el jefe herido, mandó la siguiente comunicacion al castillo de Monteagudo.

Sr. Capitan Navarro.

«Existe á mis órdenes una fuerza numerosa, con la cual tendré el honor de batiros, si tanto arrojo y temeridad no ocultais en

la presente ocasion. Sentiria se volviese á derramar sangre española, y que otra vez tornasen hermanos con hermanos á destruirse sin motivo ni compasion. Si tal es vuestra hidalguia, que opináseis como yo, venid á verme y todo se arreglará; mis canas y los actos de mi vida, garantizan mi palabra y la confianza que hagais de mí. Si no quereis molestaros, designadme sitio y yo iré solo á la hora en que convengamos.—Soy etc., etc.,»

De este despacho fué encargado un parlamentario, el cual se presentó inmediatamente en la falda del castillo, enarbolando una bandera blanca. Al momento salió de Monteagudo un oficial completamente armado, y preguntándole qué queria, le fué entregado el documento referido. Volvió á entrar el jefe comunero, pasó al comedor donde estaba Navarro y el resto de los oficiales, y dió á aquel el pliego que acababa de recibir. Se leyó en voz alta, y un murmullo de aprobacion siguió á su lectura. Todos conocian al militar valenciano, y sabian muy bien que, lejos de faltar á su palabra, ayudaria con influencia y consejos á salir de aquel estado de incertidumbre y desasosiego.

Acto contínuo cogió la pluma el Capitan y contestó lo siguiente:

Sr. Gobernador:

«Hemos leído vuestra atenta comunicacion, y tal es el respeto y veneracion que nos merecen vuestros hechos y palabras, que sin perder un instante parto para Murcia, donde me vereis sin escolta ni acompañamiento alguno. Si los súbditos del emperador pensasen y obrasen como vos, se hubiera economizado un derrochamiento inútil de sangre.

Todo lo fio, todo lo espero de vuestra lealtad y nobleza. Soy, etc.»

Los comuneros aprobaron por unanimidad el anterior escrito, y despues de cerrado y sellado se lo entregaron al parlamentario, el cual partió á galope para la ciudad.

—Señores, dijo Navarro á los suyos: voy á salir, y aun que

ningun peligro me amenaza, es necesario tomar las medidas que requiere nuestra crítica situacion. Nombro, pues, capitan hasta mi regreso al conde de Santomera. ¿Lo aceptais?

—Sí, sí! contestaron.

—Capitan Alberto, disponded cuanto creais conveniente mientras duren las negociaciones; si alguno, jefe ó soldado, os faltase á la consideracion, respeto y obediencia que merece vuestro grado, que caiga sobre él la espada de la ley. Hasta mi vuelta, señores.

Todos estrecharon su mano, y mientras se vestia y montaba el mejor caballo, de los que tenian fuera del castillo, subieron á la esplanada de la Sima para verlo marchar.

Navarro, despues de vestirse con arreglo á su grado, sin otro aparato de guerra que la espada, partió á galope en direccion de la ciudad. Su apostura briosa y marcial, su piel tostada, los largos y rizados bigotes, la pluma que ondeaba sobre su chambergo, la banda de capitan y la rápida carrera de su corcel, presentaban en él á un bizarro militar, valiente y diestro como la mayor parte de nuestros antiguos guerreros. Poco tardaron en perderle de vista sus oficiales; en el último recodo del camino, y donde el castillo iba á confundirse con los árboles y los montes, detuvo su alazan y miró á Monteagudo: doce pañuelos blancos se movieron en señal de despedida; Navarro se quitó su sombrero y tambien lo agitó; un segundo despues, éste continuaba su carrera, y los otros obedecian las órdenes de Alberto.

Llegó á las puertas de la ciudad, donde fué detenido por un destacamento de veinte hombres de á caballo mandados por un alférez; éste se adelantó, y despues del saludo de ordenanza, le preguntó:

—¿Sois el Capitan Navarro?

—Sí, contestó secamente.

—Mi Capitan, añadió aquel, estamos á vuestras órdenes.

—Conducidme á donde esté vuestro jefe.

Seguido de los veinte soldados entraron en la ciudad, cruzaron una calle estrecha y larga llamada de Orihuela, y llegaron á

la plaza de la catedral, en el momento que concluida la misa mayor salian los canónigos de la iglesia. Delante de todos iba el tío de Navarro; al verle dió un suspiro; el sobrino mandó hacer alto. Se apeó, dió las bridas á uno de la escolta, se quitó su sombrero, saludó á los compañeros de su tío y estrechó á este entre sus brazos. Los canónigos, como igualmente los muchos curiosos que se habian aproximado á contemplar la escena, al oír el nombre del comunero temblaron, palidiecieron, y por último asomó á los rostros de todos la admiracion que causaba la vista de un hombre, cuya fama pasaba de boca en boca por toda la nacion.

Tío y sobrino cruzaron algunas palabras afectuosas, se despidieron, volvió á saludar éste y partió.

A los diez minutos los balcones de la ciudad estaban llenos de gente, que ansiaba ver á uno de los héroes de Monteagudo; el nombre de Navarro corria como un chispazo eléctrico por todas partes, y nobles y villanos anhelaban mirar de cerca al bizarro jefe que tanto les habia asustado. Llegó al palacio del gobernador y subió; el jefe valenciano le esperaba vestido de uniforme; al verse, se estrecharon las manos, y se sentaron, poseidos cada cual del mejor deseo.

—¿Con que sois vos, el valiente Capitan, dijo el anciano, siendo el primero en romper el silencio, que con doscientos castellanos habeis derrotado setecientos soldados de tropas escogidas?

—Os han engañado general, contestó Navarro con indiferencia; hemos vencido dos veces á las tropas del emperador, cuarenta hombres únicamente.

—¡Cuarenta!

—Sí, mi general, catorce oficiales y veinte y seis soldados.

—¡Parece increíble!

—Pues es muy cierto; pero notad que cada individuo de los que yo mando, es un valiente que lleva diez años lo menos de combates, y que tengo ademas un héroe, único acaso que existe en España.

—¿Un jóven sin pelo de barba que hirió y venció al gobernador de Murcia, no es verdad?

—El mismo, sí señor; se llama Alberto de Silva, conde de Santomera. Hirió y venció al gobernador, le salvó la vida, y ayudó despues á derrotar sus tropas, siendo el que mató mas, el que mas se espuso.

—Un muchacho de...

—De quince años, general.

—¡Oh! eso es admirable.

—Sí, como todo lo que hacen los héroes.

—Tendria gusto en conocerle.

—Dadle hora y sitio, y le vereis cuando gustéis.

—Se la daré. Pero pasemos á otra cosa; no os interrogo como jefe, os habla el compañero: decidme, ¿por qué os habeis levantado contra el emperador?

—Jamás hemos hecho tal disparate, general; proscritos en la accion de Villalar, nos escondimos en ese castillo, interin negociábamos un indulto; allí ocultos y tranquilos esperábamos la órden de volver á ingresar en las filas del ejército, cuando nos fueron á provocar; procuramos evitar el combate, para lo cual se avistó el conde de Santomera con el gobernador de Murcia; le habló, le rogó; todo fué inútil; nos buscaron y nos hallaron; corrió la sangre á torrentes y... ya sabeis lo demás. Ahora decid nos quién tuvo la culpa, si el que nos atacaba ó nosotros que nos defendiamos.

—¡Ya lo comprendo todo!

—Me alegro.

—¿Cuántos muertos y heridos habeis tenido?

—Trece.

—¿Y los contrarios?

—Sobre el campo dejaron en las dos jornadas, mas de doscientos.

—¡Jesus! ¡Jesus! hombres como vosotros no pueden ser traidores; el emperador debe tener orgullo en mandar gente de ese valor y arrojo.

—Si hubiera pensado como vos el gobernador de Murcia, estaría bueno, y no se lloraría tanta sangre vertida sin motivo.

—Si, pero como él ignoraba quienes fuéreis.

—Bien claro se lo dijo la primera derrota.

—Aquello pudo ser una sorpresa, y él no estaba...

—General, sabía quiénes éramos, conocía algunas hojas de servicio, y un jefe para mandar bien, necesita algo mas que desear batirse.

—¡Teneis razon! ¿y ahora qué esperais?

—El indulto.

—¿Os lo darán?

—Estoy seguro.

—Muy bien; si quereis permanecer en el castillo, hacedlo, pero si preferís venir á la ciudad os trataré lo mismo que á los soldados del emperador; yo no combato mas que contra los enemigos del soberano y de la patria; vosotros no lo sois, y me hallo dispuesto á reconocer vuestros derechos y á hacerlos respetar, mientras el César no disponga otra cosa.

—Prefiero aguardar en Monteagudo; os doy las gracias por vuestra delicada determinacion, pero tengo allí bastantes heridos de una y otra parte, á quienes seria en estos momentos peligroso mudar de sitio. No sospecheis que pueda desconfiar de vuestra hidalguia; no sé mentir, ni hay mas motivos que los manifestados.

—Sea así, con tal de que mañana vengais á comer conmigo, acompañado de ese jóven Conde, á quien anhelo conocer.

—Tendremos ese honor, mi general.

—Os advierto, que en este momento mando un oficial á Madrid, con objeto de que hable al ministro, á la corte toda y aun al emperador si fuese preciso, para que seais indultados al instante.

—¡Señor, tanta bondad no tiene precio! dijo Navarro ruborizado.

—Id con Dios, caballero; jamás obro yo de otra manera con hombres tan valientes y denodados. Os encargo digais á vuestros oficiales y soldados, que pueden venir á la capital cuando gusten, seguros de que nadie les impedirá la entrada ni salida. Man-

dad á la provision por lo que necesiteis; vuestra firma vale tanto como la de cualquier capitan del ejército.

—Si algun dia llego á hablar con el emperador, ya le diré quién sois y lo que valeis.

—Si le vereis; hombres como vos honran y todos desean tratarlos.

Un fuerte apretón de manos dió fin á este diálogo. El general se retiró y Navarro salió, no sin despedir antes la escolta que se le ofrecia.

Al pronto sorprendió á nuestro bizarro capitan ver tanta gente agolpada á los balcones, pero luego se convenció de que solo era curiosidad y admiracion; se retorció el bigote, arregló la banda y puso su caballo al trote, refrenándolo lo posible.

—¡Qué valor despiden sus miradas! decia uno.

—¡Qué aire tan guerrero! añadia otro.

—¡Qué moreno tan hermoso! articulaba una jóven.

—¡Este es hombre! replicaba una de cuarenta abriles.

Todo se hablaba muy bajo, pero no tanto que el intrépido Navarro dejase de oirlo y dijera para sí.

—¡Pobre corazon humano! entro vencedor y me aclaman; si entrase vencido me escupirian, ¡como si un hombre no pudiera ser rendido nunca! ¡ah mundo, mundo, qué necio eres!

Estas filosóficas reflexiones no fueron bastantes á apagar su vanidad; si hemos de ser justos, debemos declarar, que el orgulloso comunero iba un poco mas ancho que de costumbre. Llegó por fin á casa de su tío, dejó el caballo á uno de los criados y subió. Los amigotes del buen canónigo estaban en el salon esperándole; allí concluyó la ovacion: se le dieron vivas, se admiró su intrepidez y se le aclamó el primer valiente del ejército. Su tío lloraba, reia y gritaba á la vez; le queria como á hijo y gozaba con los aplausos que le prodigaban.

—¡Quién lo diria, esclamaba un ochenton, cuando era tan pequeño y tan delgadillo!

—Cualquiera lo hubiera adivinado, ¿pues no os acordais de aquellos heridos, del alguacil muerto y sus aventuras de niño?

Se lo pronostiqué á su tío; este muchacho es un diablo, le decia, con el tiempo no habrá quien pueda con él; lo veis ahora? tenia ó no razon?

—¡Es verdad!

—Gracias, señores, gracias; repetia Navarro, yo no merezco...

—Sí, señor, si; lo que habeis hecho, solo pueden imitarlo hombres de un temple especial, de una bravura sin límites.

—¿Y bien, le preguntaba su tío, te hallas en libertad?

—Estoy bajo la palabra del general, y el indulto sospecho que vendrá ya caminando para Murcia.

—Dios lo quiera, hijo mio; si es así, y te incorporan al ejército, pronto serás general; no quiero morirme antes de que llegues á obtener ese grado.

—Pues lo vereis duque, y quien sabe. ¡Digo, en cuanto se sepa en la córte lo que ha hecho! ¡con cuarenta hombres derrotar setecientos ¡vamos parece increíble!

—¡Y la compañía entera de guardias imperiales que decia el gobernador era cada hombre un castillo!

Hablando de este modo, pasó una hora: llegó el momento de comer y se sentaron á la mesa. Allí contó Navarro la conducta del jorobado, y lo ocurrido dentro y fuera del castillo. Refirió lo que habia hecho Alberto, sin quitar una coma, y todos se quedaron admirados oyendo al valiente Capitan hablar de un niño de quince años. Le rogaron lo llevase, y él ofreció hacerlo al dia siguiente. Poco despues, volvió á montar á caballo y partió; ya no eran los balcones solos los que habia llenos de gente, ahora lo estaban hasta las calles; con trabajo atravesó la ciudad. Por fin salió, metió espuelas y llegó al castillo en quince minutos. La tropa y oficiales comian; Navarro los sorprendió, fueron á levantarse, lo que impidió sentándose, y contándoles lo ocurrido.

Diez botellas mas se llevaron á la mesa y otras diez; brindaron á la salud del General y del Capitan. Mendoza, D. Alvaro y hasta el teniente, estuvieron inspirados. Se mandaron quitar los centinelas, se dejó la trampa abierta, y solo un soldado quedó de

guardia á la parte afuera. Ya de noche, se reconocieron los heridos, y todos, esceptuando dos, estaban notablemente aliviados.

A las doce del día siguiente Navarro y Alberto montaron á caballo. El primero llevaba el traje del día anterior, el segundo medias de seda azules y blancas, calzon y trusa de raso, gaban de terciopelo negro con pieles, gorra con pluma, su puñal veneciano y espada. Quedó el teniente haciendo de capitán, y los dos jefes principales partieron.

Llegaron á Murcia, visitaron al escudero Pablo, oraron en el panteon del Conde y entraron en el palacio del general; este los recibió con la mayor urbanidad, les estrechó las manos cordialmente, les hizo sentar á su lado y dirigiéndose al mancebo le preguntó.

—¿Con que tan jóvenes os lanzáis ya, señor Conde, á la penosa carrera de las armas?

—Caballero, contestó Alberto, por mi buena suerte me ha cogido bajo su proteccion el valiente capitán Navarro, y hasta ahora, desde que me hallo huérfano, he seguido el mismo sendero que él: el honroso camino del soldado.

—¡Oh! si; lo es para los que tienen como vos tanto talento é intrepidez.

—General, esas palabras dichas por un hombre de vuestros méritos, servicios y virtudes, valdrian mas que todas las recompensas del mundo, si no estuviesen basadas en un error.

—Jóven, me consta que no hay en esta comarca uno de mas valor que vos, de mas sangre fria, de mas natural disposicion; tambien se hacen muchos elogios de vuestra caballerosidad y nobleza. El gobernador de Murcia os admira como á un héroe, Navarro os contempla como á un ser sobrenatural, vuestros enemigos os toman por un demonio, y vuestros parciales por un ángel salvador.

Se sonrió Alberto al escuchar las últimas frases del veterano, y con una modestia peculiar en él replicó:

—Es gracioso lo que acabais de decirme; y ya comprendereis, que no siendo demonio, ángel, ser sobrenatural, ni héroe, todos

están equivocados. Señor, yo no soy más que un pobre huérfano que tiene un admirable maestro y una imperiosa necesidad de dar nuevamente á conocer su nombre, olvidado hoy, pero que él lo cubrirá de gloria... Perdonad si mis últimas frases os han molestado. ¡Oh! no puedo recordar con calma, cual fué la posición de mis antepasados, y cual la suerte de mi pobre padre, muerto sobre un miserable jergon, sin amigos y sin otros auxilios que...

—Callad, dijo el comunero enternecido; hablemos de otra cosa, señores.

—No en balde, añadió el general, deseaba conoceros, señor Conde; vuestras palatras filtran en el alma, haciendo una impresión desconocida; si ya Navarro no os hubiese prohijado, lo haría yo con el mayor placer.

—Gracias, caballero.

—General; vuestra protección es inútil, como ya lo es la mía. Alberto solo necesita ingresar en el ejército, y eso ya veis que le será fácil.

—Tanto más, cuanto que ayer en el parte detallado que di al ministro, le hablé de él é hice justicia á su valor y merecimientos.

En estos momentos entró un paje y avisó que la comida esperaba.

Los tres marcharon al comedor y se sentaron á la mesa. El General les presentó una comida de príncipe. Alberto no conocía aquel lujo y magnificencia culinaria. Navarro por su parte exclamaba:

—¡Soberbios manjares! Desde la última vez que un duque francés me convidó á su mesa, os aseguro que no había tenido instantes más agradables.

—¿Sois gastrónomo?

—No, pero me gusta comer bien, y en tiempo de paz hago un placer de la comida... Ya comprendereis, que faltando hombres que trinchar, debo entretenerme en hacerlo con las aves.

—Buena idea, Capitán.

—Las tiene peregrinas, dijo Alberto; sobre todo si no hay pe-

ligro; cuando existe, solo piensa, ejecuta y lanza votos. . . ¡pero qué ternos!

—Si, amigo mio, votos contra todo lo nacido; es la costumbre que tenemos los militares: tambien allá en mis tiempos, cuando hacíamos la guerra á los moros, ¡qué buenas cosas se decian! Navarro, aquello era pelear.

—Los valientes, mi general, siempre pelean bien.

—Sin embargo, si os hubiérais hallado en el sitio de Granada! ¡qué de retos, provocaciones é insultos! era una bendicion de Dios tanta cuchillada como caia sobre nosotros y sobre el enemigo.

—Lo creo; mi padre se halló en todos esos combates y me ha referido cosas muy buenas.

—Navarro, Navarro... Teneis razon, conocí á vuestro padre y era un bravo campeon... ¡Caramba! recuerdo ahora uno de sus hechos, que hace raya entre los mejores.

—Contadlo, dijo Alberto.

—Con mucho gusto, pues á la verdad, tambien yo ese dia hice algo, y á los viejos no nos queda mas satisfaccion que traer á la memoria proezas pasadas.

—Que deben servirnos de ejemplo.

—De estímulo al menos, pero no á vosotros que os sobra valor y talento. Pero vamos al caso.

Teníamos sitiada á la inmortal Granada, y nos hallábamos en el cerco todos los nobles de España, y algunos estrangeros. ¡Qué batallones habia! ¡Qué jefes y qué soldados! El mundo era poco para ellos... El enemigo era digno de pelear con nosotros. Una tarde, estábamos en nuestras tiendas esperando órdenes de los soberanos, cuando de pronto se oye un toque de ¡alerta! Salimos y nos vemos sobre la muralla de la ciudad un heraldo moro, con un gran cartel en la mano, que decia: «El noble Munuza desafia al mas valiente que tenga Castilla.» Vuestro padre se adelantó á todos, aceptó el reto, para en aquel mismo momento, poniendo únicamente la condicion, que la riña seria á pié, con espada y en traje de córte; con el intento, segun añadió, de acabar lo mas pronto posible; tenia el solo defecto de ser demasiado vivo. Al poco

tiempo se abrieron las puertas y salió un numeroso ejército, precedido de la escolta de Munuzá. Nosotros corrimos á recibirlos con el mismo aparato bélico que ellos. Hasta los reyes, aunque algo mas distantes, presenciaron el combate. Dió principio este, adelantándose musulman y su escolta, y Navarro y su compañía, pues ya era entonces Capitan. Cuando estuvieron á diez pasos, se aproximaron, hicieron el saludo de costumbre y principió la lucha. Si diestro era el uno tambien el otro; solo habia una ventaja de parte del nazareno, y era la ligereza con que tiraba. A los cinco minutos, dió nuestro valiente Capitan una estocada en el hombro al mahometano; siguió, sin embargo, la riña; pero cada vez iba debilitándose mas el moro, y ya solo se defendia, cuando su imprudente hermano, que mandaba la escolta, se echó sobre el castellano, detras de estos todos los suyos, y seguidamente la compañía de vuestro padre, que como era natural, salió en defensa de su jefe. Viendo Navarro esta villania, atraviesa el corazon de su enemigo, defendiéndose á la vez del hermano; desarma á este, ligero como un corzo se pone al frente de los suyos, hiere y mata á cuantos se le presentan, y por último, los hace retroceder.

¡Qué compañía, santo Dios, y qué jefe! Ebrios de sangre, se meten en medio del ejército enemigo y ¡aquí fué Troya! Los moros que se ven atacados tan bruscamente por aquellos loones, se echan todos sobre ellos; nosotros lo vemos y nos lanzamos espada en mano, y hé aquí que se enreda una accion general, y de las mas sangrientas que hemos tenido.

Resultado: despues de tres horas de combate, hicimos esconderse al enemigo detras de sus muros, y todo concluyó.

Formamos en seguida, y nuestros reyes, despues de enterarse de las bajas que habiamos tenido y de ordenar se curasen en el acto los heridos de una y otra parte, quisieron, segun costumbre, dar sobre el mismo campo de batalla las recompensas que creian ganadas en buena ley. Llamen el primero al héroe de la funcion, pero ni él ni su compañía parecian vivos ni muertos; se volvieron á reconocer los cadáveres, se hallaron vários soldados y un oficial de los que mandaba y nada mas. Ya el ejército

iba perdiendo la paciencia y estaba pidiendo entrar al asalto, suponiendo que el valiente Navarro había caído prisionero, cuando aparece, por fin, con veinte hombres, tres heridos y dos banderas arrancadas al enemigo. De doscientas plazas que mandaba, solo trajo esos pocos y no venia ninguno sin lesion.

Pero ahora sabreis lo que hizo: ya en medio de los contrarios y no sabiendo volver la espalda, siguió adelante hiriendo y matando, y así se entró en Granada. Allí le acometió otro ejército, rompió por medio de él, siempre adelante y siempre hiriendo y matando, y salió por fin de la ciudad, dejando sus calles llenas de cadáveres. Al verlo nuestros monarcas, y enterados de lo que había hecho, no pudieron menos de esclamar:—¡Sois un temerario, pero también un valiente que no tiene rival! Recibió por mano de la Reina el premio á que era acreedor, y fue victoreado por nobles y plebeyos anhelando todos estrechar aquella mano, que poco antes había sido el terror del enemigo.

—Sabeis, dijo Alberto, que el hijo ha heredado la sangre del autor de sus días y que en eso que acabais de referirme está el fiel retrato de vuestro huésped?

—De tales padres, tales hijos, añadió el anciano.

—Las generaciones van debilitándose cada día mas, y aun cuando yo le parezca algo, nunca seré un vivo retrato suyo.

—Sea como quiera, entre lo que hizo vuestro padre y lo que vos practicais hay tan poca diferencia, que solo existe la desigualdad en las circunstancias, no en el hecho.

—Como gustéis, mi General, pero brindemos á vuestra salud y á la intrepidez con que matábais franceses en las guerras de la liga.

—Brindemos, sí. ¡Qué tajos se dieron allí! ¿estuvisteis, Navarro?

—A las órdenes de Pedro Naharro. Fué mi primera campaña.

—Buen capitán tuvisteis!

—Lo que no le libró caer prisionero en Rávena.

—Era demasiado valiente.

—Si, muy osado : su mérito estaba en la mano , su defecto en la cabeza.

—Bien le conociais!

—Fuí á su lado hasta el momento en que él y el marqués de Pescara cayeron prisioneros. Se lo dije ; pero ya se ve, era entonces un chiquillo y no me hicieron caso. Si yo hubiese mandado aquellos escuadrones, ¡ voto al diablo ! ya el francés hubiera contenido el arroyo. Se metieron en medio, aturdieron por el pronto al enemigo, mataron al Capitan General Mr. de Foix, pero, ¿y luego? luego quedaron en el centro, y el que no murió fué hecho prisionero. Del escuadron de Pedro Naharro solo se libraron quince soldados y yo.

—¿Cómo os compusisteis?

—Hice lo mismo que mi padre en Granada ; seguí adelante siempre matando é hiriendo y escapé por la retaguardia.

—¿Se portó bien el batallon que yo mandaba?

—Admirablemente. No teniais entonces toda la prudencia que trae consigo la edad, pero en cambio, os sobraba valor y talento. Matasteis bastantes franceses, sufristeis infinidad de cargas, y siempre atrevido y pensador, no os pudieron vencer, aunque os cogieron mucha gente.

—Hablais como si os hubiérais estado batiendo á mi lado.

—Así fué ; luego que me libré de los que me acosaban por todas partes fuí cerca de vos y peleé como simple soldado.

—Aficion se necesita.

—¡ Oh ! la tenia en sumo grado.

—¿ La vais perdiendo ?

—No, ¡ voto al demonio ! todavia cuando me hallo frente al enemigo, me arde la sangre, y gozo dando tajos y mandobles, y haciendo correr á los que ufanos se atrevieron á ponerse delante de mí.

—¿ Y ese niño, es aficionado á la guerra?

—Alberto, mi General, como los hombres eminentes, ve con indiferencia lo que le rodea.

—Muchas gracias, Capitan.

—¿No se entusiasma en el combate?

—No, el entusiasmo ciega y él ve muy claro. Será buen soldado, porque los héroes en todos los terrenos son grandes, pero ha nacido para jefe.

—¿Os queréis callar, Navarro?

—No, mi querido Alberto; puedo hablar de vos y lo haré, á menos que el General no guste de otra cosa.

—Bien hecho, Capitan, es vuestro discípulo y estais en vuestro derecho.

—Como os agrade. Mas os veo decididos á no dejarme meter baza. Primero, con guerras que no he conocido, y luego, con elogios que no merezco, me estais condenando á un silencio, agradable, es verdad, pero muy largo.

—Hablad, Conde, hablad, tenéis la palabra, y tanto Navarro como yo os oiremos con placer.

—Pues digo, señores, que una mesa como esta es digna de un rey, y que yo jamás sospeché que para tres hombres se pudiese hacer tanto manjar, ni los habia probado tan esquisitos. He vivido casi en la miseria y creía que las aves solo nacieron para volar.

—¡Já, ja, ja! peregrina ocurrencia!

—¡Reirse, pero os digo la verdad! En el castillo de Monteagudo me sirvieron por primera vez gallinas, hasta entonces solo habia comido pan, carne, frutas y hortalizas.

—¡Pobre niño! dijo el General enternecido.

—Qué queréis, nací desgraciado, pero ahora me alegro; mañana si llego á ser rico, como lo fueron mis abuelos, podré decir con noble orgullo: ¡todo me lo debo á mí! ¡Oh! esto señores, vale mas de lo que vosotros os figurais.

—Estais en un error, amigo mio, tanto el General como yo sabemos lo que es eso.

—¿Tambien vosotros fuisteis pobres?

—No ascendia á mil escudos toda la herencia que me dejó mi padre.

—Quinientos tendria mi familia el dia en que yo salí al mundo.

—Me agrada, eso prueba talento y bizarría.

—¿Lo creéis así?

—Sin duda; es mas honroso ganarlo que recibirlo de sus antepasados.

—¿Y si vos lo hubieseis heredado?

—Me serviría de estímulo para adquirir otro tanto por lo menos.

—¿Teneis ambicion?

—Sí; deseo ocupar un puesto digno; pero si llegase á reunir mucho dinero lo daría: el oro no es mas que un metal mas favorecido que los otros.

—Pero indispensable como la misma existencia.

—No lo creais, todos necesitamos de él, sin embargo, para ambicionar grandes cantidades es preciso tener vicios ó avaricia. El hombre debe ser sóbrio, trabajador y su honra ha de estar en las acciones no en el lujo.

—Quitadle al mundo el estímulo que engendra la riqueza, y os quedarán autómatas. Vuestra filosofía la rechaza la humanidad, dijo con gravedad el gobernador valenciano.

—Os equivocais, caballero; suprimid el dinero y tendreis mas virtudes, interin, solo habrá vicio, ambiciones bastardas é inmoralidad. No es el oro el que lleva los seres á la victoria; vos no os habeis batido por dinero, fuistes al combate impelido por el honor. Por el oro se bate el ladron, por la gloria el hombre.

—Pardiez que acabais de hacer una revolucion en mis ideas.

—Os he dicho la verdad. El que huye de los goces, se aleja de los sinsabores de la tierra; y puesto que no se puede aspirar á ser feliz, se debe pretender no ser desgraciado.

—¿Y cómo se consigue eso?

—Siendo honrado, trabajador y sóbrio.

—¿Y cómo se ahogan las pasiones?

—Sobreponiéndose á las debilidades humanas.

—¿Y los que no comprenden, como vos, las causas y los efectos de las cosas?

—Esos infelices, que se echen en manos de la religion y ella curará sus dolencias.

—Navarro, ¿habeis enseñado á vuestro discipulo á reflexionar asi?

—General, aprended como yo la leccion que nos acaba de dar y no sospecheis jamás, que yo sea capaz de hacer milagros.

Continuaron una hora de sobremesa, durante la cual, hizo el comuñero un relato fiel de los hechos, carácter y demas circunstancias de Alberto. El General oyó al Capitan con mucha atencion; meditó largo rato, y por último, dirigiéndose á sus convidados, con un poco de timidez les dijo:

—Señores, quisiera merecer de ambos un favor especial, para el que os reservo mi eterna gratitud.

—Hablad, hablad, le contestaron; dispomed hasta de nuestras vidas.

—Vos, Navarro, continuó el anciano, me ayudareis; en cuanto á vos, mi querido Alberto, os ruego me escucheis con atencion y me concedais la gracia que os voy á pedir. Oidme: Huérfano desde la niñez, he llegado á la edad de setenta años sin conocer el cariño filial; sin saber lo que era ese amor sublime que nace en el hogar paterno, y que enjendra ternura en el corazon y fortaleza en el alma; ¡cómo ha de ser! Dios en cambio, me otorgó dos leales compañeros, con los cuales he partido glorias, fatigas, penas, placeres y dinero. Murieron, el uno hace doce años y el otro diez. ¡Oh! permitidme consagre á su memoria estas lágrimas, cómo débil ofrenda de mi eterno cariño. Solos en el mundo y acosados siempre por los azares de la guerra, hicimos el convenio de heredarnos, pacto que se cumplió y el cual me ha proporcionado llegar á ser dueño de la fortuna de los tres. Pero es el caso, señores, que me hallo á los bordes del sepulero sin parientes ni amigos á quien legar la honrosa herencia que yo recibí de ellos; una riqueza ganada á costa de padecimientos y sacrificios. Con ansia he buscado un hombre á quien pudiese dejar los bienes de todos nosotros. En vano estudié uno por uno cuantos nobles he conocido desde hace diez años; jamás ví un ser digno de

tan generoso galardón. Ahora bien, Alberto de Silva reúne las circunstancias que yo deseo; si quiere recibir el día que yo muera ese donativo, iré al otro mundo tranquilo, porque al llegar frente á mis compañeros, podré decirles con orgullo: he hecho un noble uso de vuestros intereses; se los he dejado á un hombre que valía tanto como nosotros tres. ¿Admitís, señor Conde?... Convencedlo vos, Capitan!...

Todos permanecieron en silencio por algun tiempo: Navarro miraba á su discípulo, mientras que este con la vista baja seguía meditando. Algunos minutos despues, alzó sus hermosos ojos, y enternecido dijo al General.

—Caballero; soy indigno del favor que me queréis hacer; esa herencia, mas que riquezas, lleva consigo una honra que no merezco.

—Sois ingrato con vos y conmigo; creí que hubierais aceptado y me conceptuaba feliz; os perdono el daño que me acabais de hacer.

—Señor, se apresuró á decir Alberto; yo no puedo ni debo disgustaros; esperad siquiera á que me haga digno de tan generosa oferta, y entonces la admitiré. Si entre tanto murieseis, y no hallaseis otro mas merecedor, la aceptaré.

—¡Bien dicho pardiez, exclamó Navarro, á eso no hay nada que replicar!

—Sea así, pero tened entendido que habiendo encontrado al que buscaba, escuso pensar en otro.

—Gracias, noble señor. Y dieron fin al diálogo, retirándose á casa del canónigo, protector y protegido. Allí recibieron nueva ovación y la mas grande que habia tenido lugar hasta entonces. Las escenas que pasaron no se pueden describir; baste decir, que una vez mas, fueron elevados el talento, la virtud y el valor al sitio que les corresponde. Nuestros guerreros, con entusiasmo el uno y el otro sin él, coronaron la fiesta con una modestia digna de sus merecimientos. Navarro ocultando el placer que sentía, exclamaba para sí: ¡Oh poderosos del mundo; el galardón que yo recibo en este momento, vale mas que vuestras grandezas y oropeles! Alberto, por

el contrario, se decía: ¡Oh pueblo entusiasta y generoso, nos elevas sin conocernos ó ignorando si los que ahora subes, fijarán luego sus huellas en tu frente! Hoy no te equivocas, pero, ¿te sucederá siempre lo mismo? ¡Pobre corazón humano; no se qué admirar mas, si tu grandeza ó tu pequeñez!... Gocemos pues, gocemos; quién sabe si en estos instantes estará firmando el Emperador nuestro indulto ó nuestra sentencia de muerte!

Al concluir esta merecida ovacion, llamó aparte el canónigo á su sobrino y le ofreció una gran cantidad de oro, que acababan de enviarle de Madrid, para usos ulteriores.

Media hora despues salieron Alberto y Navarro, dejando la ciudad y contornos, libres de la agitacion que por tanto tiempo los habia conmovido.

CAPITULO X.

El indulto.—Gran fiesta.—Desafío terrible.—A Dios, Murcia y Monteagudo.

Los comuneros esperaban á sus dos compañeros. Cuando llegaron y supieron que al domingo siguiente iban á la ciudad, y que les esperaba gran fiesta, alegres y placenteros comenzaron á discutir sobre los trajes y la forma en que debian presentarse á las mil bellas á quienes deseaban agradar.

—El General, decian, es muy cumplido y pues que nos convida á comer, dará baile, invitará á lo mas selecto de la capital, etc., etc. Vuela domingo, vuela; tan lindas las murcianas y tan aficionadas á los buenos mozos!... ¡Soberbia noche!

—Pero el traje, señores, el traje.

—¡Y es verdad! ¿qué llevaremos?

—Hé aquí, dijo Navarro sonriendo, á once hombres, que hace poco hubieran dado envidia al mas valiente campeón, entretenidos en una cosa bien pueril; estais, mis briosos compañeros,

ni mas ni menos, que como esas mismas bellas, por quienes suspirais; esto es, pensando en los adornos que han de desfigurar la grande obra de la naturaleza.

—Bueno discurso, mi querido jefe; algo hay en él de filosofía, pero os aseguro, que eso no me ha de prohibir presentarme en Murcia, como el mejor mozo y el mas apuesto galan de la comarca.

—Ni á mí como el mas elegante.

—Ni á mí como el mas rendido cortesano.

—Ni á mí como el mas seductor.

—¡Vanidosos! contestó Navarro con cariño, eso me proporcionará á mí, presentar al General, once leones disfrazados de palomas.

—Qué quereis, Capitan, nuestro flaco son las mujeres hermosas; nuestro fuerte los combates.

—Es natural, amigos míos; á todos nos pasa lo mismo y desde ahora teneis abierta la caja, para que os hagais los trajes que mas os agraden; con que elegid y mandad por ellos á Murcia. ¿Y vos, Alberto, qué deseais?

—Acompañar á estos valientes y aprender de ellos los finos modales de un caballero.

—Y bien, ¿qué quereis llevar?

—Mi trusa y mi gabán negro. Hé ahí todas mis galas.

—No, no, no, contestaron en coro, y añadió Mendoza.

—El conde de Santomera, se presentará con traje bordado de oro, ¿no es eso, señores?

—¡Si, sí!

—Permitidme, que no acepte; acaba de morir mi padre casi en la miseria y deseo pasar un año, envuelto en estas pieles forradas de negro.

—Dejadlo, añadió Navarro; vestido pobremente, solo llamará la atención sú altiva frente y su mirada de águila; esto, señores, vale mas que los oropeles del mundo. Cuidad de vuestros trajes, sin olvidaros del mio, mientras Alberto y yo nos entretenemos en curar los heridos.

Cinco dias despues, como á las doce de la mañana, estaban ya en el castillo los vestidos necesarios, y los enfermos, á escepcion de tres que habian sucumbido á la gravedad de sus muchas heridas, se hallaban levantados; la mayor parte buenos, y unos pocos acabando su convalecencia.

Estaba el dia delicioso; Navarro sin embargo, triste y pensativo, no habia salido del comedor donde paseaba y meditaba, arrugando su frente y agitada su alma con un pensamiento melancólico. Cuando se hubo cansado, se dirigió á la escalera subterránea, subió y salió por la cabaña. A los pocos pasos se encontró con Alberto que, ensimismado, se hallaba sentado sobre una piedra con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

—¿Qué haceis aquí tan solo, mi querido amigo? le dijo el Capitan al llegar cerca de él.

—Lo mismo que vos; pensar en nuestra suerte futura; en nuestro indulto.

—Mirad, Alberto, qué dia tan hermoso; cojeos á mi brazo y pasearemos. ¿Qué os parece?

—Muy bien, y se agarraron, bajaron al camino y continuaron.

—¿Y qué opinais de nuestra amnistia? dijo por fin Navarro.

—Que va tardando mas de lo que era de esperar y que ya dudo de su venida.

—Tambien yo, voto al infierno... solo fundo mi esperanza en el parte del noble general valenciano.

—¿Y si no llegára, qué hacemos?

—Hé ahí lo que me estoy preguntando tres dias há sin encontrar contestacion. Qué haremos, os pregunto yo á mi vez.

—Pues no veo yo tan dudosa la respuesta. Si no viene, si esa corte es tan ruin y tan imprudente que nos desprecia y ultraja, no queda otro remedio que cumplir vuestra palabra. Se recluta gente, se cobran impuestos, se desecha en fin la prudencia, y guerra hasta que tengamos cuatro ó seis mil hombres, y hagamos que firmen delante de nosotros el indulto, despues de haberlos vencido en el campo.

—Pardiez, que es algo difícil la empresa, mas para hombres

como nosotros dos, no hay nada imposible. Mi tío acaba de ofrecerme cuatro mil doblas, con lo que tenemos para empezar; después Dios dirá; ellos podrán matarnos, pero voto al demonio, que les ha de costar caro.

—Pasado mañana, espira el plazo que disteis al cardenal, si no nos perdonan, desde ese día tomaremos las disposiciones convenientes y á pelear; esta vida me va ya cansando.

—Y á mí, pero os aseguro que pronto saldremos de ella: solo sentiré hacer armas contra el noble anciano, que tan generosamente nos está tratando...

—Es verdad; pero qué remedio tiene!... ya procuraremos salvar su persona.

—Entonces, mañana el baile; y pasado mañana la guerra, ¿no es verdad, Alberto?

—Sí; lucha sangrienta en la cual demos cada día un combate, cada día una victoria, cada día una hazaña que haga estremecer la corte.

—Oh si, hasta llegar á las puertas de Madrid.

—No, hasta entrar en la regia Villa.

—Hasta donde lleguen otros hombres.

—Mas allá de donde lleguen los hombres.

—¡Para vos todo es poco, Conde!

—¡Es que todo me sobra, Capitan!

—No, es que sois un héroe, querido amigo; es que se inflama vuestro corazón y se eleva vuestra alma, mas que el alma y el corazón de un monarca.

—Gracias; volvedme á dar vuestro brazo y vámonos hácia el castillo.

—Callaron nuestros valientes y continuaron en dirección de Monteagudo. Ambos meditaban, y en los dos se veía marcada una resolución atrevida y grande. Llegaron y comenzaron á subir; á los veinte pasos detuvo Navarro á su compañero, diciéndole:—Mirad hácia el Norte; veis algo que os llame la atención?

—No; árboles y montes...

—Fijad la vista en el extremo de ese sendero de la izquierda; ¿no veis nada por entre aquel bosque de palmeras?

—Oh, sí; viene un hombre á caballo!

—Reparad en la velocidad de su carrera!

—Buen ginete; ¡pardiez!

—Es un soldado y se dirige hácia aquí!

—Mucha prisa trae, Capitan.

—Oh, sí!... mirad, mirad; no lo conocéis?

—Diria que era nuestro criado.

—Decidlo, amigo mio, decidlo; es mi valiente Pedro, que nos trae el indulto, ó la tea de la discordia!

—La persona de quien hablaban, seguia aguijoneando su caballo, y este, espumeante y ensangrentado, cruzaba la vega de Murcia á un escape irresistible, hasta para el animal de mas bríos. Llegó por último á la falda del castillo, saltó una zanja de mas de tres varas de anchura, y al tocar el suelo cayó muerto. El brioso ginete quedó en pié, y sin detenerse á contemplar la suerte del potro, trepó, todo lo de prisa que se lo permitian su cansancio y la aspereza del terreno. A los veinte pasos fué detenido por Navarro, que le cogió una mano diciéndole á la vez:

—¡Mi querido Pedro!

—¡Señor! articuló el reciénvenido, besando la mano de su jefe.

—¿Te has dado algun golpe, amigo mio? Llegas bueno?

—Perfectamente, mi Capitan; no tengo mas que un poco de cansancio, propio del que ha andado sesenta y ocho leguas en treinta horas! Pobre caballo mio, ya no volverá á correr!

—¿Qué, lo has reventado?

—Estoy seguro de ello; al saltar esa zanja cayó en tierra, y juraria que está muerto.

—No te aflijas por eso; ahí tienes doscientos donde poder elegir el que te agrade. ¿Viste al cardenal?

—Siete veces, señor; le entregué vuestra carta y esperé; no contestando nada le hice cinco visitas mas; á la sesta me entregó este pliego para vos, encargándome que os la trajese ganando

horas. A mi salida de la córte hallé un propio del Emperador, que venia tambien á Murcia, con documentos para un general; trabamos conversacion, y de ella resultó una apuesta de cinco escudos, que obtendria el que antes llegase.

—Y bien?

—Yo estoy aquí y el tardará segun mi cuenta de ocho á diez horas.

—Muy bien, amigo mio; vete al castillo; encarga que se reúnan mis oficiales en el comedor, que te den lo que necesites y descansa hasta mañana. Toma esos doce escudos y únelos á los cinco que has ganado al correo del Emperador.

—Marchó el criado y Navarro acercándose al joven Conde, abrió la carta del cardenal y leyó en voz alta.

Mi querido y bizarro Capitan.

—Vuestro valor ha sido admirado en la córte; se han tomado informes de vos y de los vuestros, y el Emperador, *solo el Emperador*, teniendo en cuenta vuestros antecedentes y servicios, os ha indultado en union de esos jefes y soldados, y os encarga vengais á Madrid, para organizar vuestra compañía y marchar á la guerra á conquistar nuevos lauros para vuestro monarca y su nacion. El gobernador de Murcia tiene las órdenes espedidos al efecto.

—Venid á verme, pues tendrá un vivo placer en estrecharos la mano, vuestro afectísimo.

Adriano.

Al concluir la lectura de estas líneas, se abrazaron protector y protegido y se encaminaron al castillo; entraron en el comedor y allí se volvió á leer el documento anterior. Cundió el júbilo por todas partes, y tanto los oficiales como los soldados se estrecharon mutuamente. La palabra libertad corrió de boca en boca y su mágico poder ensanchó todos aquellos corazones, ansiosos de respirar el aire libre. Sin perder tiempo, mandó Navarro un parte al Gene-

ral valenciano, incluyéndole copia de la carta del cardenal; el encargado tardó diez horas en volver, según había asegurado Pedro. La contestación del anciano fué la siguiente:

Mi valiente amigo.

El cardenal ministro os ha dicho la verdad. Lo único que me estraña es, hayais recibido doce horas antes que yo, un propio que salió al mismo tiempo que el del Emperador. Vuestra gente hace milagros.

Os aguardo á todos mañana, para daros de palabra ni mas cordial enhorabuena.

Venios de hecho á Murcia; dejo preparadas habitaciones para vuestros compañeros, cuartel para los soldados y mi casa os espera en union del jóven Alberto.

Soy, etc., etc.

Esta carta causó un nuevo placer. En el acto se dieron las órdenes oportunas para ir trasportando á Murcia los heridos y efectos almacenados. A las diez de la noche estaba todo concluido y solo quedaban los equipos y caballos necesarios para la tropa y jefes.

Al día siguiente, se pasó una escrupulosa revista, se volvió á reconocer el castillo y salieron.

Navarro, Alberto y cuatro soldados cerraron perfectamente la trampa; y acto continuo tapiaron la puerta de la cabaña, dejando en libertad al jobado: de este modo quedó otra vez aquella mole cerrada para todo el mundo: hecha esta operacion, bajaron á la llanura y montaron á caballo. Los oficiales iban vestidos de corte, incluso el Capitan, que ostentaba un hermoso traje bordado de oro. Solo el Conde les acompañaba envuelto en su sencillo gaban forrado de pieles. Mas que una partida de guerreros, parecian la escolta de un rey. Prosiguieron su camino, entrando en Murcia á las doce en punto de la mañana. El día estaba hermoso y un sol de primavera reflejaba sobre los ricos atavios de nuestros co-

muneros. Llegó la comitiva á la puerta del General, bajó este, y despues de recibir á sus nuevos huéspedes, mandó la tropa á uno de los cuarteles de la ciudad. Acto continuo, hizo subir á los restantes á las principales habitaciones de palacio, y despues de conversar con ellos, dispuso se sirviesen algunos manjares y varias botellas del vino mas añejo que tenia en sus bodegas.

Luego que los camaradas de Navarro se hallaron inspirados por el sublime Baco, comenzaron los brindis y la algazara. El noble anciano, gozaba contemplando aquella juventud tan llena de vida y de vigor.

—Pardiez, decia Mendoza, vale mas el blanco bigote del General, que el gobernador de Murcia y sus soldados. Brindemos, pues, á su salud.

—¿Quién es ese gigante, querido Navarro? preguntó el jefe.

—Un valiente, capaz de luchar con un leon y vencerle. Reune él solo la fuerza de quince y la bravura de diez.

—Ya se le conoce. ¿Sois amigo suyo, Alberto?

—Lo soy de todos ellos, señor.

—¡De todos, de todos! gritaron los demas.

—En las dos acciones, mi General, añadió Mendoza, tuve el honor de ser su escolta.

—¿Quereis explicarme eso, caballero?

—Si, señor; el Capitan al frente de la tropa, formaban la primera division, Alberto al frente mio, componiamos la segunda; por consiguiente la escolta del último se componia de mí.

—¿Y qué hizo la segunda division, compuesta de dos hombres únicamente?

—En la primera batalla, matar, destrozár y hacer huir á cincuenta, si bien nos ayudaron tres soldados. En la segunda que ibamos solos, un poco mas.

—Hombre, hombre!... parece increíble!

—Pues es cierto, añadió Navarro; esa segunda division, como dice Mendoza, mandada por el niño Alberto, como le llaman mis subalternos, hizo relativamente mas que nosotros. Con menos gente consiguieron meterse en el centro del enemigo y ya com-

prendereis lo que harian un héroe y un león en medio de aquel rebaño de ovejas.

Esta última frase escitó una careajada en los concurrentes. Concluyeron y los oficiales, acompañados del General, fueron á tomar posesion de sus alojamientos. Cada uno tenia su alcoba y sala, en cuyas habitaciones habia no solo comodidad sino hasta lujo. Despues, el anciano y Alberto se volvieron al palacio y los comuneros á pasear por la ciudad, y en casa del tío de Navarro, donde permanecieron hasta anochecido, hora en que se retiraron al festin, acompañados del viejo eclesiástico. Pasaron al salon principal, se sentaron luego á la mesa y les sirvieron la mas espléndida comida, de que jamás tuvo noticia el Capitan. Como era natural, nuestros comuneros fueron elogiados por los demás huéspedes del General. A las nueve dió fin, y principió la danza. Doscientas bellas y otros tantos jóvenes, casi todos militares, abrieron el baile; los de Monteagudo eran tipos de galantería y amabilidad; si en el campo vencieron á sus enemigos, con la rudeza de las armas, aquí los volvia á humillar con la mas esquisita cortesania. Apenas habia una murciana que fijase su atencion en alguno de los otros. Navarro, á pesar de sus cuarenta y pico, tambien andaba entre ellas, y á decir verdad no libraba peor que sus compañeros. Sentado en medio de dos jóvenes, les hacia el amor, y ambas le oian con sumo placer. Se hallaba nuestro valiente en lo mejor de sus diálogos, cuando se acercó el General y le dijo:

—Capitan, el conde de Santomera no ha entrado en el salon, ¿sabeis dónde se halla?

—Dió Navarro un apretón de manos á sus interlocutoras y le contestó:

—Me poneis en cuidado, ignoro qué es de Alberto y forzoso es que lo averigüemos.

Corrieron los salones, preguntaron á todo el mundo, pero nadie supo darles razon; al concluir la comida habia desaparecido. Ya se disponian á salir de allí los de Monteagudo, cuando de pronto se abren las puertas y aparece el gobernador de Murcia

apoyado en el brazo de su generoso enemigo; un aplauso general resonó en el salon. Todas las miradas se fijaron en él y todos bajaron la vista, no pudiendo resistir el fuego ardiente que despedían sus ojos.

Volvió la danza á principiar; el gobernador, todavía convaleciente, pálido y con un pulmon de menos, se tuvo que sentar al lado de su hermana; Alberto se confundió entre la multitud, ansioso de que lo dejasen en paz, tanto pláceme y adulacion. Los comuneros tornaron á ser los reyes de la funcion, lo cual escitó los celos de la mayor parte de los oficiales, que se encontraban allí, y como era natural, comenzó la crítica y la murmuracion, muy por lo bajo, pero con terrible encarnizamiento. Esto dió lugar á una escena, cuyas consecuencias nadie pudo preveer. En uno de los corros, en que mas crudamente se atacaba á los de Monteagudo, habia un imprudente que alzó la voz, y fué causa de que Alberto, que se hallaba en aquel extremo del palacio, se aproximase á ellos, y oyera lo demás que hablaron. Contraido el jóven Conde, y apretando los puños cuanto le era posible, oia la sangrienta crítica que hacian á sus amigos, y hasta á él mismo. Todavía, sin embargo, escuchó durante algunos minutos, pero cuando su paciencia se agotó, penetró en medio, los miró con insultante desprecio y en seguida les dijo:

—Parece increíble, que hombres vestidos con el honroso traje militar, descendan al cenagoso terreno de la calumnia y se atrevan á ultrajar villanamente y por la espalda. La accion que acabais de practicar, es tan miserable como digna de vosotros; de gente ruin y cobarde; de vosotros, que no valeis todos juntos lo que la pluma del chambergo de uno de mis compañeros.

Calló Alberto, y los volvió á mirar con chispeantes ojos y doble desprecio.

Ninguno de los insultados por el Conde, lo conocia personalmente, pues pertenecian á la brigada que acababa de llegar de Alicante; y aun se puede asegurar, que al oír hablar de sus hazañas, se habian reído, y lejos de creer en ellas, las tenian por cuentos improvisados por los comuneros, á quienes suponian un char-

latanismo propio de los que desean embaucar. Asi es, que al acabar Alberto, resonó una carcajada en derredor suyo, burlándose de las palabras y amenazas del provocador.

—Sois infames, añadió lleno de cólera.

—Y vos un pobre niño, que inspirais compasion, le contestó un capitán.

—¡Villano! le replicó Silva, dándole á la vez un bofetón.

—Me vengaré, dijo el ofendido echando mano á la daga.

—Te mataré, añadió el Conde; y á tí, á tí, á tí; y fue sentando su mano en los rostros de cuantos halló cerca de él. Ciegos de ira, todos se echaron sobre Alberto. Al mismo tiempo, sacó el jóven un puñal, y los recibió presentándoles la punta y llamándoles cobardes y villanos.

Esta terrible escena, tenia lugar en un saloncito de descanso situado en el piso bajo, muy cerca de la salida á la calle. No habia allí mas que como unos veinte oficiales y nuestro jóven héroe. El último, dió un salto, fijó su espalda á la pared y se preparó á recibir á sus enemigos, los cuales armados unos con daga y otros con sillones se iban á arrojar sobre el Conde, cuando se presentó el atleta Mendoza, llevando del brazo á una linda murciana, con la que, al parecer, huia del bullicioso baile. Visto por él lo que pasaba, dejó á su dama; derribó á cuatro oficiales, y poniéndose delante de Alberto, le preguntó:

—¿Qué es eso Conde? ¿Qué vais á hacer?

—A defenderme de esos miserables.

—¿Qué os han hecho?

—Se han burlado de nosotros! ¡nos han llamado farsantes!

—¡Farsantes! vive Dios! A la calle, á la calle! y empujando aquel gigante á los veinte, los hizo salir. Tiraron de las espadas, y unidos Alberto y Mendoza acometieron á sus contrarios, y estos á los dos comuneros. Terrible combate se preparaba; iban vestidos de seda, y todos ansiaban matar. A los dos minutos, el segundo tenia derribados á cinco, y el otro habia pasado á cuatro el corazón. Siguió la lucha, pero los murmuradores comenzaron solo á defenderse, perdiendo terreno y gente. A los cinco minutos, estaban

tres mas fuera de combate y los restantes huian temiendo seguir la suerte de sus pobres compañeros. La victoria habia sido completa. Los vencedores, envainaron sus espadas, y mirándose cubiertos de sangre y con sus vestidos hechos girones, pasaron al palacio de Alberto y luego al alojamiento de Mendoza. Se curaron dos leves heridas que sacaron, mudaron de traje y partieron otra vez al baile.

Regresemos á casa del General y veamos lo que pasó despues que salieron aquellos.

La dama que acompañaba el atleta, al verse abandonada de su cupido y entre tanto guerrero, se desmayó; pero volviendo en si, marchó al salon principal y estendió la voz de que en el palacio se estaban matando; á la vez dos soldados avisaron, que varios oficiales habian ido á la calle y trabado un terrible combate. Los comuneros fueron los primeros que se reunieron y notando la falta de Alberto y Mendoza marcharon en busca de ellos: el resto de los convidados, unos se agrupaban alrededor de las mujeres y otros en torno del General. Este, seguido de sesenta ó mas caballeros, salió, con objeto de impedir la lucha, si es que llegaba á tiempo. Navarro y los suyos iban delante espada en mano llamando á voces á sus amigos.

Lo primero que unos y otros encontraron fue nueve hombres en tierra; cinco estaban heridos y cuatro cadáveres; el Capitan los reconoció y vió con placer que ninguno era de los suyos y que los muertos lo eran por la mano de Alberto, segun indicaban las estocadas. Siguieron y mas adelante hallaron dos heridos y un cadáver.

— ¡Doce! exclamó Navarro, despues de reconocerlos. ¡Oh! no me queda duda, solo Alberto y Mendoza son capaces de hacer esto en tan poco tiempo. Mirad, amigos mios, mirad las estocadas de mi hijo, ¡ó pasa el corazon ó atraviesa los pulmones! ¡Siempre la muerte en la punta de su acero!... Corramos, señores, corramos.

Un reguero de sangre los llevó al cuartel donde hallaron á los restantes, de los cuales dos estaban heridos. A la vez que estos, llegó el General, se adelantó á todos, y llamando al jefe de guar-

dia, le preguntó sobre lo ocurrido. El oficial contestó, que habia amparado á los ocho, y viendo despues á dos mas que envainaban las espadas y se marchaban, quiso detenerlos; pero ellos, sin hacer caso de sus voces, se habian cogido del brazo y marchado favorecidos por la oscuridad. Que mandó cuatro soldados, y que nada consiguieron.

—Está bien, dijo el anciano, desarmad á esos hombres, encerradlos á cada uno en un calabozo, correspondiente á su clase, y que se cure á los que esten lisiados. Mandad recojer cinco muertos, que hay en la calle y que sean depositados en la iglesia; á la vez hallarán varios heridos en los mismos sitios; deberán ser tambien curados y presos. Con vuestra cabeza me respondeis del cumplimiento de la órdenes que acabo de comunicaros; y dirigiéndose á Navarro y demás, añadió:

—Partamos, señores; esto ha concluido; ahora solo toca obrar á los tribunales.

Salieron y se volvieron á palacio.

—Animad á mis convidados, dijo el General á los que le habian seguido; y si es posible, que continúe el baile como si nada ocurriese: vosotros venid. Y al frente de los oficiales comuneros entró en su despacho, y despues de dar la órden para que fuesen en busca de Alberto y Mendoza, exclamó:

—Señores, es muy grave lo que acaba de ocurrir: por un lado, veo que en mi misma casa se ha faltado por caballeros españoles á las leyes de la hospitalidad; por otro, cinco oficiales muertos y una porcion de heridos; por otro, dos hombres solos han hecho huir y encerrado en un cuartel á ocho. En mi larga carrera; no tengo noticia de un caso igual; quiera Dios hallen disculpa á sus crímenes los delincuentes. Señores, os faltan dos compañeros; estos han tomado parte en esa horrible pelea; no olvidad, que sois oficiales del ejército y que estais delante de vuestro General.

En este momento se presentaron á la puerta Alberto y Mendoza; cuando salió el recado del General llegaban ambos.

Los comuneros dieron á entender á sus dos amigos, que

habian obrado bien y que allí estaban ellos para destruir las consecuencias.

El General comprendió lo que espresaron aquellas miradas, y dijo para sí: —Estos hombres son de hierro; ni temen mi autoridad, ni la de nadie. Seamos prudentes y no aumentemos las desgracias; y dirigiéndose á los reciénvenidos, añadió:

—Señores, acaba de tener lugar un terrible acontecimiento; vosotros habeis tomado parte en él, y puesto que los dos estais bajo mi autoridad, preparaos á dar cuenta y á sufrir el castigo que merezcan vuestros delitos, si es que lo teneis. Os ha hablado el jefe; ahora vuestro amigo. Antes de que comparezcai delante del tribunal, veamos cómo os disculpais, teniendo en cuenta mis canas y la hospitalidad que con tanto placer os estoy dando.

—Mi General, dijo Alberto, adelantándose dos pasos; vuestras canas y hospitalidad valen tanto como lo mas noble y sagrado del mundo; nosotros, lejos de olvidar los deberes que nos imponian ambas cosas, nos hemos batido, porque se habia faltado á ellas, porque se seguia faltando. Os advierto, que yo no me disculpo nunca; si ahora me defiendo es obligado por el respetuoso cariño que os profeso. Oid lo que ha ocurrido y juzgad luego: escusaos llevadme ante el tribunal, porque allí nada diria.

Todos fijaron la vista en el jóven Conde; éste continuó:

—Me hallaba fatigado de escuchar el ruido de la música, de tanta voz; me cansaba aquel pausado movimiento, aquella profusion de luces y el brillo de los oropes; y me fuí de un sitio que apenas se podia andar y donde no estaba bien. Ni el oro, ni las mujeres, ni la fiesta eran de mi gusto. Corrí salones y salones, y por último, me situé en uno que solo contenia un grupo de oficiales, que hablaban en voz baja, y cuya circunstancia me agradó porque me proporcionaba entregarme completamente á mis reflexiones. Cogi un sillón, lo separé cuanto pude de ellos, y me senté. Comencé á meditar sobre las causas que obligaban á arruinarse familias poderosas, por dar fiestas como la presente, en la que yo solo hallaba gratitud y hastío. Estaba desenvolviendo este problema, nuevo para mí, cuando de pronto oigo citar los comu-

neros ; tuve que fijar necesariamente mi atencion , pues siendo la suerte de estos , la mia ; sus hechos, los mios y su porvenir el mio, se hablaba de mí, y preciso era contestar á los que tenian la bondad de acordarse de nosotros. Me levanté y formé corro. Tuve, General, la calma de estar oyendo por espacio de diez minutos cuantos insultos é improperios les pareció lanzar contra quienes nada les habian hecho. Calumniados en vuestra casa y á cuatro pasos de vos , se os faltaba á la vez que á nosotros. Mi paciencia se concluyó, y aquí comenzó la segunda parte. A un ataque tan rudo y traidor no se podia contestar con disculpas. Los llamé miserables, villanos, me devolvieron el insulto y abofeté á cuantos estaban á mi alcáñce. Ya no obraba el hombre. Se iban á echar sobre mi, daga en mano, tiré del puñal y me preparé á hacer pagar bien cara la vida que intentaban arrancarme.

—¡Ay de ellos si yo hubiera estado presente! dijo Navarro.

—¡Ay de ellos! repitieron los restantes sin poderse contener.

—¡Ay de ellos! replicó Alberto, si no hubieran huido los pocos que quedaron.

—¡Bravo!... bravo!... Ay del que ose juzgaros, querido Alberto! añadieron los comuneros, mirando al veterano.

—Nada respeta vuestro valor ; vuestro ardimiento : señores yo admiro el hecho , lo envidio ; respetad mis canas , mi situacion.

—Teneis razon , General , dijo Navarro ; obedezcámosle , señores ; mandad , noble anciano.

—Solo deseo que Alberto continúe sin interrupcion.

—La providencia, añadió el Conde , que velaba por mí en aquellos terribles momentos, me mandó á Mendoza. Este gigante que tiene tanta fuerza como valor, al verme en aquel estado, se hizo paso, derribando á cuatro, se enteró de lo ocurrido y abriendo sus largos y robustos brazos sacó á empellones fuera de vuestro palacio á los miserables que se atrevian con un niño, como ellos me llamaban. Cogimos las espadas, y ya en la calle, acometimos á los veinte. Diez aceros tenia yo delante, y otros tantos mi amigo; miré á éste, y notando que no solo se defendia sino que á cada golpe derribaba uno, acometí á los mios. Todo el que intentó he-

irme, fue muerto, todo el que se acercó á Mendoza, cayó en tierra: corrieron y los seguimos; se detuvieron y volvieron á huir despues de dejar nuevas víctimas. Habia entre ellos valientes y han encontrado la recompensa que da la muerte evitando el baldon. Los que aun viven, debeis aconsejarles que dejen de pertenecer al ejército. He ahí, señor, la relacion exacta de lo acontecido; he causado ese duelo, porque no podia prescindir; porque nos han insultado y calumniado á la vez que os faltaban á vos. Si nos creis delincuentes, ahí teneis nuestras espadas. Esta es la mia.

—Y esta la mia, dijo Mendoza dando la suya.

—Y estas las nuestras; repitieron los comuneros entregando las que ceñian, y añadió uno:

—Sus delitos son nuestros tambien, haced de los dos cuanto gusteis, pero solo con la condicion de que todos suframos la misma suerte, ¿no es esto, señores?

—Sí, sí, gritaron.

—Basta, replicó el General; cojed las espadas y guardadlas para sostener la patria y al Emperador. No permita Dios que yo castigue jamás al hombre que ha defendido su honor con un valor digno de elogio. Lo he visto, y todavia me parece imposible. ¡Oh! con esos trajes teneis que haberos batido admirablemente.

—Lo hemos hecho bien, dijo Mendoza retorciéndose el bigote.

—Quedamos, señores, añadió el anciano levantándose, en que varios oficiales se han desafiado; en que ninguno de vosotros ha tomado parte en esa lucha. Esto os salva y á ellos evita la deshonra. Vamos al salon. Y entraron en él como si nada hubiera sucedido.

El baile habia vuelto á principiar de nuevo, pero en todos los semblantes se notaba cierto temor y sobresalto, que indicaban bien claramente el estado de agitacion en que les dejó la noticia del anterior combate.

La llegada de los comuneros infundió un poco de tranquilidad y animacion. Los de Monteagudo fueron otra vez tipo de galantería, y libraron lo mejor posible. Las mujeres admi-

ran el valor mas que nosotros y suelen ser con él mas generosas de lo que conviene.

Concluyó la danza y se fueron á descansar. Solo Alberto y el General pasaron la noche parte discutiendo y el resto trabajando.

Al dia siguiente , decia el anciano á los comuneros:

—Señores , nuestro augusto Emperador os llama á la córte; mañana á las siete saldreis , para lo cual están dadas las órdenes oportunas. Ya teneis completa vuestra compañía y lo necesario para la marcha. Capitan Navarro , en nombre de Cárlos I, os entrego vuestro antiguo mando , haced de él el uso que las leyes os previenen.

Hasta aquí el jefe , ahora el amigo. Hoy comereis conmigo y despues partireis dejando á Alberto en mi compañía.

—No , no , gritaron todos.

—Es cosa convenida ; dentro de seis dias iré á Madrid y deseo llevarlo á mi lado , pues sabed que el César quiere que yo sea uno de sus consejeros.

—Sí , amigos mios , me quedo con el General , dijo el mancebo , para acompañarlo y procurar por medio de su influencia que me destinen con vosotros.

—Sea enhorabuena , añadió Navarro ; ya nos veremos en la córte ; lo que conviene es , que seais pronto colocado en el ejército y á mi lado , voto al demonio ; yo no puedo vivir lejos de vos.

Salieron los comuneros del palacio incluso el jóven Conde; primeramente se despidieron de los amigos que ya tenian en la ciudad , del canónigo y en seguida marcharon al cuartel y reconocieron plaza por plaza la gente que les habia sido incorporada. Navarro y los suyos quedaron altamente satisfechos de los soldados nuevos , dignos al parecer de los encerrados en Monteagudo. Despues pasaron á las cuadras y tambien hallaron buenos los caballos.

A la mañana siguiente se abrió la puerta de Castilla , y á las seis en punto salieron por ella el Capitan y su magnífica compañía. Gran parte de la poblacion , fué á despedirlos hasta el pequeño pueblo de Espinardo. Los hombres se enternecian al mirar

por última vez á aquellos valientes, y las mujeres lloraban al perder para siempre el acento de unos guerreros tan admirados y temidos.

Cuando Navarro se halló solo con sus oficiales y soldados, mandó hacer alto, y llamando al teniente le dijo:

—Poneos al frente de la fuerza, y seguid al trote hasta que nos alcanceis; vosotros, prosiguió dirigiéndose á los demás jefes, seguidme. Y metió espuelas al caballo y caminaron á escape hasta perder de vista la ciudad.

—Ya podemos ir mas despacio, añadió al llegar aquí; confieso que la vista de aquellas torres y el recuerdo de lo que queda entre ellas, me hacía mucho daño.

—¡Y á mí!... exclamaron los otros.

—Capitan, se atrevió á decir D. Alvaro, ¿sabreis explicarme la causa que ha impedido á nuestro amigo Alberto, al General y á vuestro tio, el despedirse de nosotros, negándonos el consuelo de estrechar sus manos?

—Toma, contestó Mendoza, porque no han querido entristecernos mas de lo que estamos.

—Esa no es razon, añadió D. Alvaro; yo hubiera tenido un placer en abrazarlos, y es mucho egoismo haberme dejado sin ese gusto.

—No os han privado de nada, amigo mio.

—Con qué vos sabeis?...

—Yo no sé nada, pero sospecho que ni Alberto, mi tio, ni el General son capaces de una ingratitud.

—Ya comprendo, dijo Mendoza; ¿no os parece, querido Capitan, que siguiendo á escape entraríamos en calor? La mañana está fria.

—Como querais; corramos pues. Habian juzgado que les esperaban á tres ó cuatro leguas é hicieron volar á los caballos. A los quince minutos, divisaron á Molina y á la entrada de este pueblo á tres hombres. Corrieron mas y se hallaron con Alberto, el general y el canónigo. Se saludaron cordialmente, y en segui-

da pasaron á una casa inmediata, donde les esperaba el almuerzo.

Ya comprenderán nuestros lectores las palabras cariñosas que se cruzarian de ambas partes. Al concluir, llegó el resto de la compañía, dieron pienso, almorzaron y volvieron á montar.

Despues los comuneros, Alberto, el General y el canónigo se estrecharon sin espesar palabra. Los soldados, que estuvieron en Monteagudo, rodearon al Conde, y este, prescindiendo de posicion, los fué abrazando uno por uno, repartió entre ellos todo el oro que llevaba y dijo á Navarro:

—Capitan, cumplid con vuestra obligacion; el Emperador os espera.

—A escape, gritó aquel. Y volvieron á correr hasta que perdieron de vista el pueblo. Los oficiales iban limpiándose los ojos y los otros besando las monedas que habian recibido de Alberto, y guardándolas como precioso talisman, del que no pensaban deshacerse nunca.

El General, Silva y el canónigo se dirigieron á la ciudad sin despegar los labios. Este último suspiraba de vez en cuando; los otros dos se miraban y se sonreian, burlándose de la debilidad de su compañero y de la de ellos mismos.

Diez dias despues decia el anciano al Conde:

—Sé que estais impaciente por marchar cuanto antes á la Córte, os participo que mañana al rayar el dia saldremos de Murcia.

—Me alegre, dijo el tio de Navarro entrando, yo tambien me dirijo á ese punto y os acompañaré, si me lo permitís.

—Con mucho gusto, le contestó el jóven.

—¿Cómo es eso? preguntó el General.

—Que he sido destinado al arzobispado de Toledo y tengo que ir á ocupar mi puesto.

—Ya comprendo; el Cardenal-Ministro es vuestro amigo, y os ha trasladado para que volvais á ver á vuestro sobrino.

—Es verdad.

—Os doy la enhorabuena.

- Todavía no.
- ¿Pues cómo?
- Cuando sea obispo.
- ¿Aspirais á tanto?
- Sí, señor.
- Con qué sois ambicioso?
- Deseo ver á mi sobrino de General.
- No os comprendo.
- El en la guerra haciéndose digno, y yo en la córte influyendo en favor suyo...
- Sí, pero un sacerdote!...
- Qué quereis, ocupo el puesto de su padre, le quiero como á hijo, y debo sacrificarme por él. Dios no puede tomarme en cuenta el que solicite un acto de justicia para el primer valiente de mi nacion.
- Hacedlo, dijo Alberto, el cielo os premiará una accion tan noble, y el mundo la elogiará. Vuestro sobrino debia ya tener el baston.
- ¿No es verdad, que lo merece, señor Conde?
- Tampoco lo niego yo; soy el primero en reconocer los méritos y bellas cualidades de Navarro.
- Entonces, marchemos cuando gustéis.
- Al rayar el día saldremos para Madrid. ¿Haréis como nosotros el viaje á caballo?
- Por supuesto; aun estoy fuerte para arrostrar esa fatiga.
- Está bien.
- Quedamos en que os acompañaré.
- Id con Dios. Salió el canónigo, y le preguntó el anciano á su pupilo.
- ¿Qué necesitais para partir de Murcia?
- Nada, mi General, tengo cabalgadura, vuestro aprecio, y eso me basta.
- ¿No dejais un palacio desmantelado y un viejo eriado sin recursos para vivir?

—Mi casa queda habitable para Pablo, y á éste dinero suficiente. El buen Navarro me prestó para atender á esa sagrada obligacion.

—¿De quién quereis despediros?

—Del Gobernador únicamente.

El resto del dia lo pasaron ambos conversando agradablemente. A las cuatro de la mañana siguiente, salieron de la ciudad, acompañados del canónigo y de una numerosa escolta.

Media hora llevaban caminando, cuando oyeron el amargo llorar de un hombre, que abria sus brazos en direccion de Alberto. Tan pronto como éste lo vió, se tiró del caballo y estrechó á su viejo escudero; la comitiva paró, pero á una seña del jóven Conde siguieron, quedando un soldado cogido á la brida del potro de Alberto. Este se separó á un lado del camino, y dijo á su criado.

—¿Por qué me das este segundo mal rato?

—Me hubiera muerto si no os abrazara otra vez.

—Hazlo, amigo mio, y márchate á Murcia.

—Tomad antes.

—¿Qué es eso?

—Una bolsa con dos mil ducados; cojedla, que aun guardo yo otra con doble cantidad.

—Pablo, ¿quién te ha dado ese dinero? preguntó Alberto con imperio.

—Un veterano, el cual ha tenido poco menos que ponerse de rodillas para que lo aceptase.

—Y por qué lo tomaste?

—Porque me lo ordenó así; él es General y yo un soldado, fiel á la disciplina militar.

—Un viejo débil, añadió Silva incomodado.

—¡Señor!...

—Tienes razon; á ese noble anciano no se le puede hacer un desaire. Guárdatelo todo, y con lo que tu no necesites, manda hacer á mi pobre padre una tumba digna de un Conde.

—Pero, y vos?

:

—A mí no me hace falta. Dame un abrazo... y... Adios.

—El cielo os proteja, hijo mio. Velad por él, Dios de bondad!
Y quedó el escudero de rodillas, con los brazos levantados, la mirada fija en el cielo, y los ojos llenos de lágrimas.

Alberto exclamó:

—Adios, Pablo! Adios Murcia! Adios Monteagudo! Y desapareció como ráfaga eléctrica.

CAPITULO XI.

La Corte.—Un labriego.—María y Clotilde.—Amores de Alberto.—Desafío.—
Carlos I.—Recompensa debida al valor y talento.

TRASCURRIERON seis meses. Casi todos los personajes que conocemos se hallaban en Madrid, y en nada habia variado la suerte de ellos, pues cuando entraron en la Capital, salia el Emperador para Pamplona, con objeto de reunir Córtes, y aun no pensaba regresar.

Navarro y los suyos instruian á los soldados para cuando llegase el instante de partir á campaña; el General esperaba, y nuestro jóven Alberto se entretenia en tirar con sus antiguos compañeros, en montar á caballo, y en estudiar dia y noche ciencias, idiomas y el arte de la guerra. Su única distraccion, estaba reducida á salir en su brioso alazan, alejarse siete ú ocho leguas, unas veces caminando á escape, y otras al paso, abandonada la rienda y entregado á reflexiones filosóficas, que como saben nuestros lectores, gustaba mucho de ellas.





C. Mugica dib^o y lit^o

Lit de J. Donen. Madrid.

-Mirad el pecho.- Siete heridas! tomad otro escudo.

Una tarde, despues de comer, tomó el camino de Castilla, metió espuelas á su cuadrúpedo y estuvo galopando mas de cuatro horas. Cansado el caballo, paró la veloz carrera y esperó á que su brioso ginete le mandase seguir avanzando como antes ó le permitiera descansar. Alberto lo comprendió, echó pié á tierra, y exclamó:

—Reposa, mi bravo Anibal, que te sobra razon. Miró en torno, y no alcanzando mas que árboles y tierras en cultivo, comenzó á andar con objeto de ver si hallaba donde apagar la sed que há tiempo le molestaba. A los pocos pasos oyó la voz de un campesino que cantaba alegremente, y se dirigió al sitio en que este estaba labrando. Llegó, le pidió agua, bebió, y alargándole una moneda de oro, le preguntó:

—¿De quién son esas tierras que cultivais?

—Gracias, le contestó guardándose el escudo: son de la Reina del Valle, mi generoso caballero. ¿Erais vos, añadió, el que ha subido aquella loma á un escape que se parecia al vuelo del águila?

—Si.

—Buen potro y buen ginete. ¡Caramba! así corria yo detrás de los moros treinta años há.

—Segun eso habeis servido?

—Diez años.

—¿Fuisteis lancero?

—Si, señor, y aunque no montaba tan bien como su merced, no lo hacia mal. Es verdad que en aquel tiempo era preciso saberse tener á caballo, so pena de caer entre las manos de un enemigo tan valiente como feroz.

—¿Habeis muerto muchos sarracenos?

—¡María Santísima! mas que pelos hay en mi cabeza.

—¿Quedasteis herido?

—Unas veinte veces lo fui; ved este brazo.

—¡Buen soldado, pardiez!

—Mirad el pecho.

—¡Siete heridas! tomad otro escudo.

—Señor, es demasiado!

—Cojedlo, voto al demonio... los valientes serán siempre premiados por mí.

—Con qué sois militar?

—Lo seré.

—Si llegais á capitan, feliz la compañía que os tenga por jefe.

—¿En qué lo conocéis?

—En vuestros ojos. Teneis una mirada!... ¡oh! distingo yo á los valientes lo mismo que al oro. Sois muy jóven, pero ya se os puede dejar que os gobernéis.

—¿Quién os ha enseñado á conocer á los hombres?

—La esperiencia.

—Os doy las gracias por la opinion que habeis formado de mí, honrado labrador.

—Así me llaman los que me tratan.

—Y os dicen la verdad. Pero hablemos de otra cosa, ¿quién es esa Reina del Valle, vuestra ama?

—Solo una vez la he visto, y os puedo asegurar, que es la mujer mas perfecta en hermosura de cuantas he conocido.

—¿Vivirá en la Córte?

—No, señor, en el valle.

—¿En qué valle?

—En el que hay á tres leguas de Madrid y á la izquierda de ese camino real.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro.

—¿Qué, no tiene padre?

—No, señor.

—¿Y su edad?

—Quince años.

—¡Es raro!

—¡Yo lo creo!

—Sabeis que ha escitado ese relato mi curiosidad.

—Mas la aumentaria su presencia, y el gran misterio que la rodea.

—Parece eso una valada.

- Sí, pero es un hecho.
- ¿Quién la defiende, sola y viviendo en el campo?
- Las puertas de su palacio que son de hierro y los altos muros que lo rodean.
- Habeis entrado en él?
- No, señor, ni creo lo verifiquen otras personas que aquellas que lo habitan.
- ¿Cómo así?
- Todos lo ignoran.
- ¿Y qué se dice de ella entre vosotros?
- Que es muy hermosa, y muy caritativa; que paga bien á sus deudos, y... nada mas.
- ¿Y el vulgo?
- No la conoce; cuanto os he dicho, es un misterio que han penetrado muy pocos.
- ¿Cuándo la podré ver?
- Nunca.
- ¿Os estais chanceando?
- No, señor; sois jóven, valiente, generoso para conmigo, y so he relatado la verdad.
- ¿Me quereis acercar mi caballo?
- Al instante.
- Me llamo el conde de Santomera, si alguna vez necesitais de mí, buscadme.
- Gracias, noble señor, si Juan Baños os puede ser útil en algo, siempre lo hallareis á vuestra disposicion.
- Adios, honrado labrador.
- ¿Vais á Madrid?
- Sí, pero antes al palacio de esa Reina.
- Dios os proteja, contestó el campesino, moviendo la cabeza. Casi abandonada la mano izquierda dejaba el valiente jóven que su caballo corriese cuanto quisiera, mientras él se entregaba á comentar lo que habia oido al labriego, y se proponia un plan para introducirse en el palacio de aquella desconocida, que tanta curiosidad le inspiraba.

Así continuó dos horas, siendo ya completamente de noche. Miró en torno y viendo á la izquierda del camino una luz, tomó el sendero que conducia á aquel sitio y siguió á escape. A los cinco minutos paró á la puerta de una cabaña; salió el dueño de ella, y le preguntó aquel:

—¿Sabreis decirme á qué distancia me hallo de Madrid? soy forastero y he perdido la ruta. Tomad ese escudo y contestad.

—Gracias, señor; estais á tres leguas y media; volved atrás, y ese primer camino os llevará á la corte.

—Entonces, replicó el Conde, debo encontrarme frente á un valle...

—Sí, señor, el mismo sendero que habeis traído conduce allí.

—Veo que me habeis dicho la verdad, pues segun mis noticias ese sitio está á tres leguas de Madrid.

—No tengo interés en engañaros.

—Gracias.

—Id con Dios, caballero.

El uno cerró la puerta, y el otro hizo que tomaba el camino real, pero torciendo á la izquierda, volvió á buscar la vereda y se dirigió al valle.

Una luna clarísima permitia al Conde proseguir su ruta sin temor de estraviarse; así es que, al poco tiempo, llegó á un espeso bosque y luego entró en la alameda que daba principio á un jardín, siguió corriendo, y por fin divisó un hermoso palacio gótico, antiguo, pero lujosamente reformado. Paró, y viendo que tenia de frente la entrada, continuó; quince pasos antes de la puerta refrenó el caballo, á la vez le clavó la espuela, lo encabritó, y valiéndose de su mucha habilidad, hizo tropezar y caer á Anibal. Poco despues se levantó, y dirigiéndose al palacio, llamó; le preguntaron qué queria y contestó:

—He perdido el camino que conduce á la corte y habiendo recibido un fuerte golpe, ruego á los dueños de esta morada me concedan una hora de hospitalidad para descansar y enterarme de la ruta que he de seguir.

Nada le replicaron, pero á los cinco minutos se abrió la puerta

y le mandaron que entrase. Dos hombres salieron á su encuentro, el uno le cogió el caballo y el otro, lo introdujo en una habitacion del piso bajo. Ya allí le dijo su guia.

—Caballero, los amos de este palacio, sienten mucho el daño que os habeis causado y me mandan ponga á vuestra disposicion cuanto necesiteis. Pedid lo que os haga falta.

—Ignoro, contestó Alberto, si estoy herido, pero aun cuando asi fuese, aunque me costase la vida, no tomaré nada mientras no sepa quiénes son los que desean favorecerme. Hablais con el conde de Santomera.

—Señor, la dueña de este valle es una jóven menor de edad, que no puede llevaros á su presencia.

—En ese caso, me ausento.

—Me han encargado que os proporcione cuanto queráis.

—Necesito ante todo saber si puedo ó no aceptarlo; decid pues á vuestra señora, que ó me recibe ó me marchó.

—Lo haré asi.

Salió el criado y regresó poco despues replicando:

—Ni podeis hablar á mi ama, ni esta os deja partir interin no descanséis y os cureis, para lo cual os ruega me permitais facilitaros todo cuanto juzgueis útil.

—Dad en mi nombre las gracias, y decidla, que soy un fiel servidor del Emperador y que no me es posible tomar nada de persona que no conozco, en una época, en que mi Soberano se halla cercado de enemigos encubiertos. ¿Dónde está mi caballo?

—Deteneos un poco mas, os lo ruego.

—Volved pronto, pues no me hallo bien.

Salió otra vez, y Alberto se puso á limpiar su ropa, seguro de que iba á ver á la misteriosa desconocida.

Cinco minutos le hicieron esperar; trascurrido este tiempo entró el criado y le dijo.

—Mi señora ha determinado recibiros, podeis seguirme y llenareis vuestro deseo.

—Vamos, contestó aquel, y ambos despues de cruzar un pasadizo, comenzaron á subir una escalera ancha, sembrada de es-

tátuas de mármol y jaspe, y cuya belleza superaba á todo lo que el jóven Conde se habia podido imaginar. Concluida ésta, entraron en la sala de estrado y luego en un gran salon, donde entre otras grandezas se veia una magnífica coleccion de retratos de los Emperadores, Reyes y Príncipes de la casa de Austria. Alberto se asombraba mas y mas á cada paso que andaba, creciendo su admiracion y curiosidad hasta tal punto, que hubo momentos en que dudaba de lo que veia, suponiendo un sueño la realidad que tenia ante sus ojos. Cruzó pues otros cinco salones, alhajados con una esplendidez régia, y llegó por último á una habitacion que se hallaba cerrada: se paró el guia, la abrió y anunció al Conde; este pasó y la puerta volvió á cerrarse.

La pieza en que acababa de entrar, era un gabinete ovalado, forradas sus paredes de raso y adornado con hermosos sillones de damasco azul. Al entrar Alberto, quedó parado, y saludó respetuosamente á dos señoras que vió sentadas en un divan.

—Adelantaos, señor Conde, le dijo una de ellas; tomad asiento.

Eran estas, dos bellísimas mujeres, capaces de volver loco á nuestro juicioso jóven. La una llegaría á los treinta y dos años, y aunque algo morena, tenia la cara arrebatadora, formas capaces de seducir al mas escéntrico, y los ojos negros, rasgados y tan expresivos, que todavia cautivaban como en sus mejores tiempos. Blanca la otra, con el pelo y los ojos negros tambien, facciones perfectas, talle esbelto, mano y pié diminutos, voz de serafin y quince abriles, parecia una deidad fantástica ó un hermoso tipo de esas mujeres orientales venidas al mundo para hacernos mas pecadores.

La mayor se llamaba Clotilde, la otra Maria.

Se sentó Alberto, fijó en ellas su ardiente mirada y sintió un estremecimiento desconocido hasta entonces para él. Mudo é inerte siguió contemplándolas hasta que Clotilde, ó sea la mayor, tomó la palabra y le dijo:

—Caballero, habeis dicho que sois un fiel servidor de nuestro amado Soberano; reclamais hospitalidad y tanto mi hija como yo,

únicas dueñas dé este palacio, deseamos se os dé lo que os haga falta. Dicen que habeis recibido una caída, ¿estais acaso herido? ¿Necesitais reposo?

—Gracias, noble señora, replicó Silva, repuesto ya de su asombro, no estoy herido ni necesito reposo.

—Pedid pues cuanto querais.

—Señora, no sé mentir; me hallo enteramente bueno; he inventado una disculpa, para tener el gusto de conocer á la *Reina del Valle*, y si era como me habian contado, una jóven huérfana, ofrecerla mi apoyo y proteccion, pues estamos en una época en que las riquezas no bastan á cuidar de la tranquilidad y fama de una mujer. Os parecerá estraña mi conducta, pero sabed, que yo tambien vivo sólo en el mundo, y aunque cuento con dos protectores generosos, real y verdaderamente no tengo mas que mi espada y mi valor; ambas cosas, estan no obstante dispuestas siempre á defender la justicia y la inocencia.

Absortas escucharon madre é hija el relato del Conde, no acertando comprender como un jóven pudiera reflexionar asi; quedó meditando la de mas edad y luego replicó:

—Caballero, mi hija se llama Maria y yo Clotilde; aquí no hay ninguna Reina, y aun cuando os agradecemos vuestro ofrecimiento, lo rehusamos por sernos inútil en la presente ocasion.

—Madre mia, añadió la hija, la espada y el valor del señor Conde no nos hacen hoy falta, pero quién sabe lo que ocurrirá en lo sucesivo!

Estas palabras pronunciadas con acento arrebatador, hirieron el corazon del mancebo.

—Hija mia, replicó Clotilde, encerradas en este antiguo palacio, existe Cárlos que velará siempre por nosotras; esto sin embargo no aminora mi reconocimiento.

Fué á contestar Alberto, y se encontró sin voz; la bella María le tenia fuera de sí. Trató de reponerse y cuando lo hubo conseguido en parte, dijo:

—Iba á hablar y me he hallado sin palabras: dos mujeres han

logrado lo que no pudieron tres combates; esto es, destruir mi serenidad y valor.

—¿Acaso os habeis batido tan jóven?

—Si, señora.

—¿En donde?

—En Murcia, y en el castillo de Monteagudo.

—¿Erais uno de los cuarenta comuneros!

—No, su amigo únicamente.

—¡Pero luchasteis por ellos!

—Con ellos y por ellos.

—¿Luego sois Alberto de Silva?

—Si, señora.

—¡Alberto de Silva! dijo María mirándole asombrada.

—¿Como sabeis mi apellido?

—Un amigo nos ha enterado de vuestros hechos, pero se calló el título; solo nos dijo vuestro nombre.

—Señora, soy Alberto de Silva, conde de Santomiera.

—Y un héroe, que llegará á Duque y General, añadió María sin poderse contener, fijando en él sus hermosos ojos.

—Un desgraciado, replicó este, que acaso muera poco despues de ingresar en el ejército.

—¡Qué tristes presentimientos teneis!

—¡Oh! me sobran motivos, nací infeliz y no tengo fé en el porvenir.

—Vos sois un valiente, un héroe como ha dicho María, y quien tanto tiene que agradecer á Dios no debe pensar así.

—Mucho le debo, es verdad, pero es tan tétrico todo lo que me rodea!

—Sois muy escéntrico; seguid el camino de la gloria y confiad en la justicia del Emperador. ¿Quereis que os recomiende á su majestad?

—Gracias; si aceptase vuestro ofrecimiento dudaria de su recititud y no hallo motivo para tanto.

—Es verdad. ¿Y qué causa esa estrema desconfianza vuestra?

—Mi genio y la idea triste que me hace formar de los hombres, tanta debilidad humana como encuentro á cada paso.

—Vuestra filosofía, amigo mio, exagera mas de lo que es aceptable por el buen sentido.

—No lo estrañeis; salí al mundo envuelto en el paño mortuario de la horfandad y la desgracia, y todo lo veo negro, todo triste y miserable.

—¿De qué os sirve entonces el talento?

—De econo á mis males hoy, acaso mañana podrá suceder lo contrario.

—Eso es; pensad en el porvenir; fijad la vista en él como el águila en el cielo, y olvidándoos del presente remontad el vuelo en busca de ese mañana azulado y brillante.

—Teneis, señora, un ingenio que eleva al que os oye...

—Gracias, Conde; me juzgais mal; solo soy una mujer harto... ¡Qué iba á decir..! muy dichosa, puesto que vive María; ella que es mas hermosa..!

—Madre mia, dijo la jóven interrumpiendo á Clotilde.

—Seguid, señora, añadió Alberto, ó yo continuaré por vos: mas hermosa que la luz, que el dia; tan bella como la creacion y tan pura como la flor que abre su caliz al soplo divino! ¡Oh, debeis ser muy feliz á su lado! ¡Sus ojos...

—Conde, ¿quereis que hablemos de otra cosa?

—Teneis razon, os estaré molestando y... debo retirarme.

—No nos molestais, no; pero hablad, de otra cosa... Ved que encarnada está mi hija.

—He puesto á prueba su modestia y no me pesa; mis palabras son sinceras; he dicho la verdad y creed, que han sido los primeros encantos que he elogiado en mi vida.

—Gracias caballero, tartamudeó María, clavando una mirada tan ardiente en el jóven, que estremeció á la madre é hirió el corazon de Alberto; este comprendió el sobresalto de Clotilde y se apresuró á decir:

—Debo partir á Madrid; no repito mi anterior ofrecimiento porque ahora lo creo inútil...

—Lo hemos aceptado, ¿no os acordais ya? espresó María volviendo á asomar á sus mejillas un encendido carmin.

—¿Y qué falta os hace siendo amigas de Cárlos I, y acaso de todos sus cortesanos, puesto que os han enterado hasta de mis pobres hechos, ocurridos en un rincon de España?

—Os equivocais, señor Conde, contestó Clotilde; conocí al Emperador siendo muy niña y creo que no se habrá olvidado de mí; suele vernos el cardenal Adriano porque me trató en Flandes y es constante en su amistad; y nos visita, aunque pocas veces, un jóven de la córte del Monarca, que es pariente nuestro y nos quiere mucho. He ahí nuestras relaciones. Olvidadas de todos y oscurcidas entre estos bosques, solo esos dos son nuestros únicos amigos.

—Lo creo, porque sois incapaz de engañar á nadie; pero permitidme os manifieste lo mucho que me estraña vuestra conducta; jóvenes, hermosas, ricas y con talento ¿cómo podeis vivir ocultas en este lujoso palacio rodeado de árboles?

—Ese es un secreto que nadie sabe, que todos ignorarán. Hemos aceptado vuestra proteccion, ¿quereis nuestra amistad?

—¡Con mas placer que la vida! dijo Alberto levantándose; soy pobre, un infeliz huérfano que solo posee el valor necesario y una espada honrada desde hace siete siglos; ambas cosas os protegerán mientras yo viva.

—¡Gracias! y Clotilde alargó su mano al Conde, que la besó con respetuoso afecto; hizo lo mismo María, pero al estampar Alberto el ósculo, se estremecieron, asomando á sus rostros una palidez extrema; la madre lo notó y tembló.

—Id con Dios, añadió esta, si necesitamos de vuestra ayuda ya os buscarán.

Esto equivalia á decirle, no volvais interin no os llamemos.

Salió Alberto y acompañado de su guia, montó á caballo, mandó cerrar la puerta, miró al palacio y exhaló un suspiro, que fué derecho al corazon de María; otro igual le contestó y sin esperar mas, metió espuelas á su corcel y se dirigió á Madrid murmurando:

—La madre me cierra las puertas, pero la hija me abre su co-

razon. Y lleno de placer, corrió el jóven las tres leguas y cuarto que le separaban de la corte, en menos de una hora. Llegó por fin á casa del General, se apeó y subió. Eran las doce de la noche. El anciano, impaciente por la tardanza de Alberto, habia mandado á buscarlo á casa de Navarro, y la contestacion de éste fué reunir á todos sus oficiales y marchar á casa del veterano. Cuando entró el Conde, estaban en consejo discutiendo el medio mejor de hallarlo.

Con un cariño paternal le dirigió la palabra el viejo guerrero preguntándole:

—Alberto, ¿cómo habeis dado lugar á que pensásemos que os ocurría alguna desgracia, lo cual nos tenia con ansiedad terrible?

—Pagándoos, amigos míos, con el mismo afecto con que me honrais. Vuestro escesivo interés os ha hecho sufrir y no otra cosa, puesto que la mayor parte de los dias que salgo á caballo me retiro tarde.

—¡Venis alegre!

—Sí, he sido muy feliz esta noche.

—Qué, dijo Navarro, ¿habeis rendido á algun gigante?

—No; á vos solo os complace combatir y vencer; es propiedad de los valientes; de vos, á quien yo admiro: á mí me ha entusiasmado ver la obra de Dios en una belleza natural, digna de estudiarse por un sábio.

—¡Siempre filosofando!

—Siempre estudiando; qué quereis, soy jóven y necesito aprender mucho.

—Pero ¿no os ha sucedido nada; no habeis arrostrado ningun peligro?

—No.

—Pues entonces, añadió el General, ya que estamos reunidos, vamos á cenar juntos, y allí referirá la causa que le ha detenido tanto.

Se fueron al comedor y se sentaron efectivamente á la mesa.

—Comed vosotros, amigos míos, dijo el Conde; yo no tengo gana, y mientras os entreteneis así, yo lo haré contándoos lo

que me ha ocupado hoy. Monté á caballo, como de costumbre, y obligué á mi fogoso Anibal, á que de una sola carrera me pusiera á seis leguas de Madrid. Cubierto él de espuma y yo de polvo, paré con objeto de dar algun descanso á la fiera y apagar la sed que hacia tiempo me atormentaba. Anduve un poco á pié, y dí con un honrado labrador, que me facilitó agua y una agradable conversacion, pues era nada menos que un soldado cumplido, cubierto de heridas, recogidas en el campo del honor; se espresaba bien y debió ser valiente, pues todas sus cicatrices las tenia delante, y la mayor parte en el pecho.

—De seguro os interesó.

—Yo lo creó.

—Y le disteis oro.

—Tambien es cierto.

—Y le hicisteis hablar cuanto quisisteis.

—Es verdad.

—¿Qué os contó?

—Que os pueda interesar á vosotros, solo me dijo, que era arrendatario de la Reina del Valle, una jóven huérfana de padre, rica, noble y hermosa como ninguna; que vivia retirada del mundo, que á nadie recibia, que solo tenia quince años y que habitaba un palacio digno de un monarca.

—¡Soberbio cuento!

—Yo dudé tambien, pero el labrador no era tonto, ni capaz de engañarme; demostré interés por conocerla, lo que él suponía imposible, por ocultarse á todos y muy principalmente á los estraños...

—Una mujer misteriosa, escondida en un bosque; he ahí el asunto de la mayor parte de las novelas. ¿Tuvisteis un solo instante la humorada de créerlo?

—Juzgué que habia algo de verdad en lo que me contaba un hombre honrado, monté á caballo y fui á buscárla.

—¡Ja, ja, ja, qué chasco os han dado!

—No es pequeño el que vais á llevar vosotros, pues habeis de saber, que existe el Valle, el palacio y dos mujeres encantadoras.

—¿Hablais de veras?

—Lo juro por el alma de mi padre. Mas de una hora he estado conversando con ellas.

—¿Cómo entrásteis?

—Facilmente; di con el alcázar y un poco antes de llegar á la puerta, le hice á Anibal caer. Me levanté y pedí hospitalidad para un herido.

—¿Y os la dieron?

—Sí, pero eso no fué bastante para verlas, pues aun cuando me ofrecieron lo que pidiera, se negaron á recibirme.

—¿Y por último?

—Valiéndome de un medio eficaz, me admitieron á su presencia. Pero antes, atravesé cinco salones adornados con un lujo de rey; entré en la habitacion y hallé madre é hija, dotadas, particularmente la primera, de talento nada vulgar y ambas de una hermosura prodigiosa. Os aseguro que otro mas entusiasta que yo, hubiera salido de allí perdidamente enamorado.

—¿Y vos no sentisteis nada?

—Confieso que si las viera muchas veces puede que al fin acabara por... Es tan bella la hija que!.. en fin hablemos de otra cosa.

—Ja, ja, ja! no notais General, que Alberto presenta síntomas alarmanes?

—Dejadlo, es jóven y tiene porvenir; si llega á amar será una felicidad para él.

—¿Y por qué?

—Porque cesareis de ser escéntrico, cambiareis la filosofía por la poesia y sereis mas dichoso y mas valiente si cabe.

—Si eso fuera cierto, os aseguro que procuraria enamorarme.

—Lo que os ha dicho el General, es positivo; como tambien, que arde en vuestro pecho el amor, dijo Navarro con gravedad; no he perdido ni uno solo de vuestros movimientos y os participo que esa jóven hará en vos tal revolucion, que dentro de tres dias no os vais á conocer.

—¿Os chanceais, querido padre?

—No; pronto lo vereis. Pero tratemos de otro asunto, Quirós, ¿qué noticias hay de la corte?

- Que pasado mañana llega el Emperador.
 —¡Bravo! esclamaron; ¿saldremos á recibirlo?
 —Sí, y preparaos á obedecer sus órdenes.
 —Mucho me agrada la noticia y os recomiendo le habéis, con objeto de que nos saque pronto de esta inaccion.
 —Concedido.

Se despidieron despues del General y de Alberto y marcharon. Ya solos los últimos, se fueron á acostar; los dos dormian en una misma alcoba, pues el valiente veterano no queria perder un instante en que pudiera conversar con su pupilo. Hablaron largo rato y á poco el anciano se quedó dormido; el Conde quiso hacer lo mismo, mas le fue de todo punto imposible; la voz de Maria, aquel semblante virginal, aquellos ojos seductores, el interés que se tomó y el fluido magnético que le habia trasmitido su ardorosa mano, tenian embargada su alma de una manera asombrosa. El silencio y la oscuridad de la alcoba hacian más patéticas las ideas del jóven, el cual pasó la noche en un dulce éxtasis. Cuando asomaron los primeros albores del dia, se levantó y fue al jardin. Vió una azucena y la comparó con Maria; miró una rosa y le pareció que su color era igual al carmin de su amada; y reparando en una violeta, creyó distinguir en ella el candor y la inocencia de su adorada. Asi trascurrieron dos horas y todavia seguia Alberto en su amoroso entretenimiento, cuando vino á distraerle un golpe que le dieron en el hombro acompañado de las siguientes palabras:

- Voto al demonio, cuánto habeis madrugado hoy!
 —Tambien vos, mi querido Navarro, replicó Silva.
 —Sí, esperaba hallaros vestido y quería hablar con vos.
 —Estoy como siempre á vuestras órdenes.
 —Decidme, ¿habeis dormido?
 —No.
 —¿Cómo?
 —He estado filosofando.
 —Me alegro.
 —No os comprendo.

—No importa. ¿Qué pensais hacer esta tarde?

—Nada. ¿Quereis algo de mi?

—Si.

—Mandad.

—No os alarmeis; se trata simplemente de dar un paseo á caballo.

—¿Con armas?

—O sin ellas, es igual. Hace dias que no he salido en vuestra compañía, y deseo ver si educais bien á Anibal.

—¿Qué sitio os parece mas á propósito?..

—Lo dejo á vuestra eleccion,

—¿Qué hora?

—Las seis.

—¿No es tarde?

—No... pero en fin, sean las cinco, así tendremos tres horas de luz.

—¿Comeis hoy conmigo?

—No, cenaré. Adios, hijo mio, me voy á saludar al General.

—Hasta luego, querido padre.

Salió el comunero y al poco tiempo hizo Alberto lo mismo murmurando estas palabras:

—El Capitan conoce el corazon humano mas de lo que yo creia.

¡Oh qué alma tan noble tiene! por este hombre daria mi existencia!

A las cinco en punto apareció Navarro montado en un caballo castaño, de raza árabe, ligero y fuerte como pocos. Orgulloso el animal de llevar tan buen maestro, le parecia que todas las calles eran estrechas. El Conde le esperaba ya, y ambos salieron por la puerta de Castilla, segun indicacion del jóven. Anduvieron por espacio de tres horas sin direccion fija, unas veces hablando, y la mayor parte del tiempo en silencio, pues el mancebo se distraia mucho con meditaciones impropias del sitio y del objeto que en aquellos instantes los reunia. El Capitan notó las continuas abstracciones de su amigo y lo dejó que se entregase á ellas procurando no llamarle la atencion con nada. Oscureció

y entonces detuvo Alberto su troton y preguntó á Navarro.

—Decid, ¿volvemos á Madrid ó qué hacemos?

—Sigamos paseando sí os place.

—Me es igual.

—¿Tendrais inconveniénte en llevarme al valle de esa reina que tanto os interesó ayer?

Al oír el jóven esta pregunta, se puso descolorido, meditó, y volviéndose á su compañero, le dijo.

—¿Creeis que no seria imprudente?

—¿Y por qué? Vamos de paseo y no intentamos molestar á nadie.

—Y si la madre me viese, ¿no sospecharia que rondábamos á la hija?

—Sí, pero no os conocerá.

—¿Y por qué?

—Porque os volvereis el gaban del revés y quedará blanco; cambiareis vuestra gorra por mi chambergo y os ceñireis mi banda de Capitan; ¿qué os parece?

—Admirable, amigo mio.

Lo hicieron asi, y quedó Alberto completamente disfrazado: en seguida le preguntó Navarro:

—¿Distamos mucho?

—Si no estoy equivocado, por ese sendero que veis á la derecha llegaremos en quince minutos.

—Entremos en él: pero es muy poco un cuarto de hora, tardemos mas.

—¿Y para qué?

—Para dar lugar á que se acuesten los labriegos y demas dependientes de vuestra reina.

—Pensais bien: sigamos al paso. Observo, añadió, que hoy discurrís mejor que yo; ¿se ha aumentado vuestro talento?

—No, es que vos no estais para ello.

—¿Y en qué consiste, me lo sabreis decir?

—Ya os explicareis mas adelante.

Hablando asi y con paso tardo llegaron al valle. Eran las nue-

ve y media de la noche; un silencio profundo reinaba en todas aquellas alamedas y cabañas; silencio que solo interrumpia el suave vientecillo que se deslizaba cauteloso, y las monótonas pisadas de los dos caballos. Continuaron y á poco dieron vista al palacio. Allí detuvo Navarro á su guia, y despues de contemplar aquel majestuoso edificio, exclamó:

—¡Soberbio alcázar! Las dueñas deben ser poderosas!

—¿Por qué decís eso?

—Porque la morada y sus contornos pueden formar la fortuna de un Duque.

—¡Pues si la viérais por dentro!

—Juzgo lo que será, y por Cristo que mueve mi curiosidad el incógnito de esas dos mujeres: pero en fin, vamos á lo que mas interesa; seguidme.

—¿A dónde?

—Callad y adelante.

El Capitan tomó otro sendero diferente y marchó por él; al poco tiempo dió media vuelta al palacio y se hallaron con la tapia de un hermoso jardin, poblado de toda clase de árboles y flores; concluyendo con un bosquecillo salpicado de estanques y cascadas. Aquí detuvo Navarro á su amigo, y acercándose mucho, le dijo:

—Querido Alberto, sé lo que pasa en este instante por vos, os quiero como á un hijo y os voy á proporcionar la dicha que anhelaís; pero antes sed conmigo franco.

—Hablad, padre mio, hablad.

—¿Estais enamorado de María?

—No, mas siento por ella un malestar que no sé esplicarme.

—Esos son los primeros chispazos. ¿Deseais verla esta noche?

—Sí, pero es imposible.

—Pues lo conseguireis.

—No lo creo.

—Haceis mal y no me estraña; habeis estudiado á los hombres, pero no conoceis á las mujeres, y por eso pensais así; pero voto al demonio, que yo las comprendo y os guiaré. Venid.

Y ambos se encaminaron á la tapia del jardin, procurando meter el menos ruido posible. Llegaron, y despues de acariciar Navarro á su caballo, le dijo muy quedo.—Leon, á la pared; mas, mas aun. Luego hizo que el de Alberto se juntase al suyo y dándole las riendas, continuó:

—Leon, quieto ahí. El brioso alazán comprendió tambien á su amo, que lejos de moverse, contuvo hasta la respiracion. Entonces el Capitan, fijó los piés sobre la silla, y se subió á la tapia, desde donde dominaba todo el jardin.

El jóven contempló á su amigo lleno de admiracion y viendo la postura violenta en que se hallaba, le dijo:—Bajaos que estaéis muy incómodo.

—Callad, le contestó el Capitan, á un soldado no se le dice eso nunca; los militares somos de hierro. Haced el favor de no hablar; estoy cazando y vais á espantar la gacela.

Un cuarto de hora siguieron así; al cabo de este tiempo se movió Navarro; pareció que fijaba la vista en un objeto dado, y exclamó:—¡Maldita oscuridad! oh, pero ése ruido... Sí, debe ser ella... Ella es!... Allí veo un bulto que se dirige hácia aquí! y apoyó la cabeza sobre la tapia y continuó observando. Al poco tiempo, se bajó, haciendo que su amigo echase tambien pié á tierra. Cogieron en seguida los caballos del diestro, y anduvieron pegados á la cerea y en el mayor silencio treinta pasos; se detuvieron, preguntando el Capitan á su compañero:

—¿Podreis trepar como yo lo he hecho antes?

—Sin duda.

—Pues bien, cuando esteis arriba, reparad en un árbol que hay á la parte adentro muy cerca de la pared; cojeos á él y bajad al jardin.

—Pero á qué viene todo eso?

—Niño, teneis á María á treinta pasos de aquí.

—¿Sola?

—Sí

—Dejadme subir.

—Esperad un poco. Me ha parecido que traia una lira; si no

me he equivocado, cantará, y entonces estaremos mas seguros de que es ella.

—Es verdad, pero si nó sucede asi se irá, y luego quién la encuentra entre ese laberinto de árboles y...

—Tened paciencia; se ha sentado en un banco de piedra y de seguro estará bastante tiempo.

—Sea como queráis.

—Sujetad bien á vuestro caballo, que no se mueva.

—Descuidad.

—Ahora silencio.

Trascurrieron diez minutos, que acabaron con la paciencia de Alberto.

—Se vá á retirar, Capitan, exclamó sin poderse contener mas tiempo.

—¿Decid, amigo mio, no teneis una palabra ó seña, por la cual le pudiérais dar á comprender que os hallabais cerca?

—Sí.

—Pues probad, pero muy quedo, conviene que á la vez dude.

Exhaló Silva un débil suspiro, y á los pocos instantes le contestaron con otro mas sonoro.

—¿Habeis oido? dijo Navarro, ahora solo falta que os llame.

—Eso no lo hará nunca.

—Callad, no seais niño... ¿No sentis los preludios de la lira?

Al poco tiempo, escucharon efectivamente el dulcísimo acento de Maria, que entonó la siguiente estrofa:

Doncel, que mi vida

Llenastes de amor,

Con solo mirarme,

Con sola tu voz.

¿A do está tu imágen,

La bella ilusion;

Que el alma encadena,

Que ahuyenta el dolor?..

—¿Alberto? añadió el comunero, al acabar el canto; llegó el momento; saltad segun os he indicado, y portaos como quien sois. Subid sobre mi caballo; yo tendré los dos.

En cuatro segundos trepó el jóven, y cogiéndose á la rama de un árbol, se fué deslizando hasta descender al jardin. Interin practicaba esta operacion, continuó la hermosa niña su cancion.

¡Ay de la que un dia
 Tu frente miró,
 Si solo en su pecho
 Brotó una ilusion!
 Si engañada vive,
 Si torpe creyó,
 Que el doncel guardaba;
 Para ella amor!

Calló la apasionada voz y cesó de sonar la lira. En cuanto á Alberto, loco de amor, fué desliziéndose hasta llegar junto á su bella, á cuyos piés cayó rendido.

Navarro cogió el caballo de aquél, lo ató al árbol mas inmediato, subió encima del suyo, y seguidamente á la tapia donde se recostó y esperó. Desde alli observaba perfectamente lo que pasaba dentro, y fuera del jardin. La noche iba cada vez siendo menos oscura, pues si bien algunas nubecillas solian encapotarla, estas desaparecieron por fin.

Sentados en un banco de piedra nuestros dos enamorados, volvian las espaldas al Capitan, lo cual facilitaba á éste ver y oir sin que ellos lo notasen. Galante y tierno él, y enamorada y dulce ella, se estrechaban las manos con cariñosa ansiedad, y se multiplicaban las protestas de amor y los juramentos de fidelidad.

Largo rato los escuchó Navarro, fijando en sus palabras y movimientos toda su atencion, esclamando despues de tan prolijo exámen.

—¡Qué felices son! Es el primer amor que sienten. ¡Qué pu-

reza, qué desinterés, qué frenesí! ¡Oh, dichosas tórtolas, qué lejos está mi gangrenado corazón de parecerse al vuestro! En el mio desengaños y falacias, en el vuestro inocencia é ilusiones; verdad es que yo he tropezado siempre con tanta... Callemos el nombre por respeto á la virgen que tengo delante. Si al principio de mi vida hubiera hallado una como esta!...

Así reflexionaba el Capitan al contemplar la belleza angelical de Maria, y no debe estrañarnos que pensase de tal modo, pues ya sabemos que no fue nunca muy afortunado en su carrera amorosa.

Continuaban los enamorados dándose mil inocentes pruebas de cariño, y Navarro meditando, cuando le pareció á este escuchar un lejano ruido. Saltó al suelo y fijó el oido en tierra. — Sí, exclamó, son caballos; han quedado parados, y ahora se oye á uno solo que se acerca hácia aqui. Oigámos... cada vez se aproxima mas, y viene á escape... Pasa por enfrente de nosotros... á ver... ¡oh, es un Capitan!... se pierde entre los árboles: sigamos... Dá la vuelta al palacio y para... ¿Si entrará? Relincha su potro; eso es que conoce las cuadras. Voto al demonio, añadió levantándose, ¿irá á ver á la madre ó á la hija? La niña parece un portento de pureza, pero... quién sabe, puede que sea un simple amigo ó pariente.

Volvió á subir á la tapia y cuando acababa de verificarlo, oyó tocar fuertemente una campana del palacio, y vió á la jóven que se alejaba presurosa. Alberto trepó al árbol y se halló con su amigo que le esperaba sentado en el caballete.

—¿Por qué huye Maria? le preguntó Navarro secamente.

—Lo ignoro, Capitan; el oír ese sonido se ha estremecido, me ha dado á besar su mano, y ha escapado diciendo:

—Me llaman, salid de aquí no os reconozca algun criado.

—¿Y vos no sospechais nada?

—No, es un ángel!

—¿Y si yo os dijese que se fue porque en su casa habia entrado un caballero, qué diriais?

—Seguiria creyendo en sus palabras y en su amor.

—¿Por qué sois tan desconfiado de los hombres y tan crédulo con las mujeres?

—Es que esta es una escepcion.

—¡Ah! pues ese ángel está en este momento hablando con un diablo; esto es, con un capitán del ejército.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo he visto pasar por ahí delante, ha entrado en el palacio, y se ha dejado á ochocientos pasos una numerosa escolta.

—¿Estais seguro?

—Yo lo creo, voto al demonio!..

—Pues montemos á caballo.

—¿Qué pensais hacer?

—Obligar á ese capitán á que me diga todo lo que yo necesito saber.

—¿Y si se obstina en callar?

—¡Entonces!.. ya podeis figuraros lo que haré con él.

—O que hable ó que se quede sin lengua, ¿no es eso?

—O sin vida.

—Lo mismo dá.

—A caballo.

—Montemos.

—Elegid el sitio donde debo esperarle.

—Un poco mas adelante, mas aun; esto es; aqui le aguardaremos; él pasará á buscar los suyos, y nos hallará frente á frente sin temor de que su escolta ni los del palacio se aperciban de nada.

—El lance es solo mio, Navarro.

—Se entiende; yo estaré á veinte pasos viendo la funcion.

¿Traeis cota de malla debajo de la trusa?

—Sí.

—Entonces no hay cuidado.

—Estad tranquilo.

—Si no os obliga, no le mateis; al fin es un compañero nuestro.

—Es verdad; pero si se obstina!

—¡Ya! y vos que no sabéis herir!

Una hora continuaron esperando todavía nuestros guerreros.

Al cabo de este tiempo les pareció oír el ruido de unas pisadas que se acercaban, y al poco tiempo vieron efectivamente que un capitán se dirigía hácia allí á todo escape. Navarro se retiró cubriéndose bien entre los árboles, y Alberto quedó en medio del sendero por donde precisamente tenia que pasar. Un minuto después ambos se hallaban á diez pasos.

—¡Atrás! esclamó el recién venido.

—¡Alto! le contestó el Conde.

—¡Paso! replicó con imperio el otro; y siguió hasta chocar con la cabeza del caballo de Alberto. Allí tuvo que detener su carrera, y con chispeante mirada clavó los ojos en el Conde, que á su vez se la devolvió con toda la ira que suelen engendrar los celos.

El que acaba de llegar era un jóven de la edad de Silva poco mas ó menos, blanco y rubio como él, de altivo continente y de una osadía sin límites. Su postura y ademanes eran los de un guerrero educado en la córte, perteneciente á una familia distinguida. Cuando ambos se hubieron reconocido de la manera que hemos dicho, echó mano á la espada el militar y dijo á su contrario:

—Dejadme pasar ú os atravieso el corazón.

—Es imposible lo primero y muy difícil lo segundo; notad que ciño espada y que soy caballero.

Estas palabras fueron pronunciadas con una sangre fría y aplomo que desconcertaron por un momento al jóven capitán. Calmose un tanto, y replicó:

—Si sois hidalgo desenvainad el acero y acabemos de una vez. Voto al infierno!

—Antes que tal suceda, es preciso que medien algunas esplicaciones entre nosotros.

—¿Me conocéis acaso?

—No.

—¿Por qué me estorbais el paso?

—Porque deseo hablaros.

—¿Con qué derecho?

—Ya lo sabreis despues.

—Ahora mismo.

—No.

—Pues en guardia.

—Sois un temerario y os va á costar la vida esa audacia.

—¡Qué importa! la jugaré por la vuestra.

—¿Y no os parece impropio, que un hombre honrado con esa banda, puesta acaso por nuestro sábio Emperador sea tan irreflexivo, loco y tenaz?

Estas frases de Alberto ruborizaron á su contrario, que envainó la espada, y contestó.

—Hablemos pues, ya que tanto empeño mostrais.

—Echemos pié á tierra.

Así, lo hicieron, y ambos se aproximaron hasta rozarse los vestidos. El Conde era algo mas alto y esbelto que su enemigo, en todo lo demas se parecian bastante. El recién llegado estaba admirado de la serenidad de Silva, y de la dulzura de su voz, que no perdía jamás su armonioso timbre; este á su vez veía en el jóven capitán un enemigo temible.

—Dispensadme, dijo Alberto, la molestia que os estoy causando, mas tengo una imperiosa necesidad de saber qué objeto os ha llevado á ése palacio de donde acabais de salir.

—Vuestra pregunta es algo imprudente, caballero.

—Será lo que gustéis; pero es preciso que me contestéis, si es que anhelaís como yo, evitar el lance que con loco empeño provocais.

—No os puedo decir nada, y os aseguro que lo siento.

—Voy á daros el último ejemplo de prudencia. Amo á María: si sois mi rival, luchemos; si no, hablad.

—¡Sois amado de María! replicó el capitán asombrado, y añadió: ¡Oh! solo el secreto de que ella existe, costará la vida á quien lo posea y pueda publicarlo sin mi permiso!

—No me habeis contestado á mi pregunta y he sido noble y franco con vos.

—Me resta mataros únicamente; ¿lo entendeis bien, ó tendré que decíroslo de otra manera?

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¡Pues preparaos á morir!

—¡En guardia!

Cruzaron las espadas y comenzó la lucha. El desconocido tiró tres estocadas seguidas á Alberto, las que este paró sin descomponerse un ápice; continuó así, y viendo la sangre fría de su contrario, hizo uso del siguiente ardiz: corrió el acero intentando un desarme, y á la vez dirigió la punta al costado del Conde, con tanta rapidez, que rozó los vestidos de su enemigo, el cual sin su gran serenidad, hubiera sido muerto; pero al hacer este hábil juego, tuvo necesariamente que descubrirse un poco y entonces la espada de Silva fué derecha á su corazón, con tal prontitud, que se tuvo que echar atras parando el golpe con su brazo izquierdo, en el cual recibió la herida dirigida á su pecho. Furioso al ver correr su sangre, quiso arrollar á su contrario envolviéndolo en un millon de tajos y estocadas; pero Alberto no se movió, manteniéndose á la defensiva: conoció á su antagonista y comprendia que solo podría vencerlo esperando con calma la ocasion. Cada vez mas ciego de ira, se valió este de mil recursos todos hábiles, ingeniosos, siendo uno el de desarmarlo, el cual empleó de un modo prodigioso, pero sin resultado favorable. Siguió la lucha diez minutos mas, tiempo que creyó necesario el Conde para hallar una ocasion favorable ó para rendir á su enemigo; no habiendo hallado la primera, y fastidiado de esperar, exclamó:

—¡Acabemos! y se lanzó sobre su ya fatigado rival, le hizo retroceder tres pasos, acometiéndole con tal brio, que apenas podia el otro resistirlo: mas no hallando medio de atravesar su corazón, corrió la espada, dió el golpe y saltó á veinte pasos el acero de su contrario; este sacó la daga y quiso arrojarla sobre Alberto, el cual lo detuvo diciéndole:

—Ved, que no teneis defensa.

—Es verdad, contestó envainando su daga y limpiándose los

ojos; ¡me habeis rendido, ira de Dios! á mí, que me creian invencible!

—Y bien, ¿estais convencido ya de que no podreis matarme?

—Será muy difeíl, pero deseo intentarlo aun.

—¿Preferis eso á contestar á mi pregunta?

—Sí.

—Pues bien, idos á curar esa herida y mañana os espero en este mismo sitio.

Reflexionó largo rato el desconocido, y por último replicó:

—¿Tendriais la bondad de decirme vuestro nombre? El mio es Cárlos.

—¡Cárlos! repitió Silva sorprendido, y añadió: ¿y el apellido?

—Ya lo sabreis.

—Pues yo me llamo Alberto; y soy Conde.

—Y Capitan.

—No, esta banda y este sombrero son un disfraz.

—¿Y vuestro apellido?

—¿Y el vuestro?

—Teneis razon. Esperadme en vuestra casa; ya os avisaré el dia que quiera contestaros ó volverme á batir.

—Con una condicion.

—Decidla.

—Que no vereis á Maria interin no concluya este duelo.

—Ni vos tampoco.

—Ni yo.

—Lo juro.

—Lo juro. Tomad vuestra espada.

—Gracias y que el cielo os guarde.

—Que no me hagais esperar mucho.

—Os lo aseguro.

Sin reparar que su herida iba vertiendo sangre, huyó de allí el militar: Navarro se incorporó á Alberto y ambos aguardaron á que el Capitan se uniera á los suyos y partieran. Despues se dirigieron ambos á Madrid. El primero que habló fue el Conde que preguntó á su compañero:

—Y bien, amigo mio, ¿qué os ha parecido?

—¡Ira de Dios qué rato he pasado tan cruel!

—¿Y por qué?

—Porque ese jóven tira de una manera desusada, con una maestria incomparable.

—Mejor, no me gusta batirme con quien tiene menos valor ó habilidad.

—Al principio, cuando ví que corrió su espada buscando el desarme, temblé como una mujer; ¡oh lo hizo con una rapidez é inteligencia que me asustaron! Pero luego gocé; sí, porque habeis estado magnífico; ¡qué sangre fria! qué golpe de vista! qué serenidad! Lloré de placer cuando os quitasteis una estocada y diez y ciento y le arremetísteis como un leon, le hicisteis retroceder y le arrancásteis el arma! En aquellos momentos abrasaba vuestra mirada y lanzaba chispas el acero que tenia vuestra mano. Pareciais el ángel de la guerra queriendo devorar al Universo.

—Muchas gracias. Volviendo al capitan Cárlos, ¿creeis que me citará?

—¡Quién lo duda!

—Si, un hombre de su temple jamás se acobarda; además sabemos dónde para.

—¿Le conoceis?

—No, pero sé que pertenece á la córte del Emperador.

—Ya sospechaba yo que seria flamenco; ¡oh! un flamenco con valor español.

—Es verdad.

—Durante la lucha, debisteis ser herido.

—Estuvo en lo posible, maneja la espada de un modo prodigioso.

—Es el hombre que mejor he visto tirar; parece increíble siendo tan jóven.

—Eso no; habrá tenido buenos maestros, y aprendió en poco tiempo mas que saben los mismos que le han enseñado.

—Lo cual no le ha librado de ser vencido.

—Sí,... mi sangre fria, como vos decís.

—Que no hay palabras con que elogiarla... Si yo la tuviera!...

—En vuestra mano está.

—Pues la tendré, os lo aseguro.

Hablando así, llegaron á casa del General, se apearon de los caballos y subieron. El dueño de la casa los esperaba para cenar. Alberto comia poco, pero esta noche apenas probaba nada. Ardía en su pecho el volcan de los celos y aunque creia en la virtud de su bella, le hacia padecer la memoria de su rival. Navarro, que hasta entonces habia tenido la prudencia de no hablar de eso á su jóven amigo, comprendió lo que sufría é hizo por distraerlo hasta que lo consiguió; pues á pesar de todo, no se tenia una prueba evidente de que Cárlos fuese amante de Maria.

Poco á poco se animó la reunion y el Conde se tranquilizó en lo posible.

—Estoy deseando, exclamó Navarro, que llegue el dia de mañana para poder contemplar á nuestro jóven y valiente soberano. Dicen que tiene gallarda figura y régio semblante.

—¡Oh! añadió Quirós, y es hombre de un talento privilegiado.

Mas de dos horas pasaron en agradable conversacion los tres amigos. Al concluir y cuando se iba á retirar el Capitan, entró un paje y dijo al anciano:

—Un oficial del Emperador acaba de traer este pliego y me ha mandado entregároslo con urgencia.

—¿Espera contestación?

—No señor, partió al momento.

—Está bien.

El niño salió y su amo comenzó á leer: Alberto y Navarro miraron al veterano y quedaron sorprendidos al notar la admiracion de éste.

—¿Qué ocurrirá? Debe ser cosa grave, exclamó el General, cuando hubo acabado.

—Si no es un secreto, replicó el comunero, hacednos el favor de enseñarnos ese escrito, y sepamos...

—No, oid pues y juzguemos.

«Mi querido Quirós: sois el militar mas antiguo del imperio en la dignidad que teneis y uno de mis mas valientes y fieles servidores; vuestra edad os pone al abrigo de toda pasion bastarda, y esto unido á que solo debeis vuestros ascensos al valor, talento y honradez os habeis hecho digno de que os llame á la córte y de que seais en adelante mi mas leal consejero.

«Venid al momento, pues debemos ocuparnos con urgencia de un asunto, en el que tiene el mayor interés, vuestro afectísimo.»

CARLOS.

—¡Magnífico Emperador! exclamó Navarro lleno de júbilo; os hace justicia y al elegiros para su amigo y secretario da la mas solemne prueba de su gran talento y discrecion. Voto al demonio, ese es un Monarca! solo tiene en cuenta la honradez y merecimiento.

—Es verdad, dijo Alberto con placer.

—Señores, me haceis mucho favor; pero eso no me esplica la causa de hallarse tan pronto en Madrid el César y de la urgencia con que me llama.

—Y qué importa; ya sois su consejero, lo demás ya lo sabremos. Ocurra lo que quiera estamos nosotros y un ejército sediento de gloria.

—Es cierto; marchó pues al alcázar. Acostaos, Conde, y vos Capitan; ya os llamaré si hubiera necesidad de vosotros.

—Si teneis ocasion, no olvidad la recomendacion de Alberto; procurad si es posible que me lo lleve á mi compañía.

—Ni de él ni de vos; se todo lo que valen vuestras espadas y procuraré que el soberano os haga justicia.

—Partió el General, Navarro se fué á preparar á su gente por si se queria hacer uso de ella, y Silva despues de discurrir largamente sobre los acontecimientos del día, determinó escribir á su amada, ya que no le era posible verla, ínterin no acabara la cuestion que tenia pendiente con el capitan. Cojió la pluma y cuando empezaba la carta, entró en su despacho un oficial y en nombre de Emperador le mandó seguirlo. El jóven obedeció sin replicar: al



llegar á la calle le rodearon veinte soldados y en medio de ellos fué conducido al alcázar. Pero dejemos á este y volviendo atrás separamos la causa que llevó al general Quirós á palacio.

Se hizo anunciar el anciano jefe y al momento que oyeron su nombre le introdujeron en la cámara del soberano. Se hallaba éste sentado en un sillón, algo encendido su rostro y sostenido el brazo izquierdo con un pañuelo negro. Al entrar el General se levantó y le abrió el brazo derecho, único que tenía útil, en vez de alargarle la mano que quería besarle de rodillas el anciano.

—Alzad, amigo mio, le dijo; estrechadme como á un hijo; sois el militar mas valiente y mas antiguo de España; en vos reflejan las glorias de mis abuelos, de mis padres y dan principio las mias.

—Gracias, noble señor, la honra que acaba de hacerme V. M. no es digna de este pobre viejo... ¡Señor, está herido V. M.? exclamó lleno de sorpresa.

—Sí, contestó el Monarca bajando la cabeza y exhalando un suspiro.

—¿Y quién ha sido el temerario que se atrevió?...

—No lo conozco, y para eso os llamo...

—Han tendido á V. M. alguna emboscada? ha sido víctima de horrible traicion?

—No, en igual combate con un jóven de mi edad ó menos aun.

—¡Señor, parece increíble!

—¡Oh! yo tambien pensé que era difícil herir á Carlos I. Ya ves que todos nos hemos equivocado.

—¿Es grave la lesion?

—Es de consideracion, pero no peligra mi existencia.

—¡Terrible lance, señor!

—¡Ay! si; he visto diez veces la punta de una espada dirigirse á mi corazon, y sin fuerzas para seguir la lucha me quitaba tan hábiles y certeros golpes por casualidad. Dios veló por mí en aquellos supremos instantes en que mas valiera haber muerto!

—¿Cómo así, gran Señor?

—A tí te lo contaré, porque tú me comprendes; tú no me dirás

lo que ese cobarde Adriano, para quien todo debe ser cabeza y nada corazón; como él no lo tiene! Oye: despues de intentar veinte veces matar á mi contrario, me acometió él, me tiró cinco estocadas, me hirió y fastidiado de no haberme muerto, me arrancó la espada y me perdonó la vida!... A mí, que he desarmado siempre á los primeros tiradores del mundo, á los mas valientes de la tierra!

—Eso, señor, en nada amengua nuestro valor ni vuestro talento... ¿Quién no habrá sido vencido una vez en su vida?

—¿Tú tambien lo fuiste?

—Y hasta el gran Gonzalo de Córdoba. No hay nada que no esté sujeto á la suerte, y esta suele sernos algunas veces adversa. Aprovechad la leccion y sed generoso con vuestro contrario...

—Sí... Pero aquí llega el Cardenal que ya debe saber quién es mi rival.

Entró Adriano y despues de saludar respetuosamente, se dirigió al Emperador:

—Señor, le dijo; los médicos os han encargado reposo; os debéis á Dios y á vuestro pueblo, idos á descansar que yo me encargaré de castigar al temerario que osó tocar á su soberano. No olvidad que estais herido y que teneis calentura.

—¿Habeis hallado al que vos llamais temerario?

—Señor, yo...

—Contestad, replicó Cárlos con imperio.

—Sí.

—¿Dónde está?

—En el cuerpo de guardia; pero va á ser conducido en este instante á las prisiones, luego sentenciado y mañana ahorcado.

—Ira de Dios, Cardenal, que esta noche estais insufrible. Haced que venga aquí ese valiente y no volved hasta que os mande llamar.

—Pero, señor...

—No abuses de tu posicion ni del cariño que te tengo, sal y no me obligues á repetir la orden.

—¡Al fin militares! Murmuró Adriano en buen aleman, saliendo de la estancia.

—Este pobre viejo me ha criado y abusa un poco de mi paciencia; su buen deseo, no obstante, le disculpa. Tiene talento, mas para tratar de asuntos de guerra no sirve la gente de faldas. ¿No es cierto, General?

—Sí, señor.

—Ahora prestad atención á la escena que va á tener lugar y si estuviese injusto advertídmelo, para eso os he llamado.

—Lo haré así.

Concluidas estas palabras, se oyó el ruido de varias pisadas y al poco tiempo aparecieron dos guardias y en medio Alberto, sin espada y como un reo. La puerta de la estancia donde se hallaban el Emperador y el General estaba abierta y enfrente habia un gran salon por el que vinieron los soldados; así es, que cuarenta pasos antes de llegar, pudo reconocer el anciano jefe, que el enemigo del soberano era su pupilo y que éste entraba preso.

—Señor, esclamó el viejo consejero, levantándose y sin poderse contener; es el héroe Silva.

—¿Le conocéis?

—¡Es mi protegido, mi ahijado!

—Sentaos y disimulad.

En este momento se presentaron los guardias y quedaron parados á la puerta. El Conde estaba tranquilo, pálido como siempre y altanero como nunca.

Mandó el Emperador avanzar al capitán que venia detras, y cuando hubo entrado le dijo:

—Retiraos y decid que ha cometido una insigne torpeza el que mandó prender á este caballero, ¿lo ois bien? haced esta declaración delante de todos los que tengan conocimiento del hecho. Añadid, que fué llamado por su soberano y nada mas.

—Marchó el capitán y los soldados, y entonces Alberto avanzó hasta Carlos, se arrodilló y le besó la mano.

—¿Cómo os llamais caballero? le preguntó el Emperador.

—Alberto de Silva, conde de Santomera.

—¿Qué familia teneis?

—Ninguna, soy huérfano.

—¿Qué compromisos habeis adquirido en la sociedad?

—Los que impone la hidalguía en todo buen caballero.

—Esplicaos.

—El cumplimiento de todos mis deberes como hombre, como noble y como súbdito de mi rey.

—¿En qué concepto teneis al último? Sed franco.

—Lo seré. Creo que es muy digno del alto puesto que Dios le ha encomendado, no solo por su valor, sino tambien por su talento y justicia.

—¿Le quereis mucho?

—Lo amo como padre, le respeto como soberano.

—Sentaos, caballero.

—¡ Señor!...

—Os lo mando.

—General, hace ya tiempo que me molesta veros de pié.

—Gracias señor, contestaron ambos y obedecieron,

—Decid, conde de Santomera, ¿qué os ha pasado esta noche?

Alberto reflexionó y sin inmutarse replicó:

—Señor, adoro á una mujer pura, hermosa é inocente, como se ama la vida; mas todavia, como á un ángel del cual se recibe la felicidad. Al llegar aquí se detuvo, volvió á meditar y continuó:

—Esta noche, señor, tuve celos; un capitán del ejército, entró en su casa, le pedí las esplicaciones convenientes y rehusó dárme las; era muy valiente; me provocó, en vez de contestar á mis palabras, luchamos y lo herí.

Calló Alberto, el General tembló, y el Monarca se puso pálido.

—Seguid, caballero.

—He concluido, Señor.

—¿Qué fue del capitán?

—Murio.

—¿Estais seguro? preguntó el Emperador admirando su delicadeza y talento.

—Lo estoy, contestó el Conde, recibiendo una mirada paternal del General.

—¿Ya no teneis celos?

—Murió el capitán, señor, pero quedan aun muchos hombres ricos y poderosos; y yo soy pobre.

—¿No sois Conde?

—Solo poseo el título y esta espada.

—Y mi proteccion.

—¡Oh! entonces soy más dichoso que un duque.

—¿La aceptais?

—Todo lo que me dé ó me quite mi soberano lo admito gustoso.

—Muy bien, esta noche habeis vencido á un capitán que vos llamais valiente.

—Lo es, señor... lo era mejor dicho.

—Sí, lo era! y aunque me ha causado gran pesar, os perdono.

¿Qué decis, General?

—Señor, que sois tan buen Monarca como cumplido caballero. Y ahora que conozco á la persona que hirió al capitán no me estraña el que asi hubiera sucedido.

—Explicaos.

—Alberto de Silva es un héroe; se ha batido con diez hombres á la vez y los ha vencido, eran todos valientes; se ha metido en medio de bastantes guerreros durante una accion, ha dejado dos filas de muertos en su carrera y ha salido ileso. Señor, el capitán á quien ha desarmado esta noche tiene mucho que agradecerle á la suerte, el Conde solo posee su acero y valor; los dos son intrépidos, pero este se halla dotado de una sangre fria y golpe de vista superiores á toda descripcion, Dios es justo.

—Y yo le imitaré siéndolo en la tierra. ¡Hola! gritó, y saliendo un paje le dijo:—Al Cardenal que traiga estendido un nombramiento de capitán, una banda y mi espada.

Al poco rato entró Adriano y preguntó: ¿A qué nombre, señor?

—Alberto de Silva, conde de Santomera. ¿Está ya?

—Sí, señor.

—Márchate á descansar.

—¿No se acuesta V. M.?

—Sí, ahora mismo.

Salió el ministro, se levantaron los tres y acto continuo cogió el César la banda, se la puso al jóven y alargándole su acero le dijo.

—Llevad esta espada siempre, y cuando la saqueis en mi servicio acordaos que la arrancasteis de mis manos. Tomadla, y surcaron dos lágrimas por sus megillas.

Alberto enternecido de agradecimiento se echó á sus piés y le besó la mano cinco veces.

—Basta, señores, basta ya, necesito retirarme; venid mañana, General, y nos ocuparemos de la guerra; vos Conde, volved cuando queráis y hablaremos de María.

Salieron, y ya en la calle le dijo el anciano á su amigo.

—¿Nos iremos á dormir, capitán?

—No, á ver á Navarro y á los suyos.

—¿Creeis que nos esperarán?

—Sí, debemos participarles el acto que acaba de tener efecto.

—Vamos allá.

Hablando así llegaron al cuartel; el comunero y toda su gente estaban en pié y preparados como si esperasen marchar. Al entrar aquellos exclamó éste:

—¿No os lo decia yo? ved aquí á los portadores de la noticia. ¿A dónde vamos, señores, á Francia ó á Italia? Hablad pronto, voto al diablo, que ya es hora de que nuestras espadas salgan al aire.

—Por ahora, amigo mio, á ninguna parte, dijo Quirós, ni hay otra cosa de particular, sino que acaba de ser nombrado un capitán mas.

—Pues es bastante.

—Es que ha sido el nombramiento un acto de justicia y de sublime bondad del Emperador.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?

—Mucho.

—¡Cada vez os comprendo menos!

—¿A ver si adivináis quién es el agraciado?

—¡Qué se yo!

—Pues es un amigo vuestro.

—¿El teniente Ramirez?

—No.

—¿Acevedo?

—Tampoco. Es, Alberto de Silva, conde de Santomera.

—¡Bravo! exclamaron.

—Descubre, hijo mio, enséñales esa banda puesta por el mismo César.

—¡Por el Emperador! volvieron á exclamar todos, mirando al Conde, cuya hermosa frente inclinaba hácia el suelo lleno de modestia.

—Sí, y esa espada, continuó el General, que ceñia nuestro soberano, vedla ahora en su cinturón.

—¡Parece increíble!... repitieron muchos de ellos.

—¿Y por qué? contestó Navarro con orgullo. ¿No es el héroe de Monteagudo, el de Murcia y el del Valle, digno de ese galardón? ¿Habrá algun español ó extranjero que sepa honrarla mejor que él?

—No, ¡voto al demonio! exclamó Mendoza: Alberto es acreedor á los favores que ha recibido. Si alguno se atreve á ponerlo en duda, que mida su acero con él.

—Lo es, replicaron los comuneros.

—Gracias, señores, añadió el jóven; sea ó no digno de la banda y espada, tened entendido que esta no se desnudará para vosotros; jugad pues como mejor os parezca.

—Y bien, Alberto, dijo Navarro acercándosele; ¿me podeis explicar este problema?

—Sí, amigo mio, contestó el Conde muy quedo; el de esta noche, era Cárlos I de España. Guardad el secreto.

—¡Ira de Dios!

—¿Qué es eso? preguntaron.

—Nada, añadió el Capitan, que el Emperador podrá no ser el primer valiente del mundo, pero sí el mas caballero y justo de la tierra. ¡Viva nuestro Monarca!

—¡Vival! gritaron todos sin saber la causa.

—Señores, continuó aquel, sabed que Alberto de Silva solo mató en Murcia á valientes, pero en Madrid ha vencido á un héroe! Admirable y no me preguntéis mas porque seria inútil.

—¿Lo visteis vos? preguntó el General.

—Sí, estaba á pocos pasos de ellos, á pié y escondido tras de un árbol.

—Contad el hecho.

—Oidme: Tiraron de las espadas, se saludaron con la mayor cortesía, y ya en guardia comenzó el contrario á tirar estocadas: ¡qué golpes, santo Dios! Yo temblaba como una mujer, porque la punta de aquel acero estaba siempre dirigiéndose al pecho de mi hijo. Qué acierto, qué maestria, qué ligereza y qué intrepidez; pero Alberto, señores, con la vista fija en su enemigo, con su prodigiosa sangre fria, tris, tras, burlaba la habilidad de su rival, sin descubrirse un ápice, sin descomponerse, ni perder una línea de terreno. El enemigo, héroe tambien y diestro como pocos, viendo la firmeza de su antagonista, hace uso de toda su maestria y aparentando correrse á la garganta, gira á la derecha, redobla un hábil juego y dirige su espada al corazon del Conde, de una manera tan inusitada que cualquiera de nosotros hubiera sido muerto.

—¡Magnífico tirador! esclamaron.

—¡Oh, yo lo creo!

—¿Y Alberto?

—Paró el golpe, descompuso á su contrario acto contínuo y lo hirió.

—¡Bien! volvieron á gritar entusiasmados los oficiales. ¿Y luego?

—Despechado el otro, le acometió nueve veces seguidas, sin resultado alguno. Cansado Silva de esperar un momento favorable, esclama: Acabemos: y se lanza sobre su contendiente; éste retro-

cede acuchillado por todas partes, fatigado y rendido; y no queriendo ó no pudiendo matarlo, corre su espada y hace saltar la del otro á diez pasos de distancia.

—¡Magnífico combate! ¿y despues qué sucedió?

—El resto yo lo contaré, dijo Alberto. Cogi el acero de mi valiente enemigo y se lo dí; él queria todavia luchar, pero le hice ver que su herida no se lo permitia y accedió á mi ruego. Marchó pues á su casa y espiró á los pocos instantes.

—¡Cómo! dijo Navarro sorprendido.

—Muriéndose, querido padre. Era, señores, un capitan de la escolta del Emperador. Dios quiso que le venciese, se cumplió su voluntad, y hé ahí lo ocurrido. Sabedor el soberano de que yo habia tenido la suerte de matar á uno de sus mas intrépidos servidores, me ha honrado con el empleo de aquel. No soy digno de tan alto puesto; pero os juro por mi honor, que procuraré hacerme.

—Lo sois, lo sois.

—No, Capitan; para ceñiros vos esa banda, habreis tenido necesidad de sacrificar la mitad de vuestra existencia, vuestro valor y talento y parte de vuestra sangre.

—Es verdad, pero...

—No defendais una mala causa, Navarro; soy indigno de tal merced; la he aceptado porque no me es dable contrariar la voluntad del Monarca.

—Señor Conde, dijo D. Alvaro; en nombre de todos mis compañeros, os felicito, y declaro que el Emperador ha estado justo con vos, pues dificilmente habrá en sus Estados un hombre que sea mas digno de ostentar esa banda. ¿No es verdad, señores?

—Sí, contestaron.

—Pasado mañana celebraremos vuestro nombramiento, al que os convidamos, Alberto, el que debeis presidir, General.

—Aceptamos.

Se despidieron de los comuneros el jóven y el anciano y ya en casa preguntó el segundo al primero:

—¿Con que ha sido una mujer la causa de vuestro desafío?

—Sí, señor.

—¿Qué relaciones tiene con Carlos I?

—Lo ignoro.

—¿Qué vais á hacer?

—Seguir amándola y concluir, Dios sabe cómo.

—¿No tendreis valor para dejarla?

—No lo sé.

—¿Quereis obedecerme dándome á la vez la direccion de ese asunto?

—Sí.

—Pues bien, mañana lo terminaremos.

—¿Mañana?

—Sí; y á ser posible, vuestra será; si no, la abandonareis: en el primer caso, nada habreis perdido, en el segundo ireis á la guerra; allí la olvidareis cubriendo de gloria vuestro nombre.

—¡Oh! terrible seria lo último, pero me consuela el que pronto hallaria la muerte.

—¡Callad insensato! El suicidio es la debilidad; vos sois fuerte, teneis talento, confiad en mí y esperad.

—¿Decis que mañana?

—Sí; el Emperador no sale de Madrid, lo que quiere decir que no tiene efecto su entrada pública, como se habia anunciado. Al medio dia iré á verle, segun me previno; vos me acompañareis, os quedais en una antesala, y cuando haya despachado con él, y crea llegado el momento os haré entrar, y veremos de concluir este negocio. Ahora enteradme de todo lo que sepais respecto á vuestra adorada.

Al dia siguiente se levantaron muy contento el uno y triste y meditabundo el otro. Al poco rato llegó Navarro, cuyo rostro rebosaba placer. Al ver el semblante de su hijo adoptivo exclamó:

—¿Qué es eso, Alberto, tan melancólico siendo ya todo un capitan? Voto al diablo, si os entregan una compañía digna de vos ¡ay de los escuadrones que se os pongan delante! Vamos, ¿qué decis?

—Digo, querido padre, que me han dado una banda y me han arrebatado mi eterna felicidad.

—Pardiez, no os comprendo!

—Sí, he perdido á María.

—¿Y eso os entristece? la mas hermosa del ejército femenino que yo he tenido á mis órdenes, no vale... ¡Dios me perdone lo que iba á decir!

—Es que por lo visto vos solo habeis tratado mujeres, y María es un ángel.

—¿Y quién os ha asegurado que la teneis perdida? preguntó el General.

—Lo sospecho.

—Eso nada prueba.

—Yo abrigo la misma opinion que Alberto, entre un capitán y un Emperador, la niña...

—Sí, pero Carlos II...

—Es frágil como todos los hombres; ella es muy hermosa y...

—No hablemos mas de esto, señores, porque sin querer me estais destrozando el alma. ¿Es hora de ir á palacio, Quirós?

—Sí, vámonos y sepamos á qué atenernos.

—Navarro, dijo el Conde, venid á comer con nosotros; y saldremos á caballo juntos.

—Hasta luego; mas brío, señor capitán; esa banda necesita aire marcial; vuestra gravedad es propia de un rey, y todavía no lo sois. Y siguió mirando á su jóven amigo hasta que lo hubo perdido de vista; despues se marchó al cuartel murmurando estas palabras:

—El amor ahoga el talento; voto al demonio! estar triste porque le quitan la novia! mejor, si se pierde una, se buscan ciento, y continuó andando y tarareando esta coplilla:

La mujer, sin duda alguna,
es de hermosura portentosa,
mas una vale por una
y ciento valen por ciento.

El General y Alberto entraron en palacio y esperaron en la antecámara á que anunciasen al Emperador la llegada de su amigo y consejero.

Tres minutos despues pasó este, quedando el Conde aguardando sus órdenes.

Nuestro jóven viéndose solo, se sentó en un sillón, apoyó en la mano derecha su frente y comenzó á pensar en la suerte de su amada, en la suya propia y en los últimos acontecimientos. Largo rato permaneció así, cuando vino á distraerle un golpecito cariñoso, que le dieron en el hombro. Alzó la cabeza y vió delante al cardenal Adriano, primer Secretario de S. M. Se puso en pié, le saludó respetuosamente y aguardó á que el otro hablase.

—Anoche, le dijo, cometieron con vos una insigne torpeza, prendiéndos y metiéndos en el cuerpo de guardia; ya está por fortuna deshecha la equivocacion, y yo os felicito por ello, como tambien de veros ostentar esa banda, que no dudo honrareis cual se merece; sois muy jóven, pero segun mis noticias, no os falta valor ni bizarría.

—Gracias, señor, replicó Alberto secamente.

—Teneis un buen padrino en el General.

—Un amigo, querreis decir.

—Lo mismo da.

—Es muy diferente; el señor de Quirós no tiene ahijados que proteger; los que merecemos su cariño nos bastamos á sí propios. Tampoco él prohija otra cosa que la justicia; cuando pide algo bien se puede afirmar que se ha ganado.

El cardenal se mordió las uñas y arrugó la frente. Las frases del Conde no eran las de aquella turba de cortesanos, que solo sabian adular. Por otra parte, la figura del ministro y hasta sus palabras, no merecieron desde el primer instante las simpatías de Silva.

—Aquel continuó:

—Os aseguro que hareis poca suerte en la córte, si no aprendeis otro lenguaje.

—No espero favor ninguno aqui; únicamente descó justicia en el soberano cuando me halle en el campo de batalla venciendo á los enemigos de mi pais. En cuanto á lo demas seré siempre lo mismo; solo sé decir la verdad sin ambages ni rodeos.

—¿Y no os agradaria tener al lado del Emperador, quien velase por vos, quien le recordase vuestros méritos y servicios durante la guerra?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no anhele riquezas, sino gloria.

—¿Tampoco creeis aceptable mi amistad?

—Eso ya es otra cosa, la de un hombre de talento es deseada siempre.

—La mia es solo la de un ministro de Dios, pobre de entendimiento, pero rico en voluntad.

—La de vos es la de un ser profundo, sagaz y muy entendido.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Señor, yo no juzgo nunca por lo que me cuentan, sino por lo que veo.

—¡Oh! mirais eso en mí?

—Sí.

—Habeis variado de lenguaje.

—Os equivocais; esta es otra verdad como las anteriores.

Adriano se habia dirigido á Alberto con el objeto de ganarlo y hacer de él un instrumento; pero el buen Cardenal iba convenciéndose de que nuestro jóven Conde sabia por lo menos tanto como él, lo cual le tenia admirado y hasta perplejo. No obstante esto, siguió en su tema y le dijo:

—¿Quereis pues aceptar mi amistad?

—Si es tan noble, franca y desinteresada como la mia, segun lo creó, con mucho gusto.

—Soy, pues, vuestro amigo.

—En el momento en que yo esté convencido de ello, lo seré vuestro.

—Dudais acaso de la sinceridad de mis palabras.

—No, sino de que haya muchos hombres capaces de comprender la verdadera amistad.

—Es cierto, añadió el ministro, volviéndose á morder las uñas, y continuó: si hay ocasion os daré pruebas de la mia.

—Me ofrezco á lo mismo.

—Decidme, ¿estais aguardando al General?

—Sí, señor.

—Debe tardar, pues lo he dejado con el Emperador tratando asuntos graves.

—No importa, aquí me hallo bien.

—¿Deseais hablar con el Monarca?

—No he pensado en eso.

—¿Pero lo esperais?

—No sé.

—Sois conmigo poco esplicito.

—No lo creais.

—¡ Ah ! ¿ con qué conoceis á María?

—¿ Por qué me lo preguntais?

—Porque me consta y queria probar vuestra franqueza.

—Soy siempre ingenuo ó no digo nada.

—Quedamos en que la conoceis.

—Vos lo decís.

—Y que la amais.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es así.

—Como vos querais.

—Y en que ella os corresponde.

Al oir esta última frase comprendió Alberto la necesidad de luchar con un hombre hábil, que podia muy bien perderlo, y soltó una carcajada que descompuso al viejo cortesano.

—¿ De qué os reis? le preguntó.

—De vuestras suposiciones y... permitidme que os lo diga, de vuestra astucia.

—¿ Y eso os inspira risa?

—Como que pareceis un doctriño.

Otra vez volvió á morderse Adriano.

—Jóven, os he ofrecido mi amistad, y veo que quereis lo contrario.

—Lo mismo me da.

—Está bien... Quedad con Dios,

—El os proteja, señor Cardenal.

—Este no es un niño, dijo al marcharse; es un valiente con mucho talento. Un terrible enemigo, con quien voy á tener que luchar.

El Conde, decia á la vez para sí: Aquí hay algo que yo no veo, pero pronto lo averiguaré, señor secretario, y aunque sois astuto no esperéis por eso vencerme. Y se arrellanó otra vez en el sillón y continuó sus meditaciones.

Trascurrió una hora, salió por fin un paje y le anunció que el Emperador le esperaba. Entró en el régio despacho, beso la mano á su señor, y despues de enterarse del estado de su salud, quedó esperando á que le preguntasen.

—Seais bienvenido, capitan, le dijo el César; os sienta muy bien esa banda, un hombre como vos la merecia.

—Gracias, señor, mi espada y mi vida son de V. M. I.

—Las acepto; pero sentaos.

—Señor, soy un individuo del ejército español y desearia permanecer en pié ante mi soberano, que es como debo estar; permitidmelo.

—Seguid, pues, pero tened entendido que habrá duque en mi corte, capaz de dar veinte pueblos porque le hiciese la merced que vos rehusais.

—Es verdad, pero como no soy acreedor á ella debo rogaros me concedais estar como debo delante de mi señor.

—Buen ahijado teneis, Quirós.

—Señor, Alberto de Silva merece vuestra estimacion.

—La tiene ya. Y puesto que por hoy hemos concluido, ocupémonos ahora de él y de María, segun lo deseais. Conde, sé por el General que adorais ciegamente á esa jóven.

—Es verdad.

—Me ha dicho tambien, que teneis celos de mí.

—¡Gran señor!...

—¡Ojalá y fueran fundados! ¡Ojalá y tuviera tiempo para poder enamorarme como vos!

—¿Señor, acaso?...

—Oid bien, Capitan: esa niña, fruto de un amor ilegítimo, es parienta mia. Al espirar su padre me la recomendó, dejando la suerte de la madre y de la hija á mi cuidado. Aunque entonces todavia no era yo Monarca, las amparé, juré defenderlas, protegerlas y darle á María un esposo digno de ella. Cuando vine á España últimamente, me las traje y las encerré en ese castillo á petición de la madre, con el objeto de que no viendo nadie á la hija pudiéramos darle un marido digno de ella, sin hallar resistencia de su parte; y olvidada la otra se oscureciese del todo el recuerdo de su debilidad. Nadie las ha visitado allí mas que el Cardenal, y yo como un simple particular. La bondad de las dos, la resignacion con que soportan su duro cautiverio y el cariño que las profeso, me decidieron á sacarlas pronto de tan ignorado retiro, para lo cual he elegido ya el esposo de María, y tiene mi palabra. Ella no sabe nada, pero Clotilde se ha encargado de participarla su próxima union. El futuro esposo es el duque de San Marcos, sobrino del cardenal Adriano, y uno de los mas ricos y poderosos dignatarios de mi corte.

Hizo una pausa el Emperador; Alberto exhaló un débil suspiro, y continuó Cárlos I.

—Me ha dicho el General, que ella os ama; por mi parte tendria un placer en darla gusto, tratándose de un hombre como vos, que llegareis á ser, si Dios os conserva la vida, uno de mis primeros campeones; pero no hallo, medió alguno, á no ser faltando á mi palabra, y eso ya veis que es imposible; ni lo quereis tampoco vos, siendo tan amante de vuestro Soberano.

Calló éste, y Alberto inclinó la frente, meditó algunos minutos, durante los cuales lo contemplaron con interés su señor y su amigo, al cabo de este tiempo alzó la cabeza y se dirigió al Emperador. Su mirada antes triste é incierta era en este instan-

te ardiente, fija y dominadora. Su semblante altivo siempre, pero poco há lánguido y pesaroso, ahora estaba demostrando energía, valor, placer y hasta heroísmo. Se conocía que había adoptado una resolución sublime, salvadora del conflicto en que se hallaba.

—Gran señor, dijo por último; el hacer la felicidad de María ofrece dos dificultades: la una la ha relatado V. M., que es su palabra empeñada, y la otra es la necesidad que teneis de sacar pronto de su destierro á dos señoras, y yo no puedo pedir os su mano interin no sea digno de ella. Del compromiso de vuestra palabra yo os libraré; lo demas es cuestión de tiempo; concededme un año, mandadme á la guerra, y antes de ese plazo os juro que sereis dueño de Fuenterrabia; de ese pueblo español que os ha arrebatado Francisco I, y está siendo un padron de ignominia. Cuando vuelva habré además arrollado dos veces el estandarte francés y conquistado lo menos diez villas de ese Rey tan audaz y valiente.

El Emperador, fascinado por la mirada de Alberto, lo contempló y vió claramente al héroe, al mejor esposo de María. Se dirigió luego al anciano General y le preguntó: ¿Que hariais vos en mi lugar?

—Señor, á quien tuviese el valor de hacerme tal proposicion, se la admitiria y le cumpliria mi palabra, si acertase á llevar á cabo su temeraria oferta, ó le quitaria la vida en caso contrario. Esa es mi opinion respecto de un hombre cualquiera; tratándose de Alberto, os ruego que se lo concedais teniendo en cuenta que ha nacido Conde, que su talento supera á todo y que es mi único heredero. Mi fortuna, señor, como ya sabeis, asciende á bastante.

—Está bien, dijo el César. Si cumplís, cumpliré; si no os sentenciaré á muerte. Entiendo por faltar todo medio indigno de un caballero, y entre estos está el desafío, prohibido por las leyes, ó el reto en el palenque sin causa justificada.

—Así lo comprendo yo tambien.

—Pues os juro daros á María si lo conseguís.

—Gracias, lo haré ó quedaré en la demanda.

—Os prohibo entrar en su palacio hasta que os dé permiso. Esto no obstante, si vos hallais algun medio de verla y hablarla en otro sitio, estais en vuestro derecho, portándose como hidalgo.

—No entraré.

—El Cardenal sabe ya vuestro amor, teme que su sobrino sufra algun contratiempo, y me ha pedido hoy su mano. He podido escusarme en ese momento, pero en lo sucesivo.

—Dádsela, señor, es muy justo, puesto que se la habeis ofrecido. Decidle ademas, que ahora no podeis ocuparos de bodas, que mas adelante se casarán.

—¿Y si quiere que le fije dia? Notad que es muy exigente y que habiendo sido mi mejor amigo y maestro, y ahora mi primer secretario, debe tener consideraciones con quien se ha sacrificado por mí.

—Necesito solo quince dias para libraros de vuestra palabra. Tome V. M. diez y seis ó diez y siete y aun sobrará tiempo.

—Me agrada. Hablemos de otra cosa: segun me ha dicho el General, celebran mañana vuestros antiguos compañeros el nombramiento de capitán que os he conferido.

—Así es la verdad, señor.

—¡He oido que son muy bizarros!

—¡Oh! el valor de esos oficiales es prodigioso. Sus cuerpos son de hierro y sus manos de bronce. Luego tienen un jefe digno de mandarlos, y está dicho todo.

—¿Qué uso es el mejor que se puede hacer de ellos; dejarlos que obren por cuenta propia ó incorporarlos al ejército?

—Es igual, señor, porque se baten lo mismo solos que acompañados. Sin embargo, os rogaria les permitieseis descansar algo mas.

—Concedido. ¡Estará chistoso el banquete que os van á dar!

—Como todas sus reuniones; come cada uno por diez y vota por quince. Son, en fin, tan guerreros trinchando hombres como destrozando aves.

—¿Qué dicen de mí?

—Os hacen justicia, señor; hablan de vuestro valor, de vuestro talento y de vuestro acierto de una manera admirable; cualquiera de ellos daría cien vidas que tuviese por su soberano.

—¿En dónde es el banquete?

—En el cuartel.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—¿Quereis algo mas?

—Señor, vuestro permiso para retirarme.

—Partid ambos, y si mañana me hallais fuera de este sitio reconocedme con lo que represente mi disfraz.

Salieron y se dirigieron á su casa, donde ya les aguardaba Navarro, entretenido en averiguar qué vino era el mas añejo. Se sentaron y pidieron la comida. El comunero notó que su ahijado estaba radiante de alegría y que el anciano habia vuelto muy triste.

—Os hallo, dijo, muy pesaroso, General. Estais muy contento, Alberto.

—No os estrañe, Navarro, soy capitan y me casaré con María.

—¡Ah!

—No os sorprenda mi pesar, temo que el Conde no pueda cumplir lo que ha ofrecido, y le cueste la vida.

—¿Qué quiere hacer este niño, Quirós?

—Tomar á Fuenterrabía, vencer á los franceses lo menos dos veces y quitarles diez pueblos. Esta es la primera parte, para lo cual pide un año. En cuanto á la segunda, trata de conseguir que el Emperador no falte á una palabra empeñada, evitando el que esta se cumpla.

—Explicadme eso último.

—El soberano tiene prometida la mano de Maria al duque de San Marcos...

—Comprendo, y no es motivo ese para estar pensativo. Oid; en un mes se toma Fuenterrabía; en otro se dan dos acciones y se

ganan, y en ocho se conquistan diez pueblos franceses. En cuanto al duque, se le mata en cinco minutos, y ya teneis el negocio concluido. ¿Supongo, Alberto, que contareis conmigo?

—Y con toda vuestra compañía.

—Pues entonces alegraos, General.

—¿Y cómo va á batirse con San Marcos?

—Desafiándole.

—Es que el duelo está prohibido por las leyes y no puede salirse del círculo que estas le trazan.

—¡Ah!

—Eso no importa, se apresuró á decir el Conde; le retaré á muerte en el palenque, segun disponen las ordenanzas de Castilla.

—¿Y qué motivo vais á alegar, que el tribunal no lo deseche?

—¡Uno tan poderoso, que os ha de causar espanto! añadió el jóven con acento terrible.

—¿Teneis pruebas?

—Sí, señor.

—¡Oh! ya no cuestiono, ganareis!

—Venceremos, General, venceremos, dijo Navarro con júbilo.

—Pues daos prisa, que el tiempo corre...

—Lo tenemos sobrado; el Capitan ha desperdiciado muchos dias.

—Sí, he tirado de largo; pero en llegando el momento...

—Entonces aprovechareis los segundos, ya lo sé.

Concluyó la comida, cruzaron algunas palabras, y despues de convenir en que á la mañana siguiente daría Alberto principio á su temeraria empresa, se marchó el anciano á palacio, y los dos capitanes se dispusieron á salir, como efectivamente lo verificaron al poco rato. El Conde iba en extremo gozoso; su traje, la hermosa banda encarnada, su chambergo con pluma amarilla y la espada del Emperador, contribuian á adornar su esbelto talle y su rostro descolorido, pero siempre hermoso y altivo. Cuantos militares hallaban, quedaban parados mirando al

jóven ostentar las insignias guerreras, admirando su briosa postura y erguido continente. Navarro notaba esto y gozaba viendo los efectos de su obra. Salieron por fin de Madrid, y tomando el mismo camino que dos dias antes, continuaron andando hasta que oscureció completamente; se hallaban á dos leguas del valle: se dirigieron á este, llegaron á la tapia del jardin, subió Alberto, y despues de encargar á su compañero que atase los caballos y le esperase paseando, trepó él por el árbol y descendió al interior, acto continuo fué al banco de piedra y se sentó. Diez minutos esperó; al cabo de este tiempo oyó un roce suave, volvió la cabeza y vió á María vestida de blanco y seductora como siempre. Se miraron los enamorados, temblaron y en ambos asomó un subido carmin. El Conde esta noche lucia su mejor traje; la bella llevaba un rico vestido de encaje, y el pelo hecho trenzas sujetas con un hermoso adorno salpicado de perlas.

Al fin cayó aquel á sus piés esclamando:

—¡Yo te amo! y le llenó de besos la mano que ella le alargó.

—¿Oh! añadió; creia no poder veros esta noche y me ahogaba de pena.

—Tambien yo lo pensé y temí que me hubiéseis olvidado.

—Solo la tumba podria borrar de mi memoria la imágen de mi adorada María.

—¿Me amais mucho?

—¡Que si os amo!... ¡Ah! no tiene límites mi pasion; únicamente Dios puede comprender su grandeza. ¿Y vos?

—¡Yo! vana pregunta; antes de trataros ya os amaba.

—Esplicaos.

—Cuando oí hablar al cardenal Adriano de vuestro valor y hechos heróicos, os veia sin conoceros y soñaba con vos. ¡Rara casualidad! tal como sois os habia adivinado; la misma estatura, ese rostro descolorido, esa mirada altiva, esa frente pálida, ese conjunto, en fin, digno de una corona.

—Gracias, María; pero notad que me estais adulando.

—No, os digo la verdad, y poco me importa que no lo fuese para los demás siéndolo para mí.



C. Mugica dib.^o y lit.^o

Lit. de J. Doron, Madrid

Al fin cayó à sus pies de rodillas exclamando ¡Yo te amo!



- ¿Sois feliz como mi amor?
- Sí, y sería mas dichosa si no creyera perderlo.
- Eso es imposible.
- ¡Mucho lo temo!
- ¿Qué?
- ¡Vuestro excesivo valor os costará la vida!
- ¡Pobre niña, no comprende lo imposible de herir á un hombre tan enamorado como yo!
- ¿Es acaso el amor un escudo que os puede librar de los golpes de vuestros enemigos?
- No, ángel de mi vida, es un talisman que hace heróicos los esfuerzos y ayuda á vencer las dificultades. Mirad, hace cuatro dias era un simple particular que me hubiera tenido por feliz siendo alferez; hoy, ya lo veis, ciño la banda de capitan y aspiro á tener muy pronto el baston de General.
- ¿Sois capitan?
- Sí, María.
- ¿Cómo habeis ganado esa banda?
- Venciendo al primer valiente de España.
- ¿Donde?
- Muy cerca de aquí.
- ¿Cuándo?
- Antes de ayer.
- No sabia nada.
- Encerrada en ese convento, todo lo ignorais.
- Es verdad. ¿Con qué sois capitan?
- Sí, mi adorada, y aun seré mucho mas, y todo para tí.
- Creo lo primero y dudó de lo segundo.
- ¿Desconfiais de mí?
- No, ¡pero temo!... no sé lo que temo.
- No te aflijas por nada.
- ¡Tiemblo por vos!...
- Háblame como yo á tí.
- Temo por tí y por mí... un presentimiento horrible me anuncia una desgracia.

—¡Inocente y divina criatura!... No seas fatalista; escucha: antes de poder obtener tu mano, tengo que andar un largo camino erizado de espinas; un sendero que ha de regarse con sangre humana; que ha de cubrirse con el fuego que devore miles de víctimas. La humanidad tendrá que humillarse ante la planta del héroe para servirle de escabel!... Es cosa terrible, María! pero los hombres morirán, y el héroe llegará á ser tu esposo.

Al pronunciar estas palabras estaba contraído el rostro de Alberto; su mirada era sombría, y hasta su pelo se encrespó como la melena del Rey de la Selva. La jóven tembló al escuchar aquellas frases y al ver el aspecto de su amante, y exclamó:

—¡Oh! ¿qué camino, es ese, y de quién es la sangre que va á correr? Explicámelo porque debe ser cosa terrible.

—No te asustes, niña querida: antes de que seas mía tengo que estar en la guerra, donde espero hacerme digno de tí; y los combates presentan ese horrible cuadro de que te he hablado.

—¡La guerra!... ¿Con que el campo que llaman del honor y de la gloria?...

—No es otra cosa que eso; lo que se entiende en el mundo por victoria, es la destruccion y la muerte.

—No vayas tú, amigo mio; tal como eres te creo digno de mí.

—¡Ay! Bien sabe Dios que me duele hacer derramar sangre humana; pero no es posible otra cosa. La sociedad solo victorea al que hiere mejor, y las recompensas son únicamente para los mas hábiles y diestros guerreros.

—¿Y tú, tan bueno, no rehusarás entrar en esas lides?

—No puedo María; el mundo se burlaria de mí, y perderia tu mano.

—¿Y no te remorderá la conciencia despues?

—No, porque mi modo de luchar es una escepcion. Me lanzo solo entre mil enemigos, me abro paso, y cuando estoy en medio de ellos, lucho: esta pelea es noble, porque para cada estocada que doy me tiran ciento.

—De una de ellas morirás, ¿y qué será entonces de mí?

—No es lo probable: tengo necesidad de verte, de amarte, de ser tu esposo, y lo conseguiré.

—Dios te ayude, Alberto; y si no hay otro remedio, lucha y vence: yo rogaré á Dios por las víctimas que inmole tu valor.

—¡Qué santa eres!

—¿Cuánto tiempo vas á estar en la guerra?

—Cerca de un año; pero te veré antes de concluir ese plazo.

—¡Oh! ¿Y serás capaz de estar separado de mí tantos meses?

—Lo quiere así mi destino, y me lo ordena el soberano.

—Si él lo manda, obedezcámosle. ¡Dicen que es tan bondadoso!...

—Y muy entendido, justo y el mas caballero que hay en Europa.

—Todos lo aseguran.

—Y es verdad.

—Os doy las gracias en nombre de Carlos I.

Al oír la voz que pronunció estas palabras, los dos amantes volvieron la cabeza y se hallaron frente al Emperador, que vestido de simple capitán, y sin hacer el mas leve ruido se había aproximado á la pareja, que ya en pié esclamaron:

—¡Carlos!

—¡Señor!

Este alargó la mano amistosamente á Alberto, y le dijo:

—Querido compañero, no sorprendeos porque os haya encontrado hablando con la bella Maria. Sois digno de su amistad, y eso basta.

—¡Qué bueno eres! Hé aquí mi frente.

La besó el César, y mirándolos continuó:

—Es muy justo que dos amigos, como vosotros, se distraigan en el jardín, puesto que la noche está hermosa y convida á ello; pero te advierto Maria, que se lo ocultes á tu madre, pues el dia que lo sepa dejarás de ver á Alberto para siempre. Y vos, Conde, encargadla que sea prudente.

—Lo haré así, capitán.

—Mas de lo que conviene tendré que serlo; ya ves, se va á la guerra y no regresará hasta pasado un año.

—No debe estrañarte, siendo asi que el puesto de un militar es ese.

—¡Triste condicion la del soldado!

—¿Y por qué? Va á ganar gloria, á honrar su pais y á volver Duque.

—Y dí; ¿todos los Grandes han tenido que hacer esos sacrificios para llegar á serlo?

—Durante el reinado del Emperador Cárlos I el que quiera ese puesto tendrá que ganarlo; antes hubo de todo, despues ignoro lo que sucederá.

—Muy rigido es ese señor.

—Es justiciero y el mejor soberano que existe en el mundo, se apresuró á decir Alberto; amadlo mucho, Maria; es vuestro padre; vuestro señor.

—Os vuelvo á dar las gracias en su nombre, Conde; estrechad otra vez mi mano y despedios de esta niña.

El jóven lo hizo así, y vió marchar á Cárlos y á ésta cogidos del brazo en direccion al castillo. Cuando se ocultaron en la espesura, comenzó á saltar la muralla del jardin murmurando:

—¡Oh! ¡Son hermanos! Si viviera mi padre el dia que me uniese á ella, seria muy feliz.

Cuando bajó encontró á Navarro ensayando el caballo de Alberto, fijándolo á la pared y haciendo por último de la fiera una oveja obediente y sumisa.

—¿Qué haceis, mi querido padre? le preguntó:

—Enseñar á Anibal todo lo que sabe Leon.

—Marchemos si gustais; y salieron como habian entrado, sin hacer ruido. Cuando llegaron á la mitad del sendero, que conducia al camino real, y como á quinientas varas del castillo, se hallaron con una escolta que los detuvo á veinte pasos. Un oficial se adelantó, y reconociendo en ellos á dos capitanes del ejército, se conformó con preguntarles:

—¿De dónde venis?

—De pasear.

—¿A dónde vais?

—A Madrid.

—Id con Dios, y perdonad si os he molestado; estamos de servicio y tenemos que cumplir la consigna.

—Habeis hecho bien, alférez, añadió Navarro; los servidores del Emperador no faltan jamás á su deber. Buenas noches. Y continuaron su camino.

—¿Cómo está la bella Maria? preguntó despues á su compañero.

—Tan hermosa como siempre.

—¿La seguireis amando?

—No, la idolatro y la venero.

—Ese respeto es propio de un caballero que acierta á hallar una virgen.

—Y hermana del Emperador.

—¿Qué decis?

—Ya lo habeis oido.

—¿Estais seguro?

—Si, amigo mio, á vos no puedo ocultaros nada; callad el secreto, pero creedlo.

—¿Cómo lo sabeis?

—La actitud de ambos, sus palabras, las miradas, todo en fin, me lo ha demostrado, en una entrevista que acabamos de tener los tres.

—Veo, mi querido Alberto, que os sopla la suerte.

—¿A mi solo? Yo seré Duque; pero vos, amigo mio, llegareis á General.

—Gracias, acepto vuestro apoyo; pero convenid conmigo en que hemos cambiado de papeles; el protector se ha vuelto protegido.

—Os debo, casi todo lo que soy; por vos me he dado á conocer, he sido valiente y fuerte. Habeis hecho por mí tanto como pudiera un padre. Ahora vamos unidos como antes por la amistad y el cariño, no á buscar influencia de nadie, sino á ganar vos un

baston y yo un ducado : se nos presenta la ocasion, y la aprovecharemos.

—Discurrís perfectamente ; pero si no fuera por vuestro talento y el futuro parentesco con el Emperador, no podríamos subir tanto.

—Quién sabe ; de todos modos, si él nos otorga honores, nosotros le daremos gloria y mas poder.

—Estoy deseando hallarme frente al enemigo.

—Ya lo conseguireis, mi querido subordinado, pues en esta ocasion no os va á servir la antigüedad.

—Mejor ; anhelo obedecer al 'genio, tanto como me incómoda callar ante la superioridad inmerecida.

—¿Sabeis que empezamos mañana?

—Por mí ahora mismo.

—Pues principiemos.

—Hablad.

—Necesito un criado fiel, entendido y valiente.

—Esta noche tendreis al mio en vuestra casa.

—Muy bien. ¿Y vos?

—Elegiré otro.

—Deseo dos pajes.

—Mañana á las doce estarán á vuestras órdenes.

—Y quiero, por último, un traje completo de guerra y otro de córte lujosísimo.

—A la misma hora que lo demás se hallarán en vuestro poder.

Al llegar aqui, dieron vista á la muralla de Madrid, y á la vez oyeron un fuerte tropel de caballos que venian á escape.

Miró Alberto y dijo á su compañero:

—Navarro, el César ; retiraros conmigo á la orilla del camino.

Así lo hicieron, y á los dos minutos pasaron por frente de ellos el Emperador y veinte hombres que le acompañaban. Aquellos se pusieron en pié, sobre los estribos y se quitaron los sombreros. Cárlos les devolvió el saludo gritando:

—Adios, Conde.

Los dos capitanes siguieron á la escolta, y mientras esta entraba en palacio, ellos dejaron sus corceles y se sentaron á la mesa con el anciano que ya les estaba esperando.

—¿Hace mucho que habeis venido, General? preguntó Alberto.

—Dos horas.

—¡Muy ocupado andais!

—Bastante. Carlos I es infatigable.

—¿Ocurre algo de nuevo?

—Un acontecimiento que me ha incomodado.

—Hablad.

—El cardenal Adriano ha sido nombrado Papa.

—¿Qué decís?

—Lo que habeis oido. Esta tarde ha sabido la noticia, y á las doce de la noche sale para Roma.

—¿Y eso os disgusta?

—Si, porque ahora su sobrino vale mas, y tiene mas poder.

—Yo creo lo contrario, puesto que su tío lo deja, y cuando llegue éste á Italia habrá muerto aquel. Lo que se debia temer era la influencia del Cardenal cerca del Emperador.

—Es que el Padre Santo manda, no pide.

—Si le diéramos tiempo, si; pero cuando él intente algo ya será tarde.

—Si viérais qué empeño ha demostrado en que el Duque quedase unido á Maria.

—¿Y el soberano?

—Despues de disculparse hábilmente con lo inoportuno de un paso tan rápido; siendo así que él quiere que la boda se haga despacio y con esplendidez, comenzó á hablarle de planes sobre la guerra contra Francia; del poder omnímódo en que iba á colocar á su Santidad; de la liga entre Italia, España, Flandes é Inglaterra, y de tantas otras cosas que, entusiasmado el viejo Consejero, dió al traste con la boda, y se retiró á disponer lo necesario para la marcha.

—¡Magnífico!

—Sí, pero cuando sepa la suerte del sobrino, romperá con España y...

—La corte de Roma necesita la alianza, puesto que sin ella se hará Francisco I dueño de Italia.

—También nos conviene á nosotros; ese rey es valiente, emprendedor, y cuenta con grandes recursos para hacer frente á Carlos I.

—Si, mas el Imperio se va robusteciendo cada dia y tiene aliados poderosos que le ayudarán á vencerlo.

—Nada os aterra, Alberto.

—Querido General, vuestro mucho cariño os hace ver el peligro que me amenaza mas grande de lo que es en sí.

—Es que temo por vos; sois mi único heredero, y la empresa que vais á acometer es temeraria y de muy difícil realizacion.

—¿Creéis que no llegaré á conseguir mi deseo?

—Puede costaros la vida.

Miró Alberto á Quirós, se sonrió, le dió las gracias y continuó:

—Grande es mi compromiso y me ocasionará varios contratiempos, pero pueden vencerse todos. Con solo la proteccion del César lo emprenderia con probabilidades de triunfar; teniendo el estímulo de Maria, el ejército, y á Navarro con su brava gente, la victoria debe ser mia.

—Oyendoos hablar hay que participar de vuestra seguridad; cuando se está lejos de vos, hijo mio, y se piensa en lo que vais á intentar, tiemblan las carnes del mas valiente y se duda del éxito. De todos modos, contad con mi apoyo; mis tesoros estan á vuestra disposicion, y cerca yo del soberano dispondreis de cuanto os haga falta.

—Poco os he de pedir.

—¿Y comenzais al momento!

—Sí, señor; mañana es gran dia: por la tarde reto, por la noche banquete, y luego mataré á mi rival. Soy muy feliz; me voy á descansar y á saborear mi dicha. Navarro, espero lo que me habeis ofrecido, y á los dos os aguardo acompañado de Mendoza

para visitar al muy noble y poderoso señor duque de San Marcos.
Traje de córte.

—Estaremos, voto al demonio.

—¿Continuáis aprendiendo idiomas?

—Si.

—Es necesario que hablemos el francés como los naturales de ese país.

—Muy bien.

—Mendoza también y D. Alvaro.

—Y todos mis oficiales.

—Gracias; hasta mañana. Y los tres se retiraron á descansar.

Nada imponía á nuestro jóven Alberto; iba á dar principio á varias empresas, algunas de ellas de casi imposible realizacion; y sin embargo, ni le aterraban las dificultades, ni la posibilidad de perecer. Apoyado por un puñado de valientes, intentaba arrollar el estandarte enemigo, meterse en Francia, conquistar diez pueblos, y por último tomar á Fuenterrabía, la cual estaba perfectamente defendida por sus anchos muros, su mucha artillería y una fuerza de veinticinco mil hombres, flor del ejército francés. En cuanto á Navarro, lejos de asustarse, gozaba con la idea del porvenir que se le presentaba al lado del Conde. Comprendía que el ardid, la sorpresa y el valor iban á jugar en regla, y justamente eso era su sueño dorado. La noche concluyó, y amaneció un día de verano, bello, pero abrasador como casi todos los del estío. Alberto se levantó algo tarde; el General, que madrugó bastante, le dejó dormir, no sin echarle antes de marcharse su bendicion. Lo miró despues, y sus ojos se humedecieron al recordar las fatigas y peligros que esperaban al pobre niño; á la vez, asomó á los labios de éste una dulce sonrisa, presentando la frente despejada y radiante de dicha. El veterano salió exclamando:

—Hasta su sueño me dice, que no tema por él. ¡Es indudable que Dios le protege!

A las nueve despertó el Conde, se sentó sobre la cama, meditó, se vistió, llamó y apareció Pedro, criado de Navarro.

—Buenos días, le dijo Alberto. Tu amo te manda para que me

servas en Madrid y en el campo de batalla. ¿Tienes inconveniente?

—Señor, puesto que el Capitan lo quiere asi, ninguno.

—No me basta eso; deseo que estés á gusto conmigo ó que sigas con Navarro.

—Me es igual obedecer al padre que al hijo; si fuese á otro seria distinto.

—Gracias Pedro. Y entregándole todas sus llaves lo hizo depositario de cuanto el jóven tenia. Despues cojió la pluma y escribió la siguiente carta:

SR. DUQUE DE SAN MARCOS.

Hoy á las dos pasaré á visitaros en union del capitan Navarro, y del teniente Mendoza. Deseo hablar con vos, por cuya razon me veo obligado á molestaros rogándoos me recibais á esa hora en vuestro palacio. Podreis estar acompañado, si asi lo quereis.

El Capitan,

ALBERTO DE SILVA.

—Toma, le dijo á Pedro cuando la hubo cerrado; lleva ese billete, y espera respuesta.

Media hora despues entró el criado con la contestacion. Abrió la carta el jóven y leyó:

SR. CAPITAN SILVA.

Tendré el honor de recibiros rodeado de varios amigos, que pretenden conoceros, como igualmente á esos dos valientes de que me hablais.

EL DUQUE DE SAN MARCOS.

—Muy bien, dijo el Conde; eso es aun mas de lo que yo queria. Pedro, que me sirvan el almuerzo.

Nuestro héroe comió tranquilamente; en seguida hizo entrar al sastre que Navarro le habia mandado, eligió un traje y se fue engalanando. Vestido ya, se le presentaron dos pajes, y satisfecho de ellos aguardó la llegada de sus amigos. Estos no se hicieron esperar: á la una y media entraron. Iban tambien de corte, con sus melenas arregladas y sus bigotes retorcidos. Alberto se con-

fundia en aquellos momentos con el cortesano mas diplomático; por el contrario Navarro y Mendoza, á pesar de los trajes, solo parecian lo que eran, dos guerreros que por todas partes despedian valor, arrogancia y osadía. Por último, precedidos de los pajes, salieron los tres con direccion al palacio del Duque.

El Conde fue todo el camino burlándose de sus amigos y hasta de él mismo; estaba muy alegre y oprimia de vez en cuando contra su corazon una carta que llevaba, y que no era otra sino la que su padre le dictó momentos antes de espirar.

Así llegaron á casa de San Marcos, el cual les esperaba rodeado de varios nobles holandeses y castellanos.

El Duque, uno de los mas ricos y poderosos señores de Madrid, tenia treinta y cuatro años; su figura era elegante, si bien los ojos bastantes chicos y faltos de expresion, quitaban á su rostro la gracia y aun la belleza. No era cobarde; pero su carácter y educacion se prestaban mas al oficio del cortesano que al de militar. Los que le acompañaban pertenecian á la corte de Carlos I; todos habian oido hablar del valor de los comuneros y de los fabulosos hechos del jóven, y ansiaban conocerlos. Al entrar en el salon los tres, se levantaron los otros y devolvieron los saludos que recibieron. Entonces el Duque los fue cogiendo uno por uno de la mano, presentándolos á aquellos duques, marqueses, condes, vizcondes y varones. Concluida esta operacion, tomó Alberto la palabra, y sin descomponerse ni perder un solo instante su habitual calma, y hasta con cierta dulzura, dijo:

—Señor Duque, os damos las gracias por vuestra atencion y estremada cortesanía; perdonadme si en vez de traer á vuestra casa la dicha, me presento en ella impulsado por una causa terrible, cuyos efectos pueden ser funestos.

—No os comprendo, Capitan; creí que veniais á honrarme, mandado por el Emperador á quien yo habia demostrado deseos de conoceros, ó para tratar de algun otro asunto que nada tuviese que ver con cosas desagradables. De todos modos, estais en vuestro palacio y nos hallamos dispuestos á oir lo que querais decirnos.

—Vuelvo á daros las gracias, y bien sabe Dios, que siento os hayais equivocado. Ahora, señores, os suplico á todos tengais la bondad de escucharme: Hace un año, murió mi anciano padre, sumido en la miseria, dejándome solo tres cosas: una honra proverbial en la noble familia de los Silvas, una espada, que el Emperador me ha hecho el honor de cambiar por otra suya, y esta carta. En ella escribió en sus últimos momentos las siguientes palabras.

Abrió el escrito, besó la firma y con voz fuerte y segura leyó:

AL MUY RICO Y PODEROSO SEÑOR DUQUE DE SAN MARCOS.

Caballero: bajaría á la tumba pobre, pero tranquilo, si no quedase en mi fama una mancha, que vuestro poder, mi avanzada edad y falta de recursos, me han impedido lavar. Dejo un hijo á quien le entrego esta carta, y él que no tiene mas herencia que mi nombre y ese borron; en estos momentos supremos le encargo lo limpie con vuestra sangre; si no lo hace, ¡ay de los Silvas! si como espero, sucede lo contrario, os matará, pues no debeis olvidar el hecho que practicásteis con el mísero anciano y el que no nombro, porque me quitaria las fuerzas necesarias para firmar.

Hijo mio, venga á tu moribundo padre, venga á quince Silvas, cuya ilustre gloria está empañada... ¡Adios, miserable Duque, hasta la eternidad!

EL CONDE DE SANTOMERA.

—¡Sois vos el hijo! exclamó San Marcos, pálido y tembloroso, huyendo de las miradas de Navarro y Mendoza, que lo acosaban por todas partes.

—Sí, replicó Alberto con altanería; soy su heredero, el Conde actual, capitán del ejército; mas noble que vos. Creo que valgo, por lo menos, tanto como el duque de San Marcos.

—Y bien; ¿qué quereis de mí?

—Mataros.

—Para eso no era necesario tanto preámbulo; temo que vuestras glorias pasadas os hayan engreido demasiado.

El jóven dió por única contestacion, una sonrisa llena de desprecio y una mirada que no pudo resistir. Aquel continuó:

—Mañana al ser de día os espero en mi quinta de San Juan; allí decidirán las espadas. ¿Deseais algo mas?

—Sí.

—Despachad pronto, pues no estoy á gusto.

—Yo tampoco: esperad y sed mas cortés con vuestros huéspedes. No olvidéis que se trata de un lance de honor, y que nos están oyendo veinte caballeros. La impaciencia en estos casos no sienta bien á los maestros en el arte de pelear.

—Hablad.

—Digo, que no he venido á desafiaros; para eso hubiera llegado solo, pues hago justicia á vuestro valor.

—Entonces ¿qué quereis?

—He prometido al Emperador no salirme nunca del círculo que marca la ley; y como ademas es ya pública la afrenta, igual debe ser la reparacion, por cuyas razones, os reto á muerte en el palenque, segun disponen las antiguas ordenanzas de Castilla. Si no admitís, sepa el mundo entero que sois un miserable, indigno de pisar la tierra castellana y acreedor á que os señale en la cara; lo que haré si dieseis lugar á ello.

Dicho esto delante de dos representantes del ejército y de varios nobles, no habia mas remedio que acceder. Tampoco el Duque comprendia la doble intencion de Alberto, y teniendo que matar ó que morir, le era igual en la plaza que entre los árboles de sus bosques. Aceptó y nombrados los padrinos se estendió la solicitud pidiendo campo, alegando los poderosos motivos que tenian. Firmaron los retadores, y los padrinos se encargaron de poner al momento la solicitud en manos del Emperador. El elegido por el Conde fue el Capitan, el del otro el duque del Aguila. Ambos despacharon su comision en media hora.

Alberto y Mendoza se despidieron y marcharon á casa del General. Al poco tiempo llegó Navarro, cuyos ojos brotaban sangre:

—¡Oh! dijo al entrar; matareis á ese hombre, estoy seguro de

ello; pero si así no fuese, ¡ira de Dios que lo he de aniquilar! ¡Manchar las canas de mi viejo amigo, vivir yo y no estar ya vengado! ¡Voto al demonio! ¿Por qué no le habeis escupido y pateado?

—Eso es, añadió Mendoza, así no podría huir ni volverse atrás.

—Serenaos, señores; bien comprendereis que no le tengo miedo, y que cuando he procedido así no he podido prescindir. El Monarca va á seguir mis pasos desde hoy, y de matar á ese hombre como he determinado, á hacerlo de otro modo, pende mi dicha ó mi eterna desgracia. Admiro vuestra justa ira; todo pecho noble y generoso se indigna al oír el relato de una villanía; pero os aseguro que no me ha sido dable obrar de otra manera. Oídme: yo también ansiaba su muerte de diferente modo; retrasé ese acto, porque quería hallar la ocasión de encontrarme con él en sitio público, muy público, en los momentos que hubiese estado rodeado de sus deudos y amigos; y en aquel instante, despues de leída la carta, pensaba llenar su rostro de infamia y dejar estampado en el blason de los duques de San Marcos un eterno baldón; y luego haberle muerto, no en el palenque, sino en el campo, haciéndole una herida que antes de espirar le tuviera tres meses en continua agonía.

—¡Todo eso merecía el miserable! dijo Mendoza.

—Sí, añadió Alberto; pero han variado las cosas, y estando de por medio María, hay que conformarse con llevarlo al circo.

Así continuaron hablando hasta que llegó el General, al cual preguntó el Conde:

—¿Y bien, amigo mio, qué ha resuelto el Emperador sobre nuestra demanda?

—Sigue la suerte protegiéndoos, hijo mio; el César recibió la querrela, y al pronto quedó como sorprendido; luego leyó los motivos que alegábais, y al concluir la carta de vuestro padre exclamó: «Aunque San Marcos fuese hermano mio iria al palenque. ¿Sabeis que el tal Duque es un fementido?» Señor, le dije, ignoraba los agravios que el conde de Santomera presentaria para hacer un duelo legal; pero habiéndolo él ofrecido, estaba seguro de su palabra. «Sí, los tiene, añadió; y tales, que ahora mismo vais en

casa del Condestable de Castilla, Justicia mayor del Reino, le entregais los documentos, y le decis de mi parte, que solo á él dan derecho las antiguas leyes para fallar estos litigios; que sentencie hoy mismo, teniendo en cuenta mi deseo. Al Conde, añadidle, que ya me ha librado del compromiso en que estaba con el duque, siendo así que yo ofrecí la mano de María á un caballero y no á un miserable. Esto no obstante, puede vengar á su padre del modo que lo solicita.

—¿Y el Justicia qué os ha dicho?

—Ese venerable anciano, despues de enterarse de todo, ha resuelto llenar las formalidades y admitir el duelo. Esta tarde estais citados los dos á su palacio; os tomará declaracion, y despues que hayais reconocido vuestras firmas y convenido en batiros, os rogará tres veces para que desistais de tal empeño, y persistiendo en él dará las órdenes para que se verifique. Os señalará armas, pedirá dia al Emperador y luchareis. Todo se hará con los requisitos de costumbre, pues se trata de un sobrino del Santo Padre, y será necesario remitir al tio una copia del espediente. He quedado en el encargo de avisaros para que os presentéis á las cinco, acompañado de vuestros padrinos.

—No haremos falta.

Concluido este diálogo llamó aparte Navarro á su protegido y le dijo;

—¿No sospechais, amigo mio, ninguna felonía en San Marcos?

—No os comprendo.

—Quiero decir, que el Duque, hombre poderoso y con mucho apego á la vida, debe sentir pelear con vos, porque indudablemente conoce la superioridad, y no tendria nada de estraño, que intentase llevar á cabo alguna felonía; esos flamencos suelen ser traidores.

—¿Crecis eso de un noble?

—Lo que hizo con vuestro padre da derecho á pensar así; y luego, como no es el primero que lo ha intentado.

—¿Y qué seria capaz de hacer?

—Mandaros doce asesinos.

—¿Y no vale mi espada mas que una docena de puñales?

—Y mas que ciento frente á frente, voto al demonio; pero una sorpresa.

—Iré prevenido.

—Es que al volver una esquina.

—Lo haré con precaucion.

—¿Y si eso no bastase?

—¿Qué quereis entonces?

—Ahora lo vereis. Llamó Navarro á su antiguo criado y le hizo traer un lio que habia mandado aquella tarde, del cual sacó una hermosa cota de malla de un tejido finísimo; pero que tenia tal union y fortaleza, que era imposible penetrase en ella la punta de un puñal; luego cogió un chambergo con pluma encarnada y de una forma elegante, el que por dentro se hallaba forrado con una chapa de acero.

—¿Qué os parece esto? le preguntó.

—Es, dijo el Conde, despues de reconocerlo, un tejido admirable, y un sombrero cuya invencion honra á su autor.

—Es verdad, y desde este momento lo llevareis puesto, como asi mismo la cota, que deberá ir pegada á la ropa interior; de este modo estais libre del puñal del asesino y hasta la bala de un mosquete os hará mucho menos daño.

Se vistió Alberto segun se lo habia encargado su amigo, y al poco rato salió con Navarro y Mendoza, en direccion al palacio del Condestable. Cuando entraron, ya esperaba éste acompañado de San Marcos y sus dos padrinos. El anciano Justicia mayor, llenó las formalidades que marcaba la ley, y despues trató de disuadirles de tan temerario empeño. Al llegar aquí y antes de replicar el Duque á las palabras del juez, le pidió permiso para hablar secretamente con su contrario. Concedido que fue, se encerraron Silva y él en una estancia contigua, y pasado un cuarto de hora salieron y sin detenerse contestaron tres veces, que ninguno podia desistir de su demanda. Entonces el magistrado les hizo jurar por la fé de caballeros, que ambos guardarian las reglas prescritas, autorizó y dió por bueno el reto, señalando el sitio y

armas. Sin otra cosa concluyó este acto, debiendo verse por último los combatientes en el sitio de la lucha.

Salieron el Conde y sus amigos, y despues de despedir á Mendoza, con el objeto de que fuese á ayudar á sus compañeros en los preparativos del festin, se retiraron Navarro y el jóven al palacio del General. El Capitan ex-comunero notó que el pálido semblante de su ahijado estaba contraído. Meditó, volvió á consultar su rostro, y por último exclamó:

—¡Habeis vuelto triste, Alberto!

—Sí, amigo mio; me ahoga la ira.

—¿No merezco ya vuestra confianza?

—Me ofende la pregunta.

—Pues hablad, voto al demonio, que ya se acaba mi paciencia.

—El Duque, fragua una infamia. Vos lo adivinasteis.

—Por Santiago... esplicaos.

—Cuando nos encerramos, fue para ofrecerme una pública manifestacion, con la cual pretendia me diese por satisfecho; la desprecié, y hasta le pregunté si tenia miedo. Quería perdonarnos la vida, me replicó, si no aceptais, peor para vos. Esta contestacion, no fue una bravata; era el pensamiento descubierto de una traición alevosa. Disimulé lo que habia comprendido, y le dije: Todo se puede esperar de vuestro valor; pero no debeis fiar tanto en él; ni menos hablar así, porque me burlaré de vos. Hacedlo, si quereis, continuó; antes de poco estarán vuestros labios cárdenos, y dejareis de reiros para siempre. Lleno entonces de indignacion no pude contenerme y añadí: Duque, sois un miserable; vuestros ojos y vuestras palabras os han vendido; tened cuidado con lo que intentais, pues si no os sale bien, os mataré en el palenque. Soltó una careajada llena de sarcasmo, y salimos al salon... lo demas ya lo sabeis.

—Os quiere asesinar; y no me sorprende. ¡Oh! Duque, nos vas á encontrar prevenidos, y conocemos el mundo y los hombres tanto como el que mas. Hijo mio, alegraos; yo os aseguro que burlaremos la felonía de ese villano, que dentro de seis dias mo-

rirá. En ese tiempo ni un solo instante me separo de vuestro lado, y ¡ ay de los que pretendan tocar vuestros vestidos!

—¿Pero no os estraña y enoja su conducta?

—No, Alberto, he visto tanto picaro en este mundo, que no me admira hallar uno mas; y la idea que tengo de ellos y de sus hechos, nos servirá ahora para contrarrestar á San Marcos. Con que, no pensad en eso; vamos á dar un paseo por la villa y despues nos encaminaremos al festin.

—Como querais; esta noche la pobre Maria me espera inútilmente.

—Mañana la vereis.

Salieron los dos amigos y anduvieron por varias calles de Madrid, llamando la atencion del público con el aire marcial de Navarro y la belleza y estremada juventud del conde de Santomera. Llegada la noche, y la hora señalada para la recepcion, se dirigieron al cuartel. Todo se encontraba ya dispuesto, y los oficiales, satisfechos de su obra, aguardaban que estos vinieran con el General. Pocos minutos despues entraron, y acto continuo pasaron al sitio destinado al convite. Alberto y el anciano jefe quedaron sorprendidos del lujo y magnificencia desplegada. Los amigos del Conde le preparaban una fiesta digna de un soberano. Veamos como estaba el salon. Al frente, habia un dosel de terciopelo carmesí, y debajo pusieron el retrato del Emperador. A los piés, dos leones de bronce sostenian un águila, entre cuyas garras se destacaban las armas de España, Nápoles y Flandes, sujetando con el pico un globo que imitaba al mundo. Todas las paredes se hallaban tapizadas, y el suelo alfombrado. En medio de la habitacion lucia una larga mesa, en cuyo centro se elevaba un trofeo militar con una hermosa guirnalda la cual ostentaba el siguiente letrero: «Al héroe Alberto de Silva.» Por todas partes brillaban multitud de arañas, grandes espejos y adornos guerreros. Detrás de cada sillón se colocó un soldado en pié para servir al que tenia delante. Y por último, á la puerta del salon los dos pajes de Alberto, vestidos con los colores de la casa de Silva, recibian á los convidados.

Se sentaron á la mesa y dió principio aquella espléndida comida: muy pronto comenzó el vino á producir sus naturales efectos. Alberto olvidó hasta la memoria del duque de San Marcos; se alegró y empezó á rivalizar con todos en echar brindis é improvisar ocurrencias chistosas. Se hallaban, pues, como á la mitad del festin; el atleta Mendoza estaba en pié con una copa en la mano aclamando en verso al Conde, y todos riendo por sus muchos desatinos, cuando de pronto se abrió la puerta, apareció un paje y anunció:

—El capitán Cárlos.

Acabado de pronunciar este nombre, entró sin esperar respuesta ni gastar etiquetas. El General, Navarro y Alberto se levantaron; los demas permanecieron sentados mirando al recién-venido, escepto Mendoza que seguia en pié sin dejar su copa. Cárlos con una franqueza extraordinaria, estrechó las manos de sus dos amigos, y saludando á los demas, dijo:

—Señores: mi cariño hácia el conde de Santomera me trae entre vosotros, pues deseo contribuir con mi presencia al suntuoso y alegre festin que dedicais á mi querido compañero.

—Señor... capitán, dijo Navarro que habia conocido al Emperador; todos os agradecemos el honor que nos estais haciendo, y os rogamos probeis nuestros manjares.

—Acepto y os doy las gracias, valiente veterano.

—Hé aquí mi asiento, señor... D. Cárlos, dijo el General.

—Y el mio, y el mio, esclamaron todos, queriendo cederle cada cual el suyo.

—Gracias, señores, deseo estar entre Quirós y Alberto.

Alargó el Conde su sillón, y trajeron otro.

Continuó la comida, pero con la venida del nuevo huesped paró la algazara. Notándolo éste, esclamó:

—Ea, caballeros, volved á dar rienda suelta á vuestro buen humor, y para ello os daré yo el ejemplo. Brindo por vosotros, por vuestros hechos, por vuestra alegría y por el delicioso rato que vamos á pasar esta noche.

A este brindis siguieron cuarenta, y comenzaron otra vez los

ternos, chistes y versos. El jóven Emperador se hallaba en su centro; desconocido para casi todos, se le trataba con una familiaridad de igual, y era guerrero hasta el aire que allí se respiraba.

El General, Alberto y Navarro notaron la satisfaccion del Soberano, tomaron parte en la funcion y continuaron comiendo, bebiendo y hablando como si no estuviese presente Cárlos. Este, por su parte, les hacia señas para que siguiesen de aquel modo.

Asi pasó una hora, y fueron tales las simpatias que les inspiró el nuevo huesped, y tanta la franqueza que reinaba, que hubo de preguntarle Mendoza, si hacia mucho que era militar, y á las órdenes de quién habia servido.

Sin desconcertarse el interpelado, contestó que nació capitan y que siempre permaneció al lado del Emperador.

—Entonces os auguro buena carrera, replicó Mendoza.

—¿Por qué?

—Porque asi verá el soberano todo lo que haceis y os lo premiará.

—Es verdad, dijo con tristeza Cárlos; y sabed que el sentimiento del César es grande cada vez que piensa las muchas proezas que dejará de recompensar por no conocerlas.

—Veo que os apesadumbráis, mi querido Capitan, siento haberos hablado de eso; pero aun podemos olvidarlo y seguir alegres. Bebamos.

—¡Si sí! contestaron.

Hasta la una de la noche duró el banquete; este tiempo lo pasaron entregados á un placer continuado. El Emperador comió, y gozó mas que desde que nació hasta entonces. Llegada esta hora se levantó, y despidiéndose uno por uno de todos, les estrechó la mano, y cogido del brazo del General salió, diciendo á Navarro:

—Señor Capitan, id á verme cuando gusteis, tendré en ello una satisfaccion. Os doy las gracias por el buen rato que he pasado entre vosotros, y quedais en libertad de enterar á vuestros subordinados de cuanto gusteis referente á mi persona.

Partió y los oficiales exclamaron:

—¿Quién es ese joven?

—¿Quién ha de ser? dijo Navarro entusiasmado, ¡el invicto Carlos I!

—¡El Emperador!.. repitieron confusos.

Tal fue su asombro, que se quedaron estáticos sin tener nada que añadir.

El jefe comunero y Alberto dejaron á los oficiales que saboreasen la gran noticia que acababan de darles, y salieron de allí donde les ahogaba el calor, los gases y el vapor de tanto vino como habian consumido. Se cogieron del brazo y comenzaron á andar en direccion del palacio del General. La noche estaba hermosa y un fresco ambiente convidaba á pasear. Navarro, que era de los dos el que mas sentia trabajar su cabeza, notó bien pronto la necesidad de no encerrarse en una estrecha alcoba, y preguntó á su compañero:

—¿No os parece, que hace una madrugada deliciosa?

—Sí, contestó este.

—No os agrada está brisa...

—Os comprendo, amigo mio; quereis trasnochar, y yo no tengo inconveniente.

—Lo habeis acertado. Dirijámonos, pues, por esta calle de la izquierda en busca de un aire mas puro.

—Vamos allá.

Los dos amigos se fueron hácia la pradera de San Fermin (hoy el Prado); cuando entraron ya estaba desierta. Algo oscura la noche, pero sumamente agradable, conversaban nuestros valientes sin cuidarse de nada. La guerra con Francia, los azares que iban á correr y las victorias que debian conseguir, eran sus temas favoritos en estos instantes. Soñando con dichas futuras, estaban, sin saberlo, dando lugar á que una muerte cierta les abriese la tumba.

Sonaron las tres de la madrugada. Un hombre que desde la salida del cuartel los habia seguido cautelosamente y continuaba espíándolos, se retiró entonces á la izquierda de la calle de árboles por donde caminaban aquellos, hizo una seña disimulada y al

instante salieron de la espesura siete mas, cuatro de ellos con arcabuces y mechas encendidas. Vosotros, dijo á los mosqueteros, tendeos en el suelo, y cuando vuelvan á pasar haceis fuego: dirigid bien la punteria, vais á tirarles á quince pasos, lo que quiere decir, que si no les dais sereis unos miserables bellacos. Fijaos bien en el de la derecha, que es el mas jóven y el que conviene matar. Vosotros tres os situais espada en mano conmigo detrás de estos árboles, y cuando suene la descarga caeis sobre ellos para acabarlos de esterminar si no lo hiciesen las pelotas (era como se llamaban en esta época las balas). Si estuviéseis desacertados, lo que no espero, continuó el espia dirigiéndose á los arcabuceros, arrojaís esas armas y con los puñales desnudos vais en nuestra ayuda. Os vuelvo á repetir que al mas jóven es al que conviene matar. Si el otro se salva y huye, dejadlo... ¡Vamos, que ya llegan!... ¡A sus sitios!... y todos se colocaron segun lo dispuesto.

Navarro y Alberto bajaban por la calle de árboles riendose del asombro de sus oficiales cuando supieron que el Emperador habia comido con ellos, recordando los ternos y demas excesos que cometieron, ignorando que se hallaban ante tan augusta persona. Iban completamente tranquilos sin sospechar la terrible celada que les tenian preparada, pues no se les podia ocurrir que San Marcos estuviese ya prevenido y obrase tan pronto. ¡Infelices! no conocian toda la prevision y villania de aquel miserable. Cogidos del brazo, y unidos ademas con un entrañable cariño, andaban muy despacio, cuando al llegar al sitio donde estaban los sicarios se oyeron cuatro tiros; Alberto cayó á los pies de Navarro, y éste sin inmutarse tiró de su espada instantáneamente, cubrió con su cuerpo el de su amigo y se puso en guardia. Bien necesitó usar de tanta ligereza, pues al momento se halló acometido por varias espadas.

—Herid al que está en tierra, que se mueve; gritó el espia á otros cuatro asesinos, que con los puñales desnudos intentaron echarse sobre el Conde. El Capitan comprendió la idea de aquellos hombres y la clase de gente que era, hizo un remolino con su es-

pada y continuó luchando con los ocho, defendiendo mas á su compañero que á sí propio. En este instante se oyó la voz de Alberto que murmuró:

—¡Navarro!

—Levantáos, hijo mio, si podeis, si nó, estaos quieto, que yo daré fin de esta canalla, y volviendo á hacer otro remolino, desarmó á uno y pasó á otro el corazon. Mientras esto sucedia, se puso en pié el jóven y aun cuando todavia estaba débil su cabeza, mató á un sicario, y al lado de su amigo ayudó á éste á acorralar á los restantes y á que uno por uno fuesen cayendo todos á sus plantas. Viendo los asesinos que no habia medio de escapar, sacaron fuerzas de flaqueza y acometieron con la furia que da la desesperacion. Esto es lo que queria Alberto; sabia lo difícil que era herir á Navarro, y unas veces á su izquierda y otras saltando y cortando el paso á los que intentaban huir, concluyó en union de aquel por dar fin de los ocho; solo uno pudo marcharse, el cual corrió vertiendo sangre por dos agujeros que le hicieron á su piel. Los restantes, tendidos en tierra, unos estaban muertos y otros exhalando el último suspiro.

—Huyamos, gritó Navarro al Conde.

—¿Qué, estais herido?

—No, ¿pero no ois esas voces? Viene alguna ronda, seguidme.

—Pero ¿y mi sombrero?

—¿Y el mio? Dejadlos, voto al demonio, que ya llegan, y desaparecieron perdiéndose entre la arboleda.

Ocho minutos despues se presentaron los alguaciles en el sitio de la catástrofe.

Los dos valientes Capitanes, favorecidos por la oscuridad, se metieron en el cuartel, pues estaba mas cerca que el palacio. Cuando entraron, todavia continuaban los oficiales levantados, hablando del banquete y del Emperador. Al ver llegar á los jefes sin sombreros, con los vestidos rotos Navarro, y Alberto tan pálido como la cera, se pusieron en pié exclamando:

—¿Quién os ofende? A dónde estan? Y maquinalmente echaron mano á las espadas.

—Nadie, señores, contestó el primero; no os asustéis, que ya pasó el peligro. Dejadme ante todo que me siente, pues venimos fatigados de correr.

—¡De correr! exclamaron en coro, creciendo cada vez mas su asombro.

—De correr, sí, huyendo de una maldita ronda, que si nos coje entre siete cadáveres, ya calculareis lo que hubiera hecho con nosotros.

—¡Siete cadáveres! volvieron á esclamar.

—¿Pues cuántos eran? preguntó Mendoza.

—Ocho, y el octavo huyó herido, porque á ese niño le dió la gana.

—Es verdad, replicó éste, necesito que el miserable duque de San Marcos sepa por uno de sus pagados asesinos lo que hacen los soldados de Castilla.

—¿Con que han intentado asesinaros? ¡Voto al diablo, si nosotros lo hubiéramos sabido!

—Vivimos, replicó el jóven, por una casualidad; por ir forrados de yerro, gracias á la mucha prevision de vuestro incomparable Capitan.

—Seguid, Conde, seguid; contadnos el hecho.

—Oid, pues: paseábamos por San Fermin, y ya nos íbamos á retirar, cuando de pronto varias balas que se estrellaron en el acerado forro de mi sombrero, me derribaron dejándome por algunos segundos sin sentido. Volví en mí, pero aturdido y contuso de los golpes de las pelotas vacilé, mas haciendo un esfuerzo supremo me levanté y hallé al Capitan rodeado de ocho asesinos, que unos con espadas y otros con puñales le acometian por todas partes; desnudé el acero, di un salto, atravesé á uno el corazon y comencé á luchar. Puedo aseguraros que me flojeaban las piernas, y hasta la cabeza se me iba; pero el ejemplo de Navarro, peleando él solo contra ellos, dominándolos y arrollándolos; me dió fuerzas, y ayudé á mi digno maestro á vencer y matar á los siete y á herir el octavo, que no quise dejar tendido.

—¡Canalla infame!

—Lo que á mi me estraña, dijo D. Alvaro, es que no tratasen algunos de huir, cuando vieron el valor de ambos.

—Lo intentaron varias veces, replicó Navarro; pero ese niño, á quien tanto flaqueaban las piernas, comprendió que yo no corria peligro entre los que quedaban vivos, y dejándome solo, les cerró el paso, dando una estocada al que queria encontrar su salvacion en la fuga.

—¿Y decis que son asesinos pagados por el duque de San Marcos?

—Estamos seguros.

—Pues en ese caso debe el Conde permanecer entre nosotros interin no le mate.

—Dadnos dos sombreros, nos retiraremos á descansar, y mañana pensaremos lo que se ha de hacer en los pocos dias que restan; mientras, yo velaré por él.

—Eso es muy bueno, añadió Mendoza; mas por lo que pueda ocurrir, os acompañaremos hasta el palacio.

—Gracias; por esta noche no hay cuidado, ni seria prudente ir reunidos estando tan reciente el hecho.

Sin otras esplicaciones, salieron los dos capitanes del cuartel y entraron en su casa, sin novedad alguna. Los cariñosos oficiales fueron siguiendo á sus amigos á larga distancia para no ser descubiertos: llenos de interés, deseaban que todos los deudos y conocidos del Duque hubieran atacado á Navarro y Alberto, para dar fin de ellos. Esto sin embargo no sucedió, y unos y otros durmieron tranquilamente.

CAPITULO XII.

Nueva traicion.—El Palenque.—Gran revista.—A Fuenterrabia.

A la mañana siguiente, se enteró el General, é indignado marchó con intencion de participar al Emperador los detalles de aquella alevosa traicion.

El comunero tambien partió, volviendo á las tres horas provisto de dos sombreros forrados de acero.

—Habeis almorzado, amigo mio? preguntó al Conde, que se hallaba estudiando Geografia.

—No, contestó, y por Cristo que ya es hora.

—Pues vamos.

—¿Y Quirós?

—En cuanto le conté lo ocurrido anoche, salió sin almorzar, pero muy provisto de coraje.

—Lo creo; ¿es un alma llena de nobleza é hidalguia!

Despues comenzaron á discurrir sobre las precauciones que

debían tomar, para ir al valle y no ser sorprendidos por nuevos sicarios del Duque. Ya tenían acordado un magnífico plan, por el cual se proponían burlar los intentos de San Marcos, cojer prisioneros, y probar ante el mundo la infamia de aquel, cuando apareció un paje y anunció la llegada de dos capitanes que iban de parte del Monarca.

—Que pasen, dijo Alberto.

Entraron, diciendo uno de ellos:

—Venimos de orden del Emperador, para haceros ir ante su augusta presencia. No estais presos, pero debemos acompañaros respondiendo con nuestras cabezas de todo incidente desagradable, hasta que os halleis delante de Carlos I.

Sin replicar, cogieron sus espadas y sombreros y partieron.

Lejos de hacer antesala, llegaron los cuatro á la cámara y entraron; los emisarios del Emperador saludaron y salieron de allí. Con el mayor respeto besaron la regia mano nuestros dos valientes y esperaron á que les preguntasen. Poco despues se presentó el duque de San Marcos, estremadamente pálido; al ver á Navarro y á Alberto se inmutó.

Besó tambien la augusta mano y se situó muy separado de los otros. Entonces el César con voz solemne les dijo:

—Anoche tuvo lugar un acontecimiento terrible. Siete hombres fueron muertos en la pradera de San Fermin y algunos mas heridos, á juzgar por el rastro de sangre que dejaron. No se han hallado todavía los agresores, pero se está formando espediente, y de las averiguaciones hechas hasta ahora, resultan complicados; un magnate y dos capitanes. El uno sois vos, señor de San Marcos, y los otros, Alberto y Navarro. El reguero de sangre comienza en el sitio donde tuvo lugar la lucha, y concluye en la puerta de vuestro palacio, Duque; contadme franca y categóricamente todo lo que sepais de ese accidente, y la parte que habeis tomado en él.

—Señor, contestó aquel balbuciente, es la primera noticia que tengo de eso, y os juro...

—Nadie os manda jurar, dijo con imperio Carlos; contestad como caballero.

—No he tomado parte alguna, señor.

—Está bien. Y vos, señor de Silva, ¿qué conocimiento tenéis de ese hecho?

—Señor, contestó el Conde con la mayor tranquilidad; entre mi amigo Navarro y yo matamos anoche siete hombres en San Fermín y herimos á otro, cuyo rastro pudo muy bien concluir en casa de San Marcos.

—¿Luego sois vosotros los que provocasteis ese duelo?

—No, señor, fuimos acometidos bárbara y traidoramente por los ocho, y en propia defensa matamos á siete.

—¿Y cómo se explica que dos hombres hayan dado fin de tantos, siendo sorprendidos y estando todas las ventajas de parte de aquellos?

—V. M. lo comprenderá fácilmente, pues eran asesinos pagados por... miró Alberto al Duque y continuó, un miserable, y nosotros pertenecemos al ejército español.

—Referidme el hecho, con todos sus detalles, sin omitir el mas leve.

Contó el jóven lo ocurrido, tal como fué, presentándose la ira en el rostro del soberano y una palidez mortal en la del sobrino de Adriano.

—San Marcos, dijo el Emperador, vos que blasonais de buen alemán y cumplido caballero, ¿no os estremece escuchar el relato de tan inicua acción?

—Sí, señor,

—¿Y no admirais á estos dos valientes, honra y prez de mi ejército?

—Sí, señor.

—Decidme, Alberto, ¿cómo no os hirieron en esa descarga á quemarropa?

—Por prevision, señor.

—Esplicadme eso.

—Temiendo lo que nos ha sucedido, íbamos resguardados y las balas traidoras se estrellaron en el hierro que cubria nuestras cabezas, escondido entre las telas de los sombreros.

—¡Luego teneis enemigos!

—Sí, señor.

—¿Entonces sospechareis quién pagó á esos sicarios?

—Sí, señor.

—Declarad su nombre.

—Señor, es otra mentira tan grande como su aparente hidalguia, pues el apellido es noble, y villano el que lo lleva. Respecto á sus crímenes, ya los pagará todos en el mismo terreno que está hollando, y muy pronto; por él esté tranquilo V. M; si á pesar de esto hubiésemos faltado, hé aquí dos cabezas dispuestas á ser cortadas cuando su señor lo mande. Es cuanto podemos decir.

—Y vos, Navarro, ¿teneis algo que añadir?

—No, señor.

—Está bien, dijo el Emperador en tono severo; Duque, quedais detenido en mi alcázar hasta que se verifique el duelo que se halla pendiente ó salgais absuelto de las sospechas que hay contra vos. En cuanto á vosotros, Navarro y Alberto, permanecereis arrestados en el palacio del General, y los tres sereis vigilados por oficiales que yo designe.

—Pero, señor, replicó el primero, ved que se va á creer he sido capaz de pagar asesinos, y habiendo un desafio de por medio podrán suponer...

—No os cuideis de eso; pronto sabrán todos la verdad.

—Recordad, señor, que soy sobrino del Santo Padre, y que mi arresto puede tomarlo por un insulto la corte de Roma.

—Si hablais una palabra mas, os encierro en el peor calabozo que haya en mis reinos. Si el mundo entero desaprobase lo que yo hago, con solo mi España me bastaria para hacerle callar.

Al pronunciar Cárlos estas frases se levantó y erguida su hermosa frente, presentaba su semblante todo el valor y heroismo que tenia.

—¡Hola! gritó; llevad á San Marcos al aposento que tiene preparado; con vuestra cabeza me respondeis, capitan, de cumplir fielmente lo que os he prevenido.

Y salió el Duque entre dos oficiales, sin atreverse á levantar la frente.

—Vos, Alberto, continuó, estareis sin salir del palacio del General hasta que se verifique el duelo, que yo procuraré adelantar lo posible. Vos, Navarro, le acompañareis y dos capitanes de mi escolta. El mucho interés que me tomo por él me abliga á obrar así. No olvideis que es poderoso el autor de la traicion de anoche, y puede tener hermanos y amigos que intenten inutilizaros. Pensad en María, que yo os disculparé.

Y partieron los dos amigos seguidos de sus carceleros.

En el momento que el Emperador se halló solo con el General, estendió la órden para que el desafio se verificase al tercer dia y no al sexto como se habia anunciado. Gran placer causó esto á Navarro y á Alberto, pues aunque el cautiverio no era largo, les molestaba estar mucho tiempo encerrados. Despues de alojar cómodamente á los capitanes del Monarca, propuso el ex-comunero á su jóven compañero entretener los momentos que les sobrasen, tirando estocadas y ensayando el medio de matar mas cómoda y rapidamente al Duque: á lo que contestó Silva sonriendo:

—Gracias, amigo mio; ¿qué se diria del maestro y del discípulo si me adiestraseis para luchar con ese miserable? Ademas, ya sabeis que en el combate se improvisan los medios de herir. Mejor es que á mi lado reconozcáis los mapas de Francia y Fuenterrabia, sitios ambos donde hallaremos verdaderas dificultades que vencer. Sobre ellos estudiaremos asaltos, prepararemos emboscadas, y discurriremos el modo de humillar, no diez sino cien veces, á ese terrible francés. ¿Qué os parece la idea?

—Admirable; pero ved ahí á mis oficiales, que vienen á saludarnos; es la tercer visita que nos hacen hoy; nuestra tardanza los tendria de seguro impacientes.

Entraron y los saludaron cariñosamente; despues tomó la palabra Mendoza, y les dijo:

—Hemos estado en el sitio de la lucha; reconocimos la sangre vertida, las pisadas de Alberto y las huellas que fijó Navarro cuan-

do se batia con los ocho, defendiendo el cuerpo de su compañero. Lo mejor de la corte acudió allí, como nosotros, y viendo esto nos despachamos á nuestro gusto. Todo Madrid sabe ya quiénes fueron los acometidos y quién el miserable que pagó á los sicarios. ¡Cómo se está elogiando á estas horas vuestros hechos, y cómo se maldecirá al otro! Debieron batirse bien.

—Eran, dijo Navarro, soldados aventureros, que no manejaban mal el acero; pero habeis hecho mal en dar el nombre del Duque: tenemos la conviccion de que fue él, pero no hay pruebas.

—Ya... no tenemos pruebas, pero sí conviccion, y eso es justamente lo que hemos relatado.

—Y mientras, vednos aqui prisioneros, nada menos que de nuestro muy querido Emperador.

—Prisioneros!... exclamaron.

—O arrestados, lo mismo da; pero con la noble idea de conservar nuestras vidas del puñal ó puñales de otros asesinos.

—Bien hecho; quiere decir que os acompañaremos todos.

Continuaron hablando, decidiendo, por último, que los oficiales solo irian por las noches, hasta la hora de dormir, pues Navarro y Alberto deseaban pasar el dia meditando el futuro plan de campaña, que se proponian seguir. Así permanecieron los tres dias, jugando, estudiando y sin cuidarse de nada en lo concerniente, al duelo. Cuantas veces ofrecieron al Conde un ensayo de esgrima, tantas contestó que no se lo volviesen á mentar.

Pasemos ahora á saber qué fue del Duque en este tiempo.

Quando salió de la régia cámara, lo llevaron á una habitacion del piso bajo del alcázar, donde halló toda clase de comodidades, dos criados y un depósito completo de armas. Al llegar allí le dijo un oficial:

—Señor, este es vuestro aposento; aquí podeis hacer lo que os plazca, menos salir sin permiso del soberano.

—¡Es decir que estoy preso!

El capitan no contestó, el otro continuó:

—¿Y tambien incomunicado?

—No, señor, todo el que quiera puede venir á veros; ahí esperan sirvientes, que os harán cuantos recados mandeis.

Tuvo que conformarse con su suerte, y despues de reconocer su estancia dió las órdenes oportunas para que avisasen á su hermano y á otros amigos. Luego que le participaron la voluntad del Monarca, para que el reto se verificase mucho antes de lo que él creia, mandó llamar á dos profesores afamados, con el objeto de ensayarse en el arte de herir y matar. Muy triste anduvo al principio y hasta se le notaba cierta distraccion, que indicaba bien claramente hallarse siempre dominado por una idea. Su rostro solia estar contraido, su mirada era vaga y la frente la tenia continuamente poblada de arrugas. Alberto le estremecia; solo su nombre le causaba un pánico imposible de describir. Comprendia perfectamente, que aun cuando saliese bien del palenque, cosa muy difícil, quedaban Navarro y sus camaradas que darian fin de él en el campo, en la calle y hasta en su mismo palacio. Por eso temblaba cada vez que su imaginacion le presentaba al héroe de Monteagudo; y lo que únicamente le podia halagar, en tan angustioso estado, era el deshacerse del Conde antes del dia fatal. Malquisto con el Emperador, la mayor parte de sus amigos, ignorando la causa de su arresto, lo habian abandonado; pero era rico, su crítica posicion le suministraba ideas, y tenia á su hermano menor, jóven de una osadía sin límites, mal educado, con peores intenciones, y del cual hacia un ciego instrumento.

En esta situacion sobrecogió al Duque el dia anterior al del reto. Eran las doce y se hallaba solo y paseando por su estensa habitacion. El Capitan que lo vigilaba, recostado en un divan, veia á su prisionero, pero no podia oir lo que este hablaba. El rostro de San Marcos demostraba en este instante una ansiedad terrible. A cada momento miraba á la puerta como si esperase la venida de alguno, y no viendo á nadie se mordía el lábio inferior y seguia andando. Trascurrió media hora, en la cual iba perdiendo el resto de su ya gastada paciencia, se abrió una mampara y apareció por fin su hermano.

—¡Gracias al diablo! le dijo así que hubo entrado; y acercándose á él todo lo que pudo, continuó: ¡he pasado una mañana!... si tardas mas creo que me hubiera desesperado.

—¿No me estraña, contestó secamente el otro?

—Y di, mi querido Luis, ¿qué has hecho?

—He cumplido mi oferta.

—¿Se han presentado bien esos miserables?

—Les he enseñado un cajon lleno de oro, y obrarán.

—¿Estás cierto?

—Así me lo han jurado; confio ademas en el interés de ellos mismos.

—Haberles dado cuanto te pidieran.

—Les he ofrecido mas todavia, pero les dí poco.

—Mal pensado.

—No lo creas; conviene que lo ganen antes.

—Se acobardarán.

—No, fueron soldados y tienen ambicion.

—¿Con qué estás seguro?..

—Tanto como eso no; se han puesto los medios y debe consumarse el hecho; pero bueno será prevenirse, pues si hallasen alguna dificultad, no queda otro remedio que matar á Alberto en el palenque; lo entiendes, en el palenque: hombres sois los dos; tú eres noble y poderoso, si sintieses débil el corazon, ahógalo.

—Gracias por el consejo, pero no me hacia falta, Luis.

—Te lo he dado porque quiero que acabes con ese mancebo, si antes no lo hacen dos asesinos; porque no deseo que mueras tú, y porque si te encuentras frente á frente con él, debes recordar quién eres y que te miran todos los Grandes de este pais.

—Es verdad... pero... acércate mas... ¿Tú sabes quién es ese jóven? basta su mirada para aterrar.

—Se fija uno en el pecho, y allí se le dirige la estocada.

—Es un leon con cara de niño.

—¿Le tienes miedo?

—Sí.

— ¡Entonces ay de tí, si vas al circo!

— La desesperacion me dará brio y lucharemos.

— Hé ahí á tus maestros; ensaya bien, por lo que pueda ocurrir.

¡Quién sabe! su misma confianza puede que le pierda. En todo el tiempo que está arrestado no ha cogido una espada.

— ¿Es cierto?

— Sí; ya llevas esa ventaja sobre él.

En este instante entraron los tiradores y dieron principio á su tarea. Con tal motivo se despidieron los dos hermanos, sin que en el resto del dia ocurriese nada de particular. Anochecido, se marcharon los profesores, asegurándole que manejaba la espada tan bien como el primero, y deseándole buena suerte para la mañana siguiente. Se acostó el Duque, pero en honor á la verdad no pudo cerrar los ojos.

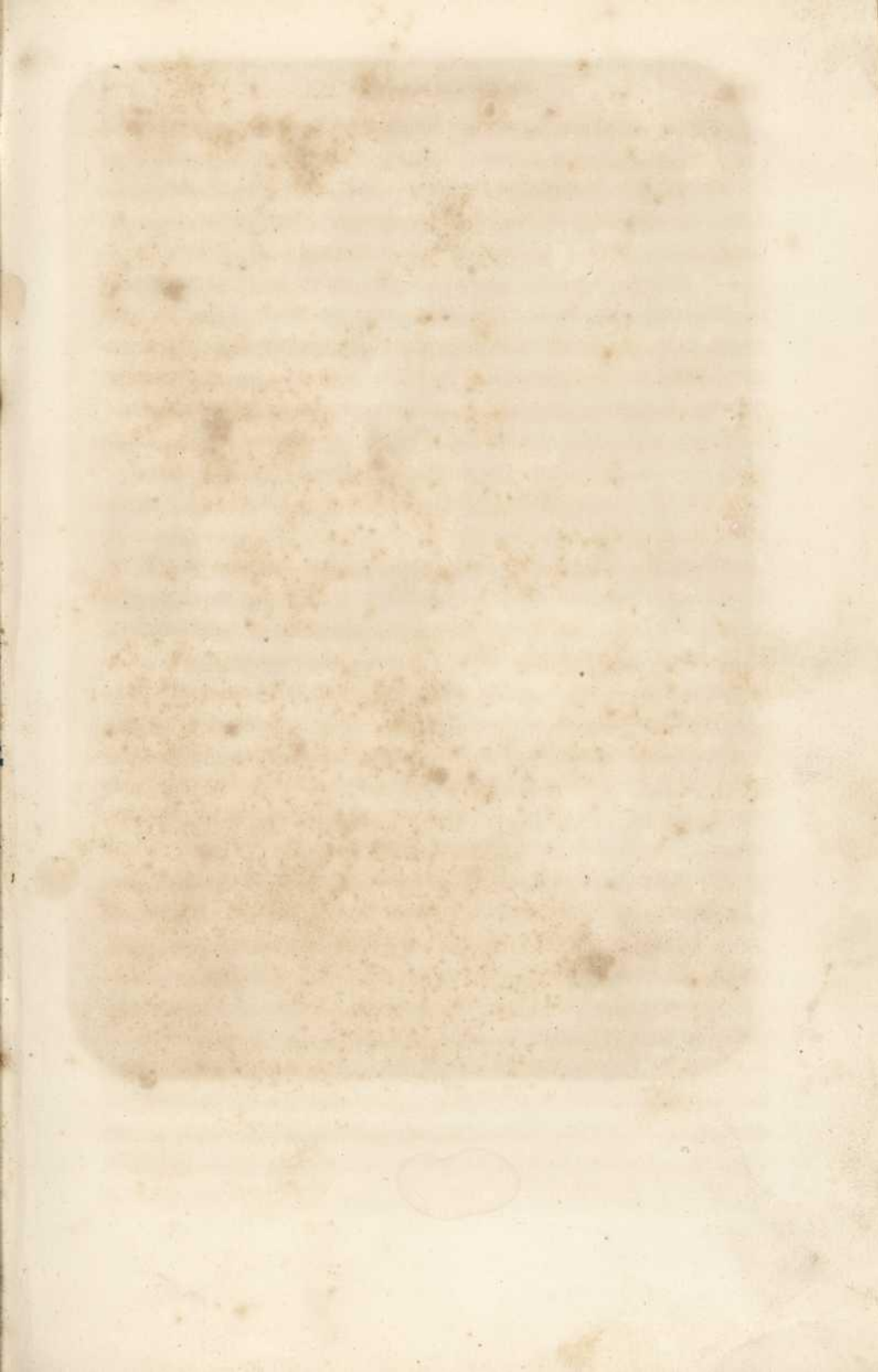
Ahora sepamos qué era de nuestros ex-comuneros. Por el dia lo pasaban Alberto y Navarro estudiando, y por la noche jugando con los oficiales del segundo y los Capitanes del Emperador. Así trascurrió el tiempo hasta que por fin llegó la víspera del dia en que se iba á abrir el anhelado palenque. Muy entrada la noche, se les sirvió una abundante cena y todos se retiraron á descansar.

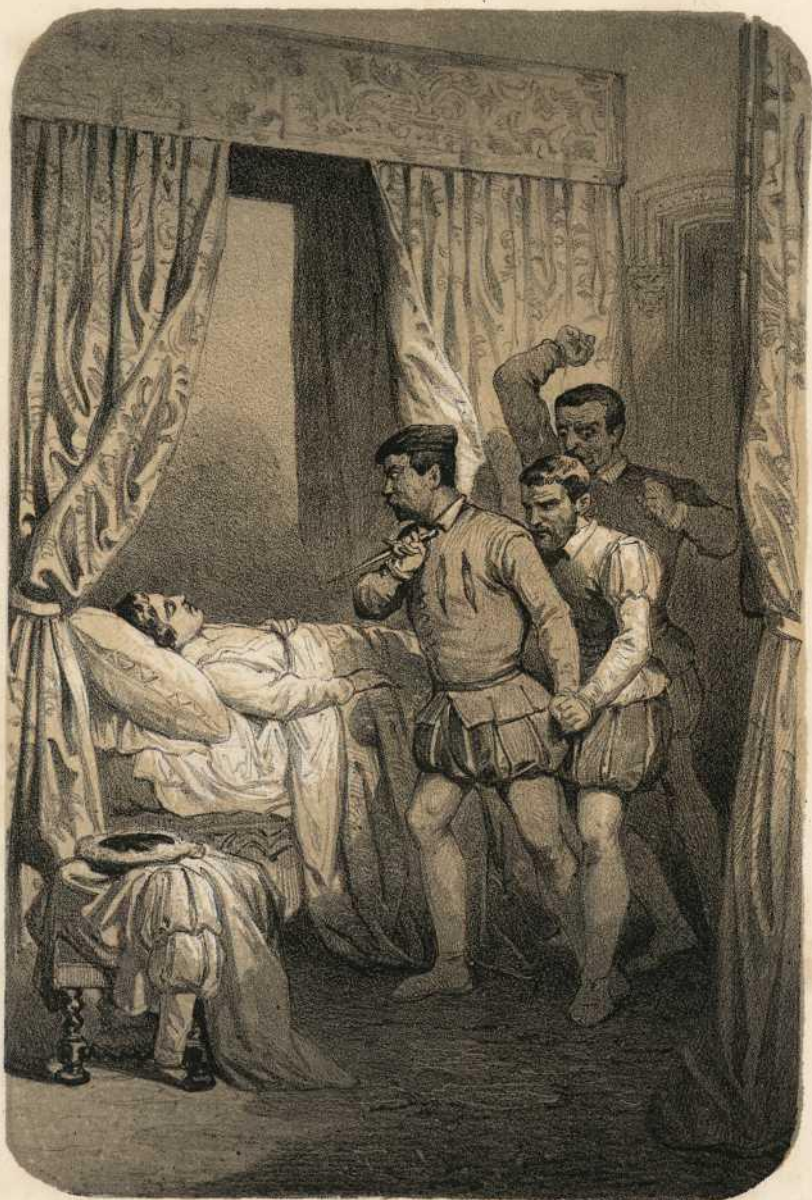
Sonaron las doce. El General, Navarro, Alberto y los dos jefes, dormian tranquilamente y lo mismo sucedia al parecer con los demas individuos del palacio. En este instante, se movió una cortina de raso, de las que habia en el salon del ex-comunero, salió un hombre que estaba oculto detrás de ella, y sin hacer el mas leve ruido se llegó á la puerta de la habitacion y quitó el cerrojo. Se abrió aquella y entró otro, alto, de mal aspecto, que preguntó muy quedo:

— ¿Duermen?

— Como tres troncos, contestó el interpelado.

— Pues entonces despachemos. Llevadme á la cama, le doy una puñalada y escapamos como dos corzos. Cuando quieran perseguirnos, ya estamos en casa del Duque, y dentro de ocho dias en Italia, con diez mil escudos de oro y bajo la salvaguardia del ejército romano. Sin mas, se cogieron de las manos, y conteniendo





C. Mugica dib.^o y lit.^o

Lit. de J. Denton, Madrid.

Entonces Pedro alzó los puños en actitud de caer sobre los asesinos que ignoran su presencia.

hasta la respiracion se encaminaron al lecho de Alberto. Una luz opaca alumbraba aquella estancia: el jóven Conde dormia profundamente, y efecto del calor que hacia, tenia caidas las ropas, abierta la camisa y enseñando el pecho. El golpe fatal podia darse con toda seguridad. Navarro roncaba y el General soñaba; la ocasion era propicia.

Los sicarios, penetraron en la alcoba, se inclinaron un poco para reconocer á la víctima, y seguros de su triunfo se miraron y sonrieron. El mas alto sacó un agudo puñal.

En este instante el leal criado de Silva, que habia seguido á los traidores, se aproximó á ellos. La mano homicida levantó el acero. Entonces Pedro alzó los puños en actitud de caer sobre los asesinos, que ignoraban su presencia, y dándoles un golpe á cada uno en la nuca, fueron derrivados, exhalando un quejido que despertó á los dormidos. Inclinaron estos la cabeza, pero solo vieron dos hombres en tierra y al asistente con el puñal en la mano amenazándoles. Se tiraron de la cama Navarro y el General, el primero cogiendo su espada y poniéndose delante de Alberto, y el segundo llamando á sus criados y pidiendo luces. El Conde permaneció impassible, sin hacer mas movimiento que alargar la mano á su sirviente diciéndole.

—Gracias, amigo mio, no les hagas nada.

Poco tiempo despues, llegaron varios dependientes de Quirós y los capitanes del Emperador.

El jóven se habia salvado milagrosamente, y esta casualidad se debia á lo siguiente: Estando Pedro asomado á una ventana que daba al jardin, vió á uno saltar la tapia é introducirse dentro. Le miró luego sacar una llave, abrir una puerta y meterse en el palacio. El fiel criado sospechó, y desde aquel instante procuró seguirlo y observarlo. Cuando llegó la hora convenida, se fué deslizandó el asesino hasta el umbral del salon. Despues abrieron y penetró; el buen Pedro los espío á larga distancia, hasta que estos intentaron dar el golpe mortal; entonces creyó que era tiempo de obrar, y ya sabemos lo que hizo. Reconocidos por el General, notó que el uno era individuo de su servidumbre y el otro lo ha-

bia sido, y al que despidió hacia ya algun tiempo por las muchas quejas que tenia de su mala conducta. Vueltos en sí, dijeron lo que sabian, impetrando la vida. Concluidas sus declaraciones, uno de los dos capitanes del soberano exclamó:

—Señores, estos hombres quedan bajo mi custodia, mientras mi compañero avisa al Emperador y dispone lo conveniente. No os admire tal determinacion, pues es hija de la órden que tengo.

Sin mas, partió el otro, y al poco tiempo volvió acompañado de varios soldados, que cogiendo á los asesinos se los llevaron y encerraron de órden del César en los calabozos del alcázar.

Cárlós I se hallaba todavia trabajando, cuando le enteraron del hecho y en el acto mandó comparecer ante su presencia á los traidores, á quienes tomó declaracion. En seguida espidió una órden para que prendiesen al hermano del Duque; este sin embargo no fué hallado y corrieron postas en su busca. Lleno de una noble indignacion, dispuso que diez guardias pasasen á la habitacion de San Marcos, con objeto de que no lo perdiesen de vista un solo instante, incomunicándole con todo el mundo. Desde este momento ya no fué un hombre arrestado, sino un preso tratado como criminal. No contento todavia el César, hizo despedir sus deudos y dependientes, selló cuanto tenia en su palacio y mandó cerrar las puertas, quedando las llaves á su disposicion.

El prisionero se hallaba en cama cuando vió entrar en su alcoba los soldados y situarse alrededor de aquella. Lo primero que se le ocurrió fue que Alberto habia sido asesinado, y una dulce sonrisa brilló en su semblante. Se vistió y quiso escribir, pero los implacables carceleros no lo dejaron; llamó á sus criados, y nadie le contestó; estos habian sido despedidos como todos los demas. Media hora despues, oyendo que varios amigos deseaban verlo y no lo conseguian, exclamó:

—Quién se atrevió á dar tales órdenes?. Vive Dios, que lo ha de sentir.

—Moderaos, le dijo el Capitan, si no me veré obligado á encerraros en un calabozo. Lo que se hace, lo ha mandado el Emperador, y de este solo Dios puede vengarse.

—Pero al menos decidme la causa.

—No sé otra cosa sino que debo trataros de ese modo.

—¡Oh, añadió para sí; tanta dureza solo puede causarla la muerte de Alberto! ¡Mi hermano Luis es todo un hombre! y asomó á su semblante la alegría, entregándose á ilusiones que estasiaron su mente largo rato.

Tres horas despues, entraron su padrino y varios testigos. Todos pertenecian á lo mejor de la nobleza española é iban tristes y cabizbajos; se notaba bien claramente, que les costaba trabajo hacer aquel papel y que solo obedecian á una palabra empeñada anteriormente. Al verlos llegar el Duque, se puso pálido, preguntándoles con fingida amabilidad:

—¡Qué hay de nuevo, señores?

—Que es la hora de marchar al palenque, le contestaron.

—¡Ah! creí, replicó conteniendo su asombro, que era demasiado temprano. Y añadió: Decidme, señor Capitan, ¿teneis orden de dejarme partir?

—Y la de acompañaros.

—Entonces cuando gusteis, caballeros.

Sin mas explicacion, salió San Marcos en medio de sus antiguos amigos y de tres oficiales.

Para que nuestros lectores puedan formar una idea completa de lo que eran estos combates, vamos á hacerles una descripcion exacta del que ahora va á tener efecto, igual en un todo á los que refiere la historia de aquella época.

En medio de la plaza Mayor de Madrid, improvisaron un circo con doble valla; la primera tenia cinco pies de elevacion y la segunda seis. Entre ellas levantaron dos tabladillos, frente el uno del otro; el primero estaba ricamente adornado con paños de oro y seda; en medio habia un regio sillón y encima de este un dosel de brocado. El piso se hallaba cubierto con alfombra de seda y oro. Este era para el Emperador. El otro mucho menos esplendido, se destinaba al Condestable. A los costados formando cruz, habia dos tabladillos mas chicos, en los cuales se colocaban los parientes y

amigos de los combatientes. Al lado, pusieron dos tiendas, en las que se armaban los lidiadores.

La hora señalada para la lucha fue las once.

Primero entró el soberano; se sentó en su trono y le dieron una vara de oro, la cual debia arrojar á la plaza cuando quisiera que acabase la pelea. Siguieron al César los caballeros de su casa, Grandes, Príncipes, Embajadores, con una numerosa comitiva de hombres de armas y guardas del Rey. Detras de todos pasaron los trompetas, añafiles y atambores de guerra. Poco despues llegó el Justicia mayor con ropa larga de tela de oro. Su escolta se componia de cuarenta nobles vestidos como él y dos escribanos con traje negro. A estos siguieron los reyes de armas con sus correspondientes estandartes. Hecha la acostumbrada reverencia al Soberano, cada uno ocupó su sitio, encargándose los guardas reales de á pié y de á caballo de circunvalar la plaza y no dejar llegar á nadie. Despues entraron, primero Alberto como desafiador y luego el Duque, acompañados ambos de sus respectivos padrinos, testigos, deudos y amigos. Ambos iban vestidos ricamente con traje de corte. En una magnífica rodela llevaba el primero escritas la condiciones del desafio. Saludaron al Emperador, al Condestable y seguidamente se entraron en sus respectivas tiendas. De allí salieron, llevando cada uno guardadas en un cofre las armas y traje de guerra; se arrodillaron ante un sacerdote, y poniendo la mano sobre los Evangelios, juraron que entraban en aquella lucha por solo defender la honra, y que pelearian como buenos, huyendo de todo medio que no fuese digno de un caballero. Acto continuo subieron los padrinos las armas y trajes al Justicia, el cual los reconoció y pesó; y siendo iguales en todo, y teniendo mas de sesenta libras, que era lo que marcaba la ley, se volvieron á retirar y comenzaron á vestirse, teniendo cada uno un testigo de la parte contraria. Interin, bajó el Condestable y rodeó el circo de caballeros. Hecho esto y estando todo corriente, tocaron las trompetas, y saliendo el pregonero mayor, leyó lo siguiente:

»Manda el Rey y su Condestable, que mientras aquellos caballeros pelearen, ninguno, so pena de la vida, levante ruido, ni desanime á los contendientes con palabras, voz, ni movimiento, ni silbo, ni señal con la cabeza ó mano, ó con algun semblante del cuerpo, ó en otra cualquier manera ayude ó espante, anime, desanime, distraiga, encienda en cólera, ó le haga tomar ó dejar las armas, salvo aquellos que para esto son señalados.»

Concluido el pregon, salieron los combatientes vestidos ya con traje de guerra, y despues de otra porcion de fórmulas, cuyo relato suprimimos en obsequio de la brevedad, se arrodillaron, hicieron un poco de oracion, abrazó cada cual á los suyos y esperaron que la trompeta les diera la señal de acometerse.

Los padrinos, amigos y deudos que acompañaban á San Marcos, eran duques, marqueses, etc.; es decir, lo mejor de la corte; á Alberto le rodeaban Navarro y sus oficiales; los primeros entraron y seguian cabizbajos y tristes; los segundos llegaron y continuaban con aire marcial, noble gentileza, frentes erguidas y miradas risueñas. Causaba placer el contemplar la escolta del Conde, en cuyos rostros estaba retratado el heroismo del valiente ejército español.

Por fin sonó la trompa guerrera y los combatientes comenzaron á andar, hasta que estuvieron á tres pasos de distancia. El Duque, que no pudo convencerse de que Alberto vivía hasta que lo tuvo delante, maldijo á su hermano, por quien ni se tomó la molestia de preguntar, y fuera de sí, despechado y con el valor que presta la desesperacion, corrió en busca de su enemigo. Por la inversa Silva, se dirigió tranquilamente á su contrario, parándole con el escudo, la primera estocada que le tiró. La lucha principió terrible y fiera. Iban los dos completamente forrados de hierro, lo cual hacia muy difiecil darse una estocada. San Marcos, por lo mismo, descargaba á cada paso crueles golpes sobre su rival, los que este se quitaba con la rodela. Aquella pelea tenia que ser tanto mas larga, siendo así, que no pudiendo penetrar las puntas de los aceros el grueso metal que los cubria, era cuestion de tiempo, cuando no de fuerza. Por eso estos desafios eran casi siempre con hachas, y aun asi, rara vez moria alguno en el palen-

que, si bien salían los dos magullados y heridos. Sin embargo de esto, Alberto y el Duque prefirieron las espadas, el primero porque quería matar á su contrario, y el segundo porque no pensaba batirse. El Condestable accedió á este deseo porque le era igual.

· Siguió aquel descargando cuchilladas sobre el Conde, mientras este impávido y sin moverse las iba parando, quitándose á la vez las estocadas que dirigía á las uniones de su armadura. Los espectadores tenían fijas las miradas en los dos, con gran ansiedad, esperando que cayese uno en tierra ó que el Emperador arrojase la vara y concluyera el duelo. Pero Cárlos, atendiendo únicamente á la lidia, ni se acordaba de tal vara ni pensó arrojarla, en esta ocasion.

Reinaba un silencio sepulcral; tristes todos los rostros, solo los ex-comuneros se sonreían viendo el combate, queriendo decir con aquella alegría: la victoria es de Alberto. Por el contrario una parte del público que no conocía al héroe de Monteagudo, notando que solo estaba á la defensiva, aguardaba verlo rodar á uno de los golpes que le descargaba su enemigo. Eran los menos los que comprendían la calma de Silva y preveían sus consecuencias. Hasta San Marcos llegó á creer la facilidad de vencerlo, mareándolo antes y acuchillándolo por todas partes. ¡No conocía el insensato, que el aturdido era él y el único que gastaba sus fuerzas inútilmente.

Trascurrió un cuarto de hora; la ansiedad crecía por momentos, y ya hasta el Emperador y Navarro estaban contristados, cuando el Conde miró á Cárlos I; este le devolvió su mirada diciéndole «ya es tiempo», en cuyo instante y por primera vez dirigió su espada al pecho del Duque; la corrió arriba, y metiendo la punta por la union del casco y la coraza, la clavó en la garganta de su antagonista, dejándolo muerto en el acto. Cayó al suelo, sin que una gran parte adivinaran la causa, pues su adversario tardó dos segundos en esta operacion. Al instante acudieron los padrinos de uno y otro, levantaron á San Marcos y entonces el público vió con gran sorpresa correr la sangre de su mor-

tal herida. Un rumor general cundió por todas partes corroborando la admiración de que se hallaban poseídos.

Alberto se retiró tranquilamente á su tienda, sin orgullo, ni altanería y sereno como si nada hubiera sucedido. Pronto se vió rodeado de cuantos nobles y caballeros presenciaron el lance, los cuales se disputaban el honor de estrechar su mano y darle el parabien.

Poco tiempo despues fue trasladado el cadáver á la iglesia y de allí al panteon.

Los ex-comuneros llevaron al jóven Conde á su casa, donde á solas le abrazaron y hasta lo besaron.

Para que la ovación fuese completa, entró el General, y estrechándolo fuertemente contra su corazón, le dijo:

—El Emperador me ha entregado esta carta para vos; viene sellada con su imperial escudo y escrita de su puño y letra; si me lo permitís quisiera leerla en voz alta.

—Hacedlo, sí, contestó; todos los que están aquí son mis amigos, mis compañeros... ¡Qué digo! mis hermanos.

Entonces Quirós abrió el billete y leyó:

Mi querido Conde:

«Estoy satisfecho de vos; es mas, os contemplo como el mejor tipo de la bizzarria española.

»Mañana paso revista á mi ejército de Madrid; á mi derecha llevaré al portador de esta; quiero honrar la nobleza y el mérito. A mi izquierda ireis vos, como jefe de mi escolta; deseo enaltecer el heroismo castellano.

»Desde hoy pertenecéis á la insigne órden de Montesa.

»Concluida la gran parada me acompañareis á comer. Por la noche os presentaré en el palacio del Valle y pediré para vos la mano de Maria. Será dia muy ocupado para mí; nombrad la escolta que nos ha de seguir al Valle.

»Quedais en el derecho de pedirme una gracia; tenedla por concedida.

«Si alguna vez me tratan de injusto, ya comprendereis que no tiene la culpa, vuestro afectismo

CARLOS.»

Despues de los elogios hechos á tan generoso señor, tomó Alberto la palabra, y dirigiéndose á los ex-comuneros esclamo:

—Señores, va á llegar el momento de partir á conquistar en el campo del honor la gloria que la patria, el Emperador y nuestro nombre reclaman. Sois valientes, estais sedientos de triunfos y los vais á adquirir. Pienso echar de Fuenterrabia á los franceses, deseo combatirlos, despues vencerlos y entrar en sus Estados. ¿Quereis acompañarme y partir conmigo las fatigas y laureles?

—¡Sí! sí! contestaron.

—Pues bien, ireis á mi lado y seremos la vanguardia del ejército español. Con vosotros, no os adulo, soy capaz de todo.

—Y nosotros, replicó Mendoza, con vos y Navarro desafiamos al mundo entero.

—Muy bien, disponeos para la marcha; orden y disciplina y la victoria será nuestra. Mañana os pasará revista el Monarca; vuestra compañía debe presentarse digna de sus jefes.

—Descuidad.

—Os nombro para que formeis la escolta del Soberano; vos la mandareis Navarro.

En este instante se presentó un paje y avisó que varios magnates deseaban ver á Silva.

—Vamos, pues, señores, dijo Alberto; teneis derecho para participar de esta ovacion.

Y el Conde en medio de sus compañeros, llevando á la derecha al General, pasó al salon y fueron recibiendo á los cortesanos, siendo de notar, que los mas solícitos eran aquellos que habian tenido intimidad con el Duque. Despues entraron muchos nobles y multitud de oficiales. No hubo persona decente en la villa, que no anhelara verlo y felicitarlo. Sabidas las dos infamias de San Marcos y la bizzarria del jóven, todos ansiaban conocerlo. Pronto se estendió

su fama por España y poco despues por Europa. La fortuna seguia á nuestro héroe de una manera prodigiosa.

Hasta las siete de la noche lo tuvieron de pié; libre ya de visitas exclamó, dirigiéndose á Quirós:

—Pronto se ha pasado el dia; si os parece comeremos, pues yo todavia no he almorzado.

Entonces el General obligó á los oficiales á que les acompañasen. La agradable sorpresa que recibió el anciano jefe la noche del festin, con el lujo desplegado por los ex-comuneros, era en este momento devuelta á estos, pues la habitacion destinada al efecto, estaba adornada ricamente, y un espléndido banquete aguardaba á que los convidados gozasen cuanto quisieran. Navarro decia:

—Gran señor, os quereis vengar del mal rato que os dimos; sea así.

—Esta reunion la motiva Alberto, y debia ser digna de él. Comamos, pues, y celebremos al héroe.

Dieron principio, y cuando ya el vino comenzó á producir sus naturales consecuencias, promovió el Conde una polémica sobre el sitio y toma de Fuenterrabia, dividió los pareceres y dejándolos enredados en una disputa acalorada y eterna, salió de allí sin ser visto. Navarro, el General y los restantes continuaron largo rato debatiendo, hasta que por último se cansaron de comer, beber y cuestionar. Llegado este instante, echaron de menos al mancebo, preguntaron por él, y contestando un paje que se habia dirigido al jardín, bajaron en su busca, recorrieron éste, pero no parecia. Se llamó á Pedro, y tampoco estaba. Confusos los amigos del jóven é imposibilitados la mayor parte de discurrir, por los efectos de Baco, trataban de echarse á la calle, cuando oyeron el escape de dos caballos, se abrió la puerta y entraron Silva y su criado, trayendo los potros cubiertos de espuma.

—¿Me buscabais, señores? dijo el capitan riéndose; habeis hecho mal, pues estaba á tres leguas de aquí; esto es, en el valle, hablando con la bella Maria. ¿Qué os parece mi caminata?

—Buen chasco nos habeis dado, contestó Mendoza; creimos

que... no sé lo que era, porque nuestras cabezas tienen todavía algo... Esa maldita cuestión que promovisteis... sino ya es fácil que se me hubiera escapado á mí.

—Lo que os interesa á vos, dijo Navarro, á mí y á todos es dormir; con que, señores, hasta mañana.

Y se retiraron á sus respectivas viviendas.

Alberto y el General se dirigieron á la alcoba; pero al llegar el primero estrechó la mano de su anciano amigo diciéndole:

—Descansad vos, yo lo haré luego.

—¿Quéreis que os acompañe?

—No.

—¿Necesitais alguna cosa?

—No.

—Sois ingrato conmigo.

—Si fuera cierto, seria un miserable. ¿Por qué me lo decis?

—Bien lo sabeis; cuanto tengo es vuestro, y sin embargo solo aceptais mi casa y mi mesa; estoy imposibilitado de llamaros hijo... Navarro ya es otra cosa...

—¡Qué bueno sois, padre mio!.. ¡Oh! he admitido tambien vuestro dinero, vuestra proteccion y la alta merced de besar esas canas, honra y prez de nuestro ejército. Si ahora os economizo oro es porque lo necesito todo para emprender mi nueva campaña. Lo ois, todo el que poseeis.

—Yo creí que lo rehusabais...

—Pues lo quiero; vos teneis bastante con vuestra renta; y para que veais que el ingrato sois vos, os juro vivir siempre á vuestro lado, esceptuando el tiempo que pase en la guerra.

—Gracias, hijo mio, eso os lo que yo anhelaba. ¿Con qué decis que vais?..

—A la capilla.

—¡Ah!..

—Descansad y hasta luego.

Salió efectivamente, llegó al altar, y separando los almohadones de terciopelo que tenia delante, hincó sus rodillas en tierra y en alta voz exclamó:

—¡Señor, vuestra Divina Majestad, ha dado á mi alma nobleza, á mi corazon un valor espeçial y á mi cabeza un entendimiento elevado. Gracias, mi Dios; pero esas sublimes dotes, cuestan mucho cuando no se emplean bien: inspiradme, almo Señor, guiadme, ayudadme, ó confundidme en este momento. Voy á combatir contra los enemigos de mi patria, asi lo quiere mi destino: si mi causa es justa, hacedme mas fuerte y entendido en los combates. No abandonadme nunca, Padre mio; sea justo y lleven siempre mis acciones el sello de esa hidalguia, que tuvisteis á bien depositar en mí!

Hizo Alberto una pausa, y dirigiéndose al cielo continuó:

—Conde de Silva, ya estais vengado; el cielo lo ha dispuesto así. En vos se cebó la desgracia y el sufrimiento, en mí la suerte y la gloria; Dios es justo; pues que os hallais á su lado, mientras que yo devuelvo á vuestro apellido toda la honra que vos ambicionabais. Padre mio, rogad al Eterno por vuestro hijo.

Salió el jóven de la capilla, hizo pedazos la carta que motivó el duelo, y arrojó los pedazos al aire exclamando:

—Duque de San Marcos, que Dios te perdone!

En seguida se acostó y quedó profundamente dormido. Su blanca y hermosa frente estaba completamente despejada, retratándose en ella toda la apacible tranquilidad que existia en su alma. Este dia fue uno de lo mas dichosos que tuvo. Hasta ahora habia vencido dificultades, desde este momento en adelante iba á intentar imposibles; pero sigamos su camino y continuaremos admirándolo.

Eran las doce del primero de Setiembre. Casi todo Madrid estaba reunido en la larga pradera de San Fermin contemplando parte de aquel ejército español, que fue el primero del mundo en esta venturosa época del valiente y entendido Cárlos I de España y V de Alemania.

Habia formados en buen órden hasta veinte mil infantes y dos mil caballos, sin contar el personal de la artilleria, ingenieros, etc., etc. En todos los rostros se notaba cierta ansiedad que

no bastaba á destruir la algazara, animacion y variedad de tanta gente. Era porque aguardaban mirar de cerca al gran César, á su querido Emperador. Este debia pasar revista á sus tropas y ya se aproximaba el momento señalado. Pasó un cuarto de hora y varios cañonazos, acompañados del toque á vuelo de las campanas, anunciaron que el soberano se dirigia á la pradera. Cinco minutos despues se vió una gran polvareda, y acto continuó apareció en medio de Alberto y del General Quirós, seguido de su corte y de una numerosa escolta.

Un viva al Monarca fue corriendo de boca en boca hasta que no hubo militar ni paisano que no lo hubiese repetido tres veces por lo menos. El jóven soberano saludaba á la multitud con su acostumbrada amabilidad, mientras que el público contemplaba con entusiasta placer aquella hermosa cabeza rubia, esperanza y consuelo de un pueblo honrado y valiente.

A galope tendido pasó Carlos y su escolta por delante del ejército. Paró á la cabeza y dió la órden de formar en batalla. Hecho esto, mandó desplegar guerrillas y en seguida comenzaron á evolucionar. La compañía de Navarro con su capitán al frente operaba á bastante distancia del Emperador. Se componia esta de quinientos caballos, pues en la época á que nos referimos habia *batallon de caballeria* que tenia cinco mil hombres. Esto no debe estrañar á nuestros lectores, sabiendo que el ejército aquel no se parecia en nada á los del dia. Silva, dominando aquel cuadro guerrero, se fijó principalmente en los ligeros que mandaba su amigo. Se estaba en el recio de una gran pelea figurada, y en los momentos en que cargaba la caballeria, cuando entusiasmado y sin cuidarse de nada exclamó:

—¡Bravo! esa compañía hubiera arrollado una division, con esa maniobra tan rápida y acertada.

—¿Qué decis, Alberto? preguntó el Emperador sorprendido.

—Mirad, señor, á Navarro; allí, á la izquierda; ved cómo ha cargado y envuelto á aquellas masas de infantes. ¿Qué os parece?

—¡Corramos allá!

Y llegaron al sitio en los momentos en que, desordenada una parte de los de á pié marchaban los soldados sin direccion, y voceaban los jefes sin concierto.

—General Velasco, gritó el César á uno de su escolta muy entendido; mandad esa division y poned en huida, si podeis, á esos ligeros, que han descompuesto la evolucion y desconcertado esas masas.

Sin detenerse un segundo, rehizo aquel la fuerza y cargó contra los quinientos caballos de Navarro. Sorprendidos estos por el acierto del nuevo gefe, que operaba contra ellos, y teniendo ya encima siete mil hombres, no les quedaba mas recurso que tocar retirada ó perder con otra derrota la victoria ganada. Comprendido esto por el ex-comunero, dió la órden de replegarse, y ya lo estaban haciendo con un órden admirable, cuando se les puso delante Alberto, que sin consideraciones á la posicion que ocupaba ni á su padre adoptivo, esclamó:

—¡Alto!

Los soldados vacilaron; pero viendo la respetuosa obediencia de sus jefes, pararon. Acto continuo el enemigo se quiso echar encima, arrollándolos y cortándoles la retirada. Entonces Silva, puesto al frente de la compañía, dividió esta en varias partes, dió las voces que le parecieron oportunas y se lanzaron sobre el enemigo. Tres minutos que duró la carga, bastaron para volver á descomponer la infanteria, y tres mas para ponerla en completo desórden. Todos los esfuerzos del general fueron inútiles; él, los oficiales y soldados corrian aturdidos sin saber qué hacer. Alberto sin perder tiempo se volvió al lado del Emperador; para lo que restaba, sobraba con Navarro. Poco despues llegó Velasco con la cabeza baja, y lleno de rubor, le dijo al soberano:

—Señor, esos quinientos caballos valen tanto como el resto del ejército que está operando.

—¿Qué te ha sucedido con ellos? Pues qué, no los habias obligado ya á emprender la retirada?

—Señor, Alberto que los ha mandado podrá contestar á V. M.

—Silva pertenece hoy á mi escolta, y esta no ha tomado parte.

—Señor, dijo el jóven, sin órden de V. M. he dado unas cuantas voces de mando...

—¿Y qué os habeis propuesto, faltando así á vuestro deber?

—Daros á conocer la compañía que muy en breve estará dentro de Fuenterrabia, si V. M. me lo permite.

—Antes de que fueseis ya vi lo que era. Habeis lastimado á Velasco, y esto merece un castigo; ¿no es verdad general?

—Señor, este niño me ha dado una leccion, la he tomado, se la he agradecido y lo he admirado.

—Es verdad; no en balde tienes mi aprecio y consideracion, pues unes al valor é inteligencia una modestia sin mezcla alguna de vanidad. Id los dos y dad las gracias en mi nombre á Navarro y demas individuos de esa compañía. El resto del ejército, y hasta el pueblo, habian contemplado sorprendidos la rapidez y maestria de los lijeros, el talento de su Capitan y el del Conde. El nombre de este último corria ya de boca en boca y su prestigio iba ensanchando de un modo asombroso.

Acabado que hubo el ensayo guerrero, fue la tropa desfilando por delante del Emperador. Cada compañía dió un viva á su soberano, esceptuando la de Navarro, que echó tres, dos al César y uno á Alberto, que fue contestado tambien por el pueblo. Cárlos se sonrió y dijo al Conde:

—Seguid así hasta que llegueis á darme celos:

Despues se puso en marcha la régia comitiva, atravesando por entre oleadas de gentes, que llenas de entusiasmo victoreaban á su Rey y elogiaban á Silva. Al salir de la pradera, otra inmensa multitud obstruia el paso, ansiosa de contemplar al César. Aquí hubo un incidente que merece relatarse: en lo mas alto de un cerro, estaba encaramado un anciano militar, desde cuyo sitio dirigia su voz á las masas, esplicándoles todo lo que pasaba, y enseñándoles los personajes principales que veia cerca de él. Cuando llegó el Emperador, dió un fuerte viva y despues añadió:

Vedlo; el del medio es nuestro soberano; ese jóven rubio, tan hermoso como valiente; el de la izquierda, es Alberto de Silva, el héroe que mató á San Marcos! Mirad, mirad: entre aquellos

árboles lo quisieron asesinar; ¿veis esos palos? pues son del patíbulo que van á levantar para ahorcar á sus dos últimos asesinos; la justicia ha querido, que en el mismo sitio donde intentaron matar al noble conde de Santomera, la primera vez, allí mueran los perros traidores.

Iba la comitiva tan despacio, que Alberto pudo oír perfectamente cuanto acababa de decir el orador del pueblo. Cuando éste señaló el sitio donde estaba la horea, aquel dirigió su vista y la miró. Creyó que diría verdad el viejo militar, y llamando la atención de Cárlos le dijo:

—Señor, aquellos mástiles, son los preparativos de un cadalso.

—¿Y bien? replicó el César parándose.

—Señor, ahí deben espirar dos hombres, que quisieron matarme, ¿no es verdad?

—Sí, morirán pasado mañana.

—Señor, perdonadlos y estamos en paz de la gracia que me debe V. M.

—¿Qué me pedís?

—Lo que me teneis ofrecido, señor.

—Capitan, dijo el Emperador á uno de los jefes que lo acompañaban, id á participar á los reos que hay en capilla, que están perdonados, y que esa merced se la deben al conde de Santomera. En marcha.

Y ya mas desembarazados, partieron á galope.

El pueblo que contemplaba á su Rey, oyó el diálogo, y se enterneció. Pocos minutos antes pedia á gritos la muerte de los sentenciados; ahora admiraba la generosidad del ofendido. Pobre gente, que se creia dichosa mirando á los héroes que no podia comprender! Por instinto los conocia, y por condicion generosa los elogiaba.

El soberano dió este dia una espléndida comida, á la cual asistieron el cuerpo diplomático y parte de la Grandeza, con otra porcion de gerarquias militares.

Concluida la recepcion se encerró el primero con Silva y Quirós, y despues de mirar detenidamente al segundo, le dijo:

—Esta mañana me habeis probado lo que valeis, Alberto. Vos mismo os admirasteis al ver la habilidad con que Navarro operó, y sin embargo, cinco minutos despues, hicisteis vos mil veces mas que él, siendo la primera vez que os hallasteis entre un ejército numeroso.

—Gracias, señor; vuestra bondad me considera demasiado.

—No, Conde, os hago justicia. Veo que os ruborizais... Hablemos de otra cosa. ¿No sabeis que los franceses de Fuenterrabia han recibido refuerzos considerables?

—Lo ignoraba, pero eso no importa.

—¡Estais en vuestro juicio! ¿Con que no vale la pena el que se halle su guarnicion mas fuerte y provista?

—Ya era lo suficiente para hacer muy difeíl la toma de la plaza.

—Es verdad, pero ahora lo será mas todavia.

—Un poco mas, efectivamente.

—Y cada vez irán creciendo las dificultades, y cada dia que pasa cae nueva humillacion sobre nuestro Imperio, sobre la altiva España. ¿No os parece deshonoroso que el rey Francisco I tenga una perla de mi corona?

—Si, señor... muy deshonoroso.

—¡Es una mancha que me avergüenza!

—Señor, dijo Alberto participando de la ira de Carlos, yo la lavaré y desharé las flores de lis del estandarte frances.

—¿Vos?

—Yo.

—Os creo capaz; pero el tiempo corre y el borron se estiende y arraiga.

—Señor, ¿me dais permiso para partir al momento en busca de Fuenterrabia.

—Si, mañana por la tarde. Pedid lo que os haga falta.

—Necesito toda la gente que manda Navarro y... esto es mucho, pero de todo punto indispensable; deseo un documento por el cual represente á V. M.; pues si he de conquistar la plaza debo mandar solo, sin herir la susceptibilidad de los que se crean mis jefes.

—Estended, dijo Cárlos al General, una órden para lo primero y un decreto para lo segundo; decid en este, que el conde de Santomera será obedecido como mi misma persona. La compañía de ligeros formará su escolta. ¿Qué mas necesitais?

—Dinero, valor é inteligencia; lo uno lo da Quirós, lo otro lo llevo en mi corazon y en los bravos que me acompañan, y lo tercero, Dios lo pondrá sobre mi frente.

—¿Quereis que os lo deba todo?

—Deseo servir á V. M. como se merece.

—Está bien; conceded á mi nombre las gracias que creais de justicia, sin prodigar, pero sin que nadie se os olvide: me dareis parte de las que otorgueis, para ratificarlas en el acto. Sed recto.

—Lo seré, señor.

—¿Habeis concluído, General?

—Puede firmar V. M.

Rubricó y selló Carlos, entregó los documentos al Conde y añadió:

—A las cinco partireis mañana. Ahora vamos al valle; venid vos tambien, Quirós.

Bajaron los tres, montaron á caballo en el patio del alcázar, y al salir se les incorporaron Navarro y sus oficiales; el César los fue saludando uno por uno, esclamando despues:

—¡Magnífica escolta, Alberto; no espero tenerla mejor en el resto de mi vida!

—Gracias, señor, dijo el Capitan, mirando á los suyos, que erguian las frentes con noble orgullo.

—¡A escape! gritó Cárlos, y corrieron en menos de una hora las tres leguas que les separaban del valle. Llegaron á la puerta principal del palacio, y salieron varios criados, que cogieron de los diestros los caballos del Emperador, del General y de Silva.

—Navarro, dijo el primero; mandad echar pié á tierra; pasad todos al jardín, donde podreis permanecer hasta que os avisen. Clotilde y María estaban en uno de los salones principales, esperando con ansiedad la llegada de Cárlos, pues ademas de hacer

cinco dias que no las visitaba, les sobrecogió verlo llegar acompañado de tanta gente.

Al entrar le estrecharon las dos, y le preguntó la madre.

—¿Os ha sucedido algo? Estas palabras fueron pronunciadas con el acento mas cariñoso.

—No; estoy bueno y nada debo temer. Dirigiéndose luego á la habitacion inmediata, exclamó.

—General, Alberto, entrad: os presento, al valiente Quirós y al héroe Silva; son mis muy particulares amigos.

Se sentaron acto continuo, y por casualidad tocó al Conde estar al lado de María. Esta tenia el rostro como el carmin. Alberto, descolorido siempre, permanecia sereno, si bien participaba de la alegría de su amada; ambos se miraban sin cesar y salian de sus ojos chispeantes ráfagas que abrasaban sus corazones. La madre, en extremo sorprendida, aguardaba el desenlace de aquella entrevista, asustada con el descarado amor que despedian las miradas de su hija y las del Conde.

El Emperador tomó la palabra y dijo:

—Clotilde, encerrada entre estos muros no sabreis nada de lo que pasa en Madrid; voy pues á enteraros de un acontecimiento que acaba de tener lugar: ha muerto el duque de San Marcos.

—¿Qué decis?

—Ya lo habeis oido.

—¿Lo han asesinado?

—No, ha perecido á manos de un valiente caballero, que lo retó al palenque.

—Señor, ¿cómo habeis consentido tal desafío?

—Porque estaba interesado el honor de ambos, y porque las leyes les daban derecho á ello.

—¡Pero si vos lo hubierais prohibido!..

—Yo nunca me opongo á lo que es justo.

—¡Perdonad, señor!..

—Pasemos á otra cosa. Vos ignorais que Maria está enamorada.

—¿Me vais á dar otra mala noticia?

—No, muy buena. La niña ama al Conde de Santomera.

—¿Cómo lo sabeis?

—Porque me lo han dicho ellos y basta mirarlos para conocerlo.

—Si eso fuera cierto, mi hija seria digna de...

—De nuestro cariño, por que Silva es el caballero mas cumplido que tiene España.

—Siendo asi...

—A si es; y vengo esta noche á pedirlos su mano para él, que hoy es solo capitán, pero que antes de poco será acaso la segunda persona de mi Imperio.

—Señor, si vos lo quereis, suya es.

Concluido ese diálogo, enteró el César á las dos del viaje que el jóven iba á emprender; hablaron de la guerra, del desafio de San Marcos, del porvenir y de otras varias cosas, que no háy para que citar. Mientras esto acontecia, los enamorados se separaron un poco y entre mil protestas cariñosas se juraron muchas veces amor y fidelidad eterna, y concluyeron por despedirse hasta el siguiente dia, quedando la tierna Maria vertiendo lágrimas. Salieron de allí, llegaron todos á Madrid, dejaron al Emperador, al Conde y al General en palacio y los otros marcharon al cuartel á prepararse para la partida.

A las doce de la noche volvió Alberto á casa de Navarro y le entregó un nombramiento de obispo para su tío, el cual estaba presente y lo recibió diciendo:

—Os lo agradezco, señor Conde, y lo acepto, aun cuando ya no lo ambicionaba. Mi sobrino no necesita de mí, tiene bastante con vos.

Se despidió el jóven del canónigo y se retiró á descansar.

Al dia siguiente, á las cinco en punto, salieron para Fuenterrabia los ex-comuneros, Silva y los quinientos ligeros, llevando lo necesario para la campaña que iban á emprender y todo el oro del General.

A las tres leguas dejaron el camino real y se dirigieron al valle. Allí les esperaban Cárlos I, Quirós, Clotilde y Maria. Subió Alberto, se despidió de los cuatro y no pudiendo seguir contemplando la aficcion de su amada, los estrechó á todos, recibió las bendi-

ciones del General y de Clotilde y montó á caballo. El Monarca salió á un balcon y desde allí preguntó al Conde:

—Señor Duque, ¿cuando venis por vuestro nombramiento?

—Antes de un mes, señor, le contestó, y volviéndose á los suyos, exclamó:

—¡Viva el Emperador!

—¡Viva! repitieron todos.

—¡Victoria ó muerte!

—¡Victoria ó muerte! gritaron tambien, y los ecos de estos guerreros vibraron en el aire como el estampido del cañon.

Carlos lleno de júbilo les dijo:

—¡Marchad, mis valientes, Fuenterrabia será de España.

—¡A escape! exclamó Alberto. ¡A vencer ó morir!

—¡Morir ó vencer! contestaron quinientas voces, capaces de aterrar á los mas bravos. Y metiendo espuelas, corrieron con tanto valor y entusiasmo como pudo tener el Cid y Gonzalo de Córdoba.

CAPITULO XIII.

Campo de batalla.—Sitio de Fuenterrabia.—Heroicidades de Alberto y de los ex-comuneros.—Capitulacion y toma de la plaza.—Silva regresa á Madrid.

HENOS ya en Fuenterrabia. Sepamos antes de oír lo que nos cuentan las crónicas, respecto al sitio y toma de esa plaza, qué gente la defendía, quiénes la sitiaban, y qué medios se empleaban en el ataque y defensa entre sitiadores y sitiados.

Fuenterrabia, situada en la provincia de Guipúzcoa, dista siete leguas de Tolosa, y era en la época que pasa nuestra historia una fortaleza marítima, defendida por gruesos y elevados muros, en los cuales había buena provision de cañones. Tenía ademas varios castillos, zanjas, puentes y un hermoso muelle, en cuyos estremos se elevaban dos torres, que resguardaban la entrada. Los alrededores de esta antigua y famosa ciudad, eran tan pintorescos como el resto de la provincia.

Detras de las murallas se escondía una guarnicion de veinte y cinco mil hombres, compuesta en su mayor parte de franceses. Es-

ta gente era súbdita de Francisco I, dueño de la ciudad por derecho de conquista. El rey de Francia mantenía allí ese ejército, por solo el placer de humillar á España, arrancándole y conservando esa joya de su diadema imperial. Desde el primer día, hasta el último que la tuvo, hizo los mayores esfuerzos por retenerla, no perdonando medio ni sacrificio alguno para llenar su propósito. Así es, que la respetable suma de hombres que la custodiaba, era valiente, aguerrida y se hallaba provista de cuanto le hacia falta para sostenerse allí. Tres jefes principales tenia, Frange, Estillac y Don Pedro de Peralta, marqués de Córtes. El primero hacia de general en jefe y el otro de segundo; ambos eran franceses, mientras que el tercero, hijo y caballero de Navarra, mandaba ochocientos ó mil soldados, navarros también, con los cuales se pasó al enemigo; éste obtuvo voto en las deliberaciones de generales y era reconocido como tal.

Pasemos ahora al campo sitiador: aquí tremolaba la bandera imperial de España, defendida por cuarenta mil soldados, en su mayor parte españoles, si bien habia bastantes alemanes y algunos suizos. Sus jefes superiores eran el Condestable, el virey de Navarra, tres generales y varios duques, marqueses y condes que guerreaban con sus propios vasallos y tenían voz y voto en los consejos. Este magnífico ejército español, poseia la artillería suficiente para sostener aquel sitio, buenos y abundantes víveres y un terreno salpicado de casas y tiendas de campaña donde guarecerse. Cada vez iba estrechando mas el sitiador al sitiado, y ambos demostraban un valor y arrojo dignos de aquellos tiempos, donde se peleaba en toda regla. Sin decidirse la suerte por unos ni por otros, amaneció la mañana del día diez de Setiembre. Un sol claro y hermoso comenzó á asomar sus rayos por Oriente; se tocó diana, y la gente, que habia dormido tranquila, se levantó presurosa, formó como de costumbre y recibió la orden del día. Nada de particular se les mandaba, sino que esperasen en sus sitios, ínterin el consejo que acababa de reunirse, disponia lo mas conveniente.

Hacia media hora que los jefes superiores deliberaban; el cam-

pamento estaba sosegado, y nada interrumpía la algazara, júbilo, voces y ternos de los sitiadores, cuando de pronto se oyó el clarín que anunciaba un accidente extraño. El campo quedó en el mas profundo silencio; corrió un ayudante y volvió al poco tiempo, entró en la tienda donde se hallaban reunidos los generales, y les dijo:

—Señores, nuestras avanzadas del camino real avisan la llegada de quinientos ligeros, mandados por el capitán Navarro: vienen por orden del Emperador.

—Disponed, contestó el Condestable, que les dejen el paso libre y que se acerquen aquí. Marchad.

Cinco minutos después, atravesaron aquellos cubiertos de polvo, á escape tendido. Los caballos iban arrojando espuma y los ginetes negros de tanto sudar y correr.

—¡Bien! bien! gritó el ejército, admirando la maestría y buen aspecto de aquella gente.

Llegaron á la tienda, se apearon los dos capitanes y sin cumplimientos entraron en el Consejo.

—¿Os manda el soberano? preguntó secamente el Condestable.

—Si, contestó Alberto.

—Está bien, añadió el general en jefe, se os va á designar vuestro puesto...

—Señor, replicó el Conde, lo está ya por mí y el de la compañía de Navarro tambien, pues esos quinientos ligeros son la escolta que el Monarca me concede, para que me acompañe á todas partes.

—¡Quinientos hombres! exclamaron todos admirados. Eso no puede ser.

—Ved.

Cogió el anciano General un papel que le dió el joven y leyó:

«Los quinientos caballos que manda el Capitán Navarro, formarán la escolta de mi muy valiente amigo Alberto de Silva, conde de Santomera.

CARLOS I.

Al oír aquel nombre, se levantaron volviendo á esclamar:

—¡El capitán Silva!

—Sí, señores.

—Sois dueño, añadió el Condestable, de hacer el uso que gustéis de ella, señor Conde; ¿quereis alguna cosa mas?

—Mirad ese otro escrito; y leyó el General:

«Mi muy noble y querido amigo: el capitán Silva será respetado y obedecido como mi misma persona, en los estados del Imperio; y téngase entendido, que en planes, consejos y disposiciones, representa á nuestra augusta majestad, y como á tal será oído su mandato.»

Al acabar, se descubrieron todos, incluso el Condestable, que con su gorra en la mano le dijo:

—Señor, os reconocerá el ejército como al representante del Emperador; mandad: desde este instante sois aquí el jefe absoluto.

—Continuad vuestro plan de operaciones y seguid disponiendo lo que creais conveniente. Quiero que el ejército vea en mí un simple capitán; si alguna orden tuviese que dar, la comunicareis solo vos. No he venido á menoscabar el poder de ninguno de vosotros; me trae aquí el intento de ayudaros á tomar á Fuenterrabia y á que desaparezca de España ese negro borron, que la humilla. Seamos amigos, compañeros; deseo que entre nosotros lo mismo que entre los oficiales y soldados, reine la mayor armonia, para que así nuestros esfuerzos no se estrellen ante nuestras discordias. Union y valor, y la victoria será nuestra; ¡aysi alguno pretendiese lo contrario! en la misma mano que encierro la recompensa del valiente, guardo la sentencia de muerte para el que se atreva á estorbarnos el paso.

Hizo una ligera pausa y continuó:

—Condestable, en lo que resta del presente mes, deberá estar esa plaza en nuestro poder; así os lo ordeno en nombre del Soberano; los medios que hemos de emplear para conseguirlo

serán aquellos que conduzcan mejor al objeto deseado. Mañana á esta hora, reunireis el Consejo, y en él se adoptarán los mas convenientes. Interin, dad á conocer esta contraseña al ejército, pues con ella deberé yo y los míos visitar el campamento sin hallar quien nos lo impida. Señores, contad todos con mi amistad y aprecio. Ahora permitid que me retire á descansar, pues hace tres noches que no he dormido.

—Señor Conde, dijo el Condestable, aceptad mi tienda...

—Gracias, señor; nada de distinciones ante el ejército: aquí representaré al Emperador; pero nada mas que aquí.

Estrechó Alberto las manos de cuantos allí habia, montó á caballo y se dirigió á la izquierda del cerco, donde hizo alojar la tropa; haciéndolo él, Navarro y sus oficiales en una casa inmediata.

Al salir de la tienda recorrió el Condestable las cortinas y dijo á los que le acompañaban:

—Ved qué gente trae el conde de Santomera.

—¡Magníficos ginetes! contestó el virey de Navarra; ¡oh! conozco á sus jefes y sé lo que valen.

—Sí, son valientes y capaces de todo; pero el que ahora los manda vale mucho mas: Silva es un héroe.

Siguieron nuestros generales hablando del jóven Conde, elogiando sus hechos y bizarría, y al concluir dieron las órdenes para que nadie le molestase y para que fuese obedecido. Y se retiraron, pues nada se pensaba hacer, interin no tuviera lugar el Consejo del dia siguiente.

El Condestable, satisfecho de su conducta, deseaba entrar en esplicaciones con el representante del Trono, y desde este instante se ocupó en reunir los datos necesarios para dar cuenta é ilustrar al nuevo jefe.

Alberto durmió cuatro horas; se levantó, despertó á los que le rodeaban, comieron y cuando estaban en los postres, dijo á Navarro:

—Sabeis, amigo mio, de algun oficial que sea valiente, entendido y que conozca perfectamente Fuenterrabia?

—Sí.

—Pues convidadle á dar una vuelta por cerca de las murallas de la ciudad. ¿Querrá venir?

—¡Qué ha de hacer! habiendo peligro no puede negarse un buen soldado. Esperad.

Salió, y al poco tiempo volvió acompañado de un teniente, de cincuenta años de edad, lleno de cicatrices, y de un aspecto tan guerrero como el de nuestros oficiales. Al ver al Conde, le alargó la mano diciendo:

—Jóven, sé que sois todo un hombre; vuestros hechos se conocen ya en este campamento; segun me ha dicho Navarro, necesitais de mí, y aquí me teneis; si deseais que entremos en la plaza, voto al demonio, poneos á mi lado y adelante.

Alberto lo miró y contestó:

—Os quiero únicamente para dar un paseo alrededor de la ciudad, acercándonos á ella todo lo posible. No pienso acometer ninguna empresa; pero si el enemigo sale y nos provoca, Dios me libre de no oír sus razones con toda la cortesía propia de un español.

—Bien dicho, y por mi parte cuando gustéis.

—Ahora mismo. Navarro, ¿está vuestra compañía dispuesta?

—Esperan la órden de montar.

—Pues á caballo. Teniente, crucemos por frente á esas murallas; vos nos guiareis.

Puestos en un extremo del campamento, comenzaron á caminar rodeando la plaza, muy cerca de esta. Sorprendidos los sitiados, no acertaron á hacer fuego, en el primer instante, admirando tanta osadía. Despues tiraron algunos cañonazos; pero ya Alberto y los suyos estaban libres de las balas. Dieron la voz de alarma y se coronaron los muros de mosquetes, rompiendo un fuego nutrido contra los ligeros, que unas veces acercándose y otras retirándose, los burlaban de una manera prodigiosa.

El campo imperial tambien se puso en movimiento, y enterado el Condestable de lo que pasaba, mandó cuatro compañías de tiradores para proteger la escursion de Silva. Este seguía sin em-

bargo avanzando, sin hacer caso del plomo que se estrellaba en los cascos y corazas de su gente y aun en la suya propia. Ya tenían recorrida la mitad de la ciudad, cuando los infantes llegaron en su auxilio; iban cinco ó seis caballos heridos, y al aproximarse aquellos, sufrieron una descarga de metralla y cayeron ocho ó diez. Visto por Alberto, mandó hacer alto, y dando la orden de que se retirasen todos, gritó:

—Teniente, seguidme.

Y partieron como dos relámpagos, dieron la vuelta á la villa por entre un diluvio de proyectiles, se fueron deteniendo donde el fuego no era tan vivo, volvieron á correr, pegados á la muralla, y concluida tan árdua y difícil empresa, partieron al campamento. Ya era tiempo, pues el caballo del teniente tenia siete heridas y las armaduras de ambos estaban acrivilladas. El ejército imperial, fijo en las trincheras, no habia perdido un solo movimiento del jóven; así es, que al llegar fue recibido con un grito unánime de aclamacion.

La compañía de Navarro, volvió á rodear al Conde, y se dirigieron todos sin demora al alojamiento que les estaba destinado. Silva despidió al veterano que le acompañaba; pero éste, con un sentimiento que le honraba exclamó:

—¡Señor, por qué me echais?

—¿Qué mas quereis, amigo mio?

—Deseaba, contestó, seguir á vuestro lado. ¡Oh! acabo de veros despreciar la vida, conjurar los peligros, salvar los escollos, y siempre impávido y arrogante, habeis conseguido vuestro objeto por entre una nube de balas. Tampoco yo he temblado, ya lo visteis, pero vos me superais á mí y á todo el ejército. Con un jefe así serviria yo á gusto; estos capitanes de ahora son demasiado escrupulosos en ciertas ocasiones. No me refiero á vos, Navarro; lo digo por otros... en fin, ya me entendeis.

—Muy bien, dijo Alberto: os quedareis; pero os advierto una cosa; aquí se cumple y se calla; ni consulto con nadie, ni doy esplicaciones. Si os agrada...

—Quiero obedeceros; cerca de vos se gana honra y provecho;

con tal de que me proporcioneis donde dar estocadas, lo demas no me importa.

—Tomad esa carta; llevadla al Condestable, y volved aqui con la contestacion. En adelante os entendereis con Navarro.

Salió el teniente, y quedaron solos Alberto y su padre adoptivo; el primero paseaba por la habitacion, el segundo contemplaba al otro, y bebia sendos tragos de vino. Aquel meditaba, este dejaba correr el tiempo sin cuidarse de nada.

Pasó media hora, y preguntó el Conde.

—¿Qué haceis?

—Ya lo veis, mi general.

—Vuestro amigo, querreis decir.

—Las dos cosas.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿No pensais en Fuenterrabia?

—No.

—¿Y por qué?

—Basta con que vos os ocupeis de eso.

—¡Lo dejais todo á mi cuidado!

—No, ¡voto al demonio! os ayudaré á obrar, velaré por mi hijo y tomaré la ciudad; los medios vos los hallareis.

—¿Y no se os ocurre nada?

—Os vuelvo á decir, que no me tomo la molestia de pensar.

—Pues es necesario que discurrais; mañana ireis al consejo conmigo y tendreis que dar vuestro parecer.

—¿Y con qué derecho entro allí?

—Con el que yo os dé.

—Necesitaba ser general.

—Os sobra con que yo lo mande.

—Entonces ya tengo formada la opinion que he de emitir.

—¿Me la quereis decir?

—Si; la vuestra.

—No lo hareis. Sabeis tanto como un buen jefe.

—Y vos mas que todos ellos.

—Haced lo que gusteis, pero cuidado con alucinaros; notad que me considerais demasiado.

—Ya veo que predicais en valde; con que hablemos de otra cosa.

—Sacad el mapa de Fuenterrabia.

Lo estendió Alberto sobre la mesa, marcó una porcion de puntos, y concluido se volvió á su amigo diciéndole:

—¿Os acordais, querido Navarro, de aquellas noches en que viajabais disfrazado, ora de peregrino, ora de villano?

—¡Vaya si lo recuerdo!

—¡Qué bien os desfigurabais!

—Yo lo creo.

—¿Qué habeis hecho de los trajes?

—Vienen en el equipaje.

—Pues bien; mandad que nos traigan dos de paleta.

—¿Para qué?

—¡Voto al demonio! para nosotros.

—¡A dónde vamos?

—¡Pardiez, que esta noche estais insufrible... Venid; asomáos á esa ventana... ¿Qué veis?

—¡Nada!.. oscuridad completa.

—Eso es. Y á qué está convidando?

—A entrar en Fuenterrabia y reconocer por dentro lo que no hemos podido por fuera.

—Gracias á Dios que pensais una vez.

—Vuelvo.

Salió, y al poco tiempo entró provisto de dos vestidos de villano. En diez minutos se los pusieron, se desfiguraron los rostros, y despues de dar las órdenes convenientes al criado del Conde, partieron dirigiéndose á una puerta de la ciudad. Llevaban debajo de sus toscos ropajes, magníficas cotas de malla y dos largos y hermosos puñales.

La noche estaba fria; un aire fuerte flotaba, acompañado de menudos copos de nieve, que herian la cara. A cada paso iban siendo detenidos nuestros valientes por las avanzadas del ejército

sitiador. Por fin dejaron atras el campamento, y llegando cerca de la plaza, una voz ronca les mandó hacer alto. Tres minutos despues, echaron el puente levadizo, se abrió un grueso porton, y aparecieron cuarenta arcabuceros, dispuestos á hacer fuego; se adelantaron cuatro con un jefe, se llegaron á donde estaban aquellos, y les preguntó éste en mal castellano:

—¿Qué quereis?

—Entrar.

—¿Para qué?

—Venimos de Navarra y traemos una noticia interesante de su familia, para el caballero D. Pedro de Peralta.

—¿Cómo habeis podido atravesar la línea enemiga, sin ser descubiertos ni conocidos?

—Somos traficantes; hemos conducido algunas mercancías, que nos ha comprado el ejército español, y eso nos ha servido de pretesto para llegar hasta aquí, sin parecer sospechosos.

—¿Quién os envía?

—La madre del general.

—Seguidme.

Y ambos fueron conducidos al cuerpo de guardia inmediato. Allí los volvieron á reconocer, y despues de hacerles nuevas preguntas, salió un oficial en busca de D. Pedro. Navarro, siempre sereno y dispuesto á obedecer á una señal de Alberto, habia escuchado el diálogo sin despegar sus labios, y aun cuando admiraba el magnífico recurso de que se valia su compañero, para entrar en la ciudad, no adivinaba cómo iban á salir de aquel enredo, siendo así que Peralta, avisado que fuese, debia naturalmente descubrirlos y perderlos. Haciendo estas suposiciones, miró al Conde, y notando una señal, con la que éste le indicaba que todo iba bien, dijo para sí:

—¡No hay cuidado!

Y se quedó tan tranquilo como aquel.

Trascurrieron dos horas, y el oficial no volvia; Navarro vió que su amigo hacia que dormia, y él lo imitó dando cada ronquido que estremecia el pavimento.

Mucho despues llegó el francés y los despertó, dándoles un golpe y exclamando:

—Venid; D. Pedro os espera.

Ambos se levantaron, y restregándose los ojos, siguieron al jefe. El ex-comunero se acercó cuanto pudo á Alberto, y le dijo lo siguiente, que solo él oyó:

—¿Qué hacemos?

—Todo va bien; seguid y callad.

—Y aquel no volvió á replicar.

Cuando hubieron andado dos calles, preguntó Silva al oficial.

—Decidme, señor, debe ser muy tarde.

—Las once.

—¡Oh, cuánto habeis tardado!

—Ya lo creo; Peralta estaba en el consejo, y tuve que aguardar tres horas para darle el recado.

—Mala noche vamos á pasar.

—No; D. Pedro os dará casa y cama, pues es muy caballero y hospitalario. En cuanto le indiqué que veniais de parte de su madre, me contestó: «Habeis hecho bien en dejarlos entrar; id por ellos y deteneos lo menos posible.» ¡Oh estaba impaciente!

Al concluir la frase llegaron; llamó el oficial, y despues que hubo entregado los dos paletos á la guardia de aquel, se retiró con su gente. Avisaron al general, y al instante los hizo penetrar.

Se hallaba este en un salon principal, escribiendo; así es, que no notó la presencia de sus huéspedes; Alberto cerró la puerta por donde habian entrado, hizo sentar á Navarro cerca de ella, y se adelantó hasta la mesa de Peralta.

Alzó este la cabeza y viendo al paleta, le preguntó:

—¿Venis de Navarra?

—No; de Madrid.

—¿Quién sois? dijo levantándose y mirando fijamente á Silva.

—Un español, contestó el jóven con tranquilidad, que bien disfrazado, inventó una disculpa para poder llegar hasta vos.

—¿Qué os proponeis?

—Antes de todo, decidme, si yo y mi compañero, ese que está ahí sentado, podemos fiarnos de vuestra caballerosidad, poniendo nuestras personas al amparo de vuestra hidalguía. Hemos oído elogiar la nobleza y bizarría que acompañan á vuestras acciones, y no he dudado en acercarme á un enemigo, con quien tengo que tratar asuntos de interés.

—Si obráis con lealtad, replicó solemnemente D. Pedro, fiad en mí. Pero es preciso que yo sepa antes quiénes sois.

—Estais hablando con Alberto de Silva, conde de Santomera, y teneis cerca de vos, al intrépido capitán Navarro.

—Las pruebas.

—Hélas aquí.

Sacó el mancebo el seguro que le dió el Condestable y se lo entregó á Peralta, el cual, despues de leerlo y cerciorarse de su validez, se le devolvió exclamando:

—En Fuenterrabia se conocen ya vuestro nombre y hechos, jóven y valiente Conde; estrechad mi mano, que aun cuando hoy seamos contrarios, mientras no nos hallemos en el campo de batalla, podemos conferenciar amigablemente. Y vos, Capitán, acercaos y saludadme; os he visto pelear en Italia, y ya sabeis que tengo aficion á los hombres de temple. Sentaos, señores, sentaos, y decid cuanto gustéis.

—Gracias contestó Navarro; tambien yo os conocí en Rábena luchando admirablemente contra los enemigos de España. ¡Oh, el Emperador ha perdido una buena lanza!

—Basta, amigo mio, basta... si gustais tratemos de otra cosa.

—Precisamente, añadió Alberto, es ese el tema de la conversacion que deseo tener con vos. Se lo que os vais á violentar, pero es necesario para vos y para nosotros.

—No os comprendo, señor de Silva.

—Oidme con atencion: esponiendo nuestras vidas, hemos entrado en vuestro palacio; esto quiere decir que el asunto es grave; y puesto que ha merecido tal sacrificio de parte nuestra, justo será que vos tambien hagais alguno; os ruego, pues, tengais paciencia y escuchéis cuanto tengo que participaros.

—Hablad.

—Seguro yo, continuó el Conde, de vuestra nobleza, no he dudado un momento en visitaros, persuadido de que ningun peligro corria entregándome á vuestra generosidad. Formé mi plan, de modo que no pudiera comprométers, y hé aquí que por fin he conseguido el momento de hallarme frente á frente del nuevo general francés... No vengo á proponeros una baja, fuera indigna de nosotros tal comision, ni vos tampoco querriais oirla. Llego, caballero, á rogaros en nombre de Carlos I, que al rendirse la guarnicion de Fuenterrabia, no la sigais á Francia, si es que va allí. El Emperador, ignorando vuestras quejas, tuvo un gran pesar cuando supo que un hombre como vos militaba entre sus enemigos: no quiere sigais con la triste suerte que aquí os acompaña, pues al derrotar á los franceses, siente hallar con ellos á sus hijos los navarros.

—Y quién asegura que serán ciertas esas derrotas?

—Yo, que conózco el poder de sitiados y sitiadores; yo, que sé cuán decaidas estan las flores de lís en Italia; yo, que estoy viendo el poder de Carlos I en el mundo, la humillacion y esfuerzos desesperados de Francisco I en todas partes; y yo, en fin, que he de tomar á Fuenterrabia antes de pocos dias.

—Señor Conde, sois muy joven, y os engaña ese bélico entusiasmo; tan propio de vuestra edad y valor.

—Os equivocais, señor de Peralta; he reconocido esta ciudad mejor que vos, que los vuestros y que los míos, y he visto entre sus muros un hueco, por el cual entrarán en breve mis soldados.

—¡Qué decis!

—La verdad. Ayer tarde estudié vuestras obras, y cuando me hallaba admirando el ingenio con que habeis fortalecido las murallas, torres y baluartes, noté con placer, una puerta que pronto se abrirá para los españoles.

—¿Fuisteis vos el que recorrió los alrededores de la plaza bajo el tiro de nuestros mosquetes?

—Sí.

—¿Erais el del penacho negro?

—Sí.

—¡Vive Dios, que teneis mas valor y sangre fria que el ejército sitiador!

—Y que todo el frances, dijo Navarro con orgullo

—Y bien, qué quereis de mí y qué puedo yo esperar del Emperador?

—Deseo poco de vos y podeis alcanzar de mi Soberano, todo lo que yo os otorgue.

—¿Teneis amplios poderés?

—Sí.

—¿Los llevais encima?

—Vedlos.

—Oh, exclamó Peralta leyendo; representais al mismo Carlos II!..

—Sí, pedid con moderacion y lo tendreis.

—Gracias, conde de Santómera; me devolveis la felicidad. Oidme los dos: sois nobles, bizarros y caballeros; todo os lo puedo decir; todo lo vais á saber. Vivía yo en Navarra, en medio de mi condado, solo y hastiado de la inacción: pretendí de vuestro Monarca hacer guerra á la Francia, meterme en sus estados, ganar honra y ensanchar mis dominios; á la vez reclamé una gracia honorífica, que en rigor me correspondia... Pues bien, señores; ¡todo se me negó!.. Lleno de indignacion, despechado y loco, me pasé al francés, é hice con España lo que pensé contra aquel. Ya habeis visto los resultados; pero ¡ay, cuánto me ha pesado; qué de lágrimas he vertido desde aquel dia; cuántos suspiros, qué de sinsabores!.. Ni la gloria, ni los combates, ni la sangre, ahogaban aquella voz terrible, que á cada instante me decia: «¡traidor, hieres á tus hermanos; villano, te has vendido á tus enemigos!» ¡Ay, sus ecos estremecian mi alma, destrozaban mi corazon y embargaban mis sentidos!.. Hablad, Conde, hablad; teneis talento; conoceis mi posicion; comprendeis lo que pasa dentro de mí: sacadme de este estado con honor, y haré lo que querais. Soy tan desgraciado!

Calló Perálta, bajó la cabeza y esperó á que Alberto contestase. Este se levantó, y estrechando su mano le dijo:—Tranquilizaos, valiente D. Pedro; vuestro fogoso caracter y vuestra ambicion de gloria os disculpan de una falta que no volveréis á praticar. Yo os prometo incorporaros á nuestras banderas con toda la honra que merece ese sincero arrepentimiento. Os he venido á ver, porque estaba seguro de encontraros así; un buen caballero puede cometer un desliz en su vida, pero aprovecha la ocasion de lavar la mancha en cuánto halla el primer momento favorable. Eso quereis vos, y así se hará, puesto que se ha presentado el instante oportuno.

—Hablad, caballero; hablad por Dios.

—Oid: pasado mañana, cuarenta cañones abrirán una brecha en los muros de Fuenterrabia, capaz de dar entrada á todo el ejército de Cárlos I. Llegado ese trance, os encerrais en vuestro palacio, diciendo al jefe francés, que no debiendo esponer mas á vuestros soldados, quereis una capitulacion honrosa; si os obligan á defender la ciudad, os resistís de palabra, y en último caso, retiraois aquí con vuestros mil navarros. Si el enemigo, como no podrá menos, accede á mi deseo, todo se arreglará sin mancilla; si se obstina, lo venceré y á la vez os socorreré. Es cuánto teneis que hacer.

—¿Nada mas? preguntó sorprendido.

—Nada mas.

—¿Pero estais cierto de abrir esa brecha?

—Creedlo, D. Pedro, contestó Navarro; lo que ofrece Alberto lo cumple todo: ¿lo ois bien? todo.

—¡Oh! me devolveis la felicidad. Decidme: ¿cómo vais á salir de la ciudad?

—De eso no os cuideis vos.

—Os daré un salvo-conducto.

—Callad; en vuestra casa podéis dar hospitalidad á un enemigo á costa de vuestra sangre, pero sin deshonor; fuera de aquí, seriais un traidor si protegíeis nuestras vidas ó designios.

—Teneis razon; mas ¿y si os descubren?

—Moriremos por nuestra patria y nuestro Emperador; mientras militeis por Francia, nada debéis darnos, nada queremos.

—Gracias, noble Conde. ¡Oh, cuán digno sois del omnímodo poder que os otorgó vuestro Soberano. Ya ardo en deseos de ofrecer mi existencia.

—Pronto pertenecerá á mi Rey que se honrará con ella. ¿Me aseguráis cumplir cuánto os he pedido?

—Lo juro.

—Y yo tambien. Estreched vuestras manos y hasta pasado mañana.

—Os vais ya?

—Sí.

—¿Os abrirán las puertas?

—No salimos ahora.

—¿Vais á pasar el resto de la noche en Fuënterrabia?

—Sí.

—Quedaos aquí.

—No.

—¿Por qué?

—Porque me falta estudiar por dentro la ciudad.

—¿Os atreveis á tanto?

—Sí.

—Que el cielo os ayude, señores, y vele por tan buenos y generosos caballeros.

—El os proteja.

Sin mas, salieron del palacio y comenzaron á andar por la villa sin hablar una sola palabra. Alberto iba delante dirigiéndose siempre á la derecha, que era la parte Sur de la plaza. La noche estaba oscurísima, y el buen Navarro, pegado á su compañero, le seguía con la mano puesta sobre la daga, esperando echarse encima del que intentase molestarlo. Era el bravo leon cogido á su cachorro, por cuya existencia velaba con un amor capaz de todos los sacrificios.

Por fin llegaron á la muralla; el Conde se paró, miró un baluarte que tenia á la izquierda, luego al cielo, y dijo para sí: —

—«Cerca estamos ya.»

Continuaron andando, y á los cinco minutos se volvieron á parar: ya no tenian delante muros; eran casas ó palacios que hacian sus veces por la elevacion y grueso de las paredes. Los reconoció Silva y agarrándole una mano á su amigo le dijo:

—No hagais ruido, y dejadme que os guie.

Entonces torcieron á la izquierda, atravesaron la calle y á tientas buscaron un portal. Dieron con él, y añadió el Conde:

—Sentaos ahí. Sacad los piés de la acera y recostaos; si teneis sueño dormid, no me haceis falta desvelado.

—Gracias: permaneceré despierto.

—Como gustéis, con tal que no habéis ni os movais.

Alberto se sentó tambien, se encogió como aquel, para no sacar el cuerpo fuera, y esperó.

La noche seguia oscura; al poco tiempo pasó una patrulla casi rozando con ellos, Navarro echó maquinalmente mano á su puñal, y el jóven se retiró mas de lo que estaba.

Concluido este incidente, nadie volvió á turbar el silencio que reinaba alrededor de los dos militares españoles, á escepcion de las voces lejanas que de vez en cuando repetian el ¡Alerta! tan conocido en una plaza sitiada.

Trascurrieron dos horas mas, y vino la aurora á estender sobre Fuenterrabia sus claros resplandores. En el momento que asomó el primer albor de la mañana, tendió Alberto su vista sobre los muros, inspeccionando cuanto le era posible; pasó un poco mas, la claridad aumentó, y entonces sacó un lapiz y trazó sobre un papel lo que tenia delante. En seguida se levantó, hizo que el otro se pegase á él, y continuó estudiando y copiando lo que deseaba. Despues que hubo terminado, miró á la izquierda, y viendo una altura cerca de allí, se dirigieron á ella; subidos ya, pudo contemplar á su sabor el grueso de las murallas y los edificios que habia inmediatos, de los cuales algunos servian de fuertes. Volvió á dibujar, guardó con mucho cuidado las copias, tiró el lapiz y exclamó.

—Ya tenemos lo que nos hace falta, ¿no es verdad?

—¡Yo lo creo; acabamos de arrancar á Fuenterrabia las llaves de una de sus puertas.

—Si; lo difícil es ahora entregárselas á los soldados del Emperador, mas para que nuestra obra sea completa, coronémosla con el reconocimiento de las calles y fuertes interiores. ¿Os habeis hecho cargo, añadió, de ese caseron pegado al muro, y desde el cual se dominan todas las avenidas que le rodean?

—Si.

—¿Sabeis que debe estar guardado por ocho ó diez arcabuceros lo mas?

—Asi lo creo.

—Con vuestros oficiales mandados por vos, seria posible desarmar esa gente y quitarles la fortaleza.

—No era difícil. Pero y la entrada?

—Ya la llevo aquí.

En este momento amaneció. Nuestros dos capitanes se volvieron á unir, y continuaron andando por la ciudad hablando frances y confundiéndose con los naturales de Paris.

Llegaron á la plaza; compró Alberto un pan, le dió la mitad á su compañero, y paseando y comiendo corrieron la villa, enterándose de cuanto deseaban.

Hecha tan difícil operacion, sin resultado funesto, se encaminaron hácia la puerta por donde habian entrado; allí, se presentaron al jefe de la guardia, que era la misma de la noche que acababa de espirar, y le rogaron les permitiese salir, pues segun indicaron, deseaban volver á Navarra á cumplir el encargo que llevaban de Peralta. El oficial los reconoció, y viendo que eran los mismos, sin poner reparo alguno, mandó abrir, y partieron. Ya fuera, se miraron y se sonrieron como diciendo: para nosotros no hay dificultades.

Poco despues aportaron al campo sitiador. En los momentos de penetrar, se hallaron frente al general en jefe, que acompañado del Virey y de otros jefes, recorría la línea pasando una escrupulosa revista. Alberto y Navarro se descubrieron al ver al Condestable; este los miró, y queriéndoles conocer los preguntó.

—¿Quiénes sois?

Sin despegar los labios, sacó Silva el seguro, y se lo enseñó. En cuanto aquel lo leyó, volvió á mirar á este, se bajó del caballo, y retirándose á un lado le dijo:

—¡Cómo os habia de reconocer con ese traje y ese color tan oscuro! ¿De dónde venís, Conde?

—De Fuenterrabia.

—¡Ira de Dios! No espondeos así, amigo mio; acaba de llegar un correo del Emperador, y me encarga nuestro Soberano os obedezca en todo, y vele por vos, como por su misma persona. Si os matan, va á ser un dia de luto para el Imperio, y ya comprendereis lo grave de mi posicion.

—Señor, es preciso echar de la plaza al enemigo antes de dos dias y era necesario para conseguirlo, que yo me espusiera esta noche; ya veis que nada me ha sucedido.

—Pero eso, es imposible.

—Asi lo quiere el Monarca.

—Va á perecer todo el ejército.

—General, replicó Silva con acento solemne; mañana tomareis bajo mis órdenes esa ciudad; lo ois: aquí os traigo las llaves; lo demas ya os lo diré á su tiempo. Reunid á la hora convenida el consejo.

Y sin mas esplicaciones, le estrechó la mano y partió. El anciano murmuró estas palabras:

—¡Oh, me humilla la altivez y seguridad de ese niño!

Alberto por su parte, dijo tambien para sí:

—El buen Condestable no conoce otros medios que los empleados hasta aquí. Mas vale así; pues de ese modo mia será toda la gloria.

El jóven se retiró á su aposento, y sin perder un segundo se puso á escribir, operacion que le entretuvo mas de dos horas; acabado este trabajo, volvió la cabeza, y viendo á Navarro sentado á su espalda muy meditabundo, le preguntó:

—Y bien, amigo mio; ¿qué haceis?

—Pensando el medio mas fácil para realizar la empresa que me vais á encargar.

—¿Acaso adivináis?..

—No; mas hoy discurro y acierto.

—Lo creo. ¿Pero, cómo es que no os habeis quitado ese traje?

—Esperaba á que lo hiciérais vos.

—Pues vistámonos.

—Así lo efectuaron, almorzaron despues, reunieron acto continuo á los oficiales ex-comuneros y tomando Silva la palabra les dijo:

—Señores, llevais una porcion de años sirviendo á nuestros reyes, y siempre os portásteis como buenos y valientes; poca recompensa recibisteis hasta ahora; pero ha llegado el momento de coger el mas honroso galardón. Vamos á tomar á Fuenterrabia.

—¿Cuándo? preguntaron todos.

—Mañana: vosotros sois los primeros que entrareis en la plaza: reservo ese honor á mis bravos amigos. ¿Qué decis?

—Bien! bien!

—¡Que me place! vosotros os adelantareis al ejército y fijareis sobre esos terribles muros el estandarte castellano. ¿Sabeis cómo?

—¡Asaltando!..

—¡Callad, insensatos! eso os perderia y no conseguiriais el objeto. Penetrareis por una brecha, escalaréis un fuerte y desde allí apoyareis el empuje de nuestros soldados. Es empresa segura, pero difícil, arriesgada; digna, en fin, de los defensores de Monteaugudo.

—¡Bravo! exclamó Mendoza; comprendo la idea, y me parece sublime.

—Oídme, continuó Alberto; el tiempo corre, y necesito aprovecharlo; para esta noche estareis dispuestos con buenas cotas de malla; nada de cascos, corazas, ni cosa que pueda hacer ruido, ni causaros estorbo: cada uno llevará su espada, un mosquete y municiones para algunas horas; ireis mandados por Navarro, al cual obedecereis ciegamente. Vais solos; nó es empresa para sol-

dados, á escepcion de mi criado, que seguirá á su Capitan. En Fuenterrabia tiene cada uno su banda roja.

—¡Capitanes! esclamaron entusiasmados.

—Si; y si Dios os salva la vida y os conserva vuestro heróico valor, pronto llegareis á coroneles. Vamos al consejo, Navarro.

Y partieron ambos, dejando á sus oficiales saborear la dulce realidad que veian en lontananza.

Cuando llegaron á la tienda del Condestable ya estaban reunidos los jefes del ejército sitiador; entraron, se sentaron, y viendo Alberto que les estrañaba la presencia de su amigo, les obligó á bajar la vista con una altiva mirada, en que les decia: yo solo mando aquí, y yo lo he dispuesto; en seguida tomó la palabra el general en jefe.

—Noble capitan, dijo dirigiéndose al Conde; representais al Emperador Cárlos I, y tenemos orden de obedeceros. Rodeado estais de los jefes del ejército; todos estamos á vuestras órdenes, mandad, pues aquí sois el primero.

—Señores, contestó Alberto, mi mision se reduce solo á ayudaros á tomar á Fuenterrabia. Esponga cada cual el plan que le parezca mas á propósito; contraerse solo á indicar los medios, pues yo ya conozco al enemigo, la fortaleza y nuestros soldados. Despues se adoptarán los recursos mas conducentes al objeto, sean estos de quien fuesen.

Y seguidamente manifestaron uno por uno su opinion. Algunos sostenian que era necesario dar un asalto y escalar la plaza aun á costa de los sacrificios mas grandes; otros por el contrario, pedian un largo asedio y un continuado bombardeo, hasta que fatigado el enemigo, falto de recursos y de gente capitulara.

Silva los oyó sin desplegar sus labios, mas euando hubieron acabado se dirigió á Navarro diciéndole:

—Señor Capitan, el Emperador quiere que asistais á este consejo, porque aun cuando estais atrasado en ascensos, os sobra inteligencia, acierto y conocimientos militares. Hablad pues.

—Mi opinion, respondió secamente aquel, es que obedezcamos al Monarca, tomando mañana á Fuenterrabia. Esto se puede hacer

sin derramar mucha sangre y sin pérdida de tiempo: los medios que se deben emplear los conoce perfectamente un caballero, que está aquí presente, superior á mí en poder y talento; si él los quiere revelar, que lo haga: yo no diré mas.

—¡Que los diga! que los diga! gritaron.

—Pues bien, señores, respondió el Conde, yo los poseo, y en breve los vereis empleados; antes de cuarenta y ocho horas estaremos dentro de la plaza.

—Cuidado con lo que haceis, contestó uno, no os equivoqueis y espongaís la suerte de un ejército entero.

—¡Tiene razon! replicaron todos, y añadió otro:

—Por grandes que sean vuestros recursos, pretendéis un imposible.

—¡Es verdad! repitieron ocho ó diez.

Al oír esto, se levantó el héroe, fijó en ellos una mirada de águila y exclamó:

—Señores, el Emperador os manda le entregueis mañana la ciudad que teneis en frente; suyo es el ejército; todos le pertenecemos: el que no quiera obedecerle, que se retire del campamento... Ni una hora, ni un instante mas permaneceremos en la inacción; si vencemos, nuestra será la gloria; si morimos, habremos cumplido con nuestro deber; esto es preferible á mirar la flores de lis ondear en las torres del Imperio. El que en adelante opine en contrario, no tiene sangre española. ¿A quién no avergüenzan ver esos estandartes extranjeros, baldon y oprobio de nuestro nombre y fama? Quién puede contemplar con sangre fria ese insulto, y no ansia vengarse? ¡Francia en Castilla burlándose de los castellanos, escarneciendo sus águilas, escupiendo nuestros blasones!.. ¿No sois españoles? no os arde la sangre? pues todos á las armas; ni un dia mas durmamos en el campo, hallándose tan cerca nuestras casas y palacios. ¡A las armas, valientes castellanos! á las armas, descendientes de Pelayo y del Cid! á las armas! viva el Emperador y á Fuenterrabia!

—¡A las armas! gritaron entusiasmados: ¡á las armas, viva Carlos II! á Fuenterrabia todos!

Y arrastrados por el mágico poder del héroe, tiraron de las espadas y pidieron á gritos el asalto.

El joven Conde, al ver conseguido su objeto, con voz dulce y cariñosa añadió:

—¡Así os quiere vuestro Soberano!... Fuenterrabia será nuestra. Ya sabia yo que no en valde me dirigia á esforzados campeones; comprendia que á mi voz os levantaríais como un solo hombre, para ocupar cada cual su puesto de honor. Ea, señores, mañana entraremos en la ciudad, yo os lo aseguro; no apelo á vuestro valor, pues este lo teneis de sobra; solo os recomiendo union y obediencia ciega á lo que se os mande; se trata de economizar la sangre de nuestros hermanos, de los hijos de Carlos I. Oid bien. Desde ahora mismo, comenzais á dar las órdenes oportunas para que antes de amanecer esté el ejército en pié y dispuesto á la pelea; por escrito recibireis esta noche las instrucciones convenientes y al primer cañonazo que oigais, cada uno marchará al sitio que se le haya destinado. Concretaos á obedecer, y la victoria será nuestra. Nada de lo que veais os admire. El plan es vasto y seguro; presenciareis cosas extraordinarias, pero si ansiáis el buen éxito y la gloria, dejaos conducir y callad. Marchad pues, y hasta luego; pronto sabré quiénes son los mas esforzados caudillos.

Quedaron solos Alberto, Navarro y el Condestable, y despues de contemplar éste último á nuestro esforzado Conde, le dijo:

—Señor capitán, vuestro acento, mirada y seguridad, han entusiasmado á los jefes del ejército; hasta á mí, pobre viejo sin ilusiones ni bríos, me han enardecido, y sin saber por qué he participado de sus esperanzas: os suplico me enseñeis vuestro plan; os lo ruego por el Emperador á quien tanto amais.

—Montad á caballo y sobre el mismo terreno os enteraré de todo, noble y valiente anciano.

Los tres solos, dieron vuelta á la ciudad sitiada, y por último se detuvieron á medio tiro de cañon, frente á unos edificios que servian de muro. Ya allí, preguntó Alberto al general.

—¿Veis esas casas?

- Si.
- Pues bien, con una buena batería se puede abrir gran brecha en pocos minutos.
- ¡Estais en vuestro juicio! Detras están las murallas casi inespugnables.
- Es verdad, pero mirad á la izquierda; ¿veis aquel caseron alto?
- Si.
- Pues ese no tiene á la espalda mas que algunas paredes débiles é inseguras.
- ¿Cómo lo sabeis?
- Ved este mapa, tomado desde la parte de adentro: aquí concluye la silleria; aquí comienza de nuevo; quedan, pues, mas de seis varas, que en realidad sólo es un paredon.
- ¿Y en qué habrá consistido eso?
- En que el autor aprovechó en tiempo de paz la piedra de la muralla para hacer los cimientos de su casa, y luego imitó el muro con una pared que interiormente es bastante débil.
- Mucho habeis calculado. Pero, ¿y si os equivocais?
- Lo he reconocido por mí mismo, y estoy ciertísimo.
- ¿Cómo no lo habrán notado los franceses?
- Porque está perfectamente simulado y aun parece el sitio mas inespugnable.
- ¡Oh, siendo así!
- Lo es, general, y no hay que perder un momento. Cuando haya anochecido, mandad que se figen aquí dos baterias. Tened cerca cuatro mil tiradores; que esté el ejército dispuesto á dar el asalto, y comunicad estas órdenes que os doy por escrito á los jefes y oficiales. A la una de la madrugada nos volveremos á ver en este sitio. No me he olvidado de nada; si os parece que falta algo, creed que lo he tenido en cuenta. Que no se note ningún síntoma que indique nuestro plan, ni aun que pensamos en la plaza. Prohibid bajo las penas mas severas toda clase de escaramuzas. ¿Lo habeis entendido bien? En nombre del Emperador, obedeced, señor Condestable.

Poco despues parti6 el anciano á disponerlo así, y Alberto con Navarro se retir6 á su alojamiento, donde pasaron una hora comiendo.

Lleg6 la noche y el Capitan ex-comunero se fue á vestir y á buscar á sus oficiales.

Quince minutos despues entraron provistos de arcabuces, y en disposicion de cumplir cuanto el Conde les orden6 por la mañana. En sus caras iba retratado el valor sediento de gloria y la ansiedad desenfrenada de la lucha. Silva los contempl6, y satisfecho de su aspecto exclam6:

—¡Bien! ¡muy bien!.. estais anhelando el combate; vuestros ojos dicen ya todo lo que hareis; no en valde habia cifrado mi confianza en vosotros, mis bravos amigos; vais á llenaros de gloria y dentro de pocos dias el mundo pregonará vuestra fama. Oid; antes de la lucha es preciso prudencia y discrecion; ¡ay del que no obedezca á Navarro; un puñal le pasará el corazon! Tened entendido, que la victoria pende de vosotros, de vuestra conducta. Uno por uno y conteniendo hasta la respiracion, os vais acercando á la plaza, ocupais cada cual el sitio que le mande su capitan, y en tierra y sin moverse, esperais que se abra la brecha; verificado esto, caereis como un rayo sobre el enemigo; os vais derechos á la casa que os designe vuestro jefe, tirais la puerta, matais á cuantos defiendan la entrada, y tomando posesion de ese pequeño fuerte, dentro y fuera y como querais, evitais que hagan zanjas, echen fuego, y todo lo demas que os mande el Capitan. Partid, que ya es hora; pero antes abrazadme. Si alguno muriese, nunca podrá hacerlo con mas gloria. ¡Adios, hijos mios!

Estrecharon á Alberto y partieron. El jóven Conde los vi6 salir, escuch6 el ruido de sus pisadas, y se asom6 á una ventana; la noche estaba oscurísima y un viento Norte azotaba los edificios y cuantos estorbos encontraba.

—¡Muy bien! exclam6, mis amigos podrán llegar sin ser vistos ni oidos del enemigo.

Acto continuo, cogió un grueso gaban, se lo puso, se ciñ6 la

espada, agarró un par de pistolas y salió de allí sin hacer el menor ruido. Al cuarto de hora se paró y dijo para sí. Este debe ser el sitio, pero vive Dios que no se ve nada. Y comenzó á andar de frente hasta que llegó al muro de la Ciudad. Giró á la derecha, y á los cien pasos tropezó con un objeto; en el mismo instante, la punta una espada se fijó en su pecho y una voz le dijo muy quedo:

—¿Quién eres?

—Silva, contestó aquel, amigo D. Alvaro; ¿estais todos?

—Sí.

—¿Y Navarro?

—Seguid y lo hallareis tendido.

Continuó de uno en otro dando su nombre hasta que se incorporó con el Capitan, al cual preguntó:

—¿Es este el sitio?

—Creo que sí, ¿está la noche tan oscura!

—Al primer albor, colocaos bien, tened en cuenta que nuestros cañones tirarán cerca de vosotros.

—Ya lo he supuesto y procuraré que no nos toquen sus balas.

Estrechó Alberto la mano de su compañero y con el mismo silencio que habia llegado partió á su alojamiento; entró, hizo llamar al teniente que le habian agregado nuevamente y le dijo:

—A la una en punto toda la compañía estará al pié de este edificio; venid vos mandándola; traje completo de guerra; á la cabeza formarán los soldados que acompañaron á Navarro á Monteagudo. Traerán los caballos del diestro y con el mayor sigilo. A las doce, que den un pienso extraordinario, por si mañana no pueden comer hasta tarde. Nada de equipajes ni otro peso que el necesario para el combate. Marchad.

—Mi Capitan, dijo el teniente, si no acuden los demas oficiales...

—No esperadlos. Oid; mandadme un correo que estará esperando mis órdenes: decidle que venga dispuesto para partir á Madrid dentro de dos horas.

Marchó y acto continuo se sentó el jóven y escribió la siguiente carta:

«Señor:

»Son las once de la noche; mañana á las siete ondeará en Fuenterrabia el estandarte imperial. Solo Dios podria evitar el que así sucediese.

»El plan que voy á desarrollar es seguro; seria posible destruir el ejército enemigo, pero esto costaria mucho y prefiero una capitulacion á sembrar las calles con sangre de vuestros hijos; campos tiene Francia donde la verteremos nuevamente.

»Señor, si muero en este sitio, dignaos decir á Maria, que he espirado bendiciendo su nombre y el de mi Soberano. — Gran Señor. — Vuestro humilde capitán

ALBERTO DE SILVA.

Despues de cerrada, volvió á cojer la pluma y escribió.

«Mi adorada María: Te amo como antes, como se ama la luz, la vida, la ventura, la felicidad. Tu imágen es mi norte, mi dicha, mi entusiasmo. Te miro frente á mi, te adoro donde te veo, te contemplo hasta dormido. El amor que me inspiras es dulce, tierno, apasionado, embriagador, sublime. Siento tu voz, el roce de tus vestidos, el ruido de tus pisadas. No me he separado de tí, no; tu semblante fijo ante mi vista, va donde yo, me sigue á todas partes, me inspira do quier. ¡Ah! ¡cuán dulce es amar así y estar satisfecho del ángel á quien se adora! ¡Bendito el cielo que te dió el ser! ¡Bendito el Hacedor que tanto te embelleció!..

»Hoy soy todavia un triste capitán, indigno de tí, pero mañana, ¡oh! mañana, lleno de gloria, dueño de una gran ciudad, podré ya ser tu esposo.

»Estoy seguro de vencer, y... ¿sabes por qué? porque no es Fuenterrabia mi premio; no es un ducado, ni el baston de general, sino tu mano; tu bella mano, por la cual conquistaria un mundo si preciso fuera.

»¿Pensarás en mí? ¡Quién lo duda! ¡quién te amaria mas que yo! ¡quién te habia de hacer mas feliz!

»Adiós, ídolo mio, mi bien, mi ángel, mi porvenir, mi vida. Tuyo siempre, ALBERTO.»

A continuacion escribió esta otra.

»Señora:

»Permitidme os dirija un tierno saludo, momentos antes de penetrar entre el acero y balas enemigas.

»Mañana combatiré por la causa de nuestro amado Cárlos y creo que venceré; si muriese, bendecid á vuestro futuro hijo,

ALBERTO. »

Despues trazó una estensísima para Quirós, dándole cuenta de lo que hizo desde su salida de Madrid hasta la fecha, y esperó tranquilo á que viniese el correo.

A las doce y media entró este, saludó y esperó; aquel le dijo:

—Aseguran que haceis correr mucho á vuestros caballos.

—Es la verdad, señor.

—Tomad esos dos pliegros; ambos se los entregais al general Quirós. Este otro, se lo dais separadamente. Volad si podeis. Recoged ese bolsillo en nombre del Emperador á quien servís.

—Gracias, señor.

—Decid al General, que me habeis visto bueno á la una menos cuarto.

—¿Cuándo parto?

—Ahora mismo.

—El cielo os guarde.

—Id con Dios.

Sonó la una, y vestido ya de punta en blanco, como se les decia entonces á los que iban forrados de hierro, bajó, y encontrándose con su compañía, cogió el caballo de la brida y dijo á los soldados.

—Marchad haciendo el menor ruido posible. Y comenzaron á andar, llevando los potros del diestro. Cuando llegaron á un sitio que el Conde juzgó á propósito, hizo alto y añadió:

—Teniente, esperad aquí hasta que yo vuelva; al primer cañonazo, montad todos y disponeos á seguidme; interin, que nadie hable ni se mueva. Y continuó caminando hasta avistarse con el

Condestable. Allí encontró fijas ya las dos baterías y á los soldados y jefes tendidos en el suelo.

—¿Están cargados los cañones? preguntó al general en jefe.

—Sí.

—¿Y todo dispuesto?

—Todo.

—Gracias.

—Ya habreis visto que en el campamento no se oye nada.

—Sí.

—Pues el ejército ya en pié espera el momento.

—Que me place.

—No os habrán detenido.

—No.

—Dispuse que á nadie pidiesen el quién vive, ni lo molestasen; antes por el contrario, que permaneciesen indiferentes á todo.

—Así lo hacen.

—Y bien, Sr. Conde, estais seguro de vuestro plan?

—Os honra esa desconfianza, hija de vuestro interés por la nacion. Oid, dentro de poco empezará á amanecer; se romperá un fuego terrible é inesperado, y á la hora tremolarán las águilas del Emperador en un fuerte de la plaza; ¿y sabeis que gente se habrá espuesto hasta entonces? solo catorce ó diez y seis hombres. Si el ejército corresponde como yo espero, hoy mismo, tendremos sitiado al general francés en su mismo palacio, y capitulará si quiere salvar su tropa y persona. Esto sucederá, venerable anciano; os advierto que debo toleraros ese recelo interin no suene el primer tiro; llegado este caso, todo el que no obedezca ciegamente lo mandado, pagará con su cabeza tan alevosa traicion; así lo quiere Cárlos I, y no esceptua á nadie.

—Perdonad, si he dudado; mi buen deseo me disculpa. Conozco vuestro talento, amo al Monarca, y yo seré el primero á ejecutar en el instante que se trate de obrar. No estoy á vuestra altura y no debeis estrañar si alguna vez tardo en comprenderos.

—Gracias, noble señor; mi causa es la vuestra; mi honra está unida hoy á la de vos; yo mando ahora aquí, pero esto no lo

sabrá nunca el soldado; Dios me libre de anteponerme delante de las masas á esa frente respetable.

La noche estaba oscura y el aire zumbaba como antes. Todos estaban en pié, pero nadie se movia, ni ruido alguno demostraba lo que pasaba en el campamento. Los jefes, suponian que se iba á tomar á Fuenterrabia, los demas esperaban un gran acontecimiento, pero ignoraban lo esencial, que eran los medios. Esto no impedia el que aguardasen con impaciencia el combate, para portarse como buenos.

Así trascurrieron tres horas mas. En este instante llamó Alberto al General y le preguntó:

—¿Están las baterías corrientes?

—Sí.

—¿Y todos en sus puestos?

—Sí, señor.

—¿No se ha olvidado nada?

—No.

—Pues al primer tiro, mandad segun las nuevas instrucciones que os he dado.

Seguidamente vió la puntería de los cañones, y satisfecho sacó un antejo, miró á la ciudad, distinguió los bultos de Navarro y los suyos tendidos en tierra, libres del alcance de las baterías, montó á caballo y con voz de trueno gritó:

—¡Soldados arriba! ¡Fuego sin descanso!

—¡Fuego! gritó un jefe, y principiaron á mandar balas rasas sobre el sitio que habia designado Silva. Muy luego se estendió por toda la línea, y mas de trescientas bocas de fuego comenzaron á llamar la atencion de los sitiados por todo el cerco de la plaza. El Conde, sin perder un minuto, recorrió el campamento, y viendo que sus mandatos se cumplian con exactitud, se puso al frente de su compañía y regresó al punto donde las dos baterías disparaban.

El enemigo contestaba á los saludos que le hacia la artillería española, pero de un modo tan débil y desordenado que se comprendia la sorpresa que le causaba aquel ataque tan rudo, igual y sostenido. Alberto á la cabeza de su escolta, con el antejo en la

mano, sévero, impávido, pero despidiendo fuego sus ojos, contemplaba el destrozo que hacian las dos baterias; vió la agitacion y sorpresa del contrario, y por último, á la media hora, ébrio de placer, miró una gran brecha, por la cual podian entrar quince soldados en ala. Mandó retirar de allí aquellos cañones, y acto continuo observó que se lanzaron Navarro y los suyos dentro de la ciudad; llegaron al pequeño fuerte, de una descarga tiraron la puerta, subieron, trabaron un terrible combate con su pequeña guarnicion, la pasaron á cuchillo, volvieron á cerrar y desde los balcones y ventanas rompieron un vivísimo fuego contra todo el que se atrevia á acercarse á aquel sitio, desalojando los muros que tenian cerca de ellos, de los soldados que los defendian.

Cinco minutos despues, los tres mil quinientos tiradores avanzaron, y cerca de la brecha protegian la entrada á la plaza. Entonces partió Alberto, y á un escape tendido entró en ella, llegó á donde estaba Navarro, le entregó una bandera española, que aquel plantó sobre el fuerte, le dejó quinientos tiradores, que los de su escolta llevaban á las grupas, y marchó con sus ligeros por medio de las calles de Fuenterrabia.

Al ver el ejército sitiador tremolar su estandarte dentro de la ciudad, lanzó un grito que estremeció á los sitiados; por disposicion del Condestable, se dió en el acto un viva al Emperador y otro al Capitan Silva. Este, sufriendo una lluvia de balazos á cada paso que andaba, atravesó acuchillando á cuantos hallaba á su paso. Cada soldado de los que tenia á sus órdenes, era un leon que se lanzaba sobre sus enemigos, sediento de devorarlos; respecto al teniente, de cada tajo derribaba uno, dos y á veces tres. Así llegaron al palacio de Peralta. Pronto reconoció el navarro el negro penacho del Conde, y viendo que paraba bajo sus balcones, salió á una ventana, se le acercó el j6ven y le dijo:

—La ciudad es nuestra, tomad el muelle con vuestra gente, marchad en casa del general francés y proponedle que capitule. Allí me vereis.

Estas breves palabras se las dijo tan rápidamente, que nadie se apercibió de ello. Se volvió en seguida á los suyos, los for-

mó en dos largas hileras, las cerró con cuartas de cincuenta hombres, y les ordenó que rindiesen á cuantos hallasen cogiéndolos prisioneros. La idea era acertadísima, pues aturridos los franceses por un acontecimiento que no habian podido prever, corrían desalentados. Así es, que al poco tiempo, el cuadro que formaba la compañía del Conde, estaba lleno de enemigos desarmados.

Tomando Alberto una ruta que conducia mas pronto al campamento, siguió arrollando y abriendo paso á los que se querían entregar. En este instante se oye una detonacion y á la vez una bala de cañón rompe la coraza del héroe y le hiere el hombro izquierdo, tirando á tierra cinco soldados, que quedaron muertos. Mira en torno, ve á su derecha, en una gran plaza, parte de un regimiento de caballería, se dirige á él, carga y en diez minutos hace una mortandad horrible, retirándose cuando hubo concluido. Ya iban á dar vista á la muralla, y hé aquí que se hallan encima una columna que conducia cuatro piezas de artillería, y cuyo objeto era plantarlas frente á la brecha y ametrallar á los que intentasen entrar, batiendo á la vez á Navarro y á los suyos. Comprende esto Alberto, y cae de improviso sobre ellos, que se defienden de un modo heróico; pero habiendo oido el ex-comunero el ruido, y enterado de lo que era, se aproxima con sus oficiales y parte de los tiradores, cogen en medio al enemigo, y en quince minutos matan y yeran, entregándose el resto, que sin armas y arrollados por la caballería, salieron por la brecha en medio de los ligeros.

—A vuestros puestos, gritó Silva á Navarro sin detenerse, ahora os mandaré gente suficiente para que tomeis todo este barriero. Y corrieron al campo hasta llegar donde estaban los tres mil quinientos tiradores; el Conde les dijo:

—Adentro, mis valientes, tomad esas calles á las órdenes de Navarro. ¡Viva el Emperador!

¡Viva! contestaron, y se lanzaron á la muralla y penetraron en la ciudad.

Al ver el ejército á los quinientos ligeros conducir cerca de

dos mil prisioneros, cuatro piezas de artillería y al jóven y valiente Capitan herido y llena su espada de sangre, prorrumpió en aclamaciones á Silva, y concluyó por pedir entrar en la plaza. Notando el general que nó le hacian caso, se acercó al Conde y le preguntó:

—¿Qué hago, señor?

—Tocad alto el fuego y enarbolad la bandera parlamentaria.

—No van á obedecer.

—Ordenadlo; voto al demonio.

—Así se ejecutó, pero aquella gente seguía sublevada disponiéndose á marchar adelante. Entonces Alberto, entrega los prisioneros al Condestable, se pone delante y dice á sus ligeros:

—Soldados, acuchillad al primero que pase la línea: á escape. Al ver que aquella valiente compañía se les iba encima, obligándoles á obedecer, se retiró cada cual á su puesto, pero la gritaría se aumentó.

—Imponed pena de la vida al que vocee, y que corra la orden de jefe en jefe.

Se hizo así, y dos ó tres que no callaron fueron en el acto muertos por los soldados del Conde.

Cinco minutos despues solo se oian las trompetas y atambores que seguian tocando alto el fuego. Los sitiadores por su parte, dejaron de tirar tambien.

Al momento se avisó á Navarro que cesara de atacar, concretándose á ocupar los puestos que hubiese ganado y á fortalecerse en ellos.

Un silencio terrible sucedió al estruendo guerrero, silencio interrumpido unicamente por los ayes lastimeros de los moribundos que conducian de una parte á otra.

—¡Estais herido, Conde! exclamaron varios generales dirigiéndose á Silva, incluso el Condestable; y añadieron: ante todo, curaos, pues vuestra vida vale tanto como el brazo derecho del Emperador.

—Callad, señores, no me avergonceis; interin no haya capitulado ese ejército no puedo pensar en mí.

Acababa de expresar esta idea, cuando vió llegar á su criado, acercarse á él y decirle:

—Vuestro padre me manda que haga esto con vos.

Y sin detenerse metió en la herida de Alberto un puñado de hilas mojadas en un bálsamo, y le vendó el brazo. Hecha esta operacion corrió Pedro al lado de Navarro sin esperar contestacion.

Separados el general en jefe y el jóven, le dijo éste:—

—Firmad ese escrito; es la capitulacion que el Monarca desea haga el enemigo.

Sin mirar lo que era, rubricó el anciano, y se lo devolvió respondiéndole:

—Tomad, señor, y no volvedme á dar esplicacion alguna. Sois aquí el Soberano, y os advierto que ya lo sabe el ejército.

—Habeis hecho mal, amigo mio; os doy las gracias y os entrego que nadie falte á lo mandado. Y puesto otra vez al frente de su compania partió, entró en la ciudad, se dirigió á Navarro y le preguntó:

—¿Qué puntos ocupais?

—Casi todo el barrio, con seiscientas varas de muralla, y veinte cañones.

—¿Teneis bastantes municiones?

—De sobra les hemos quitado al enemigo.

—¿Hay algun herido entre mis queridos amigos?

—Cinco, inclusos D. Alvaro y Mendoza.

—¡Voto al demonio! ¿Están de gravedad?

—Un alfez sí; los otros no es cosa mayor.

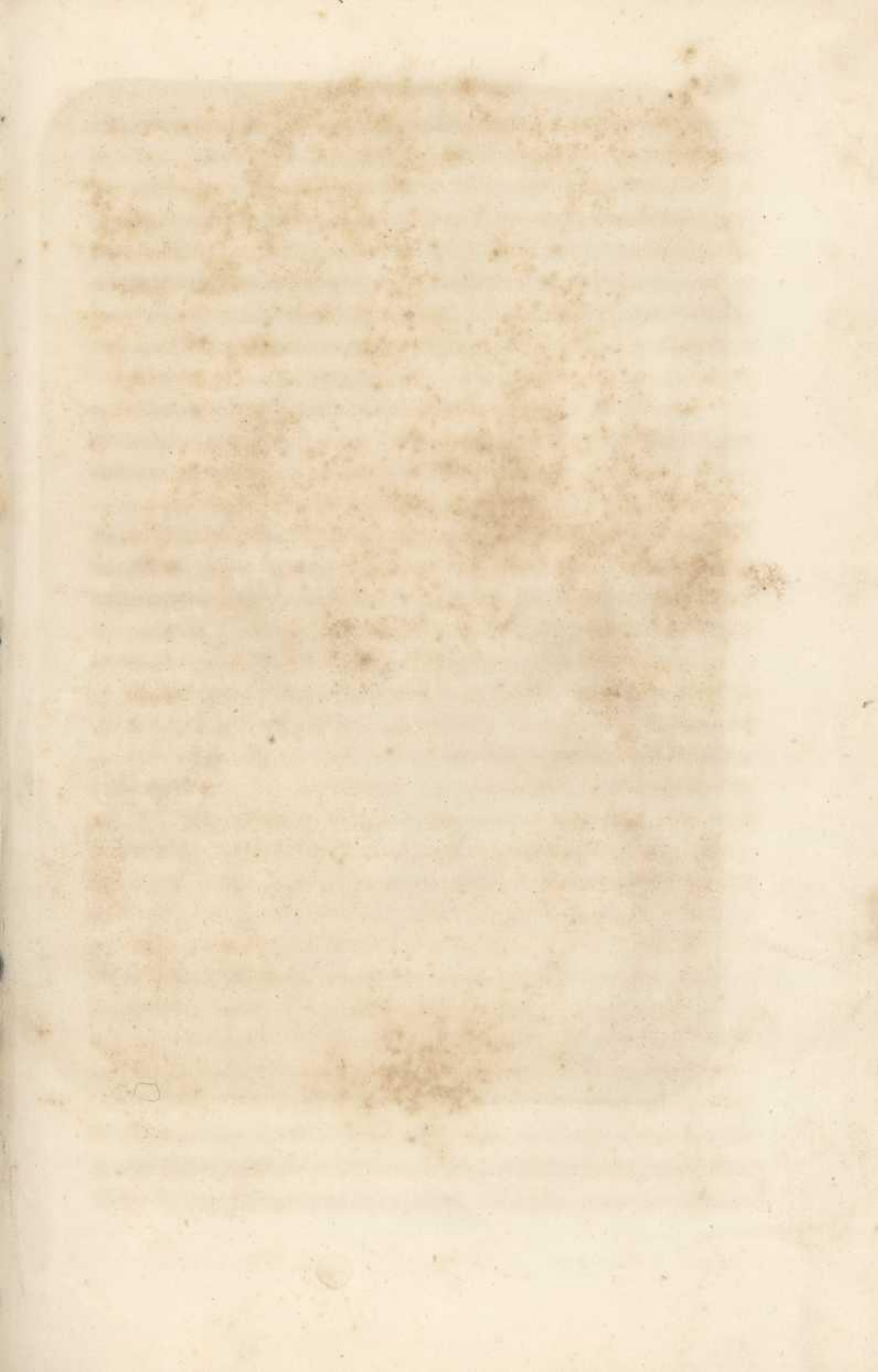
—Mandad al primero al campamento y recomendadlo bien.

—Si lo dejais aquí, prometo curarlo yo.

—Que se quede. ¿Os ha dicho algo el general de los tiradores ó sus demas jefes?

—Todos me han obedecido.

—Asi lo quiero yo. Tomad esos quinientos caballos y tenedlos interin evacuo mi comision. Decid á vuestros oficiales que pronto se ceñirán las bandas de capitanes. Dad la vuestra al mas valiente, señor coronel.





C. Mugica dib^o y lit^o

Lit. de J. Donan, Madrid.

Pero al ver que se alzaba la celada y que aquel bravo campeon era un joven imberbe retrocedieron sorprendidos.

—Id con Dios, hermano del Emperador.

Y partió Alberto solo, llevando la insignia de parlamentario, y manchada la armadura de sangre enemiga.

Nadie le impidió el paso; llegó al palacio del general, se hizo anunciar, y entró en un gran salon donde estaban reunidos y esperándole la mayor parte de los principales jefes, acompañados de Peralta, que tenia consigo una buena escolta.

Al ver los franceses entrar al héroe, que habia atravesado por medio de Fuenterrabia arrollando cuanto se le puso delante, se levantaron y le saludaron con el mayor respeto; pero al notar que se alzaba la celada, y que aquel bravo campeón era un jóven imberbe, retrocedieron creyéndole un fantasma, pues no imaginaban que á su corta edad pudiera hacer tanto.

—Señores, dijo Silva reparando en la sorpresa que causaba su rostro; no os estrañe me haya comisionado el Condestable de estos reinos, para desempeñar un cargo tan delicado; con ayuda de unos cuantos valientes he conseguido quitaros á Fuenterrabia; y quien eso ha hecho, merece el honor de venir á tratar con vosotros.

Llenos cada vez mas de admiracion, se miraron unos á otros, sin atreverse á contestar. Por fin el general en jefe francés, respondió:

—Caballero, sois parlamentario, y espero presenteis vuestra demanda; hablad, pues el tiempo vuela.

—Teneis razon, y eso es justamente lo que deseo. Ved ante todo mi nombramiento. ¿Está bien?

—En regla.

Sacó el Conde otro papel, y leyó lo siguiente:

«Condiciones con que podrá salir de España el ejército francés sin ser molestado por nadie:

«Primera. D. Pedro de Peralta, conde de Cortes, con todos sus deudos y soldados, se entregará al ejército del Emperador. Carlos I lo perdona y le abre los brazos como á uno de sus hijos predilectos,

que arrepentido de su falta, vuelve al hogar paterno, dispuesto á sacrificarse por su Rey y por su única patria.»

Calló Silva, miró al navarro, y vió brillar en su faz la alegría: los generales franceses quedaron nuevamente sorprendidos. Alberto dijo de palabra.

—Señor de Peralta, á esta condicion no puede contestar el jefe francés; responded vos si la aceptais ó no.

—Si, contestó secamente y con marcada resolucion.

Palidecieron los otros y asomó á sus rostros la ira, però no replicaron. El Conde continuó su lectura.

»Segunda. Antes de cuarenta y ocho horas, saldrá el ejército francés de esta plaza, sin llevar mas útiles, bagajes, etc.; que lo entrado de Francia.

»Tercera. Al partir, se sujetará á las reglas y costumbres de un ejército vencido.

»Cuarta y última. Irá escoltado por dos divisiones españolas hasta la frontera, para que no moleste ni sea incomodado por nadie.

»Si estas proposiciones no fuesen aceptadas en el término de doce horas, penetrarán los soldados de Carlos I, con orden de no dar cuartel á ningun enemigo de su Soberano.»

Concluido, añadió el parlamentario:

—Ya lo habeis oido, señores; aqui os quedan escritas y firmadas por el Condestable; os ruego contesteis antes de ese plazo.

—Ahora mismo caballero, replicó con altanería el francés. Decid á vuestro general, que no es admisible ni una sola de esas condiciones; que Francia no se humillará nunca hasta ese punto. Y añadidle de mi parte, que está en un horror, pues Fuenterrabia es todavia de Francisco I, y lo será aun por mucho tiempo.

—Si, si, gritaron sus parciales.

—Está bien, dijo el jóven con voz de trueno; he querido evitar el derramamiento de sangre; os he dado la mano cuando os tenía bajo mis plantas. Vosotros rehusais, pues guerra; caiga

el acero español sobre vuestras cabezas, y no cese mientras quede uno de vosotros.

—¿Y quién sois vos, miserable mancebo, para amenazar de ese modo?

—Un simple capitán que ha vencido hoy á cuantos os habeis presentado ante él, y que os acabará luego de esterminar. Y prosiguió: Señor de Peralta, ya sois del Emperador: id á ocupar vuestro puesto.

—¡Traicion! exclamó el jefe francés, y fueron á echarse todos sobre el navarro.

Con mas velocidad que un rayo, se puso Alberto delante con su espada desnuda, y á la vez hicieron otro tanto los que componian la escolta de aquel. Viendo el enemigo lo desigual de la lucha y que esponia allí la suerte del ejército, dejando matar á sus generales, gritó.

—Alto, señores, este no es sitio de pelear. Y vos Peralta, tan bizarro y entendido, ¿habeis creído una sola palabra de esa condicion? ¿Con qué fundamento suponeis que el Emperador os ha de perdonar y abrir los brazos, después de haber luchado tan valientemente dos años contra él? Miente el Condestable, miente ese rapaz, á quien debéis despreciar como yo.

—Infame francés, dijo Silva con indignación; yo sólo he ofrecido á Peralta cuanto has oido, ¿y sabéis quién soy aquí? el Emperador Carlos I.

—¡Vos! exclamó aturrido Frange.

—Sí: lee ese papel y lo verás. Y arrojó al jefe extranjero uno de los despachos en que lo nombraba el Monarca su absoluto representante en todos sus Estados, con derecho á obrar como le pareciera mejor. Devuelto el documento, continuó el Conde.

—Os doy las doce horas prometidas: ¡ay de vosotros si no aceptais! Seguidme, D. Pedro.

Y salieron Alberto, Peralta y su escolta. Al llegar á la escalera, le dijo al oído al navarro.—Sin perder un momento marchaos al muelle, apoderaos de todos los cañones, y si os hacen fuego, contestad. Antes de un cuarto de hora tendreis las escuadras españo-

las á vuestra disposicion y á Navarro con cinco mil hombres á vuestro lado. Partid que nos van á perseguir.

—¿Pero os vais solo?

—Corred voto al demonio, ¿no ois que piden auxilio para atacarnos!

De un salto montó el jóven en su caballo, abriéndose paso por medio de cuantos á las voces del general francés le querian detener. Tiró á tierra ocho ó diez, metió espuelas y como un relámpago llegó á donde estaba Navarro.

El conde de Cortes corrió al muelle, que distaba cuatro pasos de allí; dió la voz de alarma á los suyos; tomó los cañones y fuertes del puerto; se parapetó; enarbó el estandarte español y esperó sin molestar á nadie á que le acometiesen.

Veinte minutos despues, se presentó el jefe ex-comunero con cuatro mil infantes y mil caballos, dió un viva el Emperador, salió Peralta y se abrazaron. Ninguno habia estorbado el paso al Capitan. Este por su parte, no los incomodó tampoco. Tomó posiciones la division del bravo castellano, tiraron seis cañonazos, que era la señal convenida con la escuadra, y viendo esta ondear el pabellon español, se fue acercando hasta llegar á doscientas varas del muelle.

No se habia descuidado Alberto; en media hora ordenó lo que acabamos de saber, quedó al frente de la tropa que defendia la brecha y sitios circunvecinos, y desde allí dispuso que el ejército se preparase á entrar en la plaza á la primera señal convenida.

En cuanto á los franceses, confundidos, aterrados y sin saber qué hacer, se concretaron únicamente á la defensa de la parte de la ciudad que estaba por ellos, parapetándose y esperando asi al enemigo, con mas abnegacion que brio. Se encontraban entre dos fuegos; el soldado estaba decaido y comprendian todos la superioridad de los vencedores, y hasta les iba atemorizando ya la vista del negro penacho que ondulaba en el casco del héroe. Por eso, y porque conocian la crítica posicion en que se hallaban, mandaron un parlamentario al conde de Santomera, por el cual le pedian

un plazo suficiente para enterar á su rey de lo que ocurría, y que este determinara. Alberto les contestó con las siguientes palabras:

—Decid á vuestro General, que van trasecurridas siete horas, y que si antes de espirar las cinco que faltan no acepta mis condiciones, comenzará el fuego y pasaré á cuchillo á todo el que coja con las armas en la mano. Añadidle, que esta noche se celebrará en Madrid la toma de Fuenterrabia, pues así se lo anuncié á Carlos I, y yo nunca faltó á mi palabra; y por nada en el mundo consentiría que el Emperador y su pueblo fuesen engañados.

Partió el mensajero, y acto continuo se reunió Silva con el Condestable y demas jefes, y se dirigió al sitio donde estaba el resto del ejército formado en batalla. Esté lo recibió con un aplauso general, victoreando con entusiasmo ardiente aquella hermosa cabeza, que aun no contaba diez y nueve años, y ya se elevaba sobre las demas del reino. Contuvieron aquel delirio los clarines, trómpetas y atambores, y cuando ya el campo quedó en silencio, pasó Alberto una minuciosa revista, dando lugar en ella á que el plazo espirase. Aproximado el momento fatal, desnudó el Conde la espada, y dirigiéndose á sus soldados, les dijo:

—El enemigo quiere todavia luchar con vosotros. Yo anhelaba perdonarlos, á trueque de que no se derramase una gota mas de sangre española. Poco nos queda ya que hacer: acabemos nuestra grande obra y penetremos esta noche entre esos muros que tanto tiempo nos tuvieron sus puertas cerradas. ¡Soldados, á Fuenterrabia! á vencer! á lavar el negro borron que mancha nuestro imperio! ¡Viva Carlos I, viva España!

Y treinta mil voces repitieron las últimas palabras del jóven, siguieron á su penacho negro, y entraron en la plaza ansiosos de lucha y esterminio. Se dividieron luego en grandes masas y comenzaron á tomar casa por casa y calle por calle, sembrando en todas partes el terror y la muerte.

El capitán Alberto seguido del Condestable, de ochocientos caballos y dos mil tiradores, partió el primero en direccion del palacio del general francés. Este edificio se hallaba defendido por

fuerzas triples, las cuales tenian tomadas las avenidas y viviendas que la circunvalaban. Asi es, que se trabó una horrible pelea, pues luchaban unos y otros cuerpo á cuerpo y con un valor heróico. Silva, despues de haber perdido su caballo y de hacer grandes esfuerzos, consiguió penetrar en la plaza, en los momentos en que por la parte de enfrente entraban Navarro, sus oficiales y la compañía de ligeros.

— ¡Al palacio, al palacio! gritó el héroe, y aquellos quinientos hombres, tirándose de los potros, comenzaron á trepar por ventanas y balcones, rompiendo puertas y desafiando el peligro; en dos minutos se metieron todos, y tras de ellos doscientos tiradores mas, que mataron sin compasion á cuantos encontraron al paso. Un momento despues, Alberto, Navarro y los oficiales, hallaron al general francés, que lejos de oponer resistencia, le suplicó mandase cesar el fuego, y cumpliria las condiciones impuestas horas antes. Comprendiendo el Conde lo difícil de contener el arrojo y embriaguez de los suyos, hace primero que firmé el extranjero las proposiciones, le obliga á montar á caballo y que á su lado recorra la ciudad, ordenando cada cual á sus parciales, suspendiesen la lucha. Todo eso hacia falta, pues los soldados castellanos ya no obedecian los sonidos de clarines y atambores. La voz y la presencia de Alberto los detuvo, y á la media hora acabó la batalla.

Bien se defendieron los contrarios pero en honor á la verdad, si sigue el combate dos horas mas, pocos hubieran quedado vivos. El noble Conde, compadecido de sus enemigos, y deseando á la vez economizar la sangre de los suyos, accedió gustoso á la proposicion de Frange.

Algunas horas despues, salieron los franceses de la plaza, llevándose solo sus heridos, tren de campaña y depósito de vestuarios. Iban precedidos de una division mandada por el Virey y seguidos de otra, capitaneada por el mismo Silva. A los dos dias regresaron, dejándolos dentro de Francia.

Desde que Alberto se puso al frente del ejército, hasta el fin de la última batalla, tuvieron los franceses dos mil muertos y cinco mil heridos; y los españoles cuatrocientos de los primeros y ocho-

cientos de los segundos. Los vencidos perdieron además dos estandartes, veinte banderas y la mitad de su artillería.

De vuelta ya el conde de Santomera, mandó formar, pasó una escrupulosa revista, puso á Navarro las insignias de coronel, á sus oficiales las bandas de capitanes, incluso al teniente agregado; hizo lo mismo con algunos otros, otorgando cuantas mercedes creyó justas; dió á reconocer como general á D. Pedro de Peralta, y las gracias á todo el ejército, en nombre del Emperador, por su buen comportamiento y estremada bizarria. Terminado esto, reunió á los jefes y les preguntó:

—¿Hay alguno de vosotros que tenga noticia de hechos que yo no conozca y merezcan recompensa?

Nadie contestó; el jóven continuó:

—Si en adelante supieseis de alguno, decídmelo y se le dará lo que hubiese ganado. Esta noche, añadió, parto para Madrid; á mi vuelta traeré la ratificación del Emperador para vuestros ascensos. Me acompañareis vos, señor de Peralta, y vos Mendoza, al frente de mi escolta. Señor Condestable, nadie hubiera creído que érais un anciano, segun os batiais y mandabais; sois digno del puesto que ocupais y si el Monarca desea hacer os justicia, deberá nombraros duque, os nombrará, estoy seguro.

—¡Gracias, Conde, vuestro elogio me envanece!

—Reparad á Fuenterrabia; Navarro os dará un diseño, estudiadlo y fortaleced la plaza como en él se os marca, y no tornará á ser de Francia. Dad un escudo á cada soldado; ya sabeis dónde está mi tesoro. Tened cuidado por si el enemigo quisiera sorprenderos; pues en Lion puede rehacerse y volver. Os dejó á Navarro, á estos valientes jefes y oficiales y un ejército entusiasta y aguerrido. Señores, hasta mi regreso.

Después se despidió de los soldados, en un breve y guerrero discurso y partió de allí entre mil aclamaciones, seguido de Peralta, y los nuevos Coronel y capitanes. Entró en su alojamiento anterior y se sentó á la mesa con los que le acompañaban. Concluido de comer; se dirigió á estos y les preguntó:

—Amigos míos, ¿estais satisfechos de mí?

- ¡Sí, sí! contestaron todos.
- Creis que he obrado como buen español, leal soldado y noble jefe?
- ¡Sí, sí! repitieron.
- Voy á dar cuenta de mis acciones y del uso que he hecho del poder que me entregó el Soberano; ¿puedo presentarme con la frente erguida?
- ¡Sí, sí! volvieron á gritar.
- No, dijo Mendoza.
- Hablad, amigo mio, sed tan franco como valiente.
- Lo voy á ser, señor Conde. Debeis ir orgulloso, porque habeis conseguido mas de lo que es dado á un ser humano. ¡Oh! ¡al regalarle á Fuenterrabia de la manera que lo haceis, os igualais á él. Si ciñe una corona de Emperador, vos la llevais de héroe: si su frente brilla con la diadema imperial, la vuestra con la del genio; si su mano es potente porque abarca un cetro poderoso, la vuestra lo es porque empuña la victoria!..
- Callad, Mendoza, no me antepongais nunca á Cárlos I. Es nuestro dueño, nuestro padre, nuestro rey, nuestro señor.
- Y yo, que lo quiero tanto como vos y que como vos lo respeto, he dicho eso porque es la verdad. ¿No es cierto?
- ¡Sí, sí! respondieron sus compañeros.
- Perdonadme, señores; pero os agradeceré no oiros nunca compararme al César. Voy á partir; ¿quereis algo para Madrid.
- Que volvais pronto.
- Lo haré así. Mendoza, tomad esa orden y que os entreguen las banderas y estandartes cogidos al enemigo. Buscad los ligeros, dadles buenos caballos, y esperadme abajo. Traedme á mí uno; mi pobre animal pereció noblemente.
- Salió aquel y este preguntó á Peralta:
- ¿Estais contento, general?
- Sí, señor.
- Guardais demasiado silencio; si algo deseais pedido.
- Callaba porque me extasia oiros. ¡Oh, Conde, sois el brazo derecho del Emperador! ¡Quién pudiera imitaros!

—Vos, si quereis; á mi vuelta seguidme á la guerra, os llevaré á mi lado y partireis conmigo la gloria.

—¿A quién le vais á disputar sus Estados?

—¡A quién! ¡Voto al demonio! A Francisco I, á la Francia entera. ¡Qué valen ante los leones de Castilla!

—¡Ante vos! Iré, os seguiré á Italia.

—¿Nada mas que á Italia?

—A París, si allí vais.

—Acepto. ¿Y vosotros me acompañareis?

—Al infierno mismo.

—Os advierto, que lo de Fuenterrabia es poco comparado con la gran obra que vamos á emprender.

—Lo que importa es que sea pronto.

—Eso es, miraos las bandas, orgullosos capitanes; pronto las lucireis en el campo del honor.

Llegó Mendoza y todos montaron á caballo. Navarro se adelantó con su hijo adoptivo, y le preguntó:

—¿Cómo no me llevais?

—¿Para qué?

—Para velar por vos.

—Gracias, padre mio; conviene que os quedeis cuidando la ciudad conquistada.

—Si lo mandais...

—Sí. ¿Quereis algo para vuestro tio?

—¿Será obispo?

—Lo es positivamente.

—Dadle un abrazo, otro al General, y diez á Maria.

—Decidme, ¿estais seguro que no ha salido ningun correo para Madrid; que nadie ha podido enterar al Emperador de lo ocurrido?

—Sí; los partes que he recibido del oficial que puse en el camino de Castilla, me lo aseguran así; ni era posible se atreviesen á faltar á la orden que disteis.

—Adios, padre mio.

—El cielo os proteja, mi adorado Alberto.

Se despidió despues de sus demas compañeros, y poniéndose en medio de Peralta y Mendoza, seguidos de los ligeros, corrieron en direccion de la corte.

Dejemos á los tres caballeros, que continúen su camino á paso de corzo, y trasladémonos á Madrid.

El jóven y valiente Cárlos I recibió por mano del General el parte del Conde, reunió á sus amigos y se los leyó: la alegría bañaba esta noche el rostro del Monarca, y fija su idea en la toma de Fuenterrabia, hablaba de Alberto como del ángel salvador, que pronto le devolveria su querida ciudad y la honra que el francés le estaba quitando. Confiaba en él como en su propia persona, y le colmaba de elogios á cada instante. Quirós, participaba de las mismas ideas y seguridades que su Rey, pero callaba á todo, y solo con el placer que demostraba su semblante, confirmaba las palabras de Cárlos. Habia sin embargo, varios Grandes que no creian ó no les convenia creer en tales milagros y hasta llegó uno de ellos á replicar:

—Señor, no negaré el valor y la inteligencia del conde de Santomera; pero es demasiado jóven todavia para una empresa tan árdua; y aun cuando entiendo que Fuenterrabia será en breve de V. M., no debe ocurrir tan pronto como él pretende. Mi hermano el Condestable, me escribe largamente sobre las dificultades de ese sitio, y dudo yo que un solo hombre pueda hacer mas que un ejército entero, y que cien jefes encanecidos en los combates. La plaza se rendirá, nadie lo duda, pero se pasará mucho tiempo. Esta al menos es mi opinion.

—Y la mia, y la mia. Contestaron varios Grandes.

El Emperador frunció el entrecejo, y fue á hablar; pero al ver que el viejo Quirós tomaba la palabra, lo dejó, creyendo que afirmaria cuanto él habia dicho antes. El anciano General, alzó la voz y con una energia desusada replicó:

—Señores, solo hay aquí dos personas que conozcan lo que es y lo que vale Alberto de Silva; esas únicamente saben, de una manera positiva, las dificultades que existen para tomar á Fuenterrabia; y estas somos el Emperador y yo. No tengo parientes en

ese sitio, y comprendiendo perfectamente cuanto en él pasa, aseguro solemnemente, que si el Conde no muere cumplirá su palabra.

Las anteriores frases fueron seguidas de un profundo silencio, que se atrevió á interrumpir el hermano del Condestable, añadiendo:

—General, siento no participar en este momento de vuestras opiniones. Aun cuando no tanto como vos, presumo conocer á Fuenterrabia, y creo que estais equivocado; no quiero alargar la discusion, por lo cual no doy razones. El tiempo dirá.

—El tiempo dirá, sí, repitió el Monarca, levantando aquella reunion, con marcadas señales de disgusto.

Cinco dias despues, estaba la corte de Carlos I como de luto. Los palaciegos murmuraban, el nombre de Alberto corria de boca en boca, salpicado de epigramas, y las pocas veces que el Soberano se habia presentado á sus cortesanos, lo habia hecho con semblante taciturno, agitado é impaciente. En este momento se hallaban los Grandes del reino en lo mejor de sus criticas, cuando de pronto se abrieron las régias cortinas, salió un paje y dijo:

—Su magestad no recibe hasta pasado mañana.

Al oir esta voz se retiraron; pero al bajar la escalera se entregaron á las sátiras mas cruéles y mordaces. No quedó improprio, insulto ni sarcasmo que no lanzasen sobre el hombre mas valiente y caballero que tenia entonces nuestro pais. Todos querian que sus parientes, amigos y deudos fuesen los únicos héroes. Carlos I sabia, sin embargo, lo que decian y lo que valian, y se estaba preparando para vengar á su futuro hermano.

Llegó el dia señalado por el César para ver á sus dignatarios, sin que en este tiempo hubiese noticia alguna de Fuenterrabia. Este silencio tenia muy disgustado al Monarca, alegres á los que le rodeaban y triste al pueblo. Con objeto el Soberano de evitar que delante de él se repitiesen los dicterios contra el conde de Santomera, dispuso recibir con toda etiqueta, sentado en el trono y rodeado del cuerpo diplomático.

A las tres en punto se abrió el salon de embajadores y apareció

Cárlos, sumamente grave, con su semblante altanero é imponiendo sus miradas á toda aquella reunion...

Se comenzaron á tratar asuntos de Estado; pidió la palabra el enviado extraordinario de Su Santidad, y cuando estaba demostrando los medios mas conducentes, en su opinion, para que la liga de Italia llevase á cabo el pensamiento que se habian propuesto, hé aqui que se presenta un Grande, de los que se hallaban de servicio, y anuncia la llegada á las puertas de palacio, de tres guerreros cubiertos de acero, seguidos de una numerosa escolta.

La deliberacion quedó suspendida por cinco minutos; al cabo de este tiempo volvió á entrar el palaciego, y dirigiéndose al Emperador le dijo:

—Señor, tres caballeros que vienen del sitio de Fuenterrabia, piden entrar.

—Que no los detenga nadie, gritó Cárlos con imperio, y añadió esforzando la voz: Adelante; acercaos á mi. Y cuando ya estuvieron, les preguntó con marcada impaciencia: ¿De quién es Fuenterrabia?

Uno de ellos se adelantó respetuosamente hasta el Soberano, se alzó la celada y contestó:

—Gran señor, hace ya muchos dias que es de V. M.

—¡Alberto de Silva! esclamaron cuantos allí habia, ruborizados la mayor parte.

—Alberto de Silva, duque del Imperio, repitió con júbilo indecible el Monarca, y continuó dirigiéndose á los que le rodeaban: Si, vedlo herido, con la armadura hecha pedazos en el campo del honor, y con una aureola de gloria que debeis envidiarle todos. Duque, sube á mi trono y estrechen mis brazos al héroe.

El jóven vaciló, miró entorno y comprendiendo su claro ingenio, por las palabras del César y el rubor de los Grandes, lo que habia pasado gritó: ¡Ah de mis ligeros! y entrando cuatro soldados cargados de banderas y estandartes franceses, los cogió, los arrojó sobre las gradas del trono y dijo:

—Señor, teneis á la Francia á vuestros piés; si alguna vez se cuenta que habeis abrazado á este humilde servidor, sepa

el mundo entero que para llegar á V. M. pasó por encima de ella. Y pisando los estandartes, subió al trono y estrechó á Carlos I.

Acto continuo hizo el Emperador que Alberto refiriese cuanto ocurrió en la toma de la plaza; sin omitir la mas leve circunstancia lo fue contando todo. Cada vez que citaba uno de aquellos hechos sublimes, llevados á cabo, palidecian los cortesanos y brillaba la alegría en los rostros del Monarca y del General. Concluido el relato, siguió un profundo silencio, que nadie se atrevió á interrumpir. Quedó meditando Carlos, y luego prosiguió dirigiéndose al nuevo Duque. Si hay algun hombre á quien yo envidie en este instante, ese sois vos. Cuantas gracias y condecoraciones habeis dado, las ratifico; y respecto á Peralta puede llegar hasta mí.

Se acercó el navarro, se descubrió y besó la mano de su Soberano; este le dijo:

—Os perdono y agradezco vuestros servicios prestados en el sitio de Fuenterrabia, que premiaré como Alberto propone. Venid vos, valiente Mendoza; y tambien vosotros, bravos ligeros, besad mi mano; y preguntó á los últimos: ¿A las órdenes de quién habeis servido, el dia de la batalla?

—A las del capitán Silva, contestó uno de ellos.

—¿Os ha mandado bien?

—Señor, es tan valiente que no hay uno en la compañía que no le deba la vida. En los momentos del peligro, se halla en todas partes, nos defiende, nos anima y mata á la vez á cuantos intentan herirnos.

—Que se les dé, dijo Carlos, á cada uno de estos soldados veinte escudos. Señores, mañana continuaremos. Alberto, dadme vuestro brazo. Y cogidos así, cruzaron el salon y entraron en el régio despacho.

La corte se retiró y Quirós llevó á su palacio á Mendoza, Peralta, y á los individuos de la escolta del Conde. Despues se volvió, y llegó á la habitacion del Monarca, abrió la puerta y asomó la cabeza por entre las cortinas. El César y el nuevo Duque

estaban conversando agradablemente, cuando vió el primero asomar la cabeza, y sonriéndose le dijo:

—Entrad, noble anciano, las puertas de mis habitaciones estan siempre abiertas para vos.

—Gracias, señor, pero quisiera aun mas...

—Concedido; ¿qué es?

—Estrechar á mi hijo; no puedo resistir...

—Hacedlo, amigo mio.

Y ambos se abrazaron con una ternura que admiró al Soberano.

Concluido, los tres se sentaron á la mesa, acabaron de comer, y se despidieron, sin hablar una palabra de Maria. Cárlos tenia un pensamiento y Alberto otro: el primero adivinó el del segundo; éste no se cuidó mas que de poner el suyo en práctica.

Diez minutos despues entró en casa del general. Peralta y Mendoza terminaban su comida.

—A caballo, le dijo al gigante.

—Vamos allá, replicó este, y continuó aquel.

—Vos Quirós hareis los honores á mi amigo D. Pedro.

Montaron y salieron en direccion del Valle. Rendidos ambos por el cansancio, casi tendidos sobre sus corceles, no por eso dejaban de aguijonearlos; asi es que anduvieron las tres leguas en una hora escasa. Llegados allí, contuvo Alberto á su alazan y preguntó á su compañero :

—¿Qué sentís, Mendoza?

—Pisadas, señor Duque.

—¡Señor diablo! Dejaos de títulos ó no seré vuestro amigo.

—No os enfadeis, mi adorado Silva,

—¿Con que ois lo mismo que yo?

—Si.

—Temo que el Emperador se nos haya adelantado.

—¿Creeis posible que corra mas que nosotros?

—Si; Carlos I monta bien y puede haber ganado tiempo. Sea como quiera, seguidme al paso sin hacer ruido.

Nuestros dos amigos se acercaron á la tapia, dió Alberto su potro á Mendoza para que lo sujetara, y en dos saltos trepó por la tapia y se deslizó hasta bajar.

La noche era fria, algo húmeda y oscura, pues la luna estaba rodeada de muchas nubes, que á cada paso la encapotaban.

El Duque recorrió casi todo el jardin hasta llegar al palacio. Un poco despues de estar contemplando la morada de su ídolo, vió abrirse una puerta y apareció Maria, cubierta con un capuchon árabe de raso azul, forrado de pieles de armiño, llevando una lira en la mano. Iba tapada su cabeza con la capucha, pero su amante la reconoció en el acto, se escondió detras de un árbol, la dejó pasar y fue siguiéndola á una respetable distancia. Se aproximó la jóven á una cabañita que estaba á doscientos pasos de allí, abrió su débil puerta, se sentó en una silla rústica, encendió una luz y se puso á meditar. Alberto, pegado á la cabaña, veía á su amada, sin perder ni uno de sus movimientos. La bellísima niña, despues de una larga meditacion, alzó los ojos, suspiró, se limpió las lágrimas que corrian por sus mejillas, templó la lira, y con acento lleno de poesia y ternura cantó:

Soy la flor del desierto,
 flor desvalida,
 que entre arenas esconde
 su triste vida:

Ven, lirio mio,
 y de mi lado arranca
 penas y hastio.

Sordo á mi voz te alejas
 altivo lirio,
 ¡ay, que tu ausencia labra
 cruel martirio!
 ven, ó mi suerte
 dará á mi amor el premio
 de aciaga muerte.

Calló la hermosa y sin poderse contener mas su amante, abrió y entró postrándose á los piés de su adorada. Sorprendida esta, dió un grito y cayó sobre el pecho de Silva. Repuesta de su grata sorpresa, se estrecharon, rodando por las mejillas de la bella abundantes lágrimas.

Un hombre cubierto con una pesada armadura habia seguido y espiado, primero al Duque y luego á los amantes. En este momento se hallaba ocupando el puesto de aquel y mirando por la misma grieta. Cuando vió á los dos jóvenes abrazados, cogió otra lira y con el primer prelude comenzó á cantar:

Al escuchar aquel acento desconocido, Silva quedó suspenso, ella aturdida y Mendoza, que de un salto se plantó en medio del jardin, estaba á la espalda del incógnito oyendo y esperando el desenlace de aquella escena.

El atrevido guerrero entonó con una magnífica voz de baritono las siguientes estrofas:

Doncel apuesto y valiente,
dejas la lid por tu bella
sin ver que tu negra estrella
aquí no puede brillar.

Vuelve al combate sangriento
y entre ovaciones y gloria
olvidarás la memoria
de quien no te puede amar.

Espiró la voz del cantor, y Maria cayó á los piés de Alberto, se abrazó á sus rodillas y exclamó:

—¡No salgas!..

El Duque la levantó con una tranquilidad admirable, la sentó y de un salto se puso á dos varas de la cabaña. Miró en torno, y viendo al desconocido frente á él, tiró de la espada, se puso en guardia y le dijo:

—Defiéndete.

En el mismo instante, se interpone Mendoza entre los dos, corre por la cintura al guerrero, lo alza en alto, con intencion de arrojárselo contra la cabaña, cuando su amigo le grita: —

—¡Dejadlo, voto á Lucifer, que viene vestido de caballero y es mi rival!

El incógnito habia sufrido el brusco movimiento del gigante y los retos de Alberto, sin despegar los labios. Cuando el nuevo Capitan lo soltó y vió que la espada del jóven iba á dirigirse á su pecho, le contestó fingiendo la voz y con la mayor sangre fria:

—No puedo batirme contigo, Duque. Te debo la vida y algo mas.

—Todo te lo perdono; en guardia, replicó Silva ciego de cólera.

—¡Si antes de ser héroe de Fuenterrabia me venciste! qué harías hoy conmigo si desnudase el acero?

—Dejarme matar por vos, señor, dijo aquel, cayendo de rodillas. Perdonad, continuó, si no os he conocido antes. ¡Oh! hermosa voz teneis, pero me ha hecho sufrir mucho al oirla esta noche.

—Alzad, y no volveos á postrar ante mí. Os he dado un mal rato, lo sé, pero debia vengar á la pobre Maria; ya sabeis de que...

—Es verdad, señor, mas reparad en ese que teneis á vuestros pies.

Volvió Carlos la cabeza y halló al buen Mendoza, arrodillado haciendo pucheros como un niño. Al ver que lo miraba su rey tartamudeó estas palabras:

—¡Perdonadme! no os conocia y... y...

—Y me ibais á estrellar, ¿no es cierto? Levantaos. Caramba, sabeis, Alberto, que tiene una fuerza terrible!

—Yo lo creo; en Fuenterrabia de un mazazo rompió una puerta al primer golpe que la dió.

—Diablo, con vuestras manos, Capitan; si no vengo forrado de hierro me deshaceis.

—Mucho lo hubiera sentido, señor, respondió cada vez mas aturdido.

—Y yo.

—¿Me perdonais, gran señor?

—Y os alargó la mano para que la estrecheis, mi valiente guerrero. Defended á Alberto siempre con ese cariño.

—Así lo haré, señor.

—Ahora volved por donde habeis venido; cojed los caballos y dirigíos á la izquierda del bosque; allí encontrareis mi comitiva, y esperareis á que vayamos.

Se fue Mendoza, y seguidamente entraron los otros en la cabaña. Maria estaba sentada; Cárlos la cogió cariñosamente una mano y la preguntó:

—¿Te has asustado mucho?

—¡Oh me habeis dado un rato cruel!

—Lo siento, y te ruego me perdonés la parte que tuve. Entré aqui sin ser visto de nadie, con solo la idea de dar una broma á Alberto, y vengarte por el mucho tiempo que ha estado sin escribirte. ¿Estás ya tranquila?

—Sí.

—¿Eres feliz?

—¡Oh, muchísimo! muchísimo! ¿se queda el Conde?

—Ya hablaremos de eso despues. Ves al lado de tu madre, que alli te buscaremos.

Y cogidos del brazo los dos jóvenes, atravesaron el jardín; salieron por una puerta falsa, cuya llave tenia el César, y se dirigieron al palacio donde entraron; se hicieron anunciar, y por último penetraron en el salon.

El Emperador estrechó las manos de madre é hija, diciéndoles:

—Aqui teneis al señor duque del Imperio, conquistador de Fuenterrabia; al héroe que me ha regalado una ciudad, lavando la mancha que pesaba mucho tiempo hacia sobre mis escudos. ¡Vedlo en el mismo traje con que venció! Esa sangre que ennegrece su armadura, es francesa; la herida que tiene en el hombro, fue de una bala de cañon, y los pedazos de hierro que faltan en su coraza, se los arrancaron cuando defendia á su Rey y á su patria.

—Señor Duque, respondió Clotilde, me llena de placer veros triunfante y coronado de gloria; pero notad vos, dijo á Carlos, que esas balas que han roto su armadura pudieron destrozár su pecho, y lo harán en adelante, si se espone como hasta aquí.

—Es verdad, señora, contestó el jóven Soberano; pero el puesto de los valientes está en la guerra. Si ellos me abandonasen, ¿qué seria de mí, de mi pueblo, de la nacion? Alberto volverá á batirse, triunfará y regresará digno de la hija de un Monarca, de la nieta de cien Emperadores, y será su esposo. Pero si así no fuese; si pereciese, morirá por mí y por su patria. ¡Oh, quién pudiera como él esponer su vida á cada paso en medio de los combates, seguido de la victoria! Pero vos no entendeis de esto; ¿es verdad, mi querido Duque?

—Teneis razon, gran señor. Y tomando el rostro de Silva un aspecto extraño continuó:

—¡Vos, señora, ignorais lo que es la lucha, la guerra! Cuando se está al frente de un ejército, cuando se manda atacar y se ve en cada soldado un hijo, en cada contrario un traidor y henchido de coraje se desnuda la espada, se aguijonea al caballo, se busca al enemigo, se le hiere, se le mata, se le hace huir y se vence; ¡oh! entonces, y sólo entonces, se sabe lo que es la vida, el valor, el heroismo. Por todas partes se estiende el esterminio y la muerte, es verdad, mas por todas se hallan hijos que salvar, fieras á quien destruir, gentes á quien animar, gloria que recojer y desgraciados que perdonar.

—Mirad esa cara, dijo Cárlos interrumpiendo á Alberto; ved ahí el genio irresistible, potente, sublime. Señora, no volvedme á decir que estará mejor fuera del peligro que cerca de él. Pedidme títulos, honores, riquezas, todo os lo daré, pero á mi Duque nunca. En buen hora que se case; si aun es poco, lo haré príncipe ó lo que querais, pero su espada será siempre mia. ¿No tengo razon, Maria?

—Señor, jamás le hablaré yo de que no os obedezca; pero cuidareis de que no muera, ¿lo hareis?

—¡Y me lo preguntas!

—¡Ah, señor! exclamó Silva enternecido; mandadme que conquiste el mundo y haré cuanto pueda por conseguirlo; esto me será mas grato, que sufrir el daño que me hace tanta bondad.

—Alberto, si os demuestro el cariño que os tengo, vuestra será la culpa por habérmelo inspirado. Y dirigiéndose á Clotilde añadió:

—Señora, seguidme; tenemos que hablar sin testigos.

—¿Pero y Maria? preguntó aquella.

—Vuestra hija queda sola con su futuro esposo.

Sin replicar, salió con el jóven Monarca. Alberto comprendió que este queria dejarlo con su amada y exclamó:

—¡Qué bueno es y qué generoso! Se va con tu madre para no molestarnos. ¡Gracias, Carlos I, gracias; nó en balde me distingues con tu cariño; ¡oh te pagaré con usura tantos beneficios! Sentémonos, Maria; aqui en este divan, asi; dame tu mano. ¡Tiemblas! ¡oh tu sangre circula con una rapidez extraordinaria; tu cara de ángel se cubre de un subido carmin! ¡Bien! ¡Todo eso es amor! Amor que te abrasa como á mí; amor puro, ardiente, inextinguible, santo! Amor que da brio á la existencia, fuerza á la materia, luz á la inteligencia; que embriaga el corazon, que encanta la vida, que adormece los sentidos! ¿No es verdad, bien mio?

—¡Si, Alberto! Pero un amor que tambien aniquila!.. yo me siento desfallecer!..

—No, no, extasia y... y nada mas. ¡Oh qué dulce es tu aliento... es el hálito celestial... el aliento de los ángeles!.. Y el fluido que tu mano trasmite á la mia, que tu sangre presta á mi sangre, es la esencia del placer, que corre del uno al otro y narcotiza nuestras almas.

—¡Alberto, por Dios!... Tu mirada irresistible abrasa, hiere...

—Tienes razon; la felicidad mata tambien!.. Hablemos asi, separados. Antes de un año estaré otra vez á tu lado, y aun seremos mas dichosos. Esperemos, Maria, esperemos. ¿Quiéres que te refiera algun episodio de la guerra?

—Sí; cuéntame tus hazañas. Al describirlas, figúrate que te

hallas en el combate, y vea yo tu frente rebosando genio y valor.

—Las batallas, amiga mia, embriagan lo mismo que el amor. Al comenzar la lucha siento un poco de repugnancia; pero ya en ella, y pasados los primeros momentos, se ensancha mi corazon, enronquece mi voz, y como todo lo veo, todo lo penetro y hasta creo que adivino, gozo destruyendo proyectos elevados, planes bien concebidos, y burlando sorpresas y asechanzas. Caigo entre mis contrarios con la velocidad del rayo y como él destruyo, sin olvidarme de alentar y dirigir á los que mando, corriendo en todas direcciones, abriéndome paso por todas partes.

—¿Y cómo te libras de los aceros enemigos?

—Siendo mas ligero que ellos, mas hábil, mas osado.

—¡Ay, que algun dia te tenderán una emboscada, y entonces nadie respetará tu heroísmo ni tu valor; ambas cosas acelerarán tu muerte!

—No temas, angel mio, todo ser tiene su sino y señalado por este el dia en que ha de morir; el mio no me ha sentenciado á perecer en el campo de batalla.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Me lo dice el corazon, que es tan noble y fiel como mi hermosa Maria. Ahora no te satisfacen mis hazañas, ¿verdad?

—No hay entusiasmo en tí, no te elevas como otras veces.

—Es que no estoy en estos momentos para tratar de batallas, ni de guerras, ni de hombres, sino de amor: cuando te miro, no veo, no pienso, no me ocupa mas que tu belleza. Amor llevan mi aliento, mis miradas, mis ideas, mis pensamientos. Así, á tres pasos, hablemos de nuestro cariño; nosotros no podemos ocuparnos de otra cosa.

—Sí; es verdad, pero ten en cuenta, que tu amor hiere de cerca, como tu mirada, como tu espada.

Media hora mas continuaron dándose inocentes pruebas de un puro y delirante afecto. Pasado este tiempo, entraron Clotilde y el Emperador, diciendo éste último:

—Son las once, Capitan, vámonos.

Ambos se despidieron de las dos, bajaron, anduvieron por el

bosque trescientos pasos, hallaron la escolta y montaron á caballo, esclamando Carlos:

—¡A escape! Mendoza, poneos á mi izquierda, vos, Alberto, á la derecha.

Y partieron tan rápidos como una exhalacion.

Llegaron á Madrid y quedaron sorprendidos al ver la ciudad iluminada y llenas sus calles de militares y paisanos. Habia cundido la voz por la villa de que Fuenterrabia era ya de España, y de la humillacion del ejército enemigo, y espontáneamente se coronaron de luces los balcones y ventanas, y las músicas entonaban por todas partes himnos patrióticos. Era tal la aglomeracion de gente que transitaba y tal la embriaguez y júbilo, que se vió obligado el César á detenerse por falta de terreno.

—Capitan, le dijo al gigante, coged cuatro hombres y haced despejar. No molesteis á nadie, mas procurad que abran paso. Y poniéndose éste delante de Carlos y Alberto, con una voz ronca que se oyó en todo el barrio, gritó:

—¡Paso al Emperador y á Alberto de Silva!

Al oír las masas aquel acento atronador, se replegaron con el mayor respeto; pero acto continuo comenzaron á moverse, á dar vivas, y por último, creció de un modo el entusiasmo popular, que cogieron al jóven y lo quisieron pasear en triunfo. Gran trabajo costó á Mendoza combatir la idea y arrebatarles su ídolo. El mancebo se vió como por encanto fuera de su caballo, y corriendo de brazo en brazo era victoreado, aplaudido y hasta besado. Agradecido Silva á tan tiernas demostraciones, contestaba únicamente á las amenazas del atleta:

—Dejadlos, dejadlos, que hagan de mi lo que quieran. Cansado el Soberano, y temiendo molestasen á su guerrero mas de lo conveniente, esclamó con imperio.

—¡Basta ya! Al oír esta voz, pusieron al Duque sobre su caballo, pero se alzó una griteria terrible pidiendo la pluma del héroe.

—¡Que nos dé su penacho, decian, que nos lo eche para besarlo.

Con los ojos llenos de lágrimas, se bajó Alberto de su potro, le quitó á un soldado la capa y chambergo, entró en un portal, y arrancándose la coraza, se la arrojó al pueblo, en union del casco, el cual ébrio de placer los deshizo y se repartieron los pedazos. Se embozó, volvió á montar y dijo á su Rey:

—Señor, ya veis como he quedado, permitidme retirar.

—Marchad, si. Y estrechando su mano partió tambien Carlos acompañado de Mendoza y su escolta.

Poco despues, preguntaba Quirós á su pupilo:

—¡Venis desnudo! ¿Qué os ha ocurrido, hijo mio?

—Que he cambiado, contestó, mi armadura por el amor del pueblo español.

Este diálogo fue interrumpido por una confusa griteria, que á la puerta del palacio de Silva pedia ver á éste. Salio al balcon en medio del General y de Peralta y preguntó al pueblo:

—¿Qué queréis?

Una tumultuosa confusion de voces contestó, sin que nadie pudiese comprender nada de lo que habian dicho. Un militar grueso, dominando con su acento á la multitud, hizo que esta callase; y dirigiéndose al Duque le dijo:

—Señor, deseabamos mirar al invicto héroe, y oir de sus lábios que hemos echado al enemigo de Fuenterrabia.

—Pues bien, replicó el jóven, es verdad: como igualmente que lo vencimos y lo humillamos.

—¡Bien! bien! Viva Alberto de Silva! volvieron á gritar las masas.

—¡Viva el Emperador! dijo el Duque.

—¡Viva! viva! le contestaron.

—Id á palacio, replicó aquel, y demostrad al Soberano vuestro júbilo. A él solo debéis victorear. Yo soy un soldado que ha cumplido con su deber. De él es Fuenterrabia, de él los ejércitos, de él somos todos; él nos guia, nos gobierna; á él debemos aplaudir. Yo os ruego que vayais al alcázar.

—¡A palacio! á palacio! exclamaron; y obedeciendo al héroe, corrieron á la régia morada.

sus superiores, reprendiéndoles á la vez, aunque con dulzura. En el momento marchó al sitio, donde se juzgaba á Alberto, y creyendo que no se le hacia justicia, arrojó un guante sobre el grupo, el que recogieron los señores Carvajal, Buendia y Rodrigo.

»Salieron los cuatro al campo, y á los veinte minutos, los tres últimos fueron muertos de una estocada cada uno en el corazon.

»Navarro se me presentó en el acto, se ha instruido sumario, y mientras este se concluye ha quedado preso en el castillo de Santa Bárbara.

»El ejército, sabedor de todo, anda por las calles en un completo desorden, pidiendo la libertad del Coronel y el mando supremo para el conde de Santomera.

»Los oficiales que acompañaron á este, ya todos capitanes, han fijado varios edictos desafiando á cuantos jefes osen hablar mal de Silva; y viendo que nadie acude, ofrecen pelear cada uno contra dos. Los soldados los victorean y se puede decir que solo ellos son obedecidos por la tropa.

»Dejo á la alta consideracion de V. M. I. las consecuencias de este suceso.

»Soy humilde servidor de V. M.

»*El Justicia Mayor, Condestable del Reino.*»

Concluida esta lectura, añadió el César.

—Sentaos y contestad, Alberto.

El jóven Duque, dirigiéndose á uno de los secretarios le dijo:

—Escribid.

«AL EJERCITO DE FUENTERRABIA.

»SABED:

»Manda nuestro muy poderoso amo y señor D. Carlos I, que todo individuo que en adelante desobedezca las órdenes del Condestable sea en el acto pasado por las armas.

»Se continuará el sumario del coronel Navarro, quedando

preso hasta que se concluya su causa, y recaiga en ella la soberana voluntad.

En nombre del Emperador.

Alberto de Silva, duque del Imperio.

Estendieron luego varias instrucciones para el Justicia, y mandó llamar á un correo el jóven. Cárlos preguntó á éste:

—¿Cómo dejais á vuestro amigo sujeto al terrible fallo de unos jueces severos?

—Señor, lo primero es la subordinacion del ejército. Navarro queda entregado á las consecuencias de un consejo de guerra; pero si estas fuesen muy duras, V. M. lo perdonará y marchará á la guerra. Allí debia ir de todos modos.

—Está bien; que se haga cuanto acaba de mandar Alberto. Cerrad y retiraos, añadió á los secretarios.

Cuando hubieron quedado solos, preguntó el Soberano.

—¿Qué os trae por aquí tan temprano, Duque?

—Señor, el deseo de ver á V. M.

—Pretendeis alguna otra cosa?

—Permiso para marchar á Fuenterrabia y luego á Francia.

—¿Cuándo anhelaís partir?

—Mañana.

Quedó pensativo Cárlos largo rato, y despues volvió á preguntarle:

—¿Qué otra cosa quereis?

—Que entregueis al señor de Peralta su despacho de general, y le ordeneis que me siga.

—¿Qué mas?

—Que os digneis demostrarle vuestro aprecio, pues es uno de vuestros mas valientes y leales servidores.

—Señor de Peralta, contestó el César alargándole la mano, portaos en adelante como quien sois.

—Señor, exclamó el navarro cayendo de rodillas, perdonadme si os ofendí, y disponed de mi vida y de todo cuanto poseo.

—Alzad, Conde. Olvidad lo pasado, pues yo no me acuerdo ya

de nada. Hoy tendreis vuestro título de general; seguid á mi Duque y velad por él.

—Yo no pedia...

—Basta, yo lo quiero así; y le dijo á Silva. —Sentaos y escribid:

«Señora:

»A las cinco de esta tarde os acompañaremos á la mesa, el duque del Imperio, el general Quirós, D. Pedro de Peralta y vuestro afectísimo

CARLOS.»

—Cerradla, añadió, y cuidad que en el acto la lleven al valle. A esa hora estareis aquí los dos para el efecto espresado. Podeis retiraros. Vos, Alberto, seguidme.

Salieron los dos jóvenes y se dirigieron á la gran sala de armas. Cerraron las puertas y cogiendo el Monarca dos espadas le dió una á su futuro hermano, diciéndole:

—Ya sabeis, querido amigo, la afición que tengo á la esgrima. Desde el dia que nos batimos hasta hoy, he aprendido un millon de estocadas nuevas, varios quites y mas agilidad. Vamos á tirar dos horas; pero os advierto que nada de contemplaciones; haced cuanto sepais, pues de lo contrario me incomodaré.

—Ya estoy en guardia, señor, y juro obedeceros

Cárlos era mas hábil, ligero y práctico que antes. Alberto siempre el mismo; su anterior sangre fria, su vista de águila y su serenidad imperturbable.

Una hora estaban luchando, y el César no habia podido tocar á su adversario; en cambio, éste desarmó dos veces á su antagonista.

Descansaron un poco, y volviendo el Emperador á coger la espada, le dijo al Duque:

—Voy á hacer el último esfuerzo para heriros, pues aun cuando me arrancásteis el acero, no lograsteis tocarme.

—¿Queréis que os dé una estocada en el pecho?

—Si. ¿Lo creéis posible?

:

—Tirais cada dia mas, pero os puedo matar.

—Vamos á verlo. ¡En guardia!

Comenzaron de nuevo, y diez minutos despues el Soberano vió el arma contraria fija en su costado izquierdo.

—Basta, exclamó tirando la espada; sois invencible. Yo he aprendido mucho; pero es inútil todo contra vos. ¡Qué serenidad, santo Dios, qué acierto!

—Gracias, señor.

—Seguidme.

Y salieron dirigiéndose al guardaropa. Cárlos iba encendido y sudando á mares; Alberto estaba tan frio y descolorido como siempre.

—Dos trajes de simples oficiales flamencos. Despachad, pidió el Monarca.

Obedecido que fue, continuó:

—Imitadme, Duque.

Y ambos se disfrazaron y partieron en union de Peralta y Quirós hácia el valle. Entraron en el palacio, y despues de la presentacion del navarro, pasaron al comedor donde permanecieron dos horas, entretenidos con la agradable conversacion de Clotilde y de María, saboreando á la vez los muchos y ricos manjares que tenian delante. En seguida pasaron al salon principal, tomó la palabra el Emperador, y les dijo:

—Media hora nos queda que permanecer aquí; estoy contento y quiero que todos lo esteis. Traed, Maria, vuestra lira, y cantemos; deseo que unido á vos y al Duque, entonemos un terceto, improvisando la letra.

Acto continuo, obedeciendo á Cárlos, templó la jóven, y comenzó Silva con la siguiente estrofa:

Todo corazon que abriga
un amor puro y dichoso,
late de glorias ansioso,
y arranca el triunfo do quier.
Solo amando el hombre vive,

y si mira arder la tea
de la discordia, pelea
dispuesto siempre á vencer.

Cantó Alberto los versos anteriores con una ternura admirable.

En seguida entonó Maria estos otros:

Quando ardorosa pasión
nuestro espíritu adormece,
huye el mal, y tierno crece
el dulce y ansiado bien.
Llega, amor, y tus encantos
serán de mi pecho egida,
y harán riente la vida,
y el mundo agradable eden.

La encantadora jóven dió á su voz tal espresion de dulzura y de pasión, que entusiasmó á Carlos I, el cual les siguió con los siguientes:

Amad vosotros, amad,
si así lo dispuso el hado;
¡ay de aquel que no le es dado
sentir tan grato placer!
Solo mi mente recorre
el campo del desconsuelo;
en el trono hallo desvelo
dolo y llanto en el poder.

Espiró la voz del Monarca y se retrató el dolor en su semblante. Las ideas que habia vertido nacieron en su corazón. Alberto y Maria se apresuraron á entonar el siguiente duo:

En Dios el amor nacido
por todas partes estiende

luz clarísima, que prende
 en el mas augusto ser.
 Abrid, abrid al amor
 pecho noble y anhelante
 y os vereis, Cárlos, triunfante
 del dolo, llanto y poder.

—Vamos al terceto, exclamó el César y los tres cantaron el siguiente:

Si amor emanando dicha,
 vierte placeres, halaga,
 si adormece, si embriaga,
 todos y todas amad.
 Es la vida el claro sol
 que alumbra nuestra ventura,
 y la muerte noche oscura
 envuelta en la eternidad.

Espiraron las voces, y un silencio profundo siguió al canto.

Habia causado un efecto prodigioso en todos el terceto anterior. No era posible mas pasion, sentimiento y ternura.

El Soberano rompió aquel diciendo:

—Vámonos, señores. Alberto, mañana cuando marcheis podeis andar un poco mas y despedios de Maria y de Clotilde; ahora os necesito.

—Esta bien, señor.

—¡Tan pronto! exclamó Maria.

—Si, le contestó; y á su vuelta será vuestro esposo.

Sin mas réplicas, montaron á caballo y partieron.

Hora y media despues llegaron al palacio del General, se apearon y subieron. Eran las ocho de la noche.

La ciudad estaba iluminada como el dia anterior, y sus calles iban ya llenándose de entusiastas, que seguian con músicas y voces celebrando la toma de Fuenterrabia.

El Emperador, á poco de descansar y de honrar la morada de Quirós, se despidió de éste, del navarro y de Mendoza, que lo estuvo contemplando con placer indecible, y salió con Silva. Los jóvenes continuaban, como hemos dicho, disfrazados de simples oficiales flamencos. Embozados hasta los ojos, cruzaron abriéndose paso por entre la multitud, hasta que dieron vista á un establecimiento, que tenia encima de la puerta el siguiente letrero: *Hosteria del Imperio*.

Entraron en él y atravesaron varias piezas pequeñas, hasta llegar á un salon grande, el cual estaba cuajado de gente.

Viendo Cárlos que no habia sitio para sentarse, llamó á un mozo y le dijo:

—Necesito una mesa y dos sillas.

—No las hay, contestó el interpelado.

—Buscadlas, añadió Alberto con imperio, tirándole dos escudos.

—Ahora mismo, señor, ahora mismo. ¡Fuera de ahí, canalla! gritó á dos curiosos que tenian cogida una y no tomaban nada. ¡Alzad! aqui se viene á comer y no á oir cuentos. Vamos pronto, que esperan dos valientes caballeros.

Despues de algunas contestaciones se levantaron y fueron á sentarse Cárlos y Alberto; pero en el instante, otros dos embozados se interpusieron y cogieron, diciendo uno de ellos:

—Paso, señores flamencos, nosotros tambien queremos mesa, y siendo españoles, tenemos mas derecho que vosotros á lo que hay en este pais.

Anduvo Silva dos pasos, sin decir nada, se llegó al que le habló, le arrancó la silla de la mano y fue á alargársela al César, pero éste ya habia hecho lo mismo con el otro desconocido y estaba sentado.

—Mozo, dijo el Duque; traed javalí; vinos viejos, y á esos dos caballeros servidles un refresco.

Atónitos los embozados, se miraban sin acertar á esplicarse lo que les pasaba. Uno de ellos, montado en cólera, replicó.

—Os habeis burlado de dos castellanos, y voto al demonio que os ha de pesar, señores flamencos ó señores vampiros.

Una carcajada de Carlos y de Alberto fue la única contestacion á tal insulto.

Los otros se hicieron una seña y salieron. El Monarca dijo á su jóven amigo.

—Ya tenemos lance; hé ahí lo que yo anhelaba.

El gran salon donde estaban, iba cada vez cuajándose mas de curiosos y de entusiastas por la toma de Fuenterrabia. Se bebia, se comia, se brindaba por el Emperador, por el héroe y por el ejército español.

Llegó un momento en que fue tal la confusion de voces, que convertido aquello en otra Babilonia, nada se comprendia de cuanto se intentaba decir. Los ilustres embozados oian hablar de ellos, de sus hechos, de sus figuras, y gozaban estraordinariamente escuchando cómo se disputaban el derecho de elogiarlos.

Una voz gruesa, dominando por último á aquella algarabia exclamó:

—¡Pido la palabra! Callad todos y os diré lo que nadie sabe.

Miraron al nuevo orador, y en grito unánime dijeron:

—¡Martin el armero! que hable, que hable!

Y siguió á esta exclamacion un profundo silencio, dirigiéndose todas las miradas hácia el fabricante de espadas. Este era un hombre como de cuarenta años, bajo, fornido, de gran barba y bigote. En su frente despejada, se veia esa luz del talento natural. Hablaba con facilidad, y aun cuando pertenecia al pueblo, no eran ordinarios sus modales.

Se subió á una mesa, arregló su bigote, se atusó la barba y comenzó de esta manera:

—Señores, todos sabemos que Fuenterrabia es nuestra, que en Italia vencen los españoles, y que el mundo entero se humillará ante las plantas de nuestro jóven y entendido Soberano, si encarga al capitán Alberto que lo conquiste. He dicho mal, al duque del Imperio, porque sabed que ha sido nombrado Duque.

Un aplauso general resonó en todo el salon gritando:

—¡Bravo, bravo! lo merecia.

Volvió á restablecerse el silencio, y el orador continuó:

— ¡Yo lo creo que lo ha ganado! pero debemos estar tranquilos, porque S. M. lo quiere como á un hermano y le hará justicia. ¡Oh, bien sabe Carlos I lo que vale! Mas lo grande, lo que os debe entusiasmar, es la noticia que vais á oír. Atención, señores, atención: Esta mañana, estaba yo en mi taller fundiendo acero para el ejército de Italia. Me hallaba entre mis cuarenta operarios, contemplando las magníficas espadas que voy á mandar á nuestros hermanos los soldados de la liga, cuando hé aquí que veo entrar á un gigante de aspecto terrible, mirada sangrienta y guerrero valiente, que se llega y me pregunta:

—¿Sois Martin?

—Si, señor, le contesté.

—Pues bien, maestro, añadió; sé que sois un buen español, que admirais á los valientes, y que adorais al Emperador y al duque del Imperio; yo soy un capitán del ejército de Fuenterrabia, compañero y amigo del último, y necesito que me hagais una espada, tan larga como yo, tan fuerte como mis puños, y con un temple, voto al demonio, digno de vuestra habilidad.

—¿Qué vais á hacer con ella, señor? le repliqué.

—¡Me gusta la pregunta! matar hasta que no quede un enemigo.

—¿En Italia?

—¡En el infierno! voy á Francia, á Paris, á buscarlos en sus madrigueras.

—Señores, al decirme esto, arrugó la frente y tomó su cara tal aspecto de fiereza, que me aterró. Vuelto en mí le pregunté:

—¿Os acompañará el valiente, el héroe duque del Imperio?

—¡Pues no! ¿Cuándo estará mi espada?

—Esta noche dormirá en vuestra casa.

—¿Será como os la he pedido?

—Estoy seguro.

—Gacias, Martin, añadió; estrecha mi mano, que eres un buen español y quieres á Alberto. ¡Oh! tanto me apretó, que creí me deshacía los dedos. Tiene unas fuerzas terribles. Ahora bien: ¿Quereis saber quién es ese guerrero?

—¡Si! si! esclamaron todos.

—Pues es el capitan Mendoza, amigo íntimo del Duque, que le ha venido acompañando de Fuenterrabia. Y la espada que yo le he hecho es esta.

Abrió el artesano su ancho capote, la sacó, la enseñó á la concurrencia, la hizo un arco y la levantó despues gritando:

—Saludadla; va á Francia á elevar el nombre de España, á ganar honra y prez!

En seguida comenzó de nuevo otra griteria como la anterior, pues cada cual intentaba esplicar á su modo la ida de Alberto, suponiendo que en breve seria Paris de Carlos I.

Poco despues fueron saliendo todos de la hosteria, deseosos de esparcir la noticia que habian oido al maestro. Este último, iba á marcharse tambien, cuando un mozo lo detuvo diciéndole:

—Maese Martin, aquellos dos caballeros que hay sentados allí, desean que vayais y bebais un vaso de vino español.

—Con mucho gusto, contestó el fabricante: y dirigiéndose á ellos, les saludó, se quitó el sombrero y esperó en pié á que le preguntasen.

Carlos se descubrió un poco y le dijo:

—Sentaos, Martin, y beb ed ese vaso de vino.

El espadero obedeció.

En seguida añadió el Duque.

—Somos españoles y militares; yo he venido de Fuenterrabia con Mendoza, y en su nombre, como igualmente en el de Alberto, os doy las gracias por el elogio que habeis hecho de ellos.

—¿Sois amigo del capitan?

—Si. Enseñad me esa espada.

La cogieron, y despues de reconocerla y hasta probarla, exclamó el César:

—Es una hoja magnífica, Martin! id mañana á palacio y presentaos al Emperador.

—Pero, señor, ¿cómo he de entrar?..

—Anunciaos; me consta que el Soberano quiere hablar con vos No falteis.

El armero dió las gracias á sus desconocidos, y partió.

—¿Qué hacemos, señor? preguntó el Duque, viendo que se iban quedando solos.

—No lo sé, contestó el Emperador; he promovido ese lance para tener el gusto de ensayar esta noche unas cuantas estocadas, y ahora me pesa. La noble voz del artesano y el entusiasmo de mi pueblo me han enternecido, y no quisiera desnudar la espada. ¡Caramba! y de seguro nos estan esperando á la puerta de la hosteria.

—No lo dudeis; pero nos dejarán el paso libre.

—¿Y de qué medio os vais á valer?

—Ahora lo vereis, señor.

Llamó Alberto, arrojó unas monedas de oro al mozo, y salieron. Frente á la puerta habia ocho embozados en largas capas, con las espadas desnudas. Al ver estos á Cárlos y al Duque, formaron un semicírculo para cojerlos en medio, y fueron á echarse sobre ellos. El jóven Capitan no hizo mas movimiento que cubrir á su Rey con el cuerpo, desembozarse y gritar:

—Paso á Alberto de Silva.

Y todos quedaron petrificados. Los otros siguieron su camino sin dirigirles siquiera una mirada. Cuando hubieron salido de la calle, uno de los ocho, repuesto ya, dijo á sus compañeros:

—Vámonos, señores.

—¿A dónde? le preguntaron.

—A dar gracias á la Virgen, contestó aquel, que nos ha librado de morir esta noche.

Y partieron en direccion de una iglesia.

Poco despues decia el Monarca á su amigo.

—Esas pobres gentes se volvieron estátuas al oír vuestro nombre y ver vuestro rostro. Hé ahí los efectos del aura popular.

Y llegaron á palacio, entraron en el guardarropa, cambiaron de traje y dijo Cárlos:

—Duque, acompañadme á la capilla.

Cogidos del brazo, atravesaron varias galerias hasta llegar delante del Eterno. Allí doblaron sus rodillas y oraron. El Soberano

tenia el rostro surcado por el llanto: aquellas tiernas lágrimas dulcificaban su existencia. En presencia de los hombres mandaba, era arrogante y se hacia obedecer; ante Dios se humillaba, inclinaba su frente y pedía. Esta costumbre la tuvo el César mientras vivió.

Alberto por su parte bendecía, adoraba y demandaba piedad. Miraba la religion como un sagrado deber, que le producía el mas dulce consuelo. No era fanático, pero amaba al Hacedor con toda la fé de su alma.

Una hora duró aquella ascética meditacion. Salieron luego, se fueron al despacho, y sentándose tomó la palabra el Monarca preguntando:

—Y bien, Alberto, ¿qué vais á hacer en Francia?

Sacó el Capitan unos papeles y se los dió contestándole:

—Leed, señor, ahí está mi plan de conquista.

Después que hubo concluido se los devolvió exclamando:

—Magnífico! es digno de vos; nada tengo que añadir ni quitar. Creo que triunfareis.

—Dios nos ayudará, gan señor.

—Marchad pues, el momento es el mas á propósito. Tras de la toma de Fuenterrabia, ha seguido el descalabro en Italia. El ejército que manda allí el almirante francés, huye de nuestros soldados, siendo derrotado cada vez que les hace frente. El bravo marqués de Pescara, el virey de Nápoles, el Duque de Milan, el de Urbino y los demas generales y esforzados capitanes de la liga, siguen en pos de la victoria, y ya ha caido en nuestro poder toda la Lombardia. Milan, Pavia, Viagrasa, Tesin, Garlasco, Bigeven, Matura, Sartirana, Novara, Gatinara, la Romania; y en fin, casi toda Italia es nuestra, y antes de poco no habrá en ella un solo pueblo que obedezca á Francisco I. El general en jefe enemigo, herido y temeroso, se ocupa en reunir sus empobrecidas huestes, para huir lleno de humillacion y vergüenza. Por una puerta entrará él esparciendo el temor y el asombro: penetrad vos por otra, llevando como siempre la victoria en la punta de vuestra espada, y conseguiremos el objeto. Tomad; en ese documento os doy nuevas y amplias facultades para que mandeis como yo mismo pue-

do hacerlo. Quitaos esa banda de capitán. Sois ya generalísimo y las omnímodas facultades que os concedo, pondrán á vuestra disposición en todos mis dominios, hombres, oro y cuanto necesiteis. Oid ahora un consejo. Los franceses son valientes y sagaces; combatid su astucia y vencereis. A vos no debo decir mas. ¿Estais satisfecho?

Desdobló Alberto el papel que Cárlos le habia dado, y despues de leerlo con bastante detenimiento contestó:

—Solo me falta la victoria; si no muero la obtendré.

—Dios os oiga. Vamos á cenar, amigo mio.

Y ambos se fueron al régio comedor.

A las siete de la mañana del dia siguiente entró en la habitacion del jóven un palaciego, llevándole una armadura completa, que le regalaba su Soberano. La mayor parte era de oro, su trabajo esmeradísimo, y en el extremo del casco lucia una pluma negra.

—Magnífica es, dijo Alberto poniéndosela. Su divisa pide guerra! pues la habrá hasta asombrar al mundo.

Vestido ya, entró á despedirse de Cárlos, que lo recibió con los brazos abiertos. Salió del régio despacho, y se halló con el General, que tambien lo estrechó.

En la contigua habitacion estaban Peralta y Mendoza vestidos como él y esperándole.

—Vamos, les dijo.

Y bajaron las escaleras de palacio. En el gran patio, le dieron el mejor caballo del Emperador, el cual lucia en su mantilla las armas reales. Montaron y salieron á la calle. Un tropel de cortesanos, nobles, militares y pueblo se agolpó entonces, y parando á Alberto, se disputaron largo rato, unos el estrechar su mano, otros el mirarlo, y todos á porfia el despedirlo y aclamarlo.

Por fin Silva esclamó:

—¡A Francia!

Y fué á partir, pero nuevamente le detuvieron cien caballeros que con traje de guerra y en briosos alazanes le respondieron:

—¡A Francia! ¡Sí! y uno de ellos añadió:

—Señor Duque, el Monarca nos permite rodearos, seguiros y obedeceros. Todos somos nobles y anhelamos gloria.

Los miró el jóven detenidamente y dijo:

—Buena escolta! ¿Teneis capitan?

—No, le contestaron.

—Mendoza, poneos al frente de esos señores, y á escape.

—¡A Francia! repitieron todos.

Y el Duque delante, á su izquierda Peralta, y detras los cien nobles y quinientos ligeros, marcharon entre un millon de aplausos y vivas que les lanzaba la multitud.

Cárlos I y Quirós los vieron salir, desde un torreón del alcázar. Cuando los hubieron perdido de vista, preguntó el Soberano.

—Y bien, General, ¿os ha dado pena la despedida de Silva?

—Mucha, señor; ya veis que lloro como un niño; pero me ha causado menos dolor su salida, que el que sentirá Francia á su entrada allí.

—¡Lo creo!

Una hora despues paró Alberto en el valle. Los criados salieron asustados al oír el ruido de tantos caballos y ginetes. Se cogió el Duque del brazo del navarro, y subió. En el salon principal lo esperaba ya Clotilde. Se sentaron y hablaron diez minutos; al cabo de este tiempo dijo la dueña:

—En la habitacion inmediata hallareis á Maria. Cuando gustéis podeis despediros de ella.

Dió las gracias el jóven, y entró.

Alli encontró á su adorada, sentada en un divan y envuelta en un mar de lágrimas. Se llegó á ella, la cogió una mano, la hizo levantar, y asomándose ambos á una ventana, que daba al jardin la dijo:

—Maria, voy á partir; te dejo mi corazon, mi pensamiento, mi vida. No llores mas, angel mio; recuerda que salgo de aquí amante, y que volveré esposo. ¡Oh! veo lo que padeces, lo que me amas. Lo que yo siento, lo que sufro, no lo puedo explicar; compréndelo y sírvate de consuelo, el que no tardaré mucho en unirme á tí para siempre.

—Vas á Francia, Alberto, contestó, y me dice el corazon que vencerás, pero que te ocurrirá una gran desgracia. Si te matan, está seguro que yo tambien moriré.

—Mejor, le respondió Silva; si tal sucediese, en el cielo nos uniremos, y ante Dios seremos felices.

—¿Te vas ya?

—Sí, es preciso.

—Parte, pues.

Y ambos se abrazaron, secaron sus ojos, se cogieron del brazo, y disimulando sus penas salieron.

Al verlos el señor de Peralta se levantó. Era la señal de despedida. Estrecharon la mano de las dos, Clotilde les echó su bendicion, y marcharon.

Volvieron á montar y partieron á todo escape. Madre é hija los vieron correr un poco de tiempo. La última al perderlos de vista exclamó:

—¡Acaso no lo vea mas! El corazon me lo dice!

Y cayó al suelo sin sentido.

CAPITULO XIV.

El ejército español en Francia.—Victorias continuadas.—La gran idea de Carlos I.—Batalla.—Ardenes de Francisco I.—El héroe mortalmente herido y prisionero.—Consecuencias de un hecho horrible.

HASTA ahora solo conocemos al héroe Alberto en miniatura. Le hemos visto batirse, vencer y dar señales de un talento nada vulgar. En una palabra, hemos augurado el heroísmo, hemos visto algo de héroe; pero al grande; al sábio general, todavia no, por mas que lo supongamos capaz de todo.

En estos instantes camina para Fuenterrabia y de allí marchará á Francia. Tiene que organizar un gran ejército, conducirlo despues á un pais enemigo, cuidar del alimento y vidas de treinta mil hombres, llevarlos á la victoria y ser el único responsable de la suerte de toda esa gente y hasta del honor de un vasto Imperio, confiado á su talento y valor. Veamos pues lo que se propone.

Para que nuestros lectores puedan apreciar en su justo valor la guerra que España hacia á los franceses en esta época, es necesario que les digamos algo de lo que pasaba en Italia. Queriendo

los de Francia hacerse dueños de la Lombardia y poco á poco del resto de Italia, mandó un ejército de cuarenta mil hombres, el cual en unos cuantos dias invadió el Piamonte. Sabido esto por el Emperador Carlos I, se confederó con los ingleses, venecianos y Pontífice, y así comenzaron las famosas guerras de la liga. Cada nacion de las coaligadas envió sus mejores y mas famosos capitanes, si bien en corto número. España por su parte, no solo mandó buenos jefes, sino tambien muchos y escelentes soldados. Dueña entonces del reino napolitano, le interesaba combatir á Francisco I, y nada escaseó, lo cual hizo que nuestro ejército diese allí la ley á amigos y á enemigos. Comenzó la lucha entre invasores y coaligados, y despues de mil reveses, que no hay para que citar, fueron perdiendo los primeros lo que tenian ganado.

Francisco I, rey valiente y entendido, sufrió estos reveses de la fortuna con todo el dolor de su alma, pero sin desmayar por eso, ni abandonar sus temerarias empresas, como mas adelante se verá. Cuando este Monarca se hallaba mas abatido, entonces desplegaba mas brio, para adquirir lo perdido y ganar otro tanto.

Hé ahí el cuadro que presentaba la nacion francesa, en estos momentos en que caminaba Alberto en busca de su intrépido rey. El instante no podia ser mejor.

Pero volvamos á Fuenterrabia, sitio destinado por aquel para organizar su gente.

Habian trascurrido solo tres dias. Era una mañana de invierno algo fria, mas un sol hermoso estendia sus dorados rayos sobre un suelo cubierto de nieve. Fuenterrabia, reparada completamente de los descalabros de la guerra, ostentaba la bandera nacional en una de sus empinadas torres. No tenia enemigos dentro ni fuera que la asediasen, pero se oian muchas voces en su recinto, ruido de armas y una confusion inmensa de gente que por todas partes vagaba, dando gritos y amenazando. Era el ejército imperial, que estaba comenzando una nueva sublevacion.

Fijado por el Condestable el edicto que le mandó Silva, todos se habian retirado sin murmurar, incluso los capitanes ex-comu-

neros, y nadie habia vuelto á alterar el órden. El consejo falló y con arreglo á la ley no pudo menos de sentenciar á muerte al coronel Navarro, al valiente jefe que habia conducido con tanto acierto y bizarría á miles de soldados. Sus oficiales, sabedores de nueva tan fatal, no pudieron contenerse, volvieron á sublevar al ejército, y puestos á la cabeza de las masas, corrieron á la prision de su amigo. En estos momentos rompián las puertas, desarmaban la guardia y se disponían á entrar, cuando de pronto cesa la gritaria de los amotinados, miran hácia una calle que tenían de frente y esclaman aterrados.

—El capitán Silva!

A los ex-comuneros se les cayeron las armas de las manos y los soldados se descubrieron con tanto temor como respeto. Era Alberto efectivamente, que llegaba de Madrid en aquel instante. Enterado por el Condestable de lo que ocurría, penetró en medio de los insurrectos, se alzó la celada, miró en torno y rodaron por sus mejillas dos lágrimas. Todos cuantos allí habia cayeron de rodillas, levantando los brazos pidiendo clemencia.

—Os perdono, dijo el jóven con tristeza; retiraos y ¡ay del que vuelva á faltar á su deber! y se apeó, hizo que lo siguieran Mendoza, Peralta y sus cien caballeros, y entró en la habitacion del preso.

Estaba este tendido sobre un diván, contemplando dos botellas de vino, que tenia cerca de sí, y sonriendo. Su postura era indolente y el rostro no demostraba pesar alguno; antes por el contrario, parecia que se hallaba satisfecho de su actual posicion y de sí mismo. Al oír el ruido de tanta pisada, miró á la puerta y viéndolos entrar, fijó su atencion con algunas indiferencia; pero al reconocer á Silva, dió un salto y se abrazó á él exclamando:

—Te esperaba hoy, hijo mio!

—¿Quién os lo ha avisado?

—El tiempo, trascurrido: y ya veis que no me he equivocado.

—Ya sé que calculais admirablemente.

Y lo volvió á estrechar, se dirigió á sus caballeros y les dijo:

—Señores, os presento al coronel Navarro, á mi padre, á mi

maestro; á un valiente que ama al Emperador y que será el primero en perecer por él.

Y volviéndose á aquel continuó:

—Son, padre mio, cien nobles, que ha puesto el Monarca á mis órdenes para que los lleve á la guerra y los conduzca á la victoria. Todos, como veis son jóvenes, pundonorosos, y pertenecen á las familias mas distinguidas de España. Ahí teneis al primogénito de Alba, al hijo de Pimentel, al sobrino de Pescara, á un descendiente del Cid, á otros de Guzman, y en fin, á hombres que seguirán fielmente las honrosas huellas de sus antepasados. ¿Qué decis, os gusta mi escolta?

—Me parece excelente: en esos semblantes, veo retratado el valor. Pero os advierto, señores, añadió dirigiéndose á los nobles, que nadie como el Duque os proporcionará mas lauros y ocasiones de adquirirlos. Si orgulloso puede estar vuestro jefe con sus caballeros, mas debeis estarlo vosotros: en España, no hay mas que un Alberto de Silva; creo que me habreis comprendido.

—Si, respondió Mendoza saliendo de entre sus subordinados; yo que he merecido la honra de capitanear á estos muchachos, digo en nombre de todos, que tenemos por una dicha incomparable, rodear al héroe y obedecerle.

—Basta, capitan, dijo el Duque tirando una pluma con que acababa de escribir: basta de palabras lisonjeras; tomad esta orden, id al Consejo y que os entreguen el sumario de Navarro. Volad, amigo mio.

Asi lo hizo el gigante, volviendo poco despues.

—¿Qué vais á hacer? preguntó el Coronel á su hijo.

—Padre mio, cuando recibí el parte de vuestra prision me hallaba al lado del César y tuve que observar las reglas que prescriben las leyes. Hoy que mando en jefe, bajo mi única responsabilidad, ved lo que hago.

Y arrojó el sumario al fuego y continuó:

—Os doy las gracias por la heroica accion que practicásteis, matando á esos miserables: ya estais en libertad; disponeos á se-

guirme y á probar al mundo lo que somos, lo que valemos. Y añadió dirigiéndose á Mendoza.

—Volved á salir amigo mio: preparadme habitacion cuidando que en el mismo local esten Navarro, Peralta, vos y mis cien caballeros. Que le traigan al primero su traje de guerra; y tomad esta orden que entregareis al Condestable, para que á las cuatro esté formado el ejército.

Partió el capitán y los otros esperaron su vuelta y la hora de la formación para lo que todavía faltaba mucho tiempo, el cual pasaron descansando los recién llegados, en el castillo que servia de prisión al Coronel, y todos hablando sobre acontecimientos futuros.

Nuestro jóven héroe, habia variado algo en la parte física. Ya no era el barbilampiño, blanco como la nieve, delgado y bajo. Su estatura era ya la de Navarro; se habia llenado proporcionalmente, y su blanca piel, curtida con el aire y el sol, tenia ahora un tinte moreno claro, que aumentaba la belleza de sus facciones. Un bigote rubio, poblado y de guias bastante largas, acababa de dar á su cara esa marcada espresion de hombre. Su postura sobre el caballo era briosa y sus maneras las de un militar cortesano, pues jamás desaparecia de él esa dulzura que caracteriza la persona de buenos modales.

En estos momentos iba sobre el hermoso alazan que le regaló Cárlos, con su preciosa armadura, ostentando las armas imperiales. Sobre los hombros se echó el manto de la orden de caballeros á que pertenecia; y en medio de Navarro y Peralta, seguido de sus cien caballeros y de los quinientos ligeros, se presentó al ejército.

Estaba este formado en batalla, en un llano y en el mayor silencio. Jefes, oficiales y soldados ocupaban su puesto y todos permanecian asi, sin saber lo que aguardaban.

El dia continuaba hermosísimo.

Por último, apareció Alberto con la celada alzada. Al verlo el general mandó dar un toque de atencion. Cuarenta mil voces gritaron espontáneamente:

—¡Viva el Duque del Imperio!

Y volvieron á callar esperando oír la voz del representante del Monarca, generalísimo ya del Imperio.

Pasó este toda la línea, se detenía cada vez que veía un ex-comunero, le alargaba la mano y le hablaba familiarmente. Después se llegó al general y le preguntó:

—¿Cuántos han faltado á su deber?

—Ninguno, señor.

Se situó entonces con los suyos en una pequeña altura, y desde allí mandó hacer varias maniobras, que fueron ejecutadas bastante bien. Luego formaron en masa cerrada alrededor del Duque, diciéndoles éste:

—Guerreros, el Emperador os perdona por esta vez unas faltas que no quiero recordar. Cuidad en adelante no incurrir en otra, pues costará la vida al que tal haga. Ved que las naciones extranjeras os están mirando, que se asustan al oír el nombre castellano; que no digan jamás: son valientes como los soldados de Atila. Que esclamen siempre: son bravos y entendidos como los ejércitos del imperio romano; que teman vuestro valor, que admiren vuestro respeto y abnegación.

Soldados, el mundo entero os contempla: victoriosos en la Lombardia, Nápoles y España, no empañad con escesos punibles tanto lauro adquirido á costa de preciosa sangre. ¡Ay de los que no escuchen mi voz, ó desoigan mis consejos.

Os voy á llevar nuevamente á la guerra; otra vez vais á ver á vuestros enemigos frente á frente; la patria y el Soberano confían en vuestro esfuerzo; la victoria os espera, la gloria os aguarda. Soldados, á morir ó vencer! Viva el Emperador! Viva España!

Renunciamos á describir el entusiasmo que produjeron las palabras del Generalísimo; nada mas grande ni sublime, que aquella confusión de voces, aplausos y vítores.

Tocaron los clarines y en el mejor orden y con el mayor contento desfilaron el ejército por delante del Duque, y entró en la ciudad seguido de Alberto y toda su comitiva. Estos se alojaron en el mejor palacio de Fuenterrabia, y media hora después

recibieron en los salones principales á los generales, jefes y oficiales que fueron á saludar al jóven, el cual los recibió como á compañeros, estrechando las manos de todos y felicitándoles por la alta idea que habia formado de ellos el Emperador.

Poco á poco se trocó aquel ruido y algazara en el mas profundo silencio. Hacia tres dias que Silva no habia cerrado sus ojos ni bajado de su caballo, mas que para cosas indispensables. Se desnudó ahora y trató de descansar; Peralta, Mendoza y los caballeros de su escolta hicieron lo mismo; sus cuerpos parecian de hierro; aquellos nobles castellanos eran hombres que querian á su patria.

El intrépido Navarro se puso un traje de seda, se envolvió en un gaban de pieles, y sentándose á la cabecera de la cama de Alberto, se pasó dos horas contemplando á su hijo adoptivo, oyendo su tranquila respiracion y separando de su frente los cabellos que se corrian. Era el leon guardando el sueño de su cachorro; era el cariño fijo en el objeto amado.

Una hora despues abrió los ojos el héroe, lo miró, se sonrió y exclamó:

—¡Cuánto hubiera dado mi padre por ocupar ese puesto un solo dia, por verme como vos ahora! Infeliz! espiró pobre, aislado, olvidado de todos y llevādo el sentimiento de dejarme sumido en la miseria y entregado al solo cariño de un proscrito. ¡Ay, Navarro, mucho me hace sufrir esta idea!

El Coronel no tuvo al principio nada que contestar, afectado por las palabras del mancebo. Reponiéndose despues, fue á hablar, pero le contuvo ver á Alberto sentado sobre la cama, con los brazos alzados y en actitud fervorosa. Un sudor copiosísimo bañaba su hermosa frente, sus ojos vertian un raudal de lágrimas y el rostro lo tenia sumamente encendido. Hablaba bajo, estaba fatigado y su noble corazon palpitaba fuertemente.

Por fin se serenó algo, le cogió una mano á su amigo y le dijo:

—¡Qué carga tan pesada es la vida, padre mio! Que de sufrimientos tiene el mundo, para todas las posiciones, para todos los

rangos! ¡Ay, cuanto mas se piensa, cuanto mas la suerte nos eleva, mas y mas padece el corazon! Cada instante de dicha nos cuesta un dia de tormento; cada gota de placer un rio de amargura; cada momento de tranquilidad un mes de inquietud!

—Es verdad, hijo mio, contestó el ex-comunero; pero tambien es cierto, que Dios nos ha hecho fuertes, que nos ha dado una voluntad de hierro. ¿No te acuerdas ya de Maria?

—Justamente la idea de lo que padecerá por mí ese ángel, me afecta mas que todo. ¿Si á mí que soy fuerte me domina el pesar, á ella que es tan débil, que le sucederá?

—¿Y tambien recuerdas á tus enemigos, la guerra, y al Emperador?

—Sí, teneis razon; hablemos de Francia, de Francisco I y de Carlos.

Y dejando el rostro de Alberto su espresion de ternura y abatimiento, se tornó en altivo, imponente y hasta terrible, y continuó:

—Olvidemos debilidades y... volvamos á ser hombres. Pasado mañana saldremos de aquí y haremos remontar nuestras águilas imperiales por encima de los Pirineos.

—¿Pasado mañana? preguntó Navarro sorprendido.

—Sí, replicó Silva, con una fuerza de voluntad irresistible. Vos, añadió, os encargais de alimentos, útiles municiones y recursos materiales para veinte mil hombres y dos mil caballos, con la correspondiente artilleria é ingenieros. Yo elegiré y nombraré los cuerpos que han de partir. Que nada falte; montad bien la administracion del ejército y encargadla á manos hábiles y entendidas. No olvidad que nosotros vamos á pelear y vencer. Mañana me dareis cuenta de lo que hayais hecho.

Y sin esperar contestacion, se vistió, dió algunas instrucciones mas á Mendoza, y cogiéndose del brazo de Peralta salió y fue á casa del Condestable, donde ya le aguardaban los demas generales.

—Señores, les dijo sentándose en medio de ellos; vuestra mision ha concluido en Fuenterrabia. Satisfecho el Emperador, os

espera en Madrid, donde recibireis órdenes superiores. Vos, noble anciano, hallareis allí la recompensa á que os habeis hecho acreedor. Podeis partir cuando gustéis.

—Nosotros creímos que os seguiríamos, replicó uno.

—Conde de la Albuera, mi viaje á Francia está fundado en un compromiso que contraje con el Monarca, y no puedo ni debo arastraros á una empresa temeraria, donde se recojerán mas daños que glorias, mas estocadas que coronas. Vosotros os encontrais todos cubiertos de laureles, y vuestra fama no necesita nada para encumbrarse. No llevo conmigo mas general que á Peralta, y á éste le permito que me acompañe, porque él lo desea vivamente y porque necesita combatir á los franceses en su misma casa. La causa ya la comprendereis. Me siguen solo jóvenes sedientos de honores, y de nombre; valientes, pero casi todos simples oficiales. Ahora os invito á almorzar mañana conmigo. Deseo que reunidos celebremos la toma de Fuenterrabia. Juntos vencimos; unidos debemos recordar la victoria. ¿Acceptais?

—¡Si, sí! esclamaron.

—Gracias, añadió levantándose; os espero y quedais facultados para llevar cada uno las personas que guste.

Les estrechó la mano, hizo lo mismo el navarro, y partieron. Entraron en su palacio y se sentaron á la mesa con Mendoza y los caballeros de la escolta. Concluida la comida encargó al gigante los preparativos para el almuerzo del día siguiente. Eran las nueve de la noche. Navarro no habia parecido ni se sabia qué era de él. Sin perder tiempo se echaron sus respectivas capas el Duque y Peralta, y salieron. Hasta la una de la noche pasaron recorriendo cuarteles y calles, nada encontraron que castigar, nada que reprender.

Volvieron á casa, y despues de encargar Alberto á su compañero que se retirase á descansar, se fue al despacho del Coronel. Estaba este sentado á la mesa escribiendo, y tan embebido en lo que hacia, que no notó la presencia del Duque.

—¡Bien, amigo mio, bien! así esperaba hallaros, le dijo Silva. ¿Dónde habeis comido?

—En una hostería, respondió aquel dejando la pluma.

—¡Trabajais muy deprisa!

—Es que tengo mucho que hacer.

—Me alegro.

—Yo no.

—¿Por qué?

—Oído en verso; hace poco me decía á mí mismo:

Ira de Dios, cuanto abruma
al que se educó entre espadas,
y mandobles, y estocadas
estar sujeto á una pluma.

—¿Lo comprendeis ahora?

—Sí, voto al demonio; y lo creo, que es mas.

—¿Me necesitais para algo?

—No.

—Pues entonces con vuestro permiso voy á seguir

—Dadme papel y os acompañaré.

Se sentó Alberto, y ambos pasaron la noche escribiendo. Al toque de diana, salió el Duque con Peralta y recorriendo nuevamente los cuarteles, eligió la gente que debía ir con él á Francia. A las nueve regresó y entrando donde estaba el Coronel le dijo.

—Vamos á vestirnos y á recibir á los que nos vienen á honrar hoy.

—Hacedlo vos que podeis; yo tengo que ocuparme de cosas mas importantes.

—¿Vos?

—Sí. ¿Habeis olvidado la desdichada comision que pesa sobre mí? Si he de cumplirla bien, necesito todo el tiempo que nos resta pasar en Fuenterrabia.

—Como gusteis, pero siento no veros á mi lado.

—Ya lo estaré mañana.

Una hora despues los convidados se sentaron á la mesa.

Mendoza habia llenado su encargo admirablemente. No habia mas lujo y magnificencia.

Sepamos las personas que se hallaban reunidas.

En primer término, estaba Alberto, á su derecha el Condestable y á la izquierda el jefe mas antiguo. Despues continuaban á uno y otro lado hasta doce generales mas. Seguian varios coroneles y capitanes, los ex-comuneros, y en último lugar los cien caballeros de la escolta del Duque.

Tres horas duró el banquete, reinando en él la alegría, animacion y bullicio propios de gente militar y del objeto de tal reunion.

Al concluir dijo Silva:

—Señores, os doy las gracias en nombre del Emperador, por vuestro cariño hácia él, el cual se lo demostrais lo mismo en el campo, que en el festin; y os las doy tambien en el mio, por el favor que me estais dispensando. Mañana parto para Francia; os encargo que rogueis á Dios por nuestra causa.

—Señor, contestó el Condestable, aceptamos vuestra oferta, porque hemos sido nosotros los honrados. En vos miramos al César, pero aun cuando os representáseis solo á vos, tendríamos una satisfaccion en visitar la casa de hombre tan valiente, entendido y noble. Respecto de vuestra marcha, nada deseamos sino que seais el mismo que en España, para compadecer á los franceses. Rogaremos á Dios por vuestra causa, que es la nuestra; nos oirá y velará por vos y por el ejército. Solo me resta pedirnos nos permitais quedar en Fuenterrabia hasta que os vayais; deseamos despediros, como asimismo á nuestros demas compañeros de armas.

—Estaos cuanto gustéis, respondió el jóven; yo os agradezco desde ahora el motivo.

Y poco á poco se fueron retirando los convidados. Acto continuo cogió la pluma Alberto y escribió la siguiente carta:

«Sr. coronel Navarro.

»Mañana á las siete saldremos para Francia. Adjunto os

incluyo el itinerario y demas instrucciones necesarias al efecto.
» Cuidareis que nada falte, que nada se oponga á la pronta y fácil realizacion de mi pensamiento.

» Os encargo una completa reserva en todo lo que tenga relacion con la grande obra que vamos á emprender.

EL DUQUE DEL IMPERIO.

Llamó á Mendoza y le dijo.

—Tomad, capitán, buscad á Navarro y dadle esa carta. Ignoro dónde se halla, pero me costa que está en la ciudad. Decid á los individuos que componen la escolta que mandais, que comerán conmigo hoy á las ocho; que pueden descansar esta noche, y que mañana á las siete partirán.

Salió, quedó Alberto meditando un cuarto de hora y en seguida volvió á coger la pluma, besó el papel donde iba á estampar sus ideas, y escribió, primero á su amada, luego á Clotilde, despues al Monarca y últimamente á su anciano amigo. Las cerró, pidió un correo y se las entregó.

El resto del dia lo ocupó meditando y dando órdenes; comió, y concluido se retiró á descansar.

La mayor parte de la noche la pasó sumergido en un sueño tranquilo. A las seis de la mañana se incorporó sobre la cama y oró. Llamó despues á sus pajes, y en diez minutos lo vistieron con su mejor traje de guerra. Se fue al salon, y allí encontró á Navarro, Peralta y Mendoza.

—¿Qué hora es? preguntó.

—Cerca de las siete, le contestaron.

—¿Qué falta?

—Marchar.

—¿Todo está dispuesto?

—Si, señor.

—¡Pues á caballo!

Salieron del palacio, y á la puerta se les incorporaron los cien caballeros y los quinientos ligeros.

Fuenterrabia se hallaba llena de colgadas y en sus fuertes y

castillos tremolaba el pabellon nacional. Hombres, mujeres y niños vieron partir al héroe aclamándole por cuantas calles y plazas cruzó. Fueron al campo y pasó revista al ejército expedicionario. Estaba en el mejor orden, sin que se notase la mas leve falta ni el mas pequeño descuido. Alberto miró á Navarro y le dijo,

—Bien, Coronel, muy bien; partamos. Y comenzaron á marchar del modo siguiente:

Delante iba una compañía de lijeros mandada por D. Alvaro; seguia á esta otra de peones y media de mosqueteros, con una cuarta de ingenieros. Despues el Estado Mayor, el Duque en medio, rodeado de su escolta, llevando á su izquierda á Mendoza. A continuacion Peralta, y á su lado Navarro y el resto del ejército con la artilleria y caballeria.

Anduvieron una hora, y en una magnifica llanura hallaron al Condestable y demas generales y jefes, que ansiaban despedir al jóven. El anciano tenia dispuesto un rancho para la tropa, un almuerzo para los oficiales y otro para Alberto y su comitiva. Se estrecharon el primero y el último y entraron en una tienda de campaña, donde habia una espléndida mesa con trescientos cubiertos. Los generales de Fuenterrabia quisieron devolver á Silva un obsequio digno de él.

Media hora estuvieron sentados. Al cabo de este tiempo se levantó el Duque y fue abrazando uno por uno á todos los que se quedaban. Lo mismo hicieron Peralta, Navarro y demas jefes del ejército expedicionario. En medio de mil aclamaciones llenas de amor y entusiasmo, se veian doscientos rostros salpicados de cicatrices, bañados en lágrimas. Unos y otros se oprimian con fraternal cariño; la confusion crecia, el llanto aumentaba y los votos se sucedian de una manera prodigiosa, cuando los atambores y clarines, á una señal del Duque, dieron varios toques, y acto continuo partió la vanguardia á paso redoblado. Cinco minutos despues marchó el resto del ejército entre un millon de aplausos. El Condestable y los suyos se retiraron tambien, tristes y cabizbajos, mientras los otros seguian avanzando, cantando himnos patrióticos.

La frente de Silva estaba despejada, el rostro algo encendido, y su actitud resuelta y espresiva, demostraba la satisfacción de hallarse próximo á desarrollar un vasto plan, sábiamente concebido y concienzudamente estudiado. Asi era efectivamente; Alberto casi tocaba ya los resultados, y contemplaba halagüeño su presente.

Mendoza lo miraba y se sonreía exclamando:

—¡Venceremos!

Navarro de vez en cuando les señalaba á sus oficiales de Monteagudo aquella elevada cabeza, como diciéndoles:

—En ella está escondida vuestra gloria futura, vuestros ascensos; vedla como yo, admiradla y gozad.

Los nuevos capitanes lo comprendian y uno de ellos se acercó al Coronel y le dijo.

—La frente de nuestro Duque está muy despejada; pero ved su rostro encendido; ese carmin dice que tendremos sangre.

—¡Si, mucha, contestó el otro, su cara lo indica.

En este instante llamó Albertó á Mendoza, y le previno dispusiera que la vanguardia esperase cinco minutos antes de llegar á la raya de Francia.

El dia continuaba hermoso; un sol claro bañaba el Norte de España y hacia brillar las armaduras de nuestros guerreros. Anduvieron un cuarto de hora mas, y un viva al Emperador y otro á Silva resonó en todo el ejército. En este momento habian dado vista al suelo francés. Un placer intenso embargó á los jefes, oficiales y soldados. El rostro del Generalísimo se puso aun mas encendido. Lo miró Navarro y exclamó:

—Voto al demonio, cuánta sangre va á correr, D. Alvaro!

—Mucha, respondió éste.

Estaban á dos tiros de arcabuz de la raya; se detuvieron, y adelantándose el Duque veinte pasos, escribió sobre el arzon de la silla la siguiente carta:

«En los Pirineos, etc.

»A S. M. el muy poderoso y temido Francisco I.

»Señor.

»Por orden de V. M. penetró el ejército francés en el imperio de Carlos I, y nos hizo una visita, que ha durado ocho meses. Hoy os devolvemos tal fineza un puñado de guerreros, á quienes tengo la honra de mandar.

»Ya comprenderá V. M., que venimos autorizados, y con encargo especial para avisaros y preveniros, por si, efecto de algun error involuntario, cometiésemos imprudencias propias de gente jóven y poco experimentada.

»No nos acompañan generales ni jefes de altas graduaciones; mi señor os manda solo hombres alegres y de buen humor, que entretendrán agradablemente á vuestros soldados. Dice que basta y sobra con esto.

»Cuando hayais leído mi escrito, seremos, con vuestro permiso, dueños de un departamento. En consecuencia, os ruego salga á recibirnos, si lo teneis á bien, el mejor de vuestros ejércitos, con el objeto de evitarnos ir á Paris.

»Dispensadme, gran señor, la molestia que os acabo de causar, y contad con el respeto y consideracion del mas humilde vasallo de Carlos I.

ALBERTO DE SILVA.»

La ironia que encerraba esta carta, era la primer estocada que daba al fuerte corazon de Francisco.

Se la leyó á Peralta, Navarro, Mendoza y D. Alvaro, y la cerro, lacrándola con las armas imperiales. Al oirla, los cuatro se miraron, esclamando el segundo:

—¡Cuántas victimas costarán esas líneas!

—¿Temblais alguno?

—¡No! no! respondieron.

—¡Pues bien, señores, añadió Silva; á Francia! Llegó el mo-

mento supremo de la guerra, de la sangre, de la devastacion. Peralta, Navarro, formad el ejército en columnas sueltas y que sigan avanzando, segun mis instrucciones. Cada uno á ocupar su puesto.

Y mientras practicaban esta operacion, metió espuelas á su caballo, subió á una altura, vió á su izquierda á un francés, que le estaba esperando, le dió la carta para Francisco I y un bolsillo lleno de oro, diciéndole:

—Tomad, Jacobo, partid á Aviñon; allí encontrareis al rey, dadle ese escrito y participadle á la distancia que nos dejais.

—¿Nada mas quereis, señor Duque?

—No; marchad. Y sin detenerse llegó Silva á la misma raya; fijó el estandarte imperial en el suelo, y esperó al ejército, que solo tardó siete minutos. En el acto, dos mil tiradores penetraron en Francia dando vivas al Emperador.

Hé aquí el plan de Alberto:

Formar un semicírculo, tomando á la vez varias villas y pueblos fortalecidos; en el punto céntrico, establecer el cuartel general, é ir estendiendo las alas todo cuanto fuese posible y conveniente. De ese modo iba ensanchando su conquista, y podia á la vez estar dispuesto á entrar en una accion donde jugasen toda la artilleria y caballeria, y hasta catorce ó diez y seis mil infantes. Tambien así creia posible dejar en los puntos ganados guarnicion suficiente, apoyada por el resto del ejército de Fuenterrabia, el que se hallaba pronto á pasar la frontera; y con el resto de sus soldados internarse y hasta llegar á Paris.

—Yo he de vencer á Francisco I, se decia, y si no viene á buscarme, por Cristo que correré á la capital. ¡A París! ¡Hacerme dueño de toda la Francia, regalarle á Cárlos una potencia tan poderosa; ¡oh! si ese fuese su deseo y me dejase obrar yo lo conseguiria. Pero si logra dominar ese reino, querrá despues otro y otros, y acaso la Europa! El pensamiento era gigantesco, mas tambien criminal. Seria mas poderoso; pero le llamarian usurpador. No, no, vengamos á España y hagamos que solo sea temido y respetado.

Hé ahí hasta los mas recónditos pensamientos del héroe. Pa-
semos, pues, con él los Pirineos, y sepamos lo que practica.

—¡Peralta, Navarro, gritó Alberto; cada uno al frente de su
columna y á Francia!

—¡A Francia! á Francia! gritaron los jefes y soldados del
ejército español. No cabia mas entusiasmo y decision. Muy po-
cos eran para entrar en una nacion guerrera y campaar en ella,
pero estaban mandados por un génio, al que secundaba una bri-
llante y jóven oficialidad, sedienta de gloria.

La operacion que en éstos momentos tuvo lugar, fue magní-
fica. A la voz de Silva, partieron á escape cinco compañías de
ligeros, que divididas en otras tantas columnas, sorprendieron y
cortaron el paso á los primeros destacamentos franceses. Donde
hallaban resistencia combatian y derrotaban. A la vez marcharon
tres divisiones, y corrieron en direccion de Mauléon, Argellez y
Oléron, ciudades fronterizas de bastante importancia. La primer
columna la mandaba Peralta, la segunda Navarro, y la tercera,
el coronel Lara.

Casi al mismo tiempo, cayeron los tres sobre los citados
pueblos. Sus respectivas guarniciones fueron atacadas, y aun
cuando se defendieron, á la media hora poco mas ó menos esta-
ban en poder de los españoles, quedando sus defensores hechos
prisioneros.

En cuanto á Alberto, no se conformó con dar órdenes, dispo-
ner el plan y dirigir. Al frente de la artilleria y resto del ejército,
pasó á Oléron; luego que este estuvo en poder de los suyos,
acompañado de D. Alvaro, Mendoza y toda su escolta, corrió
hácia Pau, fuerte ciudad francesa, capital de Bearn. Esta plaza
habia servido de corte á Enrique IV, rey de Navarra, y era indu-
dablemente punto de mas consideracion en Francia que Fuenter-
rabia en España. No bastaba sorprenderla para tomarla; era ne-
cesario un largo sitio ó una debilidad grande en sus defensores.
Por eso el Duque dejó que se refugiases en ella parte de los es-
capados en los pueblos conquistados, y cuando estaban estendiendo
el pánico entre la guarnicion, cayó sobre ella por tres puntos di-

ferentes, sembrando en su recinto la consternacion mas terrible. Sin embargo de eso, hubo lucha, y muy sangrienta, por espacio de cuatro horas, en cuyo momento llegó Navarro con otra division de refresco, y acabó de estender el terror en las filas enemigas. Se tomó Pau por lo bien combinado del plan, por el aturdimiento de los franceses, y por la sangre fria y valor excesivo de los españoles.

Nada quedó aquella noche en poder de los defensores de la ciudad; castillos, torreones y toda clase de fuertes fueron ocupados por los hijos de Castilla. Estos treparon, rompieron puertas, hirieron y mataron sin retroceder, hasta conseguir el objeto deseado; verdad es, que sus jefes los estimulaban con hechos de admirable valor. Mendoza de cada hachazo derribaba una puerta; D. Alvaro se subia por paredes y sitios los mas espuestos, y Alberto corriendo por todas partes, seguido de sus cien caballeros, convertidos á su lado en leones, mataba, defendia, daba órdenes, dirigia, animaba, y siempre en medio del peligro, impelia con su heroismo, sus acertadas disposiciones y sus rápidas y mortales estocadas. Veinte veces se metió en medio de fuerza triple, y otras tantas derrotó é hizo huir á sus enemigos. Fue el primero que saltó las murallas de Pau, el primero que colocó en una torre el estandarte imperial y el último que descansó.

Contusos, heridos ó prisioneros los que componian la guarnicion de la plaza, todos fueron perdonados y se publicó un bando imponiendo pena de la vida al que molestase á algun vecino.

Se mandó dar de comer, se tomó posesion de los fuertes, y puesta en ellos la competente guardia, se alojó al resto de la tropa.

Terminada la comida, dió el Duque algunas órdenes, y D. Alvaro, Mendoza y Navarro salieron con el objeto de recorrer los puntos necesarios, que aun quedaban en el Bearne y hacerse de ellos, lo que verificaron en aquella noche y parte de la mañana siguiente, dejando una guarnicion correspondiente á la importancia del sitio, y un oficial de los que inspiraban mayor confianza.

Alberto pasó el resto de la noche escribiendo á Carlos I, Francisco I y Maria; al primero le decia entre otras cosas:

»Somos dueños de Pau; esta ciudad mas fuerte que Fuenterrabia, mas populosa, de mucha importancia, es la llave de la Gasconia francesa. No os admire nada de lo que acaba de suceder; asi os lo tenia ofrecido, contando con el prodigioso valor de nuestros soldados, etc., etc.»

Al segundo, con el que fue muy lacónico, le manifestaba:

»Tengo todo el Bearne; ya sabeis que un castellano jamás falta á su palabra. Salid á recibirme y me evitareis el que yo... etc., etc.»

Acto continuo partieron dos correos, uno para Madrid y otro para Aviñon.

Era la madrugada, y Silva no pensaba en dormir; antes por el contrario, hizo que á las cinco los individuos de su escolta se levantasen, y puesto al frente de ellos pasó revista á los prisioneros; media hora despues salieron estos para unirse con los hechos en Oléron, Argeliez y demas puntos; cinco mil quinientos setenta y seis hombres pasaron los Pirineos, entre oficiales y soldados, y fueron depositados en Fuenterrabia.

Recorrió Alberto aquella mañana los alrededores de la plaza, hizo reparar los daños causados, visitó el hospital de heridos, dió varias recompensas y despues se retiró á su palacio, donde ya le esperaban Navarro, Peralta, Mendoza, Lara, D. Alvaro y otros jefes: almorzaron y poco despues se retiró cada uno á poner en práctica las órdenes del Duque.

Poseedores ya de una provincia francesa, eran incalculables las riquezas y tesoros de que se habian hecho dueños, confiscando solo lo perteneciente al rey ó á la nacion, pues respetaban la propiedad individual. Alberto hizo con el dinero lo que con los prisioneros; se quedó con el puramente necesario y el resto lo remitió á Fuenterrabia. Ambas cosas eran objetos que servian de estorbo en la sangrienta guerra que habia comenzado.

Dejemos ahora á los españoles en Francia, y trasladémonos á Madrid, pues es conveniente saber lo que queria y pensaba Carlos I.

Quedó este asomado á una de las ventanas del alcázar miran-

do marchar á Silva. Cuando lo perdió de vista, le dijo al general Quirós :

—Bajemos.

Y ambos cruzaron varias galerias, anchos y largos salones hasta llegar al régio despacho. Caminaba el Emperador con la cabeza baja y entregado á graves y profundas reflexiones. Se sentó, apoyó la frente en la mano izquierda y continuó meditando. El anciano estaba delante de él contemplándolo, sorprendido al ver á su Soberano en aquella actitud, pues parecia que no oia ni sentia nada de cuanto le rodeaba. Una hora mas siguió abismado. Al salir de ese estado, alzó la cabeza, miró al Consejero y le dijo:

—Dispensadme; me habia ensimismado completamente. Quiero poner una idea en práctica, y necesitaba pensarla mucho.

—¡Grave será, señor!

—Sí; he tenido delante la Europa; la he recorrido desde el Norte al Sur, desde Poniente á Levante, y he medido paso á paso toda su estension.

—¡Mucho abarca la imaginacion de V. M.! dijo admirado el General.

—Son las consecuencias de haber soñado esta noche, que me veia dueño de una sola nacion; pero era tan grande y hermosa, que mi exaltada imaginacion gozó al contemplar delante un panorama ideal.

—¡No os comprendo!

—No importa, Quirós. Veamos si mi pensamiento se puede realizar. Me vais á acompañar á Fuenterrabia.

—Señor, ¿desconfiais de Alberto?

—¡No me hagais jamás esa pregunta, anciano! El duque del Imperio es mi hermano, mi amigo, es mi ilusion.

—Perdonadme, señor. ¿Cuándo debemos partir?

—Hoy, despues que anochezca. Disponedlo todo, é interin haced que entre mi secretario Pacheco.

—¿Quién nos ha de seguir?

—Dos soldados é iremos disfrazados.

Salió el general y se presentó un jóven como de veinte y cinco años, de buena figura y frente despejada.

—Acercaos, le dijo el Emperador con cariño, y añadió: esta noche parto de Madrid; ignoro cuando volveré. Tendreis siempre dispuestos varios correos, y me remitireis á Fuenterrabia ganando horas los documentos y noticias que juzgueis de interés palpitante. Nadie, absolutamente nadie sabrá mi marcha ni mi permanencia. Tomad, ahí teneis las demas instrucciones. Yo diré á la corte que en muchos dias no podré recibir. Procurad vos que no se aperciba de la verdad. Si tardase mucho, fingid que estoy enfermo. Sin otro incidente pasó todo el dia. A las ocho de la noche, vestidos completamente de guerra, montaron á caballo el César y el General, y salieron de Madrid. Iban seguidos de dos lijeros, los cuales caminaban á cien pasos detras. Sobre las armaduras lucian aquellos la banda de capitan. Andaban muy despacio, y así continuaron media legua todavía. Carlos permanecia pensativo y como madurando una idea; Quirós lo observaba de vez en cuando, y notando el éxtasis en que iba embebido, se entretenia en mirar los campos y la cabeza de su caballo.

—Tengo calor, exclamó por fin el Monarca, y me muero de impaciencia; pero ya se ve, vos no podriais marchar de otro modo...

—Todavía, contestó el General, me acuerdo de mis buenos tiempos; probad, señor, que os aseguro no quedarme atras ni enfermar por eso.

—¿Estais seguro de resistir un movimiento acelerado?

—Si, señor.

—Pues á escape; ya descansaremos en la posada.

Llegaron á esta, cenaron, durmieron tres horas y volvieron á correr. Así continuaron hasta aproximarse á Fuenterrabia, sin que les ocurriese nada que sea digno de contar.

Eran las cuatro de la tarde y estaban á cuatro leguas de la ciudad. De pronto vió Carlos una polvareda inmensa y detuvo á su caballo preguntando:

—¿Qué tropa vendrá en esta direccion?

—Lo ignoro; pero ahora lo sabremos.

—Pues que sea cuanto antes.

Y siguieron cinco minutos mas, que fue el tiempo que tardaron en hallarse frente á frente. Un oficial se adelantó diez pasos y preguntó á los incógnitos:

—¿Quiénes sois?

—Dos capitanes del Emperador, contestó Cárlos; ¿y vosotros?

—El condestable de Castilla, cinco generales y varios jefes.

—Decid al primero, replicó el César, que llegue hasta mí para recibir órdenes del Soberano.

Se retiró éste veinte varas del camino, y detras de él fue acto continuo el anciano Condestable. Al juntarse, se alzó el primero un poco la celada y se la volvió á bajar. El Justicia exclamó:

—¡Señor!..

—Callad, no quiero se sepa que estoy aquí. ¿Qué es de Silva?

—Marchó esta mañana.

—¡Creí hallarlo todavía! ¿Estará ya dentro de Francia?

—Si, señor.

—Segun me dice en un parte que me ha entregado un correo en el camino, solo lleva veinticinco ó treinta mil hombres?

—Es verdad.

—Está bien; ¿á dónde vais?

—A Madrid; á recibir órdenes...

—No pasad de Burgos. Tomad, enteraos de esas instrucciones, y sin pérdida de tiempo mandadme las fuerzas que os pida. Partid, y le alargó la mano, que estrechó el anciano jefe.

Corrió el Condestable, dió otro apretón á Quirós, diciéndole fuerte:

—Adios, capitan, ya sabéis que os quiero mucho.

Y añadió bajo:

—Cuidad de ese niño.

—Ya lo hago; pero sabe mas que yo y que vos: y dijo alto: El cielo os proteja, señor general.

Y marcharon unos y otros en distintas direcciones.

A las cinco y media llegaron Cárlos y Quirós á Fuenterrabia.

Bajaron de los caballos á la puerta del palacio del duque del Imperio y subieron.

—Que nos den lo necesario, dijo el primero al otro, y que venga el gobernador de esta plaza.

Y sin esperar contestación cruzó varios salones hasta entrar en la alcoba de Silva. Aun estaba la cama como el héroe la dejó. El Monarca se sentó sobre ella exclamando:

—¡Oh, mi querido Alberto! aun me parece que respiro tu potente aliento, que me hallo cerca de tí, hablando contigo. ¡Loco! tú estarás en estos momentos matando franceses, vengando á tu pais, ganando lauros, y yo porque soy Emperador, porque debo vivir, estoy encerrado en esta habitacion, que no tiene otro don que el de haberla honrado tú.

Y se reclinó en la almohada besando el sitio donde el Duque habia tenido fija la cabeza. Así permaneció diez minutos, en cuyo instante le avisó el General que el gobernador esperaba sus órdenes.

Salió, é incorporándose con el jefe superior de Fuenterrabia le preguntó:

—¿Me conoceis?

—Sí, señor, contestó aquel humildemente.

—¿Quién os ha nombrado jefe de esta plaza?

—El Generalísimo, señor.

—¿Qué fuerza tenemos disponible?

—Hay diez mil hombres, y bastan solo dos mil para dar la guarnicion.

—Está bien. Id preparando lo conveniente para un ejército mayor que el último que han encerrado estas murallas. Mandad cuatro avanzadas á la raya y que me traigan los partes del Duque. Vuestra cabeza me responde del secreto. Quiero que todo el mundo ignore que me hallo aquí.

—¿Desea V. M. algo mas?

—Id con Dios.

Salió el gobernador, y Cárlos y el General comieron. Eran las diez de la noche y todavia no le habia dirigido aquel la palabra á

su compañero. Continuaba triste, meditabundo y algo impaciente.

—Vamos á descansar, dijo por último levantándose.

—Señor, replicó Quirós, apenas habeis probado la comida.

—No importa, durmamos.

Y comenzó á andar.

—¿A dónde vais, señor? Vuestra cama está en el salon principal; allí...

—Quiero la de Alberto; adios, viejo impertinente.

Y se marchó sin esperar respuesta.

El Emperador no tenia mas servidores á su lado que los dos pajes que habia dejado Silva; pero ni aun estos le hacian falta. Se acostó vestido, despidiendo á sus sirvientes. Poco despues se quedó dormido; sueño que solo le duró cuatro horas. Despertó, y viendo que todavía era de noche se volvió á echar. Asi continuó hasta que asomó el primer albor de la mañana, en cuyo instante se lanzó fuera de la alcoba; miró á la derecha una escalera de caracol, que conducia á un elevado torreón del palacio, y subió por ella hasta llegar al estremo. Desde aquel sitio se dominaba una estension de mas de cinco leguas. Estaba el mar á la izquierda, de frente los Pirineos y á la derecha y detras España. Apareció la aurora sin que una sola nube viniese á empañar su brillo. Pero Carlos no distinguia nada: fijas sus miradas en el camino que conducia á la raya, devoraba su vista cuantos objetos tenia delante sin hallar lo que deseaba. Reinaba una tranquilidad sublime en la tierra y en la mar. El jóven Emperador parecia como que queria atraerse un objeto anhelado, pero este no se presentaba á sus ojos. De pronto creyó distinguir un bulto que corria en direccion del camino de España bajando por la falda del Pirineo.

—¡Sí, exclamó, debe ser un correo! viene de prisa, pero no tanto como yo quisiera!

—Ya se conoce, señor, le contestó una voz.

Se volvió y viendo al General le dijo:

—Os creia dormido, Quirós. ¿Cómo os habeis levantado tan pronto?

—Porque debo velar por mi señor, y porque me devora la misma impaciencia que á vos.

—¡Tambien tú deseas saber de Alber o! Lo creo. Dime, aquel ginete será una posta?

—¡Ay, señor, mi vista no está ya para distinguir á esa distancia ni á esta hora!

—Es verdad, pobre viejo. ¿Cómo me has sentido llegar hasta aquí?

—Tengo el sueño muy ligero y...

—¡Ya! Temes que me escape.

—Temo, señor, que os suceda algo y no lo pueda evitar.

—Gracias... Es un correo! ¿Lo ves?

—Distingo un bulto que viene seguido de...

—De varios soldados. Son los de un destacamento que ha mandado el gobernador. Ahora dejan el camino real y se dirigen hácia aquí. ¡Corren admirablemente! Bajemos.

Y ambos llegaron al salon principal. Un cuarto de hora despues entró el gobernador. Saludó y dijo al Emperador:

—Señor, estos pliegos iban á Madrid: son del duque del Imperio.

—Traed.

Y despues de mirar los sobres, rasgó uno y lo abrió.

—¡Bien!.. bien!.. exclamaba segun iba leyendo. Magnífico, añadió luego que concluyó; Alberto, señores, ganó á Paul!

—¡A Paul! repitieron los otros llenos de admiración.

—Sí, y es ya dueño de todo el Bearn! ¡Oh! no esperaba tanto, aun cuando aguardaba mucho de mi Duque. Tomad, General, esa carta es para vos. Gobernador, esa otra que la lleven á Madrid y se la entreguen á Pacheco; él se la remitirá á quien dice el sobre. Os advierto, que no me detengais los partes de Francia ni un segundo. Marchad.

—¿Qué decis Quirós?

—Señor, que vale Silva mas que todos los generales que tenemos la honra de obedeceros.

Hasta la tarde estuvieron ambos escribiendo. Cuando aca-

baban, entró el gobernador y dirigiéndose al Emperador, le dijo:

—Perdonadme si os interrumpo, gran señor; os voy á dar una agradable noticia y...

—No andeis con rodeos; hablad.

—Han entrado en Fuenterrabia mas de cinco mil prisioneros franceses. ¿Quiere verlos V. M.?

—Sí, respondió Cárlos; que formen en la plaza, que allí iremos nosotros; deseo oír todo cuanto ha pasado al otro lado de los Pirineos. Y se fueron al sitio convenido, donde los hallaron efectivamente. Les pasó el Monarca una minuciosa revista, y cuando esta dió fin, incorporándose al Gobernador, mandó venir á los capitanes rendidos. Llegados estos, les hizo un millon de preguntas, á las que los franceses contestaron con bastante ingenuidad. Con admiracion y hasta con respeto oía Cárlos referir las heroicidades de Alberto, sus acertados planes y el valor y bizarría de Peralta, Navarro, Mendoza y demas oficiales y soldados del ejército español.

Concluida tan larga interpelacion, hizo llamar al jefe de la tropa, que habia conducido á los vencidos y le dijo:

—Capitan, ¿me conoceis?

—No, señor.

—¿Entrásteis en Pau con el Duque?

—Si, señor.

—Fuísteis á su lado?

—No, él iba con su escolta, pero estaba en todas partes, mientras yo escalaba la torre del Aguila.

—¿Y la tomásteis?

—¡Qué habia de hacer, voto al demonio! Cuando Silva manda una cosa se calla y se obedece. El se halla siempre delante ó detras, dirigiendo, y matando al que desea ofender á los suyos.

—¿Os ha dado alguna gracia?

—Me nombró capitan en medio del asalto. ¡Oh! bien apurado me encontraba cuando le oí decir, señor teniente, ahí teneis la banda; ¡arriba, voto á Lucifer! —¡Arriba! grité yo á los soldados que me seguian. Nos metimos por una ventana, pasamos á cuchi-

llo á la gente que defendía el fuerte y abrí la puerta para dar paso á los nuestros que quedaron abajo.

—¿Quereis hacerme un favor, capitán?

—Si puedo, con mucho gusto.

—Tomad, repartid ese bolsillo entre la tropa que habeis conducido.

—¡Mucho oro contiene!

—No os estrañe, soy rico y buen español. Os doy las gracias, por el rato que me habeis proporcionado, y deseo que estrecheis mi mano.

Partieron de allí y se retiraron al palacio. Por el camino decia el Monarca á su compañero:

—¿No os parece, General, que la posicion de Francisco I es muy crítica en estos momentos? ¡Qué afrenta! ¡qué rubor! ¿Qué dirá la Europa cuando sepa que un ejército tan pequeño, mandado por un jóven de diez y nueve años está humillando á su poderosa nacion?

—Lo malo es, señor, que todos conocen ya el nombre de Alberto.

—Es verdad, pero eso no importa; su edad hace increíble sus hechos.

Hablando así, llegaron, subieron, y haciendo comparecer al Gobernador le preguntó el César:

—¿Qué gente de á caballo tenemos en Fuenterrabia?

—Mil docientos hombres, señor.

—Qué tiempo podrán tardar en estar dispuestos á partir?

—Seis horas.

—Pues bien. Dejad en vuestro puesto un Lugar-teniente y venid con ellos lo mas pronto posible.

—Esperad tranquilo, señor.

Cumplido el plazo, al frente de los mil ginetes y seguido del General y del Gobernador, marchó Carlos I para Francia. Salieron de noche y caminaron de prisa, deteniéndose en la raya. Allí el Emperador, se unió á la tropa y gritó:

—¡Soldados, á Paul! ¡A escape!

Y volvieron á correr sin descansar hasta que las avanzadas de dicha plaza los detuvieron. Dados á conocer, continuaron su ruta, entraron en la ciudad, llegaron al palacio de Alberto y bajándose el Monarca y Quirós, dijo el primero al Gobernador:

—Alojad la tropa y venios aquí á esperar órdenes.

Subieron, y preguntando por el Duque, se dirigieron á su despacho. Estaba Silva escribiendo, y tan embebido en lo que hacía, que no notó la entrada de sus dos huéspedes. Cárlos se fue acercando hasta juntarse á él.

—Es la una de la noche, señor General! exclamó.

Entonces levantó la cabeza, y viendo á su señor, se puso en pie; éste le abrió los brazos y ambos se estrecharon con el cariño de hermanos. Se sentó el César é hizo señal á sus amigos para que lo imitasen. Despues contempló al jóven, concluyendo por decirle:

—Y bien, ¿nada me preguntais?...

—Nada, gran señor, contestó Alberto. Supongo que ocurrirá alguna cosa estraña y altamente grave, para que V. M. se haya espuesto asi, y en ese caso aguardo su mandato.

—Duque, replicó el Monarca con muestras señaladas de disgusto, hacedme el favor de tratarme como yo merezco, no como á un cortesano débil y asustadizo.

—Siento haberos incomodado, respondió Silva con entereza; soy acaso el que conoce mejor el temple y bizarría del emperador Cárlos I, el que sabe lo mucho que vale; y esa es justamente la razon mas poderosa que me ha impulsado á hablaros de aquel modo. Señor, V. M. se debe á sus pueblos; tiene que velar por la suerte de un Imperio grande y poderoso; por la vida de millones de almas; V. M. debe dictar leyes y dirigir desde Madrid; en Pau es un aventurero, en el trono el primer Monarca del mundo.

—¿Os incomoda verme aquí?

—Os quiero elevado y libre de todo riesgo, ahora no lo estais.

—Pero bien, figuraos que un asunto de sumo interés me ha obligado á venir, y no he podido prescindir...

—Soy yo, señor, el que debiera haberos buscado, yo el que me espusiera, el que marchase á recibir órdenes.

—Es que vos os hallais ocupado con lo que mas interesa al Imperio.

—Todos los asuntos, todos los negocios unidos á la Francia entera, no valen lo que V. M., no merecian que peligrase vuestra vida.

—Pues bien, yo he anhelado abrazar á mi hermano, que me ha vengado, que me ha llenado de gloria.

—Gracias, señor; mas si escitais mi agradecimiento no podré deciros la verdad.

—Es que ademas me trae aquí el primer pensamiento que ha concebido Monarca, y el que vos y yo podemos llevar á cabo.

—Mi vida y cuanto tengo es de V. M.; disponed de ella, gran señor.

Iba Cárlos á hablar, cuando entró un oficial, se descubrió y entregó un pliego cerrado á Alberto.

Lo leyó el Duque, y despues de despedir al que lo habia traído, le dijo al Soberano:

—Oid, señor.

No hay en todo el Bearne un solo punto fuerte ni sitio que no sea del Emperador. Los pocos destacamentos que quedaban, han escapado al acercarnos, en el reconocimiento que se acaba de practicar. Los soldados franceses se estremecen al escuchar el nombre de Silva, y huyen ante nuestros estandartes vencedores.

Está ya completa la línea y todo dispuesto para aceptar una accion formal. Vuestras órdenes quedan cumplidas.

Soy, etc,

PERALTA.

—Señor, continuó el jóven despues de concluir la lectura, ahí tiene V. M. la prueba del último parte que le he mandado.

—No hacia falta para estar convencido de que era cierto y de lo que sois capaz de conseguir. Pero el tiempo vuela, y es preciso que os entere del principal objeto de mi venida.

Quedó el Monarca pensativo, alzó luego la frente y lleno de entusiasmo añadió:

—Señores: la Europa esta llamada á ser un solo pueblo, una sola nacion, con un idioma, una religion y un solo jefe. La ocasion se presenta ahora como nunca; mi Imperio, mis ejércitos y mi poder no tienen rival. Veamos pues, si es realizable mi pensamiento, intentémosle. ¿Alberto, que os parece la idea? ¿Me ayudaréis? ¿Queréis que entre los dos hagamos feliz á Europa y sosten-gamos el equilibrio del mundo? Hablad, Duque, hablad, yo tengo la fuerza, vos el genio; cuando hayamos concluido una empresa tan colosal y sea yo dueño de tan vasta nacion y vos el primer general del orbe y á la vez hermano mio, os haré rey, os concederé todo lo que me pidáis. Hay mas, os deixo la direccion; yo seré el primero en obedeceros. Quirós, ¿no opináis que la empresa es digna de Alberto y de mí?

—Sí...

—Os equivocais, anciano, contestó Silva con gravedad. La conquista es la usurpacion; la usurpacion el robo, y el robo un crimen. Dios os perdone, señor, le dijo á Carlos, haber concebido y pensado un delito tan grande.

—Duque, mi intencion es únicamente la de hacer la suerte de tantos millones de almas.

—Lo creo, señor; pero eso no podriais conseguirlo: cuando fueseis dueño de ese vasto imperio, los pueblos vencidos tendrían por una gran desgracia, acaso la mayor, sufrir vuestra sábia ley; el mundo os maldeciria, como hace siempre con el conquistador, y veinte testas coronadas rogarían á Dios os pidiese cuenta por la usurpacion que cometiais con ellos. Y les sobraría razon, pues lo mismo que vos, alegan ellos el derecho divino, que tienen á gobernar. Y mil ciudades inclinarían la cabeza ante vuestro poder; no gritarian, pero os llamarían su tirano, su opresor y el autor de sus cadenas. Y por cada grado de felicidad que les dieseis, ellos os devolverían un sin número de anatemas. Sed grande, señor; conformaos con los estados que Dios os ha confiado; hacedlos dichosos y dad lecciones de justo, sábio y enten-

dido. De ese modo os bendecirán todos, y se humillarán ante el mas potente y bondadoso Rey.

—Alberto, replicó Cárlos, ya estamos demas en Francia, volvámonos á nuestro pais.

—Así os quiero, señor, sumiso á la verdad; no creais que ce-deis á mis palabras, es á la razon que emana del cielo: Dios me ha puesto en vuestro camino para evitaros una desgracia eterna; para contener un mar de sangre humana y conservar las vidas de miles y miles de infelices.

—A España, Silva.

—Mañana, señor, marchará V. M. Descansad lo que queda de noche.

—¿Y vos?

—Yo me quedo. Es preciso que comprenda el mundo, que mi Soberano es justo para con todos; teneis una deuda con Francisco I y yo debo pagársela.

—Haced lo que querais; con vos no se puede cuestionar.

—Oidme, señor. Tambien yo he concebido un gran pensamiento, digno de llevarse á cabo: ¿y sabeis por qué no le he consultado con vos? Yo os lo diré: porque no envuelve ningun delito. Pero ya que me habeis honrado, en unos momentos tan criticos, quiero que lo conozcais antes de realizarlo. Francisco I es el Monarca mas fuerte, despues de V. M. Sin derecho, se ha metido en vuestros Estados, y ha querido usurparos parte de vuestro territorio; pues bien, señor, sus pueblos no tienen la culpa de que él sea osado y ambicioso; él solo la pagará. Id á Madrid y esperad: yo os lo llevaré prisionero.

—¡Prisionero! esclamaron aturdidos Cárlos y Quirós.

—Sí; ¿os asusta la idea, no es verdad? Pues moriré ó iré á Castilla. Allí le tendreis el tiempo que os plazca y luego lo dejareis marchar á su pais, imposibilitado para volveros á hacer guerra. Desde ese dia, os podreis dedicar única y esclusivamente á la felicidad de vuestros hijos.

Una hora mas continuaron hablando. Durmieron despues, y á la mañana siguiente se levantó el César mas alegre que el dia

anterior; las razones de Alberto le habian convencido. Llevó á Francia un crimen en proyecto, y traia la esperanza de una venganza gloriosa: mientras lo vestian decia para sí:

—¡Oh, es un sábio; Dios quiere que yo sea bueno, y para eso me lo ha mandado! Yo te amo como á mí mismo, Silva, porque eres para mí la Providencia.

El anciano General miraba al Duque con rubor mezclado de placer, y murmuraba.

—Sabe ese niño más que todos los viejos del mundo juntos. ¡Oh, qué vista tan clara!

Alberto exclamaba en voz baja:

—Es un gran rey, pues cede ante la razon: Cárlos, yo te sacrificaré hasta mi vida.

Antes de acostarse éste, dió algunas órdenes, que fueron cumplidas con la mayor exactitud. A la mañana siguiente almorzó aquel, y á las ocho en punto montaron los tres á caballo. Salieron del palacio y se dirigieron á la gran plaza de Pau. Allí estaba formado el ejército español, que recibió á su Soberano con un viva. Al oírlos exclamó el Monarca:

—¡Qué es esto! ¿Quién les ha dicho que me hallo aquí?

—Yo, contestó Alberto sonriéndose.

—¿Por qué habeis obrado así?

—Señor, mirad esos rostros y lo adivinareis. Todos ellos han espuesto su vida por V. M.; al veros, al suponer los visitais, se embriagan de placer, crece su valor y son capaces de todo... He aprovechado vuestra venida...

—Os comprendo, y quiero que me reconozcan.

Y se alzó la celada, presentó su jóven y varonil rostro, y corriendo la línea por entre un millon de aclamaciones, se situó en el centro y exclamó:

—¡Guerreros, viva España!

Un grito entusiasta y atronador respondió al César y veinte mas seguidos. Cárlos continuó:

—Mis valientes, la patria os admira y elogia vuestra bizzarria. Sois dignos de ser mandados por el duque del Imperio; este es el

mayor elogio que se puede hacer de vosotros. Soldados, yo mando que le obedezcais; que le sigais, que lo imiteis. Adelante siempre, mis guerreros! victoria ó muerte!

—¡Victoria ó muerte! contestó el ejército, ébrio de placer, y un millon de vivas á Cárlos y al Duque siguieron á las palabras del primero.

Acto continuo se dirigió á la cabeza de la línea, y viendo á Navarro le alargó la mano diciéndole:

—General, ya estoy cansado de veros coronel. Mirad qué poco os quiere vuestro hijo adoptivo; no le gusta el ascenso.

—Señor, respondió Silva, no lo ha ganado todavía.

—Pero yo quiero dárselo adelantado.

El Soberano comprendió que este era el mejor medio de recompensar á Alberto.

Aquella revista acabó con el entusiasmo que era natural. El César visitó despues los fuertes de Pau, admirando el valor de sus tropas, pues no comprendia que la ciudad hubiera sido tomada en el tiempo y manera que lo fue. Acto continuo recorrió los hospitales y cuarteles, otorgando gracias y mostrándose en esta ocasion el mas generoso del mundo.

Media hora despues, regresaba á España, deteniéndose antes en las dos ó tres villas del Bearné que tenia á su paso. Tambien allí estuvo bastante dadivoso. Le acompañaban Quirós, el Gobernador de Fuenterrabia, con quinientos caballos de los mil que llevó, Alberto y Mendoza con la escolta del primero. Llegaron á los Pirineos, y se despidió el Duque de su Soberano y del General; los dos últimos estrecharon al jóven, y varias lágrimas cruzaron por sus mejillas. Enternecido tambien el Generalísimo, exclamó:

—¡Mendoza, á escape!

Y los dos guerreros, seguidos de sus cien caballeros se perdieron entre un espeso bosque.

—Quirós, dijo el Emperador cuando hubo perdido de vista á Silva; vamos á dormir esta noche en Fuenterrabia; mañana saldremos para Madrid.

Y partieron tan lijeros como el viento.

Alberto llegó á Pau y Cárlos á Madrid sin que les ocurriera nada que de contar sea.

Ahora es necesario que nos internemos en Francia y sepamos qué hacia y pensaba Francisco I.

Con motivo de la guerra que este Rey tenia en Italia, se habia trasladado á Aviñon, ciudad situada cerca de la frontera, con el objeto de estar próximo al pais que intentaba conquistar, y dictar las órdenes que le pareciesen oportunas, con toda la brevedad posible.

Era Francisco hombre de accion, muy valiente y entendido; su escesivo arrojo, sin embargo, ahogaba en él esa prudencia sábia que la mayor parte de las veces presta la victoria. Su estatura era regular, tenia la piel morena, y sus hermosos ojos despedian fuego y altivez. Era robusto y nunca le amedrentaba la fatiga.

Pasemos á Aviñon.

Daban las once de la noche; un frio penetrante se hacia sentir en la nueva corte de Francia, y desierta completamente la ciudad, se habian entregado sus habitantes al mas tranquilo sueño. Un hermoso palacio rodeado de espesa arboleda, situado en los estremos de la villa, era el único edificio que se hallaba alumbrado, y en cuyo exterior se veian algunos centinelas que paseaban tranquilamente. De pronto, uno de ellos dió la voz de alerta, la que fue instantáneamente repetida por otras veinte, y acto continuo aparecieron diez arcabuceros. En este momento un caballo á carrera tendida, paró á quince pasos del alcázar.

—¿Quién va? preguntó el jefe.

—Bajad el puente, gritó el recién llegado; traigo un pliego urgentísimo.

—¿Para quién? replicó el primero.

—Para S. M., contestó el otro.

—Esperad. Y el oficial se dirigió al palacio, entró y enteró de lo que pasaba al capitán de guardia. Sin perder un segundo subió este y penetró en un hermoso gabinete ovalado, cuyas puertas se abrieron al llegar él. Allí se hallaba el Rey, sentado al lado de una chimenea, rodeado de varios generales, con

quienes al parecer trataba asuntos de bastante gravedad. Viendo al Capitan, con acento cariñoso le preguntó:

—Mi querido Sauveur, ¿qué hay de bueno?

—Señor, un hombre á caballo, trae un parte para V. M.

—¡Un hombre! No comprendo, Sauveur. ¿De dónde viene?

—Dice que de la raya de España.

—¡No sé!.. En fin, que te dé el pliego y que espere.

Cinco minutos despues volvió aquel con el escrito, lo entregó y se retiró.

—¡Trae las armas de España! dijo el rey mirando el sello; y sorprendido añadió: no conozco la letra. Sepamos lo que es.

Abrió la carta y la leyó; el rostro de Francisco palideció y poco á poco se fue poniendo encendido. Al notar los que le acompañaban aquella metamórfosis, le dijeron:

—¿Qué sucede, señor?

El Rey no se dignó contestar, en cambio gritó:

—Que venga ese desconocido. Que entre al instante.

Los generales se miraban unos á otros sin comprender nada de lo que pasaba. La cara de Francisco estaba contraída y sus ojos despedían fuego.

Entró por fin el portador, saludó y quedó parado.

—¿Quién os ha dado este documento? le preguntó el Monarca con imperio; y añadió: si no me decis la verdad, encomendad á Dios vuestra alma.

—Alberto de Silva, replicó el viajero sin inmutarse.

—Alberto de Silva! esclamaron todos.

—¿En donde? volvió á preguntar el Rey.

—En la raya de España.

—¿Quién estaba con él?

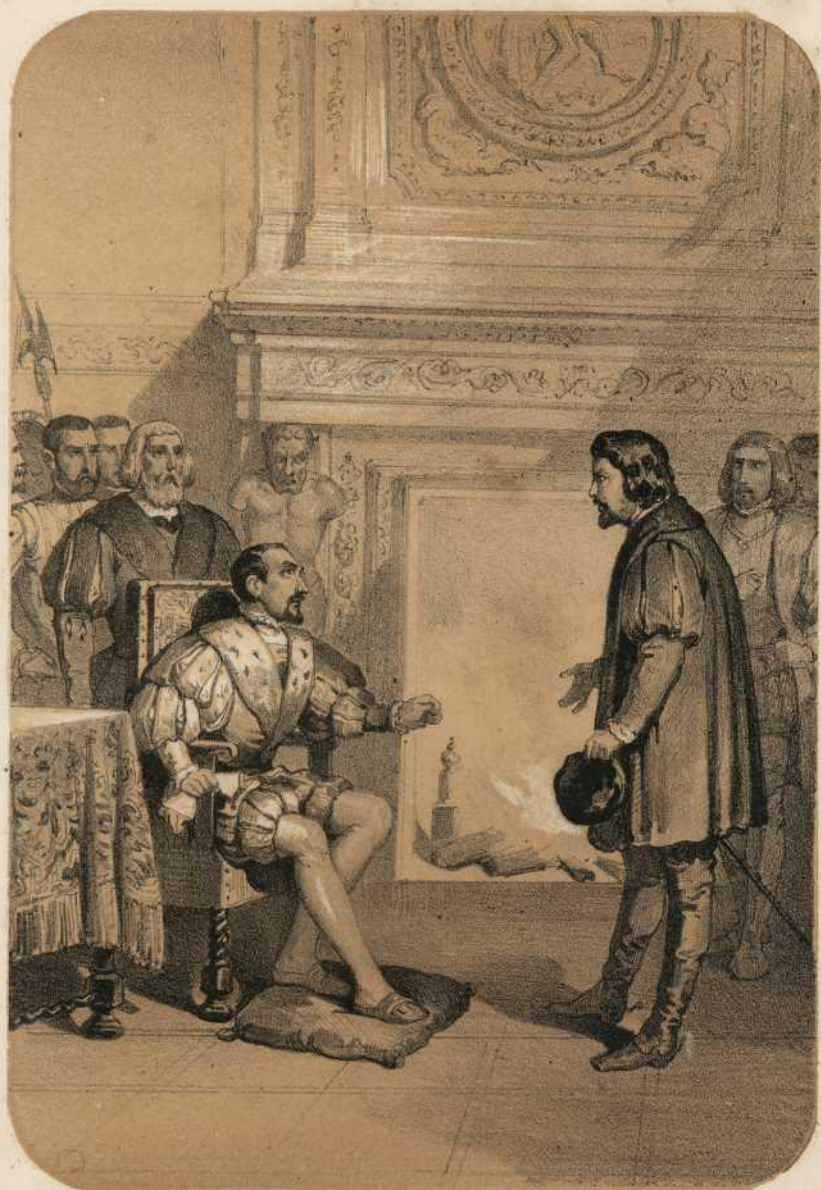
—Nadie, pero á doscientos pasos, tenia formado en batalla un ejército numeroso.

—¿Lo visteis pasar la frontera?

—No, señor.

—¿Por qué?

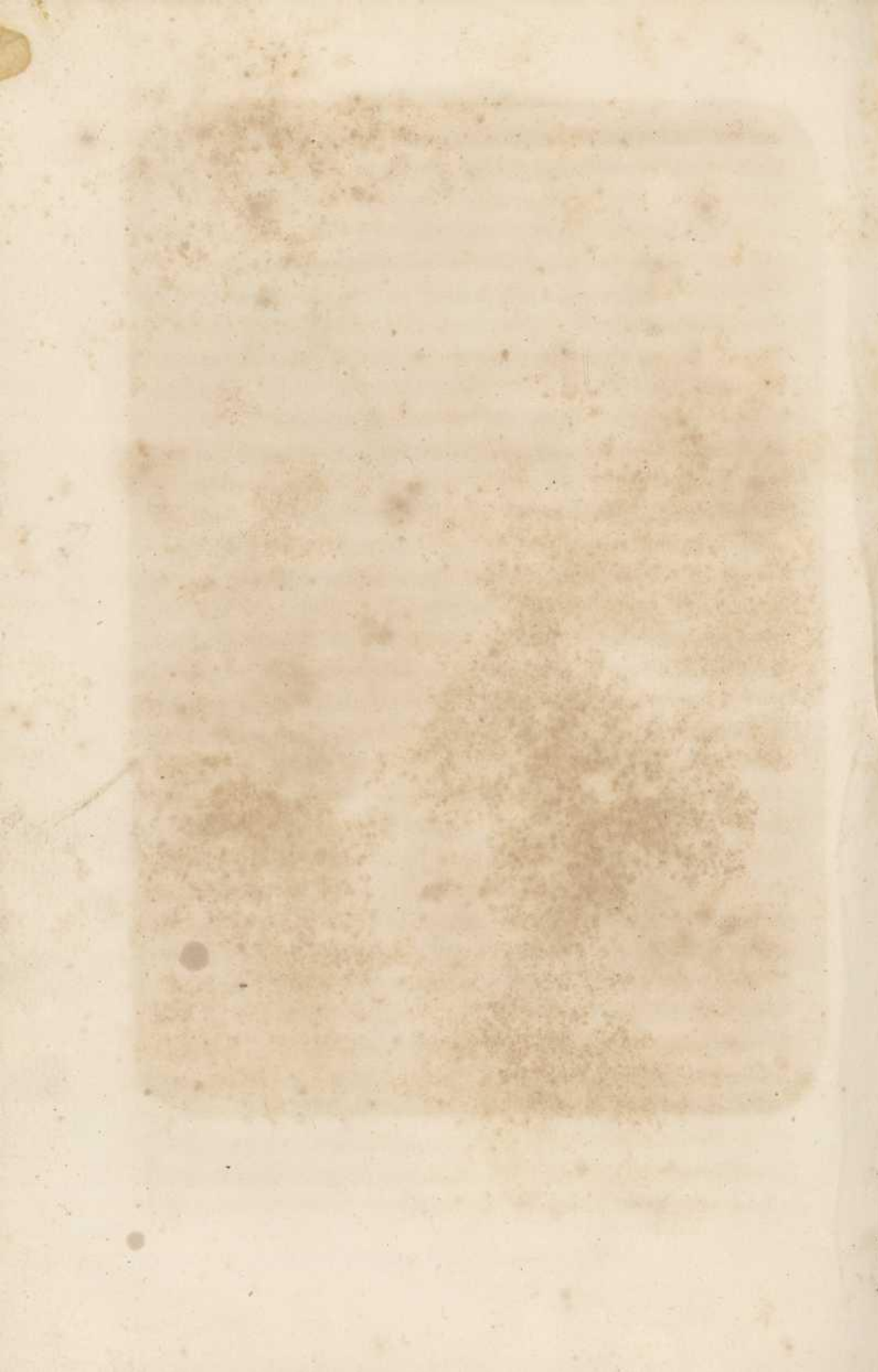
—Porque al darme ese papel, me dijo: «Si quereis prestar un



C. Múgica dib.^a y lit.^o

Lit. de J. Donon, Madrid.

Entró por fin el portador de aquel escrito, saludó y quedó parado.



servicio importante á la Francia, id á Aviñon, entregad ese pliego á vuestro Rey, y no perded un minuto.» Yo lo cogí y corrí sin descanso hasta llegar á V. M.

—¿Conociais á Silva?

—Sí, señor; lo ví en Fuenterrabia cuando nos atacaba.

—¿Qué sois, ó qué oficio teneis?

—Me llamo...

—Qué sois, primero.

—Proveedor de víveres...

—Basta. Retiraos y esperad mis órdenes.

—Salió, y en seguida preguntó Francisco á uno de los que le acompañaban:

—General, ¿esa firma es auténtica?

—Sí, señor.

Meditó el Soberano, y concluido se levantó, y dirigiéndose á sus generales les dijo:

—Señores, Carlos I nos ha mandado un ejército, el cual estará ya dentro de Francia. No es numeroso y solo viene mandado por ese atrevido jóven. Almirante, preparaos para ir á batirlo; he dicho mal, para esterminarlo, procurando traerme en cuartos á ese miserable rapaz.

En este instante apareció el capitan de guardia en el umbral de la puerta.

—¿Qué hay? preguntó el Rey.

—Señor, un oficial destacado en el Bearne acaba de llegar. Al bajarse ha caido su caballo reventado y él viene en un estado lastimoso. Dice que necesita...

—Que entre.

Desapareció el capitan y el rey murmuró:

—¡Oh! gran valor debe tener ese castellano Silva; pero yo le juro, que en Francia ahogará su brio con la muerte; con la muerte, sí!..

El nuevo recién llegado, se presentó y esperó.

Francisco lo miró de arriba á abajo y luego le dijo:

—¿Qué mision os trae cerca de mí?

—Señor, la de enterar á V. M. de todo lo que ocurre en el Bearne.

—¿Quién os manda?

—Nadie, señor.

—¿No teneis jefes?

—Todos han caido prisioneros ó han sido muertos.

—¡Todos!... Ira de Dios! Y dió dos pasos adelante como queriendo arrojarle sobre un enemigo que no veia. Quedó luego parado, se serenó un poco y continuó:

—¿Qué punto ocupábais?

—Mandaba un destacamento que se hallaba cerca de los Pirineos, en un pequeño fuerte llamado del Cuervo.

—Contadme lo que hayais visto y sepais, sin andar en rodeos.

—Estaba, señor, ocupando mi puesto, cuando ví dirigirse hácia nosotros una columna de españoles. Como era imposible toda defensa, me replegué á Olóron. Allí, unido á su guarnicion, me resistí hasta que ví á todos mis compañeros muertos ó prisioneros. Escapé milagrosamente, me retiré á Pau, y allí sucedió lo mismo...

—¿Qué decis? preguntó Francisco, pálido como la cera; ¿Pau ha caido en poder de los españoles?

—Si, señor.

—¡Ira de Dios, parece increíble!

—En Pau, hicimos una defensa heróica, pero todo fue inútil contra el arrojó y prevision de nuestros enemigos. Perdida la capital, escalé como pude sus murallas, cogí un caballo, y suponiendo que nadie habria podido traer la terrible noticia, corrí hácia Aviñon con objeto de enterar á V. M. y que disponga lo que tenga á bien.

—¿Quién manda á los españoles?

—Lo ignoro, señor; pero es un jóven como de veinte años. Cuando dan un asalto, solo gritan: Silva y Cárlos I.

—Decidme, ¿pelea ese caudillo?

—Se bate, ordena, dirige, va á todas partes, acompañado solo de unos noventa ó cien caballeros que le siguen siempre. Con

esa escolta, atraviesa batallones, mata y... y vence, señor. Sus soldados cobran un brio satánico al oír su voz ó verlo cerca. Y... pero no me atrevo á continuar.

—Decid lo que sepais de ese hombre; todo, ¿lo oís? Yo os lo mando.

—Pues bien: señor, lo he observado desde una torre de Pau; por salvar ese valiente jóven la vida de uno de sus soldados, que se batia solo contra ocho ó diez de los nuestros, pasó sin que nadie le acompañase por medio de una de nuestras mas bizarras compañías, se puso al lado del español, mató á sus enemigos, escapándose sin que le tocasen ni á la cola de su caballo. Cuando los de su escolta quisieron ayudarle, ya habia concluido. Gran señor, ese hombre lleva el genio de la guerra.

—¿Con que es decir, que son dueños de todo el Bearne?

—Lo eran ya á mi salida; al menos de los puntos de mas consideracion.

—Está bien; retiraos.

Marchó el oficial, y dirigiéndose el rey á uno de los generales le dijo:

—Almirante, Alberto de Silva ha retado á la Francia y es ya dueño de uno de sus departamentos. Notad la poca fuerza con que nos amenaza. Es necesario que salgais para Pau ó para donde esté: llevaos esas dos divisiones que tenia dispuestas para Italia, en el camino se os unirán otras dos; reunireis un ejército de cuarenta mil hombres. Batid á ese castellano, General, pulverizadlo. Os concedo amplias facultades; obrad como querais, pero lavad la mancha que pesa sobre mi país. Que os acompañen los jefes que elijais vos. Partid pronto, Almirante, y que Dios os ayude.

Un cuarto de hora despues, todos los habitantes del palacio real de Aviñon estaban en movimiento. Treinta ayudantes del rey esperaban en el gran patio, y unos tras otros iban saliendo por diferentes puntos, con pliegos cerrados y con orden espresa de volar, aun á trueque de reventar caballos.

Francisco I no era hombre que en materia de guerras se dormía: habia comprendido, por lo ocurrido en Fuenterrabia y en el Bearne, la clase de enemigos con quien tenia que habérselas y en este momento se hallaba desplegando toda su energia. Si como conquistador era activo, ahora que se veia obligado á reconquistar, tenia necesariamente que serlo mucho mas, pues se trataba de un contrario que sabia mas que él, que aterraba á sus soldados, y si hemos de ser justos, diremos que tambien habia puesto en cuidado al bravo Rey francés.

Concluyó Francisco de escribir un largo pliego, lo cerró, y llamando á uno de sus ayudantes mas predilectos, le dijo:

—Tomad, Jacobo, id ganando horas al cuartel general del ejército de Italia, y entregad ese despacho á Jour. En él le mando, que se ponga á las órdenes del Almirante y marchen al momento sobre Pau; solo distan de aquí quince leguas y veintiseis del Bearne, lo que quiere decir, que si correis bien, pasado mañana podrán estar mis soldados batiendo á los españoles. Os digo esto para que, convencido de la imperiosa necesidad de caminar de prisa, voleis. Elegid mi mejor caballo.

—Gracias, señor; os daré gusto en esta ocasion, replicó el ayudante, como en todas las que me honrais; dentro de cuatro horas habré hablado con el General.

El Monarca permaneció dictando disposiciones el resto de la noche.

Su ayudante Jacobo, entró en las caballerizas reales, eligió un magnífico potro inglés, y cinco minutos despues marchaba en direccion del cuartel general. En las dos primeras horas anduvo mas de siete leguas, sin que nada estorbase su rápida carrera. Llegó luego á un espeso bosque, situado á la falda del alto Pirineo y continuó su camino. Al poco rato vió á lo lejos una luz que parecia estar sobre un arbol, alumbrando el camino; no paró sin embargo la atencion en este raro incidente, y con la mayor tranquilidad siguió. Se perdió el resplandor, y acto continuo sintió un silbido, chocó su caballo con un objeto, que en las tinieblas en que

estaban era imposible distinguir, y dieron ambos una terrible caída.

Apenas acababa de dar en tierra, ya tenia la punta de un acero fija á la garganta. Un segundo despues, aparecieron dos mas con una linterna, á cuya luz hizo el dueño de la espada un escrupuloso reconocimiento sobre el ayudante.

—¡Bien! exclamó el primero; perdió el conocimiento, y es todo lo que yo queria. Muchachos, continuó, poneos á su lado, y si vuelve en sí, sujetadlo.

Y dos soldados quedaron observándolo.

El de la espada, antes de separarse de allí, arrancó al caido su porta-pliegos, se internó á cien pasos de aquel sitio, y unido á noventa ó cien mas, dijo con imperio:

—Alferez, una linterna.

Se desembozó el interpelado, sacó lo que le habian pedido, contestando:

—Aquí está, mi capitán.

—Alumbrad bien.

Y ambos se sentaron en el suelo.

Abrió el jefe el porta-pliegos y viendo el oficio que habia dentro para el general Jour, miró el sobre y exclamó con satisfaccion:

—¡Esto es lo que buscábamos! Nuestro jóven Duque sabe mas que todos los sábios habidos y por haber.

Y rompiendo con mucho cuidado el lacre, desdobló el escrito, lo leyó, copió con lapiz dos párrafos, extrató los demas, y acto continuo lo puso en el mismo sobre, sacó varios pedazos de lacre, y hallando uno de igual color al que tenia el sobre del pliego, le echó unas cuantas gotas, y encima marcó las armas de Francia, con un sellito de madera.

Sin perder un momento, volvió al paraje de la caída y preguntó:

—¿Muchachos, ha vuelto en sí?

—No, señor, le contestó uno; pero lo hará en breve, á juzgar por su fuerte respiracion.

Le colgó el Capitan la cartera , y dejándole en el mismo estado que antes, pusieron en el camino el grueso tronco de un árbol. Cinco minutos despues se oyeron correr cien caballos en direccion de Pau. Eran D. Alvaro y parte de su compañía, los cuales se habian emboscado allí para cojer las órdenes de Francisco I, y ya con ellas marcharon sin haber sido vistos ni oídos de nadie. El medio de que se valieron para tirar al ayudante fue muy sencillo: dos soldados tenian una cuerda que atravesaba el camino; al llegar el potro le enredaron los pies y lo arrojaron á diez pasos, favoreciendo esta operacion la rapidez con que corria.

En cuanto á la víctima, pronto el fresco de la noche le devolvió el conocimiento. Ya en sí, miró alrededor, pero la oscuridad no le permitió ver nada. Aplicó el oído, y solo sintió la fuerte respiracion de su caballo, que todavia permanecia en tierra, herido y mucho mas estropeado que su amo; echó mano á su porta-pliegos y hallando en él la carta del Soberano exclamó:

—Vamos, nada se ha perdido.

Se puso en pié, buscó su cuadrúpedo y lo hizo levantar, aunque con gran trabajo; en este instante tropezó con el tronco que atravesaba el camino, y dándole un golpe dijo:

—Hé aquí la causa de mi caída. ¡Maldito árbol, voto á Lucifer!

Volvió á montar y quiso andar, pero su pobre jaco apenas podia tenerse; lo agujoneó cuanto pudo, y al fin consiguió que diese una carrera de media hora; pero al concluir esta cayó el animal muerto. Visto lo cual por el ginete, lo dejó tendido, continuando á pié hasta llegar á Lodeve, pueblo pequeño, y donde se hizo con otro caballo, que en poco mas de una hora lo puso en Béziers, punto final de su viaje. Entregó al jefe Jour el despacho, diciéndole de palabra todo cuanto sabia. Y marchó con la contestacion, mientras que el general francés daba las órdenes para que su ejército se pudiese en movimiento, en el instante que llegase el Almirante, el cual se presentó tres horas despues.

Ahora conviene que nos traslademos á Pau.

En uno de los barrios mas lucidos de la ciudad, estaba situado el hermoso palacio de su Gobernador, ahora de Alberto. Si en el alcázar de Francisco I hemos dejado animacion y movimiento, no lo habia menos en el de Silva. Poblados sus grandes patios de oficiales y soldados, no se admiraba el lujo que reinaba en Aviñon, pero en cambio, era todo tan guerrero, que hasta las caras de los hombres infundian respeto: Aquellos semblantes sin embargo demostraban alegria y una dulce satisfacion, que hacia el mayor elogio del jóven y valiente jefe que los mandaba. Ni por un solo momento dudaban del buen éxito de las órdenes que llevaban y traian; lo que disponia Alberto era lo necésario, lo sábio, lo acertado. Reunidos en grupos, hablaban del barbilampiño, suponiendo que en su despejada frente nacia y se desarrollaba la victoria. Lo mismo exactamente sucedia en las calles y plazas de la ciudad, y en los puntos del Bearne donde habia españoles.

Pero pasemos al interior del palacio.

Por todas las galerias y salones cruzaban oficiales y caballeros, que iban de un punto á otro ó que esperaban los mandatos de sus jefes. Mas lejos, en uno de los extremos donde apenas se oia el ruido de tanta pisada y voces, en un hermoso despacho, se hallaban dos hombres, el uno sentado y trabajando, y el otro en pié contemplando con respeto al que escribia. Eran Alberto y el general Navarro. Continuó el primero diez minutos mas, cerró varios pliegos, llamó y se los entregó al que entró, diciéndole:

—Estos para Madrid, y esos otros para los puntos del Bearne que marca el sobre; que vayan al instante á sus destinos.

Salió el oficial, y dirigiéndose á Navarro le preguntó:

—Y bien, mi querido General, ¿qué haceis en pié?

—Esperaba instrucciones, mi respetable Duque.

—Parece un sarcasmo. ¡Todo un General hablar asi á su discípulo!

—Al primer hombre de España, querreis decir.

—No, á un niño como me soleis llamar.

—Un niño, voto al demonio, que sabe mandar mejor que todos los Monarcas juntos.

Al oír estas frases se sonrió Alberto y le contestó:

—Vos no sois voto. Un padre no puede apreciar el talento de su hijo.

—Es verdad; por eso digo únicamente lo que piensa el mundo de vos.

—¿Estais cierto?

—Si, supone que sois un genio que lleva la victoria en la frente y la muerte en la punta de la espada.

—Frasas de quien no me conoce.

—Es que dicen mucho mas los que se batien á vuestro lado, los que obedecen vuestras órdenes y los que os deben sus vidas y hasta sus lauros.

—¿Quereis que hablemos de otra cosa?

—Si, de lo que mas os agrada.

—¿Qué os parece mi sistema guerrero en Francia?

—Lo que habeis hecho y mandado lo juzgo magnífico; pero, hijo, maldito si tiene nada de sistema, pues solo escuchais la voz de vuestro genio.

—¿Qué opinais del porvenir, Navarro?

—Nada, Alberto; con vos no hay opinion posible, y mucho menos en las actuales circunstancias que os permanecéis encerrado en ese silencio tan tenaz.

—Debo obrar así.

—No lo dudo, y hasta lo creo prudente y necesario. Si no fuese indiscreto os haria una pregunta ó dos...

—Las que gustéis, querido padre; para vos no tengo secretos.

—¿Habrà batalla?

—Y muy formal.

—¿Conocéis bien al enemigo?

En este instante, sin anuncios ni cumplimientos de ningun género, entró en la habitación el capitán D. Alvaro. Iba cubierto de polvo y su semblante rebotando alegría. Al verlo el Duque exclamó:

—¡Mucho habeis corrido, amigo mio!

—Mucho, señor; pero voto al demonio, que he evacuado mi encargo.

—Estaba seguro de ello. Contadme lo ocurrido.

—Se hizo como vos mandasteis, y todo salió á medida de nuestro deseo. Llegamos al bosque, situé en el árbol la luz, y á doscientos pasos los hombres con la cuerda; como suponiais, llegó á media noche un ayudante de Francisco I; lo reconocí perfectamente, sin embargo de su rápida carrera; hice la señal, y los muchachos estuvieron tan oportunos y felices, que cayó caballo y jinete sin matarse ninguno, pero sí perdiendo el conocimiento el segundo. Se practicó la operacion que anhelabais, y hé aqui una copia del despacho que el rey de Francia manda á Jour.

Lo cogió Alberto, lo leyó, y satisfecho le dijo:

—Habeis cumplido como esperaba. ¿Supongo que el oficial seguiria su camino, y el General no habrá notado la...

—No os molesteis; Jour ha recibido ya el oficio y nada, absolutamente nada ha sospechado.

—Muy bien; tomad estas órdenes, descansad dos horas y marchad. Vamos á tener una accion, señor capitán, y me hacen falta coroneles.

—Gracias, señor, contestó D. Alvaro ébrio de placer.

Salió éste, y dirigiéndose el otro á Navarro, le dijo:

—Me preguntabais, que si conocia al enemigo, ¿no es verdad?

—Si.

—Vos juzgareis por lo que voy á manifestaros. Vienen á batirnos cuarenta mil hombres; los manda el Almirante de Francia, y estarán sobre nosotros pasado mañana. Son tropas poco aguerridas, pero buenos soldados; en los jefes hay de todo. Ellos no nos conocen; nosotros penetraremos hasta sus intenciones. ¿Quereis saber algo mas?

—Para qué, Alberto; vos lo preveeis todo, no se os puede hacer reflexion alguna, porque no la necesitais. He venido á recibir órdenes y las espero.

Al acabar Navarro, entró Mendoza con otro extracto como el de D. Alvaro, y poco despues cuatro capitanes con comisiones iguales despachadas. Todos habian cumplido fielmente las ins-

trucciones del jóven Duque, y este por aquellos medios consiguió averiguar los planes del contrario, sin que él se apercibiera. Dió las gracias á los recién venidos, y saliendo estos, se levantó diciendo á Navarro:

—Ya sé cuanto nos hacia falta. El enemigo va á caer sobre nosotros, y es preciso, voto al infierno, que salgamos á recibirlo. Trae cuarenta mil hombres; vamos á batirlo y derrotarlo con diez y seis mil.

—Eso es muy difícil, hijo mio.

—¡Difícil! y me lo decis vos! No lo habeis pensado bien: si me apurais voy á partir con solo diez mil.

—Sean, pues, los diez y seis. Venceremos, sí; leo en vuestra frente la victoria. ¡Oh, una accion en toda regla mandada por vos, y jefe yo de una division, voto al demonio, los pelos se me encrespan de placer! ese era mi sueño dorado. ¿Qué hago, señor Duque?

—Sin perder un momento, reunid catorce mil infantes, dos mil caballos y toda la artilleria que hemos traído de España. El resto del ejército repartido bien entre los fuertes y plazas del Bearne. Si sucumbiésemos, decid á los gobernadores, que cuando se vean sitiados se defiendan hasta perecer; que no se olviden de Numancia; esa debe ser la suerte de ellos; hemos venido á Francia á vencer ó á morir; así lo hemos jurado. Yo voy á elegir posiciones; id vos á cumplir mis instrucciones; á las cuatro de la mañana del dia venidero saldremos de Pau. Adios, Navarro.

Y ambos se estrecharon las manos y partieron.

A las nueve de aquella noche regresó Alberto, seguido únicamente de su escolta y de unos cuantos prisioneros que habia hecho. Cuando llegó tenia ya preparada una abundante cena, y en el gran salon de su palacio le esperaban Peralta, Mendoza, D. Alvaro, cuatro capitanes mas de los ex-comuneros y seis coroneles, á quienes tenia convidados esta noche. Un cuarto de hora despues, se sentaron á la mesa. Pasados diez minutos llegó Navarro y se puso á la izquierda de Silva, sitio que se le tenía reservado por si asistia al convite. Continuó la cena, reinando el mas

profundo silencio. Todos miraban al héroe, pero este, sin fijar su vista en nada, comía entregado á profundas meditaciones, que lo abismaban en tal disposicion, que cuanto hacia era por instinto. Nadie hablaba, ni se movia, ni aun se habian atrevido á llevar un vaso de vino á sus lábios.

Poco á poco volvió en sí el jóven Duque; su frente se fue despejando y su rostro llenándose de animacion y hasta de alegría. Miró en torno, y viendo el estado de sus convidados cogió una copa, le echaron Jerez, y levantándola dijo:

—Basta de silencio, señores, todo el que sea buen español coja su copa y brinde conmigo.

Instantáneamente se llenaron todas y ciento veinte brazos se alzaron esperando oir la voz del héroe para repetirla.

Alberto, embriagado por una satisfaccion desusada en él, exclamó:

—¡Viva el Emperador! brindo por los valientes que pasado mañana humillarán en los campos de Lombez, un ejército de cuarenta mil enemigos.

La reunion contestó en coro:

—¡Viva el Emperador, viva el héroe Silva, que guiará nuestros aceros para vencer á los franceses en los campos de Lombez!

Y apuraron sus copas.

El Duque llenó otra y volvió á esclamar:

—Diez y seis mil españoles arrollareis al mejor ejército que tiene la Francia si escuchais mi voz y sois los mismos de Fuenterrabia y Pau. ¡Triunfareis, sí, porque me oireis y sereis los mismos!... viva el ejército español!

—¡Viva! contestaron, ¡viva el duque del Imperio! ay del que no oiga su voz! ay del ejército francés!

Y como un trueno resonaron estos ayes en los anchos y dilatados salones del palacio.

Y todos aquellos rostros que poco antes estaban tristes y caibzabajos, ahora rebosaban una alegría sangrienta, capaz de aterrar al hombre de mas corazon. Por las palabras de Alberto habian

comprendido que se iba á dar una acción terrible, la que tenían seguridad de ganar, guiados por un jóven, en quien veían retratada la gloria de las batallas.

Por último, terminó la cena, en la cual reinó el placer que abrigan los valientes cuando están tocando el combate y la victoria.

Descansaron aquella noche, y al ser de día, unidos al ejército que ya les esperaba formado, partieron para el Languedoc. Iban como hemos dicho catorce mil infantes, dos mil caballos, sesenta piezas de artillería, con sus trenes correspondientes, la escolta de Alberto y la compañía de ligeros que mandaba D. Alvaro, la cual salió de descubierta.

Llegaron al sitio elegido por Silva, y sabiendo que el enemigo estaba lejos, se entretuvieron seis horas haciendo maniobras, hasta que por último se situaron y esperaron tranquilos la aproximación de los franceses.

Ahora es necesario que nos traslademos adonde están los contrarios y sigamos á estos hasta que se hallen frente á los otros.

A la noche siguiente del banquete dado por el Duque, se reunieron en Tolosa los cuarenta mil franceses que debían batir y aniquilar al ejército de Carlos I. Las órdenes del Rey fueron cumplidas con la rapidez del rayo, y eligiendo por punto de partida la ciudad citada, habían acudido á ella á marchas dobles, y ya allí, descansaban con ánimo de caer al día siguiente sobre Pau.

Eran las once, y un silencio sepulcral reinaba en Tolosa, silencio que intentaba ocultar la aglomeración de tanta gente convocada. A las once y cuarto recibió el Almirante francés un parte, y acto continuo se puso en movimiento la ciudad. Su anterior calma se trocó instantáneamente por el ruido atronador de los clarines y atambores, y por el de las pisadas de cien caballos que corrían en diferentes direcciones. Este cambio era efecto de que el General sabía por el gobernador de Tarbes, que un ejército de españoles caminaba á marchas forzadas hácia el Languedoc, en dirección de Tolosa.

Admirado el jefe francés, tomó por primera providencia, reunir

sus huéspedes, y prepararse para evitar una sorpresa, pero sin comprender al pronto qué podría proponerse el duque del Imperio, acercándose á un enemigo mucho mas fuerte que él. Llamó acto continuo á su consejo de generales, se discutió largamente, y convinieron en que la venida de Alberto era motivada por el deseo de ensanchar su conquista, ignorando que estaban reunidos cuarenta mil hombres para destruir sus planes y hasta su ejército. Esto alegró mucho á los de Francia, quedando en que al siguiente dia los batirian en los campos de Lombez, y al otro serian dueños de todo el Bearne, sin que se les pudiera escapar ni un solo soldado español. Mandaron exploradores, cuya mayor parte cayeron en poder del enemigo, y á la mañana siguiente al ser de dia se pusieron en marcha, despues de haberse asegurado, por los pocos emisarios que volvieron, que el ejército de Carlos I tendria de diez y seis mil á veinte mil hombres nada mas, y que estaban acampados dos leguas de allí.

Partieron, pues, y en honor á la verdad, lo mismo jefes que soldados iban alegres con la idea de sorprender á los españoles y tomándoles la rebancha de lo ocurrido en Fuenterrabia, esterminarlos y dejar á Francia libre de un rival que tanto la deshonoraba. Caminaron dos horas sin ver ni pájaros. Llegaron á Lombez y allí supieron que el enemigo tenia sus avanzadas á media legua, en el camino de la Gascuña al Languedoc. Sin detenerse anduvieron algo mas, y divisaron la compañía de ligeros de D. Alvaro. Mas este, al instante volvió grupas, replegándose á la falda del monte, sin admitir el combate que le ofrecian, pero sin correr; se perdió en el medio círculo que formaba la sierra, y acto continuo aparecieron mil arcabuceros mandados por dos oficiales de los ex-comuneros. A un cuarto de legua escaso formó en batalla el ejército francés y mandó exploradores. Al frente de estos iban el general Jour y dos jefes de los mas entendidos. Hicieron un reconocimiento no muy exacto, pues las guerrillas españolas cargaron sobre ellos, les mataron mas de veinte hombres, sin dejarles acercar todo lo que ellos necesitaban. Jour se presentó al Almirante y le dijo:

—Señor, el enemigo está escalonado en el semicírculo que forma el monte : tiene perfectamente cubiertas sus dos alas, y en el centro hay mas de dos mil caballos forrados de hierro. Los infantes parece mas bien que van á sufrir una revista que una batalla campal; apenas se ve una coraza ni un casco. Segun he podido distinguir, sobre una eminencia, está un jóven que debe ser Silva, vestido con traje de corte, á pié y con dos heraldos al lado.

Se me olvidaba decir, que en los ángulos salientes hay fijos dos grandes carteles, en donde he leído lo siguiente : «Languedoc.—Hasta aquí Carlos I.» Creo, señor, que lejos de haber nosotros sorprendido al duque del Imperio, este era sabedor de nuestros planes y nos ha salido á recibir.

—¿Estais seguro de que no tiene mas fuerza que diez y seis ó veinte mil hombres?

—Si, señor.

—¿No habeis visto artilleria?

—No.

—Está bien. Vamos á devolverles su galanteria.

Y ocupando cada uno su puesto, avanzaron en columnas cerradas.

La posicion de Alberto y los suyos era casi la misma que habia dicho Jour. Conviene sin embargo, que nuestros lectores oigan algunos detalles mas.

Saliendo de Lombez, por el camino que vá á Gascuña, hay un campo que lleva el nombre de ese pueblo, de cerca de una legua en cuadro y en el que podian operar cien mil hombres. Al concluir esos llanos, siguiendó la misma direccion, hay una fila de montes los cuales dejan paso por entré un medio círculo, obra de la naturaleza. Allí tenia Silva situada su gente, escondida su artilleria y dispuesto á morir antes que dejarse vencer, lo cual era casi imposible.

El general francés se adelantó, segun hemos visto, formó su ejército otra vez en batalla y desplegó guerrillas. Entonces las dos compañías españolas se replegaron hácia el ala derecha.

Frente á frente los enemigos, presentaban un contraste singu-

lar. Los primeros en medio de una algazara atronadora, pedían á grandes voces caer sobre los segundos, y estos por el contrario, quietos, inmóviles y sin despegar sus lábios esperaban á ser atacados. Jefes y soldados observaban al Duque, que en pié, grave, con su frente altiva y mirada de águila, contemplaba al ejército enemigo y de vez en cuando se sonreía.

Por último, comprendiendo los franceses que no habia medio de hacer salir á los españoles del sitio donde estaban, avanzó una columna, fuerte de diez mil hombres, mandada por Jour, y á paso de carga cayó sobre el medio círculo, dividiéndose al llegar en dos partes é intentando atacar cada una un ala. Impávidos los castellanos, ni se movieron, ni se oyó una sola voz. Unicamente Silva al verlos correr en dirección de ellos, movió su espada, y los clarines, sonaron imponiendo atencion; hizo otra señal y tocaron á replegar; entonces las dos compañías formadas en guerrillas subieron al monte. Continuaron avanzando los de Francia hasta penetrar en el medio círculo, seguidos del resto del ejército que marchaba con lentitud. Los de Jour rompieron el fuego de mosquetería y se lanzaron sobre los castellanos. Mueve entonces Alberto su espada, clarines y tambores tocan varios golpes, é instantáneamente se oye una descarga cerrada en toda la línea, diezmando las primeras hileras francesas. Acto continuo, se abren las compañías de arcabuceros y aparecen detras cuarenta cañones vomitando balas y metralla, que aturden á las dos medias columnas contrarias, matando franceses sin cuento y esparciendo entre ellos el terror. Comienzan á huir, pero á la vez cargan mil ginetes mandados por Mendoza, que acaban de deshacer la masa enemiga.

Viendo el Almirante lo que pasaba, envia otra division de diez mil hombres, que proteja la retirada de sus dispersas huestes; llegan adonde estaban los mil caballos españoles, pero entonces se oyen otra vez los clarines de Silva, se replegan estos á derecha é izquierda, se abre el resto de la caballería del centro y aparecen veinte bocas de cañon haciendo un destrozo horrible en la columna que venia de frente. Al mismo tiempo se corren ocho compañías de arcabuceros, y desde las alturas de las dos alas ayudan

á la artillería á matar contrarios, arrojando sobre ellos toda clase de proyectiles. Cinco minutos despues, la segunda division completamente aniquilada, huía á la desvandada, confundién dose entre el resto de los suyos. Tarde comprendia el Almirante la torpeza que habia cometido.

Paró un momento la lucha, cesó el humo, y el polvo fue arrojado por el aire; entonces se presentó ante el ejército español el cuadro mas horrible y desgarrador; dos mil franceses muertos y sobre ocho mil heridos, se hallaban tendidos en el suelo lanzando estos últimos lastimeros ayes capaces de partir el mas duro corazón.

En cuanto á Alberto, giró su vista alrededor de aquella escena sangrienta, se limpió el sudor que bañaba su frente y volvió á fijar la mirada serena y hasta altiva en el enemigo. Este por su parte, se rehizo cuanto pudo, se dividió en tres columnas y corrió hácia el medio círculo, con el valor de la desesperacion. Situada su artillería en dos puntos desde donde podian hacer fuego, favoreciendo la entrada de los suyos, intentaron batir á la vez las dos alas y el centro español. Desde el Almirante hasta los soldados iban ciegos de coraje; en tan triste estado penetraron en las posiciones del héroe castellano. Este los vió avanzar, dispuso nueva forma á su ejército, montó á caballo y se preparó á recibir aquel choque terrible. Al tirar de la espada dijo á los que le rodeaban:

— ¡Infelices, vienen á morir como ovejas!

Y poniéndose su rostro casi negro, dió la última voz de mando. En este instante las tres columnas francesas llegaron al medio círculo y atacaron á la vez las dos alas y el centro; pero ya no estaban los españoles como antes; esparcidos en todo el monte, no habia treinta hombres reunidos; los cañones tampoco seguian divididos en tres partes, sino en veinte; en una palabra, tenia situado Alberto su tropa de una manera contraria. Esto empezó á descomponer al enemigo, sin que por ello dejase de avanzar; pero ¡ay! cada paso que daba, cada trecho que subia le costaba un rio de sangre; sesenta bocas de cañon y diez mil arcabucés vomitaban sin cesar un fuego vivísimo, fue-

go que ahora salia por todas partes, por delante, por los costados, por do quier eran batidas, acribilladas y deshechas las columnas francesas. Lejos de aterrarles esto, parecia que les daba mas osadia, mas brio, hasta que llegó el momento de juntarse y luchar cuerpo á cuerpo y con arma blanca. Entonces comenzó lo mas duro de la pelea; los españoles oyendo la voz de su jefe en los sonidos del clarin principian á unirse otra vez y atacar en pequeñas columnas cerradas sin tregua ni descanso. Rendido el enemigo, fatigado, sin poder dar un paso adelante y rodeado de miles de heridos y cadáveres, obedece tambien á sus jefes y se baja, se reune como puede, y auxiliado por la caballeria, llama á su rival al campo; pero este que le ha seguido, que desea tambien luchar libre de estorbos, cae sobre él y vuelve otra vez á formalizarse la accion, pero aun mas sangrienta, pues ya no habia una boca de fuego que ocupiese balas; ahora solo se batian con espadas, lanzas hachas, y mazas. Todos combatian; los oficiales, los generales y hasta el Almirante daban y se quitaban estocadas. El jóven Alberto, seguido de su escolta y vestido con traje de corte, corre por do quier, dirige, ordena, favorece, libra de morir á muchos, mata á cuantos halla á su lado, y cansado ya de tanta fatiga grita:

—¡Mendoza, á mí! á mí, D. Alvaro!

Y poniéndose al frente de los dos mil quinientos caballos, hace varias maniobras que secundan Navarro y Peralta, y en cinco minutos envuelve al enemigo y lo pone en la mas completa dispersion. Ya no obedecian á los clarines ni á sus jefes; solo tenian piés para escapar y corazon para cobijar el pánico que se apoderó de todos. Los españoles, por orden de Silva, sin matar ni herir á nadie, persiguen á los fugitivos, les ofrecen cuartel y en media hora hacen cuatro mil prisioneros.

—¡Basta! exclamó el Duque envainando su espada; dejad que huyan los restantes.

Y dió fin aquella accion, una de las mas sangrientas que han regado el suelo francés.

La victoria no podia ser mas completa para los imperiales. Estos habian tenido unos cuatrocientos muertos y sobre mil heridos.

Los franceses perdieron mas de la mitad de los suyos, huyendo el resto en completa desbandada, sin órden ni concierto y cada uno por el sitio que pudo escapar. Tres generales fueron muertos, dos heridos, y doscientos jefes estaban tendidos en el suelo.

Dejaron ademas toda su artillería, trenes, bagajes etc. etc.

La primera determinacion de Alberto fue hacer venir á los paisanos de Lombez y que se llevasen los heridos franceses; mandó tambien recoger los suyos, y trasladarlos al citado pueblo. En seguida formó su ejército y le pasó revista. Cuatro capitanes de los ex-comuneros faltaban, pero resultaban contusos. Mendoza, Navarro, Peralta y demas tenian alguna herida mas ó menos leve ó algun arañazo, pues en la última parte del combate habian peleado con valor heroico. Silva fue otra vez victoreado, aplaudido y ensalzado con entusiasmo delirante. Todos le veian ya como al genio omnipotente de la guerra.

Tocaron los clarines silencio, y desprendiéndose el jóven Duque de su escolta, fue sacando uno por uno á los jefes, oficiales y soldados que lo merecian y dándoles las recompensas que ganaron. Hizo varios capitanes y muchos coroneles, siendo ya de este número los ex-comuneros. Estos habian rivalizado en bizzarria y acierto; Alberto les decia estrechándoles las manos:

—Sois la flor del ejército, mis valientes amigos; esas cicatrices, húmedas todavia, prueban que no os aventajais ninguno en heroismo y discrecion; dignos de Navarro; los mismos aqui que en Monteagudo.

Acto continuo volvió á montar y dirigiéndose á D. Alvaro añadió:

—Coronel, con un batallon y vuestra antigua compañía de ligeros adelantaos y tomad á Tolosa, disponiendo alli la comida para todos. Hallareis muy poca resistencia; cuidad que se derrame la menos sangre posible; basta con ese mar que tenemos á la vista.

Partió aquel y poco despues el ejército español. Llegaron á Lombez y allí descansaron una hora; dejaron una corta guarnicion, para cuidar de los heridos de ambas partes, y salieron, penetrando á las cuatro de la tarde en Tolosa, punto que ya habia tomado don

Alvaro sin oposicion. Lo mismo sus guardas que los habitantes estaban poseidos de un pánico terrible, el cual desapareció con la orden de Silva prohibiendo el que los soldados molestasen á nadie, y disponiendo que se abriesen las tiendas y casas, con el objeto de que todo volviese á su estado normal.

El duque del Imperio fue alojado en el palacio principal, desde donde dió algunas instrucciones; se mudó de traje y se sentó á la mesa, acompañado únicamente de Navarro, que llegó poco despues y comió con él. Alberto estaba triste y melancólico, y apenas probaba bocado. Su amigo lo notó y le dijo con acento cariñoso:

—Mi querido Duque, os hallo pesaroso, ¡voto al demonio! habeis demostrado que sois el primer general del mundo y aun estais descontento. ¿Por qué no comeis? Lo qué es yo, despues de una accion tengo hambre voraz, ya lo veis.

—Me alegre, yo no puedo.

—¿Y por qué?

—Porque hemos hecho derramar demasiada sangre humana; porque he inutilizado á diez mil hombres, que ayer alegres y contentos gozaban como vos.

—Ya; pero eso sucede siempre despues de los combates; es la consecuencia de batirse; una victoria cuesta muchas víctimas. Ademas, nosotros nos estábamos quietecitos en nuestro medio círculo; ¿para qué fueron á molestarnos?

—Quietos, es verdad, pero en un castillo.

—Sí, gracias á vos que de un monte suspisteis formar una torre. En fin, Alberto, la guerra no produce mas que sangre, gloria y conquista; para anhelar las dos últimas es menester aceptar la primera.

—Es cierto.

—Pues entonces, ¿por qué estais triste? ¿No rige Dios el destino? ¿No habeis sido vos empujado á la carrera militar? Pues si el Cielo lo ha querido así, ¿á quién culpais? ¿Por qué os abatís?

Las últimas palabras de Navarro dulcificaron un poco las ideas de Silva y comió. Concluido le dijo á su compañero:

—Esta noche mandareis solo en Tolosa; quiero dedicarme á es-

cribir á Madrid. Haced que mis órdenes se cumplan, y disponed ademas lo que juzgueis conveniente. Enviad á Lombez los médicos que haya aquí, y que cuiden bien á los heridos.

Salió del comedor y se entró en un hermoso despacho, se sentó y cogió la pluma. Apenas habia comenzado á trabajar, se presentó Mendoza y le entregó varias cartas. Eran del Emperador, del general Quirós, de la madre de Maria y de esta.

Abrió la última, y con un placer indecible leyó lo siguiente:

«Adorado Alberto: despues de dirigirte mi anterior, ha tenido lugar un acontecimiento, que deseo participarte.

»Suponiendo mi madre que regresarás pronto, y debiendo cumplir una promesa hecha tiempos atrás, ha marchado á Alemania, dejándome antes encerrada en el convento de Trinitarias de Madrid. La abadesa, harto bondadosa, ha declinado en mi sus facultades, tratándome como á superiora. Sin embargo de eso, mis únicas ocupaciones son, adorar á Dios y amarte; ver al Todopoderoso y pensar en Alberto. ¿Te acordarás tú de Maria? ¿Tendrás tiempo para pensar en mí? Se que me amas, que me amarás siempre; pero dudo que en las actuales circunstancias sea tu corazon de la pobre Maria. ¡Ay, Alberto, vosotros quereis siempre á medias; lo mas que haceis es entregarnos parte de vuestro corazon, la mitad de vuestros pensamientos. ¡Qué diferencia de tu afecto al mio!..

»Cuando todo es guerra, sangre, muerte y desolacion, ¿podrá el hombre traer á su memoria las dulzuras del amor? ¡Oh, infeliz de mí, mas me valiera no haberte conocido!.. Pero no; si no te hubiese visto jamás, viviria en el limbo; á tu amor debo mis pesares, mis desgracias; pero tambien mi felicidad, mi única dicha.

»¡Oh, qué lugares tan distintos ocupamos! ahí todo será ruido, estrépito, voces y clamores; aquí todo silencio... un silencio tan terrible como el de la tumba.

»No puedo seguir; al pensar en tí me ahogan las lágrimas, solo sirvo para amarte; adios, cuidate y procura que te vea pronto tu desgraciada

MARIA.

La lectura de esta carta y el tierno recuerdo de su amada le devolvió la alegría y hasta pensó en un porvenir grato:

—Sí, dijo sonriéndose, Navarro tiene razon; el Hacedor rige el destino: cúmplase la voluntad de Dios.

Y cogiendo otra vez la pluma, escribió varios pliegos y los remitió á la Corte. Poco despues tomó su espada, y embozándose en una larga capa, salió del palacio por una puerta falsa.

Tolosa, iluminada por orden del General, presentaba un aspecto agradable, pues se hallaban sus calles llenas de militares españoles y de paisanos, que discurrían por do quier sin molestar-se unos á otros. Habia mandado el Duque que nadie incomodase á los franceses, y sus generosos soldados le estaban obedeciendo como siempre. Llenas las hosterías y tabernas de guerreros, comían y bebían, brindando por Alberto y el Emperador, y ébrios de júbilo elogiaban al primero, sin dirigir el mas leve insulto al ejército vencido, á la Francia ni á sus hijos. Convencido el pueblo de la nobleza y generosidad de sus huéspedes, transitaba por todas partes, oía á los castellanos y hacia comentarios sin el menor recelo.

Silva partió solo y fue recorriendo la ciudad, agradándole mucho aquella tranquilidad. Iba embozado hasta los ojos, y en donde sentía hablar de él ó de Cárlos se acercaba, y escuchando únicamente elogios se retiraba; volvía á otro sitio, y así continuó hasta llegar á una calle algo escusada, en la que habia doce oficiales formando corro y conversando en voz baja. Estaban cubiertos con las capas, pero bien pronto los reconoció Alberto. Picado de curiosidad, se introdujo entre ellos y permaneció mas de diez minutos oyendo la cuestion, que en honor á la verdad era bien inocente, pues solo trataban de mujeres, que vivían cerca de allí, en otra calle aun mas escusada. Sonriéndose el Duque partió exclamando para sí:

—¡Mis bravos oficiales se atreven hasta con las mujeres de Francia! ¡Felices ellos que pueden gozar y que de todo sacan partido!

Peró á la vez notando uno de aquellos la llegada y desaparicion del embozado, dijo á sus compañeros:

—¿Veis ese hombre? Debe ser un espia. Se ha metido entre nosotros, ha escuchado nuestras palabras, y reparad como se marcha.

—¡Sigámosle, sigámosle! respondieron.

Y partieron detras, con el mayor disimulo. Trataban únicamente de regalarle una sola estocada á lo Alberto; es decir, de muerte.

El jóven Duque, sin sospechar nada de lo que pensaban hacer con él, continuó su camino, parándose donde le parecía, hasta llegar á una hosteria, en cuyo sitio oyó voces y mucha algazara, y entró. Los doce oficiales penetraron tambien. Se sentó aquel y ellos hicieron lo mismo, divididos en dos mesas para no llamar la atencion. Pidió Silva una botella de vino, se la llevaron, echó un doblon sobre la mesa y le dijo al mozo en buen francés.

—Guardaos la vuelta y marchaos.

Y permaneció embozado hasta los ojos, mirando á los que le rodeaban y oyendo cuanto decian.

Los oficiales observaban hasta sus menores movimientos. Uno de ellos exclamó por fin:

—Es francés, espia y debe ser un personaje! Ya habeis visto cómo paga, que no bebe y cómo nos mira. ¿Qué hacemos?

—¡Matarlo! contestaron.

—Esperad, añadió un teniente, que llevaba herida la mano izquierda; todos los que hay aquí menos él son españoles; dejadme obrar. Y se levantó, llamó á dos mozos que estaban á la puerta, y les dijo al oido en un francés muy chapurrado:

—Tomad esos dos ducados, salid fuera, cerrando las puertas, y no volvais ínterin yo no os avise. Si no lo haceis así, voto al demonio, que os corto las orejas.

Luego dió un fuerte puñetazo sobre la mesa y ahuecando la voz gritó:

—Silencio, y escuchad: muchachos, os voy á regalar un hermoso pavo para que ceneis esta noche. ¿Veis ese embozado que teneis enfrente? Pues es un francés que nos está espiondo, que mañana nos venderá, y que paga nuestra generosidad con la

mas vil traicion. Soldados, he ahí el ave que os he ofrecido; coméosla.

Apenas acababa de hablar el teniente, veinte espadas brillaron en el aire, dirigidas al pecho de Alberto. Este no se movió: miró á sus asesinos, y bastó el fuego que despedían sus ojos para contener sus brios. En seguida, dijo secamente y mudando la voz:

—Miente, el teniente Fernandez.

Pálido de coraje el aludido, se vuelve á los soldados añadiendo:

—No le mato yo porque un villano no merece la honra de morir á manos de un caballero español; herirle vosotros.

Y los veinte aceros fueron á clavarse en el corazon de Silva. Entonces éste se descubrió, exclamando:

—¡Miserables! ¿Hay entre los míos hombres capaces de atentar contra la vida de uno solo?

Al reconocer á Alberto cayeron de rodillas diciendo:

—¡Perdon, señor, perdon!

—Alzad, replicó el Duque, y no oscureced la gloria que acabais de conquistar, con una accion villana! Un soldado español se bate contra veinte franceses; pero nunca veinte catellanos desnudan sus espadas para un solo extranjero, ni para ocho, ni para diez y nueve. Levantaos y que Dios os perdone la alevosia que ibais á cometer. Salid de aquí.

Marcharon, y entonces el héroe dirigiéndose á los doce oficiales continuó:

—Si no os hubiera visto batir con un valor sin igual, creeria que no erais castellanos y os trataria de otro modo! Partid, pero cuidad en adelante de vuestra honra, sujetando las acciones al estrecho círculo en que las encierra todo buen caballero.

Descubierto, en actitud humilde y con los ojos llenos de lágrimas, se acercó Fernandez al Duque y le dijo:

—Señor, vos me perdonais; pero yo nunca podré olvidar el haber atentado contra la preciosa vida de nuestro sábio general, de nuestro padre. Aun no hace trece horas, que debí mo-

rir, salvándome la punta de vuestro acero. Y como premio á tan noble y heróica accion, al poco tiempo os insulto y pretendo que os maten. Señor, si vos no me imponeis un castigo, os juro coserme á puñaladas el corazon.

—Obrásteis así porque no me conociais.

—Es verdad, señor.

—Lo grave no ha sido intentar asesinar-me, sino hacerlo tantos, contra un hombre solo. No repetid otra vez accion tan vergonzosa, y yo esta no la recordaré jamás. Sentaos.

El oficial vaciló, tartamudeando estas palabras:

—Señor, no merezco la honra!..

—Yo lo quiero así, replicó el Duque y llamando á un mozo le dijo:

—Traed un pavo y vino español. El pavo os convida á cenar pavo, querido Fernandez, comed pues, y tranquilizaos.

Ambos comenzaron á trinchar el ave, pero aturdido el pobre teniente, en mas de una ocasion se llevaba los pedazos á la nariz.

Mientras los dos guerreros se entretenian en esta operacion, se fue llenando el salon otra vez de nuevos huéspedes españoles que se sentaban y pedian; mas conforme iban reconociendo á su jefe, se descubrian, dejaban de cenar y bajaban la vista, con respetuosa timidez. Notando Alberto el estado violento de sus subordinados, con voz fuerte, para que todos pudieran oirlo, les dijo:

—Pedid de lo mejor que haya. Quiero que comais y bebais; yo os convido.

Asi lo hicieron, si bien permanecieron silenciosos, descubiertos y con la mayor compostura.

Silva mandó le llevasen á su casa el importe del gasto hecho aquella noche por todos los suyos, y partió seguido de Fernandez. Al salir se halló conque el tránsito que le separaba de su palacio, estaba lleno de franceses y españoles, que sabedores por los compañeros del teniente, del sitio donde se encontraba el Duque, corrieron allí formándole calle, unos con deseo de conocer al invicto héroe y otros queriendo impedir cualquier atentado funesto que pudiera tener lugar contra su idolo.

Una aclamacion general recibió al jóven Generalísimo, la cual se repetia segun este avanzaba, hasta que llegó á su morada. Todo el camino lo habia atravesado con la gorra en la mano, saludando á propios y estraños, procurando con inútiles ademanes que cesaran aquellos prolongados víctores.

Penetró en el alcázar, entró en su despacho, se sentó y le preguntó al teniente:

—Y bien, mi querido Fernandez, ¿qué mas deseais de mí?

—Señor, contestó el otro; mi castigo.

—Mostrais tal empeño, que os lo voy á imponer.

—Lo deseo, mi General.

—Pues bien, decidme, ¿qué dinero forma vuestro capital?

—Quinientos ducados proximamente, señor.

Abrió Silva un cajon, contó una cantidad igual y alargándosela añadió:

—Oid la sentencia que anhelaís. Tomad ese oro, unidlo al vuestro, montad á caballo, id á Lombez y repartido entre los heridos franceses y españoles. Lo que falta de mes, vivireis de prestado; si eso os repugnase, venid á mi palacio y sentaos á la mesa conmigo.

—Gracias, señor, no se qué admirar mas, si la noble accion que me encargais, ó vuestra generosidad con quien tanto os ha ofendido.

Sin otro incidente, marchó el teniente, y despues se retiró á descansar el jóven Silva. Entró en su alcoba y poco á poco lo fueron desnudando, sin que él notase apenas lo que estaban haciendo. Se sentó sobre la cama, los sirvientes se retiraron y todo quedó en el mayor silencio. Todavia permaneció sin embargo media hora meditando, con su frente plegada de arrugas y el semblante contraído. Al cabo de ese tiempo, rendido, al parecer, por el cansancio, cayó sobre la almohada y se durmió profundamente.

A la mañana siguiente se levantó y continuó dando órdenes, las cuales eran cumplidas instantáneamente.

Varios dias pasaron sin que ocurriese en Tolosa nada que de contar sea. No obstante esto, la ardiente imaginacion de Alberto

trabajaba sin descanso, lo cual equivale á decir, que aquella calma aparente era precursora de una gran tormenta. Pero dejemos por un momento á los conquistadores, trasladémos á Aviñon, y sabremos el efecto que habia causado en el valiente rey, la atroz derrota que tenia empañado el brillo de su corona y arrolladas sus flores de lis.

Aquel hermoso palacio rodeado de jardines y salpicado de vistosas fuentes y poéticas cascadas; ese alcázar núcleo de amor y galanteria, era ahora un campamento donde solo se hablaba de guerra, donde solo se pensaba en combatir, y de donde salia el fuego que encendia la asoladora tea de la discordia. Penetremos en él y veamos lo que pasa.

Sus grandes patios se hallaban en este momento llenos de ayudantes, que entraban y salian llevando y trayendo órdenes. Sus escaleras estaban pobladas tambien de oficiales que, cabizbajos y tristes, esperaban obedecer nuevas instrucciones, mientras saboreaban el acibar del descalabro que acababan de sufrir. Y por último, en sus dilatados salones se encontraban apiñados multitud de jefes de altas graduaciones que no se atrevian á hablar, porque nada bueno podian comunicarse. Mas adentro, en un precioso despacho, adornado con un lujo admirable, sentado sobre un régio sillón, estaba el muy poderoso Francisco I, fijos sus codos sobre una mesa que tenia delante, apoyando el rostro en las manos, con las cuales cubria casi toda la cara. Contraida su frente, encendidos los ojos y agitado horriblemente su corazon, padecia un acerbo dolor que le ponía fuera sí.

Así permaneció largo rato, hasta que por último alzó su cabeza y cogiendo un pañuelo que tenia al lado, se limpió dos lágrimas que habian arrojado sus párpados al abrirse. Acto continuo se puso en pié, dió unos cuantos paseos y volvió á sentarse esclamando:

— ¡Esto es un sueño!.. ¡Parece increíble que un jóven que apenas cuenta diez y ocho años venciese al mejor ejército de la Francia! ¡Oh, solo él, solo el genio que le inspira hubiera sido capaz de humillar al Almirante, de hacer huir cubierto de heri-

das al general Jour! ¿Y qué resolver? ¿Qué intentar contra ese hombre que lleva la victoria pegada á la punta de su espada? ¡Para el héroe de Lombez no hay ejército en mis estados, no hay soldados en el mundo!

Y cayó abismado y abatido, surcando su rostro otras dos lágrimas tan ardientes como el fuego de su corazón.

Esta vez el bravo rey pasó mas de media hora sumergido en su tenaz letargo. Volvió en sí, y desplegada un tanto su frente, pero vaga todavía la vista, parecia haber hallado algun alivio á la dolencia que le aquejaba.

—Eso es, exclamó; si Alberto de Silva hubiera venido á conquistar la Francia, desde Tolosa volaria á París. ¿Y quién se atreveria á estorbarle el paso? El ósado español ha querido solo humillarme, solo estampar el baldon en mis escudos, no puede ser otra cosa. Pues bien, duque del Imperio, has conseguido tu objeto, pero ¡ay de tí si realizo la idea que se acabá de agolpar á mí mente! ¡Ay de las glorias de Carlos I si te llegó á vencer!

Y haciendo sonar una campanilla, se presentó en la estancia su primer ayudante, al cual le dijo:

—Al Almirante que venga al momento.

Cinco minutos despues entró el General, saludó y quedó parado, inclinada la cabeza y pendiente el brazo izquierdo de unas ligaduras que caian de su cuello, efecto de las últimas heridas que habia recibido en Lombez. Francisco le miró con agradable semblante, y le dijo:

—Alzad la frente, noble anciano; si el afortunado Silva os ha vencido, no por eso tengo queja de vos; obrasteis como valiente y entendido, y eso es todo lo que yo podia esperar. La suerte de las batallas está sujeta á una mano poderosa, que no siempre se muestra generosa con el mismo á quien otras veces ha favorecido. Hagámonos superiores á la adversidad y atenuemos en lo posible el mal que el voluble destino acabá de fijar en el sendero de nuestra vida.

—Gran señor, replicó el viejo guerrero, si admirable sois en la prosperidad, digno de elogio os hallo en la desgracia. Aquí me

tenéis dispuesto á exhalar el último suspiro; solo espero vuestras órdenes; á mí tampoco me enervan las vicisitudes ni los contratiempos.

—Pues bien, añadió el Rey, levantando cuanto pudo su cabeza; reunid en el instante el ejército derrotado en Lombez; que se unan al momento las dos divisiones que habrán llegado del Norte, y partid sin perder tiempo en busca de Alberto de Silva.

Y con marcada intencion continuó:

—Cuando esteis á cuatro leguas del enemigo, fortaleceos lo posible para evitar una sorpresa; allí esperais mis instrucciones sin hacer otra cosa que defenderos, en el caso de ser atacado. Que despejen mi palacio, quedando solo en él mi servidumbre, doce ayudantes de campo y mis guardias.

Salió el anciano, y llevadas á efecto las órdenes de su Soberano; quedó el alcázar de Francisco I sumido en el silencio.

A las diez de la noche, sentado éste sobre el sillón que ya conocemos, recibia con cariñosa amistad á un hombre de gran estatura, rostro feroz, ademanes guerreros y que ostentaba sobre su pecho la banda de capitán. Sin embargo de sus bruscos ademanes, habia en él una cosa que le separaba de la generalidad de sus semejantes. Su mirada fija y penetrante, su sangre fria y elevada frente, decian bien claramente que tenia tanto talento y sagacidad como valor y osadia. Largo rato le estuvo hablando el Monarca francés sin que él hiciese otra cosa que mover la cabeza afirmativamente ó contestar con monosílabos. Concluido que hubo el Rey su interrogatorio, cogió una pluma, escribió varias órdenes y se las entregó diciéndole:

—Tomad, mi querido Vissó; en vuestras manos pongo la suerte de la Francia: mis tesoros están á vuestra disposicion; esos papeles os abrirán todas las puertas. ¿Quereis algo mas?

—No, señor, contestó secamente.

—¿Os atreveréis á llevar á cabo mi plan?

—Si, señor.

—¿Conseguiremos el objeto que me propongo?

—Creo que sí.

—Pues bien, marchad y que Dios os proteja.

Bajó la cabeza el gigante, anduvo cinco pasos hácia atras y salió de la régia estancia con la misma sangre fria que si solo llevara el encargo de andar seis ó siete leguas á caballo. Este hombre, sin embargo, se habia comprometido á desarrollar una empresa, que de no rayar en lo imposible, era por demas temeraria, y acaso la mas árdua que se intentaba en aquel siglo. Pero tenia tal arrojo y osadia que nada encontraba difícil, pues á su escesivo valor unia un talento é intencion diabólicos. Sea como quiera, el tiempo nos enseñará lo horrible de su comision y los medios de que se valió para desempeñarla.

En cuanto á Francisco I, luego que marchó Vissó, dió algunos paseos por su gabinete, llevando retratada en el rostro una satisfaccion impropia de lo crítico de la situacion en que se hallaba. Grande debió ser la idea que habia concebido, y mucha confianza tendria en su buen éxito, cuando de tal manera cambiaba los pesares en alegría. Si sus pensamientos eran ó no realizables pronto lo sabremos.

Se acostó, y aunque poco, durmió algo. Se levantó á la mañana siguiente y el resto del dia estuvo tranquilo. A las diez de aquella noche, disfrazado de simple capitán, partió acompañado de seis ayudantes y unos veinte mosqueteros. A escepcion de su secretario particular, nadie sabia en Aviñon que el Rey habia salido fuera de la ciudad, y hasta los mismos que le rodeaban ignoraban el objeto y el punto adonde caminaban. Toda la noche la pasó montado sobre su caballo y avanzando hácia Tolosa. Iban por senderos escusados, y á paso lento, pues ocupado el Soberano con algunas ideas que embargaban su mente, llevaba abandonadas las bridas, cogiéndolas únicamente cuando tenia necesidad de tomar nueva direccion. A la madrugada llegaron á una posada, entraron en ella, y se alojaron en un gran salon, en el cual les sirvieron un almuerzo tan abundante como era posible en aquel desierto lugar. El resto del dia durmieron, volvieron á comer por la tarde y al oscurecer se pusieron en marcha. Esta vez, sin embargo, ya no

andaban despacio, antes por el contrario, poniéndose Francisco al frente de los suyos gritó:

—¡A escape!

Así pasaron el resto de la noche, sin dejar de correr mas que cortos intervalos, que empleaban en reconocer las veredas por donde caminaban.

A las cinco de la mañana vieron un espeso bosque, en el cual penetraron con la misma rapidez que habian atravesado antes los desiertos campos y encrespados riscos. Aun siguieron media hora mas, en cuyo instante detuvo Francisco I á su comitiva, y solo, se dirigió á la izquierda del sendero que llevaban; anduvo doscientos pasos, sacó un silbato, tocó, y prolongándose el agudo sonido por entre la espesura de aquella multitud de pinos, debió llegar al sitio que anhelaba; pues en el instante mismo le contestaron con otro. Oido por el Rey, volvió á donde estaba su escolta, se bajó del caballo, y le dijo á su primer ayudante:

—Ahí cerca teneis la venta del Peregrino; alojaos todos en ella.

Sin esperar contestacion, tomó la vereda de la izquierda, y anduvo por ella cien pasos, siendo detenido en este momento por la robusta voz de un hombre, que caminaba en direccion contraria á la suya, embozado hasta los ojos, y el que al verlo exclamó:

—¡Quién vá!

Quedó parado el Monarca, contestando acto continuo:

—El capitan Francisco.

Siguió el de la voz gruesa hasta llegar á este, se quitó el embozo y sombrero y con el mayor respeto y compostura esperó á que le preguntase.

El muy poderoso rey de Francia le alargó una mano cariñosamente, la que el otro besó con humildad y con rostro afable le dijo:

—Y bien, mi querido Vissó, ¿has cumplido tu comision?

—En parte, señor, en parte nada mas.

—Vissó, tienes un defecto que quisiera corrigieses.

—Tengo muchos, señor.

—Uno de ellos me incomoda, y deseo que lo pierdas. Hablas demasiado poco, muy poco Vissó; tu laconismo me disgusta.

—Eso me dicen, señor, los que me tratan, y hasta ahora, creedme, no he podido enmendarme; pero en adelante, y especialmente cuando me dirija á V. M., procuraré obedeceros.

—Eso es lo que yo quiero: dime de una vez lo que ocurra; el tiempo es un tesoro inapreciable.

—Cerca de aquí esta la gente que he elegido para llevar á cabo mi empresa; y se halla dispuesto todo lo demás que podia hacerme falta. Solo me resta conocer las circunstancias y obrar segun ellas me obliguen. ¿Anhela V. M. ver á los míos?

—Sí.

Y ambos anduvieron aceleradamente, llegaron á una esplanada que estaba en medio del bosque, y allí encontraron doscientos hombres formados en ala, cogidos á las bridas de sus caballos, y vestidos con el traje que usaban los traficantes de la época. Una vista inteligente y perspicaz hubiera distinguido sin embargo al través de aquellos disfraces humildes, finas cotas de malla pegadas á la ropa interior, y rostros acostumbrados á oír sin compasion ni miedo el estruendo de las batallas. No obstante esto, todos estaban al aproximarse Francisco con una indiferencia mas propia del papel que representaban, que del oficio que tenian.

Uno por uno los fue reconociendo el supuesto Capitan, y concluida su escrupulosa observacion, se separó á un lado, y estrechando afectuosamente la mano de Vissó, le dijo:

—¡Bien, amigo mio, bien! Me gusta el aspecto de esa gente, y por Cristo, que son capaces de engañar al ojo mas avizor. Continúa instruyéndolos, y no os olvideis de nada.

Y sin esperar respuesta se retiró, llegó al sendero por donde habian seguido los de su escolta, y en la misma direccion que ellos fue á parar á la venta del Peregrino. Media hora despues se sentaron á la mesa y almorzaron, durmieron luego seis horas, y como á las tres de la tarde volvieron á montar y prosiguieron su marcha. Ya no cruzaban bosques ni ásperas breñas; iban por el

camino real que conducia á Tolosa. El primer ayudante de Francisco, conociendo el sitio donde se hallaban y el peligro que les amenazaba, se atrevió á detener al Rey diciéndole:

—Señor, estamos á seis leguas del enemigo y muy espuestos á que alguna descubierta...

—¿Teneis miedo? le preguntó secamente el Monarca.

—Temo, señor, por vos; por la Francia, si llegais á caer en manos de los españoles.

Dejadme en paz y seguid á mi lado.

Y continuaron por espacio de una hora. Tomaron luego un sendero que habia á la derecha, corrieron por él lo que restaba de dia, entrando al anoecer en un pueblo levantado sobre cuatro colinas de bastante elevacion, rodeado de fosos y murallas, defendido ademas por varios castillos antiquísimos, pero que se conservaban en buen estado. Penetraron en él nuestros caminantes, despues de haberse dado á conocer como soldados pertenecientes al ejército francés, y acto continuo se alojó el Rey y los suyos en una modesta casa, que sin duda les estaba preparada, y la que se hallaba situada en los arrabales.

A juzgar por la mucha tropa que á cada momento llegaba, debia ser este el punto elegido por el Almirante para la reunion de las tropas que le habia encargado su amo.

Hospedado Francisco, dió algunas órdenes, y á las nueve de la noche entró en su casa el Generalísimo de sus ejércitos. Casi toda ella la pasó encerrado con él, hablando de asuntos de guerra y de planes con los cuales intentaba nada mas que destruir las huestes castellanas y muy especialmente al caudillo que las mandaba. Bastante acierto y discrecion habia en los cálculos del Monarca, si bien no estaban inspirados por la hidalguia; pero al vencido le ha sido lícito en esos casos hacer uso de emboscadas, rechazadas en otras ocasiones por el mismo que hoy las pone en juego.

El pensamiento de Francisco I estaba admirablemente concebido y deseavuelto y era tan hábil como lo es siempre el último recurso de que echa mano una cabeza bien organizada: era, en fin,

digno de los contrarios de Alberto, aun cuando no merecia el héroe español, el noble y generoso Silva, la sagaz y terrible celada que le preparaban. Las armas que este habia empleado contra sus enemigos fueron leales y permitidas al mas escrupuloso; por consiguiente, del mismo modo debian combatir los franceses; pero débiles ante el coloso castellano, vencidos y humillados por éste, pensaban parodiar al ejército romano inmolando á Viriato en aras del despecho. Mas sigamos y sabremos el fin de tan horrible jornada.

Eran las cinco de la mañana; el Almirante abandonaba la casa de Francisco I, y este, envuelto en su larga capa y acompañado de uno de sus ayudantes, montaba á caballo y salia á escape en direccion de Tolosa. Ambos corrieron por espacio de media hora, sin que accidente alguno viniera á entorpecer su marcha. Llegaron á la falda de un monte, que se prolongaba desde el Norte al Sur, y por allí continuaron cinco minutos mas, en cuyo instante les obligó á detenerse el ruido de muchas pisadas. Era justamente al amanecer y apenas se distinguia otra cosa que sombras. El Soberano miró en torno, y viendo cerca de él algunos árboles de bastante corpulencia, se escondió entre ellos, y esperó á que pasasen los bultos que venian. Ya era tiempo, pues casi en el mismo momento que él se ponía á cubierto, comenzaron á cruzar á cuatro en fondo, hasta el número de doscientos caballos, montados por otros tantos ginetes, toda gente de guerra, y en la que reconoció el Rey, media compañía de ligeros, procedentes del ejército enemigo. Iban mandados por un capitán y cuatro oficiales, y era tal el silencio que les habian impuesto, que ninguno desplegaba sus labios. Cuando Francisco perdió el ruido de sus pisadas, le dijo á su acompañante:

—Son españoles, y hemos estado muy espuestos á caer entre sus garras. ¡Bueno hubiera sido, pardiez! Y lo malo es que aun cuando nosotros nos libremos de ellos, no les sucederá á todos lo mismo. Son unos cuantos cazadores, que no volverán á su guarida sin alguna presa.

—Pero, señor, le contestó el ayudante, si seguimos, es muy

posible que nos encontremos otros y nos cacen á nosotros tambien.

—Todo pudiera ocurrir, aun cuando es algo difícil. ¡A escape, Roberto!

Y continuaron en la misma direccion, pero á los pocos pasos dejaron la falda del monte, treparon por este y subiendo algunas cuestas bastante escarpadas, se perdieron entre las rocas y matorrales. El Soberano llevaba en la mano derecha un pequeño mapa, que miraba de vez en cuando y el que al parecer le servia en estos momentos de guia. Media hora caminaron por entre aquellas breñas, todo lo de prisa que podian, pero no tanto como ellos quisieran, deteniéndolos por último la ronca voz de Vissó, que les preguntó:

—¿Quién va?

—El capitan Francisco.

E incorporándose los tres, y bajándose de sus potros, comenzaron á andar por sitios todavia mas escarpados, hasta que por fin llegaron á una eminencia que dominaba campos y montes circunvecinos.

—Aquí es, señor, dijo Vissó parándose.

Eran las seis. Febo empezaba á estender sus luminosos rayos, y aun cuando el dia estaba algo frio, se presentaba una mañana de Otoño, tan agradable como las ilusiones de un barbilampiño. Desde el terreno en que se hallaban, y á un cuarto de legua, se veia la bella Tolosa, ostentando sus altos castillos, elevadas torres, suntuosos palacios y erguidas almenas. Parecia la matrona de los montes, que intentaba embellecer á la misma Naturaleza que le daba el ser. Al mirarla Francisco, esclamó con acento triste:

—¡Hé ahí mi hermosa ciudad, presa de los españoles! ¡Tomada por un jóven que no debia saber todavia batirse! ¡Oh, duque del Imperio, has humillado mis estandartes, has arrojado sobre la Francia un guante de hierro, has pisoteado mi orgullo á tu placer; pues bien, ya me tienes aquí dispuesto á recoger ese guante; no te admire si lo agarro con mano de acero.

Calló y permaneció observando cuanto habia y pasaba á su

alrededor. Vió entrar y salir pequeños destacamentos; notó la tranquilidad admirable que reinaba en Tolosa, y cuando hubo concluido, dirigiéndose á Vissó, le dijo.

—Ya he investigado lo que deseaba, Capitan; llevadme ahora al paraje convenido.

—Señor, respondió el interpelado, debo advertir á V. M., que por el llano es imposible; ya veis las partidas que continuamente salen y entran, y de seguro caeríamos en poder del enemigo. Podemos ir no obstante escondidos por entre estos riscos, pero os advierto, que he reconocido el terreno, y es tan malo, que no me atrevo á llevaros.

—¿Has ido tú, Vissó?

—Si, señor, aunque con mucho trabajo.

—Pues si has podido cruzar, vamos allá.

Los tres anduvieron largo rato, estudiando sitios y examinándolo todo. Era el camino tan malo efectivamente, que Francisco sufrió infinitos arañazos y tuvo que andar á veces hasta á gatas. Por último, volvieron á montar y se dirigieron hácia el pueblo de donde habia salido el Rey, si bien ahora los guiaba Vissó por un paraje donde no era posible cayesen en poder de los españoles. Continuaron una hora y fatigados por la debilidad, se bajaron y pusieron á comer unos fiambres que les ofreció el Capitan atleta. En este momento oyeron el ruido de muchos caballos que debian cruzar cerca de allí; el Monarca exclamó:

—¡Son españoles, Vissó! ¿podríamos verlos sin peligro?

Miró el gigante francés el sitio donde se hallaban y le dijo:

—Seguidme, señor.

Y dando un pequeño rodeo, comenzó á subir hasta llegar á la cima del monte. Desde aquí se dominaba el camino real y se podia observar cuanto pasaba sin temor de que el enemigo se aproximase hasta ellos.

En aquel instante principiaron á atravesar á su vista los caballos que habian oido. Iban lo menos seiscientos y algunos de los ginetes estropeados, llevando en medio mas de doscientos prisioneros. Vissó exclamó:

—Ahí va Alberto de Silva, es el de la pluma negra que marcha al frente de todos.

Y se retiraron de allí.

El Soberano no quiso comer mas; la vista de los presos le habia quitado el apetito.

Montaron, anduvieron media hora mas, bajando al camino. El Rey entonces gritó:

—¡A escape!

Y en diez minutos llegaron al pueblo.

Ahora es necesario que nos traslademos á Tolosa y sigamos á los hijos de Castilla.

—Sentado el jóven Generalísimo en su despacho, meditaba hacia largo rato, cuando vino á distraerle la ronca voz de Mendoza, que con acento cariñoso, le dijo:

—Señor Duque, deseaba hablaros.

—Sentaos, amigo mio, y decidme cuanto querais.

—Temo distraeros cuando al parecer os hallabais entregado á profundas meditaciones.

—Así era, pero ya he dejado de hacerlo y os oiré con mucho gusto.

—No creais, añadió el Coronel, que me trae aquí la curiosidad, es otra cosa mas grave.

—Ya os escucho.

—Decidme, ¿las correrias que hemos verificado hoy, no es verdad que las ha motivado simplemente la necesidad que teniamos de practicar un reconocimiento?

—Sí; pero no comprendo...

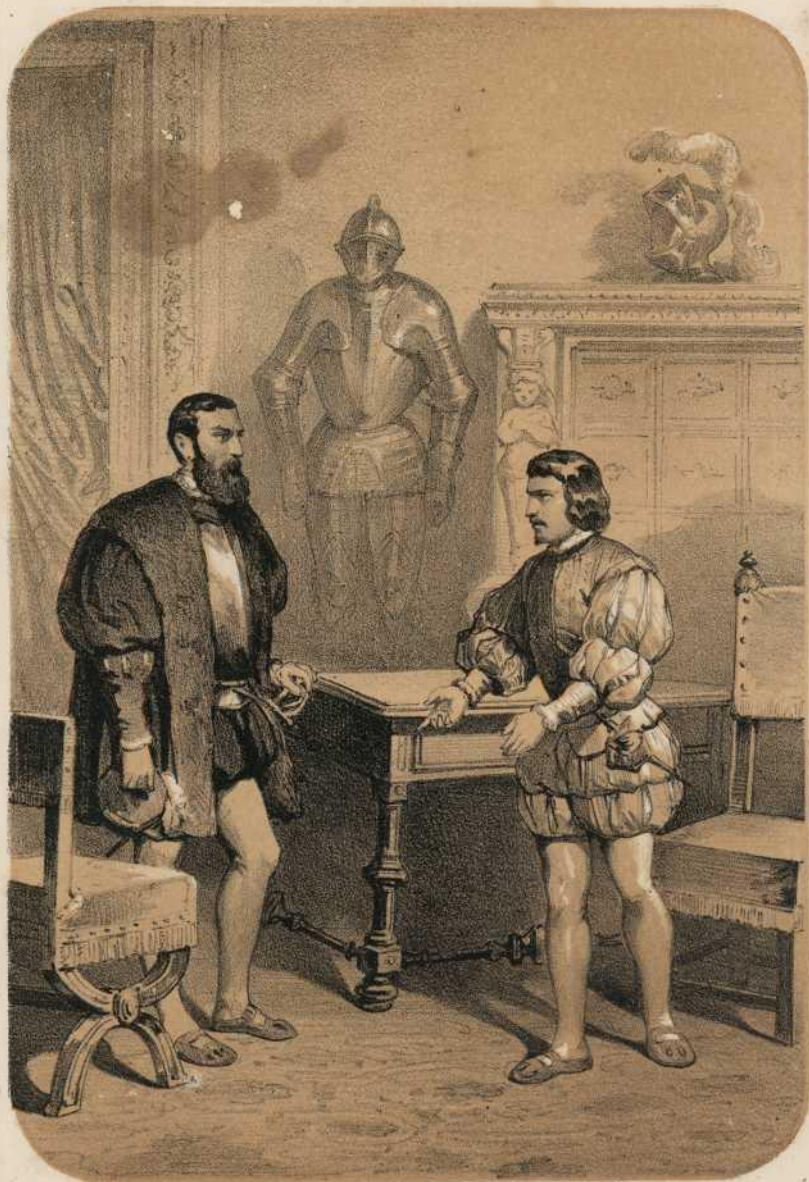
—¿Y no es cierto tambien, que ese encuentro con la caballeria enemiga ha sido hijo de la casualidad?

—Sin duda.

—Pues bien, señor Duque, nos ha proporcionado, primero el placer de batirnos, derrotar dos compañías francesas, cojer doscientos prisioneros y otra cosa que no sabeis.

—¿Qué es?

—La de añadir á nuestra investigacion un nuevo descubrimiento.



C. Mugica dib^o y lit^o

Lit de J. Donon Madrid.

Sentaos, amigo mio, y decidme cuanto querais.



—Hablad.

—Oídme con atencion: me hallaba dando algunas órdenes á vuestros caballeros, cuando llegó un oficial de ligeros y me dijo: « Coronel, esta tarde noté al pasar por la falda de un monte, que en la cúspide habia tres oficiales franceses mirándonos. Estaban en un sitio que era imposible darles caza á no habernos convertido en águilas; por eso me callé y seguí andando sin decir nada; pero á la vez reparé que uno de los jefes prisioneros los vió tambien, se puso pálido y con el mayor respeto saludó á uno de ellos. Despues oí que hablaba bajo con sus compañeros y aun percibí que nombró varias veces al Rey. » Suponiendo lo que eso podria ser, mandé encerrar al francés en un oscuro calabozo, le leyeron la sentencia de muerte, y cuando él creia que lo íbamos á ahorcar, entré en su prision, y le puse como única condicion para salvar su vida, que declarase el nombre del militar á quien habia saludado. Aquella sentencia y el aparato religioso que siguió acto continuo, le amedrentaron en tal disposicion que juró decir la verdad. Vuelto á preguntar, contestó que uno de ellos era Francisco I; otro su primer ayudante, y el tercero un capitan á quien su Soberano tenia en mucha estima.

—¿Qué hicisteis de ese hombre?

—Sigue en su calabozo, hasta que determineis lo mas conveniente.

—La vida que vos ofreceis es sagrada para mí, aun cuando este merecia perderla por haber vendido á su Señor. Mandadlo á España entre los demas prisioneros de guerra. En cuanto á vos, os doy las gracias en nombre del Emperador, por el descubrimiento que acabais de hacer, el cual es de gran utilidad. Ya suponía yo que el valiente rey francés estaria cerca de nosotros, y era todo lo que deseaba.

—Tambien yo sospechaba lo mismo, y hé ahí por qué en el acto de saber esa historia comprendí que seria él y tuvé un especial interés en que lo averiguásemos.

—Concluido este relato se despidieron ambos y se retiraron á descansar. Eran las tres de la madrugada. Siguieron dos dias sin

que en Tolosa ocurriese nada de particular, á escepcion de las continuas entradas y salidas de destacamentos, los que ahora menudeaban, siendo mandados en lo general por Mendoza, Navarro, D. Alvaro y otros de aquellos en quienes tenia el héroe mas confianza. Alberto por su parte andaba muy diligente, pero siempre meditabundo y preocupado. Sus amigos y subordinados al verlo así exclamaban.

—¡Gran fiesta se prepara! La frente del Generalísimo esta llena de cruces; sangre tendremos, y gloria, y... Dios sabe.

Llegó por último el día señalado por el destino; y el noble duque del Imperio reuniendo á sus dos generales y demas jefes de altas graduaciones les dijo:

—Señores, el enemigo parapetado á dos leguas de aquí nos desafía, y cuento conque vuestro valor no les hará esperar mucho tiempo. Yo creo que se le debe batir y que se le puede vencer; hé ahí no obstante dibujada la situacion que ocupa y noticia de la gente y recursos conque cuenta; estudiad ese trabajo y decidme si tenéis la misma opinion.

Se miraron unos á otros sin atreverse á responder, visto lo cual por Navarro y escudriñando antes con su perspicaz mirada lo que pasaba en sus compañeros, tomó la palabra y dijo:

—Señor Duque, voy á contestaros en nombre de los valientes que os rodean. Es inútil que nos pregunteis nuestro dictamen, y que nos llameis para otra cosa que para recibir órdenes. Mandad cuanto gustéis; nuestras espadas y vidas están á vuestra disposicion. ¿No es esto lo que quereis?

—Sí, sí.

—Os doy las gracias por vuestra confianza en mí; procuraré no defraudar tan nobles esperanzas. Ahora oidme: la accion que hoy dará principio debe ser terrible; pero es preciso aceptarla, para probar á los franceses que no fueron nuestras buenas posiciones lo que nos hizo triunfar en Lombez, sino nuestra superioridad en valor y discrecion. Parapetados ellos ahora, los echaremos de allí y no hay duda que llevando á cabo el plan que tengo combinado hasta los venceremos; estoy seguro de ello, y conozco al

enemigo tanto como él nos desconoce á nosotros. Sin embargo, en esta ocasion se batirán muy bien, pues vienen mandados por su Rey; ese era mi deseo; vamos pues á derrotarlos, á cojer prisionero á su Soberano y nos iremos con él á Madrid. Aquí, señores, estamos ya demas; hemos humillado tres veces á esta gran nacion, vengado de mil maneras el insulto que nos hicieron tomando á Fuenterrabia; inutilicemos ahora á su dueño y será la mejor corona que llevemos á España. Pues tened entendido, que no venimos á conquistar, por cuya razon no estamos en París. La accion como digo, será reñidísima, tendré que abandonar mi puesto de jefe para bairme y dar ejemplo; si pereziese ó tuviese la desgracia de verme inutilizado, ahí teneis vos, Peralta, y vos, Navarro, las instrucciones suficientes para que la batalla no se pierda; vencido que hubieseis, sea cual fuese la suerte mia, á España; allí ya no podrán empañarse las glorias que tanto nos ha costado legar al imperio. ¿Jurais hacerlo así?

—Sí! contestaron á escepcion de Navarro.

—Todos han obedecido menos vos, le dijo Silva.

—Juro, dijo Navarro solemnemente, no salir de Francia hasta que no venga vuestra muerte.

—Jurad, añadió Alberto con imperio, lo que todos vuestros compañeros. Antes que yo es la patria y Cárlos I.

—No. Si murieseis ú os cogiesen prisionero, romperé mi baston y mis títulos, y Navarro á secas mataré franceses, hasta que os venga, os deje en libertad ó perezca.

—¿Para eso os ha hecho general el mas noble de los Soberanos?

—Duque, me ha elevado porque lo gané con mi sangre, vertida en quince combates.

—Pues bien, si no imitais á vuestros compañeros, jurad al menos no abandonarlos hasta que hayan pasado los Pirineos.

—Generalísimo, no obligadme á nada, os lo ruego.

—En nombre del Emperador á quien represento os lo mando; obedeced al jefe; complaced al amigo, al hijo.

—Alberto, quereis que sea perjuro; lo seré... Juro...

—Deteneos, padre mio, haced lo que os agrade; Dios me libre empujaros á cometer un crimen. Señores, si yo muriese ó cayese prisionero, desde aquel momento hasta que el César disponga otra cosa, queda Navarro relevado de todo cargo. Os prohibo le tengais consideracion alguna como superior.

—Se sonrió el general al oír esta órden y solo contestó:

—Me agrada el mandato; descuidad, que si llegase ese trance no comprometeré á nadie, aun cuando estoy seguro que me sobrarian parciales.

Mendoza y los ex-comuneros miráron á su amigo, y una sonrisa dulce y significativa brilló en sus labios; aquello queria decir: cuenta con nosotros. Silva la habia comprendido, y creyendo que eran inútiles toda clase de amonestaciones á aquella gente, mudó de conversacion, añadiendo:

—Ea, señores, preparémonos y no hay que pensar en la muerte; yo confio en que saldremos bien y acaso con mas gloria que hasta aquí. Acordaos solo del Monarca, de la patria, de que el mundo entero os admira y tiene puestos los ojos en vuestros hechos, los que ve hasta con espanto. ¡Viva el Emperador!

—¡Viva! respondieron.

—¡Viva España.

—¡Viva!

—¡A morir ó vencer!

—¡Al combate! ¡al combate!

Y cinco minutos despues comenzaron á tocar los clarines y atambores y á reunirse todos.

Acto continuo se nombró una pequeña guarnicion, que ocupó los fuertes de Tolosa, con órden de permanecer sobre las armas hasta la vuelta de sus compañeros. En seguida se publicó un bando, imponiendo pena de la vida al que intentase salir de la ciudad, ó dentro de esta hiciese alguna demostracion hostil, con otras prevenciones análogas: y ocupando cada uno su puesto, partió el ejército en el mejor estado, pidiendo batirse y anhelando hallar al enemigo.

Este dia marchaba Alberto con semblante contraído y como

luchando con una idea que no podia vencer. No obstante lo cual disimulaba cuanto podia su mal estar y satisfecho de sí, deseaba el momento de pelear. Por mas que en esta ocasion se le presentaba la muerte á cada instante, no por eso amenguaba su brio, rechazando el valiente jóven aquel triste presentimiento, con toda la fortaleza que tenia su potente alma.

El sol, que al principio de la mañana ostentaba ardientes sus luminosos rayos, se encontraba ahora cubierto por densas nubes, que amenazaban regar la tierra.

De ese modo continuaron los españoles hasta llegar frente á frente de sus rivales. Eran las once.

Los franceses en número de veinticuatro ó veintiseis mil hombres, estaban fuertemente parapetados en una colina que partia de Levante á Poniente. Sus posiciones eran buenas, pero no tenian al parecer una combinacion tan hábil, que ofreciesen imposibilidad completa de tomarlas. En el centro y sobre la cúspide del monte habia una tienda de campaña con las armas del Almirante, el cual se hallaba acompañado de su Rey. El duque del Imperio paró á distancia conveniente, mandó ocupar los sitios que deseaba y mientras verificaban los suyos esta operacion, seguido de Navarro, y su escolta, se dirigió hácia el enemigo, reconociendo escrupulosamente sus posiciones y pasando por entre las avanzadas de aquel, con tanta esposicion, como acierto, valor y serenidad. Tan cerca llegó, que vió clara y distintamente á Francisco I al lado de su general en jefe, y le hizo un gracioso saludo, que el Rey le devolvió poniéndose pálido y diciendo á su acompañante:

—¡Me ha conocido Silva!

Dividió luego la escolta, dió una órden reservada á su amigo, y cada uno al frente de su mitad, partieron por diferentes sitios, cayendo unas veces sobre el contrario, otras huyendo, pero siempre observando y estudiando cuanto querian. Fue esta operacion tan rápida, veloz y acertada, que no se llegó á empeñar lucha alguna formal, y cuando los franceses creian que los tenian cortados, los vieron escapar como por encanto y

reunirse en un mismo instante en el punto de partida. Sin detenerse allí, volvió á saludar el héroe á Francisco y desapareció como un rayo, confundiéndose al poco tiempo con sus soldados. El enemigo, como era natural, los despidió á balazos y maldiciones; los suyos los recibieron con una aclamacion general; pues los vieron maniobrar y burlarse de los franceses sin contratiempo alguno. Bien es verdad, que los caballos fueron elegidos al efecto y volaron subiendo y bajando cuestas, convirtiendose en águilas al hacer tan magnífica retirada.

A su regreso dijo el Duque:

—Señores, nuestros rivales ocupan buenas posiciones; pero creo-tan fácil desalojarlos de ellas, teniendo en cuenta vuestro valor y arrojo, que me hace sospechar abriga una idea contraria al combate que demuestra desear; mas no siéndome dable adivinar, concretaos á obedecer mis órdenes, que yo destruiré sus ocultos planes, si intenta desarrollarlos. Os advierto, que he visto á Francisco I... Ea, hijos míos, no les hagamos esperar mas tiempo; acaso sean demasiado vanidosos y supongan que no hay quien los vengza en sus parapetos, y si es así, pronto despacharemos hoy. Si otro fuese su proyecto, Dios nos ayudará; algo debemos dejar á la suerte. A sus puestos, señores, á sus puestos, y cada cual obedezca y mande segun mis instrucciones. ¡Viva el Emperador!

—¡Viva!

—¡Viva el imperio castellano!

—¡Viva!

Y el eco de veinte mil voces fue repitiendo estas palabras de riesgo en riesgo, de monte en monte hasta llegar á los franceses. Acto continuo subió Alberto á una colina que dominaba bastante, rodeado únicamente de su escolta, cuyos individuos le servian ahora de ayudantes de campo. Desde allí comenzó á dirigir el terrible ataque.

Poco despues, un grupo de cuarenta traficantes descendieron del monte y acercándose al sitio donde estaba el Duque, se adelantó uno y preguntó al español qué halló mas próximo:

—Señor caballero, somos comerciantes que llevamos víveres á Tolosa: ¿Me permitiría vuestro general que presenciase con mis compañeros esta batalla?

El interpelado lo miró, fijó su vista luego en los otros, y tomándolos por tales mercaderes, le preguntó á Silva si aquella gente podria estar allí. Absorto el jóven en lo que hacian los suyos, contestó maquinalmente:

—Bien, bien.

Con este motivo el español dijo al francés:

—Quedaos; pero os aseguro que es muy peligroso.

—No importa, señor, replicó sencillamente el paisano, en caso necesario correremos.

Sin mas incidentes se fue el paleta á reunir con sus compañeros, y Alberto continuó dirigiendo las operaciones de su ejército. Este cayó sobre el enemigo, dividido en pequeñas columnas apoyadas por la artilleria, la que estaba situada sabiamente, con el objeto de ayudar en gran manera á la gente de á pié. Pero con mucha sorpresa de Silva, en el instante que que sus pequeñas divisiones comenzaron á atacar, fue replegándose el ejército francés, y girando á la izquierda. Entonces el Duque dió nuevas órdenes, y sus columnas trepando hasta la cima del monte comenzaron á arrollar á los contrarios, siendo atacados por tres flancos. Por mucha prisa que quiso darse el enemigo, se adelantaron tanto los españoles, que estuvieron en poco de ser arrollados los primeros y presentarse en completa dispersion. Pero rehechos en parte, continuaron retirándose á la izquierda.

Convencido Alberto que los suyos tenian aterrados á los de allende, varió de plan y se dispuso á cortarlos obligándoles á retroceder. Mientras ordenaba esto, los cuarenta traficantes se convirtieron en doscientos, y validos de la grave ocupacion del héroe y de sus ayudantes, habian tirado de sus caballos unos bultos que parecian fardos y montando ciento sesenta, quedaron á pié los restantes, muy delante de los ginetes.

Las intenciones de estos hombres eran sin duda siniestras, pues poco á poco desapareció de sus rostros la mentida humildad

que representaban, demostrando una fiera habitual, la que les cuadraba admirablemente.

Nada notaban Silva y su gente, los tenían á la espalda y además estaban demasiado entretenidos para cuidarse de unos infelices, que ni la mas leve sospecha podían infundir. El Duque decia en este momento á Mendoza:

—Coronel, el enemigo se habia propuesto otra cosa que defenderse y ametrallarnos desde sus posiciones, ignoro todavia cual es su verdadero plan, pero en cambio lo tenemos ya vencido. Oid bien lo que os voy á ordenar: partid á galope y que Navarro con sus tres divisiones tome los cerros de la izquierda; decidle que vuele: á Peralta que avance con decision por la derecha: poneos vos al frente de la caballeria y á escape cojed el llano del Sur; esa es la única salida que tienen, cortádsela que pronto estaré á vuestro lado; corred, amigo mio, corred.

Dió el héroe varias disposiciones respecto de la artilleria, y quedándose con ocho ayudantes esperó á que desarrollasen el nuevo proyecto para caer él mismo sobre los franceses.

El momento fatal era llegado.

Llevadas á cabo las operaciones que habia mandado Alberto, y casi arrollado el enemigo, el cual á penas se defendia ya, quiso Silva ponerse al frente de las columnas de ataque y consumir su magnífico plan. Pero en el acto de prepararse para marchar, se oyó una descarga de mosqueteria y cuarenta balas dejar on muertos á cuatro de sus ocho ayudantes, herido gravemente al Duque, y en tierra su caballo. En el mismo instante, ciento sesenta caballos mandados por Vissó, se presentan, acuchillan á los pocos que se hallaban sanos, y cogiendo el cuerpo casi moribundo del desgraciado Silva, desaparecen por un sendero que habia á la derecha.

Esta operacion duró menos tiempo del que tardamos en describirla. Los traficantes, á una señal de Vissó, descargaron los arcabucees á quema-ropa, con un acierto infernal, y sus restantes compañeros ya hemos visto la rapidez con que se lanzaron á devorar las pocas victimas que quedaban.

Un solo ayudante de Alberto se salvó de aquella horrible celda, y aun cuando salió herido, corrió cuanto pudo é incorporándose con Navarro, le dijo:

—Mi General, en este momento acaban de matar á siete de mis compañeros, de los ocho que rodeábamos al señor Duque; y este acribillado de balazós ha sido arrebatado por uno de nuestros asesinos.

Pálido el rostro de Navarro, espumeante su boca y ardiendo la mirada, cerró con su mano los labios del caballero, exclamando:

—¡Callad, voto á Lucifer! que nadie entienda una palabra de lo que ha sucedido.

Y llevándose consigo al ayudante, se puso al frente del ejército, dió la orden en nombre del Emperador de no dar cuartel, y siguió mandando segun las instrucciones de su hijo.

En este momento, por una señal convenida, supo el rey de Francia que Alberto era muerto ó prisionero, y quiso poner á los suyos en completa retirada; pero ya era tarde, Mendoza les tenia cerrado el paso, y los generales Navarro y Peralta estaban sobre ellos.

Nada detiene ya á los hijos de Castilla, que hieren y matan á un enemigo que sin plan ni concierto huye por do quier, sin hallar salida por ninguna parte: compadecidos los españoles, muchos de ellos desobedecen á Navarro, y comienzan á hacer prisioneros, lo que visto por el General, y no teniendo ya necesidad de ocultar la catástrofe, con voz de trueno les grita:

—¡El duque del Imperio acaba de ser asesinado de la manera mas villana! á ellos! venguemos la muerte del que era nuestro padre! ¡Ay del que envaine el acero mientras tenga un francés delante!

Esta noticia se esparció con rapidéz eléctrica. Los ojos de los soldados iban llenos de lágrimas; pero chispeantes sus miradas y de hierro sus manos y corazones, cada uno era un leon sediento de sangre y esterminio. Los ex-comuneros mataban á los franceses y hasta á los españoles que les estorbaban el paso.

Ansiando todos morir, se metian á propósito en los sitios de mas peligro, destruyendo y anhelando diesen fin de ellos.

Mendoza y los dos mil ginetes que le obedecian eran otras tantas fieras que, cubiertas de hierro hacian una carnicería horrible.

Renunciamos á describir el atroz espectáculo, de aquel campo convertido en un piélago inmenso de cadáveres y sangre. Baste decir, que viendo los franceses la imposibilidad de huir y lo inútil de mendigar compasion, se defendieron cuanto les era dado, y aunque sucumbian, de vez en cuando hacian pagar caras sus vidas.

En esta asoladora batalla, mucho mayor que la de Lombez, murieron Jour, tres generales franceses mas, cuarenta jefes de altas graduaciones, quinientos oficiales y la mitad del ejército.

Cansado ya Navarro de herir y matar, embotada su espada y cubierto de sangre su caballo hasta las rodillas, mandó cesar el fuego y dar cuartel á los que se quisiesen entregar.

Despues hizo que el ayudante de Alberto le refiriese minuciosamente cómo habia sido la muerte ó prision del héroe, y acto continuo, sobre el arzon escribió el siguiente despacho, dirigido á Francisco I:

«Señor:

»El duque del Imperio ha sido cobarde y villanamente herido y arrebatado por unos sicarios franceses; esta accion, que será en adelante baldon de vuestro pais, os ha costado ya un rio de sangre y la pérdida de un hermoso ejército. En este momento, que cansados nuestros brazos de matar, me veo obligado á dar alguna tregua á mi terrible mision, parto para Tolosa, en donde esperaré la contestacion que os digneis dar á la siguiente propuesta: Si vive el señor de Silva y procurais por todos los medios posibles salvar su preciosa vida, empeñada que sea vuestra palabra real, y convencido el portador de este pliego de la verdad, abandonará el ejército español vuestros estados, quedando solo una guarnicion en Pau, como garantia de la existencia de Alberto. Si este hubiese muerto, si por vuestra causa pereciese,

serán pasados á cuchillo en el acto de saberlo, ó á las veinticuatro horas de salir este oficio de mis manos, los individuos de los pueblos y ciudades que nos obedecen, de las que podamos tomar en adelante, siguiendo de este modo mientras respire un solo español de los que hoy mando y de los que vengan despues. Os juro en nombre del emperador Cárlos I hacerlo así, y pido á Dios caigan sobre vuestra frente los arroyos de sangre inocente que van á correr, si no oís mis palabras con todo el interés que ellas merecen.

»Soy de V. M. con toda consideracion, etc.

EL GENERAL NAVARRO.»

Llamando luego aparte á Mendoza le dijo:

—Sois mi mayor amigo, uno de los hombres que mi hijo ha distinguido mas; leed esta carta y decidme si os atreveréis á llevársela á Francisco I y á hacer todo lo que de ella se desprende y os dicte vuestro gran ingenio.

Miró el gigante el escrito, y con los ojos arrasados de lágrimas contestó:

—Por vos, iria al fin del mundo; por Alberto de Silva al mismo infierno.

Y estrechándole la mano continuó:

—Esperad tranquilo en Tolosa, que nada quedará por practicar.

Y sin mas contestacion, metió espuelas á su caballo, y tal como estaba, es decir, con la armadura hecha pedazos y cubierta de sangre, partió en busca del Monarca.

Acto continuo, por órden de Navarro y Peralta se retiró el ejército, llegando á las seis de la tarde.

La guarnicion que allí existia, como todos los habitantes de la ciudad, aguardaban con ansia la venida de los españoles. El aspecto que estos presentaban entrando cabizbajos y muchos de ellos con los ojos húmedos, alegró á los hijos de Tolosa y entristeció á los otros. Pero al ver despues tantos prisioneros y heridos franceses, confundió á los unos y á los otros, sin adivinar ninguno la causa que motivaba la tividad de los castellanos. Bien

pronto sin embargo se esparció la noticia de la muerte de Alberto, y entonces comprendieron el motivo que antes no se explicaban, sintiendo esta desgracia, en honor á la verdad, hasta los mismos vecinos de la poblacion, pues nada habian temido, fiados en la hidalguia y generosidad del héroe.

Entró como hemos dicho el ejército con pocas bajas en relacion á las del enemigo, pero con muchas mas que tuvo en Lombez. Llegaban á cuatro mil los soldados muertos ó heridos, doscientos oficiales y jefes de altas graduaciones, una tercera parte de los caballeros que componian la escolta del Duque y todos, los ex-comuneros, á escepcion de Navarro, Mendoza y Don Alvaro.

Se publicó en la ciudad un terrible bando, por el cual se imponia la última pena por intentar salir, por usar armas y hasta por asomarse á los balcones sin causa justificada. Las guardias estaban dobles y el aspecto de los hijos de Castilla era tan amenazador, que estremecia á los franceses la sola mirada de un soldado. No obstante esto, á nadie se incomodaba, y un silencio sepulcral reinaba en todas partes. Nada habia que temer de un enemigo que acababa de ser vencido y aniquilado; pero por lo mismo que el Generalísimo faltaba, se adoptaron las precauciones que dictaba la mas esquisita prudencia, no solo dentro de Tolosa, sino tambien fuera de ella, donde campeaban varios destacamentos.

Despues de mandada al Rey de Francia la comunicacion que ya conocemos, enviaron otra al Emperador enterándole de todo, firmada por Navarro y Peralta, y una por separado al general Quirós, rubricada por el primero.

Reunido los jefes en el palacio de Alberto, tomó la palabra el primero, y les dijo:

—Señores, el asunto mas grave que pudiera habernos acontecido, es el que motiva la conferencia que tenemos en estos momentos. Reunion en que se van á tratar cosas tan árduas, que es preciso estudiarlas mucho, antes de aprobar nada. Ya no está entre nosotros el hombre que todo lo disponia, que todo lo manda-

ba, que sabia él solo mas que todos nosotros, el que nos queria como á hijos, el que...

Y enjugando el bravo General las muchas lágrimas que brotaban de sus ojos, calló un momento para dar rienda suelta á su dolor. Los que le acompañaban, tenian tambien los rostros húmedos, y sin escepcion alguna, cubiertas sus caras con los pañuelos.

Navarro demostró tranquilizarse un poco, y continuó:

—Ahora, señores, nos lo tenemos que hacer todo, y es preciso reunir nuestras inteligencias para determinar lo que se ha de llevar á cabo. Comenzaré por daros cuenta de lo que yo, mas que como General, como padre de Alberto he practicado y os ruego me perdoneis si he abusado al obrar asi.

Volvió á limpiarse los ojos, y añadió:

—Recibida por mí la infausta noticia, unido á Peralta seguí el plan del Duque hasta que vencimos. Cuando ya nada tenia que temer el ejército, olvidándome de que era General y acordándome de la villania con que acababan de asesinar á mi hijo, os mandé degollar á nuestros enemigos y esterminarlos; y primero yo, luego vosotros y detras el ejército entero, matamos sin compasion. Caiga sobre mí, señores, la responsabilidad de este acto, si fue injusto; aquí está mi espada; juzgadme y castigadme, ya que Dios no ha querido que muera en quince veces que he debido perecer, durante el final de la accion.

—¡No, no! esclamaron. ¡Guerra eterna! ¡mueran nuestros enemigos! ¡no haya cuartel para ninguno! ¡por cada gota de sangre del Duque, un mar de la de ellos!

—¡Bien, hijos míos? tendreis sangre! tanta, decia Navarro llorando, como haya en Francia, yo os lo juro. Oidme: el primer paso que dí fue remitir á Francisco el siguiente oficio:

Y leyó la comunicacion que conocemos, preguntándoles despues:

—¿Estais satisfechos de este documento?

—¡Si! gritaron todos.

—Despues, añadió el General, hemos dado parte al César, y le pedimos nos ordene lo que estime conveniente. Ahora, señores,

falta saber qué hacemos interin nos contestan, y quién es el que ha de mandarnos, pues Peralta y yo estamos en igualdad de circunstancias.

—Señores, replicó aquel con gravedad, Navarro es el padre de Alberto; pero yo soy uno de sus mejores amigos, y puesto que ha llegado el caso de demostrárselo, voy á hacerlo: Juro salvar á Silva, vengarle ó morir. Apruebo, pues, todo cuanto se ha hecho sin mi anuencia, y mientras contesta el Emperador, deseó ardientemente que ocupe el puesto de su hijo. Es el único que puede, el que debe reemplazar al duque del Imperio.

—¡Si, si! contestaron.

—Acepto, exclamó el General con placer; soy su padre, señores, y me toca primero que á nadie velar por él ó vengarle. En otro caso, mas digno que yo era Peralta...

—Lo sois vos, replicó este, en todas las circunstancias; pero abandonemos esta cuestion, y concretémonos á obedeceros.

—Idos á descansar, yo cuidaré del presente; si os necesito os avisaré.

Sin mas incidentes, se fueron retirando hasta dejar solo á Navarro, el que pasó el resto de la noche trabajando, sin dormir ni probar la comida.

Dejemos ahora á los habitantes de Tolosa, y veamos cómo despachó Mendoza su delicada comision.

Metió espuelas á su caballo, como hemos visto, y corrió sin direccion fija, mas dispuesto á matar que á otra cosa. Al poco tiempo detuvo su alazan y se dijo:

—Este no es el medio de velar por Silva, si es que vive todavía; necesito mucha prudencia y discrecion. ¡Ay! no estoy para eso en estos momentos; pero ¡qué no haria yo por tí, noble y generoso amigo! ¡Lo probable es que hayas muerto; esos tigres saben lo que vales y te habrán inutilizado para siempre!.. Sea como quiera, corramos á salvarte ó á recojer tus cenizas.

Y volvió á meter espuelas, tomó el camino real y continuó.

Tres cuartos de hora despues, estaba á un tiro de arcabuz del pueblo fuerte, donde suponía que debía haberse retirado el Rey de

Francia. Al llegar quedó parado, viendo descender del monte que tenia á su izquierda á multitud de soldados, sin armas y en el mayor desórden. Pero bien pronto se convenció, que eran los dispersos del destruido ejército que se retiraban mas que á paso á aquella fortaleza.

Siguió caminando mas despacio, hasta llegar á sus puertas, donde fue detenido y preguntado:

—Decid, contestó con imperio, á vuestro Rey ó al gobernador de este pueblo, que el coronel Mendoza viene con un parlamento del mayor interés. Corred, voto al demonio, si teneis en algo la suerte de vuestro pais.

Al poco rato le hicieron bajar del caballo, le vendaron los ojos y así anduvo diez minutos cogido de la mano de un capitán. Le obligaron en seguida á subir una escalera, á atravesar dos ó tres habitaciones, y por último lo detuvieron, le quitaron el vendaje y se halló frente á frente de un hombre á quien creyó conocer. Acto continuo saludó respetuosamente al desconocido, diciéndole:

—Señor, doy gracias al Todopoderoso, que me acaba de permitir hallaros, cuando acaso sea todavía tiempo de evitar una catástrofe, la mas sangrienta y horrible que hubiera presenciado el mundo. Leed este escrito, y antes de determinar nada, pensad en la suerte de vuestro pueblo; duélaos la desgracia de vuestros hijos.

—¿Sabeis con quien estais hablando, caballero?

Solo ante el rey, respondió Mendoza con resolucion, estaria yo en actitud respetuosa, siendo el hombre que tenia delante de esta nacion.

—¿Quién os ha dicho que yo soy el Soberano de Francia?

—Os reconocí esta mañana en la descubierta que se practicó, cuando cruzamos por entre vuestros mismos soldados y á cien pasos de V. M. Pero os ruego, señor, veais ese escrito con la brevedad posible.

—Abrió Francisco I la carta de Navarro, y la leyó una vez, otra y otra. El Coronel lo miraba con ansiedad, escudriñando

lo que sentia su alma, y las impresiones que recibia con los sangrientos párrafos del general español. El rostro del Monarca iba pasando de un color á otro, hasta que se quedó pálido como la cera, y convulso esclamó:

—¡Ira de Dios, que os voy á mandar colgar de una almena, por la osadía que habeis tenido al presentaros ante mí, con este pliego lleno de insolencias é insultos imperdonables!

Y hablando así hizo mil pedazos el papel y lo arrojó á los piés de Mendoza, continuando:

—¿Quién os ha dicho que yo sé el paradero de ese Silva, al que no conozco, y quién le ha dado facultad á un español para hacer proposiciones al rey de Francia?

—Señor, contestó el gigante con dignidad, podeis mandarme ahorcar; detras de mí está Cárlos I, y en pos su inmenso y aguerrido ejército, junto con el primer imperio del mundo. Si la Francia no sabe apreciar el valor de un parlamentario, aquellos sabrán vengar la villania de los que no conocen lo que vale en estos momentos, el representante de una nacion. En cuanto á si adivinais ó no el paradero del muy alto y poderoso señor conde de Santomera, duque del Imperio; de si teneis ó no conocimiento de lo que le ha ocurrido, y de si habeis tomado parte, muy claramente nos lo esplicaron esta mañana las bien dirigidas operaciones del misero ejército, que pereció porque un hombre deseaba vengarse de otro: no aludo á V. M.; me refiero al que ha mandado la accion de hoy y ha visto impávido correr un torrente de sangre francesa, tendidos sobre el suelo quince mil cadáveres, y deshonorado y pisoteado el nombre de este pais, por el placer de contemplar á un águila descender del cielo, y cubierta de polvo rodar entre las cenagosas manos de sus sicarios. Aludo, gran señor, al que en breve podrá mirar, si gusta, veinte mil prisioneros degollados, media Francia convertida en campo de Agramante, talado su suelo, incendiados sus pueblos y ciudades, y corriendo, en fin, por todas partes la sangre, el esterminio y la desolacion. Concluyendo con...

—Basta, dijo Francisco I cada vez mas pálido; basta, coronel Mendoza, salid de aquí y esperad en esa habitacion.

Entró el atleta en la pieza inmedia, donde le encerraron, é importándole bien poco su cautiverio, vió un viejo sillón, y cómodamente se arrellanó en él, exclamando:

—¡Perfectamente!.. Falta hacia á mis débiles miembros un punto de apoyo desde donde pudieran prolongarse á su sabor. ¡Buen día, pardiez! ¡Me duele el brazo derecho de herir, el izquierdo de sujetar la cadena de mi caballo, los piés de agujonearle, el cuerpo del terrible movimiento que en doce horas consecutivas ha sufrido sobre el potro, y los ojos de tanto llorar!.. ¡Oh, pobre amigo mio, si consigo salvarte, no sentiré que el final de esta fatiga sea la conclusion de mi pobre existencia!..

En estas y otras reflexiones pasó nuestro guerrero mas de dos horas sin que nadie viniera á interrumpir sus meditaciones. Al cabo de este tiempo, se abrió una de las dos puertas que tenia su habitacion, y presentándose en el umbral un hombre de mal aspecto, vestido con traje de guerra, le preguntó:

—¿Quereis comer?

—Sí, contestó secamente Mendoza; y poco tiempo despues le sirvió él mismo unos fiambres, haciendo un gesto desabrido cada vez que el gigante abria su formidable boca y tragaba un tercio de ave. Notándolo el Coronel y engulléndose una pechuga le dijo:

—¿No sois muy aficionado á los españoles, eh? peor para vos, porque habeis de saber, que nosotros nos comemos á vuestros paisanos, con el mismo apetito y facilidad que vuestras viandas.

El desconocido hizo otra gesticulacion mas fea y significativa, pero siguió mudo. El castellano continuó:

—Bien he tratado yo á los prisioneros franceses, pero sus hermanos se están portando conmigo. ¡Buen vino! voto al demonio! es un Champagne esquisito. Llevaos todo eso y dejadme en paz con vuestros gestos tan feos y ridiculos como buenos son los manjares que me habeis servido.

Obedeció, quedando Mendoza otra vez solo y arrellanado en el ancho sillón.

Corrieron dos horas sin que nada le ocurriese de extraño; al

finalizar estas, se volvió á abrir la puerta por donde habia salido, oyéndose acto continuo una voz que le dijo:

—Entrad, Coronel.

Era Francisco I, que en pié, en actitud grave y con mirada triste le llamaba.

—¿Tiene facultades le preguntó, vuestro general Navarro, para cumplir lo que ofrece en su escrito?

—Si señor, contestó el español; ¡y ay de él si faltase á ellas; mi espada le atravesaria el corazon. Pero es mi general tan noble y caballero como el mejor castellano.

—Pues bien, he reprimido cuanto era necesario los ímpetus de mi cólera, queriendo evitar un derramamiento de sangre que á nada bueno conduciria. Antes que yo, que mis afecciones y que los arranques de mi corazon, son la Francia, los hijos de este pais sujetos á mi gobierno. Decid, pues, qué deseais de mí; pedid solo lo que sea posible daros y lo tendreis.

—Gran señor, poco os va á exigir el imperio español por mi boca en este momento; nada que os pueda ser ni aun difícil. Necesito ver al Duque, que me asegureis debidamente velar por su preciosa existencia, y estando yo satisfecho de ello, firmaré con sangre de mis venas todo cuanto Navarro os ha ofrecido, y estad seguro, señor, que se cumplirá lo pactado con una religiosidad digna del nombre castellano.

—Haré lo que me pedís, caballero. Vissó? llevad al Coronel al sitio en que se halle Alberto de Silva; permitidle que le vea, pero nada mas. Despues os volvereis aquí y firmaremos las condiciones del contrato que se ha de celebrar.

Ebrio de placer, saltándole el corazon de alegría, dejó Mendoza que le vendaran los ojos y que Vissó le cogiese y le condujera á la prision de su amigo. ¡No sabia el noble guerrero español lo que habia hecho aquella mano que ahora oprimia la suya! No podia adivinar que iba agarrado á un Judas tan perverso como el mas malo de los hombres; tan fatal para su compañero como la misma desgracia. Ignoraba por fin que llevaba enroscada en su diestra, la infame serpiente que mordió al héroe, y la que se ha-

llaba dispuesta á envenenar todo lo grande, noble y santo de sus enemigos. Si el bizarro Coronel lo hubiera sabido, la ponzoña de Vissó pronto caeria á torrentes por la boca y ojos del fiero animal; en el instante quedaria pulverizada bajo la potente garra del leon. Pero ¡ay! lejos de sospechar, estrechaba con júbilo la mano que le llevaba adonde estaba su camarada.

Pero sigamos nuestra historia; cogidos asi, cruzaron varias calles, bajaron despues una cuesta de bastante pendiente, llegando por último á un fuerte, situado en los arrabales de aquel pueblo. Pasaron el puente y dos muros de un grueso y elevacion formidable, entrando en una especie de castillo antiguo inespugnable. Doseientos hombres custodiaban aquella elevada torre. Vissó y Mendoza subieron varias escaleras, y como á cuarenta varas del nivel del suelo, pararon. Ya allí, se abrieron varias puertas que daban á otras tantas habitaciones, por las que ambos atravesaron hasta encontrar un ancho porton de hierro, á cuyo pié estaban dos soldados de centinela. Dió un golpe Vissó, gritando á la vez uno de aquellos.

—El Capitan.

Se abrió y entraron. Era una estancia grande, alumbrada con lámparas: en el extremo habia una cama y al lado un médico; no lejos un alferéz sentado junto á una mesa, contemplaba un jarro lleno de vino; y en pié, cerca de éste, se hallaba un soldado ocupado en abrir y cerrar aquella formidable masa de hierro, que nosotros hemos llamado porton.

Todo era allí lúgubre, triste, terrorífico.

Al penetrar en la prision los recién llegados, todos se levantaron, fijándose en el Coronel español. Le quitó el capitan sicario el pañuelo que cubria sus ojos, lanzando este una mirada escudriñadora á cuanto le rodeaba. Seguidamente se dirigió al lecho, con amorosa ansiedad. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus encendidas mejillas, exclamando en francés.

—¡Pobre amigo mio! tan noble! tan generoso! tan valiente! tan caballero! ¿quién habia de creer que en tí se cebasen de una manera tan infuca esos tigres?..

Fue á hablar Vissó; pero al acabar Mendoza fijó una mirada tan llena de desprecio en los tres militares, que les obligó á bajar la vista, ahogando la voz naciente del capitan. Continuó observando la fisonomia de Alberto, volviendo á esclamar:

—¡Esto es ya un cadáver! ¡Oh, pero tal asesinato costará á la Francia mil y miles de víctimas!

Al oir el médico las últimas frases, no pudo contenerse y le contestó:

—Eso que veis sobre la cama no es un cadáver; es un enfermo que puede curar.

El Coronel estudió minuciosamente al que acababa de replicarle é inspirándole gran confianza su venerable rostro y figura, le preguntó:

—¿Con quién tengo el honor de hablar, caballero?

—Con un médico del Rey, dijo el Galeno, encargado ahora de Alberto de Silva.

—¡Ah! difícil empresa os proponéis.

—Difícil es, pero no imposible.

—¿Podriais manifestarme, preguntó Mendoza con ansiedad, qué males tiene el duque del Imperio?

—No, dijo con enfado Vissó; habeis venido aqui á ver y nada mas. Os prohibo, señor facultativo, satisfacer curiosidades.

Miró el atleta á su interlocutor y encontró retratada en su cara toda la maldad de que era capaz, y fue á echarse sobre él; pero contempló á la vez el cadavérico rostro de Alberto y se contuvo, para lo cual le fue preciso hacer un esfuerzo grande. El médico notó esta escena muda y añadió:

—Señor capitan, en esta torre imperais vos, mas en el enfermo mando yo solo. Cumplid las órdenes que tengais del Rey, con relacion á vuestro cometido, que yo sé como debo obrar respecto del mio.

Y dirigiéndose al castellano, le dijo:

—Señor Coronel, voy á contestaros, puesto que las instrucciones que me han dado no se oponen á ello. Tiene el duque del Imperio tres heridas graves en la cabeza y dos en la espalda; las

cinco de bala, con una de acero en el costado derecho. Le he es-
traído las pelotas que habia en las primeras, si bien me faltan sa-
car las que le quedan en las segundas, y las que espero echar
fuera, Dios mediante, en el momento que baje la inflamacion. Lo
que mas le postra, es la herida del costado, por ser la mas grave
y por la que arrojó la mitad de su sangre, cuya circunstancia hace
que el paciente sufra una debilidad terrible. Es cuanto puedo de-
ciros; no me preguntéis mas, porque seria inútil.

—Gracias, noble señor, respondió Mendoza; solo me resta ro-
garos aceptéis este bolsillo, que contiene doscientos escudos de oro,
para ayuda de la gran cura que os han encargado.

—Me es imposible, señor Coronel; el enfermo me está encar-
gado por mi amo el rey de Francia, y solo él puede atender á su
curacion, segun me ha ordenado:

—¿Quereis apretar mi mano? Soy noble; mi padre fue Conde,
mi diestra está cansada de matar franceses, mi voz ronca de per-
donar prisioneros y mi corazon orgulloso de inspirarme buenas
obras en España, aquí y en todas partes donde he peleado y
vivido.

—Acepto el honor que me haceis, y os lo agradezco.

—Gracias; señor facultativo; ¡Dios vele por vos y os premie
el favor que antes me habeis otorgado.

Y despues de estrecharse ambos, se arrodilló el gigante delan-
te de la cama de su amigo, y con los ojos arrasados de lágri-
mas descubrió una yerta mano de Alberto y comenzó á besarla,
comprimida su respiracion, fatigoso su pecho y en un estado su
rostro, que hizo llorar al médico y retirar la vista á los restantes.

Dos minutos despues cubrió á su jefe, lo miró por última
vez, y poniéndose en pié, se enjugó los ojos, dió á su rostro una
altivez imponente, y dirigiéndose al soldado, le dijo:

—Villano, tápame con ese pañuelo.

—Yo lo haré, replicó Vissó yendo hácia él.

—Si me tocais, le respondió Mendoza, desnudando su puñal,
os atravieso el corazon. ¿Quién os ha dicho que un miserable pue-
de llegar ni á la armadura de un caballero?

—Soy capitán, añadió el otro ciego de ira, y esta banda la he ganado en el campo del honor... mejor acaso que vos esas insignias de coronel.

—Es verdad; la habreis adquirido con el valor del tigre y la astucia que esconde entre sus escamas la serpiente. Os acabo de conocer, señor Vissó, y pronto me será dable premiar los hechos... Esas acciones que callais y las que estoy adivinando en vuestras miradas y talante. Algun día nos hallaremos como ahora frente á frente, en otro sitio mas aislado, y hablaremos despacio de este asunto; mas despacio.

—Quiera el cielo que sea así, señor Coronel, y os juro que librareis peor que el héroe Alberto.

Ambos guerreros se lanzaron una mirada sangrienta, saliendo de allí Vissó delante, y Mendoza detras, tapados los ojos y cogido al soldado.

Llegó el castellano á la habitacion donde estaba Francisco I, y descubierto que fue, le dijo al Rey:

—Señor, he visto al duque del Imperio, y pienso que morirá de las muchas heridas que tan villanamente le han hecho sus sicarios; pero si esto acontece, peor para vos, peor para la Francia. No obstante, me hallo en disposicion de firmar lo convenido.

—Creo, contestó el Soberano, que sanará, y tengo mas motivos que vos para juzgar con acierto; todo ello es cuestion de tiempo. Oid los artículos que he redactado, y decidme si estais conforme.

Y desdoblando un papel, leyó en alta voz:

«Artículo 1.º En el término de veinte y cuatro horas abandonará el ejército español los puntos que tiene tomados en Francia.

»Art. 2.º Podrá no obstante el gobierno del Imperio, dejar en Pau una guarnicion, compuesta de cuatro mil soldados, los que no serán incomodados por nadie. Estas fuerzas estarán sostenidas por su país, corriendo de su cuenta todo lo que necesiten para manutencion, equipos, etc., etc.

»Art. 3.º El prisionero Alberto de Silva, duque del Imperio,

será tratado por los franceses con la consideracion que merecen sus distinguidas cualidades; se velará por su salud y se cuidará de salvar su existencia.

—Esta es la sustancia, dijo Francisco I concluyendo de leer; ¿tenéis algo que añadir?

—Nada, replicó Mendoza: á eso se comprometió el general Navarro, y yo no puedo pedir otra cosa. Pero os advierto, que será necesario otorgueis un permiso para que una persona de nuestra confianza, se entere cada ocho dias...

—Es muy justa la pretension, dijo el Monarca, y podeis contar con él. Esperadme aquí media hora y firmareis las condiciones que acabamos de aceptar.

Salió el Rey, quedando solo el Coronel, el cual comenzó á pasear por la sala esclamando:

—¡El miserable Vissó es el autor del terrible atentado cometido con el héroe! Esto sin embargo no es mas que una sospecha, pero que no está desnuda de fundamento. ¡Si tuviese yo alguna prueba! ¿Y por qué no la he de hallar? Disinguramos...

Y quedó entregado á profundas meditaciones.

Una hora despues se abrió la puerta de aquella habitacion, y apareció en el dintel Francisco I, el que se dirigió á Mendoza cabizbajo y meditabundo.

—Vuestros ejércitos de Italia, le dijo, han entrado en Francia, mandados por el general Pescara. Van á sitiar á Marsella. Vencedores en la Lombardia intentaban ayudaros á conquistar mi reino; pero no os alarme la noticia; no ha de ser esta circunstancia causa suficiente para alterar lo que hemos convenido. Aceptadas por mi las condiciones referidas, no osfaltaré, si vosotros cumplis. En cuanto á los otros, ya procuraré defenderme sin quebrantar lo pactado.

Y alargándole dos pliegos que tenia en la mano añadió:

—Leed, y si dicen lo mismo que vos deseais, firmadlos y devolvedme uno.

Examinó el Coronel los dos escritos, y rubricó y entregó uno al Rey. Este por su parte le dió otro diciéndole:

—He aquí el permiso que quereis. Retiraos ahora mismo, y cuanto antes cumplid lo acordado. Vissó os acompañará hasta las murallas de la villa. No es necesario que os vuelvan á vendar los ojos.

—Señor, replicó Mendoza, dadme otro guia; ese capitán y yo no hemos simpatizado...

—Como gustéis; id solo si os place.

Y con la mas esquisita galanteria despidió Francisco á su huésped, estando con él tan jovial, que admiró al castellano.

Salió de allí, llegó al sitio donde le guardaban su caballo, montó y corrió por espacio de cinco minutos. Paró, se bajó del potro, lo ató á un árbol, volviendo á deshacer lo andado, aunque por diferente camino. Se acercó á los muros del pueblo, y saltando por encima de estos, con gran trabajo y precaucion, fue trepando, sin hacer ruido alguno, hasta que se introdujo dentro.

La mucha oscuridad que reinaba, favorecia el intento de nuestro Coronel. Unas veces arrastrándose, gateando otras y siempre con el mayor sigilo, cruzó calles y plazas sin ser visto ni oido, hasta que por fin tropezó con el muro que rodeaba la torre, donde tenian encerrado al Duque. Un silencio sepulcral existia en torno de nuestro gigante, el cual mas que ser humano parecia un fantasma aterrador, que salia de entre las sombras de la noche. Incorporándose cuanto pudo sobre la muralla, miró á la parte de adentro, y viendo á cien pasos un bulto, se dirigió cautelosamente hácia él; llegó, y notando que era uno de los centinelas que guarnecian la torre, se fue deslizandó hasta que logró sorprender al soldado, al que cogió por la garganta, lo oprimió fuertemente, inutilizándolo para que pudiese hablar; y levantándolo con la misma facilidad que á un mosquete, lo sacó debajo del brazo, y arrojando el arma que tenia, le fijó la punta de su puñal diciéndole:

—¡Perro, si te oigo respirar te ensarto!

No necesitaba el francés de la amenaza para callar; bastábale la herida que le habia hecho en el cuello.

Por el mismo camino que habia llevado, se volvió, sin hallar tropiezo alguno que imposibilitara su marcha. Llegó, pues, á don-

de estaba su caballo, lo desató, montó en él, sujetó sobre la grupa al prisionero, y ginete, soldado y alazan volaron hácia Tolosa, con la rapidez de un relámpago. Mendoza se decia:

—¡Ah, señor Vissó, si este testigo de tus crímenes habla, como yo espero, y cuenta tus hazañas, y resulta lo que me figuro, tu y los tuyos os podeis encomendar á Dios! Y diciendo esto, oprimia fuertemente al soldado, temiendo se le escapase su magullada presa.

En poco mas de una hora arribó á la ciudad, cayendo su potrillo exánime á los cien pasos que anduvo por ella. Felizmente, habia un cuerpo de guardia frente al sitio donde rodaron, y acudiendo al ruido algunos soldados, les dijo el bravo Coronel:

—No es nada, muchachos; mi caballo no tenia gana de correr mas, y se ha ido á descansar al otro mundo. Cojed á ese francés y seguidme; y tú, dijo á otro, desnuda mi alazan y llévame los arreos á casa.

Poco despues entraba en la habitacion de Navarro. Estaba amaneciendo, y el padre adoptivo de Silva se hallaba en su despacho trabajando, húmedos sus ojos y arrebatado su semblante. Sintió abrir la puerta, y al ver la figura de su amigo, se levantó, abrazó á este y exclamó:

—¡Ha muerto mi hijo!..

La voz del General salió de su pecho como el estampido de un cañon, ahogándose la última palabra entre sus lábios.

—Vive... contestó el Coronel...

—¡Vive!.. repitió Navarro, y cayó sobre un sillón llorando de placer.

Tres minutos siguió asi, sin que en este tiempo se atreviese á interrumpirlo su interlocutor. Cuando ya se hubo serenado, le enteró de lo ocurrido, entregándole el documento firmado por él y por Francisco I. Despues de leído este por el General, dijo:

—Es necesario, amigo mio, cumplir en el acto lo que nos ordena este papel.

—Nos falta todavia, dijo Mendoza, con eluir con la última parte de mi comision.

—Explicaos.

—Ese soldado que me he traído de la torre, no ha venido aquí para que tengamos el gusto de conservar un prisionero mas.

—Bien, pero no comprendo qué os habeis propuesto hacer con ese hombre.

—Yo sí, y ahora lo vereis: dejadme vuestro sillon.

Y se sentó, llamó, y entrando el criado de aquel, le dijo:

—Que conduzcan aquí al francés.

Acto continuo llegaron dos guardias llevando en medio al preso. El Coronel le dijo:

—Si tienes en algo tu existencia, di la verdad en todo lo que contestes.

Quedó pensando un poco, y luego le preguntó:

—¿Es el capitán Vissó tu jefe inmediato?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que estás á sus órdenes?

—Diez dias.

—¿Dónde serviste antes?

—En el primer batallon de ligeros.

—¿Cómo pasaste al lado de Vissó?

—Fuí elegido por él.

—¿Con qué objeto?

—Lo ignoro.

—Villano, ó dices todo lo que sepas, ó vas á sufrir el tormento y la muerte mas espantosa.

—Señor, respondió temblando el francés, me está prohibido hablar mas.

Al oír Mendoza esta contestacion, ciego de ira se levantó, cogió al soldado por el brazo y sacudiéndole fuertemente, le dijo:

—Miserable asesino, vas á perecer á mis manos.

—Hablaré, señor, hablaré, añadió el sicario, levantándose del suelo encorbado y dolorido.

—¿Para qué fuiste elegido?

—Para... para prender al señor... Alberto...

Los rostros de Mendoza y Navarro se contrajeron al oír esta

contestacion, se miraron sin embargo, é imponiendo silencio el General, se dirigió al francés, y con acento grave aunque conmovido, le dijo:

—Muchacho, di lo que sepas referente á ese asunto sin omitir una sola palabra: ¡ay de tí si no lo haces así!

Tanto como las sacudidas de Mendoza estremeció al preso el tono con que Navarro había pronunciado sus últimas frases. Así es, que aterrado y sin comprender las consecuencias, declaró que era uno de los doscientos sicarios que mandaba Vissó; que acompañó á este en la terrible emboscada verificada aquella mañana, con lo demas que habia ocurrido; acabando por decirles, que el Rey era sabedor de todo; que en estos momentos estaba encargada la custodia de Silva á sus compañeros, y que al dia siguiente debia ser conducido á la torre del Godo, castillo el mas fuerte y seguro que tenia su pais.

Calló el soldado, y los dos jefes españoles continuaron sumidos en el mayor silencio, sobrecogidos al escuchar los detalles del horrible atentado cometido con el Duque; hecho que sus almas nobles y generosas no podian comprender y el que oyeron con una aversion inesplicable.

Aquel silencio era la calma de una terrible tempestad que debia estallar muy en breve.

Mendoza fue el primero que habló, preguntando á su amigo:

—General, ya sabeis el todo de mi comision; ¿estais satisfecho de ella?

Navarro le alargó la mano, diciéndole:

—Sé, amigo mio, lo que valeis, y á escepcion de Alberto, sois el hombre á quien yo mas estimo, al que mas cariño le tengo.

Y dirigiendo acto continuo una mirada aterradora al sicario, mirada que le hizo retroceder dos pasos, añadió:

—¡Lástima que no os hubieseis traído los doscientos compañeros de este miserable, unidos á su capitán!.. En fin, ya los conocemos, y uno á uno ó todos juntos irán recibiendo su merecido.

Al oír estas últimas frases el soldado, cayó de rodillas é imploró la compasion de los dos castellanos. Suplicó, rogó y escitó cuan-

lo pudo piedad, mas el General español, sin dignarse mirarlo, le dijo á Mendoza:

—¡Qué diferencia de hombres! acordaos de Perez y comparad su espíritu con el de este villano. Levanta de ahí, cobarde gascon, tu suerte y la de tus cómplices está ya decidida.

Y gritó:
—Hola! llevaos á ese menguado, sujetadlo bien, y esperad mis órdenes.

Poco tiempo despues, reunidos los jefes del ejército español, oían leer las condiciones que trajo el Coronel, supieron que el héroe vivia, y aprobando cuanto habia dispuesto el General, hicieron mil elogios del atleta, riéndose al escuchar la manera que tuvo de cazar al soldado francés.

En cinco minutos se formó un proceso, en el que fueron sentenciados á muerte Vissó y los doscientos asesinos.

—Los medios para cojerlos, decia sonriéndose Peralta, ya los sabemos; comisionamos á ese gigante, lo acompañamos de su paje Don Alvaro, y yo os juro que entre los dos, nos traerán uno á uno ó diez á diez á todos esos traidores. Lo que interesaba, era que viviese Alberto; Dios le curará, y nosotros lo rescataremos.

—Señores, exclamó Navarro con gravedad, no olvidéis que Silva está en poder de nuestros enemigos; por él, y solo por él, apresurémonos á cumplir lo pactado con ese mezquino Rey.

—¿No seria mejor, preguntaron varios, que fuésemos una docena ó seiscientos á libertar al Duque, mientras lo trasladan á su nueva prisión?

—No imaginarlo siquiera; doce de vosotros darian fin de la gente que lo escoltase, lo creo; pero ¡ay! la primera estocada, seria la señal para acabar de asesinar á nuestro amigo y jefe. A Pau, señores, á Pau, y tened confianza en mí.

Dos horas despues, acompañado de cuatro sacerdotes, sufrió la última pena el sicario francés cogido por Mendoza. El ejército presenció esta ejecucion, la única que habia tenido lugar en Tolosa mientras estuvieron las tropas españolas.

Concluido este acto, salieron en direccion de Pau; todos los semblantes iban ya alegres, si bien de vez en cuando se oian suspiros enlazados con el nombre de Alberto de Silva.

Al llegar á los campos de Lombez, y en el mismo sitio que tuvo lugar la accion, se hizo alto, y elevando un altar portátil, se dijo una misa por la conservacion del héroe. Postrados durante la ceremonia religiosa y con el mayor fervor, oyeron las preces y con ascético cariño contestaron al sacerdote que oficiaba. Al finalizar formó el ejército en batalla, y con los ojos llenos de lágrimas pronunció Navarro un discurso, en el cual recordó los hechos de Alberto, su amor á todo el que le seguia y sus héroicos actos. Lloraban los jefes, los oficiales y soldados, concluyendo el General con las notables palabras siguientes:

—Dios no ha querido que muera el duque del Imperio; su poderosa mano lo librará de los peligros que le amenazan, y ese dia, ¡ay de la Francia! ¡ay de Francisco I!

—¡Ay de la Francia! ¡ay de Francisco I! repitió el ejército, marchando hácia Pau, donde llegó catorce horas despues.

Es preciso, querido lector, que nos traslademos ahora á la Corte de España.

En un celda pequeña, pero alhajada lujosamente, se hallaban una hermosísima jóven y un General, hablando de asuntos de bastante interés para ambos, pues el viejo relataba con entusiasmo y la bella oia con una atencion sumamente cariñosa. Estaban sentados, juntas sus rodillas y las manos de ella estrechaban dulcemente las callosas y arrugadas del anciano.

Eran la encantadora Maria y el viejo Quirós. Este referia á la niña las últimas victorias conseguidas por su amante, todos sus hechos de armas habidos en Francia, concluyendo con asegurarla, que el Emperador soñaba con Silva; que la nobleza española oia su nombre con una admiracion estremada, el pueblo le cantaba trovas y le alzaba altares, y los grandes hombres rendian el culto debido á su bien adquirido renombre.

Con el mismo entusiasmo continuaron todavia media hora

hablando del Duque; ni la jóven ni el viejo se cansaban jamás ocupándose de aquel.

En este momento se abrió la puerta de la celda y apareció la madre Tornera, la que dirigiéndose al anciano, le dijo:

—Señor General, un correo acompañado de vuestro secretario acaba de llegar, y desea entregaros un pliego que trae de Francia.

—Que os lo dé, madre, y hacedme el favor de traerlo; el otro que espere.

Salió la monja, entrando poco despues con un oficio en la mano, el que alargó á Quirós, saludando á Maria y retirándose.

Abrió el guerrero aquella carta, vió la firma y se quedó tan blanco como su camisa. Comenzó á leer el escrito, y cada vez iba palideciendo mas, hasta tal punto, que parecia haberse retirado de su cuerpo toda la sangre que tenia. La jóven notó la turbacion del anciano y le preguntó:

—¿Qué malas nuevas os trae ese correo?

—No es nada, contestó azorado; hemos perdido un... pueblo y...

—¡General, me estais engañando!... pero yo sabré lo que es.

Y con una resolucion heróica le arrancó aquel papel; quiso él quitárselo, pero ella lo rechazó con altivez diciéndole:

—Retiraos: recordad quién soy y que os está prohibido tocarme.

—¡Por Dios, Maria... que os puede matar su lectura! En nombre del Emperador vuestro hermano, os suplico, os mando que me devolvais ese pliego.

—Gracias por vuestro interés, mas os habeis olvidado sin duda que estais hablando con la nieta de veinte Emperadores.

Y en tres minutos, sin hacer caso de reflexiones se enteró del terrible contenido de aquel escrito. Dos gruesas lágrimas surcaron el bello rostro de la jóven; quedó meditando, y por último, con faz serena, mirada tranquila y voz natural, añadió:

—Señor, si amais á Alberto como decís, como él se merece; si teneis en algo su salvacion, juradme por vuestro honor obedecer la órden que os voy á dar.

Si sorpresa y dolor habian causado al General las líneas anteriores, tanto ó mas le admiraba la calma de Maria: herido su corazon, enloquecida su mente, sin saber lo que contestaba, le dijo:

—Si se trata del bien de Silva, os aseguro complaceros. ¡Pero ay! temo que el duque del Imperio haya sido muerto... pulverizado por aquellos sicarios...

Y abogó la voz un raudal de lágrimas que vertian sus ojos.

—General, ¿quién de los dos es aquí el militar, cuyo valor se empeña en pregonar la fama? Me estais pareciendo una mujer... una de esas doncellas tan débiles que hasta el vulgo las trata como á *inocentes* seres. Si Alberto de Silva hubiese muerto, iremos á buscarle al cielo; pero si vive, si todavia respira y encerrado en una oscura prision, sin poder, parientes, ni amigos, necesita de nosotros, debemos apresurarnos á salvarle, aun á costa de nuestra existencia. Esto es mas propio de nosotros, que entretenernos en verter lágrimas, recurso harto egoista é indigno de un guerrero y de la hija de un Rey.

Las palabras de la hermosa alemana habian serenado á Quirós y acallado los ayes de su corazon. Asi es, que ya con alguna tranquilidad, contestó:

—Estoy á vuestras órdenes; disponed qué debo hacer.

En este instante volvió á presentarse la Tornera, y dijo al anciano:

—Señor, un escudero del Emperador os espera para conducirnos á la presencia del Soberano; añade que no perdais un momento en acompañarle.

—Aguardad, madre, respondió Maria cogiendo una pluma, y escribiendo lo siguiente:

«Querido Carlos: necesito del General; pero antes de media hora lo mandaré á tu alcázar; si estas muy ocupado no te cuides de mí estos dias, pues bajo la salvaguardia de Quirós voy yo tambien á cumplir una promesa.

«Tu Maria»

Cerró la carta y le dijo á la monja:

—Tomad, entregad ese escrito al escudero y de mi parte que se lo dé á su señor. Que no espere al General, y que se retire el secretario. Id volando.

Salió aquella y acto continuo se puso un traje de calle, se guardó varios paquetitos con monedas de oro, añadiendo á su amigo.

—No perdamos un momento, vamos á despedirnos de la abadesa; decidle que de órden de Cárlos me llevais á vuestra casa.

Maquinalmente obedecia el anciano, pero ello es, que hizo todo lo que le mandó; ya fuera se dirigieron al palacio, entraron por una puerta escusada, y encerrándose en el despacho que habia tenido Alberto, dijo la bella:

—Id al alcázar y ved qué es lo que quiere mi hermano. Venid en seguida, que os esperó en pié. Si os preguntase qué promesa voy á cumplir, inventad lo que se os ocurra. Poned uno de vuestros pajes á mi disposicion, y marchad.

Cinco minutos despues salia el General en direccion de la régia morada; un jóven de órden de Maria, estaba preparando los trajes que tenia para enseñárselos, y esta por su parte cuando se vió sola, cerró las puertas de su habitacion, y hecha un mar de lágrimas, cayó sobre el sillón de Silva, exclamando:

—¡Alberto!.. Alberto!.. asesinado!.. lejos de mí!.. ¡Oh, bien me lo decia el corazon! ¿Por qué te marchaste? ¡Ingrato!.. mas me valiera morir! si, eso seria preferible á lo que estoy sufriendo!.. Muerto!.. Ay! Alberto mio, si ya te encuentras en el cielo, ¿cómo no vienes por el alma de tu Maria? ¡Ah, no me oye! Pero yo te buscaré; si estás en el mundo, te hallaré, si en el cielo pronto nos veremos! Dios mio, almo Dios, inspiradme, dadme valor!

En este instante se oyó un golpe en la puerta; enjugó el llanto que bañaba su cara, y con rostro sereno, abrió.

Era el paje que traia sus vestidos. Los fue reconociendo, tomó los que le parecieron, y los guardó. Despues se hizo conducir á la armeria y examinándola, exclamó:

—¡Esto es lo que yo deseaba!

Y cogió un pequeño puñal que su amante habia solido llevar y salió de allí, volviendo al despacho. Hizo que el pajecillo la diese unas tijeras, y cuando se las hubo entregado, le dijo:

—Toma esos cuarenta doblones y no cuentes á nadie que me has visto. Puedes marcharte que ya no te necesito. En seguida se puso á escribir.

¡Cuánto estaba sufriendo aquella infeliz! ¡cuánto y cuánto le quedaba que padecer y llorar todavía! ¡Ay! aquel valor, aquella intrepidez tan impropias en su débil sexo, tenian indudablemente que costarle un piélagos de azares, un mar de lágrimas y sinsabores. Ella lo preveia así; pero amaba con delirio á Silva, y todo era poco, todo un ápice comparado con el cariño que le profesaba. Su alma pura, angelical, se habia consagrado al héroe, y al intentar libertarlo se salvaba así propia. Para ella no existia mas mundo que el Duque; al acabar este, tenia precisamente que concluir la hermosísima jóven. Y en honor á la verdad, muchos adoraban á Alberto, pero ninguno discurría con el ingenio que Maria; si bien es cierto, que una mujer de talento puesta en el caso que nuestra alemana y tan enamorada como ella, piensa mejor que un Séneca y abriga mas valor y sangre fria que un Cid.

Dejémosla obrar y los acontecimientos nos dirán si nos hemos equivocado.

Llegó el General en el momento que acababa de guardar varios pliegos. Al verlo entrar, con su conocida tranquilidad, le preguntó:

—¿Y bien, para qué os queria Cárlos?

—Para que esté dispuesto á marchar á Francia antes de media hora.

—Me alegro; así lo habia yo previsto. Tomad, y seguid las instrucciones que os doy en ese papel.

—Y si fuesen contrarias á las de vuestro hermano, ¿sabreis decirme qué debo hacer?

—Las del Monarca serán órdenes, yo os doy consejos; aprovechadlos y acaso salvaremos al Duque. No os detengais, partid.

Y media hora despues, salieron el general Quirós y Cárlos I

por una puerta, y detras de ellos como á un tiro de arcabuz, un paje acompañado de un viejo escudero del General.

Con la misma velocidad que los primeros corrian los segundos; el Soberano llegó á Fuenterrabia á las tres del dia tercero; el paje cruzó por esta ciudad diez minutos mas tarde; el uno se hospedó; el otro continuó sin descansar hasta que llegó á Pau.

CAPITULO XV.

Valor y abnegacion de una mujer.—Conspiracion.—El paje.—Alberto.—Francisco I.—Proposiciones.—El doctor.—Vissó.—Euga.—Fin de la torre del Godo.—De Pau á Marsella.

HABIAN transcurrido quince dias desde aquel en que Alberto fue herido y hecho prisionero. El estado de Francia era el siguiente: Marsella estaba sitiada por el marqués de Pescara, el cual disponia de una fuerza de diez y nueve mil hombres, los que, victoriosos en Italia, se entretenian ahora en un cerco que á nada podia conducir, pues la plaza era inespugnable, se hallaba guarnecida por mas de diez mil soldados, tenia en su recinto lo necesario para no carecer de nada y comunicacion por el mar. Los sitiadores aunque mandados por un general español, se componian en su mayor parte de suizos y flamencos; apenas habia cuatro mil españoles. No parecia aquello un verdadero sitio; sino mas bien un agradable y guerrero pasatiempo de los que, vencedores en su casa, se metian en la de su enemigo y vecino para probarle que valian tanto ó mas que él.

En Pau estaba la division que ya conocemos, y en los Pirineos el resto del ejército acampado. En cuanto á los franceses,

tenian divididas sus tropas en pequeñas partidas, que andaban sin molestar á nadie, sin presentar ninguna fuerza imponente, pero en cambio en todas partes se les veia y no habia pueblo ni camino que no estuviese vigilado por un destacamento. Esta famosa distribucion de compañías de á pié y montadas, la aprendió el Rey de Francia de Alberto de Silva, y en estos momentos le prestaban servicios importantes.

Pasemos á saber qué era del héroe.

Todavía sin razon y casi moribundo fue trasladado al castillo del Godo. Esta inmensa torre se hallaba situada á seis leguas de Marsella, á un tiro de arcabuz del mar y entre escarpadas rocas, las cuales le daban un aspecto tan fuerte y majestuoso, que parecia la reina de las montañas. No necesitaba ella nada de esto para hacer imposible un asalto. Tenia tantos muros y tal defensa, que se bastaba á sí sola para ser uno de los primeros baluartes del mundo. Dejamos por inconducente la descripcion de sus cañones, bastimentos, etc., etc. Su entrada era una, con puerta de hierro, y tan pequeña, que habia necesidad de bajar la cabeza para penetrar. Guarnecian el recinto, cien artilleros, doscientos ginetes y ciento noventa y nueve soldados, que mandaba Vissó, siendo este ahora gobernador absoluto de la torre y la gente que en ella se hospedaba. La tropa ocupaba sus puestos con rigidez militar, y el servicio era tan exacto como el de una plaza sitiada. En el piso bajo estaba la caballeria, y la artilleria é infantes repartidos en el primero, segundo y tercero. Existia un torreón especial, al cual se subia con mucho trabajo por una angosta y tortuosa escalera que contaba noventa peldaños; al concluir, habia un corredor estrecho, y al final una habitacion, con puerta de hierro. Esta solo servia en Francia para encerrar á los reos, cuya seguridad se deseaba á toda costa.

Pasemos adentro, y veamos qué hay en ella.

Era un salon de veinte varas de largo y otras tantas de ancho. Frente á la puerta tenia una ventana, con barras de acero muy espesas y bastante gruesas. Los techos eran altos y la reja principiaba en ellos, concluyendo cerca del piso.

En estos momentos se hallaba habitado y amueblado por los seres y objetos siguientes: á un lado existian una mesa y dos sillas, que servian á un alferez, el cual tenia su espada y puñal colgados de la cintura. A la derecha una cama, destinada para el oficial. Y á la izquierda se veia otra, con mesa, armario, silla y un taburete. Sobre el lecho padecia Alberto; en la silla y mesa leia el médico de éste, y sobre el taburete estaba sentado un hermoso paje, que era la envidia del castillo. No hablaba francés, pero hacia señas y halagos á sus moradores. Ardia en medio una lámpara con cuatro mecheros, que daban bastante luz. En este instante el alferez dormitaba, el galeno estudiaba, Silva padecia y el lindo niño meditaba: diez y seis dias llevaba el héroe en aquel estado; los ocho primeros los pasó sin conocimiento de cuanto le rodeaba; los cuatro siguientes sufriendo cruelmente sus agudos dolores, y los restantes algo mas aliviado, pero nadie lo sabia, pues ni se quejó al principio ni demostró despues alegria. El médico notaba la mejoría, requeria al enfermo, mas este siempre contestaba:

—Estoy mal.

Desde la llegada del paje, que acababa de tener efecto, Alberto continuaba mas postrado, mas lánguido y al parecer mas agravado. El facultativo no comprendia esta recaída aparente y exclamaba:

—Debeis hallaros mejor; las heridas os incomodan poco, y únicamente el decaimiento puede molestaros.

—No, respondia secamente.

El Duque habia recobrado la razon, nada preguntaba, pero conocia los grados de su mal, y sabia tambien como el médico, que se encontraba fuera de peligro y que solo la falta de fuerzas podia atormentarle. Esta debilidad, no obstante, debia tenerla mientras estuviese prisionero. Francisco I queria que sanase; mas se reservaba la ocasion de ponerlo bueno.

El Generalisimo adivinaba el pensamiento del Monarca y con la ayuda de su jóven sirviente trataba de combatirlo.

Cuando el oficial se recostaba, y se retiraba el profesor, el



niño se echaba en un colchoncito, cerca de Alberto, y un centinela dentro y otro fuera vigilaban al preso.

Tales precauciones y muchas que omitimos, no evitaban el que Silva hablase con su pajecillo y el que anduviesen de por medio papel y lapiz; verdad es que la sagacidad del rapazuelo, valia en esta ocasion tanto como el claro talento del héroe.

Pasaron cuatro dias, y el doctor se desesperaba, no solo por el continuado silencio del paciente sino por el disimulo con que este ocultaba los progresos de su admirable cura. Cada vez demostraba mas languidez, postracion y dolencias; pero sin quejarse, con un azoramiento y contracciones tan verosímiles, que hacian dudar al Galeno, pues aunque sábio ignoraba mas que la victima. Para el niño no era asi, antes por el contrario, conocia el verdadero estado del enfermo, pero el barbilampiño disimulaba mejor que un jesuita, y lejos de vender á su amo con alguna imprudencia, le ayudaba á fingir y á todo lo que queria.

Eran las nueve de la noche, cuando entró en la estancia un oficial y dió un recado al médico, otro al alferz, llevándose consigo al primero. El misterio con que habia sido practicada esta operacion, sorprendió al paje é hizo que Alberto se descubriera el rostro y permaneciese asi. Media hora despues se abrió la puerta de la prision y apareció Francisco I, seguido de Vissó, del profesor y de varios ayudantes de campo. A una señal del capitan sicario salió el oficial vigilante, y seguidamente entró el Rey, quedando á la parte de afuera su comitiva. El Soberano penetró con semblante risueño. Lo primero que halló á su paso fue al pajecillo que le besó la mano, diciéndole en aleman:

—Gracias, noble señor; me cumplió su palabra V. M., y aquí estoy cuidando á mi podre amo. Bien es verdad que no me necesita para nada. ¡Oh se encuentra muy malo!..

—En breve sanará, le replicó el Rey.

—¡Quiéralo Dios! ¡Es tan bueno!.. tan generoso!.. Gran señor, vuestros soldados no me dejan salir del castillo. Ya se ve, como

yo no hablo francés, no puedo rogarles que me permitan tomar el sol y pasear de vez en cuando.

Lo observó el Monarca, y era tal el sentimiento que espresaba su fisonomía, que compadecido gritó:

—¡Vissó! que consientan salir á este hermoso niño dos ó tres veces por semana. Retiraos. Quédate tú si quieres, añadió al paje.

Y seguidamente se aproximó á la cama de Silva hasta tocar con las sábanas. Se fijó en el enfermo, lanzó otra mirada en torno de cuanto le rodeaba, y preguntó:

—Señor Duque, ¿os permiten vuestras dolencias conferenciar unos minutos?

—Haré un esfuerzo, contestó Alberto pálido y con voz débil y temblorosa.

—No quiero que os fatiguis; el médico con quién he consultado si sería peligroso, me ha dicho que no; pero si vos creis lo contrario, me retiraré.

—Gracias, señor, siento no poderme incorporar, mas vos hablad lo que gustéis; yo os contestaré en cuanto me sea dable.

—Ante todas cosas, ¿cómo os hallais?

—Dicen que mejor; puede que sea así.

—Es muy entendido vuestro facultativo.

—Mucho sabe, señor.

—¿Estais contento con él?

—Sí.

—¿Y del trato y habitacion que os dan?

—Tambien. Mi reconocimiento es grande; pues soy un prisionero mimado por la fortuna.

—¿Deseais algo mas?

—Sanar.

—Eso es cuestion de tiempo.

—Creo que sí.

Alberto se espresaba poseido de atroz debilidad, demostrando en lo tardío de sus palabras y tembloroso de la voz una gravedad que en realidad no existia. Sus ideas las desarrollaba mal y aun aparentaba que no las tenia.

—¿No anhelais la libertad, Duque? le preguntó con intencion Francisco.

—¿Para qué la quiero? solo necesito ciencia y medicamentos; esos me los dais; ¿qué mas puedo apetecer?

—Pensad en el porvenir.

—Es inútil, todo lo veo negro.

—Alberto de Silva, añadió el Rey con solemnidad, dejémonos de rodeos y sutilezas; antes de un mes podeis estar curado y en libertad. Servid á la Francia; os haré Almirante de mis ejércitos; os daré un nuevo ducado y tantas tierras como abarque vuestro deseo.

—Gracias, gran señor; todo eso lo tengo ya en España.

—¿Ambicionais mas?

—Si.

—Pues bien, dentro de poco, dominaré el Piamonte; mientras se realiza esta idea os curais y en seguida con el mejor de mis ejércitos pasais á Nápoles, os apoderais de las dos Sicilias, despues de Roma, luego de otros paises y al concluir os regalo un trono.

Al oir Alberto estas palabras hizo un esfuerzo grande y fue á hablar, pero ahogando su voz una fuerte tos, salió la sangre á borbotones de su boca en vez de las frases que deseaba.

Llamó el Rey al médico, dió este á Silva una toma que tenia preparada y cesó la hemorrágia.

—¡Oh en qué momento! decia Francisco con disgusto.

—No es nada, señor, le replico el facultativo. Puede seguir, y salió de allí.

—¿Estais mejor? le preguntó el Soberano.

—Si; pero ya veis que no me puedo mover.

—Y bien, ¿acceptais mi plan?

—Hay una dificultad, y es la imposibilidad que yo veo de llevar á cabo la primera parte de vuestro pensamiento.

Se sonrió el Monarca, y continuó:

—No, amigo mio; os voy á convencer. El gran ejército que tenia Cárlos I en el Piamonte derrotó á mis soldados y se quedó

dueño absoluto de Italia; pero impaciente por alcanzar mas laureos, vino á Francia, entró y se entretiene en cercar á Marsella, sitio que podrá durar años y años sin conseguir otra cosa que un agradable pasatiempo. Interin ellos se divierten, yo he formado otro ejército numeroso, que á mis órdenes marcha esta noche á Turin, pais hoy abandonado y del que espero apoderarme sin trabajo. En Pau están los vuestros, cerca de los muros de Marsella los de Pescara, el resto de la nacion es mio, y en el acto de conquistar esa parte de Italia, la gloria que haya ganado bastará á echar de aquí á mis enemigos.

Calló el Rey y esperó á que el Duque le replicase; la cara de este durante el anterior discurso habia demostrado alegria, afirmando siempre que el Soberano cambiaba la oracion. Hizo un esfuerzo para hablar, y otro golpe de tos acompañado de sangre se lo privó. Esta vez el mismo Monarca alargó al enfermo el resto del medicamento que antes dejara en el vaso. Bebió y cesó el ataque; pero una languidez mortal se apoderó de él. Francisco le miraba ahora con un interés estremado. Por último, con voz entrecortada y sacudimiento nervioso, le dijo el héroe:

Es un gran... plan... lo... lo apruebo, y yo yo... seré dueño de Nápoles... Pero hoy no puedo mas... mandadme del Piamonte las proposiciones ¡ay!... ya nos entenderemos, se... se... ñor...

Le cogió una mano el Soberano, se la estrechó con efusion y salió de allí diciendo:

—Si ese hombre sana, conquistaré el mundo.

En cuanto marchó el Rey, de un salto cayó sobre la cama el paje llorando y esclamando:

—¡Alberto! ¡Alberto mio, tú estás mas malo de lo que yo creia!...

—Imprudente, le contestó el Duque con voz serena, bájate, ¿qué mas da que eche la sangre por la boca que por la herida? Corre, y recuérdale al Rey su promesa de dejarte salir.

En este instante entró en la prision el alfez. El pajecillo se hallaba ya en pié, enjutos sus ojos y en actitud indiferente. Con

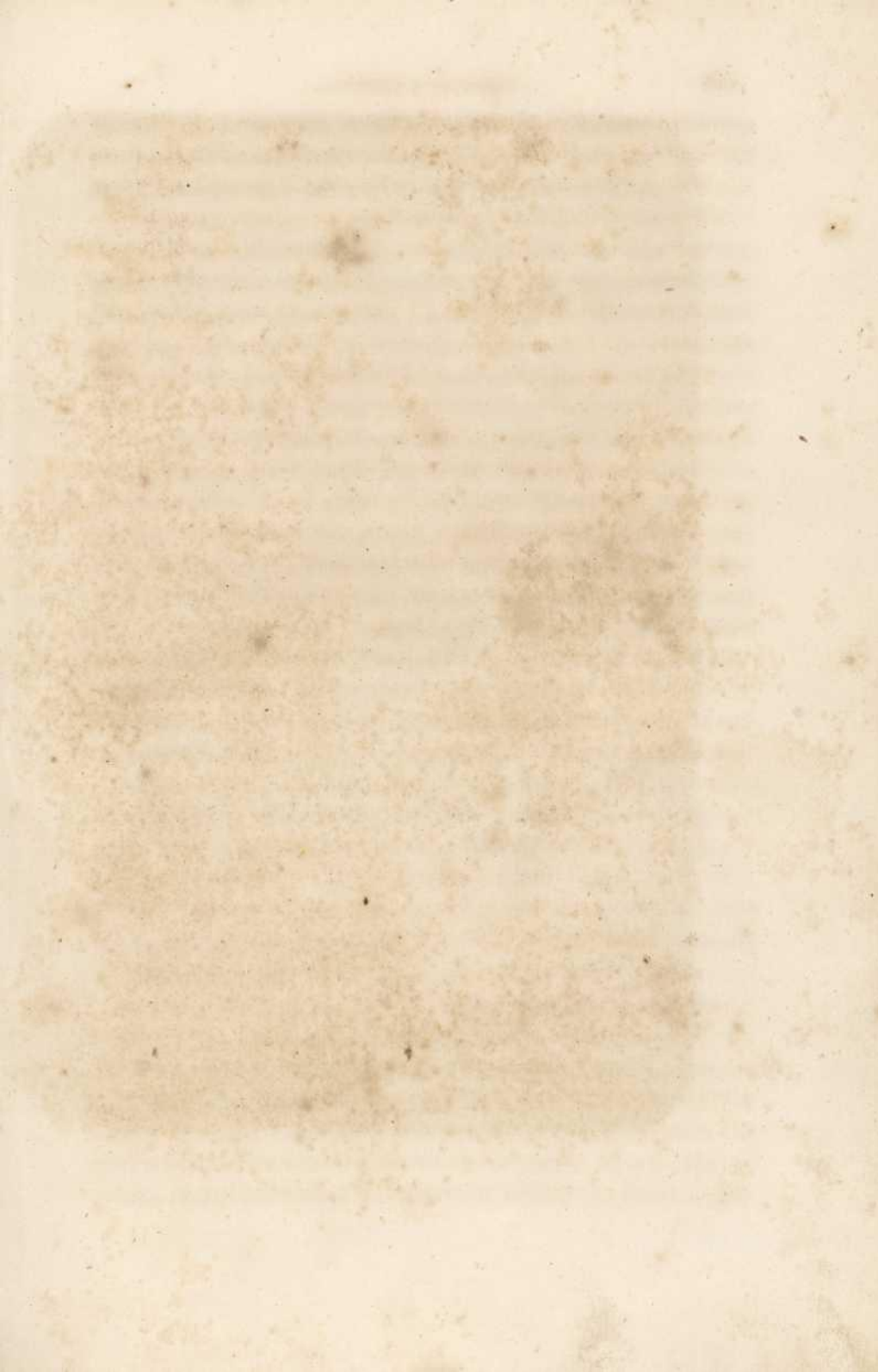
mucha pausa dejó la prision, alcanzó al Monarca y le besó la mano. Admirado el Soberano de la estremada belleza de aquel niño, y del sentimiento que espresaban sus palabras, no pudo resistir á su acento el dia que le rogó le permitiera pasar al lado de su amo y velar por él. Hoy le habia sucedido lo mismo al concederle que saliese del castillo, y en estos momentos que le recordaba su último ofrecimiento le decia á Vissó y á sus ayudantes:

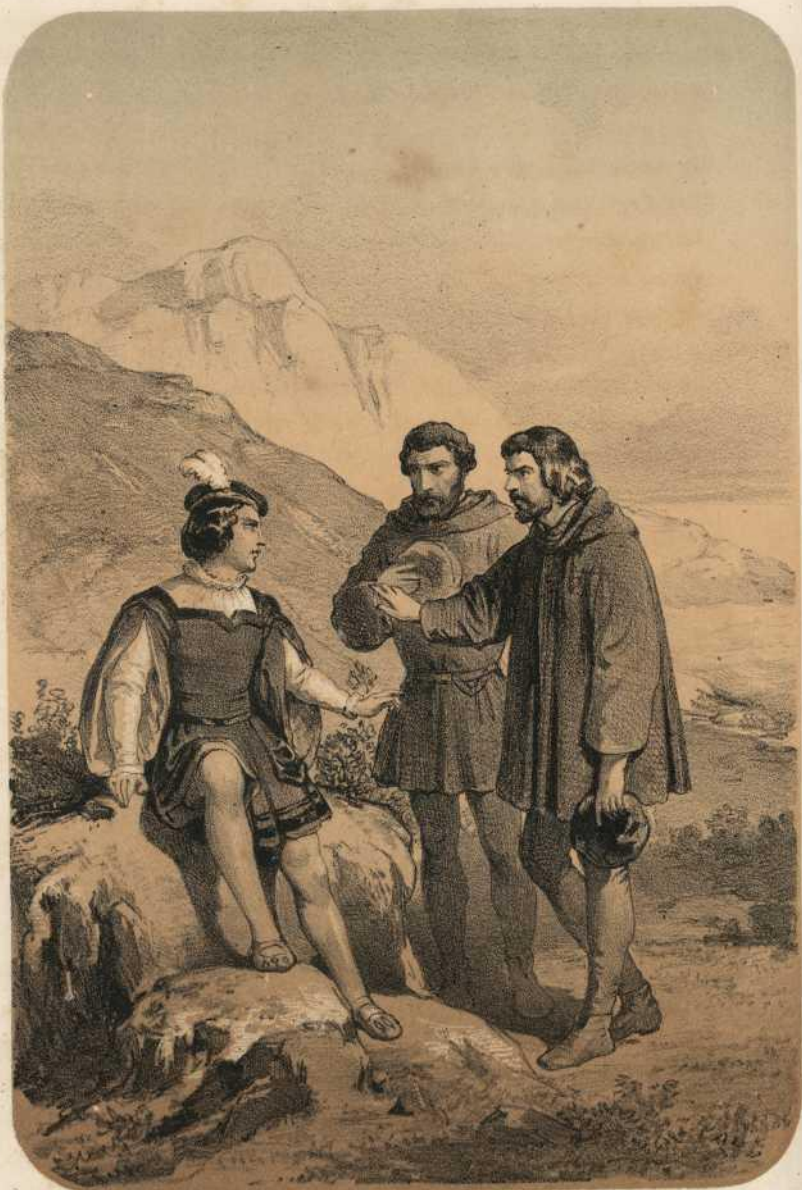
—¿No os encanta como á mí el rostro angelical de este muchacho. Si fuera mujer, ¡por Cristo que no la habria mas hermosa! Mirad esos ojos qué llenos de belleza y sentimiento, ¡oh! se conoce que adora al prisionero, lo cual no me estraña, pues aquel es muy generoso, y el paje agradecido. Vissó, vigilad mucho á Silva, pero á este ángel dejadlo que ande por donde quiera y marche á tomar el sol. No puede hablar con su amo ni con vosotros, y el pobre se aburrirá. Y le alargó ocho monedas de oro, que el adolescente guardó, besando la mano que se las daba.

Poco despues partió el Rey para Italia, y el rapaz entró en su habitacion. A los cinco minutos sabia el enfermo lo que habia mediado entre el Soberano y su criado; los ojos de este eran un libro donde el ingenio del Duque leia sin dificultad alguna.

Pasó aquella noche, y á la mañana siguiente, el pajecillo fue á ver á Vissó, le pidió permiso y salió solo y sin condicion alguna. Lo primero que hizo en cuanto se halló al aire libre fue correr y saltar como un niño sediento de libertad; miró á la torre y notando que no lo observaban, continuó en direccion del mar; cuando estuvo á la orilla y en un sitio que sus ojos buscaron con avidez, comenzó á cantar la siguiente estrofa:

Los valientes que anhelais
lucha y guerreras contiendas,
abandonad vuestras tiendas
y hácia mi campo venid.
¿Qué haceis? ¿porqué no llegais?





C. Mugica dib. y lit.

Lit. de J. Honan Madrid

-Muy bien, querido padre, pronto lo veremos bueno y.....y en libertad,

si el miedo no os acobarda
llegad; la ocasion aguarda
al venturoso adalid.

Se perdió la hermosa voz del jóven en las escarpadas rocas, y quince minutos despues apareció de entre las breñas un pescador que se acercó al niño, con su gorra en la mano y en actitud respetuosa, le preguntó:

—¿Cómo está Alberto?

—Mejor, señor Coronel, ¿y Navarro?

—Vedlo, aquí llega.

Efectivamente, otro pescador, con su gorra tambien quitada, se acercó, besó la mano del paje, y con menos consideracion, pero con un cariño estremado, le preguntó:

—¿Y mi hijo?

—Muy bien, querido padre, pronto lo veremos bueno y... y en libertad.

—¿Qué decis? ¡Oh es muy difícil!

—No desmentid á vuestro jefe, él me lo ha dicho.

—¿El?

—Sí, con sus miradas..., qué quereis, no podemos hablar siempre de otro modo. Pero no perdamos tiempo; tomad.

Y sacó un papelito muy fino hecho muchos dobleces que tenia escondido y se lo alargó.

Durante su lectura lanzó el disfrazado marinero tres exclamaciones. Concluyó y quedó meditando un largo rato; despues cogió un lápiz, escribió veinte líneas y se las entregó al paje, diciéndole.

—Dad eso al Duque. Hoy y mañana están fuera Mendoza, don Alvaro y los seis restantes oficiales que me acompañan; al siguiente dia sabrá el resultado que desea, y tendrá lo demas que pide. ¿Bajareis?

—Sí, á esta hora me hallareis aquí.

—Pues hasta despues. Perdonad si os despido; lo hago para cumplir lo ordenado por mi hijo.

—Adios, padre mio.

—Adios, angel divino, el cielo te ayude y proteja.

—¿No me dais un beso en la frente?

—¡Oh! Bien lo deseaba, pero no me atrevia; recibid dos y mi eterno cariño.

Partió el paje sin que se movieran nuestros guerreros. El niño corria en direccion de la torre, cantando y demostrando una alegria y jovialidad propias de un chicuelo ansioso de distraccion y ejercicio. Los soldados españoles subidos á un montecillo lo siguieron con la vista hasta que entró. Entonces dejó Navarro á sus compañeros.

—Vamos á la cueva, que hoy sobra trabajo para ocupar el dia.

Medio á gatas anduvieron nuestros improvisados marinos cruzando riscos y despeñaderos hasta que llegaron á una caberna por la que penetraron encorvándose mucho. Encendieron una linterna, y bajaron una rampa de veinte varas de larga. Al estremo habia una plazoleta por cuyo piso desnivelado, apenas se podia andar, ayudándole la desigualdad del techo, que siendo ademas muy bajo, presentaba las crestas agudas de una roca. No obstante lo pésimo del terreno, servia ahora de vivienda á un General y á varios jefes de altas graduaciones.

Quando entraron Navarro y D. Alvaro, estaban en el suelo tendidos sobre mantas, Mendoza y seis oficiales disfrazados de marineros. Los dos primeros se sentaron al lado de sus compañeros, preguntándoles estos con bastante ansiedad.

—¿Cómo se halla el Duque?

Navarro se acomodó cuanto pudo, y con alguna calma les replicó:

—Sigue bien. Está fuera de peligro, y segun dice, pronto lo tendremos á nuestro lado.

Los siete se miraron sorprendidos, exclamando:

—¡Quiéralo Dios!... pero es difícil.

—Lo escribe así, y es preciso creerlo. Vamos, pues á lo que en estos momentos interesa mas. Francisco I estuvo ayer en el castillo á visitar á Alberto. Fue con la pretension de ganarlo y que sirviese á la Francia. ¡Imbécil!... Esta entrevista ha proporcio-

nado conocer sus planes y poderlos destruir. Mientras el general Pescara abandona el Piamonte y se entretiene en reconocer los muros de Marsella, el Rey marcha á Italia, con uno de los mejores ejércitos europeos, y pronto, muy pronto, si no lo evitamos, se verán arrolladas nuestras águilas imperiales. Pronto, muy pronto, si el Marqués no corre á la Lombardia, caerá en poder del enemigo Milan, Pavia, Génova y hasta Nápoles. Es, pues, preciso que prepareis el bote grande; que cubrais vuestros cuerpos con las mejores cotas de malla; que escondais en el fondo de la barca vuestros mosquetes, espadas y puñales, y desafiando el peligro, que llegueis á la playa de Marsella. Vos Mendoza, enterareis al Marqués de cuanto ocurre y le direis que es indispensable que parta á Italia en el momento; que el duque del Imperio se lo ordena. Si os acometen, defendeos, y mientras quede uno de vosotros, seguid adelante y que el General sepa lo que el Emperador quiere. Volad, no os detengais un momento. Os aguardo solo, pues tambien parte D. Alvaro.

Ocho minutos despues, el Coronel y los oficiales españoles, con su conocido disfraz, pero forrados interiormente de hierro y con una abundante provision de arcabuces, balas y pólvora, caminaban en direccion de Marsella.

Cinco quedaron escondidos en el fondo del bote, manteniéndose dos sobre cubierta. Cogida esta pareja á los remos, anduvo la barca media hora, surcando pausadamente. En estos momentos en que perdieron de vista el castillo, salió el atleta, y añadiendo otro par de remos, comenzó á darles tal empuje, que la lancha cruzaba como si fuese movida por una de nuestras modernas máquinas de vapor. Felizmente para los viajeros, el pielago estaba en completa calma y nada interrumpia la veloz carrera que llevaba. Todo el dia y parte de la noche continuaron asi. A la madrugada siguiente dieron vista á la ciudad. A un cuarto de legua de distancia, se acercaron á la orilla, y desembarcando á Mendoza y á uno de sus oficiales, se retiró el bote á trescientos pasos de la playa.

Cubiertos los dos supuestos marineros con mantas propias

del oficio que representaban, y llevando escondidos debajo de estas un magnífico mandoble cada uno, se dirigieron al campamento español, penetrando en él sin dificultad alguna. Detenidos por las avanzadas, se hicieron conducir á la tienda del Marqués-general. Se hallaba aquel reposando cuando le anunciaron la llegada del ex-comunero.

Pescara habio oido contar los hechos del intrépido gigante, los de Alberto de Silva y los de todo el ejército expedicionario. Asi es, que en cuanto pronunciaron su nombre, se tiró de la cama, vistióse y lo hizo conducir á su presencia.

—Seais bien venido, le dijo, valiente Coronel; sentaos y hablad lo que querais; estoy á vuestra disposicion.

—Gracias, señor, respondió el supuesto marino, permaneceré de pié, pues deseo despachar lo mas pronto posible; os advierto, que me aguarda con impaciencia el general Navarro.

—Está bien, podeis comenzar cuando gusteis.

—Os voy á participar una noticia grave, muy grave, debida al duque del Imperio, que enfermo y prisionero se ha dignado comunicárnosla.

—¿Qué, no ha muerto el héroe Alberto? preguntó admirado el general Pescara.

—Felizmente no; se halla bastante mejor, y tan cuidadoso como siempre de los intereses del Emperador.

—Mucho me agrada la noticia, creedlo Coronel; me acabais de proporcionar una sorpresa llena de placer.

—Lo supongo; oid ahora el descubrimiento hecho por el Generalísimo. Mientras que vos os entreteneis en el sitio de una ciudad, que á nada conduciria tomarla, y que no arrancareis á sus dueños, el rey Francisco I ha formado uno de los mejores ejércitos de Europa, y marcha en estos momentos hácia Italia, donde caerá en breve, destruyendo la gloriosa reconquista que vos apenas acabais de terminar. El general Navarro me encarga os lo participe asi, para que tomeis vuestras determinaciones, como jefe que sois del ejército italiano.

—¿Y decis que esa nueva nos la comunica el duque del Imperio?

—Así es la verdad.

—¿Quién se la ha llevado á Navarro?

—Un paje de Silva.

—Os ha engañado ese niño, Mendoza. Podeis decirle al General, que el chicuelo, de quien tan locamente se fia, lo está vendiendo.

—Os advierto, señor Marqués, que el paje entregó el papel; pero este iba escrito por el Duque.

—No importa; habrán imitado su letra, y será de nuestros enemigos. Es un magnífico ardid por el que pretenden hacerme levantar el cerco de Marsella y socorrer una plaza que antes de veinte dias tendré en mi poder.

—Siento que esteis tan mal enterado de lo que pasa dentro de la ciudad, y que hayais supuesto á Navarro capaz de ser burlado por un niño. Siento que no conozcais al duque del Imperio ni á los que le rodeamos. Pero esto no tiene nada de particular; jamás nos hemos visto, no hemos guerreado juntos y vuestras glorias de Italia han oscurecido para vos, nuestras heroicidades de Francia. He cumplido mi mision, Marqués; recordad el aviso que os he dado hoy, para que mañana podais apreciar toda la responsabilidad que ha de caer sobre vos. Que el cielo os guarde.

—Oid, Coronel.

—Es imposible, General; me esperan mis jefes.

—Os mando que os quedeis.

—Adios, Marqués, solo sirvo á Carlos I, solo obedezco al generalísimo del Imperio.

Y sin mas preguntas ni respuestas, partió de allí, lleno de indignacion. Pescara quiso detenerlo; pero convencido que solo lo conseguiria por la fuerza, desistió de su empeño, por no agravar una cuestion que podia traerle fatales consecuencias. Conocia la influencia de Alberto y los suyos con el Soberano, y creyó prudente dejar marchar al altivo Coronel. No obstante esto, le siguió con la vista, mirándolo cruzar por medio de su campamento, como el corzo cuando huye perseguido por los cazadores. Le vió llegar á la playa y dirigirse hácia la orilla del mar; cerca ya de esta, notó

que el atleta movió un pañuelo blanco, y cinco minutos despues una lancha guiada por seis hombres atracó á la orilla. Entonces Mendoza descendió de una pequeña altura donde se hallaba subido, y se fué al bote, pero al poner los piés en la tabla, salieron de entre unas breñas, que habia á la izquierda, hasta veinte soldados franceses, que precedidos de dos oficiales, cayeron como un rayo sobre la lancha y su tripulacion. En pié sobre la tabla, nuestro valiente español, tiró de su mandoble, y de un tajo dejó tendido al primero que se atrevió á imponerle la rendicion, saltó luego á tierra, y gritando ¡ á ellos! comenzó á defenderse con todo su brío, su terrible fuerza y esa admirable destreza que ya conocemos en él. Los diez y nueve soldados cargaron en el acto; pero apenas habian andado diez pasos en direccion del castellano, se oyó una descarga, y seis de ellos rodaron exánimes; un momento despues, otros tantos hombres espada en mano se pusieron al lado de Mendoza, que en poco tiempo dispersaron á siete, únicos que pudieron escapar. No contentos los españoles con las trece víctimas que quedaron á sus piés, todavía siguieron detrás de los que huian, hasta que oyeron la voz del Coronel, que les mandó retirarse.

En este momento se presentó en el sitio de la lid un destacamento procedente del campo sitiador. El marqués de Pescara siguió con la vista, como ya sabemos, al atleta; y viendo la celada que le habian preparado, envió cuarenta caballos, con órden de favorecer á los marineros, y que los llevasen despues á su presencia.

Este pequeño chispazo de guerra lo motivó el que, notando los franceses desde la plaza el desembarque de Mendoza, lo habian supuesto un espía; y siendo dueños del mar, emboscaron los veinte soldados, con objeto de sorprenderlos y llevarlos ante el gobernador. Ni el número de los que querian apresar, ni la poca distancia á que se hallaban del campo enemigo, les habia permitido mandar mas combatientes, juzgando por otra parte, que sobraba gente para siete hombres.

Quando llegaron los de Pescara, los marineros se disponian á embarcarse y partir. Adelantóse, pues, el jefe de la caballería, y

despues de admirar el valor de aquellos bravos, por el número de franceses que existian tendidos, se dirigió á los de la lancha, diciéndoles:

—Señores, el general ha dispuesto que os prestase auxilio y os lleve á su tienda; puesto que lo primero no es necesario, os ruego me acompañeis.

—Dad las gracias, respondió Mendoza al Marqués, añadiéndole, que nos es imposible obedecerle.

—Es preciso, replicó el otro, que me sigais; me lo ha ordenado, así, y no me iré sin vosotros.

—Ya! mas es el caso, que pretendéis un disparate. Mucho sentiria tener que unir á esos cadáveres algunos otros españoles; pero si os empeñais veremos cómo cumplen los soldados de Italia los mandatos de sus jefes.

Y gritó:

—¡A la lancha, señores!

Y saltando todos, quedó Mendoza sobre la tabla, fija la punta de su espada á la garganta del oficial del campamento, el cual intentó arrojarse sobre los que querian embarcarse. De otro salto se puso el gigante en el barco, retirando la tabla y cogiéndose á los remos. La caballeria llegó al lado de su jefe, teniendo los potros parte del cuerpo bañado por el agua. No se habian atrevido sin embargo á pasar de allí, pues los compañeros del Coronel, estaban ya sobre cubierta, apuntándoles con seis arcabuces. Un segundo despues, el vagel caminaba para alta mar, y los soldados del ejército de Italia tristes y cabizbajos se dirigian á la tienda de su General, llevando únicamente la vergüenza de ser burlados por siete marineros.

La leccion fue buena, pero el bravo y entendido Pescara no la supo aprovechar, y continuó manteniendo el cerco de Marsella. Esto era hijo de esa rivalidad tan propia en la gente de guerra. El jefe del ejército italiano se suponía tan héroe como Alberto de Silva; y aun cuando valia mucho, distaba tanto del Duque como él de un general ramplon.

A media noche llegaron Mendoza y los suyos á la cueva donde les esperaba Navarro.

—¿Qué hay, señores? les preguntó éste con alguna impaciencia.

—Poca cosa, contestó el Coronel sentándose; por ser esta la única postura que le permitia su baja habitacion, y añadió:

—El Marqués no ha creído la noticia que le he llevado; le he advertido la responsabilidad que recaia sobre él, y sin oírle mas partimos. Matamos doce ó catorce franceses que querian estorbar nuestro reembarque, nos burlamos de un destacamento español, que llegó á auxiliarnos cuando teniamos terminada la función, y que pretendia llevarnos ante su General; y hénos aquí sin otro incidente.

—¡Voto al demonio! exclamó Navarro; ¡ese Pescara es tan valiente como terco é incrédulo!... Pero nada se ha perdido si mi hijo sale de la torre; y cuando él lo ha dicho... Hablemos de otra cosa. ¿Estais fatigado?

—No.

—Pues bien, mi incansable amigo, acompañado de D. Alvaro, id á la villa inmediata y comprad lo que dice esa lista, pues son pastas alimenticias y otras cosas que pide Alberto.

A la mañana siguiente, como á las ocho de ella, oyó Navarro la voz del paje, que entonaba la cancion que ya conocemos, y salió á su encuentro, llevando en la mano un paquetito y una carta para el Duque. Cruzaron algunas palabras, le entregó el niño un papel que le dió su amo, y cuya lectura llenó de placer al excomunero; y despidiéndose ambos, partió el mancebo escondiendo antes las pastas alimenticias y el escrito que le confió el General. Pocos momentos despues se hallaba en la prision de Alberto, contemplando á éste, que sentado sobre el lecho conversaba con el médico.

—Estoy bastante mejor, amigo doctor, le decia; os debo la vida, y no puedo por menos de admirar vuestro claro ingenio y elevado talento. Por Cristo, que si caigo en otras manos me voy

derecho al cementerio; mis enemigos, voto á Lucifer, no estaban muy bien con mi existencia, y trataron de arrancármela. Y si no lo consiguieron fue, en primer lugar, porque los franceses se olvidan en el combate de que para herir de muerte es necesario dirigirse al corazón; y en segundo, porque vos habeis obrado un milagro, salvándome la vida que casi tenia perdida.

—Mucho me envanece vuestro elogio, señor Duque, replicó el Galeno; he hecho cuanto he podido, y si un milagro no, por lo menos ha sido una cura que formará época en mi carrera. Pero no es esto solo lo que hoy me complace: es otra noticia que todavía no os he dado. Nosotros los médicos, tenemos cariño á los enfermos á quienes hemos sanado, y si alguno de estos fuese por casualidad uno de esos hombres que han causado la admiración del mundo, que deben escitarla todavía, entonces lo adoramos. Mañana, cuando al frente de los ejércitos deis cima á uno de esos hechos que tanto elevan, esclamaré: ¡Oh! toda esa gloria me la debe á mí; si yo no hubiera salvado su vida, ese gigante, á cuyas plantas se humilla hoy un imperio, sería un cadáver; un asqueroso monton de huesos roídos por un enjambre de gusanos. Hé ahí porque la nueva que voy á participaros me ha llenado de placer. Oidla: el Soberano me encargó antes de marcharse, que tuviese con vos las mismas consideraciones que con un Príncipe de la sangre, que se hallase prisionero; me mandó que os cuidase mucho, que velase dia y noche por vuestra existencia y que os permitiera, acompañado de mi persona, pasear por toda el castillo.

—Si, contestó Alberto, no me estraña, pues vuestro amo y yo hemos de ser todavía amigos.

—¡Quiéralo Dios! replicó el médico, y continuaron hablando todavía mas de dos horas, encantando al Galeno las bien espresadas ideas que relató su elevado cliente.

Ahora es necesario retroceder un poco. Francisco I quiso matar de una manera astuta al héroe Alberto, suponiendo que solo su genio causaba las derrotas y baldon de sus ejércitos. Este era el pensamiento; para realizarlo, citó al enemigo, le presentó batalla y doscientos sicarios acometieron al jefe español por la espalda,

de la manera que hemos visto. Al principio de la accion , creyó que asesinado Silva, le seria fácil, valido del pánico que este hecho causaria en sus contrarios, caer sobre ellos, esterminarlos, echarlos de Francia y lavar una mancha que tanto le deshonoraba. Visto que era imposible , atendiendo á las felices disposiciones del Duque y á la bravura de los castellanos, ordenó la retirada mientras Vissó despachaba su terrible comision, temeroso de perder sus floridas huestes. El capitan sicario llevó á cabo su empresa , mas cuando el Rey quiso retroceder de un modo decidido, era ya tarde; sus parciales estaban cortados, los soldados amedrentados y dispersos, y los contrarios mas audaces, mas osados y sobre todo mas sanguinarios que antes de ser inutilizado Alberto. Francisco vió caer á miles y miles de los suyos, y él mismo tuvo que huir de una manera vergonzosa, salvándolo el arrojo y hasta heroismo de la escolta que le rodeaba. Se retiró al pueblo que ya conocemos y allí le enteró Vissó de que el Generalísimo español no estaba muerto. Esta noticia disgustó mucho al Monarca, pero lo tenia en su poder , sujeto á su voluntad , y no era poco. Despues le participaron que habia sucumbido casi todo el ejército á manos de los enemigos, los cuales no daban cuartel á nadie. Ciego de ira, iba á dar la órden de que ahorcasen á Silva en aquel mismo instante, cuando se presentó Mendoza, y tan á tiempo, que si hubiera tardado diez minutos llega tarde.

Las amenazas de Navarro, la sangre humeante que todavia miraban sus ojos, la pérdida completa de su mejor ejército y lo comedido de la peticion, hicieron variar de pensamiento al Soberano, mandó sanar á Silva á toda costa y aceptó las condiciones que le propusieron, pues segun decia, se hallaba de este modo libre de un rival tan fiero, y teniéndole en su poder nada debia temer de este, aguardando por el contrario que un dia lo haria partidario suyo, ó rehecho y fuerte concluiria con su existencia, sin miedo á las consecuencias. La idea era muy buena; como se ve discurria con acierto y al admitir la generosa transacion de sus contrarios, iba ganando mucho, pues estos no dudaron sacrificar sus glorias, conquistas y porvenir, á trueque de salvar al que

todo lo habia ganado, al que todo se lo debian. Esta accion de los españoles en Francia dice lo que eran aquellos nobles y caballeros castellanos, asombro del mundo en una época en que se les miraba tan valientes como hidalgos y generosos.

El Duque fue cuidado desde este dia con el mayor esmero, encargando su cura al primer médico de la Corte. En cuanto al enfermo, fue poco á poco recobrando, primero la razon y luego la salud. Cuando pudo pensar, estudió su posicion, las causas que le tenian asi y despues los medios de fugarse. Solo, entre su mayores enemigos, vigilado constantemente por varios de sus terribles carceleros, sin amparo é ignorando la suerte de los suyos, parecia que no habia manera alguna de recobrar la libertad: pero su claro ingenio, que todo lo veia, que hasta adivinaba, no le abandonó en estos momentos, por lo cual, á pesar de tanto inconveniente y dificultades se decia. — Alguno de mis ex-comuneros ha de quedar, y este no se estará quieto; él me hará saber que existe y entonces tendré un instrumento; con él y una ocasion me es bastante. ¡Oh, añadia, yo he de salir de aquí, y el dia que halle en el campo, ay de los franceses! ay de los asesinos que me sujetan!

Asi discurria Silva, postrado en el lecho del dolor y en circunstancias en que otro juzgaria imposible abrigar esperanza alguna de recobrar la libertad. Ocho dias llevaba ya de mejoría notable y seis mas de esperar, cuando le presentaron un paje, que habia conseguido permiso del Rey para cuidarle. Al verlo el Duque se estremeció, lo miró luego muy detenidamente y notando la atrevida resolucion del niño, hija de una fuerza de voluntad á toda prueba, dijo para sí. — ¡Dios me lo envia! no en valde confiaba en su divina proteccion. ¡Oh, ese tierno ser no sabe batirse, pero me ayudará mejor que mis amigos! y quedó con una indiferencia á cuanto le rodeaba, que nadie pudo sospechar lo mucho que aquel mancebo iba á influir en la suerte futura de su amo. En cuanto al chiquillo, se acercó al enfermo, y le demostró bastante solicitud, pero con tan fingido respeto y sumision que acabó de engañar á los presentes.

Pronto supo el héroe lo que habia ocurrido por boca de su

:

paje, que unas veces por señas, otras cantando, otras en aleman, y de mil ingeniosos modos, le fue enterando de todo, añadiendo, que Navarro, Mendoza, D. Alvaro y varios oficiales se hallaban á cuatro pasos de allí. Le dió papel y un lápiz y dos dias despues de entrar en la torre, ya sabian los ex-comuneros de Alberto, por papelitos que el niño les echaba al primer descuido de sus espías, y los que iban precedidos siempre de una copla en español que atraia como por encanto á algun marinero de aquellas cercanias. Luego pudo salir y entonces todo fue fácil.

Cuando llegó el paje, dijo Alberto.—Ya tengo el instrumento. El dia que el Rey lo quiso ganar, exclamó:—Hé aquí la ocasion: pero aun es pronto; la aprovecharé no obstante; me enroscaré en la mano la cenagosa serpiente que intenta sumergirme en su lodazal y con ella daré fin de mis enemigos. Oh! esta vez tendré con vosotros la misma caridad que usásteis conmigo, cobardes egoistas! pues si vivo se lo debo á los míos no á vosotros.

A pesar de la ira justísima de la víctima, no por eso hizo nunca traiciones, ni aun se valió de palabras engañosas. Sus contestaciones al Monarca y á todos los que le hablaron de venderse, fueron siempre dichas con doble sentido, llevando su delicadeza hasta un punto que pudo comprometerlo. Se equivocaron Francisco I, el doctor y Vissó, mas Silva no tuvo la culpa de que no supiesen interpretar sus frases.

Empezó pues fascinando al médico con su mucho talento y agradable conversacion, lo que consiguió facilmente, pues aquel era hombre de ciencia, muy aficionado á lo elevado, y el ingenio del Duque lo encantó.

Hechas estas aclaraciones, volvamos á reanudar el hilo de nuestra historia.

Dejamos al enfermo en agradable conversacion con el Galeno. Concluyeron y pasó aquel dia sin que nada ocurriese de particular; llegó el siguiente, y como á las doce de su mañana entró el doctor en la prision del paciente, le invitó á dar un paseo, y aceptado el ofrecimiento, con un cuidado esquisito lo vistió despues de haberle oprimido las ligaduras que cubrian sus heridas.

Media hora mas tarde, cogido al brazo del profesor y seguido de su fiel paje, recorria el caudillo español las habitaciones del castillo.

Al otro dia se practicó la misma operacion; estos paseos sentaban muy bien al héroe, segun espresaba, quejándose únicamente de la gran debilidad que manifestaba atormentarle. El Galeno lo sujetaba á una dieta rigorosa, por convenir asi al rey de Francia; tal era el temor que tenian de que se hallase fuerte y en disposicion de obrar, pero el Duque combatia perfectamente esta segunda enfermedad, con pastas alimenticias, que su sirviente le suministraba diariamente.

La tercera noche correspondiente á los dias de paseo, la pasó Alberto dibujando la parte interior de la fortaleza. Concluido su trabajo durmió, y á la mañana siguiente hizo que el niño saliese muy temprano llevándole á Navarro el mapa que acababa de trazar, acompañado de una estensa carta.

Su robusta naturaleza y el talento é interés del médico, lo tenian ya casi bueno. Treinta dias habian bastado para dar completa cima á una cura un punto menos que milagrosa. Sano ya el héroe, precipitaba los acontecimientos.

Veamos pues como intentaba realizar su atrevida fuga.

A las nueve volvió el paje con un paquetito, y otra carta en contestacion á la del Duque. El niño fue contento, pero regresó triste y cabizbajo. Lo miró su amo y se sonrió de una manera tan espresiva, que le hizo dudar; mas volvió á inclinar su hermosa cabeza, exclamando en aleman:

—¡Temo! ¡temo!

Al oir estas frases se incorporó el enfermo y con acento grave, replicó:

—Recordad quien sois, vuestro nombre, la sangre que circula por vuestras venas y... que estoy ya fuerte.

Alzó su bella faz el adolescente, y con amor y ternura estremadas, fijando cada vez mas sus ojos, se sonrió, diciéndole, por única contestacion:

—¡Obrad!..

El alférez no habia podido comprender otra cosa, del diálogo anterior, que el uno regañaba al otro en un idioma que él no conocia.

Por último, á las tres de la tarde de aquel dia se presentó un fuerte destacamento á la puerta de la torre; llamaron y se anunció el coronel Mendoza, que en cumplimiento de lo pactado venia á saber de la salud del preso.

Sin dificultad alguna penetró el español en el castillo, y poco despues en la habitacion de Alberto. Esta vez iba como todos los de su escolta, cubierto de hierro y escondida la cara debajo de la celada.

Entró y alargó la mano á su amigo con el cariño de que era capaz el noble atleta. Enterado despues del buen estado del paciente, le preguntó á Vissó si podia descansar allí; y contestando afirmativamente se sentó.

La fisonomia del convaleciente, lejos de haber experimentado grata emocion con la llegada del castellano, solo dió señales de una indiferencia tan marcada, que casi parecia desprecio. Lo que observado por el capitán francés y el médico, se cruzaron una inteligente sonrisa, como diciéndose:

—¡Será nuestro!

Media hora permaneció Mendoza en aquel sitio, sin hablar, fijos sus ojos en el enfermo, pero éste ni se dignó mirarlo.

Al cabo de este tiempo se levantó, y preguntó:

—Tengo órden de ofreceros dinero y cuanto os haga falta; ¿queréis algo?

—El rey de Francia, señor Coronel, respondió aquel, me da lo que necesito, y me hallo tan bien, que no hecho de menos mi país.

—¿Nada teneis que mandar?

—Si; decid á Navarro, que puede en lo sucesivo excusar vuestras visitas. Añadidle, que me encuentro bueno, y que ya le enterarán los acontecimientos de la conducta que me propongo seguir en adelante.

Sin mas esplicaciones partió el gigante de allí triste y cabizbajo al parecer, con los ojos vendados y cogido del brazo del alférez.

Bajó á la puerta del castillo, le descubrieron, echó un voto muy significativo, montó á caballo, y seguido de su gran escolta metió espuelas y comenzó una carrera que era muy difícil seguir. Quince minutos continuó de este modo; llegó á un espeso bosque, se internó doscientas varas, saliéndose del camino; y mandó hacer alto. Al poco rato se le incorporó un oficial de su comitiva, y le dijo:

—Señor, segun me ordenasteis, me quedé atras y observé; nadie os ha espiado; puedo asegurároslo.

—¿Lo hiciste con disimulo?

—Si, señor; encabrité mi caballo, le obligué á dar veinte vueltas, repetí esta operacion varias veces, y asi he seguido mirando lo que pasaba en pos de la escolta.

—¿A nadie habeis encontrado?

—Si, una sola persona encaramada sobre una roca, con traje de pescador, que cruzada de brazos me dijo:—Bien, alferéz, muy bien; manejaís admirablemente vuestro alazan, y teneis toda la discrecion y acierto necesarios. Decid á vuestro Coronel, que le espero con impaciencia. Marchad, que nadie mas que yo os aeecha.—El cielo os guarde, mi General, le contesté:—Y á vos, me replicó, valiente alferéz; quiera Dios que mañana os haga teniente mi hijo. Sin mas incidentes partí.

—¡Buena memoria tiene el subteniente!

—Gracias, señor; pero, qué, ¿no os gusta mi traza?

—Sí, voto al demonio, y vuestro entendimiento, como ha dicho Navarro; parece imposible que de Espliego haya podido salir un hombre como vos.

—De Priego, señor, de Priego.

—Los mismo da, los dos nombres son detestables.

Y continuaron andando en direccion opuesta; es decir, volviendo hácia el castillo y por entre riscos y bosques habitados únicamente por fieras y aves de rapiña.

Con gran trabajo caminaron dos horas sin descansar un instante; solo conociendo el terreno perfectamente y llevando corzos por caballos, ó caballos que saltaban como corzos, se podia marchar por el sitio elegido por nuestro intrépido Coronel.

Por último, llegaron á una esplanada bañada por el mar y guarecida por montes y espesa arboleda; allí se detuvieron: estaban á mil varas de la torre. Mandó echar pié á tierra Mendoza, tocó un silbato y al momento apareció una lancha con cinco pescadores. Desembarcó uno de ellos, y despues de cruzar algunas palabras con el atleta, partieron ocho soldados y recibieron varios fardos cargados de raciones, que el bote trasportaba.

—Don Alvaro, dijo el Coronel al marinero que habia saltado en tierra, procurad que ginetes y caballos coman bien, muy bien. Señores, añadió dirigiéndose á los demas oficiales, queda Don Alvaro ocupando mi puesto; obedecedlo ciegamente en esta ocasion de terrible prueba para todos los que adoramos al invicto Duque.

Se quitó aquel su traje de marinero, y presentando otro completo de guerra, estrechó cariñosamente la mano de Mendoza, diciéndole:

—¡Qué Dios nos ayude hoy!

—¡Qué el cielo nos proteja en este angustioso dia!

Don Alvaro dictó acto continuo las órdenes convenientes, y cada uno marchó á su sitio, tanto para estar prevenidos y evitar una sorpresa, como para dar á la tropa y caballerias el descanso y alimento necesarios.

El gigante se dirigió al bote, entró en él, se cubrió sus arrees militares con unos andrajos de pescador, se tendió sobre la lancha y gritó á sus cuatro compañeros:

—¡A nuestra guarida!

Ocho remos comenzaron á moverse y el barco á surcar el agua con una rapidez prodigiosa.

Cinco minutos tardaron en llegar al punto donde se encaminaban; allí metieron el bajel entre unas rocas, y ya en tierra anduvieron medio cuarto de hora, penetrando en seguida en la caverna que ya conocemos.

A la puerta les esperaba Navarro: estaba anocheciendo.

—¿Hay contraórden? preguntó el Coronel al General.

—No, contestó éste; antes por el contrario, me dice el Duque, que no se pierda un instante y que podemos obrar sin temor. Ea,

pues, señores, añadió á los marineros, en cuanto sea de noche, sacais los caballos, os poneis vuestros trajes de guerra, y llevando del diestro los otros cuatro potros, os aproximais á la torre, ocupando el sitio que os he designado. Valor y discrecion; el héroe Alberto os espera; vuestro señor y padre confia hoy en vosotros; sed tan buenos como él.

Se abrazaron y en el mismo momento partieron Navarro y Mendoza en direccion del castillo, con varios útiles de acero como para hacer barrenos.

Arrastrándose unas veces, y saltando otras, cruzaron por entre riscos y despeñaderos el terreno que les separaba de la fortaleza.

Ya allí y á la poca luz que quedaba del dia, fue el General reconociendo las gruesas paredes, mirando á la vez un mapa: por fin exclamó:

—Este es el sitio, querido amigo! coged el instrumento y trabajad; veamos si todavia os favorece vuestra fuerza de gigante,

Reconoció Mendoza el muro, buscó la hendidura de dos piedras, y metiendo el barreno comenzó á darle vuelta con la misma prontitud que un molino movido por cuatro caballos. A los pocos instantes, le dijo á su compañero:

—Dadme otro que este ya está en la cruz.

Le alargó aquel un nuevo barreno de dos varas de largo, y á la media hora, cubierto de sudor volvió á esclamar:

—Otro, Navarro, que este tambien llegó á la cruz. Dadme el mas largo y acabemos, voto á Lucifer; ¡Vaya un grueso de piedra y una dureza endiabladas!

—¿Os cansais, amigo mio?
Se limpió la frente el atleta, cogió otro de tres varas y media y replicó:

—Si con este no bastase, os juro concluirlo á puñetazos.

Aun cuando el asunto era sumamente grave, no pudo por menos de sonreirse el General al oír la bravata de su amigo. Aquel siguió haciendo aumentar el taladro de una manera asombrosa. En estos momentos le decia Navarro muy quedo:

—Tened cuidado, pues Alberto asegura que lo mas grueso de estas paredes no puede pasar de tres varas.

Al acabar de hablar aquel, hizo Mendoza un esfuerzo gigantesco y cayó sobre el muro, dándose un fuerte golpe en la cara. El padre de Silva le preguntó:

—¿Qué es eso?

—Nada, contestó; que está el agujero concluido y mi nariz medio deshecha; pero no importa lo último.

Sacó el barreno, y sin perder un segundo metió por el taladro una mecha de veinte varas, dejando fuera un gran pedazo.

—¿Esta bien? le preguntó el General.

—Perfectamente. Solo nos falta prenderle fuego.

—Eso me toca á mí; id vos á la puerta del castillo, y cuando salga Alberto hacedme la señal. Vosotros os marchais al sitio convenido, y allí nos reuniremos. Abrazadme.

Se estrecharon y partió Mendoza, exclamando.

—¡Dios proteja al Duque! hasta luego ó hasta la eternidad!

—¡El cielo vele por él! Id con Dios, mi noble y leal amigo... cúmplase nuestro destino!

Limpiándose el bravo Coronel la mucha sangre que corria por su cara, llegó á la puerta de la torre, y cerca de esta se tendió en el suelo, escuchando cuanto pasaba á su alrededor, fija su diestra al mango de un formidable puñal que llevaba oculto.

Dejemos por algun tiempo á Navarro y los suyos, y sepamos lo que ocurría dentro del castillo.

Despues que marchó Mendoza, quedaron solos el médico, Visó, Alberto y su paje. El primero lleno de placer tomó la palabra, y dijo al héroe:

—Y bien, noble Duque, ya os hallais casi bueno y si fuese necesario lo estariais completamente antes de cuarenta y ocho horas.

—Ya lo creo, sábio doctor, contestó el enfermo; tengo una debilidad que me inutiliza para todo; pero esta, de seguro podia desaparecer muy en breve, si vos quisiérais.

—No deseo otra cosa, señor; en vos consiste...

—¡En mí! No entiendo...

—Pues bien, oidme: No es solo el enviado español el que ha estado á visitaros; ha venido tambien un ayudante del rey de Francia, que llegó ayer con objeto de enterarse de vuestra salud é invitaros á que le sigais. Aceptad, y yo os juro que pronto partireis.

—¿Dónde está Francisco I, amigo mio?

—En Italia, señor, dueño ya de casi todo el Piamonte.

—Si, ya me lo figuraba.

—Y bien, ¿qué contestais?

—No hay inconveniente en ir allí; pero ¿y las condiciones?

—Esas las tengo yo, contestó el sicario, en este pliego que os manda el Soberano.

—Muy bien, señores, muy bien, dejadme con Vissó, pues este asunto es solo para militares.

Salió el médico y el paje, y acto continuo le entregó el Capitán á Alberto un pliego cerrado, que abrió este y leyó detenidamente. Quedó despues largo tiempo meditando, añadiendo en seguida.

—Dice vuestro Rey, que llevaré una escolta de trescientos hombres, mandada por el coronel Vissó. ¡Por lo visto os ha ascendido ya á ese empleo!

—Lo seré en el momento que firmeis esas formalidades.

—Muy bien, señor Coronel, veo que el Monarca hace justicia á vuestros merecimientos, y me complace ademas tener á mis órdenes un hombre como vos. Oid bien lo que os voy á decir: Todo lo mas pronto posible saldré para Italia; no pongo mas condicion, que la de elegir yo la gente que nos ha de seguir.

—Señor, respondió el otro con marcada alegría; si no os gusta la que tengo en el castillo, se os traerá la mejor que haya en Francia.

—Si, pero con el objeto de ver si os evito ese trabajo, quiero reconocer la que existe aquí, pues acaso me agrade, para lo cual os marchais en este momento y en union del Ayudante de Francisco, estendeis las bases de ese contrato; á la vez mandais formar, la fuerza que guarnece la torre, en la galeria grande del Sur. Que estén todos, ¿lo entendéis? que no falte uno; á las ocho en

puntó venís, firmaré, y cogido á vuestro brazo pasaré la revista.

—Se hará como habeis dispuesto. En este momento os quito los centinela de vista, y acabado de rubricar os entregaré hasta las llaves de la fortaleza; desde aquel instante sereis nuestro general.

—Gracias, señor Coronel. No os olvideis de traerme un traje militar; ya conoceréis que el mio no está para presentarme como corresponde. Decid al médico y á mi paje que entren.

Salió el capitán; y Silva exclamó para sí: —Eso es mas de lo que humanamente podia yo desear. Comprendí el objeto de la llegada del ayudante, dispuse mi fuga, aprovechando esta primera ocasion, pero no contaba con que me entregaras las llaves para facilitar en gran mamera mi ausencia, ni con tanta complacencia de tu parte, señor capitán de asesinos; pronto te daré yo el último ascenso.

Un cuarto de hora despues se presentaron el médico y el paje: el primero muy contento estrechó á Alberto, diciéndole:

—Gracias, señor; hace quince dias perdió la Francia un poderoso adalid, pasándose el duque de Borbon á los españoles; pero hoy ha ganado un héroe.

—No merece mi conducta esa alegría, doctor; pero en fin, vos veis las cosas de distinto modo que yo, sea así y no cuestionemos por eso. ¿Quereis hacerme un favor?

—Con mucho placer; mandad lo que gustéis.

—¿Teneis escrita la historia de mi enfermedad?

—No, señor.

—¿Podriais detallarla?

—Sí.

—¿Cuánto tardariais?

—Tres ó cuatro horas.

—Vuestra habitacion está en este torreón, el cual forma cuerpo separado del castillo. ¿No es eso?

—Sí, señor.

—Muy bien; ya veis que me siento tan bueno, que no necesito de vuestros auxilios; en cambio deseo que me escribais esa memoria, pues quiero llevármela á Italia, y marcharé muy pronto.

—Lo sé todo por Vissó, y hoy mismo la tendreis.

—A las ocho pasaré una revista á la tropa de la torre, y á las nueve iré á vuestro aposento á recojerla.

—Son las seis; voy, pues, á estenderla, y espero concluirla para esa hora.

—Que esté bien circunstanciada; si no la terminais en ese plazo aguardaré á vuestro lado.

Salió el médico y quedaron solos el paje y el Duque. Sacó el primero unos cuantos pedazos de ave que llevaba ocultos entre sus vestidos, se sentaron ambos sobre la cama, y con un trozo de pan principiaron á comer. El rapazuelo contemplaba con avidez el rostro del enfermo, no pudiendo sacar otra cosa de su estudio sino que el héroe se hallaba entregado á reflexiones que le embargaban, sin que por eso dejase de satisfacer su buen apetito.

Diez minutos despues amo y criado habian dado fin de las viandas, si bien el uno apenas las probó.

—Creo que no has comido, dijo el segundo al primero.

—No tenia ganas; hacia muy poco que acababa de verificarlo.

—Dame tu puñal.

Sacó el niño lo que le pidió y se lo entregó preguntándole:

—¿Para qué lo quieres?

—Para herir; hoy es dia de sangre.

Al pronunciar Silva estas palabras se habia contraido su rostro en tal disposicion, que asustó al paje, el cual exclamó:

—¡Y no se podia evitar eso! por Dios, Alberto, yo te lo ruego...

—Si, contestó este sonriéndose; vendiendo á Cárlos I y haciéndome francés; es decir, convirtiéndome en traidor y á la vez en defensor de mis enemigos. ¿Deseas eso?

—Jamás. ¿Pero tu elevado ingenio no halla otro medio?

—No existe; mas aun cuando pudiera salir de aquí sin derramar sangre, tendria que matar despues á todos los habitantes de tan hedionda guarida; es decir á mis asesinos. Mira, te debo la vida, te quiero como no es descriptible, te pertenezco, pero serian inútiles tus ruegos para que perdonase á uno solo de los que

villanamente me acometieron, que despues me trataron tan mal, y que intentan por último envilecerme.

—Con todos te atreves, Alberto?

—Sí.

—Eso es imposible; vas á perecer!

—No lo creas; jamás he estado mas seguro que ahora: pero el tiempo vuela y el momento se acerca. Ven.

Cogió el Duque de la mano al paje, lo sentó al lado de su cama, vuelto de espaldas al salon, y añadió:

—No mires atras ni te muevas, oigas lo que oigas, Antes de una hora estaremos fuera de aquí, libres y sin que puedan apresarnos probablemente en adelante. Y guardó el puñal en su seno, se cruzó de brazos y esperó con la mayor tranquilidad.

Un cuarto de hora mas tarde se abrió la puerta de la prison y entró Vissó acompañado de un soldado, el cual dejando sobre la mesa una espada y unos vestidos, salió de allí. Cerró el capitán francés, y uniendo la llave á un manajo, que llevaba consigo, le dijo al Duque:

—Señor, aquí teneis un traje, el acero que habeis pedido, las llaves de la fortaleza y el contrato.

Cogió Silva el último y lo leyó; despues le contestó.

—Perfectamente. Veamos ahora cómo me está el vestido.

Y se lo fue poniendo. Cuando hubo concluido sacó la espada y comenzó á blandirla esclamando:

—¿Sabeis, querido coronel, que no están mis fuerzas tan débiles como juzga el doctor?

—Señor, me alegro mucho; así nos marcharemos antes.

—Yo lo creo, voto al demonio. Vos debeis tirar bien, sepamos si efectivamente tengo aliento para esgrimir un rato. Desenvainad vuestro acero.

Con la mayor inocencia obedeció Vissó y se puso en guardia, suponiendo que solo se trataba de un ensayo.

Al verlo el Duque, se echó sobre él como un leon diciéndole:

—¡Asesino, defiéndete, que ha llegado el momento del castigo!

—Trai!..

Traicion fué á gritar el Capitan, parando el golpe, pero no pudo; antes de acabar la frase le habia atravesado Alberto el corazon. Limpió este el arma, cogió el contrato, se lo guardó, y agarrando las llaves se dirigió apresuradamente al paje, que yacia de rodillas levantando las manos al cielo en actitud religiosa, cubierto su rostro de lágrimas.

—¡Alma noble y generosa cual ninguna, le dijo el héroe; alza del suelo y huyamos!

—¿Y Vissó? le preguntó el niño temblando.

—Vedlo; ya es solo un cadáver.

—Marchemos, contestó el adolescente horrorizado al mirar el inanimado semblante del que há un momento respiraba vida y animacion.

—Límpiate los ojos, dame tu mano y sigue sin temor; ve que Dios nos protege, le dijo el guerrero al asustado niño.

Abrió en seguida la prision, y se encaminó á la salida del castillo con la mayor tranquilidad. Cruzaron galerias, corredores y salones; bajaron escaleras, y por último llegaron sin ser vistos por nadie á la puerta de la torre; metió una, dos, tres, cuatro llaves, hasta que una entró, y quitando á la vez las barras y cerrojos, vieron el campo. Cerró por fuera, y al volverse se halló abrazado por un gigante que le impedia todo movimiento, y que llorando le decia:

—¡Alberto, Alberto mio!

Era Mendoza, que besaba y estrechaba al héroe con mas cariño que consideracion al estado del enfermo.

Devueltas por este tan afectuosas demostraciones, añadió el atleta:

—No perdamos tiempo; seguidme señor Duque.

Y sacando un silbato lo tocó haciendo un sonido estraño, parecido mas bien al graznido de un ave que á otra cosa. Acto continuo cogió en brazos al paje, agarró al convaleciente de la mano y partió aceleradamente por entre rocas y sitios escabrosos. Eran las ocho y cuarto de la noche.

A los diez minutos llegaron á una esplanada que dominaba la fortaleza; pararon, y volviendo á tocar el silbato, dijo á Silva.

—Aquí vendrá Navarro, D. Alvaro y quinientos caballos, con los cuales atravesaremos la Francia y el mundo entero si fuese necesario, estando vos con nosotros.

Poco despues se oyó un ruido de pisadas aceleradas, apareciendo un marinero que se echó sobre Alberto, exclamando:

—¡Ven á mis brazos, hijo mio!

Seria imposible describir la escena habida entre el General y Silva. El hijo y el padre mas cariñosos no se hubieran demostrado mas amor y ternura.

Concluido este acto, preguntó el segundo al primero.

—¿Cuánta mecha dejásteis fuera?

—Cuatro varas, contestaron Navarro y Mendoza.

—Entonces ya no debe tardar mucho en estallar.

Al acabar de hablar Alberto, se presentó un capitan español, y estrechando y besando la mano del héroe, le dijo.

—Señor, á ochenta pasos de este sitio se encuentra D. Alvaro al frente de quinientos caballos.

—Decid al Coronel, que aguarde y que me hallo bueno y fuerte.

Partió, y arrojando Navarro y Mendoza sus trajes de marineros quedaron con otros completos de armaduras, mirando todos al castillo y como presagando un gran acontecimiento.

No se hizo esperar mucho; al poco rato, y cuando estaban sumidos en el mayor silencio, se oyó un horrible estampido, que dejó sordos á los tres y conmovió las montañas de una manera terrible. Fue tan grande y aterrador, que parecia que el mundo chocó con otro globo y ambos se habian estrellado. A la vez siguió un ruido continuado como si se desplomasen multitud de paredes, y á poco se vieron infinidad de llamas devorando objetos que no se distinguian.

El Generalísimo ni se estremeció al escuchar la atroz esplosion, ni apartó la vista de la fortaleza. De pronto, favorecido por el resplandor del fuego creyó distinguir lo que andaba bus-

cando con avidez, y cogiendo á Mendoza por el brazo, le dijo:

—Amigo mio, mirad al norte del castillo; ¿veis un torreón entero?

—Sí, replicó el Coronel.

—No es aquello que asoma por la parte superior, frente á nosotros, una cabeza humana?

—Creo que sí.

—Corred, y si se puede sin gran riesgo, traedme aquel hombre; me salvó la vida y quisiera pagarle su generoso beneficio.

Sin esperar mas, partió el gigante al sitio de la desolacion, y por entre ruinas y llamas dió con una puerta, penetró por ella y subiendo por una tortuosa escalera, despues de mil afanes y fatigas llegó á la habitacion donde habia un desgraciado; fijó á una ventana gritando:

—¡Socorro! ¡socorro!

Sin decirle una palabra, le cogió el atleta por medio del cuerpo, se lo echó al hombro y por el mismo camino se volvió, no sin chamuscar al que llevaba en brazos y sufrir dos ó tres caídas y otros percances propios del sitio y de la accion heróica que acababa de practicar.

Llegó adonde estaba el duque del Imperio y dejó caer á sus piés tan pesada carga.

Con el mayor cariño lo levantó aquel y le preguntó:

—¿Qué es eso, mi querido doctor, estais herido?

Abrió los ojos el Galeno, y reconociendo á su interlocutor, un tanto repuesto, le contestó:

—¿Qué es esto, señor, os pregunto yo á mi vez? ¿Qué ha pasado, qué es de nosotros, qué es del mundo?

—El universo, amigo mio, sigue como antes; nosotros nos llamamos buenos y... nada mas.

—Pero señor, os ruego que tengais la bondad de manifestarme qué ha sucedido en el castillo, qué ha sido de los nuestros y por qué estamos aquí. Yo continuaba escribiendo tranquilamente, cuando de pronto oí un ruido que parecia la fin del mundo; despues sentí desplomarse casi toda la fortaleza; un incendio horrible

siguió á esto, y nada de cuanto ha pasado me puedo explicar ni acierto á comprender.

—Pues es bien sencillo, y en dos palabras os lo voy á relatar: poco despues de salir vos de mi prision, entró el Gobernador, le maté en lucha igual, hui de la torre, pegué fuego por medio de un taladro hecho al efecto, al depósito de pólvora y municiones, y voló, pereciendo en tan espantosa catástrofe cuantos seres habia en él, esceptuando vos, á quien he salvado para poder decirle ahora: señor médico, me curasteis una enfermedad en la que peligraba mi vida, en recompensa os devuelvo la vuestra; estamos en paz.

—Todas vuestras acciones, noble y poderoso señor, son incomprendibles para nosotros los que no alcanzamos un talento tan grande como el vuestro. Me habeis demostrado lo que hicisteis; pero no es fácil adivinar los ingeniosos medios y ardidés de que os valisteis para llevar á cabo la empresa, digna de una cabeza como la vuestra.

—Ya os enteraré mas detenidamente y lo comprendereis con facilidad, sábio doctor. Ahora venid conmigo á Pau, y en llegando quedareis en libertad para seguir á mi lado como médico y amigo ó para marchar adonde mejor os plazca.

Sin mas esplicaciones cogió Alberto de la mano á su paje, oprimiéndosela fuertemente, y en medio de los restantes participaron de allí.

Cinco minutos despues abrazaba el héroe á D. Alvaro, y montaban todos á caballo. Dió algunas órdenes á Navarro, se puso este al frente de los quinientos ligeros y comenzaron á andar, yendo entre los ginetes Silva y el niño, rodeados de Mendoza, D. Alvaro, los demas oficiales, que llegaban al número de diez, y el Galeno. Al poco tiempo de una pausada caminata, pararon á unas cuarenta varas del castillo. Este se habia trocado en ruinas, escombros y cenizas. Aquella gigante matrona de los montes, aquella inmensa mole de muros artísticamente levantada, aquella fortaleza inespugnable, seguro asilo de su amo y terror de sus enemigos, estaba ahora convertida en polvo vil, juguete del vien-

to y morada de reptiles. Bastó el soplo de un ser humano para destruir su arrogante existencia y postrarse á sus piés como un cadáver yerto y carcomido. El castillo del Godo con su gente de armas, sus cañones, sus fuertes, sus almenas, sus hermosas galerías, sus dilatados salones y su terrible magnificencia, hélo ahí sirviendo á las olas y á los vientos de inocente juguete, é inspirando solo una agradable sonrisa á su prisionero.

—Lo miró Alberto con el desden de un hombre que está sobre las cosas y los acontecimientos, y le encargó al médico:

—Decid al rey de Francia, si llegais á hablar con él, lo que hizo Silva hallándose preso con su primera fortaleza y sus mejores parciales.

Y seguidamente gritó:

—¡Navarro, á Pau; ya sabéis la consigna; muera todo el que intente estorbarme el paso!

Y desnudando sus aceros, marcharon hácia la capital de la Gascuña aquellos quinientos quince leones españoles, sedientos de devorar entre las garras á sus enemigos. Eran soldados elegidos uno á uno por la entendida mano de Navarro, y ya comprenderán nuestros lectores lo que podrian valer, y que aun cuando el número era insignificante, yendo mandados por aquella gente les seria fácil atravesar la Francia.

Toda la noche caminaron, sin que nadie viniera á interrumpir su fatiga. Al rayar el día descansaron en una pequeña aldea ocho horas, y volvieron á emprender su ruta á paso lento, pues los jefes temian se agravase el héroe y este no queria violentar á su delicado paje.

Así continuaron hasta llegar á Pau. Varios choques tuvieron en el camino con las muchas partidas francesas que pululaban por do quier, pero todo ello se redujo á matar unos cuantos enemigos, á dispersar algunos cientos mas, sin que esto fuera motivo suficiente para que nuestros valientes arribasen á la capital de la Gascuña sanos y salvos, á escepcion de unos cuantos soldados que recibieron contusiones ó heridas leves en los encuentros que sostuvieron.

Llegados á Pau pararon á la puerta de un magnífico palacio. Se apeó Alberto, le dijo á Navarro que pusiera la fuerza allí reunida sobre las armas y que tomase las precauciones convenientes; y acompañado del paje y del doctor entró en las suntuosas estancias de aquel edificio, despues de ser reconocido por la guardia.

Eran las tres de la madrugada y se hallaba en el mas profundo silencio. Desiertos los salones y galerias de tan opulenta morada, parecia que nadie la habitaba, sin embargo de que en casi todas las piezas ardía alguna luz.

Por último, penetró Silva en un saloncito ovalado, alumbrado por una lámpara, y allí hizo sentar al médico y al paje. Despues se dirigió con el mayor cuidado á un gabinete que había al frente, lo abrió y entró. En un extremo de este se encontraba entregado al mas profundo sueño el anciano general Quirós; Alberto lo contempló diez segundos, y mirando luego á la derecha, vió una alcoba cerrada con cortinas de damasco, las descorrió y asomó la cabeza: sobre una modesta cama reposaba nada menos que el jóven y valiente Carlos I, emperador de España y Alemania. Dormía en estos momentos, pero á juzgar por el desórden que reinaba en su lecho y cabellera había velado mucho, y el sueño que ahora le dominaba era intranquilo. Su cara no obstante demostraba esa calma de espíritu, hija de una conciencia en la que no penetraba el remordimiento.

Lo miró el Duque, hizo las mismas observaciones que nosotros, y cogiendo una silla se sentó.

Una hora, sin interrupcion, continuó todavia el Monarca durmiendo. Al cabo de este tiempo se pasó su blanca mano por la frente, abrió los ojos y se incorporó. En este instante vió á los piés de su lecho un guerrero que se hallaba tranquilamente y le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué haces ahí? ¿Qué quieres?

—Soy Alberto de Silva, gran señor, le contestó el Generalísimo poniéndose en pié, que vela por su Rey, el cual permanece entre enemigos y no se guarda todo lo que debiera, todo lo que ha menester su pueblo.

Al oír la voz del Duque, abrió Cárlos cuanto pudo sus grandes y hermosos ojos, se los restregó con los dedos, y reconociéndolo, alargó sus brazos exclamando:

—¡Bendito el cielo que me devuelve al héroe por quien suspiraba y se echó sobre él con un cariño fraternal.

El ruido que hicieron, despertó al anciano jefe, que trémulo y azorado se lanzó espada en mano á la alcoba, creyendo que le sucedía alguna cosa grave á su Soberano. Cuando vió á este cogido á un guerrero, se imaginó que luchaban y quiso fijar la punta de su acero en el costado del desconocido; pero reparando en este, tiró el arma exclamando:

—¡Qué iba yo hacer! Alberto!... hijo mío! Loado el Dios bondadoso que te ha salvado.

Silva tendió uno de sus brazos al anciano jefe, y de este modo quedaron los tres enlazados.

Esta escena muda, interesante, tierna cual ninguna, no se puede explicar. Lo que pasa en uno de esos momentos supremos de la vida, se siente, pero jamas se hallan palabras con que expresar el torrente de placer y cariño que brotan en nuestras almas.

Acto continuo, Monarca y General se vistieron, contra el deseo de Alberto, cogieron á este enmedio y quisieron oírle referir cuanto le habia ocurrido desde el momento de su prision hasta aquel en que lo hallaban bueno y salvo.

Con semblante alegre contó él todo lo que sus amigos querían, sin omitir la mas leve circunstancia. Al acabar, sobrecogido y admirado, le preguntó el Soberano:

—¿Quién es ese paje? ¿Qué niño extraordinario es ese de tanto ar rojo, de tal acierto y de tan sublime cariño? ¡Oh, de seguro es un ser sobrenatural!

—Aun crecerá mas vuestro asombro cuando lo veais, y sepais quién es. Pero evitemos comentarios: voy á traéroslo; entonces apreciareis en su justo valor sus heroicos sacrificios.

Salió y quedaron Cárlos y Quirós, el primero ansioso y placentero y el segundo temblando de la escena que iba á tener lugar.

Tres minutos despues se abrió la puerta y aparecieron el Duque y su paje. Al verlos se levantaron el General y el Soberano; pero al reparar este último en el niño, que Silva traía de la mano, retrocedió tres pasos exclamando:

—¡Maria!... ¡No, no puede ser!... La hermana de Cárlos I, la hija del rey Felipe el Hermoso! ¡no, no es posible! Decid pronto quién ese mancebo, señor Duque.

Ya lo habeis, repetido vos, gran señor; la hija del rey Felipe, la hermana de V. M.

—Maria, replicó con horror el César, ¿te has atrevido á abandonar tu sagrado asilo, has huido de tu pais y has vivido entre enemigos, viniendo deshonrada y?...

—Señor, respondió la hermosísima jóven con dignidad, interrumpiendo al Emperador, vuelvo tan honrada como estaba, tan pura como la nobleza de Alberto! Si me he visto obligada á abandonar mi pais, tu lado y el sagrado asilo donde moraba, tu y tus vasallos me habeis impelido.

—Explicate y quiera Dios que puedas justificar tu conducta.

—Oidme y vereis como el cielo os complace en esta ocasion. Cayó prisionero y herido el duque del Imperio, vuestro futuro hermano, el primer general de vuestros Estados, el héroe en fin que os ha regalado un mundo de victorias y laureles; y cayó herido y prisionero por vos, por vuestro imperio, por vuestra causa; y no obstante esto, desde el César hasta el último de sus pecheros ¿ha habido alguien capaz de salvarlo? ¿Ha pretendido alguno meterse en medio de sus enemigos, desafiar todos los peligros, todos hasta el de su honra, vencerlos y decirte: noble y poderoso Señor, aquí teneis el Duque por quien suspirábais, el ídolo de vuestro pueblo, el sosten de vuestro trono, vuestro hermano en fin; no suspirad ya en adelante, y presentadlo á vuestros soldados exclamando: Se ha salvado nuestra causa, pues vive Alberto, está libre, y se dispone otra vez á regalaros la victoria: mientras que yo, su futura esposa, acaso le pierda para siempre, porque segun vos se debe á su Rey y á su patria.

Calló, miró á Cárlos, y despues de reflexionar este algunos

minutos, estrechando á su hermana cariñosamente, le dijo al Generalísimo.

—Tiene razon María; á ella le debo el primer baluarte de mi trono; á ella un manantial de honor y glorias, que volverán á brotar en mis Estados; á ella en fin la vida de mi futuro hermano, quizá la suerte de mi pais; bendita sea la noble y generosa diestra, que tanto ha hecho por mí, por mis pueblos.

Y el sábio Monarca besó las diminutas manos del disfrazado paje, humedeciéndolas con el llanto de sus ojos.

Concluida esta nueva y cariñosa escena, preguntó Cárlos al héroe con acento conmovido:

—Y bien, mi querido General, supongo que vuestras heridas y prision no habrán consumido el genio guerrero que brillaba en vuestra frente.

Se sonrió Alberto y contestó:

—No sé, gran señor, si mi pobre cabeza se habrá debilitado algo con mis anteriores sufrimientos; puedo no obstante aseguráros, que mi espada y brazo estan dispuestos á vengar la suerte de Italia, que hoy gime bajo la poderosa opresion del rey de Francia.

—¿Qué decis? preguntó el César sorprendido.

—Señor, mientras V. M. reposaba en Pau, sin cuidarse de otra cosa que de salvar á un hombre que vale bien poco, y el general Pescara se entretenia agradablemente en sitiár á Marsella, plaza inespugnable, y cuyo cerco á nada bueno conduce, el Monarca francés, reuniendo un numeroso ejército, cayó sobre el Piemonte y se hizo dueño de casi todo él, arrollando á vuestros soldados y rasgando otra vez el pabellon español.

—¿Será cierto? ¿Cómo lo sabeis? ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Lo sé por el mismo Rey, y lo que os he contado acaba de suceder, y es tan cierto, señor, como que Francisco I queria á la vez ganar á Alberto de Silva y mandarlo á conquistar á Nápoles; como tambien que el marqués de Pescara, sordo á una invitacion que le hice, sigue en los alrededores de Marsella matando pájaros, pues no es fácil que cace otra cosa.

Hasta las diez de la mañana permanecieron los tres discutiendo

y dando órdenes; á las once montó á caballo el jóven y salió al campo, donde ya le esperaba el corto ejército, que allí habia, formado en batalla. Al verlo, prorumpieron en tiernas demostraciones, pues jefes y soldados lo aclamaban con un entusiasmo que rayaba en delirio. Pasó una ligera revista y se retiró. Recibió despues á todos sus amigos de Pau, dispuso que vinieran fuerzas de los Pirineos, se metió en cama y descansó seis horas, siendo velado durante este tiempo por Maria y el anciano general.

Dos dias permaneció el Duque en la capital de la Gascuña, durante los cuales organizó una pequeña division, dispuso con asistencia de Cárlos un nuevo plan de campaña, dió á su adorada muchas pruebas su amor y agradecimiento, y por último despues de una tierna despedida, puesto al frente de dos mil caballos, seis mil infantes y su escolta, aumentada ahora con ciento treinta caballeros, partió para Marsella cruzando á marchas dobles por medio de la Francia. Corto era el ejército que mandaba, pero en cambio se componia de la guarnicion de Pau y de la flor del que existia en los Pirineos. Con este simple relato se comprenderá fácilmente que los soldados de Alberto eran elegidos uno por uno, y que todos juntos formaban un total de ocho mil doscientos valientes capaces de todo cuanto se propusiera conseguir su jefe.

A la vez que ellos, salió de Pau el Emperador, el general Quirós y Maria. Iban seguidos de dos mil guerreros que los acompañaron hasta Fuenterrabia. En este punto descansó el Monarca veinte y cuatro horas, dió algunas órdenes, se retiró de los Pirineos la parte del ejército que quedaba, y seguido de una modesta escolta regresó á Madrid acompañado siempre de su General y hermana.

En cuanto al jóven Silva, rodeado de sus antiguos caballeros, es decir, de setenta únicos que escaparon con vida de la batalla última, de Navarro, Peralta, Mendoza, D. Alvaro y otros distinguidos jefes, seguia atravesando la Francia sin impedimento alguno; antes por el contrario, al solo nombre de Alberto huian aterrados los franceses. Al cuarto dia de marcha llegaron á Tolsa, donde entraron sin abierta oposicion, pues su guarnicion

se retiró temerosa de sufrir otra nueva leccion. Allí descansó el ejército veinte y cuatro horas, bien á pesar de los habitantes de la villa, pues recordando los soldados la traicion llevada á cabo con su Generalísimo casi á la puerta de esta ciudad, cometieron bastantes desmanes, siendo lo peor que los jefes y oficiales lo toleraron, no dieron parte de lo que sucedia, é ignorándolo el Duque le fue imposible evitarlo.

A la mañana siguiente salieron en direccion de Marsella, dejando á los vecinos de Tolosa sumidos en la mayor consternacion.

Cuando los Generales españoles supieron algunos de los hechos ocurridos en la ciudad que acababan de abandonar, esclamaban sin poder contener la risa:

—¡Pobres! ¡Pobres! La venganza, por Cristo que ha sido digna de la causa que la ha motivado.

Alberto oyó tambien el relato, y le dijo á Navarro muy quedo:

—Ya lo ois, amigo mio; nuestros oficiales han sido cómplices y acaso actores; procurad que en adelante no se repitan esas escenas. Llevamos leones y conviene sujetarlos, en cuanto sea dable.

El ex-comunero le contestó riendo:

—¡Ba! Todo eso no vale nada; es gente alegre, os ama mucho y os ha querido dar una prueba de su cariño, y otra de su buen humor

—¿Y el oro que han cogido, y las pobres mujeres?..

—¿Y vuestra sangre, hijo mio; y vuestra sangre? Abandona esa cuestion, porque si no te voy á proponer premies á los que se hayan distinguido mas en esa última batalla...

Miró el héroe con gravedad á su padre adoptivo, pero éste le devolvió la mirada seguida de una risa burlona, que equivalia á decirle: De esto no entiendes tú.

Visto lo cual por aquel exclamó:

—¡Digno General de tales soldados! pero cuidado con otra, porque castigaré con mas rigor á los que la toleren que á los que la intenten.

Y sin mas incidentes siguieron caminando.

Diez leguas andaban por dia caballos é infantes, que era todo cuanto se le podia exigir á la gente de á pié; no obstante esta pesada fatiga, iban contentos y satisfechos; bien es verdad que habia abundancia de víveres, de vino y no faltaban bagajes ni buena direccion; asi es, que al octavo, á eso de las diez de la mañana, se hallaban á dos leguas de Marsella. Al llegar aquí hicieron alto, almorzaron y cinco minutos despues partia el ejército habiéndose adelantado Alberto, Navarro, Mendoza, la escolta del primero, una compañía de ligeros y dos de peones. Media hora antes de dar vista al campamento, llamó el Duque al atleta y le dijo:

—Coronel, avanzad y preparad las tiendas para mí, los Generales y jefes que me siguen y mis doscientos caballeros.

Marchó aquel seguido de quinientos ginetes y doscientos infantes y pocos minutos despues fue detenido por una avanzada del ejército sitiador; se dió á conocer y pasó sin inconveniente alguno; tendió una mirada escudriñadora y viendo un sitio á propósito, sin cuidarse de si habia ó no peligro, dispuso se cumpliese la voluntad del Generalísimo.

Apenas acababa de practicarse esta operacion, á un escape tendido, sin descubrirse ni ofender á nadie llegó Alberto á su tienda y rodeado de Navarro y su escolta escribió el siguiente oficio.

«Señor general Pescara:

»En el acto mandareis cesar el fuego que estan haciendo contra Marsella.

»Venid sin perder un momento á recibir órdenes de vuestro jefe

EL DUQUE DEL IMPERIO.»

Montó á caballo Mendoza y seguido de ocho ayudantes, corrió diez minutos hasta hallar al Marqués, el cual desde una altura dirigia el ataque á la plaza sitiada. Entretenido con tan grave ocupacion, ni aun se atrevieron á participarle la llegada de nuevos españoles. Con menos consideraciones, juntó el Coronel su potro al del General, y despues de saludarle, le dijo:

—Señor, tomad este oficio del duque del Imperio.

Miró Pescara al gigante, y le respondió secamente:

—Id á mi tienda y esperad; allí me lo dareis.

—General, replicó el enviado; en nombre del Emperador, leed al instante esa órden de vuestro jefe. Que el cielo os guarde. Y sin esperar contestacion le dejó el pliego sobre el arzon de la silla, y partió sin darle tiempo para detenerle.

Sorprendido el Marqués con las palabras y actitud de Mendoza, abrió el escrito y lo miró: una palidez mortal bañó su rostro, bajó la cabeza y quedó meditando cinco minutos; luego dirigiéndose á sus ayudantes, les preguntó:

—Señores, ¿está el duque del Imperio con nosotros? ¿Cuando ha llegado? ¿Qué gente le acompaña?

A esta interpelacion solo contestó lo siguiente un capitan que acababa de acercarse.

—Señor, hace mas de media hora, penetró un Coronel seguido de quinientos ligeros y doscientos peones; se encaminó al norte del campamento y próximo á los fuegos de la plaza fijó multitud de tiendas, teniendo una las armas imperiales; despues entraron en ella dos Generales y varios caballeros, y en este instante acabo de divisar un ejército que se dirige hácia aquí; son españoles y nuestras avanzadas, como á los primeros, no les ha puesto impedimento alguno.

—¿Quiénes son? preguntó confundido el Marqués.

—No hemos podido reconocerlos, ni ellos se han tomado la molestia de dar esplicaciones. Os advierto que han cruzado espada en mano, echadas las celadas y á escape tendido, sin pararse un solo momento.

—Está bien: señor Vizconde, dijo el General á su segundo; mandad que cese el fuego y permaneced en mi puesto hasta que yo vuelva. Tened cuidado que todo continúe como hasta aquí, obedeciendo únicamente las órdenes que yo os dé de palabra ó por escrito.

Metió espuelas á su alazan, y marchó en direccion de la tienda de Alberto. A los tres minutos de caminar se detuvo para

ver á dos mil caballos que pasaban por su lado, seguidos de seis mil infantes que corrian tanto como los primeros. La vista de aquella gente sorprendió en tal disposicion al Marqués, que cuando hubieron concluido de desfilár, exclamó:

— ¡Oh, esa gente supera en mucho á la mia!... ¡Y creia yo que tenia la primera del mundo!... Veamos, pues, quién es ese hombre extraordinario.

Y continuó su ruta.

Aunque el célebre Pescara avanzó á buen paso, cuando divisó la tienda del Duque ya estaba la tropa que acababa de cruzar por delante de él formada en batalla frente á la morada de Silva. Llegó por fin, y dando las riendas de su potro á uno de los centinelas, entró con semblante altanero. Alberto se hallaba rodeado de sus Generales y jefes de altas graduaciones, riendo y conversando agradablemente, cuando se le presentó el Marqués, y trocando su risa en gravedad, exclamó dirigiéndose á los que le cercaban:

— ¡Despejad!

Esta insinuacion bastó para que los dejasen solos. Se hicieron ambos guerreros un saludo cortés y se cambiaron dos profundas miradas, quedando en pié, frente á frente, cubiertas las cabezas y esperando los dos á que uno hablase.

— Señor General, dijo por último el Duque; el Emperador ha dispuesto sigais mis instrucciones y obedezcais mis órdenes. Siendo mucho tener que mandar á un hombre tan célebre y entendido como vos; mas así lo quiere el Monarca, á lo cual habeis dado lugar desoyendo las prevenciones que os hice por conducto del coronel Mendoza. Tomad ese escrito y enteraos.

Abrió Pescara el pliego que le dió Alberto y leyó; una palidez mortal cubrió nuevamenté su rostro, miró al jóven y exclamó:

— Con que era cierto que Francisco I destruia mi grande obra de Italia!

— Tanto, respuso el Duque, como lo es el que estais gastando un tiempo tan inútil, que solo podrá conducir á guerrear sin mas fruto que el de entreteneros agradablemente.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Los partes de vuestros enemigos y la vista de esa plaza.

En este instante una bala de cañon entró en la tienda pasando por encima de la cabeza del Marqués.

—¡Oh, replicó el heroe, que bien dirigida venia!

Y mirando al campo por el agujero que habia hecho, se volvió gritando:

—¡Hola!

Los pajes se presentaron á la puerta.

—Que venga Navarro.

Cuatro minutos despues apareció éste, saludó y quedó parado.

—General, le dijo el Duque, nos está incomodando la quinta bateria de la plaza; mandad que apaguen sus fuegos, y si fuese posible que inutilicen los cañones. Que sea pronto y que solo jueguen el arma blanca y los mosquetes.

—¿Deseais algo mas?

—No.

—Antes de media hora quedareis complacido.

Volvió á saludar y sin mas incidentes se retiró dejando asombrado á Pescara, que al verlo salir exclamó:

—¿Sabe ese gefe lo que ha ofrecido?

—¡Quién lo duda!

—Quisiera presenciarlo.

—Está bien; mas contestadme qué debó responder al Emperador.

—Decidle, señor, que en mí tiene su mejor servidor: que se cumplirán sus órdenes, bien las reciba directamente, ó por su representante el duque del Imperio. En cuanto á vos, siento mucho no haberos conocido antes para poder honrarme con vuestro aprecio é ilustracion.

—Eso es todo lo que yo queria; tenemos perdida nuestra causa en el Piamonte, pero vive Cristo que pronto la haremos triunfar. Hemos concluido por ahora, cojéos á mi brazo y vereis como se porta el valiente Navarro.

Y salieron de la tienda, yendo Alberto á la derecha de Pescara.

—Dadme cuenta de todo lo que habéis hecho.

En el mismo estado que dejó éste la tropa recién llegada, así la encontró. Por mas que miraba á todos lados no notaba movimiento alguno que indicase la accion que se intentaba practicar. De pronto se oyó la voz del General ex-comunero, y acto continuo corrieron en dirección de la plaza quinientos ligeros, llevando á la grupa otros tantos peones, los cuales iban provistos de sus correspondientes mosquetes. En el momento que esta fuerza se aproximó á los fuegos, se diseminó en tal disposicion, que no marchaban dos soldados juntos.

El Marqués permanecía cogido del brazo de Silva, siguiendo á éste y como obedeciendo maquinalmente á una fuerza superior que lo arrastraba. Todo cuanto habia visto en el héroe le parecia bastante extraño y á pesar de su talento se hallaba ahora como anonadado y perplejo, lo cual no debe sorprender, teniendo en cuenta la gran superioridad del Generalismo.

Este lo llevó á una altura desde donde se dominaba perfectamente el campo sitiador, y ya allí le dijo:

—Aquí presenciaremos, sin dificultad alguna, cómo cumplen mis órdenes los soldados, oficiales y jefes que tengo la dicha de mandar.

Poco despues miraban correr á los ligeros en una completa dispersion, pareciendo mas bien que una pequeña columna de ataque, quinientos caballos desbocados que se dirigian á las murallas de Marsella, bien á pesar de la voluntad de sus amos. Asi es, que el enemigo los vió llegar sin intentar hacerles el menor daño; mas en cuanto los dispersos estuvieron pegados á los muros, con una rapidez increíble, se unieron, y sirviendo los ginetes de escalera á los mosqueteros que llevaban á la grupa, en dos minutos se encaramaron los últimos, y haciendo una descarga dejaron fuera de combate á la mayor parte de la gente que defendia la quinta bateria. Con muy poco trabajo inutilizaron acto continuo los cañones que habia en aquel sitio, acuchillando á la vez á cuantos se acercaban, para lo cual unos clavaban y los otros tirando los arcabuces, echaron mano á sus espadas, hachas, etc. Esta operacion fue tan acertada é instantánea, que cuando los

franceses se repusieron de su primer asombro y llamaron en torno á sus compañeros para combatir y aniquilar al enemigo osado que á tanto se atreva, ya los quinientos ligeros, habian recogido á sus compañeros y con ellos corrian hácia el campo sitiador, donde entraron sin dificultad alguna.

Pasó Alberto una rápida ojeada por la gente que acababa de llegar, y notando que no estaba entre ellos el General, exclamó con voz de trueno:

— ¡Y mi padre, Coronel, y mi padre! ¿Os lo habeis dejado entre los enemigos?

— ¡Navarro! exclamó Mendoza fuera de sí.

Y bajándose Silva de la altura en que se hallaba, le quitó el caballo á un ligero, y montando en él, gritó:

— A la plaza, mis valientes; vamos á salvar al general Navarro.

Metieron espuelas, pero al mismo tiempo divisó á dos ginetes que venian en direccion contraria.

— ¡Alto! exclamó de nuevo el Generalísimo, creo que es uno de esos dos que se acercan.

— ¡El es! contestó otro que estaba pegado al Duque. Volvió este la cabeza y miró al general Pescara, que espada en mano se disponia á seguirlo en aquel terrible trance.

— Gracias, Marqués, le dijo tendiéndole la mano cariñosamente, no olvidaré jamás esta accion.

Pocos instantes despues vieron caer el caballo de Navarro y saltar éste, dirigiéndose á pié y con paso mesurado al sitio donde se hallaban Alberto y Pescara. Llevaba en la mano derecha un estandarte francés y su preciosa armadura salpicada de agujeros de las muchas balas de mosquete que habian destrozado su traje de hierro.

— ¿Venis herido? le preguntó su hijo con el mayor interés.

— No, contestó el guerrero; únicamente magullado.

— ¿Por qué os esponeis de ese modo?

— Pardiez, porque era preciso que examinase yo por dentro esa magnífica fortaleza.

— Dadme cuenta de todo lo que habeis hecho.

—En primer lugar apagué los fuegos, según me encargásteis, pero ya en medio del enemigo, escaladas sus murallas y comenzada la pelea, no haciendo yo falta allí, y por no estar me ocioso, me fuí á la plaza, reconocí las obras interiores, y arrancando esta bandera y poniendo en su sitio un papel donde decia simplemente: «Huid, franceses, que está aquí Alberto de Silva» me volví, bajé el muro, hallé el caballo que custodiaba mi criado, y por entre un millon de pelotas crucé hasta aquí sin incidente desagradable.

—Y bien, replicó Alberto, ¿qué datos os ha proporcionado esa peligrosa escursion, que hayan merecido esponer la vida de uno de los primeros Generales del emperador Carlos I?

—Señor, traigo la prueba evidente de que esa plaza es inexpugnable, no solo por ser una de las mas fuertes de Europa, si no porque tiene una mina tan hábilmente construida, que ahogaria en su seno á cuantos intentasen pasar por encima de ella. De todo lo cual se deduce, que no os equivocásteis al asegurar lo inútil que era continuar este sitio. Al oír las últimas frases bajó la cabeza Pescara, meditó cinco minutos y al cabo de este tiempo se dirigió al Duque diciéndole:

—Seria ociosa toda defensa de mi parte; condenemos al olvido lo errado y pensemos solo en la enmienda: Señor Duque, puesto que me hallo á vuestras órdenes, os pido permiso para presentaros los jefes del ejército que he mandado hasta ahora, del que dispondreis en lo sucesivo.

—No, contestó Silva, del que seguireis siendo jefe, Marqués; habeis padecido una equivocacion abandonando el Piamonte, é intentando un sitio que á nada podia conducir; pero esto no puede empañar vuestras glorias ni esa bizzarria que os hace un buen General, un valiente soldado. Dejemos, pues, á Marsella y ocupémonos en vengar á Italia arrancando de ella á nuestros enemigos, que lo conseguiremos, Dios mediante, por mas que al pisar su recinto seamos pocos los partidarios de Carlos I. Acepto la presentacion que me proponeis; formad el ejército á la puerta de vuestra tienda, y esperadme allí, que no tardaré en acompañaros:

Marchó Pescara, reunió á los suyos y les dijo:

—Señores, el invicto duque del Imperio, representante del Emperador en todos sus dominos, se halla entre nosotros. Siendo este ademas, el primer General del mundo en valor y talento, lo hacen digno de todas nuestras consideraciones y respeto. En breve os pasará una escrupulosa revista: honradlo como al mismo César, y notad que los soldados que le acompañan parecen inspirados por el genio de la guerra que les trasmite el aliento de su jefe. Formad pues el ejército y recibamos como se merecen el Generalísimo y nuestros compañeros de armas.

Este pequeño discurso bastó para hacer entender á los que obedecian á Pescara, que donde estaba Alberto de Silva solo él mandaba, y que era el mas acreedor á ser obedecido.

Respecto del héroe, comió, dió algunas órdenes y montando á caballo partió para la tienda del Marqués, seguido de su estado mayor.

En cuanto llegó á la línea, se oyó un viva general, y acto continuo las músicas y atambores tocaron marcha real, lo mismo exactamente que si hubieran visto al Emperador.

A la cabeza le esperaba el noble Pescara: Silva se acercó, le estrechó la mano y le dijo:

—Mi valiente amigo, imponed silencio.

Callaron y acompañado el Duque de los tres Generales y una numerosa comitiva, fue examinando la tropa, los oficiales y jefes; les hizo despues maniobrar cuanto creyó necesario y concluyó por decir al Marqués.

—General, mandais muchos valientes, pocos castellanos y bastantes aventureros. La mayor parte de esta gente se bate por el oro, lo que quiere decir, que no hay seguridad completa en ellos. Esto no obstante, teneis cuatro ó seis mil hombres en quien se puede fiar, con los que se puede acometer toda clase de empresas.

Emitida esta opinion, dispuso que formaran los suyos con los de Pescara y situándose en medio, les dijo:

—Soldados de Carlos I; los hijos de Francia os vuelven á retar en los campos de Italia; otra vez se han atrevido á insultar nues-

tras banderas olvidando sus continuadas derrotas en el Piamonte, en España y hasta en su mismo país. Es preciso dar una lección á esa desmedida arrogancia, á ese tenaz empeño en combatir día y noche contra el primer imperio de Europa. Nos llaman en Italia, vamos allá, y sin contar el número ni estudiar el peligro, caigamos sobre ellos destruyendo para siempre su delirante osadía. Sé que os sobra valor, conozco vuestros esfuerzos; seguidme y yo os proporcionaré seis acciones, seis victorias y seis aplausos universales. Que os detiene! En Italia nos provoca un enemigo altanero, veamos pronto si puede resistir el ímpetu de los hijos de Carlos I. Con la gloria os brindo, con el honor os acompaño, vengan los valientes, y al combate!

—A Italia! contestó el ejército subyugado por una influencia mágica que lo arrastraba en pos del héroe.

Tocaron los clarines y atambores, comenzó el desfile y una hora despues los de Pescara abrazaban á los de Alberto jurándose eterna union y fraternidad. El nombre de Silva corria de boca en boca siendo invocado como una egida salvadora, que debia regalarles la victoria y librarlos de todos los peligros. Desde este momento él solo ejercia una verdadera superioridad sobre el ejército, solo él podia domeñar á aquellos leones, sujetarlos y contenerlos. El Marqués lo comprendió y decia al Generalísimo.

—No es el Emperador quien me arranca el poder que tenia aquí, es vuestra voz, talento, nombre y génio. Donde vos estais nadie acierta á mandar, solo vos imponeis vuestra voluntad.

—No os dé cuidado, le respondia el jóven Silva, triunfemos en Italia, que es lo que nos interesa, que yo le diré al mundo lo que vale el noble marqués de Pescara. La influencia que hoy suponeis perder, no hace mas que adormecer para despertar mañana na mas grande y poderosa que nunca.

CAPITULO XVI.

Entrada en Italia.—Reconocimiento.—Auxilio.—Entrevista.—Principio de la campaña.

Dos días despues se alzó el cerco de Marsella, y los ejércitos de Alberto y de Pescara caminaban á marchas dobles. Alegres y satisfechos corrian los soldados castellanos hácia el Piamonte, sedientos de lucha y de gloria.

Iban á un pais completamente avasallado por las huestes francesas, eran de doce á trece mil españoles y otros tantos suizos, holandeses é italianos y tenian que combatir contra sesenta mil, mandados por su Rey, por varios Príncipes y por los mejores Generales y caudillos de Francia. El pueblo les era contrario, pues en esa época los lombardos y piamonteses se hacian partidarios del vencedor, fuese éste quien fuese: una mortifera epidemia asolaba estos reinos, y los castellanos, en honor á la verdad, sino llevaban gente bastante para empresa tan magna, en cambio les faltaba artilleria, dinero y recursos de toda especie. Solo el genio de Silva

y la intrepidez de Pescara y demas jefes eran capaces de lanzarse á una campaña tan desigual. Por lo mismo iba mas gozoso el Generalísimo; ansiaba vengarse de las torpes villanias cometidas con él, y á ser posible, hubiera querido retar él solo á Francisco I rodeado de todos sus parciales.

Sabedor el rey de Francia de que Cárlos I abandonó su corte, preso Alberto, é inutilizado Pescara en el cerco de Marsella, cumplió su palabra y penetró en Italia con un numeroso ejército; sorprendió las guarniciones, aterró á los soldados que existian allí y en muy poco tiempo se hizo dueño del Piamonte y la Lombardia, á escepcion de una sola plaza, que era Pavia, la cual le opuso una resistencia digna del célebre y valiente Antonio de Leiva, su actual gobernador.

Este era el estado de los pueblos, combatientes y recursos cuando el jóven Alberto atravesó el Condado de Niza y penetró en el Piamonte y luego en el Lombardo-Veneto. En la raya, dividió en tres columnas su gente, les ordenó la ruta que debian seguir, y la conducta que tenian que observar, hasta reconcentrarse en un solo punto designado por él; y acompañado de su escolta, de quinientos ligeros y de Mendoza se adelantó, recorrió cuanto necesitaba, se enteró de lo que deseaba, mató muchos franceses, que quisieron estorbarle el paso, y concluida su escursion se unió con el resto del ejército que ya le esperaba. Acto continuo convocó á sus Generales y jefes de altas graduaciones y sentado en medio de ellos, con voz dulce, mirada tranquila, pero teniendo contra su costumbre el rostro bastante encendido, les dijo:

—Señores, todo el reino Lombardo, á escepcion de un puñado de valientes encerrados en Pavia, es de Francisco I. No tenemos un soldado adicto en este pais, un paisano con quien se pueda contar. Por el contrario el Rey francés, manda un ejército de sesenta mil hombres, y se halla ademas rodeado de lo mejor de la nobleza de Francia y de varios Príncipes y Grandes extranjeros. El espíritu público es suyo, dispone de grandes recursos y le facilitarán cuanto desea y pida. La veleidosa Italia ha proclamado al vencedor con el mismo entusiasmo que á Pescara el dia que vió derrotado

al Almirante enemigo; y lo mismo que ellos entonces, debemos nosotros ahora temer mas al puñal de los italianos que las espadas de Francisco. Nuestro ejército es mucho mas pequeño que la mitad del suyo; no tenemos un pueblo, una sola racion; nuestros soldados son valientes, pero bien pronto estarán mal vestidos, peor comidos y pagados, y necesariamente aminorará su arrojo. A los contrarios les sobrá de todo y cada día adquirirán mas brio y poder. He ahí lo que acontece, sin exagerar, sin disminuir nada: antes de que yo pase á determinar, deseo oir las opiniones de cuantos me rodean; hablad, pues, y sepamos qué remedio se le podrá aplicar al mal que nos cerca.

Tomó la palabra Pescara y propuso nombrar una comision que debería pasar á Alemania con el objeto de reclutar gente. Lo mismo juzgaba que se hiciera en Nápoles, reclamando á la vez tropas al Emperador, al Padre Santo, al Rey de Inglaterra y á otros Príncipes mas cercanos. Reasumiendo: el pensamiento del Marqués era la formacion de una nueva liga. Varios de los suyos pidieron lo mismo, y los restantes se adhirieron completamente al parecer de estos.

Los Generales y jefes de la tropa que habia llevado Alberto fueron los únicos que se callaron. El Duque les obligó á salir de tan continuado silencio con las siguientes frases:

—¿Y vosotros, Peralta, Navarro, Mendoza, D. Alvaro, Giron y demas señores, no teneis opinion? ¿No se os ocurre nada para conjurar el peligro que nos rodea?

—Si, contestó el segundo, mirando á sus compañeros; á mí se me alcanza lo siguiente: puesto que el mal consiste en que parte de Italia se halla en poder de los franceses, echémoslos de aquí y con solo esto se cura la enfermedad.

—Muy bien, dijo Alberto; esa es la conclusion; pero sepamos el principio, los medios, en una palabra, que deben emplearse para conseguirlo.

—Son sesenta mil hombres, añadió Navarro con gravedad; pues bien, yo creo que no necesitamos de nadie para batirlos y esterminarlos; y puesto que basta con solo nosotros, comencemos

la guerra y terminemos lo antes posible: juzgo que será cuestion de un mes ó dos.

Las frases del General admiraron á los de Pescara é hicieron pronunciar algunos discursos en los de Silva, tan belicosos y atrevidos, que cobrecogidos los otros se miraban como avergonzados de hallarse ante aquellos hombres de una fibra tan osada.

—Pardiez, decia Mendoza con su ronca voz y bruscos ademanes, tiene razon el General; nos sobra gente para aniquilar á los contrarios. Fuenterrabia, Lombez y Tolosa lo atestiguan; esas tres memorables jornadas convencieron al mundo de que un español bien mandado vale mas que ocho franceses. Desnudemos, pues, nuestras espadas y pronto acabaremos.

Por último, tomando Alberto nuevamente la palabra dió fin á aquel debate con las notables frases siguientes:

—Ya conozco la opinion de todos vosotros, y ahora solo me resta obrar. Cada uno va á ocupar su puesto y yo solo á mandar. En nombre del Emperador impongo pena de la vida lo mismo al poderoso que al infeliz soldado que tenga la desgracia de desobedecerme, de vacilar al cumplimentar mis disposiciones, durante las terribles circunstancias que nos acosan.

Sin mas explicaciones se levantó la sesion, encerrándose el Duque, donde permaneció tres horas dictando órdenes, que al momento fueron ejecutadas.

A las diez de la noche, dividido el ejército en las tres columnas que ya conocemos, partió de allí internándose en la Lombardia. Al siguiente dia la que mandaba Pescara se habia apoderado de un pequeño fuerte, situado cerca de Milan, y las otras dos, á cuyo frente iban Navarro y Peralta, del mismo Milan, cuya capital estaba desprovista de tropas y paisanos por los estragos que hacia la epidemia.

Silva acompañado de Mendoza, D. Alvaro, sus lijeros y escolta, vagaba de un punto á otro hallándose en todas partes sin permanecer mucho tiempo en ninguna. Durante estas correrias visitó y ganó á varios opulentos italianos, á espías franceses, averiguando y enterándose hasta de los pensamientos del Rey contrario.

Fue tan espléndido en esta ocasión que un día hubo de decirle Mendoza.

—Mi querido Generalísimo, sois el primer caudillo del mundo, mas también el peor administrador.

—No lo creáis, le respondió el héroe, cada ducado de estos que siembro me ha de producir un escudo y un medio mas para esterminar al enemigo.

Francisco estaba en estos momentos ocupado en sitiarse á Pavia, única plaza que se habia resistido á su ejército. La tenia rodeada con cuarenta mil hombres, y agradablemente confiado esperaba que de un momento á otro se le rendiria, pues los pocos soldados que la guarnecian carecian de dinero y de toda clase de comodidades, y ya cundia la indisciplina entre sus filas. Solo el bizarro Antonio de Leiva, gobernador de ella, podia en aquellos momentos contener con su ejemplo y acendrado patriotismo el que sus empobrecidas huestes no dieran al traste con una defensa tan incómoda y peligrosa. El Rey valiente, limaba en tales momentos la última débil barra que le estorbaba el paso, haciendo de este sitio una entretenida y grata contienda donde se hallaba tanta distraccion como en Versalles. Su excesivo brio se burlaba de algunas noticias que recibia de encuentros con partidas, de derrotas parciales, y llegada de tropas aunque en corto número. Tenemos, contestaba, un ejército capaz de conquistar la Italia y la Alemania; no temais, pues, á esos pocos españoles, son aficionados á guerrear y á hacer travesuras: dejadlos que se diviertan, que en cuanto se rinda Pavia caeremos sobre ellos y todo concluirá en dos horas.

Y añadió para sí:

—Entretanto llegará Alberto, se hará dueño de Nápoles, y entonces, ¡ay del Emperador Carlos II!

El Rey ignoraba completamente lo que pasaba fuera del círculo que le rodeaba, cuya circunstancia era debida al esquisito cuidado del general Silva en sorprenderle cuantos correos entraban. Nada sospechaba por otra parte el intrépido Monarca de la escasez de noticias que tenia, atribuyéndolo á lo poco ó nada de particular que acontecia en sus Estados.

El famoso campeón castellano, que confiaba mas á la habilidad que á la suerte de las armas el éxito de su temeraria empresa, no descansaba un momento, averiguando cuanto le interesaba por sí mismo y procurando por todos los medios posibles la completa ignorancia de lo que ocurría por parte de sus rivales.

Cuando ya supo lo que necesitaba, cuando estaba enterado hasta de las diversiones mas inocentes del enemigo, se dispuso á ejecutar.

Mientras llegó este caso, entre mil fatigas y privaciones, habia pasado las horas de su vida, cruzando siempre por caminos salpicados de sangre. Oculto su nombre, escondido siempre su rostro con la celada de su casco, guardaba tanto incógnito con sus contrarios, como reserva y circunspeccion para los suyos.

Se acercó el anhelado instante, y se dijo:

—Ya es tiempo de que los franceses me conozcan y de que mi faz se vea libre de tinieblas.

Hizo, pues, una contramarcha y entró á las doce del dia en Milan. La epidemia seguía en este punto diezmando la poblacion, y como es consiguiente, las filas de su ejército. Se reunió pues con Navarro y Peralta, y acompañado de Don Alvaro y Mendoza, les dijo:

—Señores, llegó el momento de obrar; comprendo vuestra impaciencia y soy el primero en deplorar la causa; pero me ha sido de todo punto necesario invertir mucho tiempo en escursiones y estudios que asegurarán la victoria. Pavia está para rendirse, y lo hará mañana sino mandamos esta noche dinero á su valiente Gobernador. ¿Qué oro hay en caja, general Navarro?

Muy poco, señor Duque, contestó el interpelado; apenas tendremos para dar la paga de este mes.

—Traed el que haya, y el que tengo yo, con el que guardais vosotros.

—¿Todo?

—Si, voto al demonio. Si os hace falta quitádselo á vuestro rico enemigo.

—Aquí teneis seis mil quinientos escudos, dijo Navarro llegan-

do con un talego repleto; no queda un solo maravedí.

—Está bien. D. Alvaro, cojed ese dinero, vestios de comerciante, esconded todo el oro entre los forros de vuestras ropas, y esta misma noche se lo entregareis de mi parte á Leiva. Que avisen vuestra llegada con tres cañonazos seguidos. Acto continuo os venis aquí y me esperais.

—Pero señor, replicó el Coronel, ¿cómo se penetra en una plaza sitiada por cuarenta mil hombres?

—¿Y vos me lo preguntais? ¡Ira de Dios! se engaña á los centinelas, se saltan los muros y se entra. ¿No estabais á mi lado en Monteagudo, en Fuenterrabia, en Francia?..

—Basta mi General, hasta mañana.

—Os advierto que me incomoda veros de Coronel.

—Y á mi tambien.

—Es que quiero elevaros á General.

—¡Oh! me haré digno de vos, yo os lo aseguro, gran señor.

Salió D. Alvaro, y el Duque volvió á tomar la palabra.

—Señores, continuó, vamos á dar principio á la empresa mas grande que han concebido mortales. Pero antes portándonos como caballeros, hagamos una visita de amistad á nuestro cortés enemigo; esta noche alarguémosle nuestra mano, mañana encargaremos á las puntas de nuestras espadas lo demas. Ea, señores, poneos sobre vuestros trajes de guerra otros de villanos, y á Pavía.

—¿A quién, preguntó Peralta, le doy el mando del ejército y de la plaza?

—¿Y qué gente nos sigue? añadió Navarro.

—Encargad á Lara lo primero, y en cuanto á lo segundo, iremos acompañados de los cuatro caballos que corran mas. Nuestra visita no es de etiqueta sino de pura amistad, en cuyo caso para nada necesitamos escolta.

Media hora despues salian Alberto, Peralta, Navarro y Mendoza montados en otros tantos potros ingleses, dirigiéndose por caminos y veredas ocultas.

A las nueve en punto de la noche dieron vista al campo ene-

migo, sin que en su larga travesía les hubiera ocurrido nada que de contar sea. Iban por entre un bosque de olivos y se aproximaron á la distancia de tiro de arcabuz del primer centinela; en este momento divisaron un paleta, que en pié, cogido á las riendas de su caballo aguardaba tranquilamente.

Era el fiel criado de Navarro, que fijo en el sitio que le habia destinado el Duque, esperaba la llegada de estos. Un minuto despues le entregaron las cabalgaduras; le encargó Alberto que se dirigiera á otro lugar mas retirado, y marcharon yendo delante Silva y detras muy cerca de él los tres restantes.

La noche estaba bastante oscura y un aire fuerte azotaba los árboles y tiendas del ejército francés. Favorecidos nuestros españoles por las circunstancias enunciadas, se fueron deslizandó por entre el espeso ramaje sin ser vistos ni oidos por las avanzadas, penetrando de este modo en un extremo del campo enemigo.

Arriesgada era la empresa, pero caminaba su guia tan tranquilo y con tal conocimiento del terreno, que sus restantes compañeros le seguian sin escrúpulo ni reparo alguno, bien es verdad que el reparo y escrúpulo de esta gente para tales empresas era problemático.

Anduvieron cien varas mas, siempre guarecidos con el espeso ramaje, concluyendo por acercarse á una casita de buen aspecto, aislada y silenciosa.

Llegaron á ella; reconocieron sus alrededores, y no viendo á nadie se dirigió el Generalísimo á una puerta escusada, sacó un manojito de llaves y fue probando una tras otra hasta que halló la que venia bien y en un segundo le dejó el paso libre. Cogió á sus camaradas, se entró, con ellos cerrando, y encargándoles no hiciesen ruido alguno. Con la mayor cautela encendieron una mecha muy delgada, la que daba poco resplandor, y con esta fueron observando los primeros pasillos y piezas contiguas.

Pocos habitantes existian allí; pero aun estos no habian podido apercibirse de lo que ocurría: tal era el cuidado que tenian para no llamar la atención.

Reconocido que hubo Alberto lo que necesitaba, se situaron

convenientemente, guardando la mecha; y sumidos en el mayor silencio esperaron.

Una hora despues llegaron á la casa dos embozados ricamente vestidos, penetrando por donde entró el Duque, sin tomar ninguna precaucion. Llevaban quitado el embozo, yendo uno delante con una linterna en actitud respetuosa, y detras el otro con la frente alzada, en la cual se retrataba la altaneria. Eran el vizconde de Lafaillete y Francisco I: el último iba á visitar á su manceba; el primero acompañaba á este en calidad de... amigo íntimo.

Entraron, pues, en la pieza inmediata á la en que estaban el Duque y los suyos, y deteniéndose allí el Soberano, le dijo á su servidor:

—Vizconde, encended esas bugias y esperadme.

Obedeció el interpelado, y entregando á su Rey la linterna, se arrellanó en un sillón. Siguió caminando aquel, cruzó por delante de los de Alberto sin verlos, y entró en un saloncito contiguo. En este instante Navarro, Peralta y Mendoza cayeron sobre el cortesano, le desarmaron y se lo confiaron al atleta, que desnudó un puñal y sentándose á su lado, le dijo en francés:

—No moveos, amigo mio, ni respirad si teneis en algo vuestra vida.

Sobrecogido Lafaillete, palideció y tembló, pero ni habló ni se movió; bastaban los bigotes de aquel gigante para aturdir al pobre Vizconde.

A la vez marchó el jóven detras de Francisco I, el cual al oír el ruido que hicieron los de Alberto, se volvió, y hallándose frente á frente de Silva, exclamó:

—Duque, mi querido Duque, os esperaba con la mayor impaciencia... ¡Pero en este sitio!.. A esta hora!.. y con ese traje!.. General, ¿qué significa esto?

En aquel momento penetraron Navarro y Peralta, encendieron con su mecha dos bugías y cada uno se situó al pié de la respectiva puerta de entrada y salida.

Cada vez mas admirado el Rey, volvió á exclamar:

—¿Qué hombres son estos, Duque? Hablad, voto á Lucifer, y sepamos que anhelais.

—Serenaos, poderoso Monarca, le replicó Silva, estos señores, son Generales del Emperador Cárlos I, llamados Peralta y Navarro. Creo que sus nombres os deben ser conocidos, pues tanto en Francia como en Fuenterrabia han sido modelos de valor y heroísmo; su fama, noble señor, corre ya por todas partes.

—Y bien, ¿qué quieren de mí, qué deseais vos?

—Poca cosa, añadió el Generalísimo con tranquilidad; pretendo devolveros la visita que tuvisteis la bondad de hacerme en la torre del Godo, y enteraros de los asuntos de Francia y de Italia. Como yo entonces, estais hoy prisionero, y cómo yo, ignorante de lo que pasa en el mundo.

—¿Y quiénes me tienen preso? preguntó Francisco con ira, ¿y quién os pide noticias?

—Os encarcelan, señor, Navarro y Peralta, ya lo véis, pero no os inquiete vuestro cautiverio, pues antes de poco os hallareis libre sin condicion alguna. En cuanto á las nuevas que os iba á dar, son de tanta importancia para vos, que las está reclamando vuestra crítica posicion y vuestro deseo. No obstante esto, si vos no las quereis oír, callaré; no intento molestaros, gran señor.

—¿Y qué me pensais contar, Duque?

—Os voy á referir lo que ocurre en Francia, en Italia; las causas que me tienen aquí, de qué modo he venido, con todo lo demas que os puede ser de un interés grande.

Quedó meditando largo rato el bravo francés, miró despues á sus enemigos, notó la impasibilidad de los tres, y comprendiendo su verdadera situacion, se quitó la capa y arrojándola al suelo, se sentó y le replicó:

—Descansad si gustais, y hablemós: pueden hacerlo tambien esos caballeros que os acompañan.

—Acepto, respondió el jóven, y no os admire mi franquza, la costumbre de conversar con el primer Emperador del mundo en esta postura, y ser aquí su fiel representante, me dan derecho á

ello; en cuanto á esos señores, están bien así; dejadlos, pues, ambos son de hierro, y no se cansarán aunque continuemos el resto de la noche.

—Está bien, os ruego únicamente me digais todo lo que deseais sin omitir nada, pero abreviando lo posible.

—Será así.

Y con la misma tranquilidad, y sin descomponerse ni demostrar la mas leve alteracion, iba á proseguir, cuando tres cañonazos sucesivamente disparados le hicieron variar de idea y esclamó:

—Esas detonaciones me anuncian que el bizarro Leiva ha recibido el emisario y el oro que acabo de mandarle. Ahora paso á manifestaros lo que os he ofrecido.

Hace mas de un mes tuvisteis la bondad de visitarme y hacerme algunas proposiciones, que aunque injuriosas, son perdonables á un Rey. Quedé en contestaros, y voy á verificarlo: soy en nombre del Emperador dueño de Nápoles, como os prometí, y estoy en Italia como añadí despues. No he faltado en nada de lo pactado gran señor; y si no os regalo la Sicilia y guerroo contra vos en estos lugares, creed firmemente que me lo impiden mi fé de caballero, una nobleza sin tacha, trasmitida á mi por veinte generaciones y el mas hidalgo de los soberanos; de otro modo seria diferente mi proceder, y al devolveros vuestra cariñosa visita os ofreceria gustoso mi espada y mi sangre. Sois un Rey valiente y entendido, y siempre fué honroso obedecer á Monarcas como vos. Ahora os voy á esplicar mi conducta desde que salisteis de la torre, pues estad seguro que los pocos partes que han llegado á vuestras manos son inexactos. Aun cuando el facultativo, siguiendo vuestro consejo, me tenia entregado á una mortal debilidad, mi pobre paje se encargó de facilitarme pastas alimenticias, con lo cual me hallé en disposicion de marchar algunos dias despues que vos lo verificasteis. Vuestro médico, señor, es un sábio, vos tenéis muchísimo talento, y Vissó era astuto y sagaz, pero yo me dije, es preciso salir sin condiciones, y nadie me estorbó el paso.

Francisco I oia al Duque con una atencion estremada, con-

traido su rostro y marcada en él una impaciencia que lo devoraba. Alberto con su calma y serenidad habitual continuó:

—Mi fuga no tuvo nada de ingeniosa ni de estraña; ocurrió del modo siguiente: encerrado por primera vez solo con Vissó, recordé que fue el autor del asesinato intentado en la accion de Tolosa; cogí una de dos espadas que habia tenido la imprudencia de subir á mi prision, y en buena lid le pasé el corazon de una estocada; de una sola, gran señor. Todavía estaba yo muy débil; pero hallé sobradas fuerzas para herir á ese tigre, que aun cuando se defendió, no le dejé tocar ni la seda de mis vestidos.

Muerto el futuro Coronel, y habiendo cometido la segunda imprudencia de entrar las llaves de la fortaleza, guardé las de mi habitacion y las de la puerta del castillo, y cinco minutos despues me ví al aire libre, sin impedimento alguno. Un cuarto de hora mas tarde la torre del Godo se desplomó, quedando entre sus ruinas pulverizada la gente que la custodiaba, á escepcion del doctor, que fue gracias á vuestro celo y á su ciencia, el que me salvó la vida.

—Esa historia se parece á un cuento horrible, duque del Imperio, replicó el Soberano con gravedad.

—Es verdad, señor; pero aquí teneis el parte que he cogido á uno de los correos que os mandaba el general Lafontteille; vedlo y hallareis el cuento convertido en historia.

Abrió Francisco el escrito que le alargó el Duque y leyó lo siguiente:

«Señor:

»El castillo del Godo no existe. Una mina hábilmente practicada en él, é introducida la correspondiente mecha, segun opinion de los inteligentes, lo ha destruido completamente. Ignoro qué ha sido de sus habitantes, si bien es de suponer que todos hayan perecido.

»Continúo mis averiguaciones, y ya tendré el honor de enterar á V. M., etc., etc.»

El rostro del Monarca seguia cada vez mas contraído. Meditó y á los cinco minutos replicó:

Mucho ingenio habeis demostrado en vuestra misteriosa y terrible fuga; pero en la conducta que observasteis con Vissó, sospecho que haya envuelta alguna traicion indigna de vuestra fama.

—Esas ideas, replicó Alberto con desden, son propias de un francés que no sabe lo que vale un noble castellano, que no me conoce, pero que, á Dios gracias, me comprenderá en breve.

—¿Pre tendeis que os crea por solo vuestro dicho?

—No, sin embargo de que en mi patria se le cree á un caballero cuando asegura una cosa bajo su palabra, puesto que el día que falta á ella se le cubre de ignominia. Esto, no obstante, vos estais en vuestro derecho para pensar de otro modo; á bien que en el ejército español no hay Vissós, ni gavillas de traidores como la suya, ni se valen los nobles de esa clase de gente para ningun asunto ni oficio, lo cual quiere decir que cada uno discurre, segun en el pais que ha nacido.

—¡Duque del Imperio, dijo Francisco levántandose en actitud amenazadora, estais insultando al rey de Francia, y vive Dios!..

Una carcajada de Navarro y Peralta demostraron á aquel que allí le tocaba sufrir y callar y contenerse cuanto requeria su grave posicion; pero este, ciego de ira, tiró de su espada, sin reflexionar lo que hacia, y exclamó:

—Miserables, uno á uno ó como querais, con los tres me atrevo.

Otra risa sarcástica contestó á la amenaza del Soberano; mas en esta ocasion acercándosele pausadamente Alberto, le replicó:

—¿Es costumbre francesa insultar al enemigo para obligarle á batirse? os lo pregunto porque á nosotros nos basta una mirada, una leve indicacion para admitir un duelo.

—Veámoslo, voto al infierno; en guardia el primero que pretenda honrar su acero.

—El mio, el mio, exclamaron los dos generales acercándose á Francisco.

—¡Atras! contestó el Duque poniéndose frente al Rey; añadiendo:

—Vosotros ocupad el sitio que os he destinado, basto yo solo para un francés.

Y desnudando la espada la cruzó con la de su contrario, diciéndole:

—No esperaba, gran señor, este señalado honor; os estoy sumamente agradecido y procuraré hacerme digno de él. ¿Con que quereis batiros con los tres?

—Y mataros.

—No tengo yo tan malas intenciones... Cubrios, voto al demonio, que os voy á tener que herir sin querer... Bien, muy bien; famosa estocada; es digna de un Rey; no tirais mal, no, pero distais mucho del emperador Cárlos I.

—Yo os probaré como se mata aquí.

—No, antes quiero yo enseñaros cómo tira él. Se pone asi, y hace esto...

Al acabar Alberto su frase la espada de Francisco saltó, sufriendo en la mano un dolor tan agudo con este desarme, que quedó inutilizado por algunos minutos. Ciego de ira, espumeante su boca, no acertaba á hablar.

Por el contrario, Silva le cogió el acero y alargándoselo, le dijo:

—Serenaos, señor; esto no ha sido mas que un ensayo, el que os ha fastidiado un poco, y por esta causa os habeis visto obligado á arrojar esa arma.

—¡Duque! exclamó el Rey con amargura, matadme ó dejadme salir de esta habitacion.

—Nadie os detiene, señor, podeis hacerlo cuando gusteis, puesto que mi visita ha terminado ya.

—Gracias; espero hallaros en otro sitio donde pueda pagaros el favor que acabais de dispensarme.

Y sin mas incidente partió Francisco cerrando con llave la puerta que dejaba detras.

—Marchemos, gritó Alberto saliendo apresuradamente; Mendoza, añadió, inutilizad al vizconde sin matarlo y seguidme todos espada en mano.

Cogió el atleta al cortesano, lo levantó en alto y lo arrojó contra el pavimento, dejándolo imposibilitado para hablar ni moverse. Cinco segundos despues corrian los cuatro en busca de sus caballos, oyendo desde lejos las voces que daba el Rey para que los detuviesen y lo auxiliasen. Poco tiempo tardó el ejército en disponerse á obedecer las órdenes de su Monarca, pero es el caso, que cuando intentaron perseguir á nuestros valientes, estos seguidos del fiel criado se habian puesto lejos, muy lejos del alcance de sus enemigos. Varias partidas de ligeros salieron, pero todas regresaron sin hallarlos ni traer la mas leve razon de tales diablos.

Francisco esclamaba lleno de coraje:

—Oh, bien te has vengado, Silva; ¡mas ay de tí si vuelvo á hacerte prisionero!

Por el contrario el héroe, decia á sus compañeros:

—Ya estamos en paz con el Soberano de Francia; le hemos pagado la deuda, destrozando á la vez su corazon. Mañana en el combate no será ya el mismo que hoy.

—Eso está muy bien, replicaba Mendoza; ¡pero cuánto mas valia que lo hubiéseis muerto ó que me lo dejáseis traer como os llevaron á vos!

—Dios me libre de matar á un Rey; no aconsejad á nadie el regicidio, Coronel, pues es el mayor de los crímenes, y en cuanto á hacerlo prisionero, ¿no será mucho mejor en el campo de batalla, cuando esté al frente de sus ejércitos, que encerrado en la casa de su concubina y hallándose solo contra cuatro?

—Ya, si eso pudiera ser.

Una dulce sonrisa brilló en los labios del jóven, añadiendo:

—Con vos, Peralta, Navarro y D. Alvaro, no hay para mí imposibles, amigo mio.

Hablando así llegaron á Milan, donde nada ocurrió de particular desde que salieron.

Temeraria fue la escursion de estos valientes y muy espuestos estuvieron, librán道les de todos los peligros el talento de Silva y la osadia de los cuatro. Alberto se propuso en ella vengarse de la accion cometida con él y ya hemos visto que lo habia conseguido

tal y como lo deseaba. No quedaba, pues, nada que vindicar ni que castigar; solo restaba batir y vencer á un enemigo poderoso, empresa difficilísima, atendiendo al estado del pais y á los pocos recursos materiales con que contaba, pero aun así se proponia emprender la campaña, para lo cual habia algo en su favor, puesto que su claro ingenio le aminoraba las dificultades, le ayudaba poderosamente á vencerlas, y en honor á la verdad tenia ya moralmente derrotado al jefe supremo de sus contrarios.

La suerte seguia favoreciendo al conde de Santomera, pues hasta el cruel azote que diezmaba el suelo piamontés iba cediendo conforme el valiente mancebo penetraba en el corozon de la Lombardia.

Ya no era Silva aquel barbilampiño de cutis blanco como la nieve, delgado y adolescente. La guerra, el sol, el campo, el aire, los sufrimientos, las penalidades y sus heridas le habian curtido la piel, tostado el rostro y destruido la parte femenil que le prestaba su belleza. Rubios y finos sus bigotes é inclinados hácia abajo se perdian entre una espesa barba del mismo color, sedosa y larga. Se habia robustecido notablemente, desarrollado su ya fuerte musculatura, y en una palabra, á pesar de sus veinte y dos años, era ya un hombre, hermoso todavia, pero guerrero hasta en sus mas indolentes movimientos; su mirada continuaba altiva, fija y dominadora, y su frente seguia grande, brillante y despejada. Parecia menos reflexivo y mas vivo que anteriormente, pero en realidad no sucedia asi; puesto que aquella ligereza era hija de la mayor facilidad en el desarrollo de sus ideas. Dios indudablemente habia privilegiado su varonil cabeza y hasta pudiera creerse que la defendia y custodiaba con su poderoso auxilio: Alberto lo comprendia y por eso despues de concebir el pensamiento y madurarlo lo llevaba á cabo con una intrepidez sin igual. Su vida era una luz que resplandecia al aire libre, espuesta á los rudos embates de toda clase de vientos y huracanes, pero que ninguno consiguió apagarla, si bien lograron amortiguarla algun tiempo para que volviese á lucir mas viva, deslumbradora y fuerte.

Vedlo ahora en un pais cuajado de enemigos, sitiado por la

peste, cerradas sus puertas, negándole hasta el agua, dirigir sus huestes, multiplicarse, hallarse en todas partes, no descansar día ni noche, comprenderlo todo, no olvidarse de nada y remediar el daño mas grave como igualmente el pequeño. Solo hay en el ejército castellano una voluntad que ordena, unos ojos que miran y un dedo que señala. Sus Generales y Jefes superiores son entendidos, bizarros y orgullosos, pero hablando Alberto solo tienen oídos para escuchar, voluntad para obedecer; le quieren mas que le respetan, le respetan mas que le temen; es por último el génio que arrolla, triunfa, domina y manda. Por eso desde el gran Carlos I hasta el último vasallo del Imperio, todos lo acatan, lo contemplan y veneran. Pero lo que mas admira en él es su modestia, nuevo don que debe al cielo, pues esta hace que ni la ráfaga mas pequeña enturbie ó amengüe el claro sol de su gloria.

Hoy tiene el Generalísimo fija en su mente una idea grandiosa; intenta no solo vencer, derrotar y esterminar á sus muchos y poderosos enemigos; quiere mas todavia, anhela llevar á cabo una empresa casi irrealizable; pero no adelantemos los acontecimientos, sigamos nuestra historia y á su tiempo sabremos lo que hizo y lo que consiguió.

Despues que llegaron á Milan, se encerró Alberto con sus tres amigos, y les dijo:

—Señores, tengo acabado mi plan de campaña y en breve seremos cadáveres ó dictadores; las dificultades son inmensas, os aseguro que hay pocas cabezas capaces de abrazarlas todas. Dios no obstante favorece nuestra causa y me las ha presentado delante, y al lado el remedio para conjurarlas. Si, añadió con placer, creo que triunfaremos y que podré estrechar en Madrid, al lado del Emperador, lejos de enemigos, esas callosas manos que van á ser el terror de nuestros adversarios. El cielo quiere que vivamos muchos años todavia, me lo dice el corazon, y esto es para mí tan grato como la victoria. Os recomiendo solo la prudencia en todo lo que sea compatible con nuestra terrible mision: tened entendido que si vuelvo á la córte con alguno de vosotros de menos, me juzgaré moralmente herido, y un grave pesar me ator-

mentará el resto de la vida. Sed valientes, intrépidos, pero siempre pensadores y comedidos; no fiad nada á la suerte ni á la casualidad. Repetid es to que os he dicho al valiente Coronel Don Alvaro, si como espero Dios lo saca con bien de su peligrosa empresa.

Acabó de hablar, y ya se retiraban los tres amigos sin tener nada que contestar, embargados por el agradecimiento que les causaron las palabras de Alberto, cuando se abrió la puerta y agarrándose á la pared penetró en la habitacion un hombre, que fatigado y casi sin aliento cayó sobre un sillón.

Con la rapidez del rayo se echaron todos sobre él exclamando:

—¿D. Alvaro, amigo mio, estais herido? ¿donde, quién ha sido?

Con voz balbuciente y fatigosa contestó el interpelado:

—No os asusteis, señores, vengo destrozado de tanto correr y de tres caidas terribles que he dado, pero nada mas. Estoy bueno, señores, muy bueno, y aun cuando me duele todo el cuerpo ya me aliviaré:

En dos segundos trajo Mendoza un colchon, tendieron en él al Coronel, y contra su voluntad lo desnudaron, siendo acto continuo reconocido por Navarro, que en un cuarto de hora frotó su epidermis con uno de los bálsamos de su botiquin. El pobre Don Alvaro no tenia una herida en la piel; pero en cambio estaba tan salpicada de cardenales, que inspiraba compasion.

Media hora despues, mejorado el enfermo de sus dolores y repuesto de la debilidad, referia á sus amigos lo siguiente:

Me acerqué al campamento real, dijo, sin inconveniente de ningun género, si bien es verdad que mi caballo se convirtió en águila y yo en pluma. Era la primera comision que evacuaba solo y por órden de Alberto, y francamente, queria que su desempeño fuese digno de la honrosa confianza y cariño que me tiene. Así es, quo corrí mas aun de lo que parece posible, y llegado que hube, atando á un árbol mi caballo y coordinado que fue mi plan, me metí en medio del ejército francés y venciendo á miles las dificultades penetré en la plaza, protegido por una discrecion á toda

prueba y con mas suerte que discrecion. Ya dentro, se presentó á mi vista el cuadro mas espantoso que hubiera podido imaginar; casi abandonadas las murallas y fuertes de Pavia, recorrian sus calles multitud de soldados, paisanos, niños y mujeres pidiendo la rendicion de la plaza, y algunos la cabeza del Gobernador. Viendo aquello, pregunté á los mismos que me reconocieron al saltar, dónde estaba el valiente Leiva, y sabiendo que se hallaba deliberando en su palacio, rodeado de las autoridades civiles y militares de la ciudad, me dirigí al centro, sitio donde estaban la mayor parte de los sublevados, y alzando mi voz cuanto pude, impuse silencio, diciéndoles: Españoles, soy un Coronel del ejército de Alberto de Silva, duque del Imperio, que os traigo oro y la grata noticia de que antes de poco se alzaré el sitio de Pavia; el héroe os lo ofrece, ese génio que solo sabe vencer y que lo teneis á media legua de vosotros. ¡Mientes! ¡mientes! gritaron dos, y uno continuó: tú eres un farsante, un embustero y seguidamente añadió; muera Leiva! abramos las puertas antes que nos muramos de hambre! Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cayó al suelo exánime atravesado de una puñalada que le dí en el corazon; sin perder un momento, arranco su espada de la cadavérica mano que la sujetaba, y dije á sus compañeros. ¡Españoles, viva el emperador Cárlos I, mueran los franceses, mueran los traidores: á mí los valientes castellanos; que salgan al frente los villanos que quieren vender á su patria! Un profundo silencio siguió á mi relato, valiéndome del cual penetré en casa del Gobernador, le enteré de lo que debia, dándole acto continuo el dinero que vos me habias entregado y todo el que yo tenia ademas. Me mandó esperar, salió él, calmó la agitacion con sus palabras y algunos ejemplares parecidos al mio, y restituida por completo la calma, dió una paga á la guarnicion, ofreció otra para dentro de tres dias, y en dos horas quedó terminada la insurreccion, cada uno en el puesto que le correspondia, y una docena de italianos alborotadores colgados en medio de la plaza. Se publicaron bandos, una alocucion patriótica y cuando todo estuvo tranquilo, volvió, me hizo sentar á su lado, comimos y sabiendo que yo de-

seaba partir inmediatamente, estrechando mi mano con una efusion digna de su valor, me dijo:

—Intrépido Coronel, marchad cuando querais y decid al duque del Imperio, que cuente siempre conmigo; añadidle, que la ciudad puede defenderse todavia seis dias; pero que ó yo moriré ó resistirá hasta que su genio la libre de Francisco I. En cuanto á vos, amigo mio, os veo digno de ser uno de los soldados que siguen á ese famoso caudillo, que no tiene rival, segun cuentan, por lo cual no me estraña la sublime accion que acabais de practicar. ¡Ay, entrasteis aquí, pero cómo saldreis, gran Dios!

—Lo mismo que penetré, respondí; engañando, mintiendo y por último partiendo corazones; lo primero es harto sensible para un caballero; pero asi lo exige la patria. Conque dadme un abrazo y hasta despues; creo que pronto nos veremos, mediante Dios y el génio de nuestro amado Generalísimo. Nos estrechamos, y salpicado por sus nobles lágrimas marché. La salida era efectivamente mucho mas difícil; en cambio no me estorbaba el peso del oro que acababa de dejar, y en su defecto llevaba conmigo una hermosa espada arrancada á un traidor. Era de noche cuando partí; el campamento enemigo estaba en completa alarma, y por do quier corrían ayudantes; los clarines y atambores lanzaban sus ecos atornadores, y una confusion grande reinaba por todos lados. Ignorando yo la causa me serví del efecto y crucé como ellos, llegando á donde estaba mi caballo, sin ser reconocido por nadie; monté en él y escapé. Un cuarto de hora despues una partida francesa me sale al encuentro, y luego otra, y otra y hasta seis; de todas me salvó mi arrojo y los piés de mi alazan. He saltado zanjas, he corrido por montes, me he perdido veinte veces, cayó mi potro varias y yo no sé cómo ni por qué casualidad estoy aquí, pues jamás he visto de tantas maneras diferentes cercarme la muerte y librar bien. ¡Oh! he necesitado en esta ocasion la sangre fria que vos me habeis enseñado á tener, Duque, para acabar de tal manera. Señores, os juro por mi honor, que aun no he podido comprender la razon de presentarme á vosotros sin una sola herida.

—¿Y cómo os hallais? le preguntó Silva.

—Muy bien; dentro de dos horas me comprometo á seguirlos donde quiera que vayais, mi querido General.

—¿Y sabiais á quien perseguian esas partidas que tanto os daban que hacer?

—No, voto al demonio.

—Pues eran á Peralta, Navarro, Mendoza y á mí. ¡Pobre Don Alvaro! él solo entretenia con su espada á nuestros enemigos para que nosotros, que ibamos cinco y que estábamos descansados, pudiéramos escapar mas facilmente.

—Me alegro.

—Yo no, amigo mio, y de saber que tan pronto despachabais vuestra comision, por Santiago que os hubiéramos buscado y socorrido.

—Gracias, señor, pero ya veis que no ha sido necesario.

—¡Orgulloso! le dijo Alberto estrechando su mano marchando de allí.

CAPITULO XVII.

Emisario.—Principio de las hostilidades.—Sublevacion.—Primera encamisada.—
Toma de una plaza, pasan á cuchillo á sus defensores.—Rico botin.

Poco despues de salir Silva de la habitacion donde dejó á Don Alvaro y restantes amigos, entró en su despacho y se encerró, poniéndose á escribir. No habian trascurrido quince minutos cuando se le presentó un paje, y le dijo:

—Señor, un marinero genovés acaba de llegar y pide, con gran insistencia, veros al instante. Dice que tiene noticias interesantes que comunicaros.

—Que pase, replicó Silva sin dejar la pluma.

Al poco rato apareció el marino precedido de un criado de Alberto. Entraron ambos, alzó la cabeza el Generalísimo, hizo un signo de despedida al sirviente, y preguntó al otro:

—¿Qué deseais?

Antes de contestar el recién venido, se arrancó una barba postiza que llevaba, miró al Duque, y le respondió:

—¿Me conocéis?

—¡Conde del Aguila! exclamó Silva, levantándose y tendiéndole sus brazos.

Era efectivamente el que acaba de nombrar Alberto y uno de los generales mas bizarros que habian asistido al sitio y toma de Fuenterrabia.

Se estrecharon amistosamente los dos castellanos, sentáronse luego y despues de hacerse mutuamente varias preguntas, le dijo el héroe:

—Veo, querido Conde; que habeis aprendido bien nuestros disfraces de España!

—Lo cual, replicó el otro, no ha evitado el que una de las muchas veces que estuve entre enemigos me espusiera á ser ahorcado; y lo que no sucedió por un milagro.

—¿Acaso os descubrieron?

—Peor todavia, me tomaron por espía.

—¿Y como os salvasteis?

—Matando á un centinela con su mismo puñal, hiriendo luego á un soldado, montando en su caballo y corriendo hasta que me alejé de ellos lo bastante.

—Ya habreis visto que los franceses no se descuidan y que son dueños de Italia.

—Asi es la verdad y esa es la razon de haber venido á visitaros por órden del Emperador.

—¡De órden de Carlos II! ¿Qué acontece? Hablad, amigo mio, pues me sorprenden vuestras palabras.

—Al llegar S. M. á Fuenterrabia, recibió varios partes en los cuales se le enteraba del verdadero estado de este pais, de la fuerza enemiga y del espíritu público. Y convencido de la poca gente y recursos de que disponeis, me manda deciros, que en estos momentos estarán ya en Barcelona y prontos á embarcarse, treinta mil hombres y cincuenta mil escudos. Que si no os basta con esto, pidais todo lo que creais necesario, designando el punto, dia y hora en que se ha de verificar el desembarco; previniéndoos

únicamente, que ataqueis, vengais y aniquileis al enemigo lo mas pronto posible, para lo cual os ruega empleis la energia y genio con que Dios os ha favorecido. El César, confia en vos, la nacion tiene fija su vista con estremada ansiedad en su Generalísimo y el ejército pide combatir á vuestras órdenes. No hay un solo español que deje de miraros, de colmaros de elogios y fiarlo todo á vuestra sabiduria y valor.

Acabó el supuesto marinero, quedó reflexionando Alberto cinco minutos, diciéndole despues.

—Señor conde del Aguila, decid al Emperador, y si gustais tambien al pais, que sus soldados no tenemos en este momento un maravedí, una racion, ni quince amigos en Italia. Que somos veinte y seis mil hombres, de los cuales tan solo con una mitad se podrá contar antes de pocos dias: que el enemigo reune sesenta mil combatientes y cuanto le hace falta; pero siendo así que Carlos I y su Imperio confian en mí, todo lo esperan de mí, yo lo haré todo. No quiero mas gente que mis trece mil castellanos; con ellos, sin dinero, raciones ni amigos reconquistaré á Italia y llenaré sus deseos en tal disposicion, que superará lo que practique á cuanto ellos pudieran imaginarse.

—Nadie duda, señor Duque, de vuestro prodigioso talento; mas estais solo, todo os falta y seria terrible que espusierais vuestra preciosa vida mas de lo que aconseja la prudencia. Perdonad mi réplica, hija de la amistad que os profeso y de mi amor á la patria en que ambos hemos nacido.

—Gracias, General; conozco vuestras intenciones, vuestro ardimiento y el aprecio que os merezco, por lo mismo os aconsejo que os tranquiliceis y que no temais nada por nosotros. Si hubiera querido, aislado como me hallo y sin recursos, tendria hace horas prisionero á Francisco I.

—¡Al Rey de Francia! No os comprendo.

—Poco antes de llegar vos, lo sorprendí, lo desarmé en lucha igual, le perdoné la vida y lo dejé que marchase.

—¡Señor, qué habeis hecho!

—Darle á conocer la nobleza castellana, el valor español y la diferencia que hay entre sus arteras mañas y nuestras heróicas acciones.

—Es verdad ¡mas si os lo llegais á traer!...

Se sonrió Alberto, miró á su intereculor, y añadió:

—Sois reservado, sois mi amigo y compañero... ¿no es cierto?

—Si.

—Pues bien, id á la Corte y esperadlo allí.

—¡A Francisco!..

—Si.

—¿Lo volvereis á sorprender?

—No; pienso cojerlo en medio de sus ejércitos.

—¿Lo creis realizable?

—Si.

—No comprendo ni los medios de que os vais á valer ni la posibilidad de conseguirlo. Me he hallado en veintidos acciones, he mandado tres batallas y he ganado dos; nunca he temido la muerte, pero os aseguro, que es para mí tan estraño lo que me decís, que á no conoceros os tendria por loco.

Otra vez volvió á sonreirse el héroe, tornó á mirarlo, y le preguntó:

—¿Cuándo vais á partir?

—Generalísimo, estoy á vuestras órdenes; vos lo dispondreis,

—Pues bien, siendo asi que nada necesito de las ofertas que me acabais de hacer, podeis deteneros un poco mas y vereis un episodio preliminar de eso que no podeis comprender. A la vez os proporcionaré la dicha de desnudar la espada, á lo cual sois tan aficionado.

—Acepto, amigo, con tanto mas placer cuanto que asi podré vengar el mal rato que me dieron ayer los franceses.

—Idos á descansar que ya os entrarán traje, armas y cuanto querais.

Y sin mas esplicaciones se retiraron ambos y durmieron.

Seis horas despues cada General del ejército español recibia una orden de Alberto y la cumplimentaba. Desde este momento

iba á dar principio el héroe á la empresa mas atrevida que podia llevarse á cabo.

Seguidamente y sin perder tiempo, puesto al frente de su escolta, de los quinientos ligeros y acompañado del conde del Aguila, pasó á visitar á Pescara, del cual recibió el dia anterior un parte muy alarmante. Llegó, pues, al pueblo donde permanecia aquel, y enterado de lo que ocurría, resultó, que la division de éste se habia sublevado á consecuencia de la falta de víveres y dinero en que estaban. Volvió á montar á caballo, y ayudado del Marqués y los suyos encerró á cuchilladas á todos los insurrectos. Dos horas despues ahorcó diez y siete, y en el acto quedó restablecida la tranquilidad é imperando la ley entre los amotinados.

Duro habia sido el castigo, pero llegó tarde, pues temiendo las consecuencias de la inesperada venida de Alberto, y oyendo á la ambicion y á su falta de subordinacion, se marcharon los suizos, alemanes é italianos, quedando la division de Pescara reducida á cuatro mil españoles, y aun estos no se hallaban en el mejor estado.

Previendo el Duque peores consecuencias todavia, por la falta de alimentos, en cuanto anocheció reunió á los revoltosos en un cuartel, y ya solo con ellos, les dijo:

—Soldados, todos sois españoles y valientes, y no obstante esto, habeis faltado á vuestro pais, al Emperador y á las leyes. Conservais vuestra miserable existencia por un exceso de mi bondad; os perdono por compasion; pero ¡ay del que en adelante y á la vista de un enemigo que no nos ataca porque nos desprecia, vuelva á dar un ejemplo tan triste de debilidad y poco amor á su noble Soberano y á su patria! ¡Ay del desgraciado que no recuerde en adelante que su sangre es española y que ha venido aquí á matar franceses, á sufrir vicisitudes y á morir, si es necesario, por los suyos y con los suyos. ¿Qué os hace falta? ¡Pan y dinero! No os lo doy, voto al demonio, porque no hay: ¿pero no lo guardan vuestros enemigos? Pues bien, quitádselo, si es que conservais sangre castellana. Soldados, esta noche el que me siga tendrá cuanto le

haga falta. Veremos si al caer sobre vuestros contrarios sois tan bravos como antes, cuando gritabais en la plaza.

Las palabras del héroe habian filtrado en el corazon de aquellos hombres, que con la vista baja y avergonzados parecian autómatas.

Salió el Duque de allí, y acto continuo, precedidas las órdenes oportunas, en medio de Pescara, del conde del Aguila y Mendoza, y seguido de su escolta, los ligeros y los cuatro mil soldados, partió hácia Crema, ciudad muy fuerte, en la que habia diez mil franceses y un depósito inmenso de comestibles de todas clases, perteneciente á los mismos.

La brillante guarnicion de esta villa no podia siquiera imaginar que hubiese quien fuera capaz de atacarla, atendiendo á su admirable estado de defensa y al corto número de enemigos que tenian en las inmediaciones. Esto no obstante, Silva se dirigió á la plaza, como despues veremos.

Estaba la noche oscurísima, y el suelo y los árboles cubiertos de nieve: parecia el campo una sábana blanquísima donde la naturaleza estendia su negro crespon. Desde Alberto hasta el último soldado, todos iban á pié, llevando la camisa sobre el traje, á fin de confundirse con el color de la nieve (1).

A las dos leguas de camino, quedaron parados, estorbándoles el paso un rio que sin puente ni barca les presentó un caudal considerable de agua.

—Tirad los arcabuces, pólvora y municiones, gritó el Generalísimo, y obedecido que fue, añadió:

—Los valientes jamás hallan dificultades; el que lo sea, que me siga.

Y se arrojó y comenzó á nadar. Un segundo despues todos

(1) Teniendo los españoles que combatir, faltos de recursos y siendo tan pocos contra el mas poderoso ejército de la Francia, se valieron de sorpresas y emboscadas, las cuales practicaron de noche llevando siempre las camisas sobre la ropa ó armaduras. A estas acometidas, hijas de un valor heroico, se les llamó encamisadas y su celebridad se hizo europea; así al menos nos lo refieren la historia y crónicas de la época. (N. del A.)

imitaron al jóven, ayudándose unos á otros con cariño fraternal.

Ni un mosquete, balas ni pólvora habian trasportado á la opuesta orilla; pero en cambio, ni una espada, puñal, ni hacha, en fin, se habian dejado por temor al peso, ni por ningun otro incidente.

Alberto prosiguió asi en direccion de la plaza sin cuidarse del agua que mojaba su cuerpo y vestiduras, hasta que por último, su vista perspicaz divisó la ciudad que intentaba asaltar. Se deluvo, dictó varias órdenes, y ejecutadas, acompañado de Mendoza llegó al muro, y guarecido con este, continuó andando hasta aproximarse á una de las puertas. Allí reconoció lo que necesitaba, y partió. Diez minutos despues regresó con todos los suyos, y acercándose estos sin ruido alguno se tendieron sobre la nieve á veinte varas de la plaza.

Para dar una idea del silencio y precaucion de nuestros valientes, baste decir, que uno de los dos centinelas que estaban sobre la muralla, frente á los españoles, le dijo á su compañero:

—¿No ves unos bultos blancos que se dirigen hácia aqui?

—Si, distingo una cosa, respondió el interpelado, que se mueve.

—Eso es, replicó el otro muy satisfecho, son cabras.

Y continuaron paseando sin hacer caso de aquel incidente.

Tendidos sobre la nieve los soldados de Alberto, se adelantaron este, Mendoza y cuatro ligeros, llegando al pié del muro: de un salto trepó el Duque sobre el gigante y de otro sobre la muralla, detras los ligeros, y por último el mismo Coronel, despues de dar á sus compañeros dos hachas. Cuando el atleta subió, un soldado á la izquierda y Alberto á la derecha habian dado fin de los dos centinelas, todo, por supuesto, sin hacer ruido y con la mayor cortesia. Dos puñaladas al corazon y nada mas.

Sin pérdida de tiempo descendieron á la plaza, y cogiendo las hachas se fueron á la puerta; al quinto golpe cedió esta, dando paso á los restantes castellanos, que se lanzaron espada en mano ébrios de coraje, pero en el mayor orden posible.

Este era el verdadero elemento de los bravos que mandaba

Silva, la sorpresa y el arrojo; les gustaba una batalla, pero les aburría cuando tenían que permanecer mudos é impasibles entre filas viendo morir á sus compañeros hasta que les llegaba su turno y el General les mandaba atacar. Por el contrario en las luchas improvisadas, como desde el momento de principiar, todos tomaban parte, todos se batían, y solía suceder, que desde el comienzo de la pelea se decidía por ellos la victoria, se embriagaban, desplegaban en toda su estension el heróico arrojo que abrigaban, y el gozo de ellos se igualaba entonces á la noble impaciencia que los consumía durante una parte de las batallas.

Esta fue la primera encamisada de las muchas que tuvieron lugar, como despues veremos.

Puestos el Duque y el conde del Aguila á la cabeza de la escolta de aquel, Mendoza á la de los quinientos ligeros, Pescara á la de mil hombres, y cada jefe de los restantes al de un número proporcionado, se estendieron por la ciudad matando, hiriendo y haciendo cundir la alarma por todas partes.

Tomaron tambien sus medidas, é iban tan perfectamente dirigidos y con tal conocimiento del terreno, lo que unido á que la plaza era pequeña y el enemigo habia sido envuelto en la red de una sorpresa inconcebible, hizo que nuestros soldados casi impunemente al principio y despues en buena lid, matasen á cuantos comenzaron por echarse á la calle.

Pereció el General, el gobernador y multitud de jefes principales, y tal llegó á ser el terror y espanto de los franceses, al verse acometidos por fantasmas cubiertos de sudarios, pues eso creían al ver los soldados tapados con las camisas, que huyeron desparvoridos, la mayor parte sin armas ni otra defensa, confiando su salvación á la velocidad de la carrera.

Los españoles mataron é hirieron cuanto les fué posible, y por cierto que lo hicieron de una manera asombrosa. Su objeto era no solo vencer, sino tambien esparcir el terror en las filas enemigas, y no hay duda que lo consiguieron.

Concluyó la lucha y los sanos huyeron dejando tendidos en el suelo cerca de cinco mil hombres. El aspecto de la ciudad era

horrible, mas los castellanos ni se cuidaban de estas pequeñeces ni hacian caso de las voces de sus jefes, entretenidos en la agradable empresa de reconocer los bolsillos de sus enemigos.

Por fin, el Duque del Imperio se presentó, seguido de su escolta y ligeros, y acto continuo las trompetas y atambores tocaron llamada, y aunque con algun trabajo los reunió, formó y revistó. Enterado de las pocas bajas que existian y dada la orden de buscar á sus heridos, dispuso que cinco comisiones compuestas en su mayor parte de oficiales hicieran un escrupuloso reconocimiento de los fondos y víveres que dejaron los franceses. Esta operacion duró el resto del dia; por la noche se presentaron los comisionados á dar cuenta á Alberto, resultando, que habian cogido al enemigo mas de cuarenta mil escudos de oro, y un depósito de provisiones casi fabuloso.

Se embargaron todos los carros y caballerias que encontraron, y cuatro horas despues salieron dirigiéndose á Milan.

Antes de partir, reparó Alberto en un cartel que habia en la plaza donde se leia en letras muy grandes. «Se dará un buen hallazgo al que dé razon del ejército español.»

Imitando el héroe cuanto pudo la letra, puso á continuacion: «Esta mañana se ha levantado en camisa el ejército perdido, el que al parecer estaba durmiendo; ¡ay de los franceses el dia que se levante vestido!»

El Generalísimo, el conde del Aguila, Pescara, Mendoza y demas altos funcionarios de esta division, se batieron como simples soldados, y todos habian rivalizado en arrojo, valor y entusiasmo.

El Marqués en esta ocasion dió infinitas pruebas de un bizzaria estremada.

—¡Bien, le decia el Duque, muy bien señor General, pero eso ya es demasiado; procurad que vuestra preciosa vida se conserve para honrar á vuestro pais y para aterrar á nuestros enemigos.

—Gracias, señor, contestaba aquel, hiriendo y matando; imitaré vuestro ejemplo, cosa algo difícil hasta para los mas bravos.

Nuestros guerreros continuaron caminando de dia y de noche. Por último, entraron en la capital donde les esperaba el resto del

ejército, y en cuya ciudad iba ya desapareciendo la epidemia. Llegó Alberto á las cuatro de la tarde y aun no habia comido la tropa alojada en Milán, por no tener qué. No obstante esto, nadie faltaba á la disciplina ni aun se quejaban, verdad es que esta gente estaba educada por Alberto, Navarro y sus amigos, y habian aprendido á sufrir lo mismo que vencer. En cuanto vieron al héroe, aquellos oprimidos estómagos respiraron con facilidad, esclamo: ¡Ya tenemos pan!

Y creció mas su satisfaccion mirando al poco tiempo treinta y siete carros y doscientos cuadrúpedos cargados de oro y víveres.

Una hora despues se daba á los soldados un magnífico rancho, y acto continuo se pagaban los atrasos que se debian. El Generalísimo quedaba en paz con los suyos; estos le aclamaban á la vez que saboreaban su bien condimentada comida, y era tal el júbilo, que en esta ocasion lo anteponian al Emperador con un descaro inaudito. Se lo dijeron á Silva y éste lejos de incomodarse, respondió sonriéndose:

—¡Dejadlos, son los efectos del hambre!

Dos horas mas tarde se despedia el conde del Aguila del Generalísimo, diciéndole:

—Mi querido amigo, que el cielo siga protegiéndoos y velando por esa cabeza, honra y prez del suelo castellano.

—Id con Dios, y decid al Soberano todo cuanto se os ocurra y juzgueis conveniente.

—Lo haré así y le probaré lo innecesario del dinero y refuerzos que deseaba mandaros. Si, Duque, con vuestro génio, espada y esos pocos leones, os sobra para conseguir cuanto os propongais.

—Gracias, Conde. Seguid las instrucciones que llevais escritas por mí y no os molestarán á la ida, como lo hicieron en la venida.

Y sin otras esplicaciones, se separaron los dos amigos estrechándose cariñosamente.

En cuanto cundió la noticia por Italia de la cruel derrota de los franceses, se presentaron á Alberto el duque de Milan, varios príncipes, y otras personas de distincion, á ofrecerle su apoyo, el

que aceptaba aquel por pura galanteria. Estos nuevos personajes invitaban todos los dias á consejos, á los que asistia Silva de mal grado, pero que oia las diferentes opiniones que se emitian, contestaba con evasivas, y nada decia que indicase tener ni aceptar plan alguno. Solia, no obstante, cruzar con Pescara miradas de inteligencia, que solo ellos dos comprendian.

Cada sujeto de estos traia consigo algunas compañías de soldados, víveres y dinero; y esta era otra razon mas para que Alberto los tratara con cierta dulzura, que ellos interpretaban como inteligencia entre el uno y los otros. Pero llegado el momento de obrar, lo hizo sin consideracion á nadie ni á nada. Así fue que cuando estaban mas descuidados, sin sospechar que tendrian que batirse, sonaron las trompetas y atambores, corrieron los ayudantes, y todo el mundo se puso en pié y en su sitio. Media hora despues se les leia la siguiente orden:

«A las tres en punto saldrá el ejército para Pavia (eran las dos). Nadie quedará en Milan; los enfermos serán trasportados al hospital de sangre que se llevará al efecto.

«El que desobedeciere, contraviniere ó murmurase, sea cual fuere su categoria ó dignidad, se le sujetará á un consejo de guerra que fallará inmediatamente.

«En nombre del Emperador,

EL DUQUE DEL IMPERIO.»

Hasta al mismo Navarro sorprendió aquella medida. Iban á Pavia, y ya saben nuestros lectores que allí tenia Francisco I uno de los mejores ejércitos de Europa. Sea como quiera, lo cierto es que todos bajaron la cabeza y obedecieron la orden del Generalísimo con gusto unos, y otros sin él.

Partieron, pues, de la manera siguiente: iba delante Mendoza con mil caballos; á este seguian Navarro y D. Alvaro con todo el cuerpo de ingenieros y dos mil infantes, y despues continuaba el resto de los batallones, con artilleria, municiones, hospital, víveres y bagajes.

Alberto y Pescara, ya amigos íntimos, caminaban alegres y contentos; por el contrario los nuevos príncipes y duques aliados, marchaban cabizbajos y mohinos; pero no se atrevieron á criticar la órden, si bien demostraban claramente con su silencio lo poco satisfechos que se hallaban de tal empresa.

Por último, al quinto dia de jornadas divisaron el campo enemigo, y á mil varas de distancia de las avanzadas francesas, se encontraron con que la vanguardia mandada por Navarro les tenian preparado un magnífico campamento, circundado de fuertes y parapetos, dignos de su inteligencia privilegiada.

En cuanto llegaron los cañones fueron colocados en sus respectivos sitios, sucediendo lo mismo con el hospital, víveres y utensillos de guerra.

Reconoció Silva al frente de los demas jefes, las magníficas posiciones que ya tenian y hallándolas tal como deseaba, le dijo á su amigo:

—General Navarro, habeis cumplido con un acierto y sabiduría superiores á todo elogio. Os doy las gracias en nombre del Emperador.

Y marcando bien sus palabras añadió:

—Señores, estamos en Pavia y tenemos sitiado al ejército francés; el magnífico sistema empleado al efecto se le debe á Carlos I. ¡Ay del que no siga obedeciendo sus órdenes ó murmure de planes que no conoce?

Y despidiendo á sus acompañantes se dirigió á su lujosa tienda, situada en una altura desde donde dominaba el campo enemigo y el suyo. Era el punto mas cercano á los contrarios y el mas espuesto á un ataque; pero tenia varios fuertes avanzados y defendia estos Mendoza y su batallon.

La sorpresa de los italianos al ver la habilidad con que se estableció aquel campamento y la seguridad que les ofrecia, habian ahogado su mal humor y sellado sus lábios.

El enemigo se sobrecogió al principio; pero viendo luego la poca gente de que disponian, aun cuando reconoció que estaban encastillados, no se cuidó mucho de ellos. Solo el rey de Francia se

hallaba cada vez mas inquieto y temeroso; mas no era el ejército enemigo lo que le asustaba, ni su mas ó menos gente; era el nombre de Alberto, su génio y su poderosa frente, donde llevaba escrita la victoria. Cuando sus Generales y cortesanos se reian de los españoles delante de él, cortaba sus discursos diciéndoles:

—No conoceis al caudillo que teneis tan cerca; menos me impondrian á mí cien mil hombres que ese puñado de castellanos, de quien os estais burlando. ¡Oh! si Dios no nos ayuda no sé qué va á ser de nosotros.

—No os comprendemos, señor, le respondieron.

—Quiero decir, que Silva vale mas que cuarenta ejércitos.

—Sí, le replicaba el Almirante, no niego que es una notabilidad en la guerra; pero un General sin soldados, por talento que tenga, no se yo qué podrá hacer.

—Yo sí, lo mismo que en Lombez, en Fuenterrabia, en el Godo, en Crema y en todas partes: vencer; ¿y sabeis cómo? Yo os lo diré: atacando diez á veinte y destruyéndolos. ¡Ay, señores, la vida militar de ese jóven es una cadena de glorias imposible de imitar!

—La empresa de ahora, señor, es tan temeraria como ninguna.

—Si conociéseis sus hechos como yo, comprenderiais que no hay en su carrera uno solo que no sea para nosotros temerario. Tened entendido, Almirante, que ese mancebo es mas prudente que ninguno de vosotros, lo que equivale á decir, que cuando él emprende una cosa la tiene ya muy estudiada y cuenta con el éxito casi seguro.

Por el anterior diálogo se ve claramente, que el Duque tenia asustado al valiente rey francés; es decir, que habia conseguido cuanto se propuso en la entrevista que ya conocemos.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los contrarios fortificaron su campo, cuanto les fue posible, y sin dejar de atacar á Pavia se disponian á la defensa, caso de ser acometidos por Silva.

Hasta ahora no se habian ofendido ni aun provocado; á cuatro pasos de distancia, se miraban las avanzadas de una parte y otra

y paseaban tranquilamente sin hacer uso de las armas para nada: unos continuaban atrincherándose; los otros esperaban oír la voz del Generalísimo.

A la tercera noche de la llegada de Alberto, llamó este á Mendoza, le dió una órden y cuando los dos campamentos se hallaban entregados al descanso, al frente de los quinientos ligeros, atravesó el gigante parte del sitio ocupado por los enemigos, á escape, sin herir á nadie, pero alarmando y sorprendiendo á los contrarios. Se pusieron los franceses sobre las armas, y todos quedaron en vela. El Coronel regresó y los suyos continuaron sumidos en el mayor reposo. A las dos noches se practicó la misma operacion. Se hizo igual á la quinta, y siempre con tal rapidéz, que nunca podian cojer uno solo de los encamisados. A la sétima, se volvió á repetir; pero esta vez se acercó Mendoza hasta la muralla de Pavia, cogió á un soldado que llevaba á la grupa, le ayudó á trepar á la plaza, y huyó. Tampoco pudieron apresarle en esta ocasion ni un ginete, si bien es verdad que cada noche se metian por un punto diferente y de una manera tan hábil y ligera, que escedia á todo elogio. De este modo continuaron hasta que cansados los franceses de no dormir y de no conseguir nada, dieron la órden de no despertar ni molestar á nadie en lo sucesivo, por solo la llegada de los ligeros. Así se efectuó y Mendoza cruzó nuevamente, mas no le hicieron caso alguno.

A la noche siguiente, como á las doce, montaron á caballo dos mil hombres, se dividieron en tres columnas, mandadas por Navarro, Pescara y el atleta, y cuando los sitiadores estuvieron mas descuidados cayeron sobre ellos. Dos de las partidas quedaron en medio del campo, matando á cuantos salian de sus tiendas; la otra se dirigió á la plaza, llegó á las murallas y preguntó el gigante que iba á su frente:

—¿Valiente Leiva?

—Aquí estoy, le contestaron desde el muro; á la izquierda; eso es.

Era efectivamente el bravo Gobernador, el cual se hallaba allí en virtud de las instrucciones que el Generalísimo le habia comu-

nicado, por conducto del soldado que noches antes penetró en la ciudad.

Reconocido que fue por Mendoza, sin perder tiempo le dijo:

—En nombre del Emperador, tomad. Muchachos á la plaza los talegos.

Cada soldado arrojó un saco, llenos unos de víveres y otros de municiones y dinero. El Coronel añadió:

—El cielo os guarde, General.

—¿Quién me ha nombrado?

—El Generalísimo.

—Decidle que no lo merezco.

—Id al infierno, voto á Lucifer; todo lo que da Alberto está bien hecho y se gana. Dentro de un talego hallareis vuestro título, y varias órdenes.

—Decid al invicto Duque, que soy tan suyo como de Carlos I.

—Valor y confianza.

—Los tendremos.

Y sin mas réplica partió el Coronel seguido de los suyos, ayudando en gran manera á Navarro y Pescara á matar franceses y á sembrar en sus filas el desorden y la confusion.

Acto continuo se fueron retirando las tres columnas hácia su campo, sin temor de que nadie les estorbara el paso.

Por el contrario el enemigo, no sospechando nada de lo que habia hecho el gigante, creyó que todo estaba reducido á una sorpresa de nuevo género. Pero fastidiado el Monarca de tanta encamisada y moletias, reunió en consejo á sus generales y grandes-homes, y dispuso que á la mañana próxima se diese á Pavia el último ataque, el decisivo. Suponian tambien que los sitiados carecian de dinero, víveres y municiones; y creian, en parte con fundamento, que seria cuestion de unas cuantas horas de sangre y fuego.

Esta determinacion iba seguida de la prudencia necesaria; asi es que se esperó á que amaneciese y á que el mismo Rey, acompañado de una escolta numerosísima, hiciera un reconocimiento escrupuloso en el campo español y en la plaza.

Asomó el alba, y efectivamente se prepararon á un gran asalto. Montó Francisco, y rodeado de tres mil caballos, partió á escape. Todo lo halló en silencio, y aun parecia que los habitantes de aquella ciudad, descansando con la mayor tranquilidad, no se cuidaban de otra cosa que de dormir. Corrió acto continuo al campamento de Alberto y lo encontró lo mismo que la plaza; hasta los escuchas habian disminuido, y el ejército metido en sus tiendas reposaba, al parecer, sin temer ni sospechar la mas leve contienda. Llegó á ser tal la confianza del Rey, que se aproximó á la línea enemiga, á diez varas de los centinelas; estos le hicieron el saludo correspondiente, como si le conocieran, lo que admiró al francés; pero continuó andando y reconociendo. Ya se iba á retirar, sin contemplar otra cosa que pocos soldados, muchos parapetos y tiendas de campaña, cuando alzó la vista y observó á ochenta varas de él una figura inmóvil, con los brazos cruzados, sola, que seguia todos sus pasos y acciones. Franciscó la miró, reconoció, y exclamó para sí:

— ¡Todos descansan menos él! ¡Ese hombre está en todas partes! ¡Todo lo ve, todo lo oye, todo lo sabe! ¡Oh, si yo tuviera un General así!

Al acabar esta reflexion pasó por delante de Alberto, pues ya habrán comprendido nuestros lectores que era él, el cual le hizo una graciosa reverencia, la que le devolvió el bravo extranjero, con un saludo cortés y las siguientes palabras:

— Adios, Silva; ¡oh, cuánto siento que seais enemigo de la Francia!

— Gracias, señor, replicó el jóven, yo tambien lo deploro.

— ¡Oh! decia Francisco marchándose; ¡qué importa que duerman los ejércitos de Carlos I si el águila está despierta y se halla en disposicion de caer con sus potentes garras sobre el rival mas osado y valiente!

La inmóvil figura del héroe, fija sobre las rocas, habia impuesto mas al Soberano que todas las huestes del mundo. Este Rey conocia al Duque mas todavia que el mismo César castellano.

Triste y meditabundo llegó el Monarca, no obstante lo cual

dió inmediatamente la órden para que en el acto se comenzara el gran asalto que tenia preparado. A la primera evolucion del ejército francés sonó un clarin del campo español, y diez minutos despues los soldados castellanos ocupaban sus puestos armados de punta en blanco.

Se rompió el fuego enemigo contra la plaza en toda la línea, descargando centenares de bombas y balas sin que la ciudad hiciese demostracion alguna y mucho menos el ejército de Alberto, que mudo y arrogante esperaba impasible el superior mandato de su jóven General. Este veía el destrozo que sufrían los sitiados sin demostrar sensacion ni intencion de atacar. Los suyos contemplaban su impasibilidad, se encogían de hombros y callaban; pero los jefes italianos no pudieron contenerse, y en coro le preguntaron:

—Señor Duque, ¿no defendemos á Pavia?

—No lo creo necesario.

—Nosotros opinamos por el contrario, pues desprovista como está de toda clase de municiones y recursos, si la abandonamos á sus propias fuerzas, sucumbirá antes de concluir el terrible ataque que acaba de empezar.

—Leiva, señores, se limitó á contestar el Generalísimo, obedeciendo mis órdenes, que son las del Emperador, y en estos momentos obra segun las instrucciones que le he dado; seguid mirando como yo y comprendereis lo que falta en la plaza y si está bien ó mal dirigida.

Y volviendo la espalda, continuó observando con mucha calma el daño cada vez mas horrible que hacían en ella los proyectiles enemigos.

El ataque era efectivamente decisivo, el Rey de Francia destruía la ciudad y sus muros con un terrible fuego que duró tres cuartos de hora. Al cabo de este tiempo, se dió el asalto por veinte puntos diferentes. En el instante aparecieron como por un encanto los cañones y tropa de Pavia y recibieron á su galante enemigo con una lluvia espesísima de metralla, que dejó muertos á cuantos se aproximaron. Diez veces se repitió el combate, y

otras tantas perecieron los atrevidos que intentaban tomarla. Todos los esfuerzos de los franceses, que en honor á la verdad fueron muchos y grandes, se estrellaron ante aquel fuego esterminador que vomitaba la ciudad. Cansados de la inutilidad de sus ataques y de ver el número de heridos y cadáveres que cubrían el suelo, concluyeron por retirarse los contrarios á sus atrincheramientos. El ejército de Silva contempló con sangre fria el combate; luego aplaudió á los sitiados, elogió el acierto y valor de Leiva, pero ni se movió ni dió muestras de querer tomar parte en la contienda; observaban á su jefe impasible, y lo mismo estuvieron ellos. Los de Italia, tomando el consejo del Duque, continuaron mirando, y cuando vieron las consecuencias del silencio y postracion aparente de la plaza, victorearon á Alberto y lo ensalzaron mucho; mas al presenciar la retirada de los franceses y notar su aturdimiento, comenzaron á pedir á gritos caer sobre el enemigo ó intentaron hacerlo. Los españoles lejos de imitarles trataron de estorbarles su marcha, mas el héroe sonriéndose exclamó:

—Soldados, dejad á esos valientes; enfrente tienen á su rival: puesto que se atreven con él, que lo combatan.

Dieron algunos pasos mas; pero viéndose solos quince ó veinte jefes con tres ó cuatro mil hombres contra todo el ejército de Francisco I, se volvieron corridos sin acertar á dar esplicacion alguna. Al llegar les dijo el Generalísimo:

—¡Son muchos, eh? Ya podiais haberlos contado en quince dias que los teneis tan cerca.

Poco despues por orden del Duque se retiró cada cual á su tienda. Alberto se encerró tambien en la suya y escribió á Cárlos la siguiente carta:

«Señor

Con mis cuatro soldados, como dice V. M., he derrotado á los franceses las veces que lo he intentado; he introducido en Pavia cuanto faltaba; he hecho esta plaza intomable, y tengo sitiado y vencido moralmente á vuestro competidor. Me voy á entretener todavia diez dias mas en mandar al enemigo varias encamisadas,

de esas que, segun me dice V. M. en su última comunicacion, le han gustado tanto; interin madurará la fruta, y cogida que sea irá en persona á ofrecérsela á mi señor. Hay en este jardin que hoy cultivo una régia azucena, que confio llevar á V. M. si, como espero, el Todopoderoso conserva la vida de vuestro mas humilde y fiel servidor.

ALBERTO DE SILVA.

P. D. Gran señor: hacedme la merced de decir á la bella y valiente Maria, que solo me falta atar la corona que vine á tejerle, y que muy en breve, con el permiso de V. M., colocaré sobre sus sienes. Aun cuando la escribo siempre que á vos, desearia merecer la honra de que recibiese esta noticia del régio lábio del primer Soberano del mundo. Os lo pido, señor, no como recompensa á mis servicios, que no son dignos de tal premio, si no como galardón al amor que os profesa.

ALBERTO.

Concluida esta carta, almorzó el Generalísimo, pasando el resto del dia, alegre y jovial como nunca.

Poco despues por orden del Rey se volvió cada qual á su tierra. Alberto se encerró tambien en su casa y escribió á Carlos la siguiente carta:

Con mis cuatro soldados, como dice V. M. he herido á los franceses las veces que he intentado; he intentado en Paris cuanto solia; he hecho esta plaza tan fuerte, y tengo soldados y venido momentáneamente á vuestro campamento. He voy á entretener todavía diez dias mas en mandar al enemigo cartas encaminadas,

CAPITULO XVIII.

Continúan las encamisadas.—Discursos guerreros.—Gran batalla y completa victoria.—Acontecimiento predicho.—Misterio de Navarro.—A Madrid.

TRASCURRIERON todavía diez días durante los cuales fue el enemigo víctima de otras tantas encamisadas nocturnas, en las que perdió el resto de su paciencia y muchísima gente. Estas últimas acometidas ó sorpresas, fueron diferentes unas de otras y nada parecidas á las anteriores. En todas ellas se inventó un nuevo método de atacar á los franceses y ya no se contentaron con promover alarmas y molestar, sino que hirieron, mataron, incendiaron, inutilizaron cañones y destruyeron cuanto era posible, teniendo á los contrarios en jaque día y noche, sin dejarlos descansar un momento.

Cerca de un mes llevaban los españoles acampados en las inmediaciones de Pavia, en cuyo plazo combatieron, debilitaron y hasta asustaron á un ejército poderosísimo, casi triple en fuerzas. Socorrieron además la plaza sitiada, y dieron fin por último de

cuantas provisiones sacaron de Crema. Francisco I, el mas valiente de sus parciales, pero el mas temeroso, por la circunstancia de conocer mejor que los suyos la clase de hombres que tenia enfrente, no se habia atrevido á atacar á Silva, porque lo vió encastillado, porque lo temia y porque esperaba que el héroe castellano fuese á buscarlo dentro de sus mismas posiciones, y á este fin se habian encaminado todos sus preparativos y prevision. Ya no se reian de Alberto los Generales, jefes y ricos-homes del Monarca; parecian por el contrario tristes y hasta abatidos; hablaban poco y sus palabras se contraian á espresar sus deseos de salir cuanto antes de aquel penoso estado de sorpresas, desvelos é incertidumbres.

—Señor, se atrevian á decir al Rey, mandarnos atacar á ese terrible castellano; somos mas fuertes que él y estamos decididos á vencerlo ó perecer todos.

—No, no, replicaba Francisco, guardad ese ardimiento para el dia en que él nos presente batalla y entonces tendremos mas probabilidades, que acometiéndole en ese castillo. Acordaos de Lombez.

—Pero, señor, creéis que con tan poca gente se arriesgará á admitir una accion?

—Estoy seguro que nos retará á ella.

—Si así fuese, ay de Silva!

—Será así; esperemos y permanezcamos prudentes con un hombre, cuyo génio parece que se halla inspirado por Satanás.

No se equivocaba el Soberano; llegó el dia que Silva aguardaba, y se preparó para jugar el todo por el todo. Reunió pues á sus Generales y jefes, les dió varias instrucciones verbales, claras, y concisas, les hizo comprender la necesidad de obedecer sus órdenes, aun cuando no supiesen el todo de su pensamiento y acto continuo los mandó que comenzasen á disponer lo conveniente.

Esto ocurría la noche anterior al dia del gran acontecimiento. El resto de ella la pasó el Generalísimo escribiendo á Madrid. Concluyó á las tres, entregó á un correo los despachos, encerrando en uno de ellos su testamento, se vistió de punta en blanco, pero sin mas distincion que su penacho negro, montó á caballo y acto

continuo se fue á un extremo de su campo donde ya le esperaba todo el ejército, á escepcion únicamente de los enfermos de gravedad, que quedaron en un edificio inmediato, al cuidado de los abastecedores y mujeres que acompañaban á sus huestes.

Acababa de amanecer; un silencio sepulcral reinaba en ambos campamentos; Silva hizo que los suyos, grandes y pequeños le rodeasen, y subiendo á un punto desde donde todos le veían y le podían oír, con semblante cariñoso, mirada tierna; mas como padre que como jefe, les dijo:

—Hijos míos: ha llegado el terrible instante en que vamos á jugar la suerte, la gloria, el porvenir de nuestra patria. Ya no podemos esperar un solo dia, una hora. Ayer hemos dado fin de todas cuantas provisiones habia en nuestros almacenes; tenemos enfrente al enemigo y yo no le vuelvo la espalda y vosotros no sabreis tampoco retiraros, ni huir, ni rehusar el combate. Somos pocos comparados con ellos, es verdad, pero esa no es una razon para que no podamos vencerlos y esterminarlos. ¿Teneis confianza en mí?

—Sí! sí! contestaron quince ó diez y seis mil hombres.

—¿Os atreveis con ese poderoso rival?

—Sí! sí! Mueran los franceses, vivá el héroe! Viva el Emperador! Viva España! respondieron los mismos, mirando todos el bello y sereno rostro de su jóven caudillo.

Este desnudó su espada, dió á su semblante el tinte negro, precursor de las batallas, y con acento terrible continuó:

—Soldados, quince insultos lleva hechos al Imperio ese enemigo que veis tan cerca. Le hemos dado muchas lecciones, pero lejos de haberle contenido tanta derrota ha vuelto á levantar su osada frente y os ha retado y escarnecido. Acabemos de una vez, destruyámosle, y comprenda su impotencia para luchar con los hijos de Castilla. Victoria ó muerte, soldados! concluya la tregua y sea el dia de hoy el mas grande del reinado del primer monarca del mundo. Todos á sus puestos; obedeced ciegamente y yo os auguro en este supremo instante la gloria mayor que ha ganado ejér-

cito. Todo por España y Carlos I; todo para Carlos I y España! Viva el Emperador!

Un grito unánime, aterrador contestó á Alberto pidiendo á su lado morir ó vencer. Este grito debia penetrar y deshacer el corazón de los franceses.

Navarro, que siempre que habia hablado el héroe tenia sellados los lábios, no pudo conformarse con callar, y á pesar de la algarabía guerrera que le impedia llevar á cabo su deseo, impuso silencio con ronca y fuerte voz, y ni una palabra se volvió á escuchar, esperando todos oir el varonil acento del mas valiente General que tenia cerca de sí el jóven Silva.

Ebrio de entusiasmo y con una arrogancia sin igual, les dijo: —Jefes y soldados; poderosos, nobles y plebeyos, atencion: no soy aqui el primero, mas mis servicios al Emperador creo que me dan derecho para hablar en todas partes y muy particularmente ante vosotros, que los conocéis y podeis apreciar en su justo valor. Castellanos, vamos á vencer; no olvidéis que nos guia el duque del Imperio; esa frente que esconde la victoria; esa mano poderosa que os conduce, os defiende y os eleva; ese genio potente y sublime que arrolla, destruye y domina, y es hoy la admiracion del mundo. Si el enemigo es mas rico, fuerte y numeroso, mejor; nosotros no sabemos humillar á iguales; nosotros necesitamos para equilibrar las fuerzas y aun triunfar, cinco para cada uno; díganlo Fuenterabia, Pau, Lombez y todas nuestras acciones y hechos de armas. Soldados, yo os juro que teneis derrotado moralmenté á los contrarios; un leve esfuerzo os basta para aniquilarlos y que el orbe se estremezca al oir vuestro nombre. A las armas, pues ¡Viva Carlos II! Viva el héroe Silva! España ó la muerte!

Este corto, pero sangriento discurso enloqueció al ejército. Ni un solo hombre habia allí que no anhelase caer ya sobre los franceses y esterminarlos.

El Duque comprendió el gran efecto de las palabras de su amigo, y cambiando con él una mirada de inteligencia, levantó el campo acto continuo y se dirigió hácia el enemigo, que al pronto

creyó que los españoles se marchaban, convencidos de lo difícil de su permanencia.

Hasta los italianos iban en este momento entusiasmados, si bien sus jefes no participaban de las seguridades de Navarro. Pero valientes también y pundonorosos, no retrocedieron en esta grave ocasión, y siguieron de buen ó mal grado al resto de sus compañeros.

Dió Alberto media vuelta al campamento francés, y á la izquierda de un espeso olivar, detras de las ruinas de un convento, formó su ejército. Solo tardaron media hora en colocar la artillería, situarse la caballería y zapadores, tomar dos pequeñas alturas y desde allí retar á su altivo enemigo á una decisiva batalla.

Lo mismo Francisco I, que todos sus Generales, creyeron que los castellanos se marchaban convencidos de lo inútil de su permanencia en aquel sitio, donde tenían que concluir por sufrir las consecuencias del hambre y la completa escasez de toda clase de recursos. Pero se quedaron admirados cuando los fueron viendo llegar, y con una precisión y órden admirable irse colocando en el sitio mas apropósito para demandar un combate, el que pidieron poco despues con el mayor entusiasmo.

Cada vez mas sorprendidos los franceses reconocieron minuciosamente á sus enemigos y los puntos que ocupaban, y notando que eran los mismos en número y recursos, los creyeron locos, pues suponian que aquella accion de ciento contra veinte seria la ruina completa de los españoles en Italia. Y en efecto, el reto que el jóven héroe lanzaba en estos momentos, parecia temerario y el de mas difícil éxito del mundo.

Sea de esto lo que quiera, dejemos á la historia que hable y que ella nos explique lo demas.

Por último, el Rey aceptó con gusto el combate que se le ofrecía, y sus parciales con el mayor placer.

Comenzaron, pues, las guerrillas, y poco despues á jugar la artillería, y seguidamente dió principio la accion, pero con cierta languidez que nadie podia explicarse, á escepcion de Alberto. Este, sin cuidarse en manera alguna de los suyos, contemplaba des-

de una altura formidable las operaciones del enemigo y hasta sus actos mas insignificantes. Cada General de los que le obedecian obraba al parecer á su modo sin recibir la órden del jefe superior, el que al principio demostraba ser un mero espectador. Continuó la batalla; los cañones y mosquetes vomitaban balas á cientos, y la sangre corria con mucha abundancia de una y otra parte. Mejores soldados los castellanos para atacar, sorprender, herir y matar á dos varas de distancia; que para pelear en filas, en cuanto la accion fué perdiendo su languidez primitiva se debilitó una de sus alas y hasta llegó el caso de intentar huir algunas compañías, habiéndolo evitado el arrojo de Navarro, Pescara y otros, que con palabras y obras detuvieron aquél principio de dispersion.

Diez partes llegaron al jóven Duque manifestándole el mal estado de su tropa, y á todos contestaba: —Aun no es tiempo; si mueren que mueran; si huyen matadlos.

Y añadia: —Para conseguir lo que me he propuesto es necesario aventurar mucho: dejadme en paz y haced que cada uno cumpla lo mandado.

A pesar del valor y decision del ejército español, y particularmente del casi heroismo de Navarro, Peralta, Pescara, Mendoza, D. Alvaro, Lara y otros que adoraban á Alberto, las tropas castellanas sucumbian al número é incomparable poder de los franceses, y ya estaban próximos á una completa derrota, teniendo perdida la accion, cuando el héroe dió señales de vida. Fue tardio, pero cierto; su apatía y calma se trocaron en una energia y viveza prodigiosas; sonaron á su voz todos los clarines y atambores, se le unieron á esta señal mil caballos, con los cuales y su escolta formó un abanico, cayendo sobre el enemigo, yendo él delante de todos vestido de simple soldado. El resto de los suyos cambió de posiciones, tiraron los mosquetes y precedidos de sus jefes respectivos atacaron con arma blanca y con un arrojo y decision irresistibles, pero en el mayor orden. Esta operacion ape-

nas duraria dos minutos. Así es, que cuando los franceses se creían ya victoriosos, se encontraron con que el enemigo, lejos de huir, se les había introducido en sus filas y estaba arrollándoles el centro.

Visto por los parciales de Silva el modo héroeico con que penetró el Generalísimo en el corazón de las posiciones contrarias sin que le detuviesen cañones, mosquetes, atrincheramientos ni murallas de carne, secundaban á su joven caudillo con una decisión y bizarría admirables. Desde este momento ya no existieron para los soldados del Duque dificultades ni peligros: adelante, decían sus jefes, yendo á la cabeza, y ni uno solo volvía la espalda, ni se detenía.

Metido Alberto entre todos los franceses, seguido de mil doscientos esforzados campeones, llegó al sitio en que estaba Francisco I con su estado mayor, y cayó sobre ellos lo mismo que el rayo, con un valor y un arrojo que no tiene descripción. En medio del enemigo, rodeado de cuarenta mil hombres, el héroe destruía, asolaba y vencía, siendo su espada en esta ocasión mas poderosa que todas las de su ejército reunidas. Allí era donde su hermosa frente despejada y altiva demostraba su mágico poder, todo el genio que el sublime Hacedor le había concedido. Lo mismo descomponía batallones y compañías de soldados, que masas inmensas de valientes caballeros, con cuyos pechos formaban la muralla mas fuerte á su señor el poderoso rey de Francia. A la voz del Duque los suyos obedecían, se alentaban y hasta parecía que participaban de su heroísmo. A su voz desaparecían las dificultades saltaban por encima de todos los peligros, avasallaban, rendían, y como el águila, se remontaban á los sitios donde solo la reina del Eter puede caminar. Con su espada hería, mataba, defendía, arrollaba, aturdió y hasta se multiplicaba. Seguido únicamente de sus caballeros y mil soldados, era un torrente desbordado en medio del campo francés, que confundía cuanto hallaba delante, detrás y á los costados; fue por último un volcan que reventó en el corazón de los franceses, y destruyó hasta las médulas de sus huesos.

El Rey, su estado mayor, sus caballeros, sus príncipes, duques y Grandes; su ejército entero corrió en desvandada ante aquel gigante español, á quien nada le amedrentaba ni le oponia resistencia.

La victoria francesa acabó por la derrota, huida y pérdida mas completa que ha visto el mundo.

Cayó prisionero el Monarca, muchos príncipes, duques, generales y Grandes y parte de sus huestes. Murió el primogénito de la casa real de Escocia, varios generales, príncipes, duques y Grandes, y los pocos que no perecieron ó quedaron en poder de Alberto, desaparecieron de Italia, corriendo sin union ni concierto, debiendo la salvacion á sus piernas, y mas que todo al desden del generoso vencedor.

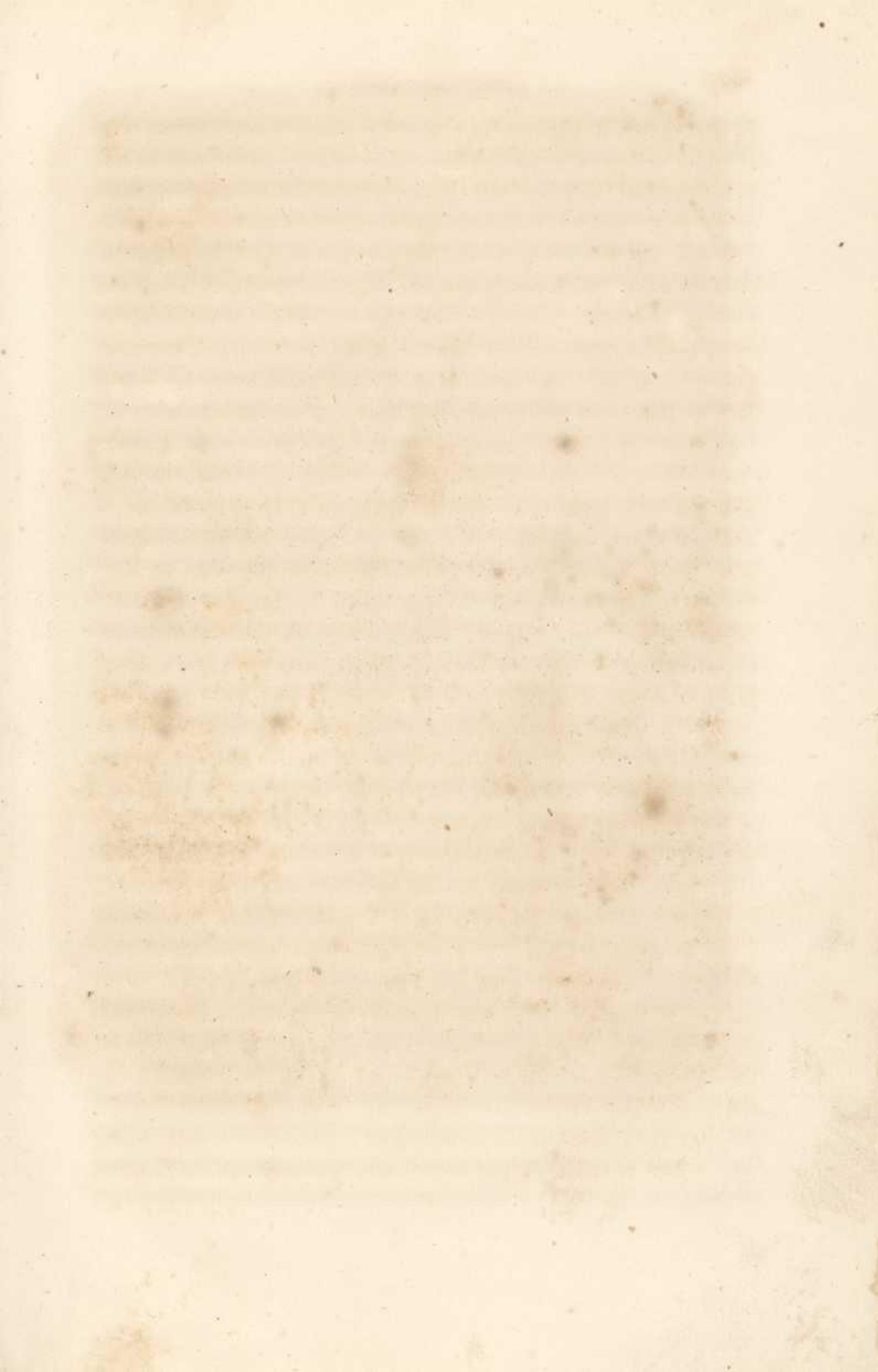
La descripcion de esta histórica batalla seria mas larga que lo escrito ya en nuestra novela si hubiéramos de ser fieles cronistas de todo lo que en ella aconteció.

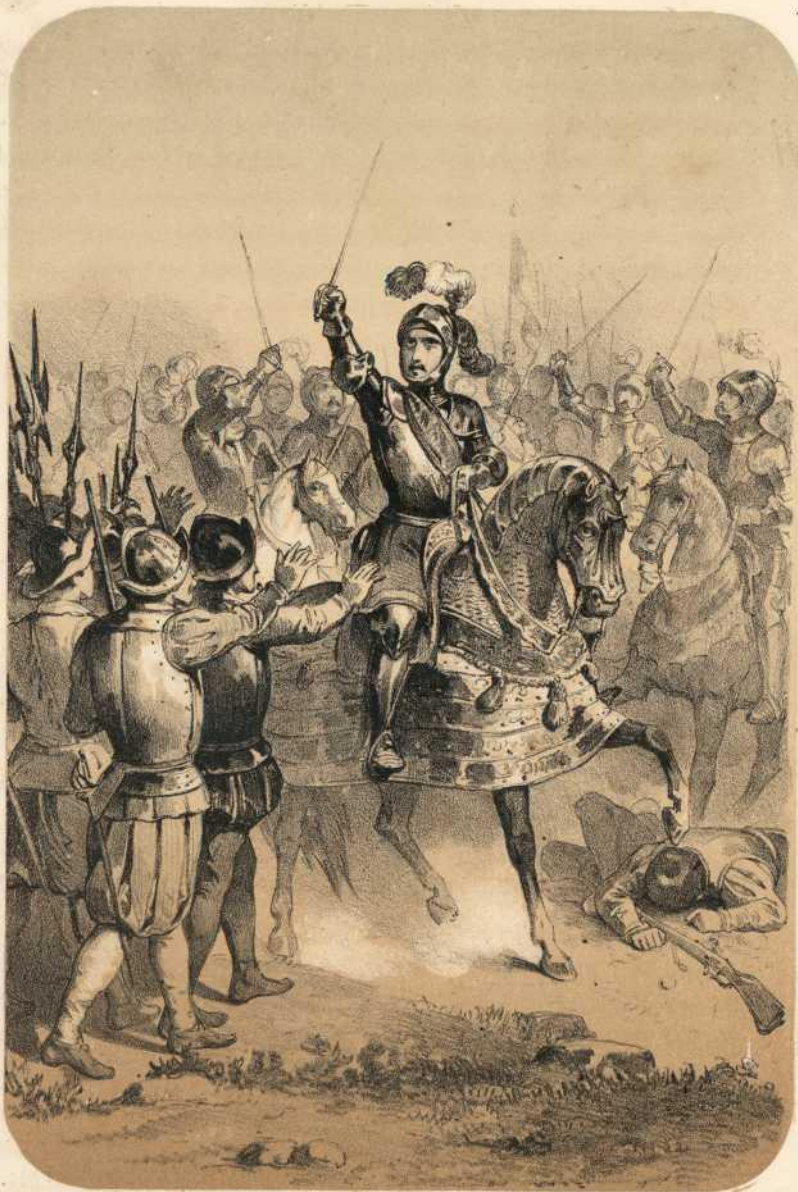
Hubo, no obstante, incidentes que merecen relatarse. Cuando los principales caudillos secundaban los heróicos esfuerzos del Duque, cayó herido mortalmente el noble Pescara, que al lado de Navarro estaba siendo otro héroe. Lo cogió acto continuo el General ex-comunero, le estrajo en medio del fuego la bala que le introdujeron en el pecho, vertió en la herida unas gotas de bálsamo, y á los cinco minutos lo dejó en disposicion de seguir batiéndose. Esta operacion la repitió Navarro con Mendoza, D. Alvaro y otros jefes principales, sin que por esto cesara de mandar, de alentar, de herir y matar, y de estar, á imitacion de su hijo, en todas partes, siendo la egida de sus parciales, y el terror y espanto del enemigo.

Cuando acabó la contienda, se puso Alberto en medio de los suyos, que ya los tenian reunidos Navarro y Pescara, y una aclamacion unánime y entusiasta lo recibió.

—¡Viva el Emperador! ¡viva España! gritó el Duque.

Pero el ejército, despues de contestar, siguió ensalzando al jóven y victoreándole como al solo salvador de Italia y de las huestes castellanas.





C. Mugica dib'y lit.

Lit de J. Donon Madrid

¡ Viva el Emperador, viva España !

Desde Pescara hasta el último soldado se descubrieron al ver al Generalísimo, ni más ni menos que si llegara el Emperador, y con tanto cariño como lo hubieran hecho con aquel.

Después de alojar á los prisioneros y mandar los heridos á la plaza, sobre el mismo campo de batalla, hizo el Duque Generales á Mendoza, D. Alvaro y Lara; á Pescara le ofreció una grandeza de España, y otra al leal Peralta. Luego distribuyó grados, honores y condecoraciones entre los demas jefes y soldados sin prodigar, pero sin dejar de premiar al que lo merecia.

Acto continuo entró en Pavia, abrazó á D. Antonio de Leiva, y recompensó allí tambien á los propuestos por su gobernador.

Encargó seguidamente la guardia y custodia de Francisco I á los caballeros de su escolta, y por último marchó al salon donde tenian á su régio encarcelado.

La posición de Francisco era crítica. Cuando llegó el héroe se acercó á él y le estrechó la mano con un cariño lleno de melancolía, diciéndole:

— Señor Duque, soy vuestro prisionero, es verdad, y de sufrir tan terrible desgracia solo podia endulzar mi duelo el que vos hayais sido mi vencedor; bien es cierto, que otro difícilmente lo hubiera conseguido.

— Gracias, señor, le contestó Silva con modestia; he preferido cojereros é inutilizaros para que volvais á tener guerras con mi Soberano, antes que conquistar vuestro país y hacer dueño de él á Carlos I. Como comprendereis, esto último me hubiera sido mas fácil; pero me pareció lo primero mucho mejor, y estaba tambien mas en armonía con los sentimientos de mi Rey, á quien no le gusta la usurpacion, ni la conquista, que es lo mismo. Estad tranquilo, pues seguireis siendo dueño de Francia, y aun espero que antes de poco os hallareis sentado en vuestro trono.

— ¡Difícil es!

— Pero no imposible, y ya verá V. M. como sucede segun os anuncio.

— No os ofendáis; asegurándolo vos, creo que será así.

— Credlo, sí. Ahora solo me resta pedir os perdon por el daño,

que en cumplimiento de mi deber, os he causado; rogándoos á la vez os dignéis reclamar cuanto os haga falta.

Despues de conferenciar media hora vencido y vencedor, paró el último en direccion de su tienda, donde pasó el resto del dia escribiendo y dictando disposiciones. Durmió por la noche y á la mañana siguiente, al salir, fue detenido por su padre, que le dijo:

—Deseaba hablaros; podeis oirme sin testigos?

—Entrad, amigo mio, y decid cuanto querais.

Ambos se encerraron efectivamente en la morada de Alberto, se sentaron y acto continuo tomó la palabra Navarro, preguntando:

—Nuestra mision ha concluido en Italia, ¿no es cierto, hijo mio?

—¿Quién lo duda? La victoria ha sido completa, y gracias al Todopoderoso, ha finalizado nuestra difícil y arriesgada empresa, tal como nos habíamos propuesto; ni mas ni menos que lo apeteciamos.

—Es verdad. Vuestro heroismo que no tiene límites, ha conseguido lo imposible, lo que anhelaba, lo que nadie podia imaginar.

—Tambien se le debe mucho á vuestro talento, á vuestro valor prodigioso y hasta á vuestra suerte; no habeis muerto ayer, mi querido General, por un milagro de Dios.

—Algo me he espuesto y bastante he trabajado, pero todo hizo falta, ilustre Duque. ¡Oh, cuando veia á mis soldados huir y á vos impassible, sin mandar, hacer, ni determinar nada, me atormentaba vuestra sangre fria, y hubiera querido daros todo mi ardor aun á costa de mi existencia! ¡Cuánto he sufrido, ira de Dios!

—¡Vuestro ardor! ¿y para qué lo necesitaba yo? ¡para comprometer al ejército y perderlo todo; para morir y que triunfasen los franceses.

—Es verdad; vos, el primer artista de la guerra, usais del valor, la osadía y la intrepidez como un matemático de sus instrumentos. Ya supondreis, que no teniendo yo vuestro génio, ni vuestra sangre fria, no puedo comprenderos ni imitaros.

—Lo siento

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque si yo supiese tanto como vos, no seriais el único en el mundo.

—Muchas gracias, mi querido maestro. Teniais que hablarme?..

—Si, de mi recompensa.

—¿No quereis un condado? está bien, os nombraré Duque; por Cristo que bien lo habeis ganado.

—Deseo, replicó Navarro con calma, y marcando mucho sus palabras, deseo un condado; quiero el manto de Calatrava, el toison y un palacio.

—¿Os habeis hecho ambicioso, General? preguntó Alberto sorprendido.

—No, replicó el otro, quiero eso y algo mas todavía, pero os advierto que de vos solo espero un condado; lo demas ya me lo dará el Emperador.

—Todo, amigo mio, lo otorga el Soberano; yo no hago mas que el adelanto; por eso os aconsejo me dejeis proponer lo que anhelais.

—Yo pediré á Cárlos I cuantos honores y riquezas apetezco; para esto no necesito de vos; os demando únicamente, la cesion de una dignidad, que solo vos podeis hacer.

—Cada vez os entiendo menos.

—Pues bien; pretendo ser conde de Santomera.

—¿Qué decis?

—Ya lo habeis oido.

—Navarro, me pedis el título de mi padre, su memoria, su honra... ese timbre de eternos recuerdos de opulencia, de gerarquía... de miseria!.. el que yo he elevado, el que yo he vuelto á su antiguo esplendor!

—Ya lo sé.

—¿Para qué lo quereis? qué mas os da ese, que otro cualquiera? Os cederé mi ducado.

—Quiero ser conde de Santomera.

—¿Y no teneis otras razones que esas?

—Si. Soy vuestro padre y mas apropósito que vos para ostentar el título que llevó el autor de vuestros dias: ya sabeis que me parezco á él mas que vos, y que hago sus veces.

—Eso no es bastante, General.

—Es que no quiero hablar de ello: es que debo ocultar lo demas.

—Está bien: callad lo que os acomode; haced lo que os cuadre y tomad lo que os de la gana. A quien tanto ha hecho por mí no puedo negarle nada.

—Mas me debereis despues de darme vuestro condado, que antes de que yo sea dueño de él. Firmad estos documentos: son la cesion que me haceis de la dignidad, y otras pequeneeces que no hay para qué mentar.

—Por lo visto, teniais de tiempo atras pensado este asunto.

—Si, y dispuesto lo conveniente para en cuanto llegase este felicísimo dia.

Sin ver los escritos, los rubricó Silva, se los entregó á Navarro y le preguntó:

—¿Quereis algo mas?

—No. Ya tengo condado, dinero y poder; el Emperador me otorgará lo que me falta. Esto no obstante, bueno seria que me cedieseis cincuenta caballeros de vuestra escolta para que aumentasen la mia.

—Tomad, ahí teneis la órden, querido príncipe.

—Eso es justamente lo que yo anhele, asemejarme á un príncipe.

—¿Todavia deseais algo?

—Si... miradme bien... ¿os parezco aun apuesto y gentil?

Una carcajada fue la única contestacion de Silva. Su amigo le volvió á preguntar:

—¿Quereis responderme?

—¿Estais enamorado?..

—¿Me contestais ó no?

—Hablais con una gravedad que será preciso daros gusto.

Querido padre, sois todavia lo suficiente jóven, y estais tan fuerte y conservado, que podeis pretender la mano de una princesa.

—¿Lo creis asi?

—Es tan cierto, que si os hallaseis enamorado de alguna, desde luego os doy la enhorabuena, y me comprometo á pedir su mano para vos.

—Gracias, hijo mio, me habeis proporcionado un rato delicioso. Estrechadme y permitidme partir para Madrid antes de una hora.

—Hoy venis incomprendible, General.

—Vos lo estais siempre. ¿Quereis algo mas?...

—¡Mucha prisa llevais!

—Pienso correr mas que la posta.

—Teneis pues licencia, y hé aquí mis brazos.

—Adios, hijo mio.

—Pronto nos veremos en la corte. Que el cielo os guarde, tierno y misterioso padre.

Salió Navarro, y poco despues fue á verificarlo el Duque, siendo detenido nuevamente á la puerta de su tienda por Peralta, D. Alvaro, Lara y los restantes ex-comuneros que heridos en la batalla donde hicieron prisionero á Alberto, habian curado de sus lexiones casi milagrosamente.

—¿Que ocurre, señores? se apresuró á preguntarles Silva.

—Deseamos, contestó Peralta, vuestro permiso para marchar á Madrid antes de una hora.

—¿Tambien vosotros me abandonais?

—Si, señor.

—¿Y se puede saber á qué vais á la corte?

—Lo ignoramos. Formamos la escolta de Navarro, y oyendo la voz de la amistad, queremos obedecer sus órdenes.

—Tres Generales, un Grande de España, un Coronel, varios oficiales, cincuenta caballeros y esos valientes soldados! Buena comitiva, pardiez! ¿Si querrá mi padre disputarle el trono al Emperador?

—No es probable, mas por lo visto desea competir con S. M. en lujo y magnificencia.

—¿Y vosotros estais conformes?...

—Sí, señor, contestaron todos.

—Id con Dios, amigos míos, y pronto os seguiré yo también.

Y estrechándolos uno por uno, se despidió de ellos.

Una hora despues salia de allí Navarro al frente de su régio acompañamiento, llevando mucho oro, una gran idea y su corazón henchido de ilusiones.

CONCLUSION.

VAMOS á esplicar en breves palabras, los medios de que se habia valido el Generalísimo español para ganar una batalla decisiva, y mas que todo, para aniquilar, destruir el estado mayor enemigo, y coger prisionero nada menos que al valiente y entendido Francisco I.

Formó su ejército, le hizo tomar buenas posiciones y dió principio una accion en la que, lógica y naturalmente, los castellanos tenian que ir perdiendo terreno, concluyendo por presentarse en derrota. Estaba todo tan hábilmente preparado, y defendian con tanto teson los españoles sus puestos, que ni por un momento sospecharon los franceses la oculta idea que abrigaba el héroe Silva. Antes por el contrario, desde el osado hasta el mas prudente llegaron á convencerse de que sus competidores se hallaban perdidos. Confiados en esto, marchaban ébrios de gloria, en

pos de una victoria, que tan clara se les presentaba. Este fue el momento supremo elegido por el duque del Imperio, no para recurrir á un último extremo, sino para llevar á cabo su sábio intento. Valido pues de la ciega confianza de sus rivales, con los mil doscientos caballos que ya conocemos, penetró en el centro y fuertes posiciones francesas y logró lo que solo con su génio, valor y suerte se podia conseguir. Es verdad que sus Generales, jefes, oficiales y soldados, le secundaron admirablemente, cumpliendo sus instrucciones con una bizarría y abnegacion dignas del primer ejército del mundo; pero el bien combinado plan, la ciega obediencia y el arrojo é intrepidez de aquellos, no hubieran sido suficientes, si la espada del jóven guerrero no se hallara en todas partes, matando, defediendo y animando. Hubo momentos terribles en que, es preciso confesarlo, solo el valor y la sangre fria de Alberto consiguieron amedrentar y destruir el conjunto de caballeros franceses, tan valientes y denodados como los que acompañaban al caudillo castellano. Solo este pudo comprender y explicar lo que unos atribuian á la suerte y otros al miedo de perder la vida.

Quince dias tardó Silva en dejar la Italia libre de franceses, en reparar los descalabros de la guerra, y en recoger el rico, el fabuloso botin arrancado al enemigo. Distribuyó despues una parte de su ejército en las plazas fuertes del reino reconquistado, nombró á Pescara gobernador general, á Leiva segundo de éste, y partió para Génova, llevándose al rey de Francia, el botin cogido, á Mendoza, su escolta, varios jefes y oficiales mas, y á los quinientos ligeros. Allí le esperaba una escuadra, la cual, sin percance alguno, lo llevó á Barcelona, donde todos desembarcaron. Escusamos decir, que el régio prisionero habia sido y era tratado con todas las consideraciones que merecian su gerarquía y triste posición.

Cinco dias despues entraron en Madrid. Eran las diez de la noche. Alberto se dirigió al alcázar con los suyos, mas el Emperador se hallaba en el valle con la corte, segun le dijeron. Hospedó á Francisco I en el palacio, y despues de asegurar

bien su persona, partió con Mendoza en busca del Soberano.

A las doce y media llegaron á la morada de Maria, quedando ambos sorprendidos al ver la metamórfosis que habia sufrido aquella silenciosa vivienda. A la calma, tranquilidad y olvido, reemplazaban ahora el bullicio, animacion y algazara. Aquel edificio solitario y sombrío era en estos momentos la brillante reunion de todo lo mejor que encerraba la corte, en damas y caballeros.

Se apearon nuestros dos valientes, dieron las bridas de sus caballos, á uno de los porteros, y entraron, siendo detenidos al pié de la escalera por una falanje de cien lacayos, que en confuso tropel, les preguntaron, viéndolos cubiertos con traje de guerra é impropio del festiñ que se celebraba en aquella casa:

—Qué quereis; adonde vais?

—Villano, dijo el Duque al que tenia mas cerca; ¿qué ocurre esta noche aquí?

—Que se casa mi señora, replicó el interpelado; con el muy rico y poderoso señor conde de Santomera. Y añadió; vosotros no estais convidados ni podeis entrar aquí; conque, atras!

Una carcajada del general Mendoza fue la única contestacion.

—Ahora, añadió Alberto fuerte, todo lo comprendo! Qué alma tan noble y generosa!

—Quereis esplicarme eso que estais diciendo, le preguntó el gigante, y lo que pasa aquí? pues yo no entiendo nada de lo que oigo.

—Sí, amigo mio, nuestro querido Navarro acaba de contraer matrimonio.

—Voto al demonio! Va, no puede ser; se habia de casar con Maria!...

—No, hombre, no; con Clotilde.

—¡Ah, grandísimo pillo, que mujer se lleva! Y no se me habia ocurrido á mí, voto á Lucifer! . . . ¿Por eso le disteis vuestro primer título?

—No, se lo ha tomado él.

—Lo mismo da. ¿Subimos?

—Con estos trajes?

—¡Qué importa! Venimos de la guerra y nos está permitido...

—Vamos allá.

Y fueron á penetrar, mas los sirvientes se volvieron á interponer, diciéndoles:

—Atras! No se puede entrar, vosotros no sois de los invitados.

En dos minutos se abrió paso Mendoza dando puñetazos á derecha é izquierda, lo cual produjo un escándalo que se oyó en las habitaciones del palacio. Bajaron mas criados, y reconociendo algunos á Silva, gritaron:

—¡Dejadlos, es el duque del Imperio!

Esparecida la noticia entre los convidados, de que se hallaba á la puerta el héroe y no le dejaban subir, corrieron todos en confuso tropel hácia la escalera, disputándose las damas y caballeros la honra de estrechar la mano del valiente caudillo.

Al oír el Soberano tan agradable nueva, se puso en pié y acompañado únicamente de Navarro, Clotilde y Maria, esperó en medio del salon diez minutos, que fue el tiempo que tardaron los concurrentes en dejar á Silva que saludase á su señor. Llegó pues, frente á Carlos I; éste le abrió sus brazos y ambos quedaron enlazados muchos segundos, sin espresar otra cosa que la expansion de un cariño fraternal. Los ochocientos espectadores enmudecieron al contemplar aquel acto de sublime ternura. No habia uno solo que no viese con placer aquella union del poder soberano, con el poder del talento.

El muy noble y agradecido Monarca, exclamó por fin:

—¡Bendito el cielo que me devuelve al poderoso príncipe de Italia, al héroe de Europa, al primer sosten de mi trono!

Alberto entonces, se desprendió del César, cayó á sus piés y le dijo, besándole una mano:

—Señor, yo no soy mas que un vasallo de V. M.: un hombre que debe á su Rey recompensas y galardones que no ha merecido.

—Alzad, Príncipe, replicó el Monarca; vos sois mi brazo derecho; cogeos á mí y salgamos de aquí. Conde de Santomera, que siga la danza y procurad que baile tambien el general Mendoza.

Estrechó Alberto las manos de su padre adoptivo, de Clotilde, de María y de Quirós, y agarrándose al Emperador partieron de allí.

Las damas quisieron continuar danzando, mas en cuanto salió Cárlos I, rodearon todos los caballeros al intrépido atleta y no se cuidaron de otra cosa que de oír á este detallar la batalla de Pavia, las encamisadas y la prision de Francisco I, cuyos hechos referia el gigante con su voz de trueno y bruscos ademanes.

Media hora despues, se abrieron las grandes puertas del salon y volvió á entrar el César seguido de Clotilde y María; esto dió fin al discurso de Mendoza, y animacion y vida á las danzas. Tornó pues la alegría, aumentada ahora con el buen efecto que habian hecho la llegada del Duque y las palabras de Mendoza. A pesar de esto, todos buscaban con la vista al recién casado y al héroe, mas aquellos no parecian por ninguna parte. Poco tiempo despues, se presentaron cogidos del brazo: el conde de Santomera iba vestido como un príncipe y ostentando sobre su traje, recamado de oro y pedrería, el toison y las insignias militares de la época; por el contrario Alberto, cambió sus atavios de guerra por unas galas de seda, tan sencillas como lujosas eran las vestiduras de su padre adoptivo.

Los convidados volvieron á agasajar á Silva, al que adoraban ya hasta los mas fingidos cortesanos, pues veian en su mano el brillo y sosten del Imperio.

En esta noche bailó el Generalísimo por primera vez, el Emperador obligó á hacer lo mismo á Quirós, reinando en la fiesta un placer desusado entre la clase de concurrentes que allí habia.

A las tres de la madrugada concluyó la funcion y todos se fueron retirando, á escepcion del Monarca, el Duque, Quirós y Mendoza, que se quedaron en el valle.

A la mañana siguiente hizo Alberto entrega de su prisionero al Soberano, y aun cuando se prohibieron toda clase de festejos públicos por no agravar la suerte del preso, el jóven Silva fue aclamado y victoreado por cuantas calles cruzó, con el mas delirante entusiasmo.

Espliquemos ahora la causa que impulsó á Navarro para casarse con la todavía jóven y bella Clotilde. Hija Maria de unos amores ilegítimos, no tenia nombre conocido y su madre habia necesariamente de ser cruelmente criticada por amigos y estraños. El noble guerrero, no quiso consentir que la suegra y la esposa de su hijo, sirviesen de pasto á la murmuracion; declaró su pensamiento al Emperador, y con el apoyo de éste, se llevó á acabo aquel matrimonio, cubriendo Navarro con su nombre un pecado que la víctima habia espiado ya suficientemente. No se sacrificó el nuevo conde de Santomera, puesto que, su esposa era mas jóven y hermosa que él, y aun cuando cometió una debilidad, ¿qué era esto comparado con la vida aventurera y desordenada que tuvo el esposo? Repetimos, que el buen Navarro no se sacrificó, pero aun cuando Clotilde hubiera sido de mas edad que él y de figura antipática, lo mismo se casaria con ella, siendo asi que su propósito fue únicamente cubrir una mancha, dar su nombre y ayudar á la felicidad de tres seres. Dios premió tan noble accion, dándole en su esposa un tipo de virtud, belleza, y talento que formó su dicha futura.

En cuanto á Alberto, despues de indicar al César los medios que debia emplear para inutilizar á Francisco I en lo sucesivo y las condiciones conque, en su concepto, debia de darle libertad, dejó espedida su accion y solo influyó en que mejorase el trato y esquisito cuidado del régio prisionero, con el cual pasaba dos ó tres horas al dia, en una conversacion tan grata para aquel, que le suplucaba repetidas veces las prolongase y repitiera cuanto le fuese posible.

Un dia se presentó al Rey el Generalísimo, acompañado de su futura esposa Maria. Al ver á esta el Monarca, quedó sorprendido de la belleza y simpática figura de la jóven, preguntándole á su amigo Silva:

—¿Quién es esa hermosísima dama?

—Estas monedas que os devuelvo, os lo dicen, señor, contestó ella alargándole un bolsillo. Son las mismas, añadió, que me prestasteis en el castillo del Godo y que hoy os devuelvo, agrade-

cida á los muchos favores que en aquella ocasion me hizo V. M.

Sorprendido el Soberano con las palabras de la hermosa, le replicó:

—Creo haberos visto en alguna otra parte, pero no recuerdo dónde, ni que yo os haya hecho préstamo alguno.

—Miradla bien, señor, le dijo Alberto.

Se fijó nuevamente Francisco, exclamando:

—No, no puede ser; pero se le parece mucho...

—A quién, gran señor?

—Al paje que...

—Que habitó conmigo en la torre del Godo, y facilitó en gran manera mi fuga, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien, aquel paje, era Maria de Austria, que está delante, que os presentó, y que será mi esposa antes de ocho dias.

—Cref, contestó el Monarca, que no os hubiera sido posible encontrar una compañera digna de vos; pero me he equivocado, Duque; la nieta de Emperadores descendiendo á paje del moribundo prisionero, se hizo acreedora á esa aureola de inmarcesible gloria, que fijareis sobre su frente con vuestra corona ducal. Doy á ambos la enhorabuena y os ruego que acepteis mi anillo réal, como recuerdo de mi cariño y de mi admiracion al talento y valor de ambos. Un pobre prisionero no puede demostraros de otro modo el afecto que os profesa.

Y tomando Alberto la sortija del Rey, se la puso, contestando:

—Admitimos el honroso obsequio que se digna hacernos V. M., preso es verdad, pero que en breve volverá á hallarse sentado en su trono, para lo cual dispondreis en adelante de nuestra influencia y valimiento.

No hemos dicho nada hasta ahora del buen Quirós, porque el noble anciano á penas habia tenido tiempo para conversar con su pupilo; en cambio, en los tres dias que llevaba Alberto en Madrid, ni aun el mismo Emperador pudo conseguir que le hablase de otra cosa que del héroe Silva. Este lo queria ya tanto ó mas que el mismo Navarro.

Ocho dias despues asistia la Grandeza y todo lo mejor que encerraba la corte á la boda del duque del Imperio, príncipe de Italia, Generalísimo de los ejércitos; la cual se efectuó en el régio alcazar, siendo padrinos el Emperador y la condesa de Santomera; y testigos los Generales Quirós, Peralta, Navarro, Mendoza, D. Alvaro y Lara. El lujo y esplendidez desplegados en esta funcion fueron dignos de los seres á quienes se dedicaban. Como si hubiesen sido individuos de la familia real, dispuso el Emperador que se verificasen torneos, danzas y toda clase de fiestas durante tres dias, en los cuales fue el nuevo matrimonio tan aplaudido y obsequiado por el pueblo como lo habia sido por la corte.

Al conceder Cárlos I el título de príncipe al vencedor de Italia, le dió cuantos honores y condecoraciones admitia su elevado rango y las posesiones y rentas consiguientes á su principado.

Navarro y su esposa se vinieron á habitar un opulento palacio de Madrid, dejando el valle como un sitio de recreo donde se trasladaban á menudo Alberto y Maria, ansiosos de esa tranquilidad y grata poesia que no encontraban en la corte. Allí, reclinados en un divan, entre flores y aromas, se contaban sus amores y se esplicaban mutuamente los efectos del fuego santo que abrasaba sus corazones. Allí, recordaban el pasado, se deleitaban en el presente y hacian votos para el porvenir. Allí, pedian ambos perdon á Dios por las muchas víctimas que habia inmolado Silva. Allí, discurrían los medios de multiplicar sus obras de caridad y de hacer la fortuna de familias indigentes; y allí, por último, solia el Príncipe llevarse al Emperador y convencerlo de todo lo bueno que de debia hacer y de todo lo malo de que debia huir.

Su residencia en Madrid la tenian los dos jóvenes esposos en el palacio del general Quirós, tan lujoso ahora como el del Soberano. El anciano jefe adoraba, cuidaba y contemplaba á sus pupilos con delirante afecto y se creia dichosísimo cuando se veia en medio de los dos.

Vivió el viejo militar hasta la edad de noventa y cinco años, sin separarse jamás de sus hijos adoptivos, siendo un tierno y amoroso abuelo de los vástagos de Silva. Este y su esposa llega-

ron á quererle como á un verdadero padre, no tuvieron secretos para él, lo consideraron y respetaron siempre, hasta que en medio de ambos exhaló el último suspiro, bendiciéndolos y dejándolos por únicos herederos, segun convenio celebrado entre él y Silva anteriormente. El Emperador no abandonó tampoco á su anciano amigo, teniéndolo por consejero hasta el dia de su fallecimiento.

Ahora tenemos necesariamente que dedicar algunos párrafos á los pocos ex-comuneros que libraron la vida en las continuas y sangrientas luchas á que acababan de asistir, y en las que habian sido siempre los primeros en las vanguardias y en los puestos de mas peligro, como igualmente á sus compañeros, muertos en el campo del honor.

Desde que los vimos en Monteagudo por primera vez, se han presentado valientes, atrevidos y hasta superiores á todos sus contrarios. Lo mismo en Murcia que en Fuenterrabia, Francia é Italia han sobresalido en bizarría y denuedo de los demás castellanos. Esto á primera vista es inverosímil é indisciplinable, puesto que si bien pudieron ser superiores á sus osados rivales por muchas circunstancias, que no hay para qué enumerar, no se comprende al pronto la razon que existiera para que sobrepujasen á aquellos que tenian su misma sangre, hábitos, educacion y costumbres. A estas reflexiones parece que no hay nada que contestar; no es asi, sin embargo, pues se halla perfectamente justificada la superioridad y brio de estos gigantes, como vamos á demostrar. Todos los comuneros acaudillados por el célebre cuanto desgraciado Padilla, que no fueron muertos ó heridos en la funesta batalla de Villalar, se entregaron á discrecion, á escepcion de unos pocos que, tan valientes y denodados como su capitán Navarro, cansados de matar y no pudiendo ya con el inmenso número de sus contrarios, no quisieron rendirse y huyeron de allí, seguros de abrirse paso en donde y cuando lo intentasen.—Todo menos humillarse, les decia su jefe, y ellos le seguian do quier, repitiendo:—La muerte primero que rendirnos. La terrible gadaña respetó sus vidas, y salieron del campo de batalla mas sere-

nos que quedaban sus asombrados vencedores. Es de advertir, que Navarro mandaba quinientos hombres y solo continuaron á su lado al final del combate unos pocos, de lo cual se deduce, que estos formaban la escepcion de la regla en valor, intrepidez, arrojo, serenidad y decision. Todos ellos se parecian al Capitan, se habian connaturalizado con las luchas, y mas que por oficio ó aficion, guerrearaban ya por una imperiosa necesidad impuesta por la costumbre y por el magnífico temple de alma de cada cual de aquellos leones. Jefes, oficiales y soldados componian un cuerpo con una sola voluntad: recordaban á menudo su pasado, veian claro su presente, pero jamás pensaban en el porvenir; mucho menos si este se les presentaba oscuro. Comprendian que para ganar honra y prez bastábales tirar de la espada, y no se cuidaban de otra cosa que de aprovechar las ocasiones que la fortuna les deparaba.

Hasta aquí su conducta fuera de Monteagudo: desde el momento que se encerraron en el Monte-Castillo, lejos de enervarse sus varoniles fuerzas y gastarse sus potentes fibras, se aumentaron estas con los ejercicios cotidianos y el estímulo que les proporcionaban sus continuos ensayos de igual á igual, ordenados siempre por Navarro que los conocia y educaba admirablemente. En su encierro y entre las muchas vicisitudes que les proporcionaba la crítica posicion en que vivian, se hicieron muy circunspectos, sagaces y pensadores; cualidades todas que debian serles utilísimas, aumentando su destreza en el campo de batalla.

Y si á todo esto añadimos la compañía y direccion del héroe que el cielo les proporcionó; de aquel niño que tanto habia de enseñarles, que tanto debia velar por ellos, y que los tenia que conducir de victoria en victoria; que con ellos en el puesto de mas peligro lo arrollaba todo, todo lo conseguia apoyado siempre en un génio invencible, en una suerte loca, se comprenderá fácilmente que estos hombres lógicos y naturalmente tenian que ser la escepcion de un ejército, aun cuando este se compusiera solo de valientes y esforzados guerreros. Su temerario arrojo, su educacion, su práctica, su ciega confianza en el jóven Conde, todo en fin era en ellos escepcional, por cuya razon habian de serlo tambien

sus hechos, su conducta y su modo de combatir. Por eso Alberto de Silva, que conocia lo espuesto mejor que nosotros, se valia de ellos para conseguir imposibles y para todo lo mas grande y dificil que intentaba su privilegiada cabeza.

Con estas esplicaciones, creemos que no habrá nadie capaz de suponer inverosímiles aquellos asaltos, aquel arrojó, aquella intrepidez ejemplar de nuestros ex-comuneros; los cuales aturdian, acobardaban y vencian á sus enemigos, estimulando á la vez á sus parciales con palabras, obras y acciones heróicas, siendo un modelo de disciplina militar, pues estos hombres que nada temian, que no era posible les impusiera cosa alguna, adoraban á sus jefes y muy principalmente al escelso caudillo que los trataba como á hijos y al que obedecian con tanto cariño como sumision y respeto, pues jamás se hubieran perdonado el mas leve disgusto que pudieran causar al que les salvaba la vida á cada paso, los conducia diariamente á la gloria y les proporcionaba combates sangrientos, pero triunfos seguros y envidiables que eran el flaco de nuestros bravos.

Nos hemos detenido mas de lo que pensábamos, hablando de estos valientes, pero nuestros lectores nos lo perdonarán en obsequio á la imperiosa necesidad que teníamos de justificar los hechos de algunos de aquellos arrogantes soldados, que en época mas venturosa para nuestra nacion, formaron la admiracion y asombro del mundo. Ahí están la historia y crónicas de aquel tiempo, que dicen de ellos mas que nosotros, mucho mas de lo que nos hemos atrevido á relatar.

Dejemos ya el pasado y aumentemos algunas frases sobre el presente y porvenir de los personajes de nuestro libro.

Navarro y su esposa fueron siempre los cariñosos padres de María y Alberto. El primero no se durmió entre sus antiguas glorias, ni enervaron sus varoniles fuerzas el matrimonio que acababa de contraer; poco despues partió á la guerra y se puede decir que gastó la mayor parte de su vida en continuas luchas, imitando en ellas á su hijo, y saboreando sus laureles, en los cortos intervalos que las treguas le permitian reposar únicamente al

lado de su querida mitad. Nació para combatir y murió combatiendo; sus hijos heredaron la ardiente sangre de este arrogante caudillo.

Mendoza no se quiso separar jamás del lado de Alberto; General hoy y Marqués despues, concluyó su existencia pegado al gaban del Generalísimo, al que quiso tanto como Navarro y al que admiró mas que todos. Tambien casó, fue el que tuvo mas prole de los ex-comuneros, llamando la atencion una de sus hijas, por haberle otorgado la naturaleza la misma estatura y corpulencia que tenia su padre.

Don Alvaro llegó á ser uno de los generales mas entendidos y bizarros del Imperio, sobresaliendo por su sangre fria y acertadas disposiciones; y mereció muchos elogios y distinciones del Príncipe de Italia.

Lara se hizo cortesano y fue una notabilidad diplomática. Silva le protegió siempre, citándolo continuamente como el hombre de mas habilidad y tacto que conocia.

Peralta, guerreó todavía, concluyendo por retirarse á sus estados de Navarra, reuniendo allí un patrimonio fabuloso. Siguió amigo de Alberto y cuantas veces lo necesitó este lo tuvo á sus órdenes, dispuesto á morir á su lado.

El tio de Navarro llegó á Cardenal, gracias á la influencia del hijo de su sobrino. Fue en lo sucesivo el amigo y el padre espiritual de la familia de Silva. El ex-canónigo de Murcia, sobresalió poco; en cambio vivió y murió feliz, pues á su génio alegre, se unió el ascenso á General de su sobrino, que era el sueño dorado de su vida. Admiraba á Alberto, mas fue el único que juzgó á Navarro con tanto valor y talento como guardaba aquel. Esto era disculpable, teniendo en cuenta el fanático amor del tio hácia un mala cabeza á quien habia criado, y que tantos ratos malos y buenos le tenia proporcionados.

El viejo escudero del difunto conde de Santomera se vino á la córte y murió de mayordomo del Generalísimo. El pobre Pablo, que se habia connaturalizado con la miseria de su antiguo amo, se hallaba aturdido al principiar el desempeño de su mayordomía, y no

hablaba una sola vez de su jóven señor que no vertieran llanto sus ojos; tal era el cariñoso afecto que le profesaba. Alberto le concedió, entre otras preeminencias, la de que le tutease cuando estaban en familia ó solo con él, ni mas ni menos que si todavía lo estuviese criando. María y Quirós le llamaban el *dogo* del Príncipe, pues la mayor parte del tiempo que este pasaba en casa, tenia sentado á sus piés al anciano mayordomo, cuando no se recostaba sobre las rodillas de su amo, cuya libertad le era permitida, con otras muchas que le envidiaban sus restantes compañeros, pero las que ninguno se atrevia á criticar.

El fiel y valiente criado de Navarro, pasó de escudero y jefe de la sala de armas del Generalísimo; y los pocos soldados ex-comuneros, que sobrevivieron á las contiendas pasadas, todos fueron colocados en casa del Principe en destiños lucrativos, honrosos y tranquilos. Alberto casó á estos bravos y fue un padre para ellos y sus hijos.

Un dia en que el héroe se hallaba pasando revista á unas fuerzas del ejército que debian partir, vió parado cerca de él á un giboso que le miraba con mucha atencion. Se fijó el caudillo en aquel hombre y reconociendo en él al abate Bermudez, le dijo á uno de sus ayudantes:

—Capitan, preguntad á ese contrahecho que teneis á la derecha si se llama Bermudez de Castro, y en caso afirmativo, decidle de mi parte que esté en mi palacio á las cuatro de la tarde.

Poco despues volvió el interpelado y contestó á Silva:

—Señor, el abate tendrá la honra de visitaros hoy, á la hora que le habeis designado.

Concluyó la revista, pasó á ver á Cárlos I el Generalísimo, y se retiró á su casa, donde, entre otros, le estaba esperando el jorobado, segun le dijeron al entrar.

Cinco minutos despues, se hallaba sentado en su régio despacho el príncipe de Italia, y seguidamente penetró el contrahecho.

—¿Me conoceis, señor abate? le preguntó con dulzura Alberto.

—Gran señor, le respondió Bermudez, os he reconocido, sé que os debo la vida y soy el primero que he admirado y ad-

miro vuestro génio y el heroismo que el mundo aplaude en vos.

—Muchas gracias, amigo mio; pero sentaos.

—¡Señor!...

—Os lo ruego.

Se sentó en un sillón y Silva continuó.

—Seguro yo de que solo la ambicion os hacia malo, os perdoné efectivamente la vida; de cuyo favor no me he arrepentido todavía, á pesar de la contraria opinion de mis compañeros. Decidme ahora con franqueza, qué ha sido de vos desde entonces y cuál es vuestra verdadera posicion.

—Señor, vos me dejásteis la vida, pero quedé desacreditado en Murcia, cuya ciudad tuve que abandonar, poco despues que vos. Me vine á Madrid, y aquí estoy desde entonces, casi pereciendo!...

—¡Será posible! Un hombre de vuestro talento, de vuestra energia y!... Eso es horrible abatel!...

—Pues es la verdad, poderoso Príncipe: me hallo en la miseria!...

—Tomad, le dijo el Generalísimo alargándole un abonaré; id y que mi mayordomo os entregue mil escudos. Volveos mañana y él mismo os dará el nombramiento para un destino, proporcionado á vuestra capacidad.

—Señor, ¿así os vengais del que os quiso sorprender y matar?

—Sí.

—¡Oh! no comprendo la accion que acabais de practicar conmigo.

—Yo os la esplicaré, señor abate; «*Haz bien al que te haga mal.*» ¿Conoceis la máxima?

—Sí, señor; fueron palabras dichas por el sublime Redentor del mundo, por el hijo de Dios.

—Pues bien, aun cuando esa santa idea debe llevarse á cabo por grandes y pequeños, los ministros del Señor y los magnates de la tierra han de dar el ejemplo. ¿No es esto, padre?

—Así es la verdad, señor.

—Y ahora, ¿comprendeis la causa que estimula mi manera de vengarme?

—Sí, señor. Y ya que tan bueno sois; que tenéis tanto talento; que abrigais un alma tan noble, tan leal, tan grande; ¿queréis decirme, cómo debe demostrar su agradecimiento el hombre que, como yo, recibe por recompensa al daño que hizo, tanto bien, tan rico galardón?

—Señor abate, os voy á elevar, os voy á dar mucho mas de lo que necesitais; imitad á los verdaderos discípulos del Mesías, y quedaré recompensado, y sereis siempre protegido por mí.

—Noble Príncipe, contestó Bermudez bañado en llanto, seré tan bueno como debo, como vos quereis que sea, en lo cual solo podré imitar en pequeño al mas grande de los hombres que he conocido, al Generalísimo del Imperio.

Y partió de allí el jorobado vertiendo lágrimas, trasformado su corazón y haciendo propósito de ser tan filantrópico y humano como el mismo que acababa de enseñarle el camino de la caridad cristiana, tan recomendado por el Divino Galileo.

No se violentó Alberto al practicar acción tan generosa. A escepcion de aquellos terribles momentos en que su suerte le obligaba á hallarse frente al enemigo, siempre habia obrado lo mismo. En lo sucesivo, no obstante, tenia que ser, si cabe, todavía mejor: la sangre que hizo derramar, el daño que causó á sus enemigos, los seres que inmoló su génio, á pesar de haberse visto forzado á ello, los tenia siempre presentes, y aun cuando fue tan generoso como valiente y hábil para con sus contrarios, no olvidó nunca aquellos lastimeros ayes, lanzados por culpa suya; aquel mar de sangre y los montones de hacinados cadáveres. Por eso fue en lo sucesivo, segun dejamos dicho, mejor si cabe todavía, puesto que su bolsillo, influencia, poder y proteccion permanecieron mientras vivió á disposicion de todos los pobres y desgraciados, sin distincion de ningun género.

Para nosotros, el valiente, el bizarro, el Generalísimo de los ejércitos, el primer caudillo español, fue mas grande en la paz, aplicando su génio al bien de los infelices que hallaba por do quier, que cuando al frente de sus huestes combatia, destruia y triunfaba. Grande fue siempre en todas las ocasiones, en todos los ter-

renos, pero vemos mas elevado al noble Alberto de Silva entrando en una boardilla y alargando su bolsillo y proteccion al mísero desgraciado, que gime en el lecho del dolor, que al poderoso Príncipe de Italia aclamado por todos, victoreado por los mas y hasta adulado por los reyes. El debió ser tambien de nuestra opinion, puesto que le hemos mirado retirar la vista con horror, y aun surcar las lágrimas su bello rostro, al terminarse un combate, y ser aclamado por los suyos con entusiasmo delirante. Y durante la paz, practicando acciones generosas, fijo al lecho del desvalido, está tierno, cariñoso y gozando con las ideas que le inspira su noble corazon, y él lleva á cabo, ansioso de hacer el bien de muchos sin causar daño á nadie.

Su bella, su hermosísima esposa, le secundaba de una manera admirable, pues comprendia que era el mejor medio de agradar á Alberto, y obrando así satisfacía además su deseo de derramar el consuelo. Este matrimonio fue una verdadera escepcion, pues pasada la luna de miel fue acreciendo su cariño. Cuanto mas se conocian, cuanto mas se hablaban, cuanto mas permanecian juntos, mas y mas se comprendian aquellas dos almas, y mas amor se profesaban, disputándose cada cual el que habia de llevar á cabo una accion mas grande, mas filantrópica, mas digna del elevado puesto en que Dios les tenia colocados. El Emperador les decia algunas veces, admirándolos:

—Mis queridos hermanos, un día me robaba Alberto de Silva los aplausos y ovaciones del ejército, del Imperio y hasta de mis cortesanos; hoy me arrebatan el Príncipe y la Princesa de Italia las bendiciones de mi pueblo. Si fuera envidioso, por Cristo que me dabais bastante en que entretenerme.

—Pues lo siento, le replicaba María.

—¿Por qué?

—Porque aun cuando sois el padre de vuestros súbditos, si nos tuviérais envidia querriais rivalizar con nosotros y aun seriais mejor, si cabe.

—¡Ay, María! exclamó el Soberano con sentimiento; no necesito envidiaros para anhelar competir con vosotros en esa caridad

evangélica que Alberto nos enseña á ambos. Pero nació Monarca, me falta tiempo para todo, no puedo dar por mi mano, y no todos los encargados por mí de hacer justicia, obras filantrópicas, y en una palabra, el bien de nuestros semejantes, son dignos de la honrosa mision que se les confia.

—¿Y por qué no castigais á esos hombres, preguntó María con candidez, y poneis en sus puestos otros tan buenos como los que rodean á mi esposo?

Se sonrió el César de la inocencia de su hermana, y la respondió mirando á Alberto:

—A tu marido le sirven cien personas, María, á mí doscientas mil; y entre estas últimas, y en las mas principales, hay tanto hipócrita, tantos séres capaces de engañar al mas astuto!... ¿No es verdad, Príncipe?

—Sí, señor, replicó Silva con pesar; hay muchos fementidos que mienten á su Rey, á su patria... que insultan la miseria, que son tan bajos y aduladores con su señor, como altivos y déspotas con sus esclavos. Y hé ahí confirmado el divino axioma de, *muchos serán los llamados, pocos los elegidos.*

Abreviemos. El duque del Imperio, Príncipe de Italia, Generalísimo de los ejércitos, vivió lleno de honores y glorias, pero siempre modesto y humilde. Así es, que fue adorado por el Emperador lo mismo que por el infeliz mendigo. No salia una sola vez de su morada, no cruzaba una calle de España, que el grande y el pequeño, al verlo, dejasen de descubrirse y lo elogiarian con respetuoso entusiasmo.

Mucho daño hizo el héroe á sus enemigos, pero en cambio pasó el resto de sus dias mejorando la suerte del desgraciado, ayudando al desvalido y socorriendo al necesitado.

Llegó á dominar de tal modo al intrépido y valiente Carlos I, que reformó su carácter belicoso, y aunque con trabajo, consiguió que este primer guerrero del Imperio dejase de pensar tanto en luchas estériles, haciendo de él por la inversa, el primer diplomático de Europa. De este modo evitó muchas contiendas, economizó á la nacion sumas considerables, sin quitar á su pais un quilate de

la preponderancia y poderío que le dieron antes la guerra y la victoria.

Fue mientras vivió el amigo, el consejero, el hermano del Soberano, el cual llegó á querer á su Príncipe mas aun que á su hermana María.

La camarilla de Alberto de Silva la compusieron siempre Quirós, Navarro, Peralta, Mendoza, D. Alvaro, Lara y el entusiasta y anciano tío del segundo. En ella estaban perfectamente representadas tres clases principales de la sociedad, la teocracia, el ejército y la diplomacia; el valor, la astucia y la caridad cristiana. La reunion de estos personajes presidida por el héroe Silva, por un génio, tenia necesariamente que formar el primer poder del Imperio.

La encantadora María fue un manantial de dichas para Alberto, el báculo de su vida, la depositaria de sus pensamientos; y no ayudó poco á endulzar su existencia con esa poesía que brota de los purpurinos lábios de una mujer hermosa, con talento, atrevida y enamorada.

Para concluir: aquel niño infeliz que conocimos al principio de esta novela, que carecia de todo, hasta del pan cotidiano; aquel desgraciado ser que le vimos llorar junto al lecho de su anciano padre, al cual contemplaba espirar, sin médico, botica ni alimento; aquel mísero huérfano sin nombre, posicion, dinero ni porvenir, era ya á la edad de veinte y cinco años el mas caballero de su época, el primer valiente, el único héroe: el mas generoso, el mas noble, el mas modesto: su Rey tenia en él una espada invencible, un escudo inespugnable, un sábio y noble consejero; su pueblo le miró siempre como á un verdadero, como al mas cariñoso padre.

Dios mediante, todavía conoceremos el resto de su vida y algo de la de sus hijos: el de la existencia de Carlos I, Quirós, Navarro, Lara, Mendoza, D. Alvaro y Peralta, y parte de la de algunos de los vástagos de estos esclarecidos varones.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

	Págs.
Dedicatoria á S. M. la Reina.....	3
CAPITULO I.	
El conde de Santomera empieza á conocer á su hijo.—Los dos peregrinos.—Rasgo heroico.....	5
CAPITULO II.	
Se da á conocer el peregrino.—Generosidad de Navarro.....	15
CAPITULO III.	
El castillo de Monteagudo.—Los comuneros.—Les anuncia Navarro la llegada de un nuevo jefe.....	21
CAPITULO IV.	
Accidente imprevisto.—Preparativos para un gran acontecimiento.—Salida del castillo.....	33
CAPITULO V.	
Historia de Navarro.....	41

CAPITULO VI.

- Sorpresa heróica.—Libertad de Perez.—Muerte del conde de Santome-
ra.—El Gobernador de Murcia y el abate Bermudez..... 46

CAPITULO VII.

- Precauciones.—Alberto se amaestra en esgrima.—Hipocresía del joroba-
do.—Su astucia.—Su plan..... 61

CAPITULO VIII.

- Presentacion de Alberto.—Asalto.—Sorpresa.—Disposiciones militares.—
El héroe espía.—Prision del abate..... 69

CAPITULO IX.

- Resolucion de Alberto.—Entrevista de los dos Condes.—Juramento de Sil-
va.—Preliminares de un combate.—Primera y segunda batalla; heroici-
dades de un niño; victoria completa..... 93

CAPITULO X.

- El indulto.—Gran fiesta.—Desafio terrible.—Adios Murcia y Monteagudo.. 136

CAPITULO XI.

- La Côte.—Un labriego.—María y Clotilde.—Amores de Alberto.—Desa-
fio.—Cárlos I.—Recompensa debida al valor y talento..... 158

CAPITULO XII.

- Nueva traicion.—El palenque.—Gran revista.—A Fuenterrabia..... 234

CAPITULO XIII.

- Campo de batalla.—Sitio de Fuenterrabia.—Heroicidades de Alberto y de
los ex-comuneros.—Capitulacion y toma de la plaza.—Silva regresa á
Madrid..... 263

CAPITULO XIV.

- El ejército español en Francia.—Victorias continuadas.—La gran idea de
Cárlos I.—Batalla.—Ardides de Francisco I.—El héroe mortalmente he-
rido y prisionero.—Consecuencias de un hecho horrible..... 336

CAPITULO XV.

- Valor y abnegacion de una mujer.—Conspiracion.—El paje.—Alberto.—
Francisco I.—Proposiciones.—El doctor.—Yissó.—Fuga.—Fin de la tor-
re del Godo.—De Pau á Marsella..... 441

CAPITULO XVI.

Entrada en Italia.—Reconocimiento.—Auxilio.—Entrevista.—Principio de la campaña.....	491
--	-----

CAPITULO XVII.

Emisario.—Principio de las hostilidades.—Sublevacion.—Primera encamisada.—Toma de una plaza; pasan á cuchillo á sus defensores.—Rico botin.....	512
---	-----

CAPITULO XVIII.

Continúan las encamisadas.—Discursos guerreros.—Gran batalla y completa victoria.—Acontecimiento predicho.—Misterio de Navarro.—A Madrid.....	531
---	-----

CONCLUSION.....	545
-----------------	-----

CAPITULO XVI

Edificios en Italia.—Hoteles.—Carreteras.—Puentes.—
La compañía..... 101

CAPITULO XVII

Embarcaciones.—Principios de las hostilidades.—Batallas.—
Misiones.—Toma de una plaza; guerra a caballo; sus detalles.—Bios
de la

CAPITULO XVIII

Continúa las operaciones.—Diversos puntos.—Gran batalla y con-
quista victoriosa.—Acostumbramiento prohibido.—Batallas de guerra.—A.M.
de

CAPITULO XIX

Conclusiones.—Resumen de los hechos.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.....

CAPITULO XX

Resumen de los hechos y resultados.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.....

CAPITULO XXI

Resumen de los hechos y resultados.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.....

CAPITULO XXII

Resumen de los hechos y resultados.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.....

CAPITULO XXIII

Resumen de los hechos y resultados.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.....

CAPITULO XXIV

Resumen de los hechos y resultados.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.....

CAPITULO XXV

Resumen de los hechos y resultados.—Resumen de los resultados.
Resumen de los hechos y resultados.....

PLANTILLA

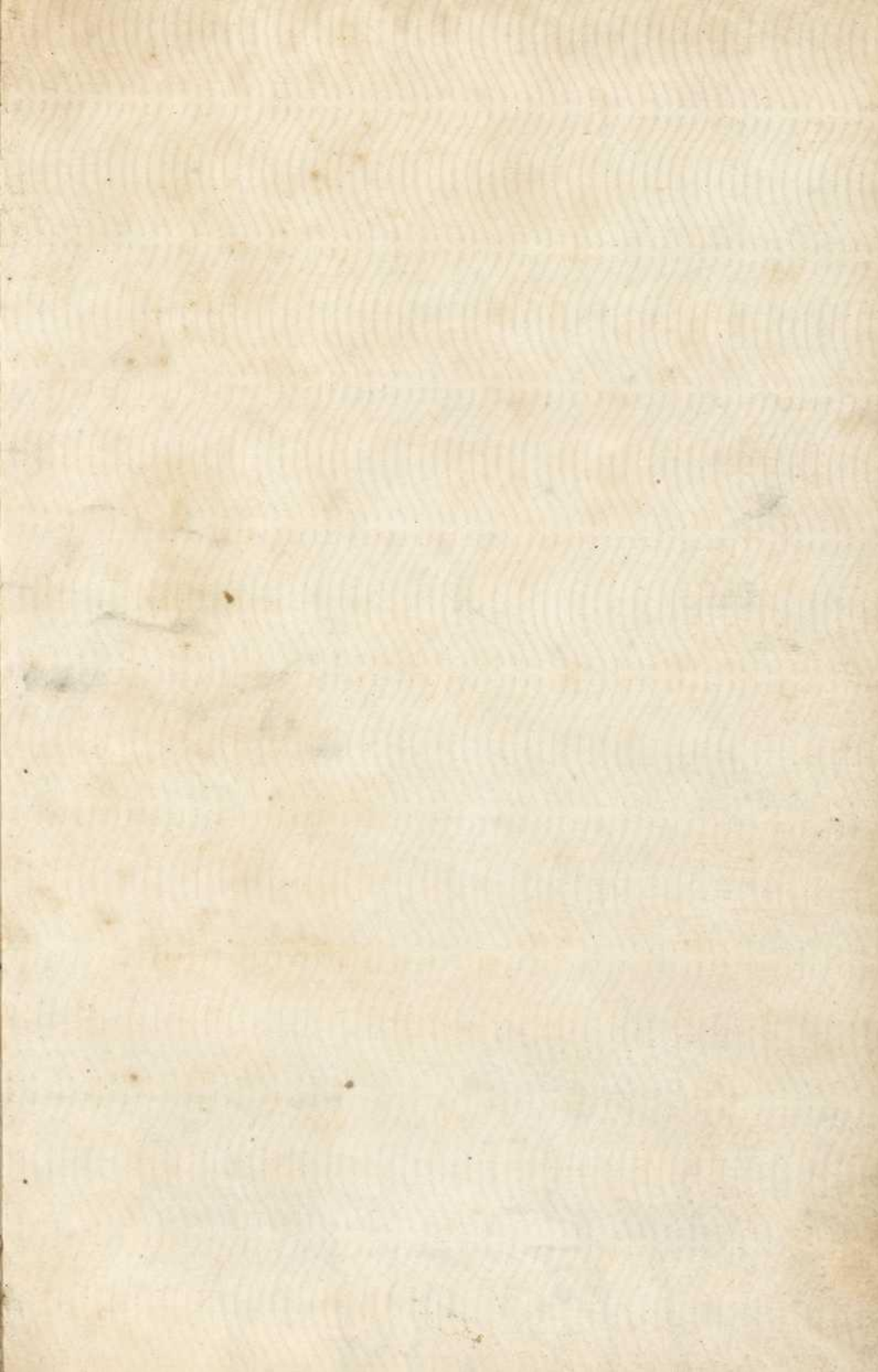
PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

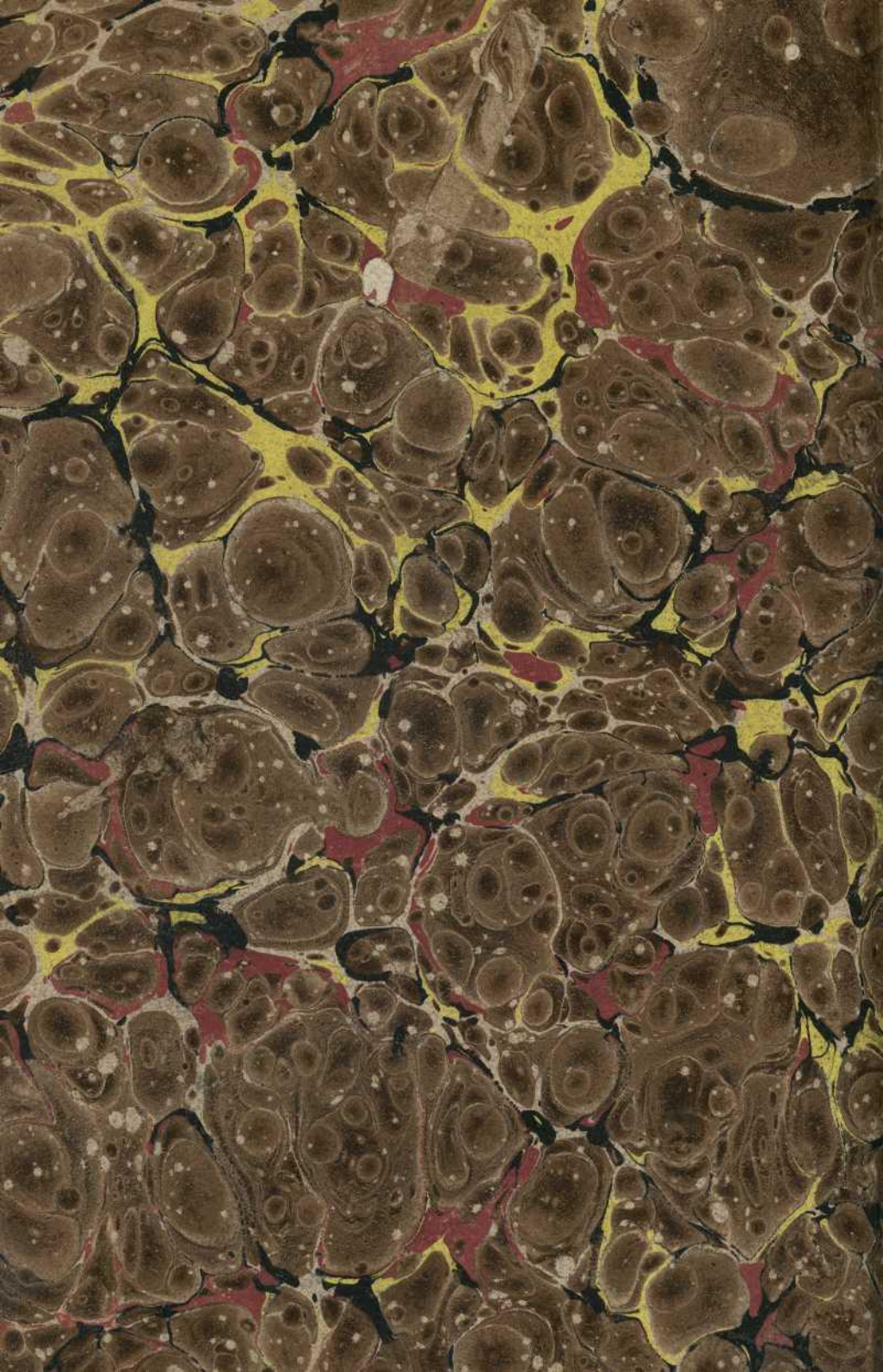
	<u>Págs.</u>
Portada.	4
Bandido yo! etc.....	13
El castillo de Monteagudo.....	32
Miserable, le gritó.....	110
Mirad el pecho.....	159
Al fin cayó á sus piés.....	208
Entonces Pedro alzó los puños.....	243
Pero al ver que se alzaba la celada.....	297
Entró por fin el portador.....	370
Sentaos, amigo mio.....	406
Muy bien, querido padre.....	449
Viva el Emperador!.....	538

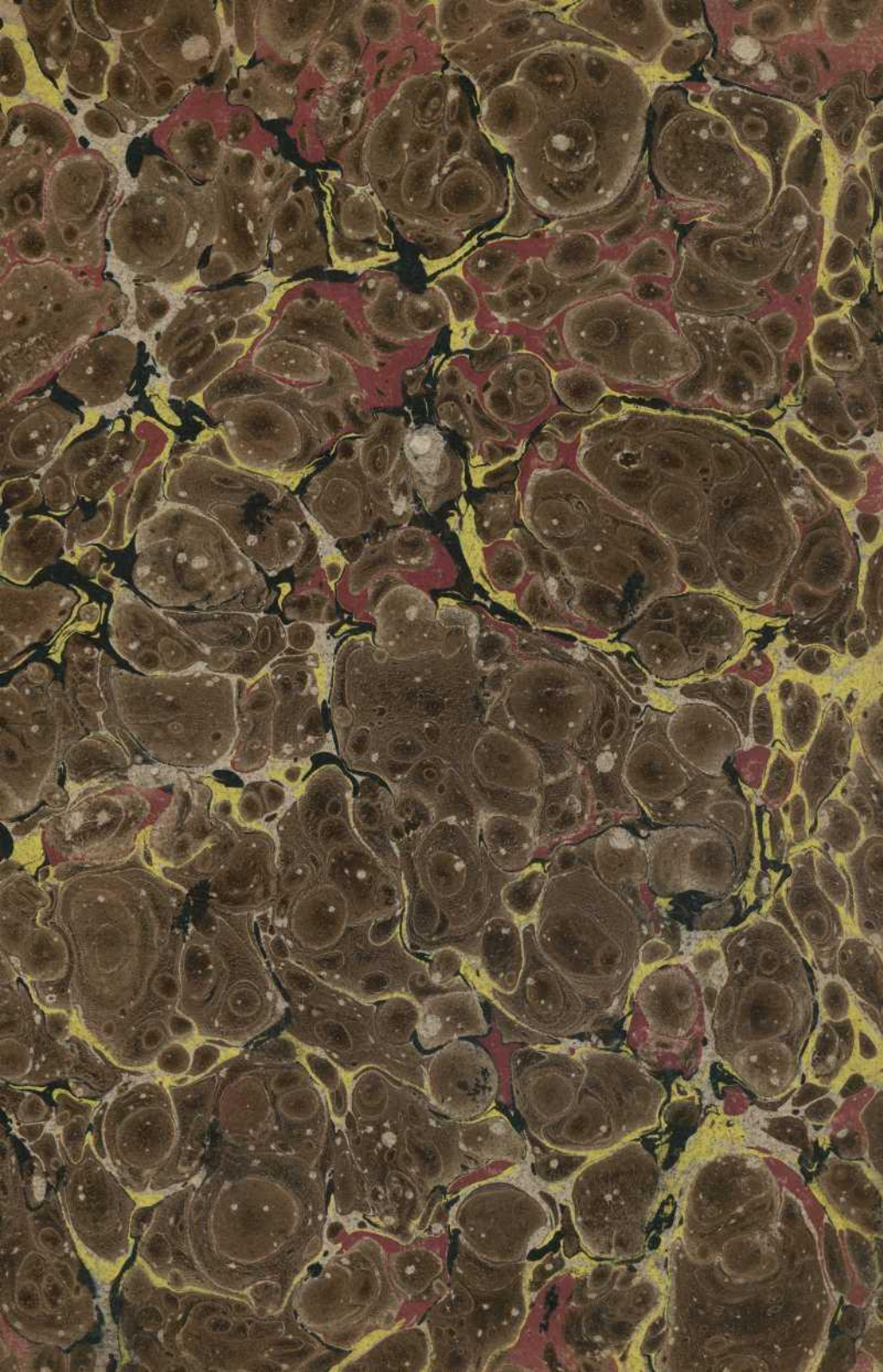
PLANTILLA

PARA LA COLECCION DE LAS LEYES

Folios	Títulos
1	Forma
13	Estado y forma
25	El castillo de Montezuma
110	El castillo de Cuzco
139	Estado de Cuzco
208	Almoxarfe de Cuzco
243	Encuesta de los indios de Cuzco
307	Forma de las plazas de Cuzco
379	Estado de Cuzco
408	Estado de Cuzco
410	Estado de Cuzco
538	Estado de Cuzco









LA CORTE
Y DE CASTILLO

G 36048